IGNACIO PEIRÓ MARTÍN

En los altares de la patria

La construcción de la cultura nacional española

AKAL UNIVERSITARIA
Serie Historia Contemporánea

Directores de la serie:
Justo Serna y Anaclet Pons

Diseño interior y cubierta: RAG
Motivo de cubierta: El pintor Ignacio Zuloaga (retratado con boina, el cuarto por la derecha a partir del monumento) fotografiado en 1928 (año de celebración del primer centenario de la muerte de Goya) con un grupo de intelectuales de Zaragoza y Madrid junto al monumento erigido a Goya en Fuendetodos, obra del escultor Julio Antonio. Esta obra fue sufragada por Zuloaga y un grupo de amigos, e inaugurada en 1920.
Fotógrafo anónimo, negativo de un par estereoscópico sobre vidrio al gelatinobromuro. Archivo del SIPA (Sindicato de Iniciativa y Propaganda de Aragón), depositado en el Archivo Histórico Provincial de Zaragoza.

GOBIERNO DE ESPAÑA
MINISTERIO DE EDUCACIÓN, CULTURA Y DEPORTE

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.

CREATIVE COMMONS

© Ignacio Peiró Martín, 2017

© Ediciones Akal, S. A., 2017
Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España
Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028
www.akal.com

ISBN: 978-84-460-4463-5
Depósito legal: M-12.017-2017

Impreso en España

IGNACIO PEIRÓ MARTÍN

EN LOS ALTARES DE LA PATRIA

La construcción de la cultura nacional española

akal

ARGENTINA / ESPAÑA / MÉXICO

CELEBRAR LA NACIÓN/PENSAR CON LA HISTORIA

> Los hombres no tuvieron al principio más reyes que los dioses, ni más gobierno que el teocrático […]. Del solo hecho de poner a Dios a la cabeza de cada sociedad política, se sigue que hubo tantos dioses como pueblos […]. De este modo, de las divisiones nacionales resultó el politeísmo, y de ahí la intolerancia teológica y civil, que naturalmente es la misma […]. Los dogmas de la religión civil deben ser simples, pocos, enunciados con precisión, sin explicaciones ni comentarios
>
> Jean-Jacques Rousseau,
> *Del Contrato social o Principios del derecho político,* 1762

En el contexto del moderno *régimen de historicidad* surgido a finales del siglo XVIII, las relaciones establecidas entre el poder político, el derecho y la historia resultaron determinantes para que los discursos y metanarrativas saltaran a la arena del espacio público a través de las conmemoraciones y las fiestas nacionales[1]. Desde ese momento, el *Contrato Social* de Jean-Jacques Rousseau puede tomarse como un punto de partida para una historia diferente. Las ideas que el ciudadano de Ginebra esbozó en el *libro IV, capítulo VIII,* han servido de referencia para situar el origen y definir el concepto de *religión civil americana* (conjunto de creencias comunes, símbolos y rituales que pusieron en marcha la constitución de la identidad colectiva de la nación surgida en los comienzos de la modernidad contemporánea)[2], un modelo que sería seguido en el mundo emergente de las naciones, las independencias y los nuevos Estados. Cuatro décadas más tarde del hecho político de la independencia, los es-

[1] Hartog (2003); Delacroix, Dosse y García (2007).
[2] Rousseau (1980a), p. 131; Sioli (2006).

tadounidenses empezaron a percibir la Declaración de 1776, «como el documento fundador de las "Sagradas Escrituras" norteamericanas», y a conmemorarla cada 4 de julio[3].

Al otro lado del Atlántico, las palabras de Rousseau sobre esa especie de «consentement politique» que concluye el pacto entre ciudadanos aceptando el controvertido concepto de «religion civile», las utilizó Olivier Ihl para recordar el significado alcanzado por los acontecimientos revolucionarios de Francia y cómo contribuyeron a potenciar en Europa (y en el mundo entero) las conexiones entre la conciencia nacional y los espacios simbólicos-rituales en los procesos de *sacralización de la política*[4]. Así, con la fecha clave de 1790 y el lugar central ocupado por Francia, las fiestas y aniversarios revolucionarios se fueron llenando de contenidos con el objetivo inmediato de borrar las viejas metáforas del poder y sustituir la tradición de festejos del Antiguo Régimen pero, también, con el propósito de ser un elemento principal del espectáculo de la política, una representación de la historia común de múltiples pasados convergentes en el espacio matriz de las *culturas nacionales occidentales*. Las líneas de acción de las narraciones históricas se integraron en la estructura conectiva de la *cultura de la fiesta* contemporánea, regida por el principio fundamental de la repetición. A principios del XIX, se abrió un ciclo largo de conmemoraciones nacionales que llega desde entonces hasta ahora[5].

Alargando los campos abiertos por los primeros politólogos, antropólogos culturales, sociólogos e historiadores que conectaron el concepto de culturas políticas con las ideas acerca de la *sacralidad moderna* de la política (con sus tiempos profanos, calendarios laicos y liturgias conmemorativas)[6], William M. Johnston presentó un análisis comparado del culto de los aniversarios en la cultura contemporánea en Europa y Estados Unidos[7]. Es un trabajo donde, además de recordarnos la fase expansiva iniciada a finales de la década de los ochenta, explicaba la pervivencia de las particularidades nacionales en un mundo globalizado y posmoderno. En su relación con los usos públicos de la historia, el historiador norteamericano apuntaba los distintos contenidos de las celebraciones en países como Francia o Gran Bretaña (con gran predominio de los acontecimientos bélicos y los

---

[3] Armitage (2012), p. 12.

[4] Ihl (1996), pp. 44-75; Buch (2001), pp. 50-81; Ridolfi (2004); Gentile ([2]2007), pp. xiii-xxxii y 3-50.

[5] Dalisson (2009).

[6] Boetsch y Wulf (2005); Corbin, Gérôme y Tartakowsky (1994); Kertzer (1988); Moro (2009); Peiró y Alares (2011); Luengo Sánchez (2013), pp. 111-116.

[7] Johnston (1992, 2009).

hombres políticos) frente a Alemania o Italia donde la política se rebaja ante la exaltación de la ideología de la cultura y las efemérides de los grandes artistas (la *Kulturnation*)[8]. Asimismo, avanzaba la aparición en paralelo de la «industria de la conmemoración». El florecimiento de este negocio se ha incrementado en los últimos cuarenta años vinculado a las políticas del pasado de los Estados y a la deriva identitaria de la noción de patrimonio, convertido en la clave que sustenta el escenario sobre el que se despliegan los espectáculos de la memoria, la musealización del pasado y la conmemoración[9].

Por aquel entonces, la fabricación historiográfica por parte de Pierre Nora de la «nation patrimoine» en su monumental proyecto *Les Lieux de mémoire* (que rápidamente generó una vigorosa progenitura en la historiografía internacional) marcó el inicio de la *era del patrimonio,* el *tiempo de la nación* y el *momento de la memoria*[10]. En los años ochenta, mientras el crédito del prusiano Ernst H. Kantorowicz no dejaba de crecer entre ciertas clasificaciones profesionales al ser considerado como un adelantado posmoderno del lenguaje, de los mitos y las imágenes carismáticas[11], una serie de historiadores de procedencia y recorridos tan dispares como Maurice Agulhon, Eric Hobsbawm o el citado Nora plantearon los primeros esbozos de lo que más tarde sería conocido como políticas del pasado o de la memoria (*Vergangenheitspolitik* en alemán, *politique de la mémoire* en francés, *politics of history* o *politics of memory* en inglés); es decir, la imposición desde arriba de un pasado (nacional) y su «construcción como signo distintivo de un grupo particular»[12]. Al hacer hincapié en la invención del «imaginario oficial» o las «invenciones del recuerdo» utilizadas por determinados grupos para su propia memoria colectiva, estos autores y los epígonos que les han continuado profundizaron en el problema de la transmisión y la reinterpretación de los recuerdos históricos como construcciones culturales, estudiando los medios, las metáforas, los lugares y las representaciones simbólicas utilizadas en la socialización del pasado rememorado[13]. En síntesis,

---

[8] Buch (2001), pp. 193-231.

[9] Gillis (1996), p. 3; Handler (1996); Lowenthal (1996, 1998a) y (1998b), pp. 449-453; Poulot (1997), pp. 11-36; Huyssen (2002), pp. 13-39 y 79-121; Meunier y Thériault (2007); Heinich (2009), pp. 15-39; Groot (2009), pp. 236-247; Dosse (2011), pp. 315-326, 338-348 y 620-621.

[10] Nora (1984-1992); Nora (1992), p. 997 y (2011a), pp. 441-486; Peiró (2004).

[11] Caspístegui (2005); Nieto Soria (2012); Lerner (2017), pp. 4-5, 356-357 y 386-388.

[12] Michonneau (2002), p. 425 y (2017), pp. 99-101; Peiró (2008b), p. 15; Ledoux (2016), pp. 59-82.

[13] Agulhon (1979, 1989, 2001, 2016); Hobsbawm y Ranger (2002); Porciani (1993); Isnenghi (1996-1997); François y Schulze (2003); Sabrow (2009); Nivat (2007).

se trata de trabajos historiográficos dedicados a subrayar el hecho de que, frente a las intenciones de enlazar tradición con continuidad explícitas en los programas de pedagogía política, son los sentimientos de ruptura del presente, «devenu la catégorie de notre compréhension de nous-mêmes», los que caracterizan a la idea global de la conmemoración[14]. En la segunda década del siglo XXI, las disputas derivadas de la «judicialización» del pasado y las leyes memoriales han prolongado la vigencia pública y la actualidad de estas prácticas historiográficas, hasta el punto de que, en 2011, el propio Nora, primer presidente de la asociación francesa *Liberté pour l'Histoire,* seguía considerando el *presente*, la *nación* y la *memoria* como los tres grandes polos de la consciencia histórica contemporánea[15].

Por lo demás, varios grupos de historiadores alemanes desarrollaron la noción de *cultura del recuerdo (Erinnerungskultur),* definida por Christoph Cornelissen como el «concepto formal para todas las formas concebibles de memoria consciente de los acontecimientos históricos, personalidades y procesos […] ya sean de carácter estético, político o cognitivo»[16]. De otro lado, la cuestión relativa a las *culturas de la memoria (Erinnerungskulturen)* ocupaba «un lugar central en las investigaciones sobre el nacionalismo desde perspectivas constructivistas». Vera Caroline Simon comentaba que este enfoque subrayaba el papel desempeñado en la construcción de la nación por la génesis de una memoria colectiva transmitida a través de símbolos, rituales, mitos y monumentos.

> De esta manera –continuaba la profesora de Bielefed–, la interiorización de los acontecimientos claves del pasado, además de informar sobre los orígenes del orden social existente, contribuiría a establecer un horizonte tanto para el presente como para el futuro. Y es que la propia naturaleza de las celebraciones, al proceder mediante una selección consciente del pasado, implica *de facto* la «pre-estructuración de la memoria pública»[17].

En cualquier caso, cuando el conocido autor de *El genio austrohúngaro* publicó *Post-modernisme et bimillénaire* en 1992, fue un libro diferente dentro de la oportunidad[18]: de entrada porque, sien-

---

[14] Nora (1997), III, p. 2232.

[15] Nora (2011b), pp. 8-29

[16] Cornelissen (2003), p. 555, citado por Simon (2011), p. 56; J. Assmann (1997, 2003, 2005, 2010); A. Assmann (2010a, 2010b); Assmann y Shortt (2012).

[17] Simon (2011), p. 57.

[18] Johnston (1992).

do un reflejo del «gran momento conmemorativo» de 1989, se situaba en las antípodas de los libros más académicos al mostrar sus críticas respecto a la saturación del mercado y la «extravagante» deriva del Bicentenario de la Revolución francesa[19]. Pensado sobre el horizonte bimilenarista del año 2000 (de cuyas futuras celebraciones no dudaba en anunciar sus reservas), su pertinencia radicaba, en segundo lugar, en que ponía sobre el tapete de la práctica histórica un amplio inventario de cuestiones que, vinculadas con la historia cultural, los espejos de la identidad y la memoria, marcarían el desarrollo tanto de la disciplina como de la profesión de historiador en las décadas siguientes[20]. Es una invitación al posmodernismo, en definitiva, que anunciaba la conexión de los debates sobre el lenguaje y el planteamiento discursivo de la historia con las representaciones del pasado de las naciones y las investigaciones dedicadas a las culturas del recuerdo, las políticas del pasado, los símbolos, rituales y festejos como componentes de la historia de la construcción de las *culturas nacionales europeas*[21]. Estos proyectos historiográficos, a su vez, avanzaron complejas interpretaciones acerca de la contribución de las guerras (civiles e internacionales) en la forja de las memorias de los países, de las «naciones en armas», del «culto político a los muertos» y la emergencia de las conmemoraciones y los monumentos asociados a la violencia de los conflictos bélicos[22].

Coincidiendo en el tiempo, las conclusiones de las anteriores monografías se interrelacionaron con las líneas de investigación que, desde principios de los noventa, ligaban los estudios sobre las identidades nacionales y los nacionalismos a las emociones colectivas y los sentimientos psicológicos[23]. Y, una vez más, los ecos del pensamiento de Rousseau parecían resonar en el presente de la investigación histórica para recordarnos que, tanto en su *Ensayo sobre el origen de las lenguas* como en su *Dictionnaire de musique* de 1768, había recalcado la capacidad de conmover de la música («Los primeros cantos de todas las naciones han sido cánticos o himnos») y su importancia en la construcción del discurso y las ceremonias sacralizantes de la nación. Para el paseante solitario, la música, «concebida como lenguaje de las pasiones, es el símbolo y el instrumento de un

---

[19] Ory (1992); Kaplan (1993); Garcia (2000); Agulhon (2016), pp. 203-219.

[20] Dumoulin (2003), pp. 27-62; Hemler (2014).

[21] Peiró (2008b), p. 15; Alares (2017); Mayoral (2014a).

[22] Colley (1992), pp. 81 y 286; Girault (1996); Hargrove (2006); Dalisson (2013); Purseigle (2013); Mayoral (2014), pp. 14-15.

[23] François, Siegrist y Vogel (1993), p. 16; Peiró (2016a), pp. 24-25.

orden social utópico donde la emoción subjetiva contribuye de modo armonioso a la institución del colectivo»[24].

Pero ya lo sabemos: a los pocos meses de las celebraciones del cambio de milenio las cosas de la historia experimentaron una aceleración radical que tuvo su epicentro en Manhattan, la mañana del 11 de septiembre de 2001: primero, por representar –en palabras de Jan Plamper– la hora cero intelectual que fija tanto el lugar como la fecha de nacimiento de la más reciente historia de la emociones en la práctica historiográfica internacional[25] y, a continuación, porque el inicio del actual *gran momento de las emociones* coincidió con la difusión de las políticas del miedo de los gobiernos mundiales (iniciadas en Estados Unidos por la administración Bush y extendidas por todo el mundo occidental a partir de los sucesos de Atocha del 11 de marzo de 2004). En los siguientes años, sobre el globalismo de las nuevas gobernanzas se dieron cita todo un conjunto de fenómenos político-sociales y económicos que crearon las condiciones para las transformaciones culturales que significaban la superación de los tiempos posmodernos y su sustitución por la nueva era de la *pos-posmodernidad*. Sin solución de continuidad, se encabalgaron la popularización de las versiones más «autogratificantes de la "globalización" o de la "sociedad de riesgo"», la gestión incierta de la incertidumbre, los cambios sociales, las creencias en la inevitabilidad de las leyes del mercado establecidas por las religiones apocalípticas de los *neocons* y la gran crisis bancaria y financiera de 2008 que desplegó la crisis estructural de la economía mundial[26].

En este escenario tan cambiante, muy pocos profesionales de la historia se sorprendieron ante la afirmación de Stefan Berger de que *Nación es narración* («The stories we tell each other about our national belonging and being constitute the nation. These stories change over time and place…»)[27]. Ni que decir tiene que tampoco se extrañaron cuando Christophe Prochasson explicó a los lectores franceses que, como efecto inmediato del gran mercado de las pasiones creado por el ascenso irresistible del capitalismo de los afectos, los usos públicos de la historia estaban adquiriendo una nueva significación en las sociedades occidentales contemporáneas. De hecho, mientras las «larmes coulent sans vergogne, y compris sur la joue des hommes d'État», la memoria (que estaba superando a la

---

[24] Rousseau (1980b) y (1768), p. 855, citado por Buch (2001), pp. 50-51.
[25] Plamper (2014), p. 17 y (2015), pp. 61-62.
[26] Gray (2008); Streeck (2016).
[27] Berger (2008), p. 1.

historia por sublimación) había invadido la escena pública impregnando con su retórica el discurso de los parlamentos democráticos y de los líderes de la política mundial, las sentencias de los tribunales de justicia y las noticias de medios[28]. En esta situación, las nuevas formas memoriales se adueñaron de las estrategias culturales de los centenarios y de las otras conmemoraciones (definidas por su marcado perfil de campañas publicitarias y la fuerza mediática de las técnicas del *storytelling* como relato político y retórica de las pasiones)[29].

En el caso particular de la historiografía española (donde apenas había comenzado el debate público sobre el derribo de las estatuas del dictador y el boceto de una posible ley de memoria histórica era una posibilidad discutida en círculos muy reducidos), el rector de la Universidad de Valencia Pedro Ruiz Torres alertó, en 2001, acerca de las contradicciones y la creciente politización de la historia relacionada con el *gran momento conmemorativo hispano* (abierto con las celebraciones del Quinto Centenario del Descubrimiento de América en 1992, del Tratado de Tordesillas en 1994 y de la serie encadenada de conmemoraciones de Felipe II y de Carlos V, iniciada en 1998)[30]. Este último bloque se amplió «con la idea de los cambios de dinastía, que reúne el quinto centenario del nacimiento de Carlos de Austria en Gante con el advenimiento de los Borbones en 1700»[31]. En tanto representaciones de la recuperada *cultura nacional española* por parte de los dos partidos que se turnaban en el gobierno del Estado (crearon una Sociedad Estatal para las Conmemoraciones Culturales), en el primer lustro de 2000 se reavivó el fuego de la celebración con las fiestas en recuerdo de cada uno de los Reyes Católicos (sin olvidar el quingentésimo centenario de la boda de Fernando II de Aragón con Germana de Foix en 2006). La década terminó con las magnas celebraciones de la Guerra de la Independencia de Zaragoza y Madrid de 2008 (acompañadas con las dedicadas a cada una de las batallas y héroes de las localidades, y extendidas a las que fechaban las distintas independencias de las repúblicas latinoamericanas)[32]. Coincidiendo con las fiestas del bicentenario de la Constitución de Cádiz, en 2012, confluyeron una serie de centenarios medievales (las Navas de Tolosa, el Compromiso de Caspe o la incorporación de Navarra a

---

[28] Prochasson (2008), p. 5; Peiró (2016a), p. 57.

[29] Carrasco Martínez (2001), p. 112; Salmon ([4]2011), pp. 129-156.

[30] Ruiz Torres (2001) y (2015), pp. 61-71; Fernández Sebastián (2013).

[31] Molas (2001), p. 74.

[32] Peiró (2008b), pp. 223-230; Tenorio Trillo (2010), pp. 37-119; Moreno Luzón y Gutiérrez Viñuales (2012).

Castilla)[33]. Cuando escribo estas páginas, tras participar en la gestión del cuatrocientos aniversario de la muerte de Miguel de Cervantes, en la de Fernando el Católico o en la del Gran Capitán, Acción Cultural Española (sucesora de la anterior sociedad estatal) se ocupa de la promoción del tricentenario del nacimiento del rey Carlos III.

No obstante, fueron las celebraciones catalanistas de 1714 las que reabrieron antiguas tensiones que, sin agotar, en ningún caso, los contenidos de los debates sobre el pasado de la nación y/o naciones de España, volvieron a situar la cuestión catalana entre los problemas políticos de primer orden. Y pusieron de manifiesto el descrédito que planeaba sobre la historia profesional al visibilizar las actividades desarrolladas por los «expertos del pasado» repartidos por toda la geografía de la España de las Autonomías y las actuaciones de los comisarios de los fastos conmemorativos (que no necesariamente son historiadores de profesión, pues sirven perfectamente novelistas de éxito, especialistas en publicidad o periodistas-empresarios de radio y televisión). Como ya he escrito en otro lugar, asociados a los políticos con derechos de profecía y gobierno, se han consolidado como un tipo característico de «historiadores oficiales» *(Hofchronisten der Partei)* dedicados a gestionar, más que la historia, las distintas *políticas de la memoria identitaria* inventadas por los partidos en el poder. Y así, en las últimas décadas, apoyada en los abundantes recursos públicos, la prensa de parroquia y las opiniones de los advenedizos ansiosos, la rueda de la fortuna de la historia ha vuelto a girar hasta el espacio donde es comprendida como un simple medio para el adoctrinamiento político; un espectáculo acaramelado para la píldora de la educación política cuyas mejores representaciones se encuentran en el fortalecimiento de los discursos renacionalizadores de la *memoria oficial,* el desatado frenesí conmemorativo y, en definitiva, en la paulatina deshistorización de un pasado que, una vez mitificado, amenaza con transformarse en un carnaval de memorias fetichizadas y auténticas religiones civiles de la identidad[34].

Este libro trata de todo ello. Y se presenta como un ensayo de historia cultural que se ha hecho con el tiempo. Escrito en el segundo semestre de 2016 y pensado sobre la trama teórica de las lecturas citadas a pie de página, reúne experiencias de veinte años de investigación de los procesos de institucionalización, desarrollos, acontecimientos y personajes que se enredan en la trama sobre la que se tejió la *cultura nacional* de la España liberal durante el siglo XIX. Conse-

[33] Ladero (2012); Fernández Sebastián (2006), pp. 40-50.
[34] Peiró (2013a), p. 274; Mertens (2006).

cuentemente, su plan de trabajo se encuentra a medio camino de la historia cultural de la política, la literatura, el arte y, por supuesto, de la historia de la historia. Y así me ha parecido oportuno indicarlo desde el principio, empezando por el título elegido. Al optar por *En los altares de la patria,* además de rendir un pequeño homenaje a *L'Altare della Patria* de Bruno Tobia, he querido recordar que la síntesis sobre la historia de la memoria del Vittoriano de Roma, publicada en 1998, coincidió con la aparición de la más ambiciosa investigación de Catherine Brice, *Monumentalité publique et politique à Rome. Le Vittoriano* (realizada bajo la orientación de Maurice Agulhon)[35]. Ambos estudios me ayudaron a renovar mis centros de interés por la historia de la cultura nacional liberal que, hasta entonces, encontraba sus fuentes de inspiración fundamentales, primero, en las ideas del maestro de la historia de la literatura española José-Carlos Mainer; también, en los análisis pioneros de la pintura de historia, las imágenes y esculturas decimonónicas del meticuloso Carlos Reyero, y, sin duda, en los ensayos reunidos en *El nacimiento de Carmen. Símbolos, mitos y nación,* el innovador volumen del hispanista parisino Carlos Serrano que anunciaba la «hora de las minucias de la historia, cansados como estamos de las titánicas empresas que pretendía explicárnoslo todo y, en particular, de España»[36]. Pronto, la distribución de la brillante *Mater Dolorosa* de José Álvarez Junco aportó nueva sustancia intelectual, materia para la admiración e impulso para la investigación crítica. Como verá el lector, los nombres de estos cuatro historiadores aparecen con frecuencia en las páginas que siguen. Vale la pena decir, por último, que tuve la oportunidad de poner en práctica esta línea de indagaciones culturales al participar en el congreso *El siglo de Carlos V y Felipe II. La construcción de los mitos en el siglo XIX, Valladolid, 3-5 de noviembre de 1999*, invitado por los organizadores José Martínez Millán y Carlos Reyero.

Pero hay algo más. De entrada, he utilizado la función pragmática de la metáfora contenida en cada una de las partes del título para otorgar unidad temática a los cuatro capítulos que contiene el volumen: *«Altares de la inteligencia», «Altares de la historia», «Altares de piedra»* y *«Derrumbamiento»*[37] y, acto seguido, para resaltar el carácter referencial del subtítulo. A fin de cuentas, es el concepto de *cultura nacional española* el que orienta la estructura, la metodología y los

[35] Tobia (1998); Brice (1998).

[36] Serrano (1999), p. 7.

[37] Blumenberg (2003), p. 63, citado por Palti (2013), p. 49; Fernández Sebastián (2015).

contenidos del texto. Y, lógicamente, es la noción nuclear que proporciona valor específico y reconocible a las interpretaciones que aquí se ensayan. Desde esta perspectiva, el entrelazamiento de estos escritos se sostiene en el hecho de que, entre 1875 y 1939, la cultura en España se define por el concepto matriz de *cultura nacional española* y dos momentos axiales, suerte de parteluces cronológicos que establecen tanto coyunturas de internacionalización como procesos de institucionalización colectiva y espacios interiores de metamorfosis individuales. El primero de estos momentos llegó con la Gran Guerra y el protagonismo adquirido por los científicos e intelectuales que habían abierto nuevos caminos y establecido sus disidencias con el sistema restauracionista desde principios del novecientos. El segundo periodo estará marcado por el resultado de la Guerra Civil de 1936-1939 y significará la ruptura traumática con la vida intelectual de aquellos tiempos de vísperas que fueron la década de los veinte y los años reformistas de la Segunda República española.

Sin estar libre de la estereotipación reductora y lejos de haber seguido una evolución lineal, la realidad de la *cultura nacional española* se fue construyendo a lo largo de casi un siglo y medio en el espacio de expectativas regido por la búsqueda de una configuración unificada de la patria que nunca llegará a concretarse en una forma definitiva ni cerrada (más allá de sus diferentes formulaciones jurídicas y ordenaciones burocráticas estatales). En el marco del nuevo orden social, político y económico liberal, lo hizo proyectándose, a la vez, como un concepto-matriz cuyo proceso de categorización se fundió sobre el crisol del pluralismo de las creencias nacionales y las dinámicas generadas por la interrelación de las diversas culturas políticas (burguesas y obreras), las convenciones simbólicas y la ilusión integradora de la cultura española (con sus escuelas literarias, artísticas, musicales o historiográficas)[38] pero, también, mediante la decantación de los materiales vertidos en el recipiente de los conflictos y las tensiones permanentes provocadas por el antagonismo de las ideas, las disensiones internas acerca del presente y el futuro de la comunidad nacional, las sinrazones de la alteridad y las imágenes parciales, el doctrinarismo sectario y el enfrentamiento secular entre las dos Españas[39].

En este sentido, el desarrollo de la *cultura nacional española* cuyas raíces crecieron en la centuria decimonónica fue el resultado de

---

[38] Peiró (2010c, 2014, 2015); Portús (2012), pp. 129-223; Mainer (2000a, 2010a); Alonso (2010); Álvarez Junco (2012); Martínez Baro (2014); Carreras (2016).

[39] Espagne (1999), pp. 17-33; Belardelli (1999); Juliá (2004).

diversas influencias, de ingredientes propios y de lo sucedido en otros países europeos, y todo eso nutrido, a partir del gran cambio de 1900, de su compleja intersección con los lenguajes de la Modernidad y la puesta en marcha de un vocabulario político-cultural que se llenó de contenidos y significados en las tres primeras décadas del siglo XX con palabras como *crisis, patriotismo, nación, regionalismo, casticismo, civilización, modernidad, científico* e *intelectual;* sin olvidar, por supuesto, el conjunto de términos vinculados al *alma española,* la *regeneración* y el *reformismo* ni tampoco los tres *antis* que, como certeramente señaló José-Carlos Mainer, asomaron con el nuevo siglo como crítica al sistema desde las filas de la cultura (de los profetas sociales que impulsaron la regeneración y de los jóvenes intelectuales radicales)[40]. En adelante, el *anticaciquismo*, el *antimilitarismo* y el *anticlericalismo* sirvieron de consigna para la socialización entre las masas urbanas (y a veces campesinas) de una serie de actitudes, creencias y valores de naturaleza republicana, en el más amplio sentido de la palabra (y no sólo de adhesión a un régimen)[41].

Como arriba se indica, tendrá que llegar 1939 para que la cultura política del franquismo terminara contaminando y manejando la noción hasta transformar su nombre y vaciarla de contenidos. En la España interior, se impuso la definición unívoca de la *cultura de la España nacional* como resultado del proceso de fascistización del Estado y la «implantación impositiva de unas premisas ideológicas únicas sobre todas las demás»[42]. De todos modos, después del *Derrumbamiento* y la *anulación*, el atlas sentimental de la *cultura nacional española* pervivió dispersa en el territorio infinito del exilio y en las experiencias de unos transterrados que mantuvieron viva la representación de su realidad hasta las mismas puertas del siglo XX.

Cuando el tema de la cultura nacional en general y, más en particular, el de las conmemoraciones está de actualidad en la historiografía española (a las decenas de obras publicadas en el último decenio se suman los anuncios diarios de nuevas publicaciones y proyectos de investigación que, básicamente, nutren la corriente principal de historia cultural de la política), quiero indicar mi agradecimiento a la editorial Akal por su paciencia y total confianza para publicar este particular libro. La mirada que aquí se ofrece es personal, si bien debe mucho a una serie de amigos y compañeros de viaje por las *Representaciones de la historia en la España contemporá-*

---

[40] Mainer (1997a), p. 30 y (2010a), pp. 126-129.
[41] Suárez Cortina (2010).
[42] Navajas (2013), p. 208.

nea: políticas del pasado y narrativas de la nación (1808-2012). En los últimos cinco años, he tenido la suerte de participar con la mayoría en el equipo de investigación del proyecto cuyo título acabo de mencionar. A todos ellos agradezco sus ideas, las informaciones bibliográficas y comentarios que han contribuido de forma fundamental a la definición de los temas que aquí se presentan. A su lado, Miquel À. Marín, Jesús Longares, Ricardo Centellas y Fernando Baras Escolá me instaron a fijar la estructura del libro y leyeron la totalidad del manuscrito. Como casi siempre, he adquirido con estos cuatro amigos de toda la vida una especial deuda de gratitud.

Zaragoza, marzo de 2017

I

EN LOS ALTARES DE LA INTELIGENCIA. PANORAMA ACADÉMICO DE LAS LETRAS, DE LAS BELLAS ARTES Y DE LAS CIENCIAS DE ESPAÑA

La institucionalización de la *cultura nacional* en España venía de lejos, desde los mismos orígenes del Estado liberal. Sin embargo, en tanto proyecto cultural cimentado sobre el jerarquizado sistema de las academias nacionales, alcanzó la plena consolidación en sus diversos campos durante la primera Restauración canovista[1]. En realidad, casi nada de lo que sucedió en el desarrollo cotidiano de la cultura del último tercio del siglo XIX dejó de tener correspondencia con la preeminencia alcanzada por el modelo académico (desde las novedades literarias a las modas artísticas, pasando por los istmos filosóficos o científicos). Se trataba de un escenario simbólico e institucional de organización de saberes de la sociedad liberal creado a partir de las cinco reales academias con sede en Madrid (la Española, la de la Historia, la de Bellas Artes de San Fernando, la de Ciencias Físicas, Exactas y Naturales y, por último, la de Ciencias Morales y Políticas).

La cartografía del academicismo abarcaba desde los diversos *lugares de la historia,* edificios de la *memoria del Estado* y del *patrimonio de la nación* (representados por las inauguraciones, en 1892, del nuevo edificio de la Real Academia de la Lengua y el Palacio de Bibliotecas y Museos cuya primera piedra había puesto Isabel II veintiséis años antes), hasta las aulas de una universidad obsoleta en sus enseñanzas, subordinada en sus conocimientos disciplinares y escasamente original en la generación de proyectos de cultura; un denso entramado de establecimientos, en definitiva, cuyas prácticas y actividades quedaban interconectadas entre sí, a través de las vías

[1] Peiró (2006); Pellistrandi (2004); Chaline (2009); García de la Concha (2014).

de comunicación y redes de sociabilidad formadas por las academias de segundo orden y sus homólogas locales, ateneos, casinos, liceos y asociaciones de todo tipo que, desde mediados de siglo, se reprodujeron en las capitales de provincia, como complemento y sustitución de las tradicionales tertulias científico-literarias o las *Reales Sociedades Económicas de Amigos del País* de origen ilustrado.

El resultado último de todo aquello fue la constitución de una *República de las Letras* definida, en primer lugar, por la atracción ejercida por la capital de la monarquía sobre los personajes cultivados de las provincias que pertenecían o aspiraban a pertenecer a la misma (el antiguo «proletariado de levita […] que peleaba por conseguir el reparto y el goce del presupuesto», descrito por el diplomático Valera) y donde Barcelona aparecía como la única ciudad peninsular cuyo movimiento intelectual podía parangonarse con la de Madrid (seguida a mucha distancia por Sevilla)[2]. También, por tratarse de una construcción fruto del «consenso» establecido por los políticos del periodo restauracionista. Bajo el dominio del hosco conservadurismo, neocatólico y de exaltación patriotera del nacionalismo español impuesto por la política de Antonio Cánovas del Castillo, coexistieron espacios de pluralidad y libertad para las representaciones culturales de lo español y de la nación de inspiración liberal progresista, democráticas, republicanas y regionalistas. Tercero, por responder su diseño a las necesidades de las selectas minorías de políticos cultivados, profesionales y universitarios liberales que surgieron en torno al Bienio Progresista y desempeñaron primeros puestos en la política y la vida cultural española en los regímenes que se sucedieron hasta finales del siglo; un universo de elites cuya confianza descansaba en los principios de los hombres geniales (la individualidad, la razón y el progreso), el autodidactismo y el carácter proteico de sus intereses y actividades culturales como contrapunto a la realidad de una España con altas tasas de analfabetismo (en 1877 era del 71 por 100, lo que suponía un estudiante universitario por cada 10.000 habitantes y, desde 1875 hasta 1925, apenas se inauguraron ocho institutos de segunda enseñanza). En cuarto lugar porque, a pesar de sus limitaciones y a la planificación poco sistemática, la imaginación burocrática del Estado de la Restauración –que era algo más que mera centralización y uniformización, represión y dominio espurio– promovió los intereses culturales de las burguesías de las provincias, como una forma de fortalecerse a sí mismo y desarrollar de manera complementaria la unidad de la *cultura nacional española*.

---

[2] Valera (1882), p. 458 y (2004a).

Y, finalmente, porque, en el camino que va de la experiencia a la esperanza en el modelo, el academicismo constituirá la propedéutica, sobre la que se fundó no sólo el aprendizaje intelectual de una época, sino lo que es más importante: la aproximación mimética y la emulación personal, la elección de individualidades, el reagrupamiento socioideológico, el ingreso en las sociedades culturales y, en definitiva, la búsqueda de aquellos elementos que podían favorecer carreras y sociologías de la fama. En este punto, los numerarios y correspondientes de las academias asumieron su papel de jueces, patrones y modelos para las sucesivas promociones de científicos, profesionales universitarios y cohortes de intelectuales que, en el futuro, vendrían a relevarlos. Cuando en el entresiglos llegó el porvenir, los nuevos protagonistas de la cultura que pretendían ser distintos a sus predecesores en las formas y las prácticas del conocimiento criticaron el arcaísmo y las obsolescencias del sistema académico. Y, sin pretender romperlo, trataron de reformarlo impulsando un proceso de institucionalización diferente, canalizado a través de un esfuerzo colectivo por europeizar, normalizar y adaptar la cultura española a los tiempos modernos.

En «presencia de otro siglo de oro»: académicos, escritores y *cafetistas*

Pero, hasta que aquello sucediera, nada tiene de sorprendente que fueran la Real Academia Española (cuya función era la «conservación de nuestro idioma»), y la de la Historia (creada con el fin de ilustrar «la historia nacional»), los dos establecimientos literarios que, en tanto representantes de la cultura humanística de «auténtica» tradición española, cimentaron el edificio del academicismo cultural y ejercieron su impronta sobre el viejo cajón de sastre de las Bellas Letras que apenas había iniciado su separación definitiva por campos y géneros. Y, al punto, las argumentaciones que vinculaban la construcción política de la nación con el «patriotismo institucional» de los grandes escritores del pasado venían de largo[3]. En 1834, Pascual Gayangos, en un largo artículo publicado en *The Westminster Review* (escrito a modo de reseña del libro de Francisco de Porras Huidobro, *Disertación histórica sobre los Archivos de España y su antigüedad*), reivindicó el fomento histórico que las letras, significadas en sus instituciones punteras, habían tenido en España, equiparable, si no su-

[3] Verga (2006).

perior, al de Europa (lo remonta a la protección de las letras y las iniciativas de los califas de Córdoba y los diversos reinos de los musulmanes en España, pasando por la protección a los hombres de letras dispensada por la reina Isabel y la Biblioteca de El Escorial hasta llegar a la Biblioteca Pública de Madrid, precedente de la que, en 1836, será la Biblioteca Nacional y compararla con la de la Real Academia de la Historia y numerosas bibliotecas privadas). Desde la primera frase, el joven oficial de la Oficina de Interpretracion de Lenguas era rotundo en su reclamación: «Public Libraries in Spain are an institution of considerable antiquity, and perhaps a Spaniard may venture to say that his country was the first in Europe that saw spring up on her soil an invention of such importance»[4]. Por su parte, en 1856, el moderado Cándido Nocedal argumentó, en su enmienda parlamentaria en favor de la *Biblioteca de Autores Españoles* del impresor barcelonés Manuel de Rivadeneyra, que en España el prestigio de las letras había sustituido a la gloria de las armas («Allí donde no llega nuestra espada, allí donde no alcanza nuestra influencia política, allí llegará el nombre glorioso é inmortal de Cervantes y de Lope, de Calderón y Quevedo […]. Mientras ellos duren, y no pueden menos de durar, nuestra nacionalidad es imperecedera»)[5].

Medio siglo más tarde, coincidiendo con unos momentos de angustia y profundo malestar afectivo producido por la crisis de conciencia noventayochista, la *Nueva Biblioteca de Autores Españoles* dirigida por Marcelino Menéndez Pelayo seguía encontrando su mejor justificación en la defensa patriótica de la cultura tradicional española ante el ultraje al que la estaban sometiendo algunos círculos intelectuales[6]. En 1913, el funcionario del Instituto Geográfico y Estadístico encargado de redactar el capítulo sobre la propiedad intelectual escribía sin rubor: «Estamos en presencia de otro siglo de oro». Para él, frente a la dictadura de las cifras que señalaban la escasa producción de obras científicas en España y el retraso con respecto a otros países europeos, se imponía el razonamiento patriótico: por que, si bien «es lícita y justa es la aspiración de crear científicos», no lo es «la de ahogar tendencias que como naturales en el pueblo se manifiestan», y mucho menos, cuando se sabe que «para la elevación del coeficiente europeo en el cultivo de las Bellas Letras es factor

[4] Gayangos (1834), p. 378, citado por Santiño (2015), p. 151 (consultado gracias a la amabilidad del autor); Álvarez Millán y Heide (2008).

[5] *Diario de Sesiones* (1856), p. 10220.

[6] Menéndez Pelayo (1905).

esencial nuestra España»[7]. Por último, en 1935, el corolario muy bien lo pudo poner Pío Baroja, al intervenir en el interminable debate con el artículo «Menéndez Pelayo y la cultura española» publicado en *Ahora*. Una vez más, el chapelaundi, intelectual escéptico y «volteriano "de acción"» que huía «como de la rabia de las esencias y tradiciones admitidas», tomó posición frente a la retórica del «pim, pam, pum del seminarista brillante» y sus seguidores, con una crítica demoledora del concepto de tradición menendezpelayista («sofisma de los reaccionarios»). Y, aun así, en su consecuente deducción sobre la historicidad de las culturas nacionales (de sus cambios y mutaciones), no pudo dejar de considerar que

> el negar que exista una ciencia española no quiere decir que haya habido hombres de ciencia españoles; lo que quiere decir, a mi modo de ver, es que con la obra de los científicos españoles sola no se puede formar una idea completa de la ciencia. En cambio, la producción española literaria y artística basta para crear una cultura[8].

Es verdad, en todo caso, que durante la Restauración la escritura de creación alcanzó su total autonomía y la condición del escritor inició su tendencia hacia la profesionalización. Por aquel entonces, el vivir de la pluma se fue convirtiendo en una realidad al alcance de un número mayor de *escritores públicos* gracias, por un lado, al paulatino desarrollo del mercado editorial (la Ley de la Propiedad Intelectual de 1879 o el Código de Comercio de 1885 estimularon el lento crecimiento de las empresas editoriales y ampliaron las relaciones de los editores con los autores) y, por otro, porque las revistas de alta cultura creadas a partir de los años setenta (*La Revista de España,* la *Revista Europea* o la *Revista Contemporánea*), las destinadas a la familia, las publicaciones oficiales y los periódicos, se nutrían básicamente de las colaboraciones y obras escritas por los personajes más representativos del orden académico (Valera, Cánovas, Pereda, Castelar o Menéndez Pelayo), combinados con la promoción de nuevos narradores, moderados disidentes o críticos directos del sistema (desde Galdós a Clarín)[9]. Sin embargo, todavía las miserias del artista andaban muy presentes (como tendrían ocasión de comprobar los integrantes de la *bohemia* finisecular) y pertenecer a la Real Academia Española pervivía como una aspi-

---

[7] Dirección General del Instituto Geográfico y Estadístico (1913), III, pp. 450-451.

[8] P. Baroja (1999), pp. 1312 y 1315; Ara Torralba (1999), pp. 27-28.

[9] Martínez Martín (2001) y (2009); Simón Palmer (2008); Versteeg (2011); Mainer (2012a); Oleza (2012).

ración deseada y una expectativa de mejora socioeconómica, un símbolo de reconocimiento y una experiencia de autoridad literaria.

Precisamente, el autor de *Pepita Jiménez* había sido elegido en 1862 y Cánovas, el gran político conservador del momento, era numerario desde 1867. El 21 mayo de 1876, el liberal Valera recibió en la corporación a su correligionario político y poeta lírico Gaspar Núñez de Arce. El templado revolucionario septembrino acabada de saldar cuentas con la revolución y consigo mismo con su libro *Gritos del combate* (1875), que era un auténtico llamamiento a la concordia civil, a la retracción política y a la aceptación del nuevo régimen borbónico. Cuidándose de salvar el buen nombre de la dinastía instaurada por Felipe V, sin embargo, tanto el discurso de ingreso del nuevo académico *(Consideración acerca de las causas á que atribuye la precipitada decadencia y total ruina de la literatura nacional, bajo los últimos reinados de la Casa de Austria)* como la contestación del diplomático cordobés contribuyeron a avivar el fuego de la querella sobre la *ciencia española* que, en su interpretación liberal y desde el «amor patrio», explicaba cómo la «cultura propia y castiza» había sido ahogada por la Inquisición al servicio de los reyes austriacos[10].

A finales de febrero de 1877, aún reciente el éxito de *El sombrero de tres picos*, Pedro Antonio de Alarcón tomó posesión de su medalla disertando sobre las bondades literarias de sus escritos (algunos lo consideraron un justo premio a su salto del «liberalismo exaltado a las filas conservadoras con vida tan amplia y antecedentes tan nobles», amén de ser correspondido con un puesto en el Consejo de Estado). En 1880, tras su aceptación del régimen, el expresidente de la República Emilio Castelar se sentó en el sillón D con una oración acerca de las *Excelencias del siglo XIX* y, el 20 de mayo de 1894, fue el encargado de contestar la disertación pronunciada por el político, matemático y dramaturgo nacional José Echegaray, significativamente titulada *De la legalidad común en materias literarias*. En sus páginas, el antiguo reformador republicano, integrado en el ala izquierda del Partido Liberal de Sagasta y director de la Academia de Ciencias Físicas, Exactas y Naturales, proponía una especie de trasposición del orden establecido por la «política como negociación» al campo artístico y literario, dentro del «cual vivan y se desarrollen pacíficamente todas las escuelas y todas las energías, sin anatemas ni excomuniones desde arriba, sin odios ni enemigas desde abajo»[11]; es

[10] Alonso (2010), pp. 520-522; García Camarero (2012), pp. 92-93.

[11] Echegaray (1894), p. 9; Sánchez Ron (2013), pp. 549-552 y (2016a), pp. 52-78 y 80-82.

decir, consenso, concordia y neutralidad como objetivo y práctica fundamental del ordenamiento cultural de la *República de las Letras* española.

Nada que no pudiera compartir, en fin, el neocatólico y adelantado numerario Marcelino Menéndez Pelayo, quien había desarrollado el tema *La poesía mística en España* en el acto de su recepción en 1881. Por mor del turnismo académico, el domingo 7 de febrero de 1897, el polígrafo cántabro fue el encargado de contestar el discurso que, superados los ocho años de su elección, Benito Pérez Galdós dedicó a las fuentes naturales de su inspiración, *La sociedad presente como materia novelable* («Imagen de la vida es la novela, y el arte de componerla estriba en reproducir los caracteres humanos, las pasiones, las debilidades…»)[12]. A los pocos días, ingresó el montañés José María de Pereda, autor de *Peñas arriba* y representante del éxito alcanzado, desde los años ochenta, por la novela regional (dirigida a reconstruir las costumbres y tradiciones locales de un mundo arcaico y rural en vías de desaparición). Y, en 1906, fue elegido para sucederlo en el sillón k minúscula el asturiano Armando Palacio Valdés, escritor muy popular desde la aparición, en 1881, de *La hermana San Sulpicio* (texto construido, en la línea trazada por Valera o Galdós, con vocación de novela nacional donde establecía la conjunción territorial del norte y el sur a través del relato de un gallego enamorado de una andaluza). Y en esa estela, recuerda Cecilio Alonso, «se situó después la expansión ondular de la obra de Vicente Blasco Ibáñez, que fue mucho más lejos con las tres fases espaciales de su producción: regional, española y cosmopolita»[13].

Pero el republicano Blasco pertenecía ya a otra etapa de la *cultura nacional española*. Su trayectoria principal se entronca con el tiempo de los intelectuales críticos con el sistema político y el modelo académico (combativo opositor a Cánovas y a la dictadura de Primo de Rivera, su fama y dinero le permitieron, además de enfrentarse al poder político, renunciar a cualquier posible candidatura académica). Y hunde sus raíces en el periodo de discrepancias y *modernismo* literario (integrador de renovación estética y rebeldía política) que arranca de dos fechas capitales en los rumbos de la novela española contemporánea: 1902, año en el que aparecen «la *Sonata de otoño* de Valle-Inclán, de *Amor y pedagogía* de Unamuno y *La voluntad* de Azorín», y 19 de febrero de 1905, día en el que se registra la protesta pública contra el Premio Nobel de Literatura José Echegaray (compartido

[12] García de la Concha (2014), pp. 250-258.
[13] Alonso (2010), p. 575.

con el poeta provenzal Frédéric Mistral). Firmado por el grupo de jóvenes escritores obsesionados por los signos de identificación generacionales (Unamuno, Azorín, Maeztu, Rubén Dario, Valle-Inclán, Baroja, Villaespesa, los hermanos Machado, Fernández Almagro o Díez-Canedo), el manifiesto repudiaba, en la persona del polifacético dramaturgo-ingeniero, a cuantos «en la literatura, en el arte y la política» representaban la España de la «gente vieja», las falsas reputaciones académicas, los intereses creados y, por extensión, los denominados «años s» del último cuarto del siglo XIX[14]; modernismo español e hispanoamericano, en cualquier caso, cuyo fin se adelantó a situar en 1907 el historiador de la literatura de su tiempo, Guillermo de la Torre (un jovencísimo crítico perteneciente a la «tercera generación del siglo» –la «C»–, según la teoría orteguiana de las generaciones, interesado por señalar las novedades que darían lugar a las vanguardias literarias españolas y europeas)[15].

Para entonces, la personalidad excepcional del narrador valenciano que, como bien señala Francisco Caudet, llevó a «la calle la literatura y la política» (de sus cuatro novelas sociales, en 1905, publicó *La Bodega,* que giraba en torno a la huelga de los campesinos de Jerez de 1892)[16], confirmaba la regla de un universo académico de políticos, escritores públicos y «hombres geniales» de muy diversos grados y dedicaciones, ordenado por las jerarquías de la fama, la dictadura de las modas y los vaivenes del mercado editorial. Era un mundo, además, biológicamente organizado e inequívocamente masculino cuyos usos y naturaleza tradicional no se avenían a combates «desiguales» entre caballeros y damas (*marisabidillas, literatas* y *letraheridas,* apasionadas por la cultura, la lectura y con aspiraciones literarias –adelantadas de la *mujer moderna* de los años veinte–; mujeres, en todo caso, transgresoras de la virtuosa «discreción» y ferozmente caricaturizadas en la prensa)[17]. Por eso, poco importaba al zumbón Valera que la «muy mona y simpática» Rosario Falcó y Osorio –la duquesa de Alba de la época– hubiera demostrado aficiones eruditas al editar los *Documentos escogidos del Archivo de la Casa de Alba* («y pretenden que la elijan académica de la Historia, a pesar de no ser androgynas las Academias») ni que las obras de las escritoras tuvieran tanta popularidad y lectores como las de Emilia Pardo Bazán.

---

[14] Calvo Carilla (1998), p. 153; Sánchez Ron (2016a), pp. 97-102 y (2016b), pp. lxiii-lxix.

[15] Calvo Carilla (2002).

[16] Caudet (2010), p. 272; Reig (2002), pp. 105-119; Varela (2015), pp. 95-657.

[17] Sáez de Melgar (1881), p. viii; Kirkpatrick (1991), pp. 259-276 y (2003), pp. 85-127; Gabino (2008); Bieder (2009); Mornat (2016), pp. 102-105.

Justificando la redacción del folleto *Las Mujeres y las Academias. Cuestión social inocente,* que había publicado bajo el seudónimo de Eleuterio Fylogino, el misógino cordobés culpaba a la novelista de haber inventado «la tramoya y promovido la zalagarda para que el sexo femenino se inmortalice»[18]. En medio de una fuerte disputa periodística, la condesa gallega fue nominada en dos ocasiones, siendo rechazada en ambas (olvidadas las literatas Fernán Caballero y Carolina Coronado, en la de Ciencias Morales y Políticas tampoco logró superar la nominación la abogada, escritora y pionera feminista Concepción Arenal, «que, decía Valera, *huye del mundanal ruido y es de las pocas sabias que en el mundo han sido*»; la primera mujer que ingresó en una de las grandes academias lo hizo en la de Historia y fue la colombiana Mercedes Gaibrois de Ballesteros que leyó su discurso en febrero de 1935)[19].

Pero la escritura como acto de cultura es algo muy complejo y las nóminas de escritores, obras e instituciones suelen simplificar las pautas de comportamientos y relaciones entre los creadores, la sociedad y sus públicos. Y, en este orden, importa recordar con Walter Benjamin el valor de los cafés literarios como lugares de encuentro cotidiano de los escritores y los artistas, escaparate de tertulianos y mercado en la formación de la opinión pública y la difusión de las ideas. Y mucho de eso sabía el narrador canario Pérez Galdós. En su novela *La Fontana de Oro* de 1870, había retratado magistralmente el ambiente del café de los años 1820-1823 donde se reunían los campeones españoles del liberalismo en sus luchas contra el absolutismo del Deseado. Medio siglo después, entre los asientos y botillerías de los nuevos cafés del Madrid regido por otro Borbón restaurado, sin duda, pensó las tramas de las populares cinco series de los *Episodios Nacionales,* el gigantesco fresco del pasado inmediato de la nación que, escrito entre 1873 y 1912, ejemplifica la simbiosis de la novela histórica y la vida misma de la *cultura nacional española* («asombran por la cantidad de vida que contienen», escribió Antonio Machado, en 1907, en la revista *La República de las Letras*)[20].

Treinta años más tarde, el republicano Pérez Galdós se convirtió en el protagonista de las opiniones de los contertulios de los cafés de Madrid y provincias ante el éxito inenarrable alcanzado por el estreno de *Electra* el 7 de enero de 1901. El anticlericalismo y laicismo de

---

[18] Fylogino (1891); Lemartinel (1972), p. 459; Sáez Martínez (2008), pp. 36-39.

[19] González Herrán (2008), pp. 348-355; García de la Concha (2014), pp. 242-262 y 258-259; Campo (2010), pp. xxv-xxx.

[20] Citado por Canal (2011), p. 397.

las clases medias tenían su primera gran representación cultural (en la década de los diez su espíritu lo encarnó José Ortega y Gasset). Y lo hacia coincidiendo con la publicación de la información ateneísta anticaciquil de Joaquín Costa y las críticas antimilitaristas que, con el viejo pleito social de las quintas en la memoria, solicitaban las responsabilidades militares del Desastre, nunca sustanciadas (la intermitente guerra colonial de Marruecos la mantuvieron viva en su primera fase hasta la explosión de la Semana Trágica de 1909). Convertidos en los temas estrella del catálogo de injusticias nacionales, los tres antis se instalaron en la cultura de los modernos escritores que avanzaban sobre el camino de la opinión publica y el tiempo de los intelectuales.

Hasta entonces, según Antonio Bonet Correa, el *Café de Fornos* era el rey de los establecimientos madrileños (en sus salones iniciará su leyenda como soberano distinguido de los «cafetistas» el genial escritor gallego Ramón María del Valle-Inclán)[21]. Espacios de exhibición e inspiración para pintores, novelistas, estetas y arquitectos, en provincias destacarían el zaragozano *Ambos Mundos* con «sus divanes de terciopelo rojo», el gerundés *Café Vilá,* el *Boulevard* de Bilbao, los *Suizos* de Granada y Santiago de Compostela o el barcelonés *Els Quatre Gats* (versión a la catalana del parisino café-cabaret *Le Chat-Noir*)[22]. Abierto entre 1897 y 1903, este café se convertiría en el punto de reunión de los artistas del Principado que percibían la ciudad con más librerías de España, la del *L'Eixample* de Ildefonso Cerdá, el *Liceu* y las construcciones modernistas (de Lluis Domenech, Josep Puig i Cadafalch o Antonio Gaudí), como «un pequeño París» (verdadera metrópoli de sus sueños e imaginaciones creadoras). Saltando el siglo, algunos de sus parroquianos (Rusiñol, Casas, Nonell, Utrillo o Picasso) ligaron el establecimiento con la libertad estética respecto a las jerarquías académicas, la reivindicación de artistas olvidados como el Greco y las agitaciones cosmopolitas y porveniristas de unas vanguardias artísticas que apenas se vislumbraban en el conservador horizonte estético de la cultura restauracionista.

A partir del 20 de agosto 1914, fecha en que el ministro conservador de Instrucción Pública Francisco Bergamín destituyó por vez primera a Miguel de Unamuno de su cargo de rector de la Universidad de Salamanca, coincidiendo con la publicación de *Niebla* (la *nivola*), las cosas de la literatura comenzaron a cambiar con rapidez[23]. Desde

---

[21] Bonet Correa (2012); Alonso (2010), pp. 182-185

[22] Villar (2013), pp. 242-254; Vázquez Astorga (2015), p. 72-77.

[23] C. y J. C. Rabaté (2009), pp. 327-341.

aquel año fronterizo que, como adelantó Guillermo de Torre, «marca de hecho el antes y después de la historia política, social y estética del siglo XX», el novecientos literario trajo consigo la aparición de una multiplicidad de apuestas por la aventura creativa cuyos tránsitos estéticos suponían, entre otras cuestiones, la afirmación de las circunstancias de su época, la devoción al presente y el desdén negativo hacia el pasado («en su fría reducción museal, en su yacente esterilidad estatuaria»)[24]. En el diálogo se enlazaban las «continuidades y precedencias» de Pedro Salinas, Jorge Guillén, Juan Ramón Jiménez, Ramón Gómez de la Serna con las percepciones téoricas de Rafael Cansinos Assens, el ultraísta chileno Vicente Huidobro, los vanguardistas de la *Generación del 27* y el amplio abanico internacional de activistas de las *Literaturas europeas de vanguardia* (1925). Un programa artístico de actualidad que sería llevado a la práctica de la noticia y de las modas por *La Gaceta Literaria. Ibérica. Americana. Internacional*, el periódico de las letras quincenal dirigido por Ernesto Giménez Caballero (1927-1932), y unos credos artísticos futuristas, en definitiva, que tenían mucho que ver con el ambiente de renovación «que había venido creándose en torno a Ortega y a otros mentores ideológicos y literarios del nuevo nacionalismo racional y europeísta, como Eugenio d'Ors, Gregorio Marañón, Ramón Pérez de Ayala, Gabriel Miró o Manuel Azaña». Y que, sin duda, guardaban bastante relación con los climas de libertad de opinión, las discusiones creadoras y las estrategias de la fama surgidas entre los humos y los gritos de los cafés madrileños de aquellas tres primeras décadas del XX donde, como escribió César González Ruano en sus confesiones a medias, «Madrid estaba de tal manera repartido por los cafés que casi con exactitud se podía localizar a un escritor en pocos minutos»[25].

La relación de cafés, tertulias y contertulios hasta el tiempo final de la Segunda República es amplísima (desde el *Café Madrid* de los modernistas de 1902 hasta el *Nuevo Café de Levante,* el *Regina,* el *Pombo,* el *Europeo,* el *Gijón,* el *Lyon* o *La Ballena Alegre,* también las creadas en las redacciones de la *Revista de Occidente* y *La Gaceta Literaria* o las que se reunían en los modernos bares como el *Bakanik* y el *Chicote*). De todas aquellas cofradías de famosos, aspirantes a la fama y principiantes que mantenían «el fuego sagrado de las artes y las letras», dan cuenta también *Gente del 98,* los divertidos artículos de recuerdos publicados en el *Diario de Madrid,* en 1935, por Ricardo Baroja (antiguo miembro del Facultativo de Archiveros,

[24] Torre (2002), p. 14; Calvo Carilla (2002), pp. lxxi-lxxii.
[25] Gónzalez Ruano (2004), p. 172.

Bibliotecarios y Arqueólogos que, tras contar los avatares de su viaje para tomar posesión de su primer destino en el archivo de Hacienda de Teruel y desempeñar el empleo en otras capitales de provincias, abandonó el Cuerpo para seguir su vocación de artista vasco, señorito y bohemio madrileño)[26], y el amplio vademécum de las tertulias en activo, redactado por el veinteañero Francisco Ayala para el *Almanaque de las Artes y las Letras de 1928,* dirigido por el polifacético pintor, escritor e impresor de la vida artística española Gabriel García Maroto[27]. En 1907, el periodista de las caricaturas y los retratos Julio Camba había explicado con humor la gran tertulia ciudadana de la Puerta del Sol («el patio de todas las casas pobres de Madrid»), donde se reunían «para fumar y conversar, estas tres clases sociales cuyos intereses deben ser sagrados para el Municipio: los vagos, los filósofos y los conspiradores» que se agrupaban en la acera del café Oriental[28]. Y su inmenso paisano Valle-Inclán recreó los ambientes de los diferentes lugares de sociabilidad madrileños en la corrosiva y crítica *Luces de Bohemia*. Publicada en las páginas de la revista *España* (entre julio y octubre de 1920), el gran tertuliano paseó a sus lectores, entre otros escenarios callejeros, por el Ateneo (y su célebre «cacharrería», sala inmediata a la biblioteca, en la que se celebraron famosas discusiones), la tertulia de Jacinto Benavente, la silenciosa casa de Juan Ramón Jiménez, la animada redacción de *España. Semanario de la vida nacional* (en frase de su fundador Ortega y Gasset, «nacido del enojo y la esperanza, pareja española» a finales de enero de 1915, dirigido después por Luis Araquistáin y luego por Manuel Azaña), hasta llegar, al fin, a la tertulia de la antigua botillería del *Pombo* de la calle de Carretas, donde pontificaba los sábados por la noche, en un tono «a veces, muy forzosamente eutrapélico», Ramón Gómez de la Serna.

Cuando, en 1924, apareció la segunda versión de aquel tardío pero afortunado *pastiche* del mundo barriobajero y paródico por el que se mueve Max Estrella, Azorín había aventurado en la fantasía moral *El chirrión de los políticos* el indisoluble conflicto entre la actuación del político y la creación del intelectual, para asegurar que «los verdaderos hombres de acción son los hombres de pensamiento» (parecer ampliamente compartido por los distintos círculos académicos y «trabajadores intelectuales» de los años veinte, tipos «como el Quijote, que es un intelectual en acción» y que «vivían haciendo cosas» en el «si-

[26] R. Baroja (1989), pp. 222-242.
[27] Ayala (2011), pp. 104-105.
[28] Camba (2013), p. 48.

lencioso campo de batalla» del Centro de Estudios Históricos)[29]. Y el 26 de octubre José Martínez Ruiz tomó posesión del sillón P de la Real Academia de la Lengua con la oración *Una hora de España (entre 1560 y 1590)*[30]. Recibido con entusiasmo por la «joven España» (por su rechazo a la idea de la decadencia y por la búsqueda patriótica de las glorias literarias y morales de la nación que hundían sus raíces en la Edad Media), aparentemente el tiempo de los escritores-intelectuales había llegado a la Academia. Pero sólo era eso, un destello de apariencia (que apenas volvería a brillar cuando, en los meses de mayo y junio de 1935, se hicieron académicos los otros dos representantes «De los Tres»: el descontentadizo y vacilante Pío Baroja y el defensor de la Hispanidad, Ramiro de Maeztu)[31].

Humillada por el poder político de la dictadura de Primo de Rivera, la obsoleta institución que nunca reconoció a Ramón María del Valle-Inclán se había convertido en «una comunidad de asmáticos», un centro donde se reunían «los jubilados de las Letras». Al autor de estas palabras, Miguel de Unamuno, le ofrecieron un sillón académico en el otoño de 1932. Viviendo los agobios de la vorágine de la política y las preocupaciones por seguir el camino de «su último destino», el viejo rector al que Pérez de Ayala considerada el *primus inter pares* de las letras españolas, nunca tomó posesión del mismo. Tampoco lo hizo Antonio Machado, el poeta elegido en marzo de 1927, cuyas soledades se extinguieron doce años después en el exilio de la pequeña localidad francesa de Collioure. *Cafetistas* y contertulios, escritores de acción de la cultura literaria, la vida los abandonó mientras contemplaban el terrible naufragio del liberalismo español («eterno, instintivo, cordial, ilusorio, imperativo, inquieto o racional») y la violencia política desterraba sus nombres al limbo de la marginalidad y el olvido[32].

Archiveros en la Academia: la revisión canovista del pasado nacional

En la década de los diez, los más sesudos numerarios de la historia celebraban tertulias en las casas de los aristócratas (se hizo célebre en los círculos académicos la reunión dominical en casa de Joa-

[29] Azorín (1948), pp. 396-399, el entrecomillado en Ferrándiz Lozano (2009), p. 481; Moreno Villa (2011), p. 98.

[30] Azorín (1924); García de la Concha (2014), pp. 259-262.

[31] Mainer (2012b), pp. 308-311; Calvo Carilla (1998), pp. 339-344.

[32] Ouimette (1998).

quín Guillermo de Osma, yerno del conde de Valencia de Don Juan, a la que asistían, entre otros, Manuel Gómez-Moreno, José Ramón Mélida, Julián Ribera, Miguel Asín y Palacios, el duque de Alba, Gabriel Maura, el duque de la Torre, el conde de las Navas, Elías Tormo o Ramón Menéndez Pidal). No obstante, a los cafés burgueses del Madrid restauracionista, tan distintos de los cafetines y tabernas populares, también acudieron las clientelas de eruditos, rastreadores de documentos, bibliófilos y aficionados a las antigüedades que, a través de sus relaciones de paisanaje y amistades políticas, aspiraban a una de las 36 medallas de la Real Academia de la Historia. Sin historiadores de profesión, fueron los profesores de la Escuela Superior de Diplomática y miembros más relevantes del Cuerpo Facultativo de Archivos, Bibliotecas y Museos quienes otorgaron el crédito intelectual al centro (Antonio Rodríguez Villa, Eduardo de Hinojosa, Juan Facundo Riaño, José Ramón Mélida, etcétera).

Durante la Restauración, el alma de la corporación en su funcionamiento cotidiano fue el crítico de arte y miembro de la más influyente familia del panorama artístico español, Pedro Madrazo y Kunt (secretario perpetuo de la misma desde 1879, en 1893 sucedió a su hermano en la dirección de la de Bellas Artes de San Fernando)[33]. Y, hasta su muerte en 1897, Cánovas se preocupó por hacer académicos a sus amigos políticos (Fernando Corradi, Antonio María Fabié, Cesáreo Fernández Duro, Manuel Danvila…)[34]. Sin embargo, la inextricable relación que los probos y laboriosos miembros del Facultativo de Archivos establecieron con las elites político-culturales del periodo y, particularmente, con el jefe del partido conservador los convirtió en los guardianes por excelencia de la imagen oficial de la historia. En su práctica historiográfica, la necesidad de legitimar históricamente el papel de la monarquía constitucional y restablecer la continuidad de la historia española (según el principio canovista de la constitución interna) resultó decisiva para que este parvo pelotón de eruditos apoyaran intensamente la denominada «historia externa», mediante la reconstrucción de los grandes hechos políticos sobre los que se debían fundamentar la historia nacional y la aplicación de los principios de la crítica histórica al estudio de las biografías de las principales figuras de la historia política nacional.

De ese modo, asumieron las tareas más rigurosas dirigidas a continuar y recomponer las deficiencias nacionalistas de las empresas iniciadas por los numerarios de los años cuarenta, quienes, siguiendo

---

[33] González López y Martí Ayxelá (2011), pp. 29-136; Torres González (2011a), pp. 155-175; Osma (2015).

[34] Peiró (2006), pp. 161-226.

el ejemplo de las principales naciones de Europa, además de promocionar los *viajes literarios* de los primeros grandes documentalistas, «rastreadores de monumentos» españoles (Pascual Gayangos o Valentín Carderera), habían comenzado la edición de la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España* (1842-1895) o la *del Archivo General de la Corona de Aragón* (1847-1910) [35]. Pero no sólo eso. Acto seguido, los académicos-archiveros emprendieron una labor de revisión histórica de las interpretaciones canónicas de la historiografía liberal y republicana en torno a la decadencia española, al absolutismo político de los Austrias mayores (represores de los primeros ciudadanos liberales de las regiones, desde Padilla a Lanuza, pasando por los agermanados valencianos y los mallorquines) y al nacimiento mismo de España como nación.

Para ello, encabezados por el precoz Marcelino Menéndez Pelayo (el académico más joven de la historia de la corporación que acabada de dar a la imprenta la monumental *Historia de los heterodoxos españoles,* 1880-1882), no dudaron en abandonar el nivel del pensamiento crítico y transformar la querella inicial en una disputa sobre la *ciencia española* planteada en términos ideológicos y morales. Al mismo tiempo, recuperaron las tesis más positivas sobre la figura y el reinado de Felipe II, expuestas por el moderado marqués de Pidal a principios de los años sesenta, para proclamar la modernidad de la política nacional del emperador Carlos V. Por lo demás, a través de la alianza establecida entre la fe católica y las «ciencias» (la geología, la geografía y la protohistoria o la arqueología), demostraron de forma positiva que los iberos eran el primer pueblo español que logró la «Unidad Ibérica Hispánica»[36].

Con todo y eso, estaba claro que no bastaba con la revisión de las partes. Alentados por las ideas sobre el uso político de la historia de Cánovas del Castillo, las miras impugnadoras de los académicos se aplicaron hacia el todo representado por la *Historia de España* de su precursor Modesto Lafuente y Zamalloa. Al cabo, desde finales de la década de 1850, la obra del palentino había impregnado la conciencia histórica de los lectores, empapando con sus interpretaciones del pasado los espacios públicos y privados de la *cultura nacional española*. Con el propósito de que las cosas cambiaran, Cánovas planteó la realización de una nueva *Historia general de España* escrita por los académicos de la Historia. Sin embargo, publicada en-

[35] Moretti (2006); Álvarez Ramós y Álvarez Millán (2007); Peiró (2008a); Lanzarote y Arana (2013); Lanzarote (2016).

[36] Vilanova (1889).

tre 1886 y 1897 por la empresa *El Progreso Editorial,* fue un proyecto oficial inacabado.

Dirigida a imponer el discurso de la historia nacional en su versión más conservadora, sin embargo, el producto historiográfico difícilmente pudo competir en el mercado con el éxito de ventas que suponían las sucesivas reediciones del relato de Lafuente (desde la más lujosa publicada entre 1877 a 1882, por la barcelonesa editorial Montaner y Simón, revisada y ampliada por Juan Valera, Andrés Borrego y Antonio Pirala, hasta la edición popular en 28 volúmenes, ampliada por Gabriel Maura y Melchor Fernández Almagro, aparecida entre 1919 y 1934)[37]. Y de ninguna manera penetró la conciencia histórica republicana que, adecuada a la retórica del discurso de una cultura política alternativa, entroncaba los orígenes contemporáneos de la nación española con el resultado de la guerra y revolución en España que había sido la Guerra de la Independencia. Y es que, a finales de siglo, esta corriente periférica de la historiografía española mantenía viva la interpretación de un pasado nacional diferente al establecido por la erudición canovista a través de una serie de grandes metarrelatos nacionales, entre los que destacaban los nueve volúmenes escritos por el catedrático madrileño y ferviente posibilista Miguel Morayta (1886-1896), o de los ocho tomos de que constaba la *Historia de España en el siglo XIX,* obra póstuma del erudito historiador y expresidente de la República Francisco Pi y Margall (firmada, en 1902, junto a su hijo Francisco Pi y Arsuaga). En los siguientes años, la publicación de la Academia tampoco fue rival para la *Historia de España y de la civilización española* de Rafael Altamira y Crevea (1900-1911); redactada por uno de los primeros historiadores profesionales desde los presupuestos de la «moderna» historia científica, será una obra de referencia con una gran difusión dentro de la corporación y entre el público general hasta el final de la Segunda República[38]. Y, difícilmente, hubiera podido competir con el proyecto de Espasa Calpe de editar una *Historia de España* fundada por Ramón Menéndez Pidal, cuyo primer volumen dedicado a la *España romana* se puso a la venta en 1935[39].

El año anterior, el sobrino del político neocatólico marqués de Pidal y catedrático de Filología comparada de la Central había comenzado a publicar los dos primeros tomos de sus *Obras completas* y concibió otros tantos proyectos monumentales para la divulgación científica de las manifestaciones de la cultura nacional: la *Historia de la lengua*

---

[37] Romero Tobar (2004), pp. li-lxxiii.

[38] Peiró (2013a), pp. 85-117.

[39] Pérez Pascual (1998), pp. 264-265; Pasamar (2004), pp. 320-321.

española y la ambiciosa *Historia de España*. Estaba planeada como una obra colectiva escrita por especialistas en las distintas épocas históricas que, trabajando bajo su dirección, debían ayudarlo a completar el gran metarrelato de la historia nacional pidaliano (en su contexto europeo, situaba el nacimiento de la «España moderna» en el siglo XI bajo el impulso de la hegemonía castellana). No en vano, tras cuatro décadas de investigación de la lengua y la literatura española medieval (centrada en el estudio de los cantares de gesta, la epopeya y la épica), en 1929, había aparecido *La España del Cid*, primer trabajo puramente historiográfico de Menéndez Pidal. Durante la Segunda República, amplió sus proposiciones historiográficas en las introducciones que redactó para los tres primeros libros de la *Historia de España* de Espasa Calpe («El Imperio romano y su provincia», «Universalismo y nacionalismo. Romanos y germanos» de 1938 y «Los españoles en la Historia. Cimas y depresiones en la curva de su vida política» de 1947).

En estos textos, que gozaron de una amplia y dilatada difusión, estableció los dogmas del discurso historiógrafico y del liberalismo unitario que debían orientar la narración de los volúmenes y las líneas de trabajo del resto de los colaboradores. Y, para empezar, en el primer volumen proclamó su empeño de estudiar «los caracteres de un pueblo», describiendo los orígenes de la formación de España y de su cultura a partir de la contemplación histórica de la «unidad geografica perfecta» que, «como toda unidad de habitación, fue para las razas que la poblaron un gran agente de fusión étnica, aunque no de unión política»[40]. Por descontado, las tesis de Menéndez Pidal no eran únicas ni exclusivas en el ámbito de la historiografía española de preguerra (como veremos más adelante, en 1937, Pere Bosch Gimpera contestará a esta visión «ortodoxa» de la historia nacional –con alusiones directas a Ortega y Gasset y Menéndez Pidal–, subrayando «la diversidad de los pueblos hispánicos», la pluralidad constitutiva de lo español y la voluntad de ser catalana)[41]. Sin embargo, resultan indicativas del carácter normativo que estaba adquiriendo el entramado de categorías históricas construido por la comunidad de profesionales de la historia desde principios de siglo. En un párrafo preciso, José-Carlos Mainer ha marcado los hitos de esta evolución:

> El matizado neotradicionalismo menendezpidaliano se ajustaba muy bien a la tradición *institucionista,* que compartió, tanto como a la nueva estética nacional, pero además convergía decisivamente con

[40] Menéndez Pidal (1982), p. ix; García Isasti (2004), pp. 219-304.
[41] Bosch Gimpera (2000); Juaristi (2010); Ruiz Torres (2015), pp. 48-51.

> los valores políticos del liberalismo moderado que emergió hacia 1920 pero cuyo porvenir quedó obstaculizado por la dictadura de Primo: aquel fue, sin duda, el ideal civil del investigador y coincidió, de otra parte, con el despliegue de sus grandes síntesis de esa época de los años veinte y treinta[42].

En realidad, habían pasado treinta años desde los tiempos de la regeneración, de las apelaciones a la naturaleza, al «alma española», a la concordia corporativa a la modernización de las disciplinas universitarias y, por ende, de la renacionalización «científica» de la literatura, del arte y de la historia española. Aquel momento de expectativas intelectuales y divulgación de conocimientos lo aprovechó el editor José Espasa Anguera para alumbrar la *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo Americana* en 1906.

Producto de la madurez de la importante industria editorial barcelonesa (que, desde los *Recuerdos y bellezas de España* de Pablo Piferrer y Francisco J. Parcerisa, pasando por el mismo Bonaventura Carles Aribau, impulsor de la primera *Biblioteca de Autores Españoles*, era un potente foco irradiador de cultura española), el *Espasa*, que llegó a ser considerada una de las mejores enciclopedias del mundo, es un ejemplo de la tardía asimilación española de los grandes repertorios universales europeos; pero, en verdad, es significativo del gran éxito comercial de una voluminosa obra alfabética destinada a ser el verdadero «oráculo» con el que se identificaron «varias generaciones de lectores españoles e hispanoamericanos hasta el final del siglo XX». La *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo Americana* fue un lugar-encrucijada de saberes, biografías, conocimientos científicos y realizaciones económicas que, sin negar las contradicciones de la España de los primeros treinta años del nuevo siglo, reflejaba en los 70 tomos de la primera colección (a los que se añadirán 10 tomos de apéndices) la representación simbólica de la *cultura nacional española* que venía de la centuria anterior. Por eso, concluye su máximo estudioso Philippe Castellano, «al privilegiar el consenso a través de uniones establecidas con sus lectores, podrá ser considerada a partir de entonces como uno de los elementos de integración de la sociedad española, cuya importancia se ha visto probablemente reducida [en la actualidad] en beneficio de los factores de ruptura»[43].

El 31 de diciembre de 1925, la barcelonesa Espasa y la madrileña Calpe (fundada por el empresario Nicolás María de Urgoiti) se fusio-

---

[42] Mainer (2010a), pp. 61-62.
[43] Castellano (2000), pp. 450 y 549.

naron definitivamente (su primer acuerdo empresarial sobre la comercialización de la *Enciclopedia Universal* en el mercado nacional y la exportación al americano databa del verano de 1921)[44]. Y, en febrero de 1926, se terminó la impresión del volumen *España* (versión especial del número 21, aparecido tres años antes). Encuadernado en piel, trabajaron en su actualización 181 autores, entre ellos Menéndez Pidal, José Rodríguez Carracido, Adolfo Bonilla y San Martín, Antonio Maura, Elías Tormo y el conde de las Navas (en las primeras páginas, incluía la lista completa de los 33 redactores y 613 colaboradores de la enciclopedia, con el afán publicitario de consolidar su prestigio mostrando que seguía el modelo del *Konversations-Lexikon* de Brockhaus, el famoso editor de Leipzig de principios del siglo XIX). Después del alejamiento de Urgoiti, el particular interés del presidente de la editorial, el navarro Serapio Huici, por las obras de referencia de producción propia se reflejó en la publicación del *Summa Artis,* la historia universal de las formas artísticas, concebida y dirigida por el hiperactivo catalán Josep Pijoan (como amistosa deferencia hacia el «magisterio» de Manuel B. Cossío aceptó que, en la primera edición, figurara el nombre del riojano como coautor del volumen que, en 1931, abría la colección con la dedicatoria «In memorian beati avi Francisci G[iner] de los R[íos]»)[45].

Para esas fechas, mientras España se convertía en materia literaria y estética, dos promociones de profesionales de la filología y de la historia sucedieron a los académicos y archivos en el proyecto de asentar el conocimiento científico de lo español. Como veremos, lo hicieron desde las nuevas cátedras universitarias y desde el Centro de Estudios Históricos, creado el 18 de marzo de 1910, bajo la dirección del infatigable Ramón Menéndez Pidal[46].

En el Ateneo: la «docta casa» liberal

Entre tanto, si volvemos nuestra mirada al conglomerado de centros de cultura académica del último tercio del XIX –que, de ninguna manera, eran todavía el horroroso «patio de asilo» desdeñado por Valle-Inclán–, vale la pena tomar en consideración aquel establecimiento paralelo que fue el Ateneo de Madrid. Desde su fundación, en

[44] Sánchez Vigil (2005), pp. 109-112, 208-219 y 226-235; Cabrera Calvo-Sotelo (2016).

[45] Pijoan y Maragall (2014), pp. 141-144; Bassegoda (2016), pp. 220-223.

[46] López Sánchez (2006a), pp. 40-90; Mainer (ed.) (2010).

diciembre de 1835, la «docta casa» fue la institución cultural por excelencia del liberalismo, el «símbolo de una nueva época de regeneración literaria para España» y un espacio donde cultura y política quedaron definidos para el resto del siglo (modelo, por lo demás, que se reprodujo con éxito en las provincias desde el Ateneo de Barcelona al de Vitoria o Sevilla). Durante el periodo restauracionista, el madrileño se mantuvo como un centro para la discusión plural y la heterogénea construcción de la *cultura nacional española*. Y eso, pese a los intentos realizados por Cánovas (elegido en 1882 por segunda vez presidente de la sociedad), por utilizar la institución para «monarquizar a las clases intelectuales» e imponer sus ideas sobre *El concepto de Nación* (título del discurso inaugural de las cátedras que leyó el 6 de noviembre de aquel año en el viejo caserón de la calle de la Montera)[47].

El 31 de enero de 1884, en presencia del rey Alfonso XII, Antonio Cánovas inauguró el nuevo edificio en la calle del Prado. En estos años y los siguientes de 1890, una vez superado el repliegue inicial de los krausistas, el retraimiento obligado de los idearios desplazados del poder (carlistas y republicanos) y el rechazo de los neocatólicos (sólo retornaron al centro tras la integración de Menéndez Pelayo y Juan Manuel Ortí y Lara), el Ateneo fue recuperando su peculiar fisonomía de centro de oposición parlamentaria, abierto a los debates científicos y la recepción de las modernas corrientes culturales («un sitio donde se puede decir todo lo que fuera de él no es permitido», según afirmó el líder del Partido Conservador). Asimismo, fue por entonces cuando ser «ateneísta» (pasear por los pasillos altos y bajos, discutir en la Galería de Retratos o estudiar en la Biblioteca) se convirtió en una categoría sociocultural, una condición necesaria para ingresar en los diversos círculos intelectuales del país y darse a conocer en la *República de las Letras* finisecular.

Las secciones y programas de conferencias del establecimiento de la calle del Prado sirvieron, por ejemplo, como altavoces públicos de los proyectos de reformas de la cultura y la educación nacional expresados el grupo de profesores encabezados por Francisco Giner de los Ríos, Gumersindo de Azcárate o Laureano Calderón y Arana que, tras sus salidas temporales de la universidad, se habían refugiado en aquella especie de centro de educación superior alternativo que fue la Institución Libre de Enseñanza[48]. En el salón de conferencias del Ateneo disertó el historiador de la institución, el venerable anticolonialista Rafael María de Labra y, entre un gran elenco de perso-

[47] Villacorta (1985).
[48] García-Velasco (2011); ILE (2012-2013).

najes de la cultura española, durante el último cuarto de siglo Emilia Pardo Bazán participó solícitamente en sus actividades hasta que, en 1905, consiguió su admisión y ser la primera socia de número. Después de todo, la condesa escritora había sido una de las principales animadoras de las discusiones ateneísticas sobre el naturalismo español (el original francés se suponía demasiado inquietante).

Y, porque en las cosas de la cultura casi todo se imbrica (mientras las ideas circulan por encima de las fronteras políticas y académicas, las polémicas se encadenan y entremezclan con la aparición de sensibilidades y tendencias), en la década de los ochenta, un grupo de novelistas invadieron los terrenos de los sociólogos, economistas, higienistas darwinianos, partidarios de la eugenesia social y filósofos del pesimismo para avivar un debate sobre el naturalismo y sus conexiones con la realidad que sería discutido en el Ateneo y divulgado en los periódicos y revistas del momento. Leopoldo Alas *Clarín,* flamante catedrático de *Economía Política y Estadística* de Zaragoza (en el siguiente curso de 1883 pasó a Oviedo), puso en marcha la disputa al viajar, en diciembre de 1882, a Andalucía para estudiar en vivo el problema del hambre como condición necesaria para corregirlo y con la idea de discutir sobre la consideración literaria del naturalismo mediante el conocimiento real de la sociedad[49]. Los 21 textos de Clarín publicados en *El Día,* avivados por los 20 artículos de Emilia Pardo Bazán sobre «La cuestión palpitante» aparecidos en *La Época* y su plasmación literaria, fueron refutados por las opiniones contrarias de un grupo de escritores entre quienes se encontraban Alarcón, Campoamor o el propio Cánovas (dedicó unas páginas de *El Solitario y su tiempo* a negar la condición artística de ese tipo de creaciones literarias).

En todo caso, como recogen las grandes síntesis de la literatura española, *La Regenta* de Clarín, *Los pazos de Ulloa* y *La madre naturaleza* de la Pardo Bazán o *Fortunata y Jacinta* de Galdós, las mejores novelas de la década, se escribieron según la técnica naturalista; una tendencia que, en sus búsquedas de luces literarias y fuentes naturales dirigidas a superar los métodos narrativos del realismo más autóctono y tradicional (que enlazaba con Cervantes), rompía con los prejuicios de clase y las limitaciones morales de la sociedad presente, poniendo en evidencia las lacras y contradicciones de la España de la Restauración. A principios de 1889, en la Sección de Literatura del Ateneo de Madrid, se dedicaron 17 sesiones a discutir sobre la memoria presentada por el escritor cántabro, leal seguidor de Menéndez

[49] Sánchez Hormigo (2001), pp. 108-116.

Pelayo y catedrático de Instituto de *Lengua y Literatura española,* Víctor Fernández Llera, *Imitación de la naturaleza por el arte*.

El camino seguido por los novelistas y críticos literarios era el reflejo del clima de opinión creado alrededor de la «cuestión social» y conectaba con la multiplicidad de debates convocados por los diferentes campos del saber de la cultura liberal en el establecimiento madrileño. Este amplio arco temático abarca desde la cuestión de *Las razas que componen el pueblo español* tratada por Telesforo Aranzadi (1892) y la conferencia impartida por Joaquín Costa, en 1895, *Viriato y la cuestión social en España en siglo II antes de Jesucristo* hasta el acontecimiento que significó, siete años después, la discusión celebrada en la Sección de Historia, presidida por el pensador altoaragonés, de la memoria de Práxedes Zancada sobre el movimiento obrero que contó con la participación de los líderes proletarios Pablo Iglesias, Jaime Vera, Juan Madinaveitia, Soledad Gustavo y Federico Urales. No se puede olvidar tampoco su continuación en el siguiente curso de 1903 con las opiniones vertidas por la Pardo Bazán, Blanca de los Ríos, Miguel de Unamuno o Ramiro de Maeztu ante el informe sobre *La novela y el movimiento social* redactado por el catedrático de *Teoría de la Literatura y de las Artes* de la Universidad Central Andrés Ovejero Bustamante (militante, por aquel entonces, en el Partido Radical, el 1 de agosto de 1914 ingresó en el PSOE, «al enterarse del asesinato de su maestro Jean Jaurès», donde permaneció ocupando altos cargos en la Ejecutiva y el Parlamento hasta 1934, convirtiéndose desde el inicio de la Guerra Civil en un ferviente católico y un franquista convencido)[50].

Barómetro atento a las variaciones climáticas de las modas al día, las tendencias y las crisis espirituales finiseculares, el Ateneo se mantuvo como una de las instituciones-puente que facilitaron la transformación de la cultura liberal decimonónica y su continuidad hasta las mismas puertas de la Guerra Civil. Se trata de una larga línea de transmisión de ideas y modelos de imitación que, por encima de todos los ateneístas ilustres que allí se reunieron (regidos por Cánovas, Azcárate, Moret o Echegaray), encontrará su máxima expresión en la figura de aquel adelantado de intelectual que fue Joaquín Costa y Martínez. La presencia inmensa del sabio altoaragonés despertó la admiración de las promociones de jóvenes pretendientes a intelectuales del nuevo siglo. Y es que el pensador airado que, desde su competición por el premio extraordinario de Filosofía y Letras con Menéndez Pelayo en octubre de 1875, llevaba veinticinco años de esforzado trabajo estudiando las costumbres jurídicas y las cuestiones agrarias,

[50] Ovejero (1939); Villacorta (1985), pp. 206-210, 245-254, 264, 276, 309-314.

el folclore, la filología, la antropología y la historia de los iberos españoles para que, en opinión del aspirante a periodista y escritor Alberto Insúa, su obra fuera la más firme, «extensa y patriótica del pensamiento español después del noventa y ocho. Sus libros sobre el *Colectivismo agrario* y la *Reconstitución y europeización de España,* son el balance de nuestro pasado y programa para la consecución de un porvenir sano, culto y decente»[51].

Prometeo intelectual de un tiempo de héroes solitarios de las letras y las ciencias, ni que decir tiene que un buen número de los escritores de la nueva centuria (desde Altamira a Azorín, Araquistáin, Maeztu o el mismo Unamuno) se consideraron sus herederos. Y más aún cuando, en *Oligarquía y caciquismo,* la información del Ateneo de Madrid de 1901 (publicada en 1902), convirtió, en palabras de José-Carlos Mainer, «una corruptela política en un problema moral de dimensiones nacionales, donde tanto como las mañas de los caciques importaban la mansedumbre y la ignominia de quienes toleraban su dominación. De ese modo, el caciquismo venía a ser el fiel termómetro de la enfermedad de España: de la brutalidad, la pusilanimidad, el atraso, la incultura y la inexistencia de un Estado digno de ese nombre»[52]. Nada tiene de extraño que las expectativas de reconocimiento o las necesidades de prestigio de Joaquín Costa estuvieran penetradas por el espíritu del academicismo (en la memoria de unas oposiciones fracasadas a cátedras, llegó a situar su diploma académico por encima de cualquier otro mérito universitario). Premio al «Talento» y correspondiente de la Historia desde 1895 por sus *Estudios ibéricos,* el 12 de junio de 1900 logró satisfacer plenamente sus aspiraciones al ocupar la medalla número 16 de la Academia de Ciencias Morales y Políticas (sucedió en la misma a su tío José Salamero Martínez y, cuando falleció, once años después, fue elegido para ocupar la vacante su discípulo Rafael Altamira).

Los saberes morales y políticos del liberalismo

La Academia de Ciencias Morales y Políticas fue la última en el ordenamiento oficial de las altas corporaciones que completó la cúpula del edificio académico. Creada a imitación de su homóloga parisina, como recordaba su primer presidente, el moderado Pedro José Pidal, su constitución en diciembre de 1858 supuso elevar al más alto

[51] Peiró (2012), p. 138; Díez Torre (2004); Forcadell (2012).
[52] Mainer (2010a), p. 126; Costa (1975).

rango el grupo de saberes que habían conformado la base de la cultura política del liberalismo español. Hasta finales de siglo, la de Morales y Políticas fue el organismo encargado de suscitar y controlar las discusiones y concursos sobre la realidad social, el desarrollo económico o la evolución política del país (junto a la abolición de la esclavitud, la reforma agraria o el librecambio, el tema recurrente fue la llamada «cuestión social»)[53]. Y se constituyó, también, en el centro legitimador de la enseñanza y la investigación de aquellas disciplinas (economía política y estadística, hacienda pública, política y administración, etc.) que conformaban los planes de estudios de las facultades de Derecho. En uno y otro caso, los debates y proyectos estuvieron animados por los profesores de Economía del centro como Laureano Figuerola, Manuel Colmeiro o Melchor Salvá y otros académicos, entre quienes destacaban los especialistas en finanzas públicas Fernando Cos-Gayón, el conde de Torreanaz o el presidente de la Academia restauracionista y ministro de Hacienda José García-Barzanallana.

En la última década del siglo, las disputas en la Academia de Morales y Políticas se continuaban en el Ateneo donde Gumersindo de Azcárate, José María Piernas Hurtado o Adolfo Buylla dictaron cursos sobre el problema social, las escuelas económicas y el liberalismo crítico en la recién inaugurada Escuela de Estudios Superiores (creada, según Labra, para «cultivar la ciencia por la ciencia»). Esta corriente reformista de la economía fue admitida en la Academia con la elección de los krausistas Azcárate (1890) y Vicente Santamaría de Paredes (1891), quienes, además, eran miembros de la Comisión de Reformas Sociales. En abril de 1903, Franciso Silvela y Antonio García Alix firmaron la creación del Instituto de Reformas Sociales. Impulsado por el político liberal José Canalejas y dirigido por Azcárate, «varón sin mácula ciudadana» (con la colaboración de Posada, Buylla y el militar José Marvá), el Instituto pretendió ser, en palabras del conferenciante en la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, el reformista conservador Pedro Sangro y Ros de Olano, «ejemplo de lo que se puede realizar por el Estado cuando existe un concurso de buenas voluntades y se quiere huir del artificio puramente administrativo»[54].

Por aquel entonces, como ha estudiado Pedro Ruiz Torres, el *problema obrero* se había convertido en uno de los conflictos incandescentes de la *cultura nacional española*. En 1914, Rafael Altamira, miembro del Grupo de Oviedo (al igual que Posada y Buylla), publicó *Cuestiones obreras* cuya primera parte se centraba en lo que, para

[53] Malo Guillén (2001); Richard (2008, 2015).
[54] Sangro y Ros de Olano (1925), pp. 19-21.

él, era uno de los principales medios de la reforma social: la educación del obrero (acompañada de propuestas morales y jurídicas)[55]. En la transición del siglo XIX al XX, el pueblo «gobernado» adquirió un protagonismo desconocido hasta entonces dentro de la cultura nacional construida por las elites «gobernantes» del liberalismo (ampliando, así, sus espacios de presencia tradicionales entre los republicanos y demócratas). Las percepciones eran muy distintas, pero el análisis del fenómeno demuestra que el interés por la cultura popular ya venía, de hecho, ocupando a los pensadores sociales, recopiladores de costumbres, creadores artísticos y mercaderes del ocio desde antes de la Restauración.

El *Ruedo Ibérico:* cultura popular burguesa y populismo nacional

Por esos caminos, los debates celebrados en la de Ciencias Morales o el Ateneo de Madrid formaban parte del proceso de invención intelectual de una cultura popular española por parte de los folcloristas, científicos sociales y publicistas, músicos, pintores o fotógrafos de las clases medias (españoles y viajeros extranjeros atraídos por la España «oriental»)[56]. Y se relacionan, a la vez, con la deriva populista de la cultura del ocio trazada por la creciente mercantilización de la industria del entretenimiento nacional cuyos modos de producción y consumo anticipaban una nueva estética de masas (en tanto precedente de la cultura mediática, en cuya definición de contenidos se encuentran elementos como *lo mítico, lo imaginario, lo afectivo* y *lo lúdico*). En el sentido sociológico propuesto por Natalie Zemon Davis, las corridas de toros y las funciones teatrales del género chico (en sus diferentes modalidades de sainete, revista lírica, parodia y zarzuela) fueron una cultura y un mercado. Y a ese espíritu corresponde que se convirtieran de manera inseparable en los espectáculos más populares de la época y en unos potentes portadores simbólicos de la *cultura nacional española*.

No en vano, en sociedades escasamente alfabetizadas, las formas de cultura basadas en la oralidad y la comunicación visual ocupan dentro de las prácticas culturales un lugar más importante que las producciones impresas[57]. Por eso, más allá de los fines específicos

[55] Altamira (2012); Ruiz Torres (2012).
[56] Andreu Miralles (2008) y (2016), pp. 70-194 y 260-281; Vega (2016), pp. 111-139.
[57] Charle (2015), p. 129.

del ocio y los placeres culturales, estos espectáculos se sitúan entre los mecanismos de las «ceremonias de la información», a través de las cuales las elites políticas y sus aliados culturales exteriorizaban los roles sociales e institucionales del liberalismo. Con un público caracterizado por su intensa «participación» en el desarrollo de las funciones, las corridas y las piezas teatrales aparecen como instrumentos dirigidos a la construcción de una cultura de clase basada en la cohesión social, el estímulo de la nación española (unitaria y antiseparatista) y la socialización patriótica (apoyo a las guerras coloniales en Cuba, Filipinas y Marruecos). La eficacia de las mismas residía en su poderosa capacidad de suscitar sentimientos, reproducir arquetipos y dotar de significados a una serie de ideas que trascendían el tiempo de la representación y el espacio arquitectónico de los coliseos. En la práctica, dejando de lado los debates esenciales sobre los aportes de la tauromaquia al ser español («En España el Torero es una planta indígena, un tipo esencialmente nacional», escribió con ironía costumbrista Tomás Rodríguez Rubí al comienzo de la semblanza que abría la serie de *Los españoles pintados por si mismos*)[58], las funciones de las plazas desbordaron a la estricta «fiesta de toros» transformándose en un verdadero «termómetro de la acción o la diversión colectivas» de las localidades (bailes de máscaras, globos aerostáticos, equitación, comidas y conciertos, mítines políticos, sublimaciones del poder y, en ocasiones, disturbios, contestaciones y evasiones anticonformistas)[59].

Dentro de esta amalgama, el hecho de que las empresas de lidia pasaran de 99 en 1867 a 857 en torno a 1900 ilustra acerca de la extraordinaria expansión y mercantilización de los espectáculos taurinos[60]. Algo similar ocurrió con el panorama teatral español que, entre finales del siglo XIX y principios del XX, no tenía equivalente «en el resto de Europa, incluso comparando con ciudades con fama de faranduleras como París, Londres, Bruselas o Berlín…» (España era el país con mayor número de autores, compositores, actores, estrenos, obras, salas y asientos por habitante, superando con gran diferencia Madrid y Barcelona al resto de las capitales continentales)[61]. En este orden, las cifras recogidas por Serge Salaün resultan indicativas, primero, del consumo masivo de los géneros menores (en

[58] Rodríguez Rubí (1843), p. 1; Andreu Miralles (2016), p. 260; Shubert (2001, 2002); Núñez Florencio (2013).

[59] Mayoral Trigo (2014b), pp. 217 y 234.

[60] Uría (2008a), pp. 367-368.

[61] Salaün (2011), pp. 141-142; Charle (2002) y (2015), pp. 129-170.

1900, el teatro Apolo de Madrid, «una ciudad de 500.000 habitantes, con 19 teatros entre los cuales 11 se dedican al género chico», realiza cuatro millones de entradas) y, en segundo lugar, del comportamiento mimético de los públicos de la aristocracia, las clases altas y las acomodadas (las burguesías medias y bajas), principales consumidores del teatro. Era un fenómeno estatal que, si bien situaba a Madrid y Barcelona como los dos núcleos dominantes (*La revoltosa* en las tres temporadas siguientes a su estreno en 1897 consiguió un millón y medio de espectadores, «600.000 en Madrid, 300.000 en Barcelona»), se extendía por todas las regiones del país. En último término, además de reflejar el denso entramado comercial (impulsado por la publicidad y una multiplicidad de vehículos de difusión), los números advierten de las estrategias y la capacidad del mercado cultural instaurado para fidelizar aficiones, construir empatías e integrar en la rueda del consumo a través de la distracción a las clases bajas, a los proletarios urbanos y rurales (sería el *participar sin pertenecer* característico del género donde el pueblo convertido en *actor* sobre los escenarios casi nunca es *espectador* en los teatros; una variedad social de la conducta y un precedente de la distinción establecida por Walter Benjamin entre las «escenificaciones demagógicas que [únicamente] permiten a las masas ponerse de manifiesto, y la aspiración de hacer valer sus derechos»)[62].

A sus efectos, los empresarios de los teatros líricos no sólo imitaban los mecanismos publicitarios de los toros (con sus carteles, anuncios y prensa especializada), las músicas y las canciones de moda circulaban por los canales abiertos por las incontables instituciones musicales (bandas, orfeones, murgas, charangas, comparsas o coros); también, por el trabajo diario de los gremios «especializados» (los organilleros y aristones, los intérpretes ambulantes y los ciegos callejeros). Unos y otros reproducían los éxitos del momento en la tupida red de cafés cantantes, cabarés, bares, plazas de toros, circos, quioscos y fiestas locales que inundaban la geografía peninsular y constituían los lugares inferiores de la sociedad del espectáculo. Tampoco se puede olvidar, por supuesto, el importante papel «de las madres, abuelas y criadas» en la transmisión oral de las canciones. En fin, como la mayoría de los niños madrileños de las clases altas, los hermanos García de la Barga y Gómez de la Serna no sabían dónde estaban Cuba, Flandes y Barcelona, «ni quién era el Gran Capitán, en cambio, no nos parecía nada extraordinario sino muy natural que los soldados fueran por Cataluña, las tardes que íbamos a la plaza de

[62] Benjamin (2008), pp. 42-44, citado por Maase (2016), p. 26.

Oriente solíamos oír cantar a alguna niñera: "Quisera ser tan alta como la luna – para ver los soldados de Cataluña" o "De Cataluña vengo de servir al rey – con licencia absoluta de mi coronel…»[63].

En los trazos gruesos del discurso sobre el carácter colectivo y la representación nacional, las corridas de toros presentarán una imagen castiza de lo español asociada a las «estampas populares» de un pueblo pintoresco de toreros y majas como al «carácter natural» de los españoles (pasiones violentas, valor ciego o desprecio a la muerte). Simultáneamente, el género chico (como ocurrirá, también, con las piezas patriótico-militares de actualidad que llenaban los programas del *teatro por horas* o los teatros de marionetas y títeres) y su cultura carnavalesca de la risa (en expresión bajtiana), se constituyó un territorio predilecto para el protagonismo de las clases inferiores de la sociedad y la imaginación de una cultura popular con fines populistas[64]. Las personificaciones se extenderán a los patriotas y el patriotismo (militares y soldados), a los valores de las clases medias-altas de la sociedad (familia, trabajo, honor, etc.) y al costumbrismo de los habitantes de las regiones, a los barrios de las ciudades y los pueblos.

En los teatros de la capital y en las giras de las compañías por provincias las obras del género chico representaban una España carpetovetónica de *morcilleros y fusiladores* (según reza el título de Margot Versteeg). Y así aparecía en los libretos de los tres grandes tipos de zarzuelas finiseculares: las históricas (el *Cádiz* de Federico Chueca, estrenada en 1886, con una clara alusión al episodio galdosiano; *El tambor de granaderos* de Ruperto Chapí de 1894, y *La viejecita* de 1897 del libretista Miguel Echegaray y el músico Manuel Fernández Caballero); las de «escenas españolas», de temática regional protagonizadas por una diversidad de paisanos españoles (desde los madrileños de *Agua, azucarillos y aguardiente* de 1897 y los aragoneses de *Gigantes y cabezudos,* estrenada en noviembre de 1898, pasando por los murcianos de *La alegría de la huerta* de Chapí y los granadinos de *La Tempranica* con letra de Julián Romea y música de Gerónimo Giménez, ambas de 1900, y llegando hasta los vascos de *El caserío,* musicada por Jesús Guridi en 1926) y, por último, el grupo de las zarzuelas cómicas (el estreno, en 1896, de *La marcha de Cádiz* del maestro Joaquín Valverde popularizó la exaltación de la comicidad pueblerina y aldeana)[65].

---

[63] Corpus Barga (1964), p. 30 y (1963), p. 13.
[64] Salgues (2010); Fuente (2013); Mayoral (2014), pp. 264-274.
[65] Versteeg (2000); Castro (2008); Andreu Miralles (2016), pp. 282-306.

En los años siguientes al Desastre, los libretos y partituras musicales del género chico se vincularon al nacionalismo conservador centrándose en el patriotismo emanado del espacio de las regiones (*Gigantes y cabezudos* del dúo Echegaray y Fernández Caballero se situaría a la cabeza del grupo al colocar en la escena a unos aragoneses virtuosos, recios y heroicos que vivían las peripecias del tiempo presente de la política española del 98)[66]. Medio siglo después, el crítico teatral y profundo conocedor de la historia de la escena madrileña José Deleito y Piñuela recordaba *La marcha de Cádiz* como un «símbolo de la patriotería populachera», que «pasó del escenario de Apolo a las bandas de todos los regimientos españoles y a los pianos de todos los cafés». En su mirada retrospectiva, el catedrático de Historia Universal de Valencia que sobrevivía marginado dentro de la universidad franquista escribiendo libros de «historia de la cultura española» reconstruyó los avatares ideológicos de la pieza: primero, en 1898, cuando en plena fiebre españolista trataron de convertirla en himno nacional; con la derrota se la proscribió y, pasados treinta años, cuando «al conjuro de la guerra de Marruecos, Primo de Rivera, puso nuevamente de moda el patriotismo "lírico", resucitó la ya histórica marcha, y con ella la zarzuela que la dio origen»[67].

A partir de 1900, el género chico inició su ocaso ante la competencia del llamado género ínfimo (de las variedades, el cuplé, el *music-hall* y la canción española). Sin embargo, en las siguientes tres décadas pervivirá como una tradición de cultura popular rescatada por la modernidad del siglo XX. Junto a la copiosa literatura modernista que abundaba en los modos de vida marginales y el malditismo de los escritores, el estímulo e influencias de los materiales zarzueleros o sainetescos se notarán en los esperpentos de Ramón María del Valle-Inclán (en especial, en *Luces de bohemia* con su visita al Trianon Palace en el que actuaba Raquel Meller) pero, también, en las «propuestas dramáticas de autores como Federico García Lorca, Max Aub, Pedro Salinas y Rafael Alberti». En paralelo, la escena popular que conectaba con el sainete costumbrista y la comicidad decimonónica mantendrá una línea de altura en los estrenos teatrales de Carlos Arniches, los hermanos Serafín y Joaquín Álvarez Quintero y el prolífico Pedro Muñoz Seca. Entretanto, a pesar de la potencial rivalidad del fútbol como deporte moderno[68], la remodelación e inauguraciones de los tres grandes cosos taurinos de la Maestranza

---

[66] Encabo (2007), pp. 73-128.
[67] Deleito Piñuela (1949), p. 156.
[68] Pujadas y Santacana (2001); Uría (2008b); Quiroga (2008).

de Sevilla (1914), la Monumental de Barcelona (1914) y las Ventas de Madrid (1931) demostraban el auge de la fiesta durante las tres décadas finales de la cultura liberal.

Y, lo que es más, a partir de 1910, el mundo de los toros comenzó a ser colonizado por los intelectuales[69]. Con todas sus ambivalencias (entre el repudio moral y las oscuras connivencias con la violencia, las convicciones políticas de representar lo más rahez de la vida española y los gozos personales por las distintas suertes del espectáculo), un heterogéneo grupo de creadores llenaron el mercado editorial y artístico de cuadros, estatuas, narraciones y poemas (Ignacio Zuloaga, Blasco Ibáñez, Antonio Machado, Ramón Gómez de la Serna, Ramón Pérez de Ayala, Rubén Darío, Juan Ramón Jiménez, Federico García Lorca, Gerardo Diego o Rafael Alberti). Todas estas producciones sirvieron para cultivar la mitología heroica de los toreros contemporáneos (por delante de todos, Joselito el Gallo y Juan Belmonte) y otorgar el definitivo marchamo de arte nacional a las corridas de toros. Más adelante, la fiesta sería legitimada por la erudición cuando, en 1934, avalado por el mismo José Ortega y Gasset, los editores de Espasa Calpe nombraron al «*dilettante* exquisito» José María de Cossío director de la gran enciclopedia *Los toros* (el primero de los cuatro tomos se publicó en 1943).

Para esas fechas, el círculo de los rescates intelectuales de la cultura popular se cerró alrededor del flamenco y la «invención estética de una *España flamenca*» (empleando la terminología de José-Carlos Mainer). Como en el caso de los toros, dos pintores, el guipuzcoano Ignacio Zuloaga (con sus trajes llamativos) y el cordobés Julio Romero de Torres (con sus tonos más lúgubres y aire litúrgico), contribuyeron a crear la tipología de la representación femenina flamenca. Junto a numerosos precedentes, como los *lieder Les Orientales* o *Cantos Andaluces* del compositor tortosino Felipe Pedrell, la consagración musical del fenómeno tuvo lugar en la primavera de 1915 cuando el músico gaditano Manuel de Falla estrenó en Madrid *El amor brujo,* una composición subtitulada «Escenas gitanas de Andalucía. Baile en un acto»[70]. En 1922, con la colaboración de Zuloaga, Falla y García Lorca, convocaron la celebración en Granada del concurso de «cante hondo». Y fue entonces cuando el poeta granadino que vinculó para siempre lo flamenco y lo moderno comenzó a pensar el libro que vería la luz nueve años más tarde: *Poema del cante jondo*.

---

[69] Mainer (2010a), pp. 66-74.

[70] Zabala (2004-2005), pp. 328-335; Carreras, Cascudo, Alonso y Bordas (2016).

Al mismo tiempo, el flamenco había dado el salto del folclore étnico al espectáculo popular dentro del género ínfimo y escritores como Gómez de la Serna o Pérez de Ayala estaban convirtiendo sus canciones e intérpretes femeninas en referencia estética. La radiodifusión, la fotografía y el cinema (admirado por la «novísima literatura») universalizaron el proceso en los años treinta. Y, una vez más, la vindicación del «pueblo», verdadero depositario de las esencias españolas, especialmente, en el ámbito rural, como fuente de creatividad artística, tuvo una presencia muy significativa en la cultura cinematográfica, siendo el cine sonoro uno de los grandes adelantos para servir al folclore, a la música y al canto de las «ricas vetas populares nacionales»[71]. En los años veinte, «se produjo la eclosión del cinematógrafo en Madrid, y al finalizar la década este espectáculo se había convertido en el gran entretenimiento de masas en la ciudad» (con una oferta de más de 60.000 localidades, la concentración de salas en la Gran Vía y sus aledaños la convirtieron en la *Cinelandia* madrileña)[72].

No obstante, la misma moneda de la *cultura nacional española* contenía en su reverso la cara de la negación del espectáculo de los toros en tanto representación de la brutalidad nacional. Sin poder evitar las contradicciones entre sentimientos (muy similares a las de sus amigos taurinos), existieron escritores y artistas críticos contra la fiesta y los fenómenos culturales asociados a la misma (el flamenco, la guitarra, la *alegría* de pacotilla) que recordaban los hueros enardecimientos y las «corridas patrióticas» del 98. Los había que mantenían vivo el recuerdo de la candente actualidad adquirida por la precoz asociación entre las corridas y los desastres militares de la zarzuela *Pan y toros* (estrenada en 1864, con música de José Asenjo Barbieri y libreto de José Picón). Y abundaban, también, quienes tenían muy presente el efecto producido por la noticia de *El desastre de Manila,* voceada al salir de la plaza de toros de Carabanchel, y cómo, a partir de ese momento, desde todos los rincones del *Ruedo Ibérico* comenzaron a sonar con fuerza los clarines de la regeneración. Por lo demás, contando con el precedente de las armónicas manifestaciones de los krausistas contrarias a los toros (desde el rondeño Francisco Giner hasta el aragonés Joaquín Costa, quien atribuía a la fiesta «la perversión del sentimiento público»), existían los comentarios airados del donostiarra Pío Baroja (las opiniones de sus personajes de *La busca* de 1904 o *El árbol de la ciencia* de 1911

[71] García Carrión (2013), p. 331.
[72] Rodríguez Martín (2015), pp. 468-469; Baker (2009).

no dejaban lugar a la duda) o las referencias antiandalucistas del barcelonés Santiago Rusiñol[73].

En ese contexto, el autodidacto y bohemio madrileño Eugenio Noel fue uno de los jóvenes modernos que, desde la encarnación de los valores puritanos, regeneracionistas y nacionales, destacó por su militancia antitaurina y antiflamenquista, «dando sonadas conferencias contra los toros como diversión pública, el *majismo* como referencia colectiva de comportamiento y las formas de vida masculina en tabernas, casinos y burdeles». El 26 de febrero de 1912, disertó en el Ateneo de Madrid contra *El flamenquismo* y dio a la luz una serie de publicaciones cuyos títulos (*República y flamenquismo, Nervios de la raza, Piel de España* o *Raza y Alma*) «reflejan la fecunda contradicción de la visión del autor: fiel a los ideales de su cruzada moralizadora pero, a la vez, íntimamente ligado a aquella estética de lo tremendo que, quiérase o no, era la de su patria»[74].

Pero, en el juego de los espejos sociales, mediaciones simbólicas y representaciones calculadas de la cultura popular decimonónica, no todo fueron diversiones taurinas y teatrales. Desde arriba, la *cultura nacional española* proyectó su identidad en una amplia gama de objetos para el consumo de las clases medias y bajas (barajas, abanicos, librillos del papel de fumar, planchas grabadas de los fuegos de las cocinas, billetes de banco, monedas, sellos, etc.). Todos estos útiles elaborados por las artes y las técnicas se constituyeron en portadores *simbólicos de segundo grado*. Sirviendo a un fin específico, estas «reproducciones de las obras de arte», ofrecían su espacio para las inscripciones oficiales (para las leyendas, los héroes y las mitologías de la nación) y determinaban la vida cotidiana con mayor efectividad que los monumentos singulares, el ornato público y los *símbolos políticos de primer grado* (las banderas y los himnos, las medallas civiles, condecoraciones y uniformes militares, los edificios de la arquitectura política –el Congreso y el Senado– o los de la memoria del Estado que representaban el patrimonio de la nación, como la Biblioteca Nacional, los museos oficiales y las reales academias)[75].

También, se crearon espacios y situaciones pensadas para desatar las pasiones populares hacia la nación y educar sentimentalmente a los desfavorecidos de la sociedad en el deseo de ser y alcanzar la consideración de españoles (a través de la creación subjetiva de emociones, simpatías y antipatías, impulsos del corazón y amistades po-

[73] Núñez Florencio (2013), pp. 441-446.
[74] Mainer (2010a), p. 387.
[75] Speitkamp (1997), pp. 7-9.

líticas)[76]. Al respecto, importa adelantar aquí la densa trama de mecanismos dirigidos a la «fabricación de los enemigos» exteriores cuyo cierre finisecular lo aportó el conflicto independentista cubano. Tampoco se puede olvidar, por supuesto, el impulso alcanzado por las representaciones del «enemigo interior» con su variado repertorio de discursos racistas, de clase y guerracivilistas que dividían a los españoles en buenos y malos (los afrancesados y los liberales primero, luego los carlistas, los regionalistas-separatistas después y, más tarde, los rojos)[77], y todo eso a través de sonadas campañas patrióticas jaleadas por la prensa, los desfiles militares y una amplia gama de celebraciones festivas. Algunas de ellas, fijadas en los calendarios locales como el *Dos de mayo* madrileño, el *Cinco de marzo* zaragozano o la *Gamazada* navarra, y otras muchas, relacionadas con las imágenes de la monarquía, efemérides y triunfos estratégicamente diseñados por las políticas liberales del presente o las provocadas, en ocasiones extraordinarias, por las situaciones de emergencias y catástrofes surgidas en los distintos territorios de la nación (desde las entradas de los nuevos héroes militares en las ciudades –los recibimientos de Espartero en octubre de 1840 y diciembre de 1842 en Valencia resultan paradigmáticos– hasta las visitas reales a provincias)[78].

En 1897, acalladas las protestas contra la «guerra de los pobres» y el impuesto de consumos, ante la inminencia de la declaración de guerra de Estados Unidos, las manifestaciones se prodigaron en las céntricas calles de las capitales y, como señala José Luis Calvo Carilla, la «euforia patriótica se extendía desde la Puerta del Sol hasta las Ramblas»: en Bilbao, los fervorosos nacionalistas españoles apedrearon la casa de Sabino Arana, mientras las previsoras autoridades de Barcelona recibían con arcos de triunfo y coronas de laurel al espadón Polavieja[79]. Pero no sólo eso. En la mixtura cultural de la nación, el arte nacional se puso al servicio de la política del turno preocupada por integrar a las clases populares que habían tenido restringidos el disfrute de los derechos políticos otorgados por la *ciudadanía* hasta las elecciones de 1891 (las primeras celebradas según la fórmula del sufragio universal masculino).

La masa de aquellos hombres formaba la tropa de soldados que luchaban en la guerra de Cuba y a nadie sorprendió, escribió Carlos

---

[76] Prochasson (2009).

[77] Peiró (2008b); Núñez Seixas y Sevillano Calero (2010).

[78] Alba Pagán (1999, 2001); Chust (2003); Demange (2004); Mayoral (2014a); Barral (2015).

[79] Calvo Carilla (1998), pp. 61-67; Molina Aparicio (2010), pp. 313-326.

Serrano en *El nacimiento de Carmen,* el inicio de una operación «a la busca de héroes, y de héroes populares»[80] y, tampoco, que los numerarios de la Historia y la de Bellas Artes de San Fernando se unieran a la maniobra auspiciada por los políticos y periodistas. Los mecanismos de la conmemoración se pusieron en marcha cuando, en 1896, la primera institución galardonó *ex aequo* con el premio a la *Virtud* al soldado, héroe de Cascorro, Eloy Gonzalo y al cabo González, del fuerte la Azotea del Moro. Por su parte, los académicos fernandinos presidieron el jurado constituido a iniciativa del Ayuntamiento de Madrid que aprobó el proyecto de monumento presentado por Aniceto Marinas, *Eloy Gonzalo*. Al margen de otras seducciones, la popularidad de esta estatua levantada en la plaza del Rastro madrileño se extendió entre los hijos del pueblo que, pasados los años, apenas guardaron memoria de la *tea revolucionaria* de «Cascorro», «un precursor de soldado desconocido, un inclusero madrileño de quien no sabíamos y yo no sé todavía exactamente lo que había hecho, desde luego un incendio, porque se le representaba siempre con una lata de petróleo, y a quien esto de ser incendiario y petrolero le aumentaba todavía la popularidad y daba un aspecto más exaltador» (ese era el recuerdo del periodista-escritor Corpus Barga cuando, muchos años después, en su exilio limeño seguía contando los pasos por el Madrid de su infancia y juventud)[81].

En cualquier caso, el recorrido por medio Madrid realizado por el joven monarca Alfonso XIII, el 5 de junio de 1902, inaugurando las esculturas de Goya, Quevedo, Lope de Vega, Bravo Murillo y Arguelles hasta que le tocó el turno a la del soldado petrolero, resulta indicativo de la persistencia de la fiebre monumentalista entre unas elites dirigentes que continuaban manteniendo su confianza en el arte nacional diseñado desde la Academia de Bellas Artes y abría el nuevo siglo con las expectativas levantadas por la reciente coronación de un rey *regenerador*[82]. La institución, tras la dictadura familiar de los Madrazo (prolongada hasta 1898), fue dirigida en los siguientes tres años por Juan Facundo Riaño. Fallecido en 1901, el yerno del arabista y bibliófilo Pascual Gayangos había sido un historiador cosmopolita y liberal, catedrático en la Escuela Superior de Diplomática, introductor de la concepción europea de la historia del arte como disciplina específica, separada de la arqueología, y divulgador –junto a su esposa Emilia– del gusto artístico entre los insti-

[80] Serrano (1999), pp. 203-226.
[81] Corpus Barga (1964), p. 31.
[82] Moreno Luzón (2015).

tucionistas[83]. A título particular, el matrimonio influyó en la formación del director del Museo Pedagógico Nacional Manuel Bartolomé Cossío, quien, por aquel entonces, preparaba su fundamental estudio en dos volúmenes sobre *El Greco,* publicado en 1908 («ustedes dos que me han abierto los ojos en asuntos de arte y me han puesto en estado de poder gozar hoy de las puertas de Ghiberti y de los frescos de Masaccio o de Andres del Sarto», escribió en una temprana y agradecida carta, fechada el 24 de junio de 1880 en Florencia)[84].

Arte nacional, pintura de historia y *Alma española*

Lo que había sucedido mientras tanto era lo siguiente: el Decreto de 20 de abril de 1864 había reformado los estatutos de la antigua Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, asimilándola a las otras cuatro grandes academias. En el proceso de institucionalización de la *cultura nacional española* el hecho merece nuestra particular atención, antes de nada, por el significado que tuvo en la conservación de los monumentos del reino (a través de las Comisiones Provinciales de Monumentos Históricos y Artísticos creadas el 13 de junio de 1844 y reformadas por el nuevo Reglamento de 21 de noviembre de 1865); también, por su labor de supervisión del Museo Nacional de Pintura y Escultura que, por extensión, impulsará una sensibilidad por el arte oficial entre los cultivados políticos de la época (Emilio Castelar, durante su época de ministro de Estado en el primer gabinete de la República, ordenó la fundación de la Academia de Bellas Artes de Roma y, en 1878, Cánovas decidió crear el Museo de Reproducciones Artísticas); y, en tercer lugar, por su contribución, junto a la Academia de la Historia, a la puesta en marcha del Archivo Histórico Nacional (1866) y del Museo Arqueológico Nacional (1867), dos establecimientos decisivos en el desarrollo del concepto de *patrimonio artístico nacional* al ordenar el amplio conjunto de documentos y restos artístico-arqueológicos, considerados como parte fundamental de la historia de los orígenes de la nación[85]. El proceso alcanzará un momento culminante cuando, en la *Gaceta de Madrid,* aparezcan los reales decretos de 1 de junio de 1900 y 14 de febrero de 1902, gracias al

[83] Giner de los Ríos (1901); Peiró y Pasamar (1996), pp. 145-149,

[84] Cossío (1908); Arias de Cossío y López Alonso (2014), p. 452; Storm (2004, 2011); Portús y Vega (2004), pp. 47-59; Portús (2012), pp. 188-194 y (2016).

[85] Poulot (1997); Géal (2005), pp. 203-222; Arbaiza (2006), pp. 103-111; Peiró (2006), pp. 73-80 y y 354-356.

impulso personal y las maniobras políticas del director de la Academia de Bellas Artes Juan Facundo Riano (apoyado por el ingeniero, arqueólogo y presidente de la comisión mixta organizadora de las Comisiones Provinciales de Monumentos Históricos, Eduardo Saavedra), primero, ante los ministros conservadores de Fomento Luis Pidal y Mon y su sucesor en el recién creado ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, Antonio García Alix, y, a continuación, con el titular de la cartera en los últimos gabinetes de Sagasta, el conde de Romanones. Ambos decretos estipulaban la creación del *Catálogo Monumental de España,* aprobando el nombre de Manuel Gómez Moreno para iniciarlo por la provincia de Ávila[86].

Por muchas razones, la puesta en marcha del *Catálogo* parecía cerrar el gran círculo de la erudición abierto por los primeros *viajeros literarios* decimonónicos, preocupados por organizar el *archivo histórico* de la nación e introducir el «espíritu liberal de concordia» en la heterogénea comunidad de académicos españoles. Y en tal sentido se manifestaba Charles Carroll Marden cuando, en una conferencia dictada en la Residencia de Estudiantes en la primavera de 1928, rememoraba la cordialidad de Pascual de Gayangos y la extraordinaria deuda intelectual que habían contraído con él los «pioneros del hispanismo» norteamericano George Ticknor y William H. Prescott (por esas fechas el exembajador en Washington Juan Riaño y Gayangos había donado la correspondencia de su abuelo con los dos escritores a la *Hispanic Society of America*)[87]. En opinión del catedrático de Literatura española de la Universidad de Princeton, se trataba del mismo espíritu que animaba el comportamiento intelectual de sus amigos de la Junta para la Ampliación de Estudios (con su mezcla de filosofía de vida, magisterio cívico, capacidades intelectuales superiores y virtudes patrióticas, entre las que destacaban la laboriosidad, el espíritu creativo, la responsabilidad ética y la honradez científica)[88].

Lo cierto es que, al lado de herencias y continuidades, el inventario general de los *Monumentos históricos y artísticos del Reino* abrió la serie de círculos concéntricos creados por la institucionalización, la aparición de las especialidades y de las primeras escuelas disciplinares (en la universidad y en los establecimientos investigadores como el Centro de Estudios Históricos). Con una conciencia de grupo que los alejaba de sus predecesores finiseculares y el patriotismo

---

[86] Gómez Moreno (1991), pp. 8-21; López-Ocón (2012).

[87] Marden (1928); Santiño (2015), pp. 833-852; Lanero y Villoria (1996), pp. 163-177; Kagan (1998, 2002); Hart (2002); Jaksic (2007), pp. 79-172, 395-447 y (2010).

[88] Peiró (2013a), pp. 85-119; Garcia (2007).

nacional como estímulo e ingrediente activo en la definición histórica del país, estos cambios permitieron a los catedráticos novecentistas hacerse con el control del conocimiento histórico y desarrollar la imagen del historiador como «sacerdote» de la ciencia histórica, portador indiscutible de la verdad. En la difusión de la moderna ilusión de compromiso y distanciamiento que implicaba el estudio de la «historia-objetiva» de España, destacaron por su capacidad de *distinción* y su protagonismo los «trabajadores intelectuales», discípulos, seguidores y amigos de Francisco Giner:

> Sarraceno puro, fue sacado de Granada por don Francisco Giner para la gran batalla por la arqueología y la historia del arte –recordaba José Moreno Villa en su *Vida en claro*– […]. Tenía un enorme bagaje de conocimiento y unas interpretaciones que había de encalabrinar a los historiadores franceses que han querido siempre ver en Francia la matriz de todo lo creado, desdeñanado, anulando las enormes aportaciones de España en las viejas centurias.
>
> Gómez Moreno era de una gran actividad, y de una gran sobriedad. No fumaba, no bebía, no tomaba café con los amigos […]. Los investigadores no llegan a tener tiempo para eso. Es lo que le ocurre también a Menéndez Pidal. Todas las horas de la vida son pocas para lo que tienen que hacer.
>
> Gómez Moreno nos daba trabajo. Yo me encargué de las miniaturas visigóticas y mozárabes. Él estaba preparando su gran libro sobre las iglesias mozárabes…[89].

Por descontado, no todo habían sido museos y conservación del patrimonio artístico-arqueológico. En paralelo, la traducción en imágenes de la memoria cultural del liberalismo supuso la creación de un *espacio político conmemorativo* y la aparición de un *arte nacional* (con su mercado, promotores, coleccionistas y públicos de aficionados) que podemos reconocer en el urbanismo y la arquitectura (desde los nuevos ensanches y barrios burgueses hasta el conjunto de edificios dedicados al entretenimiento, el ocio y la cultura, pasando por los inmuebles oficiales con algún tipo de función burocrática o administrativa y los nombres de las calles y las plazas como signos situacionales de la toponimia urbana). Pero, sobre todo, podríamos identificarlo con la pintura de historia y la escultura monumental, en tanto géneros característicos del academicismo oficial restauracionista que

[89] Moreno Villa (2011), pp. 98-99; Suárez Cortina (2011, 2012); Esteban de Vega (2012); Moreno Luzón (2012).

recibieron el certificado de la de Bellas Artes de San Fernando (dirigida, entre 1881 y 1893, por el máximo representante del purismo académico y continuador de su padre en los puestos directivos de la vida artística española, el pintor Federico de Madrazo y Kuntz)[90].

Y es que, a imitación de lo que estaba sucediendo en los principales países europeos, donde los Estados se implicaron en la elaboración de un canon artístico y una cultura museística (sobre la base de la evaluación oficial de aquellos personajes que debían formar parte del *patrimonio nacional*), la Academia se encargó de regir el desarrollo bienal de las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes. Iniciadas sus convocatorias, en 1856, con el propósito de que «sirvieran de promoción pública para todos los jóvenes artistas españoles quienes, de otro modo, tenían grandes dificultades para darse a conocer, salvo en los tímidos y muy limitados circuitos mercantiles de la clientela particular», durante las siguientes cuatro décadas, la pintura de historia ocupará el lugar más alto, dentro de la rígida jerarquización de secciones establecidas (pintura, grabado, escultura y arquitectura)[91].

Al pintar la historia, los artistas completaron el proceso de trivialización de los recuerdos históricos con un conjunto de imágenes espectaculares que ayudaron a educar los sentimientos y conformaron la cultura histórica de las clases medias y altas españolas[92]. Por lo demás, cualquiera que fuesen las fuentes de inspiración de los pintores (aquí las historias generales del padre Mariana y, sobre todo, la de Modesto Lafuente resultaron fundamentales), la representación plástica del objeto histórico y su invitación a ser observado pasó a ser considerado un retrato fiel de la realidad perdida, un elemento más de engarce y cristalización de la experiencia colectiva del pasado con el presente, y no sólo entre los coleccionistas particulares o el grupo de espectadores privilegiados que visitaban las exposiciones. La existencia de un público principalmente lector cuyo campo de percepción estuvo constituido por una cultura tipográfica que fue completada con la revolución fotográfica favoreció la socialización de este género artístico mediante su reproducción en los grabados, dibujos y fotografías que ilustraban las principales revistas culturales de la época[93].

Del repertorio de artistas y temáticas, junto a la popularidad obtenida por los Reyes Católicos (los monarcas más representados en la

---

[90] González López y Martí Ayxelá ([3]2011), pp. 332-343.

[91] Díez (1992), p. 81; Gutiérrez Burón (1987); Pérez Vejo (2005, 2007, 2015).

[92] Reyero (1987, 1989, 1992).

[93] Lowe (1986), pp. 34-35; Fontanella (1982), pp. 21-63; Reyero (1984); Haskell (1994); López Mondéjar (1997).

historia del género, entre los que destaca la obra maestra de Eduardo Rosales *Doña Isabel la Católica dictando su testamento* de 1864), destacó el enorme éxito obtenido por el cuadro del zaragozano Francisco Pradilla *Doña Juana la Loca,* galardonado con la medalla de honor en la Exposición de 1878. Pintado a los veintinueve años, además de la inmediata fama internacional, según José Luis Díez y Javier Barón, significó «la más soberbia plasmación plástica de un tema que obsesionaría al pintor durante toda su vida y que resume –quizá mejor que cualquier otra pintura histórica del antepasado siglo– todos los ingredientes del género, tanto desde el punto de vista formal como en su concepción»[94]. En segundo lugar, resulta ilustrativo de aquel mundo de rencillas entre escuelas, de competencias por contratos y envidias artísticas, el compromiso liberal-progresista de Antonio Gisbert frente al moderado conservadurismo de su adversario José Casado del Alisal[95].

El primero, que nunca ingresará en la Academia, había articulado la tiranía de los proyectos imperiales de Carlos V superpuesta a la dignidad de los defensores de las libertades castellanas en *Los comuneros Padilla, Bravo y Maldonado en el patíbulo* (primera medalla en la Nacional de Bellas Artes de 1860). Olvidada la polémica levantada por esta obra, el maestro alicantino volvió a dejar testimonio de su compromiso liberal al pintar *El fusilamiento de Torrijos y sus compañeros en las playas de Málaga* (1888). Por su parte, Casado del Alisal, quien en 1864 había entrado por la puerta grande del género con *La rendición de Bailén* (considerado el cuadro más importante inspirado en un episodio de la Guerra de la Independencia española), se convertirá en uno de los artistas oficiales del primer canovismo. El veterano maestro retratista de la realeza (de Isabel II y de Amadeo I)[96], director de la Escuela Española de Bellas Artes de Roma y académico de la de San Fernando pintará, en 1880, *La leyenda del rey monje* (conocido tradicionalmente con el título de *La campana de Huesca,* según rezaba la portada de la ínfima novela histórica de Antonio Cánovas).

La mención de este cuadro de temática aragonesa permite avanzar las interconexiones locales del mercado nacional de la pintura de historia y el impulso que significó para el mismo el patrocinio oficial de los ayuntamientos y las diputaciones provinciales a través de la cele-

---

[94] Díez y Barón (2007), p. 238; Rincón García (1987).

[95] Portela Sandoval (1986a) y (1991), pp. 321-324; Hernando Carrasco (1999), pp. 134-138.

[96] Reyero (2015a), pp. 65 y 129.

bración de unos concursos resueltos de acuerdo a los reglamentos y las decisiones de los académicos de Bellas Artes[97]. El resultado fue una larga nómina de pintores dedicados a representar gráficamente el pasado *legendario* de las regiones a través de dos grandes subgéneros de la pintura de historia: el retrato y los cuadros de asunto. Los primeros sirvieron para crear un «panteón real», una galería de imágenes de monarcas donde su caracterización como héroes-protagonistas sirvieron para poner de relieve la grandeza histórica del territorio y el *carácter* de sus habitantes (el *Alfonso I el Batallador* de Pradilla o *El príncipe Don Carlos de Viana* de José Moreno Carbonero). Los segundos, los grandes cuadros de asunto, fueron pensados para relatar las hazañas de los reyes y las principales referencias espaciales de los reinos desde su fundación legendaria, pasando por las tomas de las ciudades que marcaron los hitos de la expansión (una muestra sería *La entrada triunfal en Valencia del Rey Don Jaime el Conquistador* de Fernando Richart Montesinos). Por lo demás, sin olvidar los acontecimientos medievales más *pintorescos* por su emotividad y truculencia (en 1884, Antonio Muñoz Degrain exaltará la muerte por amor en *Los amantes de Teruel,* basado en el conocido drama de Juan Eusebio Hartzenbusch cuyo texto convertirá, en 1889, el compositor Tomás Bretón en una de las primeras «óperas españolas»), las habilidades de los artistas se inspiraron en los episodios que, en cierta medida, cerraban el legendario tiempo feliz de los pasados siglos de cada una de las regiones y provincias españolas. Se trataba de acontecimientos caracterizados por la defensa del derecho y de los fueros propios, las libertades de los antiguos reinos peninsulares y la profunda independencia de sus «ciudadanos» (algunos convertidos en héroes y mártires de la libertad, mitificados y mistificados ante las monstruosas tiranías de los «otros», los reyes absolutistas o el centralismo de Castilla)[98].

Es cierto que muchas de estas definiciones iconográficas y tipologías específicas de los hombres de la tierra serán trasladadas, posteriormente, a las esculturas de piedra a través de los encargos de las tradicionales sociedades conmemorativas locales que siguieron reproduciendo los usos y costumbres de la tradición restauracionista (sirve el ejemplo del mencionado retrato del rey aragonés Alfonso I, pintado en 1879 por Pradilla por encargo del Ayuntamiento de Zaragoza, que será el modelo utilizado por José Bueno y Gabriel Bechini al realizar su monumental escultura, *Alfonso I el Batallador,* inaugu-

[97] Peiró (2014), pp. 129-131.
[98] Peiró Arroyo (2005); Molina Aparicio y Pérez Pérez (2015).

rada en julio de 1925, entre otras razones porque su cabeza representaba «aquella dura energía y fiera rudeza, aquel indomable y áspero carácter que tiene el tipo aragonés»)[99]. Pero, también, es verdad que los grandes personajes históricos fueron perdiendo protagonismo en el espacio de la pintura para ceder su lugar al pueblo español, víctima de la violencia de Estado, de la deshumanización de las grandes urbes y de las miserias sociales derivadas de la industrialización. Y lo perdieron, definitivamente, ante el auge del nacionalismo estético que, como un producto de la «hermandad de las artes y los artistas», trataba de borrar la invención de la *España negra* y miserable pintada por Zuloaga en sus cuadros más tétricos de época segoviana, descrita por el viajero belga Émile Verhaeren en la edición ilustrada por los grabados y dibujos de Darío Regoyos (1899) y cuyo corolario tardío lo puso la pintura y los textos de José Gutiérrez Solana (1920)[100]. En medio de grandes discusiones, los pintores (como los músicos, los fotógrafos y los literatos) abandonaron el pasado para representar el *alma española* (en su constante diálogo con sus inseparables *almas regionales*)[101]. Convertida en la palabra clave de la época, el *alma* será un estado de opinión y un objeto de atención para los artistas, los intelectuales, los geógrafos y los científicos. Las descripciones, sonidos, colores, miradas, representaciones e ideas de todos ellos intentarán ir más allá del pergeño físico para retratar los ambientes y las conciencias del nuevo paisaje nacional español[102].

Hijos de las provincias y escritores públicos que buscaban el reconocimiento en la capital, al considerar su deber la expresión y defensa los valores del pueblo, asumieron la condición tutelar del intelectual moderno[103]. Su rechazo a la política y la cultura de los «años bobos» y, en general, a todo «el estúpido siglo XIX» incluía, en el amplio apartado de los *antis,* el desprecio por los estereotipos de la España oriental, las leyendas de la «España-desierto» y las «representaciones políticas del Cid» más reaccionarias (de los conservadores y carlistas)[104]. Luego, influidos por las doctrinas del determinismo geográfico que explicaba las particularidades históricas de las diferentes naciones por la influencia de los factores naturales y por la difusión en clave patriótica de los valores institucionistas del ex-

---

[99] Azpeitia y Lorente (1992), pp. 29-80; Lorente (1996), pp. 153-154 y 312-314; Morón Bueno (1987).

[100] Verhaeren y Regoyos (2012); Gutiérrez-Solana (2000[2])

[101] Mainer (1993), pp. 32-33; Maurice (1999, 2001).

[102] Tusell (1997); Martínez de Pisón (2005).

[103] Roberts (2007, 2015); Juliá (2004), pp. 59-137.

[104] Fox (1997), pp. 60-64.

cursionismo y el paisajismo, lanzaron su mirada hacia el paisaje de la Castilla interior con la intención de redescubrir las esencias del ser castizo como artífice de lo español[105].

Desde las periferias no tardaron en surgir las críticas intelectuales, los recelos académicos y los antagonismos políticos, empezando por Cataluña (el desarrollo del catalanismo y la acelaración antagónica de los procesos de «catalanización» se han interpretado «no como un fenómeno antiespañol, sino como un fenómeno españolísimo» surgido de manera eruptiva desde el interior de la cultura nacional, «una contestación a una castellanización previa, el rechazo a la reivindicación noventayochista de "españolización de España"» o «una propuesta para un nuevo nacionalismo español (o, mejor hispano)»)[106]. De hecho, porque el mercado editorial de principios de siglo funcionaba expuesto a los vaivenes del capital y los gustos de sus públicos, en Madrid y Barcelona aparecían cabeceras como *Alma Española* o *Hispania,* revistas con lujosas tipografías e ilustraciones a colores con «una presencia muy fuerte visualmente de la nación española, el escudo del reino de Castilla, alegorías de la patria…» y de la bandera[107]. Y, en 1902, pasaban a engrosar el catálogo de la Biblioteca Moderna de Ciencias Sociales (codirigida por el madrileño Alfredo Calderón y el barcelonés Santiago Valentí Camp) los ensayos de dos conocidos representantes del «regeneracionismo de cátedra»: *Psicología del pueblo español* del alicantino Rafael Altamira y *En torno al casticismo* del bilbaíno Miguel de Unamuno (entremedias salió *Literatura y problemas de la sociología* del ovetense Adolfo Posada).

Discípulo de Joaquín Costa, el volumen del catedrático de *Historia general del Derecho* (firmaba sus colaboraciones americanistas en *La España Moderna* con el seudónimo de *Hispanus*), era un libro comprometido y de compromiso con el nacionalismo progresista en el que hizo confluir sus actitudes regeneradoras en un solo término: patriotismo[108]. Por su parte, *En torno al casticismo* reunía en un tomo los cinco ensayos que Unamuno había publicado, entre febrero y junio de 1895 en la revista *La España Moderna,* adelantándose unos meses a la publicación de *Idearium español,* la obra del «malogrado y genialísimo Ganivet […], el libro que más ideas me ha sugerido en

---

[105] Ortega Cantero (2005, 2012).

[106] La primera frase entrecomillada pertenece a Cambó y la cita Pabón (1999), pp. xxxii-xxxiii; las siguientes en Ucelay-Da Cal (2005), p. 264 y (2003), p. 15.

[107] Trenc (2005), p. 281; Rodríguez Moranta (2013), pp. 203-208; Mainer (2012b), pp. 121-127.

[108] Altamira (1997); Asín (1997), p. 27; Yeves *et al*. (2002), pp. 356-362; Peiró (2013a), p. 109.

torno al casticismo castellano…», como se cuidó de recalcar en el prólogo el profesor de Griego y «rector heterodoxo» de Salamanca, por entonces, «adicto a la moda socialista»[109]. Este libro se hizo célebre porque entre sus ideas destacaban: «en primer lugar, la identificación del ser puro de España con Castilla, y en segundo, la constante apelación que se hace a metáforas que se apoyan en el aspecto físico de la naturaleza», rasgos ambos que se concertaban en Aureliano de Beruete, uno de los maestros destacados de la moderna pintura paisajista[110].

Y es que, en el marco de aquellas búsquedas de la verdad (de la «intrahistoria» temporalizada en la «tradición eterna», de la «casta histórica» y del «espíritu territorial» de España), «el paisajismo, no lo olvidemos fue la clave de la nueva sensibilidad en la pintura y en la literatura»[111]. Lo había proclamado con orgullo Azorín en la primera parte de *La voluntad* («Un escritor será tanto más artista cuanto mejor sepa interpretar la *emoción del paisaje*…»)[112], y *Camino de perfección (Pasión mística)*, la novela primeriza de Pío Baroja cuyo protagonista es un pintor, comenzaba

> con la visita a una exposición, a unos salones nacionales de pintura, donde Fernando Ossorio y el narrador no se van a detener en los consabidos cuadros de historia, en los grandes y minuciosos paisajes de grandes formatos que llenaban las paredes, sino van a ir a la «sala de los malditos» donde hay un cuadro precioso ante el que se paran; es un cuadro de Ossorio que parece la expresión plástica de *La casa de Aizgorri*, otra novela de Baroja. Aparecen en aquel cuadro –que Pío Baroja describe– una muchacha y un jovencito, melancólicos, tristes, abrumados por la muerte de un ser querido, el padre o la madre, y al fondo se ve por una ventana un paisaje nebuloso, pero un paisaje industrial, que es realmente una revisión de algún modo de la novela que Pío Baroja había publicado un año antes[113].

En fin, la última década del XIX marcó la decadencia del reinado de la pintura de historia porque, entre otras concepciones pictóricas

---

[109] Unamuno (1902), p. 17 y (2005), p. 273; Ganivet (1999); Orringer (1999), pp. 78-93.

[110] Calvo Serraller (1993), pp. 38-39; J.-C. Rabaté (2005); C. y J.-C. Rabaté (2009), pp. 201-248.

[111] Mainer (2012b), p. 118; Arias de Cossío (2013).

[112] Azorín (1997), p. 186; Morales Moya (2009).

[113] P. Baroja (1998), pp. 822-824, comentado por Mainer (1997b), p. 77 y (2012b), pp. 110-112.

que se nutrían de las conquistas impresionistas y simbolistas, la denuncia social (en tanto crítica hacia el público de burgueses «filisteos» al que hay que *épater*) sirvió de inspiración a grandes cuadros del realismo finisecular como el *¡Aún dicen que el pescado es caro!* del valenciano Joaquín Sorolla (1894), los pintados por el madrileño que reflejó la vida de los obreros bilbaínos Vicente Cutanda (*La huelga de los obreros en Vizcaya* de 1892 y *Preparativos del 1.º de mayo* de 1894) o los sobrecogedores lienzos del granadino José María López Mezquita, *Cuerda de presos* (1901) y, del retratista barcelonés Ramón Casas, *Barcelona 1902*. En cualquier caso, las cifras aportadas por Serge Salaün y Claire-Nicole Robin son claras respecto a la afirmación del paisajismo como la gran tendencia que regirá la pintura española en los siguientes años (en la exposición del Círculo de Bellas Artes de Madrid de 1896, de los 659 cuadros expuestos, 202 eran paisajes; en la de 1900, de 378, lo eran 105 y, en la de 1902, sobre un total de 281 lienzos presentados, 75 representaban panoramas de ciudades y vistas de las regiones)[114]. En su misma continuidad, las variaciones modernistas introducidas en la corriente por los paisajistas del siglo XX quedaron reflejadas en los medios de expresión, el tratamiento de los temas a través de nuevos lenguajes estéticos y su implicación en la creación atmosférica del paisaje español[115].

Jardines Clásicos de España: los paisajes soñados de la nación

Aliados con los jardineros-paisajistas en sus búsquedas de las esencias nacionales (el francés Jean-Claude Nicolas Forestier promovió la creación de un «jardín español» en sus proyectos de remodelación de los parques de María Luisa de Sevilla y de Montjuic en Barcelona, y el gaditano Javier de Winthuysen dedicó su libro *Jardines Clásicos de España: Castilla* a Juan Ramón Jiménez y a Sorolla)[116], los rincones más recoletos españoles se convirtieron en los centros cálidos de las trayectorias de artistas como Santiago Rusiñol (el *Xarau* republicano del *Glosari* –replicante irónico del primer Eugeni d'Ors que, con el seudónimo *Xènius,* escribía en el diario de la Lliga *La Veu de Catalunya*–, defensor apasionado de la causa francesa durante la Gran Guerra que se autorretrató como un *poilu en las*

[114] Salaün y Robin (1991), p. 156.
[115] Pena López (1983, 1993, 2012); Catálogo (1993).
[116] Sanz García (2009), pp. 113-118.

trincheras y firmó el «Manifiesto de adhesión a las naciones aliadas» aparecido en la revista *España*)[117]. Tras haber paseado en procesión sus cuadros del Greco por las calles de Sitges (como símbolo de la nueva «religión del arte y de la poesía»)[118] y sin ninguna contradicción con sus sentimientos catalanes, Rusiñol concibió en el Generalife granadino el gran proyecto artístico de pintar los *Jardines de España,* que será una constante hasta el final de su vida en 1931 (esos mismos lugares fueron un símbolo axial en la poesía de Manuel Machado y Juan Ramón Jiménez).

Por lo demás, junto al reconocimiento alcanzado por los paisajes de Madrid y Toledo de Aureliano de Beruete (el pintor «silencioso en su arte, férvido» a cuya memoria Azorín dedicó, en 1912, su ensayo *Castilla*)[119] y el éxito de los cuadros naturalistas del burgalés Marceliano Santa María (en 1906, expuso el óleo *Ancha es Castilla*), destacarán los ambientes mediterráneos recreados por los paisajistas catalanes Francisco y José Masriera, Isidro Nonell, Joaquín Mir y Hermenegildo Anglada Camarasa, los del mallorquín Antonio Gelabert Massot y los de los valencianos Sorolla, Cecilio Pla, Manuel Benedito e Ignacio Pinazo. También alcanzaron renombre las composiciones gallegas de Serafín Avendaño, Ovidio Murguía de Castro y Francisco Llorens, y las aragonesas de Francisco Marín Bagüés, Juan José Gárate y Félix Lafuente. Y, entre una larga lista, llamaron la atención del público de las regiones las pinturas marinas del cántabro José Gutierrez Solana, los paisajes norteños de los asturianos Evaristo del Valle y Nicanor Piñole y de los vascos de Aurelio Arteta, los hermanos Zubiaurre o Ricardo Baroja[120]. Años más tarde, al rememorar sus tiempos de bohemia y el clima de opinión antihistoricista y antiacadémico que respiraban los locuaces y divertidos tertulianos del Nuevo Café de Levante de la madrileña calle del Arenal entre 1903 y 1916, el solitario grabador del caserón de Itzea escribió:

> Nuestra reunión adquiría gran importancia cuando se acercaban las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes. Los divanes del café se llenaban con artistas provincianos.
>
> Los académicos, los consagrados, los profesores de los centros de enseñanza oficial del Arte nos temían como a la peste.

---

[117] Rusiñol (2004); Fuentes Codera (2014a), p. 94; Peiró (2015), p. 110.
[118] Storm (2016), p. 230.
[119] Azorín (1991), p. 97.
[120] Catálogo (1993).

—Vaya usted a todas partes, pero jamás al Café de Levante –dijo un ilustre profesor de Pintura a su discípulo predilecto–. Allí se lleva a la juventud a dar contra una esquina.

Muchas veces ha dicho Valle-Inclán

—El Café de Levante ha ejercido más influencia en la literatura y en el arte contemporáneos que dos o tres Universidades y academias[121].

En la España del regionalismo pictórico y de las grandes polémicas patrióticas (*España negra* y *España blanca,* nacionalismos españoles y regionales, partidarios de la Alianza o de la Entente…), Ignacio Zuloaga, el cosmopolita eibarrés que por sus intensos afectos familiares en sus vacaciones de verano pintaba paisajes de pueblos altaoaragoneses (Alquézar o Graus), sería comparado con el venerado Goya (los «dos pintores de nuestra raza»). Y así apareció en la prensa zaragozana con motivo de la inauguración, el 13 de mayo de 1916, de la exposición más ambiciosa de sus obras celebrada en territorio nacional hasta entonces[122]. Y, aunque los desnudos de *La del clavel rojo* y *La del loro azul* causaron la polémica y la espectacularidad del retrato de la *Condesa Mathieu de Noailles* despertó la admiración de los 14.000 visitantes de la muestra, a pocos extrañó que, entre las 25 pinturas expuestas en el Museo Provincial de la capital aragonesa, se encontrara *Maurice Barrès con Toledo al fondo,* el magnífico cuadro de 1913, protagonizado por el político y escritor francés, presidente de la Liga de los Patriotas desde el inicio de la Gran Guerra, admirador del Greco, amigo de Cossío y amante de España («en Francia una pluma española», escribió el francófilo Vicente Blasco Ibáñez)[123]. Relativamente olvidado en la actualidad, Barrès fue un «caporal en politique et général en littérature marqua», un influyente pensador, militante *antidreyfusard,* tradicionalista, xenófobo y antisemita; un chovinista francés (responsable de la popularización del neologismo *nationalisme* e inventor de la figura del intelectual nacionalista) cuyas ideas políticas sobre las energías de la nación (sintetizadas en su célebre teoría de «la *tierra* y los *muertos*» de 1902) se incorporaron desde muy pronto al magma ideológico del nacionalismo reaccionario español[124]. Transformado en el gran patrón de «lo español auténtico» que difundía por Europa y Estados

[121] R. Baroja (1989), p. 101, citado por Valdivieso (1993), p. 52.

[122] Castán (2016), pp. 204-217; Centellas (1995 y 1996); Mainer (1996), p. 65; Lozano (2008), pp. 83-109; Llorente (2010), p. 178; Querci (2010); Stratton-Pruit (2010).

[123] González Cuevas (2007), p. 210 y (2009).

[124] Saz Campos (2003), pp. 64-65 y 251-252; Sternhell (2014), pp. 147-188; Blondy (2016), p. 287.

Unidos, el goyesco y goyista Zuloaga rescató, en 1917, la casa del pintor aragonés en Fuendetodos; el 19 de octubre de 1920, junto a sus «amigos», inauguró el monumento escultórico erigido en su memoria y, en abril de 1928, participó en los actos celebrados en la localidad con ocasión del centenario de la muerte de Goya.

Entre tantas herencias y celebraciones cuando, en 1911, Sorolla abordó el encargo de realizar *Visión de España,* la serie de 14 grandes paneles dedicados a las regiones españolas para los muros de la Biblioteca de la *Hispanic Society,* tuvo claras dos cosas: «que aquellas pinturas signaban el abandono de la representación de lo nacional mediante los hitos de la historia (que era lo que le había pedido su mecenas, Archer M. Huntington) y, de añadidura, que la habitual representación de la identidad única y cerrada del país debía ceder su lugar a la celebración de las regionalidades estéticas (que ya tenían un largo recorrido pictórico y literario)»[125]. El coleccionista norteamericano había proyectado su museo y biblioteca con el ambicioso propósito de «condensar el alma de España» en la calle 155 Oeste de Manhattan (a través de «obras salidas de las manos y del espíritu», «touch widely on arts, crafts, letters»)[126]. De aquí que, como apunta Javier Moreno Luzón, Huntington consolidara vínculos significativos con el ámbito de la Institución Libre de Enseñanza, decantándose numerosas colaboraciones «más personales que institucionales» (Menéndez Pidal, Altamira, Beruete, Cossío, Pijoan, etc.)[127]. Un año antes, Juan Riaño Gayangos había alcanzado su destino «soñado» como diplomático de carrera al ser nombrado ministro plenipotenciario en Washington (legación que fue elevada en 1913 a embajada y en la que él mismo fue el primer embajador del reino de España en los Estados Unidos de América). El nieto de Pascual Gayangos e hijo de Juan Facundo Riano alcanzó una prominente posición no sólo en el mundo diplomático de la capital americana. Continuando «en el fondo lo que había mamado desde la cuna», imprimió a sus funciones oficiales un particular y familiar sello: implicándose en la promoción cultural de su país natal (en octubre de 1913 recorrió en coche por el Camino Real California, desde San Diego a San Francisco, para conmemorar el viaje realizado por el padre Junípero Serra), conectando a literatos y artistas españoles con instituciones americanas como la *Hispanic Society of America,* fundada por su amigo Archer M. Hun-

[125] Mainer (2010a), pp. 58 y 438.

[126] O'Neill (2011), p. 243; Codding (2002, 2014); Jiménez-Blanco (2010); e-artDocuments (2014); Vega (2016), pp. 161-168.

[127] Moreno Luzón (2014), pp. 270-271.

tington («con fines menos altruísticos y desinteresados que lo que en España se supone»), tomando interés por las actividades del incipiente hispanismo estadounidense (relacionándose con la *American Association of Teachers of Spanish and Portuguese*) o escribiendo cartas de presentación a escritores y viajeros americanos que pensaban visitar España (entre otros, introdujo en el mundo literario madrileño a John Dos Passos). Cesado, en 1926, por el gobierno de Primo de Rivera, se jubiló, adquiriendo la nacionalidad norteamericana y continuando hasta su muerte la labor de promoción de la cultura española (junto al donativo de los papeles de su abuelo con Prescott y Ticknor a la *Hispanic Society of America,* fue consultor de cultura hispánica de la Biblioteca del Congreso)[128].

Por cierto, Sorolla realizó para Huntington 25 retratos de personalidades de la cultura española con destino a su galería iconográfica. Personajes ilustres naturales de las regiones, la selección de nombres trataba de proyectar la imagen oficial de la España liberal, plural, moderna y abierta hacia el exterior (junto al rey Alfonso XIII y la reina Victoria Eugenia, en la relación se encontraban desde Manuel Batolomé Cossío, Gumersindo de Azcárate y Marcelino Menéndez Pelayo hasta Leonado Torres Quevedo y José Ortega y Gasset, pasando por Aureliano de Beruete y Miguel Blay, Gregorio Marañón, José Echegaray, Emilia Pardo Bazán, Benito Pérez Galdós, Jacinto Benavente, Blasco Ibáñez, Baroja y Azorín, sin olvidar a los historiadores José Ramón Mélida, Ramón Menéndez Pidal, José Gestoso y Rafael Altamira o al músico Tomás Bretón)[129]. Simultáneamente, el mecenas neoyorquino y el artista valenciano partiparon en la expansión del «intercambio espiritual con los Estados Unidos» representada en la *hispanización* de California; un proceso de reimaginación del gran estado americano, dirigido a convertirlo «en un lugar atractivo para los negocios y el turismo» que se vio impulsado por la inauguración del Canal de Panamá a mediados de agosto de 1914 y la celebración, durante 1915 y 1916, de la Exposición Universal de San Francisco y su hermana la Exposición Panamá-California de San Diego[130].

En la Europa atravesada por los efectos de la guerra mundial y la revolución de 1917, los paisajes y los pintores españoles sirvieron a

---

[128] Las noticias del párrafo están extraídas de Santiño (2015), p. 827 (consultada gracias a la amabilidad del autor); Kagan (2010); J. D. Fernández (2010); Montero Jiménez (2011).

[129] Pons-Sorolla (2014), p. 55

[130] Velasquez (2014), p. 126.

la diplomacia para propagar la imagen de la nación en el exterior. Así, en respuesta a la hospitalidad de los aliadófilos españoles que durante el conflicto organizaron muestras de pintura francesa en Barcelona, Madrid y Zaragoza, se celebró en el *Petit Palais* de los Campos Elíseos la *Exposition de peinture espagnole moderne,* durante los meses de abril y mayo de 1919, organizada por el Ayuntamiento de París y el Comité de Aproximación Franco-Española que presidía el aristócrata Jacobo Fitz-James Stuart. Inaugurada con una *Semaine espagnole,* la muestra de pintura contemporánea (se expusieron obras de Sorolla, Bastida, Zuloaga, Rusiñol, etc.) fue acompañada de una «sección retrospectiva compuesta sobre todo por obras de Goya, y su efecto en el público francés fue calificado entonces de verdadera "revelación"»[131].

Al año siguiente, mientras el parisino *Salon d'Automne* acogía una *Exposition des Artistes Catalans,* los cuadros españoles cruzaron el canal de la La Mancha. Después del «fracaso» de la inoportuna exposición celebrada en Gran Bretaña dedicada al fomento del turismo español cuyo desarrollo estuvo marcado por el comienzo de la Gran Guerra (la *«Sunny Spain». Earl's Court, May to October 1914,* programada por el marqués de la Vega Inclán, primer comisario regio para el Turismo y la Cultura Popular)[132], entre noviembre de 1920 y enero de 1921, tuvo lugar en Burlington House, sede de la londinense *Royal Academic of Arts,* la *Exhibition of Spanish Painting* que abría una nueva etapa de exposiciones nacionalistas de alcance internacional. Preparada por el joven director del Prado Aureliano de Beruete y Moret e impulsada, una vez más, por el activo duque de Alba y el embajador de España en Londres Alfonso Merry del Val, parece ser que la muestra tuvo un éxito artístico limitado, pues, a pesar de contar con el atractivo de los maestros antiguos (desde Velázquez a Goya, incluido uno de los Grecos más importantes de El Escorial, en el catálogo redactó sus entradas el «hermético y desconfiado» Francisco Javier Sánchez Cantón, futuro catedrático de Historia General del Arte de Madrid y director del Museo del Prado), en opinión de los entendidos españoles y londinenses el principal problema que tuvo fue la enorme representación de arte contemporáneo. Sin embargo, en diversos sectores de la crítica continental fue considerado «simplemente como un gran triunfo de España», descrita sin reservas por el influyente comentarista y artista romano Ugo Ojetti como «una expo-

[131] Niño (1988), p. 365-383, la cita entrecomillada en p. 366; Delaunay (1994), pp. 149-153; Vidal Oliveras (2014), p. 161.

[132] Menéndez Robles (2006).

sición oficial, gubernamental, un acto de propaganda nacional» y un ejemplo a seguir por Italia y por el resto de los países europeos[133].

La lúcida observación de Francis Haskell, «Quizá la belleza no gobierne el mundo, pero ayuda», era muy válida para aquel entonces. Por eso, al lado de los pintores, entre los principios generadores y formas esenciales de aquella cultura nacional de almas regionales y espíritu hispano que, además, tenían extraordinaria actividad y difusión en el extranjero, resultaba imposible olvidar a los creadores musicales que soñaron jardines como argumento central o pretexto del paisaje de la nación. Con el precedente de las piezas de Debussy (*Lindaraja, Soirée dans Grenade* y *Les Parfums de la nuit*) o las *Doce danzas españolas* de Enrique Granados de 1890 (plena de intimismo tardorromántico compuso *El jardí d'Elisenda* en 1912), las salas de conciertos registraron el éxito sin reparo de la monumental *Suite Iberia* de Isaac Albéniz (iniciada en 1900 y truncada, como su autor, en 1909), de las *Noches en los jardines de España* de Manuel de Falla (inspirada en los dibujos de Rusiñol) o la sinfonía *Sevilla* de Joaquín Turina (estrenada en 1920). El doble tándem de compositores catalanes y andaluces, tras pasar por París, participaron de la atmósfera común creada alrededor del paisaje musical nacional en su perspectiva universal. En esa inspiración se situará un amplio repertorio que abarca desde el mundo de la danza (*Los jardines de Aranjuez,* interpretado por la Argentina en 1918, con música de varios autores y montaje de Josep Maria Sert) hasta el famoso concierto de Joaquín Rodrigo (1939), las composiciones de Ángel Barrios, Amadeo Vives o el *Amanecer en los jardines de España compuesta,* en 1937, por Ernesto Halffter, tras tomar partido por el bando franquista[134].

Músicos en la «Edad de Plata» o, si se prefiere, de la «Edad de Oro» de la cultura liberal, algunos de ellos veían como una antigualla historicista los diccionarios del musicólogo Felipe Pedrell (si bien a una serie de compositores, con Falla a la cabeza, les interesaba mucho, además de por sus obras flamencas, por la aparición en 1891 del folleto *Por nuestra música. Algunas observaciones sobre la magna cuestión de una escuela lírico nacional, motivada por la trilogía [tres cuadros y un prólogo], Los Pirineos, poema de D. Víctor Balaguer,* escrito para la promoción de su ópera). Al lado de los textos historiográficos del venerable Pedrell, los representantes del modernismo musical hojeaban como reliquias de la arqueología erudita los cuatro volúmenes de la *Historia de la música española. Desde la venida de los fenicios*

---

[133] Haskell (2002), pp. 161-163.

[134] Sanz García (2009), pp. 124-128; Clark (2009).

hasta el año de 1850 (1855-1859), redactados en tiempos de la Unión Liberal por el polifacético Mariano Soriano Fuertes (sin contar sus polémicas con otros interesados por el pasado musical como Hilarión Eslava y Francisco Asenjo Barbieri)[135]. En la década de los veinte y la época republicana, Adolfo Salazar y Castro fue el principal divulgador de la gran música española de raíces populares y de un discurso nacionalista centrado en Manuel de Falla y un círculo de compositores, entre quienes destacaba la figura de Ernesto Halffter. Compositor y editor de la *Revista Musical Hispano-Americana,* consolidó su fama de crítico desde las columnas del periódico *El Sol* (1918-1936) y por sus trabajos de musicología (entendía la historia de la música como una historia cultural, en la versión diltheyana «de las formas y del espíritu»), fue uno de los personajes más influyentes de la Junta Nacional de Música y Teatros Líricos constituida el 21 de julio de 1931[136].

En octubre de 1900, en el París de los grandes éxitos de Zuloaga, donde *les robes de chambre* diseñados por el polifacético Mariano Fortuny y Madrazo impactaban la sensibilidad obsesiva de Marcel Proust (hasta el punto de constituir un *leitmotiv* dentro de *A la búsqueda del tiempo perdido*) y donde tenían sus estudios varias colonias de artistas españoles, Pablo Picasso bajó del tren procedente de Barcelona en la *Gare d'Orsay*[137]. Había abandonado la ciudad en la que su padre era profesor de la Escuela de Artes de la Llotja, bastión del arte oficial y el academicismo de las pinturas históricas, para exponer uno de sus cuadros en el Pabellón de España en la Exposición Universal de 1900, la feria mundial instalada en el *Grand Palais* y el *Petit Palais* con la intención de celebrar el nuevo siglo. La Ciudad de la Luz era el centro del mundo para el joven pintor español que, en muy poco tiempo, «devoraría París», logrando la fama universal a través de inquietantes cuadros (*Las Demoiselles d'Avignon,* 1907), copando el mercado de la mano del galerista alemán Daniel-Henry Kahnweiler y tras, salvar las sospechas despertadas por el *cubismo* en la cultura francesa de la primera posguerra mundial, liderando las tendencias más vanguardistas de los istmos artísticos. En diferentes grados, lo siguieron en los procelosos caminos de la fama internacional el cubista Juan Gris, el alegre surrealista Joan Miró y, sobre todo, el metafísico extraordinario Salvador Dalí. Años más tarde, cuando la *cultura nacional española* estaba saltando en pedazos bajo las bombas de la

---

[135] Soriano Fuertes (2007); Carreras (2001, 2007, 2008, 2016).

[136] Carredano (2009); Suárez Pajares (2009); Villanueva (2009); Palacios (2016).

[137] Proust (2005), pp. 24, 343-348 y 914, citado por Osma (2015), pp. 209-226; Bozal (2013), pp. 147-162.

aviación franquista, Pablo Picasso se atrevió a utilizar, una vez más, la pintura de historia para alertar al mundo civilizado del incendio de la Guerra Civil Española y, como su predecesor Goya, denunciar la ciega violencia y los desastres de las guerras en el *Guernica,* expuesto por vez primera en la Exposición Universal de París de 1937[138].

Decorar la nación: ornato público y sociedad conmemorativa

De todos modos, los personajes y hechos del pasado español como argumento artístico tuvieron mucho más alcance en el tiempo académico de la primera etapa de la Restauración. Desde 1875, en el proceso de acumulación de memoria que es la cultura, la historia después de hacerse literatura y de ser fijada en las grandes obras generales y los manuales escolares, se había hecho pintura para subirse, poco después, a los pedestales de los monumentos y los frontispicios de los edificios públicos. Por descontado, esto no significa que el recurso al pasado determinara unilateralmente la creatividad de los artistas (baste recordar la importancia alcanzada por el retrato oficial de políticos y grandes personajes o la extraordinaria reputación internacional que gozaban las pinturas sobre temas árabes, recreaciones nostálgicas de la vida cortesana del siglo XVIII y paisajes luminosos de Mariano Fortuny y Marsal, con su interminable lista de discípulos que incluirá al joven Sorolla)[139], pero sí que constituye un aspecto fundamental del complejo horizonte de intereses, expectativas y certezas que los llevó a plantear la obra de arte como una forma de transmisión y contemporaneización del significado de la tradición nacional y la memoria cultural española.

El dominio ejercido por los notables nacionales y las oligarquías locales resultó determinante para la configuración de un *paisaje de la memoria oficial,* legitimado e ideológicamente enfocado a través de la proyección cultural del pasado. Planteado desde la «política de la negociación»[140] y acotado por un troquel de sentimientos, creencias y valores patrióticos (algunos de los cuales, como la religión católica, la lengua castellana y la unidad territorial, se consideraban básicos y necesarios), se trató de un escenario para la conmemoración del Estado-nación caracterizado, en sus formas plásticas, por la integra-

---

[138] Richardson (1995-1997) y (2007); McCully (2011), pp.15-34; Calvo Serraller (2013), pp. 107-172; Calvo Carilla (2016), pp. 17-35.

[139] Carbonell (2003); González López (2003): Torres González (2008, 2011b).

[140] Juliá (1999), p. 14; Cabrera y Rey Reguillo (2003).

ción de la escultura en la arquitectura y en el urbanismo, y, en sus significados culturales, por estar pensado para establecer un «nuevo orden simbólico en los centros urbanos de la "nación" y más que en ningún otro, en la capital de esa nación»[141]. Después de todo, mucho más que el eclecticismo institucional que dominó la cultura estética española a partir de mediados de siglo fue la función simbólica de los monumentos la que les otorgaba la condición de *lugares de la historia* para la práctica social de la *cultura del recuerdo* o *memoria cultural* española (una «historia vuelta hacia nosotros», basada «en gran parte, aunque de ningún modo exclusivamente, en formas de referencia al pasado», según la definió por primera vez Jan Assmann, el egiptólogo impulsor de la «mnemohistoria» que «investiga la historia de la memoria cultural»)[142]. De acuerdo con esto, si bien el *arte oficial* favoreció el desarrollo del mercado artístico de la época, la exteriorización del espacio político significó la ampliación del concepto de *público* y se constituyó en un elemento más de los que ayudaron a construir la figura del *espectador* moderno[143].

Sobre el plano de Madrid levantado durante el reinado de Alfonso XII y la regencia de María Cristina, la *representatividad* de la capital la podemos reconocer en el urbanismo y la arquitectura de los nuevos ensanches y barrios burgueses, en los palacios de los aristócratas, los industriales y grandes financieros ennoblecidos (sirvan los ejemplos de los palacios del conde de Fuente Nueva de 1876 y el del marqués de Cerralbo de 1885, la renovación del paseo del Prado que culminará con la construcción de los hoteles Ritz en 1908-1910 y el Palace en 1910-1912, o el proyecto de la Gran Vía de 1898 de los arquitectos José López Sallaberry y Francisco Andrés Octavio)[144]. Y se descubre, asimismo, en el conjunto de edificios monumentales dedicados al entretenimiento, el ocio y la cultura, como la Plaza de Toros de la carretera Aragón (1874), el Museo Antropológico del doctor González de Velasco (1873-1875), el teatro Apolo inaugurado en 1873, el de la Comedia (1875), el segundo Circo Price (1880) o el Teatro de la Princesa (María Guerrero), edificado en 1884-1885[145].

Por otra parte, en competencia con la nueva arquitectura del hierro (las estaciones del Norte de 1879-1882 y de Atocha de 1889-

---

[141] Serrano (1999), pp. 185-201.

[142] J. Assmann (1997), p. 31, (2003), pp. 13-36, (2005), pp. 10-20 y (2010); A. Assmann (2010a, 2010b); Assmann y Shortt (2012); Amalvi (2005).

[143] Duque (2001), p. 10; Gil y Palacios (2001), p. 15; Canogar (1992).

[144] Mainer (2003), pp. 107-108; Juliá (1994); Baker (2009) y (2013), pp. 577-597; Cruz Valenciano (2014), pp. 254-282.

[145] Serrano (1999), pp. 161-182; Reyero (2000), pp. 41-62.

1892, el palacio de Exposiciones de los Altos del Hipódromo de 1881 o el de Cristal en el Retiro de 1887, los dos últimos obra de Ricardo Velázquez Bosco), se construyeron, también, edificios singulares que venían a encarnar el avance técnico y económico de las clases pudientes, el triunfo de la idea de progreso liberal y, por extensión, la gloria de la nación española de la que sus propietarios se consideraban los auténticos representantes (el Banco de España en 1884-1891, la Bolsa de 1893 o el edificio de La Equitativa del arquitecto catalán José Grases, construido entre 1887 y 1891). A los efectos podía pensarse, además, en los edificios públicos con algún tipo de función burocrática o administrativa que exteriormente no transmitían ninguna vocación de significado simbólico, pero cuyo carácter de signo situacional, es decir, reconocibles por su equivalencia o afinidad con la experiencia cotidiana, irrumpía de manera abrupta y aparentemente sin preparación (el Ministerio de Fomento de 1893-1897 y el citado Palacio de Bibliotecas y Museos, donde se verificó la Exposición retrospectiva Hispano-Americana de 1892); algo que, en último término, servirá especialmente para los nombres de las calles y las plazas, pues, como escribió Winfried Speitkamp en su investigación sobre el derribo de los monumentos y los conflictos simbólicos, «el individuo apenas puede sustraerse de su profundo efecto porque, al mismo tiempo, cumplen una función de orientación imprescindible en la ciudad»[146]. Y esto era así, pues, como advertía uno de los artículos del *Madrid por fuera y por dentro,* dirigido por el castizo plumífero zaragozano Eusebio Blasco, las informaciones que llenaban los guías, almanaques y callejeros indolentes servían para desvelar los misterios de la Corte a los «forasteros incautos»:

> Has de saber, y esto no te asombre, forastero anónimo, que no hay suceso fausto infausto, ni acontecimiento de más o menos importancia de cuantos en Madrid acontecen con sobrada frecuencia que no se refleje en el acto con mayor o menor exactitud en la Carrera de San Jerónimo…[147].

Los edificios, las calles y el ornato público se convirtieron en los modernos escenarios para la celebración de las liturgias de la *religión civil española*. De manera simultánea, alumbradas por la gran *sociedad conmemorativa* que se consolidó a partir de la década de 1880 y ejecutadas por toda la geografía estatal, las representaciones de la

[146] Speitkamp (1997), pp. 5-21.
[147] Santoyo (1873), p. 438 citado por Ayala (2013), p. 139.

historia común con múltiples pasados incluyeron un variado repertorio de exposiciones, concursos académicos, juegos florales, aniversarios literarios y certámenes creando una topografía y una crononimia singular. En los siguientes cincuenta años, se produjo una refundación del mapa cultural que se desplegará en una pluralidad de tiempos culturales y locales (bien distintos del tiempo físico o global)[148]. A la postre, no le faltará razón al escéptico y siempre curioso Valera cuando, en la presentación de la revista *El Centenario,* consignara:

> A la moda de las exposiciones sucedió, no hace mucho tiempo, la de los centenarios: algo como mundanas y populares apoteosis, culto y adoración de los héroes. Y hallándose esta moda en todo su auge. Se nos vino encima el año 1892…[149].

Y así fue, en realidad. A medida que el Estado de la Restauración aseguraba su posición, el catálogo conmemorativo se fue ampliando, primero, con la invención de nuevas celebraciones históricas (desde el segundo centenario de la muerte de Calderón en 1881 hasta los trescientos años de la aparición del *Quijote* de 1905 o el del Greco en 1914, pasando por los homenajes organizados en torno a Santa Teresa, Gracián, Tirso de Molina, Murillo o el dedicado a Velázquez en 1899); después, con la organización de magnos certámenes mercantiles e industriales (la Exposición Universal de Barcelona de 1888, la Hispano-Francesa de Zaragoza de 1908 o la Iberoamericana de Sevilla de 1929) y, en tercer lugar, con la conmemoración de las «gloriosas efemérides» de la historia española[150]. Por razones bien distintas pero con la función idéntica de reforzar los contenidos del nacionalismo español, dos eventos desplegados sobre el horizonte de expectativas y experiencias del *Desastre* contribuyeron de manera especial a desarrollar los mecanismos de las conmemoraciones oficiales: por delante, el IV Centenario del Descubrimiento de América de 1892; y, por detrás, el Centenario de los Sitios de Zaragoza y la Guerra de la Independencia de 1908.

En la organización del año colombino, considerado por Edward Baker, «la culminación de la cultura conmemorativa decimonónica para la España oficial»[151] se involucró directamente el presidente del

---

[148] J. Assmann (2005), p. 23.

[149] Valera (2004), p. 629; Romero Tobar (2004), pp. lxxii-lxxiii.

[150] Storm (1998, 2004, 2011); Pérez Garzón (2000), pp. 87-95; Moreno Luzón (2012), pp. 218-242; Baker (2013), pp. 597-631; Guereña (2013); Valverde Contreras (2015), pp. 139-342; Gabriel y Pérez Vejo (2016), pp. 37-41.

[151] Baker (2013), p. 612; Bernabéu Albert (1987); Valverde Contreras (2015), pp. 213-286.

Consejo de Ministros Antonio Cánovas del Castillo y, por supuesto, los numerarios de la Academia de la Historia que él dirigía. En aquellos momentos, además de otras iniciativas de más largo alcance (la consagración del 12 de octubre como fiesta nacional dos décadas más tarde), la celebración del Descubrimiento significó la integración definitiva de lo americano como un componente específico y diferenciador del nacionalismo centralista y, a la vez, la consideración del pasado nacional en toda su dimensión universal, desatando la moda americanista entre los eruditos hispanos. Al cabo, las pretensiones académicas y propósitos políticos de Cánovas las había dejado claras en la exposición que precedía el *Real Decreto de 9 de enero de 1891* que ordenaba la realización del evento: convertir a España, no sólo en la protagonista del Descubrimiento, sino también en la gestora de la historia americana[152].

Sobre el amplio marco de referencias de las conmemoraciones emergió un espacio artístico nacionalizado en el que los monumentos públicos pasaron a ser una de sus producciones artísticas más características. Y así, con todas sus peculiaridades y rasgos propios pero también a semejanza de lo que estaba ocurriendo en la mayoría de las naciones del continente (el caso francés estudiado por Maurice Agulhon es paradigmático), la *estatuomanía* desarrollada durante el periodo restauracionista debemos entenderla como un elemento activo del sistema de intercambios y producciones que integraban la esfera de la *cultura nacional española*. A partir de 1875, el espacio civil de la capital se presentó como una extensión del poder monárquico y su primacía (en consonancia con la espada y la cruz), mediante un programa de esculturas decorativas y monumentales que pronto caracterizaría a la imagen de la época en su conjunto. En su guion apenas tuvo cabida el espíritu nacional de inspiración democrática y, por supuesto, ninguna debía tener las referencias hacia el pasado más reciente (resulta ilustrativo de la negación de la relevancia histórica de la Guerra de la Independencia como acontecimiento fundador de la nación por parte del pensamiento conservador españolista y neoconstantiniano triunfante, la solicitud de la Academia de Bellas Artes y consiguiente retirada, en 1876, de su emplazamiento público del monumento a Daoíz y Velarde, esculpido por el barcelonés Antonio Solá). Por otro lado, los engarces de un registro interpretativo que conectaba la representación ideal del pasado común con un número creciente de esculturas dedicadas a personajes del presente (reconocibles por sus contemporáneos en tanto representantes de los logros

[152] *Gaceta de Madrid* (1891); Peiró (2006), pp. 150-155.

político-culturales del Estado de la Restauración) resultaron determinantes para que, entre 1875 y 1914, se levantaran 226 monumentos públicos por toda la geografía española (38 en Madrid, 24 en Barcelona, 9 en Valencia, 7 en Zaragoza y 148 en otras 96 localidades).

Preocupados por conmemorar los grandes hombres de la patria y, en particular, por celebrar a los hijos de la tierra, la toponimia urbana y las plazas de la España de las regiones se llenaron con las imágenes de Isabel la Católica, Padilla, el cardenal Cisneros, Hernán Cortés, Lanuza, Casanova y, sobre todo, Colón, «junto con Cervantes, la figura histórica más representada en escultura monumental» (según contabilizó Carlos Reyero en su libro *La escultura conmemorativa en España. La edad de oro del monumento público, 1820-1914*)[153]. Los elementos simbólicos y repertorios iconográficos de todos estos monumentos no sólo eran perfectamente identificables por la mirada de los ciudadanos locales, sino también por los visitantes y espectadores llegados de otros lugares, porque seguían las fórmulas establecidas por el discurso político-cultural de la época y porque estaban firmados por los mismos o similares escultores, cautivos de la ideología de la nación y de la estética marcada por el academicismo.

En verdad, hasta que se produjera la crisis finisecular del Estado y el desprestigio momentáneo de la cultura liberal, la construcción de tantos monumentos públicos y la consolidación desde 1880 de una *sociedad conmemorativa* similar en todas las capitales de provincia y en las ciudades más pequeñas de la geografía nacional permiten avanzar, parafraseando al citado Maurice Agulhon, que la diversidad de los fervores patrióticos provinciales en la España de las regiones fue, en todo caso, una diversidad en sus modos de expresión[154], mucho más tratándose de unos espacios donde los grupos de patricios cultivados que tenían el poder y querían saber se reconocían entre sí por las aficiones y el gusto por las ciencias, las artes y las letras que les proporcionaba su sensación de pertenencia a una vida social única y a un mismo *marco cultural* (descrito por el especialista en la cultura vienesa Carl E. Schorske en «La gracia y la palabra: las dos culturas de Austria y su destino moderno»)[155].

Como veremos, en la cartografía estatal del ornato público, destacó la activa presencia de Barcelona que, además de ser la primera ciudad española en dedicar un grupo escultórico al gran descubridor Cristóbal Colón, se constituyó en el principal centro proveedor de

[153] Reyero (1999a), p. 145; Pérez Magallón (2015), pp. 285-323.
[154] Agulhon (1989), p, 220 y (2016), pp. 119-162.
[155] Schorske (2001), p. 217.

creadores del mercado del arte público español (con Agustín Querol a la cabeza, entre los más renombrados cabe mencionar a Manuel Fuxá, Eusebi Arnau, Josep Llimona, Agapit Vallmitjana o Miguel Blay). Tratándose del escultor preferido de Antonio Cánovas del Castillo, la fecundidad y el largo alcance de la trayectoria del escultor tortosino sirve de modelo para comprender el trabajo realizado por la pléyade de escultores catalanes para plasmar en imágenes el discurso conmemorativo de los patrocinadores nacionales y latinoamericanos[156]. Baste adelantar aquí el gran predicamento que Querol tuvo entre los miembros de la *sociedad conmemorativa zaragozana* de principios de siglo (regida por el canónigo del Pilar Florencio Jardiel) que lo contrataron para realizar dos grandes monumentos en el marco de las celebraciones del Centenario de los Sitios de Zaragoza: el consagrado, en 1904, a los *Mártires de la Religión y de la Patria* (que sustituía a la septuagenaria pero, sobre todo, liberal y laica, *Fuente de Neptuno* o *de la Princesa*) y el dedicado a *Los sitios de Zaragoza*. La inauguración de este último, en octubre de 1908, contó con la presencia de los monarcas y con la declaración del arzobispo Juan Soldevila acerca de que la guerra contra los franceses se hizo en defensa de la religión: «Más que una guerra patriótica fue una cruzada religiosa»[157].

Estas palabras expresaban un estado de opinión extendido entre los eclesiásticos de la época y eran representativas, en todo caso, de cómo los contenidos ideológicos de la *cultura nacional española* mutaron tras el *Desastre*. De hecho, la conmemoración del Centenario de los Sitios de Zaragoza significó una relectura del pasado nacional por parte de los sectores más conservadores en función de una utilización política inmediata. Tratándose de un acontecimiento de la historia contemporánea que siempre habían rechazado por sus connotaciones liberales, republicanas, anticlericales y democráticas, en 1908, la Guerra de la Independencia se convirtió en una especie de tabla de salvación cultural a la que se aferró el nacionalismo conservador español para incluirlo en la forja de un discurso que buscaba su coherencia interna en relación con la interpretación ideológica de la historia nacional. Y, en tal sentido, resulta revelador que las «clases directoras» de Zaragoza, la ciudad elegida como epicentro de la celebración estatal, hundieran sus raíces en el terreno historiográfico para apadrinar una operación de recuperación y rescate de la guerra. Lo hicieron con bastantes razones a su favor: convirtiendo el patrio-

---

[156] Melendreras Gimeno (2005).

[157] Rincón (1984), pp. 194-214; Moreno Luzón (2004); Peiró (2008b), pp. 54-56; Ramón Solans (2014), pp. 193-258.

tismo regional en un referente intemporal e ineludible sobre el que se construía el presente de la nación, e instaurando, para ello, una empresa revisionista en clave religiosa de los Sitios, considerados como uno más en la cadena de capítulos del pasado español que, iniciados con la Reconquista, presentaba su más gloriosa y providencial culminación en 1808-1814. En adelante, el capital cultural de la guerra contra los franceses sería asumido como propio por el amplio espectro ideológico de las clases conservadoras, patrioteras y católicas, reaccionarias y carlistas, que se reconocían en el discurso del nacionalismo español (de signo progresivamente autoritario). En último término, integrada en una narración que se pretendía unánime, un relato de combate originalmente pensado para la confrontación con las *otras* visiones nacionales del liberalismo progresista y republicano, llegado el momento, sería esgrimido frente a *todos* los *enemigos interiores* creados por el trauma de la Guerra Civil.

Pero todavía no estamos en años de vísperas republicanas y golpes de Estado militares. La monarquía fue el régimen político de la Restauración y las esculturas modeladas por Benlliure dedicadas a *María Cristina de Borbón* (1893) o al general restaurador *Martínez Campos* (1907), que representaban el paisaje monárquico del presente, debían quedar coronadas con el gran monumento urbano dedicado a la memoria de Alfonso XII (fundió la estatua ecuestre en bronce en 1904). En la imaginación creativa de la estatuaria política de entresiglos fue un proyecto estrella diseñado por el arquitecto barcelonés afincado en Madrid José Grases i Riera (fallecido en febrero de 1919, su sustituto en la dirección fue el vasco Teodoro Anasagasti, considerado uno de los pioneros de la modernidad arquitectónica española)[158]. En la dilatada construcción del conjunto monumental (la cumplida información del acto inaugural dada por el *ABC* recordaba a los lectores que, convocado el concurso en 1901, la primera piedra se colocó el 18 de mayo de 1902, «al día siguiente de la coronación de S. M. el Rey», Alfonso XIII)[159], contó con la participación de 22 de los más famosos escultores de la época (15 catalanes y 7 del resto de las regiones)[160]. Con independencia de los numerosos problemas y vicisitudes biográficas (el egotista Querol se negó a participar al no ganar el concurso), lo cierto es que el conjunto arquitectónico del Parque del Retiro madrileño terminó siendo un inmenso resto de un tiempo en el que el arte oficial estuvo administrado por la

[158] Vázquez Astorga (2011).
[159] *ABC* (1922), p. 13.
[160] Salvador Prieto (1990), pp. 345-383.

cultura nacional del liberalismo conservador y la identidad política de muchos contemporáneos estuvo marcada por la idea de adhesión a la monarquía[161].

Poco a poco, las transformaciones sociales y los acontecimientos políticos desvirtuaron su carácter conmemorativo y modificaron las intenciones de los constructores de fijar la memoria de la Restauración vinculada a su primer monarca. De manera mucho más radical a lo sucedido con la pintura de historia, cuando aquel *Altar de la patria* fue inaugurado el 3 julio de 1922, el conjunto monumental había dejado de ser siquiera la representación de una capital que apenas se parecía a la de julio de 1887 (fecha en que la regente, María Cristina, había firmado el decreto disponiendo la erección de una escultura en memoria del monarca fallecido), para convertirse en algo nuevo: una reliquia del pasado, el signo del recuerdo de unas actitudes políticas perdidas y un espacio de arte, cargado de valores estéticos, pero vaciado de su significado como lugar de la memoria histórica española[162]. En cierto modo, el monumento al *Pacificador* fue el presagio de una generación diferente en busca de un Estado; una generación fragmentada de científicos, filósofos e intelectuales que había comenzado a desterrar la mistificación de la *cultura del recuerdo* decimonónica y para la cual la sombra de la monarquía avanzaba por el abrasador camino del rechazo y hacia el limbo del olvido.

En el transcurso, mientras Alfonso XIII se obcecó en cubrir con la pesada losa de una dictadura el Reino de España y de los agotamientos políticos surgía el nuevo régimen de la República, los modernos escultores que vivían la pulsión establecida entre lo internacional y lo nacional rompieron con el modernismo finisecular (abandonaron la idea de monumento «pictórico y narrativo» relegando la técnica del modelado para tallar directamente la piedra o trabajar con distintos materiales de vanguardia que potenciaron el arranque de «edad del hierro»). En las décadas de los veinte y treinta, al lado de los encargos oficiales que no se interrumpieron, los rumbos de la escultura española siguieron dos grandes direcciones: la figurativa, representada por Mateo Inurria, José Capuz, Julio Antonio (autor del busto de Goya erigido en Fuendetodos en 1920) y el escultor de los intelectuales Victorio Macho (además de los monumentos de Pérez Galdós de 1918 y Santiago Ramón y Cajal de 1926, realizó la cabeza de Valle-

[161] Serrano (1999), pp. 195-201; Fernández Sirvent (2010, 2011); Mónica Moreno (2011).

[162] Reyero (1999a), pp. 117-118 y 171-172; Tobia (1998); Brice (1998); Sträter (1999), pp. 96-106.

Inclán y el busto de Pío Baroja), y la tendencia que conectaba directamente con las vanguardias parisinas. Era un grupo heterogéneo en el que destacaron las trayectorias de Pablo Gargallo (*El Profeta,* 1933), Julio González (*La Montserrat,* 1937) y el integrante de la *Escuela de Vallecas* Alberto Sánchez Pérez. Este último expondrá en el Pabellón de la República Española de la Exposición Internacional de París de 1937 la escultura *El pueblo español tiene un camino que conduce a una estrella*[163].

Renacimientos: el voluntarismo cultural de las regiones

En 1937, el camino de la cultura conducía a Valencia, la capital accidental y centro político e intelectual de la estrella española republicana. En el Paraninfo universitario de la ciudad del Turia, el primer rector de la Universidad Autónoma de Barcelona, Pere Bosch Gimpera, pronunció la conferencia titulada *España* («en respetuoso homenaje al Presidente de la república española D. Manuel Azaña»). En la tesis sostenida por el catedrático barcelonés acerca de una España plural (construida sobre la cooperación de los pueblos hispanos a «una obra comuna fraternalmente i sense hegemonia»), convergían el conglomerado de hipótesis y corrientes periféricas progresistas, republicanas, federalistas, iberistas y democráticas que, en la medida de sus posibilidades, habían nutrido la *cultura nacional española* a lo largo del XIX. Pero, sobre todo, estaban en la línea de las ideas de complementariedad y apoyo para la *redirección* de España defendidas por ciertos sectores del catalanismo cultural (frente a la rivalidad como afirmación identitaria y creencia ideológica proclamada por los diversos grupos inmersos en la cultura política catalanista desde principios del novecientos). Para Bosch Gimpera, la República debía posibilitar

> la vida material y espiritual de los pueblos de España, creándose una base económica, una libertad, una educación y una organización. Sólo entonces será posible que surjan nuevos ideales colectivos, que España sea realmente España y que influya en el mundo, aportando pacíficamente sus valores a la civilización, de manera integral […]. Pero no deben repetirse los pasados errores. No deben crearse nuevas superestructuras postizas ni confundirlas con el verdadero pue-

[163] Vázquez de Parga (2001); Calvo Serraller (2001), pp. 51-53; Bozal (2013), pp. 133-139, 160-162 y 207-210; Brihuega (2016); Lomba (2016).

> blo. No hay que tomar a ningún pueblo de España, ni a su cultura, como representante exclusivo del pueblo español o de la cultura española, ni atribuir patentes de heterodoxia a los demás[164].

En septiembre de 1932, las Cortes habían aprobado el Estatuto de Cataluña, siendo Azaña uno de los principales artífices de la elaboración y aprobación de un texto que, acompañado por los siguientes estatutos de Autonomía de las regiones, clausuraba, momentáneamente, uno de los problemas que cuestionaron el Estado liberal desde los tiempos del *Desastre*. Utilizando la razón derivada de la historia, como ha señalado Santos Juliá en *Vida y tiempo de Manuel Azaña, 1880-1940,* el presidente del gobierno de la República, que había comenzado a creer en su estrella, consideraba que era preciso remontarse a otra tradición, que no era la jacobina, sino la del «gran Estado español del Renacimiento», no para realizar «una política de arqueólogos sino de hombres modernos» que «recuperen la tradición de los diferentes Estados españoles en un nuevo Estado español, liberándola de la argolla dinástica que había esclavizado a sus pueblos»[165].

Y es que, en abierta competencia con las visiones unitaristas y uniformizadoras proyectadas por determinadas culturas políticas del liberalismo decimonónico, la dialéctica de la integración y acumulación de la cultura nacional encontró en la coyuntura finisecular del 98 un momento de inflexión crítica provocada por la conjunción de los embates doloridos de los regeneracionistas (con su literatura de la decadencia, las debilidades y los males de la patria), la brega de los intelectuales modernos (algunos socialistas y émulos de Nietszche, otros liberales partidarios de la pedagogía nacional y un nuevo patriotismo) y la beligerancia surgida de las regiones (en especial, desde Cataluña y el País Vasco). Las efervescentes actitudes de repulsa hacia el sistema de la Restauración de los primeros se fundieron en los procesos de reformas y renacionalización de España que impulsaron los acciones políticas y actividades culturales modernizadoras de los segundos, desde el lustro de 1907 a 1914 en adelante. Mientras, los descontentos políticos, las impaciencias y discordancias de los terceros permanecieron abiertas desde entonces.

De todos modos, resulta innegable que las prácticas artístico-literarias de la alta Restauración fueron producto de un espacio socio-

---

[164] Bosch Gimpera (2000), p. 366, citado por Gracia Alonso (2011), pp. 350-351 y 472-476, (2015), pp. 135-213; Ucelay-Da Cal (2003).

[165] Azaña (2010); Juliá (2008), pp. 302; Oliveras (2008); Ruiz Torres (2015), pp. 31-47.

político, de un medio institucional y, sobre todo, de un tiempo intelectual que, en su desarrollo histórico, coincidió, entre otras muchos aspectos, con el proceso imaginado de los *Renacimientos de las regiones (Renaixença, Rexurdimento, Euskal Pizkundea)* y la *invención estética de las periferias*. Era un escenario regional construido a lo largo de la centuria con una fuerte impronta historicista que encontró en la reproducción del modelo académico un excelente medio para la proyección de las políticas culturales de las burguesías de las provincias. A fin de cuentas, como escribió el cronista y protagonista de su época, Juan Valera:

> La centralización no era entonces, ni es todavía, ni tal vez por dicha llegue nunca a ser tan grande en España que traiga toda la vida de la mente á la capital y deje sin iniciativa y sin pensamiento a las ciudades de las provincias. A veces, de ciudades de primer orden y hasta de segundo, ha partido el impulso para un cambio favorable ó para un renacimiento en la vida intelectual. Esta gloria tuvieron Salamanca y Sevilla en el siglo pasado […]. Papel, en cierto modo semejante y en cierto modo distinto, le toco hacer a Barcelona, desde antes de 1834 […]. Debióse esto, sin duda, á la riqueza y bienestar de Barcelona, á su comercio é industria, á su trato más frecuente con extranjeros, á la actividad de sus hijos, y hasta al amor propio provincial, que, sin pugnar con el amor de toda la patria, se pone allí con superior intensidad en una patria más especial y concentrada[166].

Con todas sus tensiones y situaciones paradójicas, el pluralismo regional y las identidades locales de la España decimonónica se tradujo en la aparición de una serie de sentimientos de pertenencia, conciencias históricas diversas y culturas del recuerdo específicas que, sin plantear ningún antagonismo con la idea acumulativa de la cultura nacional, creaban tensiones con el Estado y cuestionaban aspectos originales de su construcción histórica (algo, por lo demás, que sucedía en los diferentes países europeos donde la cultura regional podía aparecer como rival, antídoto o complemento modelador de lo nacional)[167]. En ese sentido, el sector mayoritario de los eruditos locales del último cuarto de siglo profundizaron en las prácticas historiográficas apuntadas por sus precursores de época isabelina o por ellos mismos durante su juventud. Lo hicieron, desde la preocupación

[166] Valera (1882), p. 416, y (2004).

[167] Haupt, Müller y Woolf (1998); Espagne (1999); Confino (1997, 2006); Brinkmann (2002, 2004a, 2004b); Fradera (2006), pp. 203-208.

concreta por el redescubrimiento del «carácter constante» que otorgaba el pasado particular de las regiones (con sus reinos antiguos y coronas medievales) pero, sobre todo, desde la reivindicación cultural de que estos elementos diferenciales y detalles significativos fueran reconocidos en el contexto general del pasado nacional[168].

Así lo pensaba en los años sesenta el progresista barcelonés, «patriota de buena ley», Víctor Balaguer cuya intención, al dar nombre a las calles de su ciudad, «no era tanto escribir una historia local, sino devolver su sentido *(redreçar)* completamente la de la península». Su trabajo –apuntó Stephane Michonneau en *Barcelona: memòria i identitat. Monuments, commemoracions i mites*– se basaba decididamente en el criterio de una historia nacional española que quería dar valor a la posición de Cataluña en su seno[169]. Y, en ese sentido, había escrito en el tomo I de su *Historia de Cataluña y de la Corona de Aragón:*

> La España es un compuesto de diversas nacionalidades. Hoy son provincias los que, hace pocos siglos aún, eran reinos y naciones. Quien estudie sólo la historia de Aragón, sabrá la de Aragón únicamente y no la de Castilla, como quien estudie sólo la de Castilla, no sabrá la de Aragón ni de Navarra.
>
> La historia particular, especial, de las diferentes nacionalidades que forman hoy el núcleo de la patria común, merece ser estudiada muy detenidamente y debe fijar la atención de los hombres pensadores. Si bien la España, por su posición geográfica señalada y por sus límites patentes, parece incontestablemente destinada á contener un pueblo único, reunido en cuerpo de nación; en cambio, la diversidad de origen, de constitución, de idioma, de usos y costumbres de las que hoy son provincias del estado y hace poco tiempo formaban reinos independientes, parece poder indicar que debe existir un pueblo único, sí, unido, pero considerado bajo esta ó aquella forma de gobierno, que esto poco hace al caso, aunque siempre contraria a la centralización, que es la muerte política de España[170].

En el marco del «comercio de ideas, corrientes vivas de impresión, lazos inquebrantables de fraternidad literaria, relaciones estre-

---

[168] Arias y Broto (1848); Fradera (2004b); Archilés y Martí (2002, 2004); Archilés (2006); Molina Aparicio (2006).

[169] Balaguer (1865-1866); Michonneau (2002), pp. 47 y 106-107; Palomas (2004), pp. 135-143; Ucelay-Da Cal (2005), p. 251 y (2014), pp. 369-371; Sánchez Marcos (2002); Sánchez Costa (2009).

[170] Balaguer (1860), I, p. 12; Palomas (2016); Cabré i Monné (2016).

chas é íntimas»[171], que llevaron al vate catalán a sacar adelante, entre 1854 y 1856, *La Corona de Aragón, Periódico dedicado a defender los intereses de Cataluña, Aragón, Valencia y Mallorca,* participaba de las mismas ideas el antiguo juntero, catedrático de instituto e historiador del país y la topografía de la capital valenciana, Vicente Boix, para quien la nación española (identificada con los habitantes de la Península que existían desde los tiempos más remotos) se había convertido en realidad desde 1808, «construït gràcies a l'esforç de totes i cadascuna de les realitats més petites que la componien, i aquella resultava incomprensible sense el coneixement i l'acceptació d'aquestes»[172]. Y, junto al corresponsal en la capital aragonesa y rector de la Universidad Jerónimo Borao, también las compartían los otros miembros de la comisión formada por Braulio Foz, Manuel Lasala y Manuel Arias que redactaron la *Memoria sobre los trabajos históricos de esculturas que han de adornar el Palacio de la Diputación Provincial de Zaragoza* (1850)[173]. En el sur, pensamientos similares motivaron al madrileño de nacimiento y sevillano de corazón Joaquín Guichot a escribir los ocho volúmenes de su *Historia general de Andalucía* (1869-1871). Y, en el noroeste peninsular, las condiciones socioculturales de la circulación transregional de las ideas (por utilizar el vocabulario de Bourdieu) favorecieron los trabajos y las coincidencias entre el ferrolano Benito Vicetto y el coruñés de Arteixo Manuel Murguía para publicar, a partir de 1865, la publicación de sus dos grandes historias de Galicia[174].

Nada, en definitiva, que no fuera usual en la vida cultural española del momento restauracionista, particularmente entre los escritores e historiadores regionales estrechamente vinculados al modelo académico dominante por una amplia escala de relaciones de paisanaje, amistades personales, aprecios intelectuales y estrategias profesionales, sociologías de la fama, intereses comerciales y gustos culturales compartidos (sin echar al olvido, por supuesto, los rechazos egotistas, las recriminaciones y desconfianzas nacidas de la condición humana, aumentadas, en ocasiones, por los recelos vecinales y la deriva hacia la exageración de lo rústico y la vulgaridad pueblerina de esas degeneraciones culturales que fueron los tópicos regionales). En una época de «epistolomanía» galopante, las cartas del recto ideólogo del *Rexurdimento* gallego Manuel Murguía, antiguo archivero en

[171] Balaguer (1900), p. 13.
[172] Ortega (1987), p. 121.
[173] Borao Mateo (2014).
[174] Villares Paz (1997), pp. 137-164.

Simancas, casado con la gran poetisa popular Rosalía de Castro (autora de *Follas novas* de 1880 y *En las orillas del Sar,* el «último monumento lírico del siglo en lengua castellana», publicado en 1884), proporciona abundantes datos sobre el funcionamiento de las redes personales, el mimetismo y las transferencias transprovinciales de pensamientos (las fuentes se multiplican, entre otros muchos ejemplos, con los epistolarios de Víctor Balaguer, Jerónimo Borao, Manuel Milá y Fontanals, Menéndez Pelayo, Gabriel Llabrés, Julián Ribera, Francisco Rodríguez Marín, Julio Urquijo, Joaquín Costa, Felipe Pedrell, Santiago Ramón y Cajal, etcétera).

> El primer tomo de la Historia de Galicia –escribía a Murguía el académico coruñes, Carlos Ramón Fort– pasó en efecto a informe de la Academia de la Historia en virtud de la solicitud dirigida por Soto Freire al Gobierno a fin de que se adquiriesen ejemplares a expensas del Estado. Se me encargó diese dictamen sobre él: lo hice analizando el libro y emitiendo juicio favorable; y la Academia ha acordado en la última sesión contestar apoyando la instancia del editor[175].

En el diálogo simbiótico de lo nacional y lo regional que reflejan abundantemente las cartas cruzadas entre los eruditos, la existencia de las memorias regionales debemos entenderlas como una manifestación del «patriotismo provincial» de unas oligarquías locales (tan perfectamente monárquicas, eclesiales, progresistas, republicanas o conservadoras como las de Madrid), y cuyo voluntarismo cultural estuvo fuertemente ligado al simbolismo y las formas de sociabilidad de la capital. Así, por ejemplo, en el mercado de la cultura universitaria los estudiantes procedentes de las «ciudades subalternas» aprendieron rápidamente la lógica de la geopolítica docente, la unidad paradójica derivada de la relación centro-periferias y el acortamiento de su distancia estratégica que significaba el «encontrar la puerta de entrada» de Madrid. Después de todo, la ciudad castellana había sido convertida por varias generaciones de políticos y literatos, artistas, profesores, funcionarios, militares, profesionales liberales y estudiantes oriundos de las regiones en una metrópoli académica, en el símbolo cultural de la unicidad española y en el gran «banco central para el intercambio de favores»[176]. Por así decirlo, en los informes

---

[175] «Carta de Carlos R. Fort a Manuel Murguía (Madrid, 13 de febrero de 1867)», en Barreiro Fernández y Axeitos (2003), I, p. 483; Murguía (1865-1913); Alonso (2010), pp. 489-492.

[176] Casanova (2001), p. 40.

personales de estos hombres que hicieron carrera en la capital, la convicción provinciana siempre estuvo asociada a lo íntimo y lo familiar, a la evocación emocional de sus sentimientos regionales y la añoranza por el modo de vida «rural» que habían dejado atrás. Y, en el pensamiento político de muchos de ellos, la conciencia regional y su pertenencia a un pueblo (vasco, aragonés, gallego, canario, andaluz, catalán, extremeño o murciano) fue una posición de principios y prudencia que armonizaron con el patriotismo español (percibido de múltiples maneras pero mayoritariamente situado en el nivel más alto de su jerarquía cívica).

En los aspectos historiográficos y artísticos patrimoniales de las regiones, el horizonte académico de la *cultura nacional española* apuntaló su proceso de articulación institucional con la reforma del *Reglamento de las Comisiones Provinciales de Monumentos Históricos y Artísticos* de 30 de diciembre de 1881 (inspirado por el liberal progresista Juan Facundo Riaño durante su etapa de director general de Instrucción Pública, nombrado por el ministro Germán Gamazo en el primer gobierno de Sagasta). En este contexto, se produjeron un conjunto de trasnformaciones socioprofesionales que provocaron la transformación morfológica del mundo erudito de la España de las regiones.

En efecto, pese a las limitaciones y distancias de todo tipo que separaban las capitales de provincias de Madrid, los aislados círculos de eruditos locales se integraron progresivamente en el mundo de la erudición nacional. Y, de una manera casi mimética, el erudito local se convirtió en una pieza fundamental del academicismo. En realidad, fue en las provincias donde las relaciones entre los profesores de historia y archiveros, por un lado, y los eruditos aficionados, por otro, se modificaron y singularizaron. Poco a poco, sin romper la tradicional estructura social y profesional de la erudición local (caracterizada por la *persistance des ordres* y una atmósfera intelectual vulgar y provinciana)[177], la formación «profesional» y sus vías de comunicación directas con la historiografía madrileña de los catedráticos de universidad e instituto y los miembros del Cuerpo Facultativo de Archivos, Bibliotecas y Museos les permitió, no sólo disputar la supremacía cultural ostentada hasta entonces por los clérigos y los nobles cultivados, sino convertirse en los representantes más importantes del grupo de funcionarios del Estado, aficionados a los estudios histórico-literarios de las localidades. En tal sentido, además de revalorizar la función social de sus respectivas profesiones y de fijar unos

[177] Carbonell (1976), pp. 127-133 y 215-249.

primeros criterios positivos que marcaban la separación entre el *erudito de campanario* y el *erudito profesional,* fueron los responsables directos de la transmisión de la cultura histórica nacional. En los últimos treinta años del siglo, la cátedra y la biblioteca, el archivo o el museo se afianzaron como plataformas institucionales que permitieron a sus titulares alcanzar un prestigio y una importante proyección personal, limitada, eso sí, a los escalones intermedios, los *notables,* dentro de la jerarquizada historiografía académica nacional.

Y, porque los amores «al pasado del país» les importaba mucho a todos ellos, no parece casual, ni mucho menos, que dos fervientes canovistas y catedráticos de *Historia de España* e *Historia Universal* en Zaragoza, Pablo Gil y Cosme Blasco, se indignaran ante las minusvaloraciones hacia la «gloriosa Confederación» contenidas en los relatos de los historiadores generales. El primero, al «oír o leer que alguien llamaba "Coronilla" a la gloriosa Confederación; llamada, por antonomasia injusta, como lo son todas las antonomasias, "¡Monarquía Aragonesa! ¡¡¡Coronaza!!!", decía con voz terrible»[178]. Con mayor moderación, el segundo, que bajo el seudónimo de *Crispín Botana* se estaba convirtiendo en uno de los padres del baturrismo literario, ante la pregunta *¿Es exacto el juicio crítico de algunos historiadores sobre el carácter del Rey de Aragón D. Ramiro II el Monge?,* respondía que «lo mismo la noble y admirada tierra de Cataluña que el hidalgo y hospitalario pueblo de Aragón, ya en sus tradiciones, ya en sus diversos acontecimientos han sido bastantes veces mirados con indiferencia y no estudiados ni considerados como se merecen por ciertos historiadores»[179]. En esta línea, a nadie sorprendía que el poeta catalán Francisco Ubach adoptara actitudes similares e, incluso, escribiera la mismas palabras al considerar los errores vertidos por Mariana y Lafuente sobre la Corona de Aragón en su discurso *Cataluña y la historia general de España,* pronunciado en la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona (1888). En su opinión, estos eran producto de «la jactanciosa creencia de la superioridad» de la Corte castellana que denominaría «Coronilla á la que ciñera la frente de Pedro el Grande y la de Alfonso el Sabio de Aragón, provincianos á los que no moraban en sus ciudades, trono de San Fernando al de la España toda, pendón de Castilla al que lo era de la nación y lengua española á la castellana»[180]. Tampoco les resultaba raro a los valencianos ni a ninguno de los lectores de otras provincias atentos a las novedades bi-

[178] Moneva y Puyol (1950), p. 125.
[179] Blasco y Val (1886), p. 1.
[180] Ubach y Vinyeta (1888), p. 20.

bliográficas de las regiones que el muy conservador periodista, escritor y erudito Teodoro Llorente se expresara de idéntica manera en las páginas de su *Valencia. Sus monumentos y artes. Su naturaleza é historia* (1887)[181]. Por supuesto, ninguna extrañeza causaba que el prometedor archivero Andrés Giménez Soler destinado en el Archivo de la Corona de Aragón (con enraizadas creencias carlistas, estaba avanzando por las sendas que lo llevarían hacia el regionalismo aragonés) fuera elegido numerario de la de Buenas Letras de Barcelona (1899) y premiado con el Fermín Caballero de la Real Academia de la Historia por su obra sobre *La Corona de Aragón y Granada* (1909)[182]. En Zaragoza, mientras tanto, a los pocos días de la muerte de quien pasaba por ser el más famoso trovador de la *Renaixença* catalana, el joven catedrático de *Historia Universal* Eduardo Ibarra (por entonces, regeneracionista agrario, crítico noventayochista, reformista universitario e impulsor de la profesionalización de la historia), le rindió su particular homenaje de admiración situándolo, al lado de Borao, en el olimpo de los «ilustres padres de nuestro renacimiento literario» y leyendo en el Ateneo, en enero de 1901, el discurso *Balaguer historiador*[183]. Y, claro está, las redes de amistad e interrelaciones culturales se reproducían entre los fueristas navarros y vascos, los escritores cántabros y los asturianos, los eruditos andaluces o los canarios.

Andando por los territorios del sentimiento hacia la «patria chica», los miembros de la «buena sociedad» que vivieron y desarrollaron sus actividades sin salir de los confines de sus localidades, cuando entablaron polémicas historiográficas o batallas sobre el significado del pasado, unas ocasiones, lo hicieron para mantener la hegemonía cultural de sus ciudades enfrentándose a las escisiones domésticas y pugnas existentes entre los distintos grupúsculos que la formaban; algunas otras, para contrarrestar las estrategias municipalistas y posibles imágenes alternativas puestas en práctica por los republicanos locales[184]. Y, como ya he señalado, en la mayoría de las ocasiones trataban de expresar sus propósitos de complementariedad y aspiraciones de lograr la plenitud del espacio histórico común, lanzando una denuncia general ante lo que consideraban la imposición de una historia nacional diseñada sobre la base de la hegemonía histórica castellana. No en vano, la generalidad de los burgueses de provincias que decidían y creaban opinión participaban en la cultura política li-

[181] Viciano (2005), pp. 19-47.
[182] Compés (2014).
[183] Soria Andreu (1993), pp. 210-211.
[184] Archilés (2002), p. 145.

beral y mantuvieron sus compromisos con un mercado de la *cultura nacional española* que los llevaba a compartir desde una concepción específica de la historia local centrada en el estudio de las repercusiones de los acontecimientos nacionales e internacionales en sus comunidades, hasta las modas artísticas y literarias (con su costumbrismo romántico, pintoresco y autocomplaciente, su rebaja realista, el *pathos* trágico añadido por el naturalismo provinciano y la melancolía modernista del regionalismo)[185].

Más precisamente, si podemos aceptar como cierto la existencia de una comunicación sociocultural intensa entre las burguesías nacionales e internacionales que condujeron a lo largo de todo el siglo a la universalización de los símbolos de poder y de los gustos culturales (como demostró C. E. Schorske en *Viena Fin-de-Siècle,* junto a todo lo que compartían, esto no significa que las culturas liberales de los distintos países europeos no presentaran rasgos propios)[186], es importante subrayar el papel desempeñado por los miembros de las «clases afortunadas» españolas como agentes locales de integración cultural en el patrimonio nacional y como exponentes máximos de la construcción simbólica regional (sería *el llenguatge del doble patriotismo,* definido hace unos años por Josep Maria Fradera)[187]. En aquel universo atomizado de territorios y memorias locales, de compromisos estrechos entre intereses económicos y poder político, de pactos y transacciones, las culturas políticas locales desarrolladas por estas minorías dirigentes –vinculadas a través de su estructura de relaciones, marcos financieros, lógicas corporativas y formas de sociabilidad– establecieron una clara jerarquización de las categorías regional/provincial/municipal/local, convirtiendo la ciudad provinciana en un espacio de dominio y pugna identitaria, de orden social y control de la memoria colectiva. Dicho proceso llevaría a la más importante de ellas a apropiarse de la capitalidad y, por extensión, a asumir la representación ante el resto del Estado de las imágenes y símbolos de toda la región forjados, en mayor o menor medida, a través de los edificios y «monumentos que se diseñaron para ornamentarla»[188].

No nos debe extrañar, por tanto, que durante los primeros decenios de la Restauración en las capitales de provincia se acumulen los signos de respetabilidad arquitectónica y la representación simbólica de la extensión del antiguo patrimonio monumental y artístico. Tampoco

---

[185] Mainer (1993), pp. 29-30.
[186] Schorske (1981, 2001).
[187] Fradera (1992), pp. 125-126, (2000, 2003, 2004b).
[188] Reyero y Freixa (1995), p. 283; Mainer (1995).

ha de sorprender que se sucedan los combates contra el neoclasicismo y la adopción del neogótico y el neomudéjar como estilos nacionales (es muy significativo que la práctica del discurso de recepción en la Academia de San Fernando la reanudó José Amador de los Ríos al leer su texto sobre «El estilo múdejar en Arquitectura», el 19 de junio de 1859)[189]. También, el relanzamiento de las Comisiones de Monumentos Provinciales, la fundación de sociedades de Amigos de las Bellas Artes, de Bibliófilos y Arqueológicas, la creación de museos municipales, la restauración de las grandes catedrales medievales (León, Palma de Mallorca, Barcelona, Sevilla o Burgos) y el inicio de las obras de otras nuevas (la Colegiata de Covadonga, representativa del nacionalismo español y el patriotismo personalizado en Don Pelayo, la «basílica que bajo la advocación de Santa Teresa se planeó en Alba de Tormes», la catedral de Vitoria, la Almudena o la Sagrada Familia, ambas en construcción desde 1883 según los planos respectivos de dos arquitectos neogoticistas: el conservador Francisco de Cubas y el genial Antonio Gaudí)[190]. Estos fenómenos coincidieron, por un lado, con el impulso dado desde las diputaciones y ayuntamientos locales a la bibliofilia mediante el nombramiento de comisiones de «expertos» para formar las colecciones de fueros o de los cronistas de los antiguos reinos y, por otro, con las «modas» de las exposiciones y los centenarios, el éxito de las pinturas de historia y la estatuaria pública (fenómenos culturales patrocinados por las *sociedades conmemorativas,* constituidas por la «gente de orden» cultivada de las localidades que, con mecanismos de reproducción endogámicos, sobrevivirán hasta la década de 1930 como una rastro más de la obsolescencia del academicismo cultural decimonónico).

En el entorno de 1898, gran parte de la historiografía española era regionalista. Contribución activa de los eruditos de los confines de las tierras de España al crecimiento continuo del culto de la patria local, las prácticas anticuarias, arqueológicas e históricas dieron lugar a una amplísima literatura de catecismos escolares, monografías municipales y catálogos patrimoniales de las provincias. Canalizada la producción, a través de los públicos reunidos en los pequeños microcosmos académicos de las localidades, las transformaciones experimentadas por la cultura histórica regional tuvieron su reflejo en el número de revistas de historia (literatura, ciencias y artes) que comenzaron a proliferar en las capitales de provincia: desde *Boletín de la Sociedad Ar-*

---

[189] Isac (1987); Araguas (2000); Hernando Carrasco ([2]2004), pp. 195-270; Álvarez Rodríguez (2015), pp. 873-1050 y 1170-1186.

[190] Sanmartín (2002), pp. 478-490; Hernando Carrasco ([2]2004), pp. 204-212.

queológica Luliana hasta la *Revista de Extremadura* y la *de Huesca* (dirigidas las tres por el mallorquín con iniciativa Gabriel Llabrés y Quintana), *El Archivo* del valenciano Roque Chabás o el *Archivo Hispalense* surgido de la tertulia reunida alrededor del duque de T'Serclaes, hasta la *Revista Euskara* publicada por la asociación navarra de cultura vasca, el *Butlletí del Centre Excursionista de Catalunya* (institución presidida por Antoni Rubió y Lluch, impulsora de la «cruzada» por la cultura catalana) y *Galicia Histórica,* dirigida por una de las «figuras da nación», el canónigo de la catedral de Santiago, archivero y novelista en lengua gallega, Antonio López Ferreiro.

Nación es narración, ha escrito Stefan Berger[191]. Y, porque las historias que nos contamos sobre nuestra pertenencia y ser nacional constituyen de hecho la nación, los cultivadores de la erudición local avanzaron por las mismas sendas del tipismo y el renacimiento estético que seguían los literatos finiseculares. En un momento culminante de la «revuelta de las regiones» representado por el auge de la literatura regionalista[192], aunque el sentimiento por la tierra impregnará las melancolías de todos los escritores (desde el vilanovés Valle-Inclán y el sevillano Machado hasta los chapelaundis de Baroja o el Unamuno que se emocionaba ante el recuerdo de la «invicta villa liberal de Bilbao»), se generaron dos grandes tipos de «nuevos cantores de las provincias» (en expresión de Cansinos Assens): por un lado, los novelistas, poetas y dramaturgos del *regionalismo* que saltaron a la primera fila del panorama nacional e internacional (el santanderino José María Pereda, el ovetense Leopoldo Alas *Clarín,* la coruñesa Emilia Pardo, la compostelana Rosalía de Castro, el barcelonés José Feliú y Codina que, en 1891, obtuvo el éxito popular con el drama rural *La Dolores,* convertida en ópera por Tomás Bretón en 1895, o el Blasco Ibáñez de *La barraca* y *Cañas y barro*) y, por otro, el heterogéneo grupo de bardos, rondallistas y cuentistas, dioses menores de la creación literaria cuyo reconocimiento apenas superó las fronteras geográficas del aquel «mi mundo es mi provincia», retratado con ironía por Pío Baroja en *La nave de los locos* (1913). Letraheridos de las regiones como el asturiano Teodoro Cuesta, el murciano Vicente Medina, el salmantino José María Gabriel y Galán, el malagueño Arturo Reyes, el sevillano Francisco Muñoz y Pabón, el donostiarra José de Manterola, los tinerfenos José Tabares y Guillón Barrús, el zaragozano Luis López Allué, los navarros Francisco Navarro Villoslada y Arturo Campión o los sacerdotes mallorquines Mi-

[191] Berger (2008), p. 1.
[192] Mainer (1993).

quel Costa i Llobera y Antoni Maria Alcover. La mayoría de ellos ligaron sus sentimientos y conciencias de pertenecer a los diferentes pueblos de España, sus vocaciones literarias y su gustos culturales a las celebraciones de los Juegos Florales de sus ciudades.

Las *fiestas del gay saber* de origen medieval fueron recuperadas a mediados de siglo (las primeras se convocaron en 1857 en Granada y Córdoba, seguidas, dos años después, por Barcelona) y, de manera extemporánea, sobrevivieron hasta la década de 1930. Manifestaciones culturales surgidas del tronco común de la *cultura nacional española,* las ramas del movimiento floralista se extendieron de manera mimética por toda España[193]. No en vano, como estaba sucediendo en los campos de la historia, de la pintura, el arte monumental o la arquitectura catedralicia, el recurso a la Edad Media resultó muy eficaz para el diseño de la literatura nacional en su deriva regionalista. Como veremos, se produjo una especie de «neutralización ideológica» como efecto de la idealización del pasado medieval que sirvió para establecer una especie de vector de las tendencias comunes y divergencias de la memoria comunitaria, pues, de entrada, valía tanto a la despolitización estético-histórica de inspiración conservadora como a la politización liberal-progresista de la idea de nación[194]. En el ámbito de las letras nacionales, las vinculaciones se expresaron con claridad cuando, en 1895, según falló un jurado presidido por el neocatólico Marcelino Menéndez Pelayo, ganó el concurso convocado por la Española para premiar una monografía sobre la gramática y el vocabulario del *Poema del Cid* su discípulo, el joven doctor y moderado liberal Ramón Menéndez Pidal (el trabajo fue el germen de su monumental *Cantar del Mío Cid. Texto, gramática y vocabulario,* publicado entre 1908 y 1911)[195]. Con finalidades diferentes, las mismas imágenes y símbolos serían usados en los programas literarios regionalistas e, indistintamente, en los diseños culturales de los primeros proyectos políticos de los nacionalismos de las regiones que encontraron en la Edad Media el paraíso perdido de sus naciones.

Dejando de lado las varias paradojas que, desde el punto de vista literario, engendraron los Juegos Florales (para José-Carlos Mainer fue una literatura romántica que degeneró en antirromanticismo, introducción del modernismo y fomento del antimodernismo tradicionalista, exaltación ideal del carácter de los pueblos y evolución hacia

---

[193] Soria Andreu (1995, 2002).

[194] Nipperdey (1992), p. 232; Schorske (2001), pp. 129-155; Sanmartín (2002), pp. 521-570; Ortega y Sanmartín (2009).

[195] Pérez Pascual (1998), pp. 35-40; García Isasti (2004), pp. 65-74.

el costumbrismo más prosaico y cazurro), el movimiento arraigó especialmente en Barcelona al quedar vinculadas las celebraciones florales con la lengua, convertida en el vehículo de la pujante cultura catalana (con autores, entre otros muchos, como mosén Jacinto Verdaguer, Àngel Guimerà, Narcís Oller, Frederic Soler *Pitarra* o Emili Vilanova). Pero no sólo eso. Reinstaurados por Víctor Balaguer, los *Jocs Florals* pronto trascendieron el campo literario impulsando el amplio movimiento cultural conocido como la *Renaixença,* que alcanzó su máxima expresión en los años restauracionistas. En el espacio nacional, el prestigio de las justas barcelonesas las convirtieron en un modelo institucional aceptado por el amplio espectro de los regionalistas españoles (en Barcelona, cuatro años después del conocido discurso de Menéndez Pelayo donde reconocía el valor cultural del idioma catalán, en 1892, actúo de mantenedor Pereda con una oración dedicada a explicar el canon literario de la novela regionalista; mientras, en Vigo, había inaugurado las justas de 1888 Alejandro Pidal y Mon). Y fueron, a la vez, un espacio para la movilización cultural del incipiente nacionalismo catalán (tomado en estas páginas como ejemplo de los primeros grupos de nacionalistas vascos y del resto de los nacionalismos «periféricos» que, por imitación y siempre dentro de sus diferencias, fueron surgiendo diseminados por las provincias del Estado)[196].

Falsados los paradigmas del fracaso, la diferencia y las anomalías del nacionalismo español decimonónico como origen de las culturas políticas nacionalistas, resulta innegable que, en el horizonte de expectativas de unos pocos, comenzaron a vislumbrarse los efectos de la entropía regional en sus formas político-culturales antagónicas, rivalidades identitarias y singularidades autárquicas. De manera similar a lo sucedido en Europa, donde algunos «movimientos regionalistas –según recordaba Juan José Carreras– terminaron aspirando a ser algo más que recuperaciones culturales o administrativas, terminaron intentando convertirse en movimientos nacionalistas», en España también se desarrolló el fenómeno[197]. No obstante, de entrada, la capacidad teórica y real de estos grupos para inventar mitologías históricas, plantear pasados alternativos e impugnar el monopolio académico que legitimaba historiográficamente la *idea* de España fue pequeña y quedó limitada a círculos minoritarios. En la «gran era de la mitología histórica» advertida por Eric Hobsbawn, los problemas comienzan cuando la militante historiografía nacionalista cata-

[196] Granja, Beramendi y Anguera (2001), pp. 13-164.
[197] Carreras Ares (2016), p. 163.

lana reinterpreta el pasado a la luz de sus reinvidicaciones actuales y encuentra el remedio a los incertidumbres del presente en el uso estratégico del relato histórico (incluida la aceptación de los anacronismos, las analogías con otras épocas superadas y el funcionamiento a modo de prolepsis de conceptos asociados tanto a la transición democrática y los años noventa como al *anar de debò* provocado por la asunción de las políticas soberanistas y el derecho a decidir a partir de 2012)[198]; método prolépsico que, al anticipar en el pasado sucesos y desarrollos muy posteriores, provoca la ruptura de las secuencias cronológicas de la historia y permite crear crononimias y campos autorreferenciales acordes con las políticas de la memoria oficiales, potenciando el lenguaje metafórico y, en definitiva, el uso retórico de la historia en el discurso público[199].

Lo cierto es que, con un crecimiento vinculado a las coyunturas político-económicas y la crisis social finisecular, el famoso *Memorial de Greuges* presentado a Alfonso XII en 1885 marcó el inicio de la movilización de la burguesía más conservadora catalana (inquieta por el final de la boyante década de «fiebre del oro»). Desde la cultura, el catalanismo reunió a una pluralidad de colectivos cuyas estrategias se movieron entre las expectativas de futuro de un proyecto político y la conquista de las principales instituciones del academicismo local (la Academia de Buenas Letras o el Ateneo de Barcelona), dominadas por los más conspicuos representantes de la tradicionalista *escola conservadora* y los regionalistas liberales. Para el malogrado profesor Pere Anguera, estos últimos mantuvieron las líneas de complementariedad trazadas por las opiniones del publicista reusense Magín Pers y Ramona y las del ahora político sagastino, senador vitalicio y numerario de la Historia Víctor Balaguer, que vinculaban la *Renaixença* a la ideología liberal y la preocupación por *redreçar* («redirigir») desde Cataluña los rumbos políticos y culturales de España. Y, en plena ebullición del fenómeno renaixentista, fueron estas razones las que motivaron el interés de Francisco María Tubino, por *La historia del renacimiento literario contemporáneo en Cataluña, Baleares y Valencia* (1880). Desde su nacionalismo español, el republicano federalista, erudito prehistoriador e historiador del arte sevillano exaltó los valores intelectuales de la literatura catalana como muestra excepcional de

---

198 Balcells (2011); Riquer (2016).

199 Hobsbawm (2003), p. 273; Carreras Ares (2000) y (2016), pp. 239-277; Estrada (2004); Fradera (2006), pp. 208-228; Hernández Corchete (2010); Fernández Sebastián (2013); Peiró (2013a), pp. 275-281; Ucelay-Da Cal (2014), pp. 357-373; Palacios (2016), pp. 92-93.

la diversidad enriquecedora de la *cultura nacional española* (distinguiendo con claridad la unidad de las culturas de la uniformidad cultural). Andando el tiempo, el viaje oficial a Alemania realizado, en 1883, por el académico gaditano de la de Bellas Artes de San Fernando dirigido a gestionar la devolución los restos del Cid y doña Jimena que allí se encontraban son un ejemplo, entre muchos más, de la confraternización entre las elites culturales y el funcionamiento de la política de la negociación en la recuperación de la memoria nacional[200].

En todo caso, el futuro comenzó a llegar para el nacionalismo catalán con las *Bases de Manresa* de 1892 y la elevación a los altares por quien llegará a ser obispo de Vich Josep Torras i Bages (autor de *La tradició catalana*). Fortalecido con la crisis de 1898 («El pensamiento español ha muerto», escribió Joan Maragall, autor de la filial *Oda a Espanya*), tras los sucesos del *Cu-Cut* y *La Veu de Catalunya* de noviembre de 1905, alcanzó una primera fase de consolidación con el triunfo del movimiento de Solidaridad Catalana en las elecciones de julio de 1907 (que fue mucho más que la estrategia electoral calculada de la *Lliga regionalista* o de un político de la talla de Francesc Cambó). De todos modos, en enero de mismo año, en Madrid se había fundado la Junta para la Ampliación de Estudios como parte del programa de rearme institucional y científico del moderno nacionalismo español y, en mayo, se constituía en Barcelona el *Institut d'Estudis Catalans* con los propósitos igualmente ambiciosos de modernizar y lanzar el «període constituent de la cultura catalana contemporània»[201]. Creado gracias a la iniciativa de Enric Prat de la Riba, Josep Pijoan, Antoni Rubió y Josep Puig i Cadafalch, de manera inmediata numerosos intelectuales del resto de España saludaron la iniciativa (acompañada de la proclamación del ideal *noucentista* por parte de Eugeni d'Ors), como dos signos de vitalidad cultural. De parte catalana, el aprecio y el recelo se dieron cita en la respuesta del inventor de los *glosaris,* el joven intelectual catalanista que se convertiría pronto en el inspirador de la política cultural de Prat de la Riba, primer presidente de la Mancomunidad de Diputaciones catalanas[202].

Al margen de disidencias y conversiones paulinas individuales, pactismos autonómicos y transacciones entre los políticos de Madrid y Barcelona (en gran medida, como efecto del frente común que les

---

[200] Tubino (2003); Anguera (2003); Domingo (2008).

[201] Sánchez Ron (1988), pp. 255-264; Puig-Samper Mulero (2007); Balcells y Pujol (2002), pp. 13-302; Pujol (2003), pp. 53-108; Caballero Garrido y Azcuénaga Cavia (2010).

[202] Ucelay-Da Cal (2003), pp. 411-617.

suponía la presión creciente de los movimientos sociales y las resistencias culturales obreras), la perpetuación de esta actitud ambivalente no impedirá, de ninguna manera, los puntos de encuentro individuales y las interrelaciones culturales (tampoco, por supuesto, las rivalidades fronterizas, los resentimientos y actitudes de rechazo de uno y otro lado, incluidos los catalanes no catalanistas, como Víctor Balaguer, a quienes sin poderles negar sus contribuciones a las letras y la historia de Cataluña, pasaron a ser considerados «mediocres intelectuales», «medianías brillantes», porque «L'aigua que rajava de la font era poc pura, tèrbola i tot: pero satisfeia la set»). Después de todo, si es bien cierto que el nacionalismo catalán se revitalizó a través de la fundación, en 1922, de *Acció Catalana* (partido dirigido por pensadores e historiadores como Jaume Bofill i Mates, Lluís Nicolau d'Olwer, Ramon d'Abadal, Antoni Rovira i Virgili o Ferran Soldevila, que proporcionó un activismo militante y una beligerancia cultural que el catalanismo de la *Lliga* parecía haber perdido por sus pactos con Madrid, divulgando y socializando la imagen de Cataluña como una realidad histórica, un conjunto nacional representado en su lema «Catalunya endins»)[203]. Caben más dudas acerca de que el mandamiento político de la homogeneidad cultural nacionalista se hubiera impuesto por aquel entonces de manera hegemónica y dominante, eliminando el pluralismo de la catalanidad, rompiendo con la pertenencia a los círculos profesionales y la conexión armónica de los escritores, artistas o pensadores naturales de las provincias catalanas con la *cultura nacional española*.

En verdad, en los diálogos establecidos entre los protagonistas de la compleja vida cultural catalana y española desde 1907 en adelante, alcanzaron una posición relevante las nuevas promociones de universitarios, convertidos en el grupo más moderno y representativo del amplio espectro de los intelectuales (tras Madrid con el 10,24 por 100 y Zaragoza con el 10,19 por 100, Barcelona, con el 7,59 por 100, ocupaba el tercer lugar en el *ranking* de las provincias de nacimiento de los catedráticos universitarios del *Escalafón de 1925,* seguida de cerca por Valencia, Granada y Salamanca). En tal sentido, Vicente Cacho Viu resaltó en una obra póstuma el factor modernizador del nacionalismo catalán, recordando los múltiples lazos existentes entre la Institución Libre de Enseñanza y sus figuras más representativas (por ejemplo, la admiración mutua entre Francisco Giner y Joan Maragall), continuados con los estrechos contactos establecidos entre la

[203] La primera cita entrecomillada en Rovira i Virgili (2014), pp. 26 y 97; Casassas Ymbert (2004); Pujol (1995, 2003, 2004); Simon i Tarrés (2003, 2009, 2011).

Junta para la Ampliación de Estudios y el Institut d'Estudis Catalans. En su opinión, «los jovencísimos intelectuales catalanes se consideraban *els capdavanters d'Espanya* en la lucha por su modernización, para la que ofrecían una *altra manera de pensar* abierta a cuantas nuevas corrientes fueron descubriendo en sus viajes de estudios. Este convencimiento, lejos de enfrentarles con sus coetáneos madrileños, que abrigaban análogos propósitos, sirvió de plataforma para establecer una serie de relaciones intergeneracionales que hicieron menudear los viajes a la capital»[204]. Desde entonces, una larga lista de historiadores han estudiado la tupida trama de redes profesionales, interpenetraciones y metamorfosis, proyectos empresariales, culturales y políticos (*Per l'Espanya Gran* o la conquista del Estado)[205].

Por su parte, Ricardo García Cárcel ha señalado en su relato de las memorias históricas de España cómo el golpe de Estado de Primo de Rivera que suprimió la Mancomunidad prohibió la bandera o el uso público del catalán; tuvo, en cambio, la virtud de incentivar la solidaridad mutua entre los intelectuales catalanes y los del resto del Estado[206]. Y así, mientras Valle-Inclán se identificaba con la Cataluña obrera y anarquista, en marzo de 1924 más de un centenar de intelectuales «castellanos» firmaron un Manifiesto a favor de la lengua catalana (Azorín, Ramón Menéndez Pidal, Manuel Azaña, José Ortega y Gasset, Claudio Sánchez Albornoz, Concha Espina, Ramón Gómez de la Serna o Federico García Lorca). En la industria del libro, las relaciones eran estrechas desde la celebración, en junio de 1909, de la primera Asamblea de Editores y Libreros Españoles en el Ateneo de Barcelona de la calle Canuda. Como ya se ha indicado, en 1925 se produjo la fusión de la empresa Espasa Hermanos con la editorial Calpe (la empresa de Nicolás María de Urgoiti que contaba con la participación del editor catalán José Gallach Torras y en cuyo Consejo de Administración figuraba como vocal José Ortega y Gasset). Y a finales de 1930, las Cámaras Oficiales del Libro de Madrid y Barcelona acordaron editar conjuntamente el *Catálogo General de la Librería Española e Hispanoamericana, años 1901-1930* (el primer volumen apareció en 1932).

En esta línea, Román Gubern en *Proyector de Luna. La Generación del 27 y el cine* y Marta García Carrión en sus estudios sobre la cultura cinematográfica y el nacionalismo español (con sus pautas de

---

[204] Cacho Viu (1998), p. 190.

[205] Ucelay-Da Cal (2003), pp. 672-763; Carnero (2005); Gracia (2014); Fuentes Codera (2014b).

[206] García Cárcel (2011).

homogeneización a través del castellano y representación de la diversidad), han recordado que, entre 1906 y 1923, Barcelona era el centro de producción y distribución más importante de España, y la ciudad tenía una destacada densidad de salas dedicadas a la exhibición de películas (sólo superada por Nueva York y París e igualada con Berlín)[207]. En la capital catalana se editaban las dos revistas decanas de la prensa cinematográfica (*Arte y cinematografía,* órgano predilecto del comercio y de la industria del sector y *El cine,* semanario en el que se dio a conocer el crítico madrileño y pionero historiador del cine Luis Gómez Mesa) y, también, *Popular film* (1926-1937), publicación de gran tirada que contó con una amplia nómina de escritores y mantuvo una constante preocupación por el cine español (destacando la serie de entrevistas que, con el título de «La generación del cine y los deportes», llevó a cabo Gómez Mesa, en 1929, a Ernesto Giménez Caballero, Luis Buñuel, César Arconada, Fernando Vela, Benjamín Jarnés, Miguel Pérez Ferrero, Francisco Ayala, Antonio Espina y Samuel Ros). Poco más tarde, en marzo de 1930, alguno de los citados formaron parte de la amplia representación de intelectuales españoles residentes en Madrid que fueron homenajeados en el Ateneo de Barcelona, el *Institut d'Estudis Catalans* y la Diputación, «donde su presidente, Joan Maluquer, les recordó que de allí, de aquel palacio, había emanado el conflicto con Olivares». El 17 de abril de 1931 fue proclamada la *Generalitat*. Entre el 29 de septiembre y el 12 de octubre, se celebró el Congreso Hispanoamericano de Cinematografía (las sesiones preparatorias se realizaron en Barcelona y el resto del encuentro en Madrid, contando con la presencia de delegaciones de 13 países de América del Sur). Y el 9 de diciembre se promulgó la nueva Constitución republicana que reconocía la existencia de una España plurinacional.

Pensionado por la JAE en Alemania y doctor en Historia por la Universidad de Madrid con la tesis *El problema de la cerámica ibérica,* Pere Bosch Gimpera dirigió, desde 1915, el Servicio de Investigaciones Arqueológicas del IEC y obtuvo, por oposición, la cátedra de Historia Universal, Antigua y Media de la Universidad de Barcelona (1916). En los siguientes años, fue uno de los principales representantes de la *Generació del 17,* pero, sobre todo, se convirtió en el prehistoriador catalán más destacado dentro de la corporación de historiadores españoles (en 1932, publicó su obra maestra *Etnología de la Península Ibérica*)[208]. A fin de cuentas, la modernización y euro-

[207] Gubern (1999); García Carrión (2013, 2014).
[208] Bosch-Gimpera (2003); Cortadella (2003); Gracia Alonso (2011), pp. 101-239.

peización del conocimiento científico había desencadenado los procesos de normalización disciplinar y la formación de comunidades profesionales en el marco establecido por la nueva academia universitaria. Y eso significó, entre otras muchas cuestiones, el compromiso de distanciamiento de los profesionales con el objeto de sus investigaciones, la puesta en valor de la circulación de las ideas, la internacionalización de la cultura histórica y la complejidad de las amistades entre intelectuales como garantía de su duración.

Para entonces, los lectores catalanes se habían hecho eco de las polémicas entre los elitistas *Xènius* (D'Ors) y *Xarau* (Rusiñol) que representaban a nivel local el debate nacional entre los intelectuales germanófilos frente a los aliadófilos[209]. El inquieto arquitecto e historiador del arte Josep Pijoan se convertía en el hombre clave en la fundación de la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma (1911-1913); viajaba por las universidades del mundo y, entre otras muchas actividades, diseñaba la colección *Summa Artis*[210]. Y mientras el divismo intelectual del cada vez más español Eugenio d'Ors encontraba en Madrid periódicos y editores para sus *glosas* (al tiempo que las derivas de su pensamiento siempre autoritario lo llevaban desde la disidencia catalanista hacia un acercamiento, efímero, al sindicalismo)[211], en Barcelona, Pere Bosch Gimpera transmitió los principios básicos de la profesionalización histórica a sus discípulos de la Facultad de Filosofía y Letras y, en especial, a quien la posteridad ha convertido en el historiador más famoso de la historiografía española del siglo XX: Jaume Vicens Vives (por lo demás, el más firme representante del *redreç* catalán en la segunda década del franquismo).

En los años treinta, el joven historiador gerundense, debelador de las mitologías de la historiografía romántica catalanista (polemizó con Antoni Rovira i Virgili y reseñó críticamente la *Història de Catalunya* que acababa de publicar Ferran Soldevila), no dudó en enviar un ejemplar dedicado de su tesis doctoral, *Ferran II i la Ciutat de Barcelona, 1479-1516* (la primera que se defendió en catalán, el 22 de febrero de 1936), al «primer ciudadano de la nación», el presidente de la República Manuel Azaña (al considerar la lectura de su investigación doctoral, «hija directa de su política y de la comprensión que V. E. tuvo de los problemas catalanes»). Tampoco tuvo dudas para permanecer al lado del rector de la Autónoma durante la Guerra

---

[209] Fuentes Codera (2009); Peiró (2015), pp. 108-115.

[210] Espadas Burgos (2000), pp. 43-89; Pijoan y Maragall (2014), pp. 77-144; Bassegoda (2016), pp. 214-217.

[211] Mainer (2010b).

Civil Española[212]. Fueron 36 meses durante los cuales la violenta intolerancia de una parte del nacionalismo español implosionó el multiverso de la *cultura nacional española* creado a lo largo del siglo del liberalismo (y, con ella, se apagaron las estrellas individuales y sucumbieron los universos de los pueblos de España, con sus constelaciones catalanistas, vasquistas, galleguistas y las de los diferentes nacionalismos surgidos en el resto de las regiones).

Los tónicos de la voluntad: la resurrección de España por la ciencia

Tal vez nada ilustra mejor que la historia de las ciencias entre 1875 y 1914 el dominio ejercido por las Bellas Letras dentro del modelo cultural establecido por el liberalismo académico y, a la vez, la crisis de identidad que se expandió por el planeta de los científicos españoles durante los años que siguieron al *Desastre*. En ese sentido, parecía muy acertada la afirmación de Juan Valera de 1882 cuando, en su análisis del movimiento intelectual de la España decimonónica, escribió: «Casi todos los que se distinguen en la política, en la administración ó en cualquiera otra ciencia ó disciplina, empiezan por poetas, ó escriben versos con más ó menos acierto, inspiración y fortuna»[213]. Veintisiete años después, una opinión similar, pero acentuada por la experiencia de la derrota, la transmitía uno de los protagonistas más activos de la vida de la ciencia española de finales de siglo, el compostelano José Rodríguez Carracido, al proclamar ante el pleno de la Academia que «nuestra derrota era inevitable, por ser los Estados Unidos el pueblo de la Física y la Química, y España el de la Retórica y la Poética». Y, en aquel ambiente cargado de ideas reformistas, parecía que el tiempo de la experiencia le otorgaba toda la razón, pues el catedrático de Química Biológica de la Facultad de Farmacia de la Central, además de presidente casi perpetuo de la Sección de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales del Ateneo de Madrid (desde 1893-1894), era académico de la Real de Ciencias (1888), numerario en la Academia Nacional de Medicina (sillón 46, desde el 4 de febrero de 1906) y acababa de tomar posesión del sillón Z de la Española con el discurso dedicado al *Valor de la literatura científica hispano-americana,* leído el 14 de junio de 1908.

---

[212] Marín Gelabert (2010a, 2010b); Navarra Ordoño (2014), pp. lx-lvii; Ruiz Torres (2015), pp. 47-52; Gracia Alonso (2015), pp. 215-243.

[213] Valera (1882), p. 417 y (2004).

Es decir, la trayectoria de José Rodríguez Carracido era la típica de un «científico puro» de la era de los descubridores; un sabio decimonónico cuya curiosidad sin límites y voluntad de saber lo llevó a destacar en el estudio de alguno de los campos de la ciencia y de las técnicas sin dejar de cultivar, de manera coincidente, el gusto por las temáticas más variadas y los géneros literarios hegemónicos en la alta cultura académica restauracionista. Personalidad proteica, pionero bioquímico, novelista y dramaturgo, historiador, periodista, conferenciante o senador, según decía una de las necrologías recuperadas por José Manuel Sánchez Ron en *Cincel, martillo y piedra. Historia de la ciencia en España (siglos XIX y XX),* «Carracido fue un artista porque ejercitó desde la crítica musical hasta la escultórica; conoció como pocos los monumentos españoles, los cuadros célebres de todos los pintores europeos y supo enlazar científicamente todas las Bellas Artes»[214]. En todo caso, por encima de otros ilustres compañeros de corporación como Juan Vilanova y Piera, Marcos Jiménez de la Espada, Eduardo Saavedra y Moragas, Ricardo Becerro de Bengoa, la figura decimonónica del científico polifacético triunfador en el mundo de la República de las Letras y la política española la representaba el ministro de Fomento y Hacienda, presidente de la Real Academia de Ciencias, del Ateneo de Madrid y Premio Nobel de Literatura, José Echegaray.

Echegaray fue el dramaturgo más aplaudido de su tiempo y, en reacción a la repulsa de unos cuantos jóvenes escritores, recibió un gran homenaje nacional en tres actos: el primero, el 19 de marzo de 1905, a las tres de la tarde, tuvo lugar en el Senado donde, en presencia del rey Alfonso XIII, el embajador de Suecia le entregó el título y la medalla del Premio Nobel. Al día siguiente, se convocó una gran manifestación popular que comenzó en el Palacio de Oriente y recorrió las principales calles de Madrid hasta llegar al Palacio de Museos y Bibliotecas. En aquel bastión de la cultura española, subido en la escalinata y flanqueado por las estatuas de san Isidoro y Alfonso X el Sabio, Antonio Nebrija, Luis Vives, Lope de Vega y Cervantes, se sucedieron durante varias horas los desfiles de numerosas representaciones de las diversas corporaciones de la cultura y gremios del mundo del trabajo. Por la noche, el multitudinario homenaje de la nación culminó con un acto en el Ateneo de Madrid[215]. Político y académico de largo recorrido, el 11 de marzo de 1866, Echegaray había tomado posesión de la medalla número 6 de la de Ciencias con el discurso *De*

---

[214] Sánchez Ron (1988), pp. 2-3, (1999), pp. 122 y 175 y (2013), pp. 558-559.
[215] Sánchez Ron (2016a), pp. 101-102 y (2016b), pp. lxviii-lxix.

las matemáticas puras en España que, según él mismo recordaría treinta y seis años después, provocó el reinicio de la polémica de la *ciencia española*, al decir «sin remordimiento y sin temor: *la ciencia matemática, nada nos debe: no es nuestra; no hay en ella nombre alguno que labios castellanos puedan pronunciar sin esfuerzo*»)[216]. Un mes más tarde, murió el Teniente general e ingeniero de los Ejércitos, Antonio Remón Zarco del Valle, académico fundador y primer presidente de la corporación creada el 25 de febrero de 1847 (compartiendo Real Decreto con los que anunciaban la reorganización de Real Academia Española y de la Historia)[217].

Sin ningún tipo de divergencias con las otras cinco grandes corporaciones académicas, las aportaciones de la institución de las Ciencias a la construcción de la *cultura nacional española* (además de alentar la creación de la Facultad de Filosofía y Letras y la de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales como facultades mayores, perfectamente diferenciadas entre sí y separadas del bachillerato, sancionado por la Ley Moyano de 1857) se centraron en el desarrollo de aquellas ciencias, caso de la geología, la geografía, las ciencias naturales, la antropología o la medicina, que conectaban sus saberes con la articulación territorial de España, con las necesidades administrativas y militares del Estado de la Restauración, con la presencia diplomática en el concierto internacional y con el desarrollo de las condiciones de vida de las clases sociales. En ese sentido, resulta significativo que el núcleo fundamental de los numerarios de la de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales decimonónicos lo constituyeran los militares y los ingenieros.

Entre los primeros, además de las conexiones internacionales que para la Academia significaron las misiones diplomáticas en el extranjero de Antonio Remón Zarco del Valle (reflejadas en las *Memorias* y en la *Revista de los Progresos de las Ciencias Exactas, Físicas y Naturales*), alcanzó gran relevancia la carrera del titular de la medalla número 20 Carlos Ibáñez de Ibero cuyo discurso de ingreso fue sobre *El origen y progresos de los instrumentos de Astronomía y Geodesia* (1863). General del Cuerpo de Ingenieros, primer director del Instituto Geográfico y Estadístico (nombrado en septiembre de 1870 por José de Echegaray, por entonces, ministro de Fomento, inició el Mapa Topográfico Nacional), el prestigio mundial que le proporcionó la invención de la «regla española» para medir bases geo-

---

[216] Echegaray (1866), p. 28, citado por Sánchez Ron (2016a), pp. 45 y 279; Echegaray (2016), pp. 458-461; García Camarero (2012), pp. 52-53 y 88-97.

[217] *Gaceta de Madrid* (1847).

désicas lo llevó, entre otros cargos, a la presidencia de la Comisión Internacional de Pesas y Medidas creada en París en 1875[218].

En esa última fecha, estaba terminando la carrera en la Escuela de Ingenieros de Caminos de Madrid Leonardo Torres Quevedo, quien, pasados los años, fue miembro de la citada comisión parisina. Numerario de la de Ciencias desde mayo de 1901 con el discurso *Máquinas algebraicas,* el inventor cántabro reunió en su trabajo el papel otorgado por los ingenieros a la matemática como llave teórica de su formación profesional (no se pueden olvidar las aportaciones, entre otros, de Félix Alonso Misol, Rafael Álvarez Sereix, Augusto Krahe, Eduardo Saavedra, Gumersindo de Vicuña o Juan Manuel de Zafra al desarrollo disciplinar de las matemáticas durante el XIX) y sus relaciones con el mundo real a través de los inventos y los instrumentos tecnológicos (desde los transbordadores a las máquinas algebraicas y autómatas, la aeronáutica y los dirigibles). Reconocidas su aportaciones a nivel internacional, Torres Quevedo representa uno más de la limitada promoción de científicos pioneros, personalidades individuales de entresiglos que, desde la primera década de 1900 hasta su muerte en diciembre de 1936, promoverá la regeneración y reforma de la ciencia como un aporte fundamental para la construcción de la cultura española (vocal de la Junta para la Ampliación de Estudios, dirigió los Laboratorios de Mecánica Aplicada y el de Autómatica, siendo el promotor de la Asociación de Laboratorios para el fomento de las investigaciones científicas y los estudios experimentales, creada en 1911)[219].

Por otra parte, tratándose de una de las profesiones liberales con mayor desarrollo corporativo vinculado a la expansión del mercado y la creación de la red nacional de ferrocarriles, entre los ingenieros de la Restauración destaca la proyección pública del canovista Eduardo Saavedra y Moragas que, en 1869, ocupó la medalla académica número 6 (tras pasar Echegaray a la número 15). Desde su cargo de ingeniero jefe de los Ferrocarriles del Norte, el polifacético Saavedra ejemplifica a la «aristocracia intelectual del modelo académico»: técnico especialista en resistencia de materiales y teórico de los puentes colgados, matemático y arquitecto, sus trabajos de campo de las líneas férreas estimularon, además, su gusto por las antigüedades nacionales (académico de la Historia en 1862, arabista, descubridor de Numancia, fundador de la Academia de Arqueología y Numismática, se le consideró uno de los primeros arqueólogos-prehistoriadores de España). A su lado, la vinculación entre la cultura política conserva-

[218] López-Ocón (2006), pp. 330-331; García Camarero (2012), p. 62.
[219] Sánchez Ron (1999), pp. 153-157 y 161-170.

dora y los conocimientos paleontológicos y prehistóricos dirigidos a seguir los rastros dejados por «las razas aborígenes de la península Ibérica» estuvieron representados en la de Ciencias por el catedrático valenciano de Geología y Paleontología de la Central Juan Vilanova y Piera (titular de la medalla 2, desde 1875).

A fin de cuentas, como expresó el 29 de junio de 1889 en su discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia, *Historia de nuestro planeta: Protohistoria* (contestado por Cánovas del Castillo), los numerarios de una y otra institución debían colaborar estrechamente con objeto de confirmar «científicamente» los orígenes étnicos de la nación española y demostrar que los iberos fueron el primer pueblo español que inició el proceso de la unificación[220], y ello, ante la contienda intelectual abierta por el tema de los orígenes de los vascos y las relaciones entre las lenguas y las culturas de los primitivos pobladores de la Península. Aliados con los geólogos que les proporcionaron las bases técnicas para el conocimiento de los estratos y los geógrafos que asentaron los conocimientos del solar español, el trabajo de los paleontólogos-prehistoriadores extendía la dimensión del pasado a investigar aquellos tiempos y problemas que podían entrar en conflicto con el *Génesis*. Y estaba claro que, en un país sin pluralismo religioso, los límites de ciencia lo establecían las jerarquías eclesiásticas. En ese rango, la propuesta política de Cánovas de dar a conocer «los principios genuinamente históricos de la nación española» siempre quedó subordinada a las creencias religiosas y las alertas ante «miedo al mono», extendido por la introducción de las doctrinas evolucionistas y las noticias sobre el hombre fósil (cuestión que reactivaría, una vez más, el tema de la ciencia española y puso en marcha el Decreto y la Circular de Orovio de 26 de febrero de 1875 que iniciaba la segunda cuestión universitaria con la separación de los catedráticos krausistas Augusto González Linares, Laureano Calderón, Francisco Giner de los Ríos, Nicolás Salmerón o Gumersindo de Azcárate).

En cualquier caso, a principios de 1871, el católico Juan Vilanova había participado en la fundación de la Sociedad Española de Historia Natural, creada con el interés de desarrollar los conocimientos de la fauna y la flora españolas y ultramarinas. Presidida por el botánico Miguel Colmeiro, entre sus impulsores académicos y primeros socios se encontraba el antropólogo Pedro González de Velasco, los entomólogos Laureano Pérez Arcas e Ignacio Bolívar, los geólogos Salvador y Laureano Calderón, José Macpherson o Antonio Machado y Núñez, el ingeniero de minas Lucas Mallada, el zoólogo Augus-

[220] Vilanova (1889).

to González Linares y los naturalistas y exploradores de la América Meridional Francisco Martínez Sáez y Marcos Jiménez de la Espada (formó parte de la Comisión Científica del Pacífico que viajó, entre 1862-1865, por América del Sur para recoger materiales con destino al Museo de Ciencias Naturales y el Jardín Botánico de Madrid y compaginó sus trabajos naturalistas con el cultivo de la bibliofilia y la historiografía americanista)[221]. Desde muy pronto, las sesiones de la sociedad y los *Anales de la Sociedad Española de Historia Natural* se hicieron eco de las polémicas suscitadas por la recepción en España de la teoría darwinista (uno de sus primeros defensores fue el catedrático de Historia Natural de la Universidad de Sevilla y folclorista, Antonio Machado y Núñez), el positivismo spenceriano o la autenticidad de las pinturas rupestres de la cueva de Altamira, descubiertas por Marcelino Sanz de Sautuola y reconocidas por Vilanova y Piera (1882). Con el nuevo siglo, el geólogo y académico Eduardo Hernández Pacheco y el geógrafo institucionista Juan Dantín Cereceda se encargaron de llenar de contenidos científicos las nociones del solar español (de la «Península» y la «meseta» central, por ejemplo)[222].

Por lo demás, los miembros de la Academia de Ciencias ocuparon un lugar destacado, junto a los de la Historia y los militares, en la fundación de la Sociedad Geográfica de Madrid (1876). Creada con un interés político muy pronunciado (Cánovas fue uno de sus principales promotores), la nueva sociedad no sólo era un centro para el debate académico, sino la entidad encargada de propulsar los estudios prácticos del territorio nacional y las exploraciones que preparasen el camino para una futura acción colonial. Estudiadas por Lily Litvak en *El ajedrez de las estrellas. Crónica de viajeros españoles del siglo XIX por países exóticos (1800-1913),* en el verano de 1871, se realizó la expedición científica a Oriente a bordo de la fragata *Arapiles* con una comisión dirigida por el arqueólogo Juan de Dios de la Rada, el diplomático y traductor Jorge Zamitt y el arquitecto Ricardo Velázquez Bosco (autor, entre otros edificios, de la Escuela Técnica Superior de Ingenieros de Minas de Madrid y el Ministerio de Fomento). En los primeros días de 1878, el capitán de navío de la Armada y futuro académico Cesáreo Fernández Duro mandó la delegación que, a bordo del *Blasco de Garay,* reconoció el litoral del Sudoeste marroquí y confirmó la situación de Santa Cruz de la Mar Pequeña en la ensenada de Ifni. Y, en 1885, embarcados en la fragata *Blanca,* a las órdenes del catedrático de Historia Natural de Santiago Augusto González Linares, una comisión

[221] Chaumeil (2005); Martínez y Verde Casanova (2005); López Ocón (2005).
[222] Mainer (2010a), p. 65.

científica, compuesta por el ingeniero Erice y el naturalista aragonés Odón de Buen, recorrió en dos etapas el norte de Europa y de África[223].

El krausista, demócrata republicano, librepensador y defensor de la evolución, Odón de Buen, cuyo paso por la cátedra de Mineralogía y Botánica de Barcelona (1889) marcó una revolución en la docencia universitaria a favor de la enseñanza experimental y con sus enseñanzas despertó la reacción airada de los sectores más conservadores catalanes, se convirtió en otro de los descubridores, «eximios españoles», que aportó la reducida y heterogénea academia de científicos españoles a la ciencia internacional en el Fin-de-Siglo. Iniciador de la investigación oceanográfica, sus contribuciones más sobresalientes al proceso de profesionalización novecentista de las ciencias del mar se plasmaron en la inauguración del Laboratorio Biológico Marino de Porto Pi en Mallorca (1906) y la fundación, en 1913, del Instituto Español de Oceanografía. De igual modo, compartió la nueva estética nacional participando del clima de opinión intelectual a favor del *paisaje español* a través de varias iniciativas parlamentarias dirigidas a la conservación de los monumentos naturales de España y la creación de parques nacionales. Senador por la provincia de Barcelona (1907-1908) y catedrático, por traslado, en la Facultad de Ciencias de la Central (1911), escribió las impresiones de su gran viaje de juventud en *De Kristiania a Kuggurt* (1887) y dejó el testimonio de su vida en *Mis memorias,* redactadas en 1941 en el exilio. En sus páginas, además de narrar sus itinerarios oceánicos y su actividad docente, de resumir sus pensamientos científicos, sus ideales cívicos republicanos y su patriotismo español, transmitió el sentimiento amargo de la Guerra Civil que truncó el porvenir de su vida[224].

El 17 de octubre de 1934, había muerto Santiago Ramón y Cajal, evitándole el dolor de asistir a las atrocidades de una guerra entre españoles y a la destrucción de sus dos grandes obras: la práctica desaparición de la «escuela de histología española» y la supresión de la Junta para la Ampliación de Estudios. Hijo del tiempo académico de la Restauración, cafetista y tertuliano en el Madrid de su época, el currículo investigador de Ramón y Cajal ilustra acerca de los pasos seguidos por un pequeño grupo de materias científicas cuya institucionalización comenzó a desarrollarse en las facultades universitarias de Ciencias, de Farmacia o de Medicina a finales del XIX. Las líneas avanzadas por unos pocos catedráticos («ilustres iniciadores científicos») establecieron las estrategias y esbozaron los pla-

[223] Litvak (1987), pp. 189-191.
[224] Buen (2008); Cortés Arrese (2006), pp. 61-64.

nes que, en el inmediato futuro del novecientos, impulsaron los procesos disciplinares dentro de las ciencias naturales en el contexto emancipador de las diferentes comunidades profesionales (junto a los ejemplos de José Rodríguez Carracido y la química, Odón de Buen y la oceanografía, mencionaré al catedrático de Matemáticas de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Zaragoza, Zoel García de Galdeano, fundador en 1891 de *El Progreso Matemático,* primera revista que introdujo a los matemáticos en las vías de la profesionalización y la modernidad internacional, continuada por Julio Rey Pastor; y, entre unos cuantos más, la figura del naturalista madrileño Ignacio Bolívar Urrutia, director del Museo de Ciencias Naturales y decano de la Facultad de Ciencias de Madrid, que, con ochenta y cuatro años, será el último presidente de la JAE, nombrado el 7 de junio de 1935)[225].

Tras sufrir la experiencia de la Guerra de Cuba (1874-1875), Ramón y Cajal realizó la tesis doctoral en Madrid bajo la dirección del granadino Aureliano Maestre de San Juan, primer catedrático de Histología Normal y Patología de la Facultad de Medicina de la Central (asignatura creada en 1873), a quien sucedió en la cátedra en 1888 (después de pasar por las universidades de Valencia y Barcelona). Consagrado «a la religión del laboratorio», ese año conoció, a través del neurólogo Luis Simarro, los métodos de tinción de sales de plata del italiano Camilo Golgi (con el que compartió el Premio Nobel) y rompió el paradigma de la ciencia normal sobre el cerebro al desarrollar la teoría neuronal en la estructura íntima del sistema nervioso mediante el moderno método científico (en la actualidad, su tratado *Textura del sistema nervioso del hombre y de los vertebrados* de 1899 se sigue recomendando en las universidades norteamericanas). Pero no sólo eso. El catedrático oscense fue uno de los primeros en comprender la importancia que tenía para la normalización disciplinar de la biología el «magisterio del investigador», la formación de discípulos y la creación de una escuela de especialistas. En este sentido, fue el maestro venerado, entre otros, del internacional Nicolás Achúcarro, Guillermo de la Rosa, Lorenzo Ruiz de Arcaute, Joaquín Alonso, Francisco Tello (creador de la teoría de la regeneración nerviosa) y, en menor medida, de Pío del Río Hortega (desarrolló a nivel mundial la primera clasificación de tumores cerebrales)[226].

---

[225] Ausejo (1993), pp. 99-134; Sánchez Ron (1999), pp. 96-99; Gomis Blanco (2007), p. 69; Pelayo (2016).

[226] López Piñero (2014), pp. 355-386; Peset (2007); Otero Carvajal (2006), pp. 66-67; López Sánchez (2016), pp. 43-63.

En paralelo, sintiéndose partícipe del ambiente moral creado por la *intelligentsia* krauso-institucionista, Santiago Ramón y Cajal fue un avanzado de la dignidad del intelectual-universitario que se integró en la obra de la regeneración de España, primero, presentando públicamente una alternativa de organización de la ciencia y, una vez superado 1900, al ponerse al frente de la JAE, el principal proyecto de modernización y europeización de la ciencia española. En ese orden, además de los cursos que desde 1896 impartió en la Escuela de Estudios Superiores del Ateneo (verdadero centro de presión para la transformación de los planes de las enseñanzas universitarias), el 5 de diciembre de 1897, tomó posesión de la medalla 17 de la Academia de Ciencias Exactas con el discurso *Fundamentos racionales y condiciones técnicas de la investigación biológica,* en el que, retomando la discusión de la ciencia española, señalaba, primero, las causas del atraso nacional y explicaba los remedios mediante la descripción de *los tónicos de la voluntad* de la «Ciencia» moderna (la disciplina, el trabajo en equipo y la comunidad científica frente a las enfermedades del obsoleto academicismo representado, tanto por los hombres geniales, la «aristocracia del espíritu», como por la amplia tipología de los «ilustres fracasados», *diletantes o contempladores, eruditos o bibliófilos, órganofilos, megalófilos, descentrados y teorizantes,* «indolentes de la ciencia que hablan de todo, malogrando y derrochando facultades exquisitas»)[227]. Y proponía, al final, una política científica de Estado basada en la transformación de la universidad y la formación de pensionados en el extranjero. «Europa = ciencia», sentenció Ortega y Gasset en 1908 (y repitió, al año siguiente, «Europa, señores, es ciencia antes que nada»)[228].

Con la mirada puesta en los procesos de institucionalización de las ciencias naturales que, entre 1880 y 1990, se estaban sucediendo en los principales países de Europa y América (Alemania, Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos), los científicos españoles que creían cada vez más en el poder de la ciencia pusieron sus ideas al servicio de la «resurrección de la nación» y las llevaron a la práctica apoyando la fundación, en 1907, de la *Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas,* presidida por Santiago Ramón y Cajal, el «científico más distinguido de la historia de la ciencia española» (Premio Nobel de Medicina en 1906, Medalla de Oro Helmboltz de la Real Academia de Ciencias de Berlín en 1905, Premio Moscú en 1900 o Premio Fauvelle de la Societé de Biologie de París en 1896) y actuando de secretario el reformador institucionista José de Casti-

[227] Ramón y Cajal (2005), pp. 87 y 89.

[228] Ortega y Gasset (^{6}2012), p. 186 y (1983), p. 118, citado por Zapatero (2007), p. 23.

llejo. En su marco se creó, en 1910, el Instituto de Ciencias Físico-Naturales dando cabida, entre otros, al Laboratorio de Investigaciones Físicas (dirigido por el físico internacional Blas Cabrera), a la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas (con el carlista marqués de Cerralbo, el conde de la Vega de Sella y Eduardo Hernández Pacheco) y a dos laboratorios creados por iniciativa directa de Cajal, el de Histología e Histopatología del Sistema Nervioso (dirigido por Achúcarro y Pío del Río Hortega, en el que se formó Severo Ochoa) y el de Fisiología General que fue dirigido por Juan Negrín. Casi en paralelo, la nueva comunidad científica aprovechó el marco de las fiestas zaragozanas del Centenario de la Guerra de la Independencia de 1908, para celebrar el primer congreso fundacional de la *Asociación Española para el Progreso de las Ciencias* (Luis Simarro, catedrático de Psicología Experimental de Madrid, fue el *alma mater* de la reunión y Segismundo Moret, el primer presidente de una agrupación que proclamaba el fomento de la educación científica)[229].

En las tres décadas siguientes, las ciencias naturales españolas desarrollaron sus procesos de institucionalización y especialización profesional, aumentando el abismo que las separaba de las humanidades y las ciencias sociales. Sin embargo, las nuevas promociones de científicos siguieron compartiendo con sus colegas historiadores, filólogos, economistas o literatos el «común sentir» por la *cultura nacional española*. Casi al final, la coda a la querella tradicional entre las letras y las ciencias nacionales la puso Santiago Ramón y Cajal en su último balance sobre el trabajo realizado por los científicos. En una carta dirigida al vizconde de Eza unos meses antes de morir, el presidente vitalicio de la JAE escribió, sin pensar que estaba adelantando el bello epitafio para la tumba de la ciencia española liberal:

> Llevamos más de treinta años de preparación y de ensayos preliminares. Ha pasado ya la fase heroica o de los autodidactivos solitarios que […] trabajan en laboratorios o indotados y sin bibliografía de primera mano. Aquella desproporción bochornosa que existía entre la producción artística y literaria, y la de las ciencias físico-naturales se va atenuando día a día […]. Las facilidades que en la hora actual halla en España el aficionado a la investigación para orientar sus esfuerzos, son obra de los gobiernos que han dotado a las Universidades y demás centros docentes de medios materiales, y sobre todo la activa Junta de Ampliación de Estudios[230].

---

[229] Actas (1908); Ausejo (1993), pp. 1-28; Fernández Escudero (2015), pp. 334-373.
[230] Carta borrador de Santiago Ramón y Cajal citada por López Sánchez (2016), p. 51.

El hundimiento de la nación liberal: los reformadores de España

Entre 1900 y 1914, las ideas de Ramón y Cajal, de Pedro Dorado Montero, de Miguel de Unamuno, Rafael Altamira, Eduardo Ibarra y Ramón Menéndez Pidal, de los regeneracionistas Macías Picavea y Joaquín Costa (que, en *Reconstitución y europeización de España,* clamaba por «una docena de docena» de becarios en Europa) o de los corresponsales europeos de la prensa moderna (desde Ramiro de Maeztu a Corpus Barga), se habían generalizado[231]. La *voluntad de hacer* de los nuevos intelectuales (los verdaderos y los que se acogían a la moda del término) los puso de acuerdo con el catedrático de Filosofía del Derecho de la Central, Francisco Giner de los Ríos, en que el porvenir de la nación estaba unido al esfuerzo pedagógico de educar al *pueblo,* mediante una profunda renovación de la política institucional y el fomento de los viajes de formación en el extranjero. Y mostraron su convencimiento, también, una serie de políticos liberales (el marqués de la Vega de Armijo, Segismundo Moret, el conde de Romanones, Amalio Gimeno, etc.) que, tras aceptar las propuestas de los institucionistas y los científicos, decidieron fundar en 1907 la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas. En las tres décadas siguientes, junto a la universidad embarcada en el movimiento de «redención de los paraninfos», el instituto investigador representó la transformación de la *cultura nacional española* en su versión más plural de los valores político-culturales del liberalismo moderado y progresista (con algunas opciones personales situadas en su ala izquierda y, más adelante, en difusas formas del socialismo de cátedra) pero, fundamentalmente, modernizador, reformista y universitario (monárquico y republicano, católico social o laico).

Como ya se ha dicho, la *cultura nacional española* de la Restauración (construida sobre el modelo institucional académico y representada por las más diversas manifestaciones artísticas, literarias, históricas o científicas) fue una construcción de las diferentes culturas políticas del liberalismo, lo cual implica, por definición, que gozó de un tiempo histórico y tuvo, por así decirlo, una validez transitoria. En realidad, aquellos «años bobos» no lo fueron tanto y sus realizaciones facilitaron las transformaciones que estaba siguiendo el pensamiento con el cambio de siglo. Consolidada de manera incontestable a lo largo del XIX, otra cosa bien diferente a la debilidad y el fracaso que le han supuesto algunos historiadores fue la aparición en las pri-

[231] Juliá (2012).

meras décadas del XX de grietas en el viejo edificio de su memoria histórica colectiva, que cambiaran las estrategias políticas de la conmemoración y de la fiesta, se agotaran los lenguajes narrativos y del simbolismo público anterior y aparecieran otros nuevos (el 14 de abril, el 11 de febrero o la fiesta del 12 de octubre)[232]; también que se perdiera la adecuación necesaria entre las tendencias del Estado liberal hacia la nación y las producciones artístico-intelectuales, y finalizara, en última instancia, el intento de unificar los distintos elementos que la componían. Una vez roto el consenso político-cultural, las tensiones internas y reivindicaciones en conflicto hicieron que siguieran su curso independiente otras culturas políticas gestadas por la crisis del Estado liberal y las críticas de sus contemporáneos al concepto de una nación que, además, había perdido los últimos restos de su imperio. Pero ¿hubo algún Estado nacional o algún campo de la cultura en la Europa del momento donde no ocurriera esto?[233].

Lo más que puede afirmarse es que la *cultura nacional española* presentó a lo largo del ochocientos unos rasgos específicos respecto a las generadas por las otras *culturas nacionales europeas* y que estos se acentuaron en las primeras décadas del siglo XX. En este sentido, el cambio más evidente e inmediato se produjo a partir de 1914-1918, cuando la catástrofe de la Gran Guerra, después de asolar los principales países del continente, convirtió la experiencia de la pena y la práctica masiva del luto en dos aspectos fundamentales para el renacimiento del «culto político a los muertos» y el sentimiento nacional[234]; aspectos ambos que serán utilizados en los procesos de resimbolización de los ritos, la estatuaria conmemorativa de «los caídos por la patria» y los mitos patrióticos como eficientes vehículos de nacionalización de los ciudadanos (incluidas las clases populares, los partidos políticos hasta entonces considerados «enemigos interiores» y las minorías étnicas)[235]. La memoria de la guerra se incluyó como un componente más de los fenómenos de la vida intelectual y moral que definirán la ideología de las *culturas nacionales* de los Estados del continente hasta prácticamente la Segunda Guerra Mundial (siempre, claro está, con la salvedad del fascismo y el nacional-socialismo que, como el franquismo, no pueden ser definidos como una forma de *cultura nacional*).

---

[232] Campos Pérez (2016).

[233] Burrow (2001).

[234] Jeismann y Westheider (1994); Winter (1995); Prost y Winter (2004); Purseigle (2013).

[235] Jeismann (1992), pp. 299-373; François y Schulze (2003), pp. 391-468.

Mientras tanto, el entierro de Antonio Cánovas del Castillo celebrado el 14 de agosto de 1897 ya había sido visto por sus contemporáneos como el resumen elocuente de una época, la imagen fotográfica de la España finisecular y el augurio de una obsesión generacional: el *crepúsculo de una nación*. El impacto de la Gran Guerra agitó el pensamiento y el imaginario nacional, pero aquí lo hizo de manera conflictiva, complicando los esquemas político-culturales de principios de siglo, acentuando la división de la sociedad y extendiendo entre las regiones las dudas sobre el deseo de compartir el destino de España. Desde luego, en medio de tantos dolores y amarguras, hubo rearmes ideológicos, cambios de sentimientos y resistencias intelectuales frente a las vacilaciones acerca de lo que era o debía ser la nación española. De la tensión entre modernización y nacionalización se estrenaron metáforas emocionales y surgieron otros altares de la patria, otras ceremonias políticas y otras formas de teatralización del poder.

A partir de la década de los diez, la guerra de ideas entre los partidarios y enemigos de la JAE se había establecido en el seno de la cultura nacional, mientras el filósofo José Ortega y Gasset asumía la representación del moderno nacionalismo español y la acción de unos intelectuales que, en febrero de 1931, alcanzó su momento culminante en la presentación de la Agrupación al Servicio de la República[236]. En el verano de 1933, la realidad de las promociones entrelazadas de la vieja y la nueva universidad española, acompañados de las promesas de la universidad liberal y republicana, realizaron un crucero por el Mediterráneo. Sin embargo, sólo tres años después, el buque *Ciudad de Cádiz,* en el que vivieron una experiencia capital de juventud, formó parte de la flota que transportó las tropas sublevadas a la Península dando inicio a la Guerra Civil. Entre 1936 y 1939, el vendaval de la historia derribó los altares de la inteligencia liberal y arrasó los edificios de la *cultura nacional española*. Y, sobre los restos dejados por el hundimiento, se reconstruyó la *cultura de la España nacional* durante la *españolísima* dictadura del general Francisco Franco Bahamonde.

[236] Márquez (2003), pp. 67-93.

II

EN LOS ALTARES DE LA HISTORIA. LA FIGURA AUSENTE DEL EMPERADOR

Resulta difícil afirmar que el emperador Carlos V gozara de gran fortuna entre los españoles de los siglos XIX y XX. En realidad, dentro de la pluralidad de imágenes proyectadas a lo largo de su reinado y las siguientes centurias, el recuerdo histórico de su figura se vio dilatado en el tiempo y alterada su perspectiva según los intereses colectivos, marcos de referencia culturales y reflexiones historiográficas de las diferentes sociedades que lo sucedieron. Así, la magnífica fascinación que su persona despertó entre sus contemporáneos, vinculada simbólicamente con el Imperio español, se trocó para los hombres del ochocientos en la de un emperador distante, casi fantasmal, un hierático guerrero, victorioso y conquistador, sólo humanizado en su ancianidad por su retiro en Yuste. Pero, también, sería identificado con un monarca de origen extranjero, orgulloso e implacable, modelo de rey absolutista inseparablemente ligado a la leyenda negra de su hijo Felipe II.

Marcado por las ideas políticas y sueños literarios de los escritores liberales que surgieron en el convulso principio de siglo español, Carlos I siempre ocupará un lugar secundario en las polémicas sobre los Austrias. Frente al espacio central en que los publicistas e historiadores situaron a su sucesor en sus valoraciones sobre la *decadencia española,* la mirada del XIX vio en el emperador al hombre que truncó la trayectoria hacia la unidad nacional iniciada por los Reyes Católicos, la figura que introdujo a España en la infinita trampa de los asuntos europeos y al iniciador de la política de represión de las tradicionales libertades históricas de los reinos peninsulares. Convertido por los poetas patrióticos y la publicística de la Guerra de la Independencia en un sombrío antagonista de aquella galería de personajes

célebres sobre los que se crearon los mitos legitimadores de la revolución española (destacando, entre ellos, la trilogía formada por el «triunfador Viriato», «el intrépido Padilla» y «el gran Lanuza»)[1], posteriormente la historiografía liberal acentuaría el contraste en la red de los acontecimientos históricos, en el sistema de fuerzas y causas que determinaron el destino de la nación y la configuración de la *cultura nacional española*.

Patriotas y soñadores, literatos y artistas

En el tiempo histórico así construido, donde la literatura se puso al servicio de las nuevas ideas, no parece casual que, en *El panteón del Escorial,* la oda escrita por Manuel José Quintana en el temprano 1805, se encuentre traducido en imágenes el recuerdo del emperador que se impondrá en la cultura histórica de los españoles del XIX. Transformada la poesía en el hogar propicio para la escenificación de la historia heroica nacional, Carlos V aparece como un personaje humillado por el presente que asume en negativo su imagen y la de su sucesor, conectando su mutua responsabilidad en la destrucción de los fueros de Castilla y Aragón con los orígenes de la decadencia de España. Sintiéndose un sobreviviente de su propia inquina, un César a quien no consuela la fama y el poder alcanzado en vida, la voz de su conciencia lo llevará a dirigirse a su hijo, preguntándose:

> […] ¿Por qué culpar a las estrellas
> de esa mengua cruel? ¿Por qué te olvidas
> de tu ambición fanática y sedienta,
> que de prudencia el nombre sacrosanto a
> usurpar se atrevió? Yo los desastres
> de España comencé y el triste llanto
> cuando, expirando en Villalar Padilla,
> morir vio en él su libertad Castilla.
> Tú los seguiste, y con su fiel Lanuza
> cayó Aragón gimiendo. Así arrollados
> los nobles fueros, las sagradas leyes
> que eran del pueblo fuerza y energía,
> ¿quién, insensato, imaginar podría
> que en sí abrigando corazón de esclavo,

[1] Martínez Baro (2014), pp. 280-281; Álvarez Junco (2002), pp. 223-225; Rivero (2005).

señor gran tiempo el Español sería?
¿Qué importaba después con la victoria
dorar la esclavitud? Esos trofeos
comprados fueron ya con sangre y luto
de la despedazada monarquía.
Mírala entre ellos maldecirme a gritos[2].

En los siguientes años, la fuerza de estas rimas y las peripecias de los hombres a quienes marcó la incomprensión y la enemiga de sus monarcas recogidas en los dos tomos de las *Vidas de españoles célebres* (el Cid Campeador, Guzmán el Bueno, Roger de Lauria, el príncipe de Viana y El Gran Capitán, seguidos de Vasco Núñez de Balboa y Francisco Pizarro) parecerán repetirse en la cabeza del conjunto de literatos, poetas y dramaturgos que, al evocar las glorias patrias y las hazañas de sus antepasados, necesariamente debían referirse a Carlos I de España y V de Alemania[3]. Y, marcado por su imagen de príncipe demediado (desarraigado por sus orígenes flamencos y escindido de la nación por sus compromisos políticos ajenos a los españoles), su nombre difícilmente ocupará un lugar preeminente en la producción literaria decimonónica.

Significativamente, fueron los «otros» (los personajes y las instituciones de su entorno, su madre y el viejo cardenal Cisneros, los comuneros y las Cortes, los conquistadores americanos, los capitanes de sus ejércitos, las guerras y las batallas) quienes acapararon la atención de los narradores. En la conexión histórica irreal establecida entre la ficción literaria y la interpretación del pasado nacional de sus autores (la presencia del debate entre el primado de la *veracidad poética* sobre la *verdad histórica,* el conflicto formulado por Ranke a propósito del estatuto científico de la historia y su descalificación de toda calidad estética obtenida a costa de la verdad de los hechos se intuye en los *Ensayos literarios y críticos* publicados en 1844 por Alberto Lista)[4], Carlos de Gante podrá ser un gran monarca, pero casi nunca será el protagonista de las obras, el héroe merecedor de engrosar el panteón de españoles ilustres. Situado en un plano inferior, en el relato épico de los hombres y los hechos de su reinado, la figura del em-

---

[2] Quintana (1969), p. 292; Rey Hazas (2000), II, pp. 281-284; Dérozier (1978), pp. 175-181.

[3] Quintana (1807-1830); Mainer (1994), pp. 31-32; Álvarez Junco (2002), pp. 129-134 y 187-226; Lara Garrido (2008); Alonso (2010), pp. 243-279.

[4] Ranke (1964), I, pp. 493-501, citado por Juhnke (2015), pp. 34-36; Escudier (1999), I, pp. 319-361; Boldt (2014), pp. 37-41; Pérez Navarro (1999); Lista (2007), pp. 262-269.

perador quedará reducida a una ramificación marginal que ni desequilibra ni rebasa el trazado lineal de las diferentes historias.

Así ocurrirá con los *Romances históricos* del duque de Rivas de 1841 (dos décadas antes, el poeta cordobés, romántico, liberal y patriota había estrenado *Lanuza,* primera de las producciones teatrales del XIX inspirada en la suerte corrida por el justicia de Aragón, cuya figura contribuyó a mitificar). En los tres romances dedicados por Rivas a la batalla de Pavía, el César y su rival Francisco I aparecen desplazados del eje narrativo por la descripción de los generales, un asunto amoroso, el combate o la entrevista del duque de Borbón con el emperador en Toledo (dando cuenta de sus aficiones pictóricas, Eduardo Saavedra utilizó en su descripción de Carlos V el cuadro de Tiziano conservado en el Museo del Prado)[5]. Sin apenas distinción, la figura del monarca siguió manteniendo un lugar secundario en los escritos de Mariano José de Larra, el «pobrecito hablador» partidario de una literatura nacional, «hija de la experiencia y de la historia, y faro por tanto del porvenir»[6]. Y aunque, en opinión José-Carlos Mainer, la influencia real del romántico *Fígaro* en las ideas de su tiempo no fue muy grande, «anticipó muy bien el encauzamiento ecléctico e historicista de la herencia romántica cuya influencia sería muy duradera», ratificando dos temas muy importantes: «Por un lado, impulsó la elaboración de un canon de literatura utilitario y amplio, menos dictado por la hegemonía de las obras de imaginación que por la presencia de aquellos textos reveladores de la sustancia histórica del país; por otro lado, instaló en el centro de este canon una visión crítica y hasta negativa de buena parte de ese pasado y subrayó la difícil coincidencia de la época de la tiranía y del fanatismo con la época de los más admirados frutos del arte nacional»[7].

Con unos literatos que no dudaban en transportar sus inclinaciones ideológicas y preocupaciones políticas del presente a sus construcciones históricas, la prevención contra el absolutismo político iniciado por Carlos V y el elemento teocrático exaltado por su sucesor persistirá en el guion que el siglo XIX representó en forma de dramas históricos, novelas a lo Walter Scott o folletines románticos. Estas composiciones formaban parte de la cultura literaria dominante y poseían valor referencial entre los diferentes públicos a quienes iban dirigidas. En perspectiva histórica, dejando de lado el estudio de los gustos y la recepción de los discursos literarios por parte de los

---

[5] Saavedra (1987), pp. 254-313; Agudo (1998).
[6] Larra (1982), p. 433.
[7] Mainer (1994), p. 36; Martín Ezpeleta (2008); Romero Tobar (2008).

lectores o espectadores, una cosa parece clara: con el telón de fondo del patriotismo militante de la mayoría de unos autores que, rastreaban en las edades Media y Moderna la forja de las naciones, los protagonistas de las obras expresaban, sin ambigüedad sus opiniones sobre la realeza. En esta relación del presente con el pasado imaginado, al repasar los catálogos de dramaturgos y novelistas históricos, se aprecia con facilidad el «antiaustracismo» de los escritores y el mínimo interés que para ellos representaba la biografía del emperador.

En realidad, precedido por la historia de amor de sus padres, y perseguido por la larga sombra del capitán de los comuneros, en alguna de las escasas novelas dedicadas al nieto de los Reyes Católicos, su figura se seguía tratando según el estereotipo tradicional de la literatura romántica: como un personaje condenado desde el principio, una fuerza contraria a la idea de la patria española (tal como aparecía en *Carlos V y la victoria,* cuarta novela de Julio Nombela, perteneciente al ciclo *Historia y acción,* publicado entre 1861-1864). Así, en los repertorios de los Palau, Ferreras o Rodríguez Sánchez, junto a la novela de Francisco José de Orellana, *La reina loca de amor. Historia romántica de doña Juana de Castilla y don Felipe el Hermoso* (1854), y el drama histórico en seis cuadros y escrito en verso de Ramón Franquelo, *Juana la Loca* (1848), se citan el más famoso en cinco actos de Manuel Tamayo y Baus *Locura de amor* (1855) y la tragicomedia de Galdós, *Santa Juana de Castilla* de 1915 (que utilizó como fuente de inspiración histórica los libros del archivero Antonio Rodríguez Villa *Bosquejo biográfico de la reina doña Juana: formado con los más notables documentos históricos relativos á ella* de 1874, y *La reina doña Juana la Loca* de 1892)[8]. Por su parte, en el título de Francisco Brotons *Rafael de Riego o la España Libre* publicado en 1822, Padilla, convertido en un símbolo político, apadrina a Riego como su heredero para recobrar la libertad de la patria: «Hijo predilecto de la patria […] la suerte te destina para el recobro de la libertad española, que expiró conmigo en los campos de Villalar»[9]. A mediados de siglo, el por entonces político progresista, escritor y erudito Vicente Barrantes, publicó la novela histórica *Juan de Padilla* (1855-1856), prohibida por la autoridad eclesiástica por su radical anticlericalismo; la continuó al año siguiente con *La viuda de Padilla*.

Y lo mismo podríamos decir del teatro. No en vano, el drama histórico que nace al mismo tiempo que la novela estuvo marcado

---

[8] Palau y Dulcet (1948-1977); Palau Claveras (1981); Ferreras (1973, 1976); Rodríguez Sánchez (1994); Mora García (2000); Cardona (1998), pp. 185-193.

[9] Citado por Ferreras (1973), pp. 294-296.

por el papel decisivo desempeñado por el atrabiliario político granadino y escritor público con aficiones eruditas por la historia de la nación Francisco Martínez de la Rosa, quien estrenará, a mediados de 1812 en el Cádiz asediado por la artillería francesa y en plena efervescencia constitucional, la tragedia patriótica *La viuda de Padilla*. Símbolo de la resistencia gaditana, en esta obra de juventud y en el *Bosquejo histórico de la Guerra de las Comunidades* que la precede a modo de prólogo, Martínez de la Rosa avanzaba algunos de los juicios patrióticos que vertería posteriormente en sus incursiones en el género historiográfico. Como dice Cecilio Alonso, «la obra de Martínez de la Rosa, rigurosamente ajustada a las reglas, proponía una discutible analogía entre la situación gaditana y la de Toledo en 1521, con la protagonista sitiada, tras la ejecución de su esposo derrotado por el ejército de Carlos I, elevado a la función dramática de tirano invasor que, sin presencia en el escenario, perdía convicción dramática»[10]. Más adelante, convertido en el hombre del «justo medio» y del «espíritu del siglo», tanto en su *Bosquejo histórico de la política de España desde los tiempos de los Reyes Católicos hasta nuestros días* como en sus discursos académicos, se mostrará «extremadamente duro con Carlos V por haber desvirtuado la monarquía española con la aventura imperial, con Felipe II por su intolerancia y ambición y con los Austrias en general por habernos involucrado en una problemática ajena: la de la Casa de Austria»[11]. Porque, frente a la fortuna que parecía complacerse en «satisfacer los deseos» de su abuelo por engrandecer la monarquía, pensaba el autor que:

> La prepotencia de la casa de Austria, sus inmensas posesiones, y sus pretensiones, más grandes todavía, debieron naturalmente excitar los recelos y la enemistad de Europa; abriendo la valla a una porfiada contienda, que no podía tener término (como efectivamente no lo tuvo) hasta que se pusiese coto a un poder tan exorbitante.
>
> España, por su posición geográfica y política, debiera haber permanecido espectadora imparcial de tan larga lucha, o mediar como árbitra para una transacción útil y honrosa, o inclinarse al lado más débil para restablecer el equilibrio. Empero, unida con la casa de Austria por el entronque de sus príncipes, y queriendo extender demasiado su dominación propia, se vio condenada a ser el blanco de la enemiga de un sinnúmero de naciones, y a prodigar sin tasa sus tesoros,

[10] Alonso (2010), p. 271; Sarrailh (1993); Seco Serrano (1962); Rey Hazas (2000), pp. 285-289.

[11] Martínez de la Rosa (1857), I, pp. 26-27, citado por García Cárcel (1998), p. 201.

y a derramar a ríos la sangre de sus hijos, o por defender intereses ajenos, o por empeñarse en conservar Estados gravosos, que se escaparon después, unos tras otros, de sus manos desfallecidas.

A pesar de las faltas políticas cometidas en el reinado de Carlos V, bien puede afirmarse que su sucesor, Felipe II, fue el que realmente decidió de la suerte de España; el carácter de este príncipe, su política sesga y cautelosa, el odio que profesaba a la libertad bajo cualquier aspecto que se presentase, y el empeño de entrometerse en los asuntos domésticos de otras naciones, para extender por todas vías su dominación o influjo, fueron causa de que se malograsen las esperanzas que ofrecían a España el más próspero porvenir; abriéndose en breve los diques a la avenida de males que después la inundaron[12].

Fijados los géneros por la inserción del pasado en los motivos políticos y sociales de los contemporáneos, en los años centrales del siglo, la gran aceptación alcanzada por este tipo de obras resultará determinante para que los programas iconográficos de la pintura de historia siguieran exactamente este esquema tipológico con la figura de Carlos V. Como ya se ha dicho, popularizadas las novelas y los dramas entre un público cuya sensibilidad nostálgica se dirigía hacia otros tiempos y lugares donde podía disfrutar estéticamente del resultado significativo de sus pasiones y aspiraciones humanas, al pintar la historia, los artistas completaron el proceso de trivialización de los recuerdos históricos con un conjunto de imágenes espectaculares que, repletas de símbolos y complicidades, ayudaron a educar los sentimientos y conformaron la cultura histórica de las clases medias españolas[13].

Al repasar los cuadros que obtuvieron primeras medallas en los diferentes concursos, observamos que ninguno de ellos tuvo como motivo la figura del emperador o escenas de su reinado. De hecho, siendo este periodo histórico el tercero en importancia (detrás de los Reyes Católicos y Felipe II), Jesús Gutiérrez Burón desglosó las 42 pinturas dedicadas a la época de Carlos V presentadas a las Nacionales entre 1856 y 1897, en las cuales la vida del emperador se reduce a tres únicos momentos: la Guerra de las Comunidades (11 cuadros), las relaciones con Francisco I con otros 11 (con argumentos que abarcan desde la batalla de Pavía hasta el canje de rehenes en el río Bidasoa) y 16 que tienen como motivo la retirada del emperador en Yus-

[12] Martínez de la Rosa (1857), I, p. 29.

[13] Reyero (1987, 1989, 1992); Hernando Carrasco (1999); Díez (1992, 2000); Fontbona de Vallescar (2000a); Díez y Barón (2007), pp. 227-275.

te[14]. Y es que, flanqueado por la popularidad de sus abuelos y el éxito obtenido por el inmenso *Doña Juana la Loca* de Pradilla (premiado en la Exposición de 1878)[15], de nuevo la maldición de los principales jefes de las Comunidades de Castilla parecía marcar el núcleo dramático del reinado del primero de los Habsburgos hispanos.

De manera diáfana, la tiranía de sus proyectos imperiales superpuesta a la dignidad de los defensores de las libertades castellanas serían articuladas en *Los comuneros Padilla, Bravo y Maldonado en el patíbulo,* obra maestra del joven pintor Antonio Gisbert Pérez (el catálogo de la Nacional de Bellas Artes de 1860 reproducía el pasaje de Modesto Lafuente que había ilustrado el argumento y que, a su vez, era una transcripción literal de las ideas expuestas por Antonio Ferrer del Río en la *Decadencia de España. Primera Parte. Historia del levantamiento de las Comunidades 1520-1521* publicado en 1850)[16]. La pintura del alcoyano Gisbert levantó una gran polémica entre los críticos próximos a los sectores monárquicos más tradicionales que iniciaban el proceso de revisión de la Casa de Austria y los progresistas que no dudaban en felicitar al maestro alicantino

> por haber dado nueva vida a las nobles figuras de aquellos distinguidos ciudadanos que sucumbieron gloriosamente las libertades de Castilla. No bastaron tres siglos de opresión á borrar del todo la memoria de las grandes luchas y de la suerte lamentable de los ilustres de las comunidades; pero lo que sólo era para muchos una tradición confusa, es ahora, para todo el pueblo español, una magnífica realidad, que pasará con el nombre de V. á las más remotas generaciones, recibiendo de todas ellas el culto que merecen los que sacrifican notablemente su vida por la libertad de su patria.
>
> Por eso el Congreso de los Diputados, en cuyo salón están inscritos los nombres de Padilla, Bravo y Maldonado, ha adquirido y conserva con la debida veneración el cuadro que inmortaliza su obra[17].

No era casual el elogio del antiguo presidente del Consejo de Ministros. Salustiano Olózaga era el político que, en el discurso *Libertades de Aragón, causas que produjeron su ruina, y medios adoptados para verificarla,* leído en enero de 1853 en su recepción en la

---

[14] Gutiérrez Burón (2000), pp. 378-379; Díez (1992).

[15] Reyero (1987), pp. 227-242; Academia de la Historia (2004); García Guatas (2006).

[16] Ferrer del Río (2006); Gascón Pérez (2006, pp. ix-l); López Vela (2002, 2004a); Reyero (1987), pp. 188-195; Díez (1992), pp. 306-317.

[17] «Carta de Salustiano Olózaga a Antonio Gisbert (Madrid, 16 de mayo de 1861)», citada por Reyero (1987), p. 192.

Real Academia de la Historia, había detenido en el tiempo la imagen del famoso poema de Quintana para resumir con una metáfora los efectos del reinado del emperador: «Toda España perdió sucesivamente su libertad» (Gisbert retrató a su amigo Olózaga en 1872, «logrando imprimir al lienzo y transmitir al espectador el poderoso carácter del político convulso»)[18]. La adquisición de *Los comuneros Padilla, Bravo y Maldonado en el patíbulo* por el Congreso y el debate político provocado por el cuadro permiten avanzar que, si bien es cierto que los pintores del XIX se ocuparon de su reinado, exaltando la batalla de Pavía y los distintos episodios que la sucedieron, también lo es que Carlos V se mantuvo como una figura difusa, ocupando una posición secundaria en el orden artístico de la pintura de historia nacional[19].

En realidad, según demostraron los trabajos de Carlos Reyero, muy pocos de los grandes maestros representaron escenas ambientadas en su época, siendo la mayoría de los pintores que se inspiraron en esta temática artistas de segunda fila cuyas obras fueron censuradas por la crítica del momento y calificadas de faltas de calidad y originalidad[20]. Por lo demás, sin contradecir lo señalado hasta aquí, también se puede afirmar que fueron los pintores de finales de siglo quienes más contribuyeron a humanizar y españolizar la figura del monarca con el ciclo que conforman los cuadros relacionados con su retiro, vida y muerte en Yuste. Se trata de una serie inaugurada por Ángel Lasso de la Vega con la pintura presentada en la Nacional de 1856 *Entrada del emperador Carlos V a Yuste, después de su abdicación,* continuada con las pinturas de Rogelio Egusquiza *Carlos V en Yuste* (1868) y otras de Marcelino de Unceta (1866), Miguel Jadraque (1878), Ignacio Suárez Llanos (1881), Joaquín Agrasot (1887), Mariano Barbasán (1887) o Antonio Aramburu (1892). La evocación de la muerte del emperador fue el tema elegido por Domingo Gallego, Joaquín Medina López de Haro, Antonio Pérez Rubio y Joaquín María Herrer que expuso en la Nacional de 1881 el *Viático de Carlos V.* El argumento de todos estos cuadros «plantea la decrepitud del poderoso y enlaza con el interés hacia los aspectos emotivos de la historia, a la vez que constituye una reflexión más sobre el final de la vida». En esta mezcla de elementos simbólicos, la aparición de niños y jóvenes indefensos (como ocurre con la pintura de Eduardo Rosa-

[18] Olózaga (1853) p. 56; Pérez Velarde (2016), pp. 15-17; Gómez Urdáñez (2000).

[19] Gutiérrez Burón (2000), pp. 382-388; Hernando Carrasco (1999), pp. 134-138; Portela Sandoval (1991), pp. 321-324.

[20] Reyero (1987), pp. 342-357 y (1999b), pp. 26-85.

les que recrea la escena de la presentación de don Juan de Austria a Carlos V, en Yuste) otorgará al suceso una emoción casi intimista que humaniza al rey, un individuo en el último refugio de los ideales de una época vencida[21]. El «grande Emperador» que, como comprendió entonces Jeromín, «había muerto como los demás hombres, sin que se nublase el sol ni se estremeciera la tierra»[22].

En cualquier caso, parece evidente que, en el proceso de representación del pasado como patrimonio de la nueva sociedad, la imagen del emperador nunca alcanzó el grado de veneración necesario para ser utilizada por la cultura histórica oficial fuera de los círculos cultivados. De hecho, y esta sería una segunda gran cuestión que resaltar, los políticos españoles del XIX que se esforzaron por controlar y conmemorar el pasado mediante la creación de un paisaje nacional compuesto por distintos lugares de la historia siempre limitaron la dimensión pública de Carlos V, conservando su figura en una especie de «olvido consciente». Excepción hecha de la generalización como emblema de la corona de España y en las monedas de la época de las «dos columnas de Hércules, que materializaban la orgullosa divisa *plus ultra*», añadidas por Carlos V al escudo imperial en 1516[23], en lo que concierne a los elementos del lenguaje simbólico, el patriotismo de Estado en España no dedicó ni un solo monumento a su persona ni su figura alcanzó relevancia en los programas iconográficos de las cámaras del Congreso y el Senado (como señaló Juan Pro Ruiz, «los conservadores de la Restauración siguieron a Cánovas en su recuperación de Felipe II como monarca español, manteniendo la proscripción contra Carlos V como monarca "extranjero"»)[24].

Madrid, la capital de la nación, no rotuló ninguna calle con su nombre y, por supuesto, no se levantaron estatuas con su imagen en ninguna de las capitales de provincias. En Barcelona, el progresista Víctor Balaguer (posiblemente influido por la obra póstuma de Antonio de Capmany, *Origen y etimología de las calles de Madrid* de 1853) dio título a las nuevas calles de la ciudad recordando a los viejos territorios de la Corona de Aragón, las instituciones medievales o las vías que celebraban a los personajes de la historia catalana[25]. Por las mismas fechas, la identificación de las ciudades con el pasado regional sucedía en Valencia donde Vicente Boix escribía la

---

[21] Reyero (1992), p. 56 y (1999b), pp. 63-67; Díez y Barón (2007), pp. 216-218.

[22] Coloma (1975), pp. 50 y 45-46.

[23] Mínguez (2003), pp. 56-57; Checa Cremades (1987), p. 35; Serrano (1999), pp. 298-311; Reyero (2010), pp. 8-9.

[24] Pro Ruiz (2000), pp. 228-232.

[25] Balaguer (1865-1866); Ucelay-Da Cal (2005), p. 251.

historia topográfica de la localidad y el Ayuntamiento bautizaba con el nombre de Gran Vía de las Germanías una de las calles surgidas del último ensanche[26]. Y, como no podía ser de otra manera, la Zaragoza de 1860 encabezaba su callejero con los nombres de sus antiguos reyes, las grandes familias autóctonas y las instituciones del viejo reino, porque

> el día en que Aragón haya perdido hasta los pocos restos que hoy posee de sus veneradas instituciones, y ellas y sus costumbres se vean amoldadas a las generales de España, todavía podrá mostrar con orgullo esas lápidas, como otras tantas páginas de esplendor y de grandeza, alusivas al tiempo en que constituyó una Nación poderosa e independiente. Con tal designio se han intercalado en la nueva rotulación de calles nombres y hechos, que sin embargo de rebasar los límites de la localidad, y hasta del sistema adoptado por el Ayuntamiento, tiene íntima relación con grandes sucesos históricos, o con notabilísimos adelantos en el orden intelectual, y aun material de este antiguo Reino, para el que resultaría mengua, de no conmemorarlos, al menos, en la que fue su Metrópoli[27].

En la ciudad del Ebro donde, en enero de 1863, los políticos locales (dos conservadores, un progresista y Juan Pablo Soler, jefe local del Partido Republicano) dirigieron al Ayuntamiento la propuesta común de erigir un monumento en honor del justicia Juan de Lanuza, muerto por orden de Felipe II, difícilmente se podía homenajear a su predecesor, el monarca responsable de Villalar y las Germanías[28].

«El hombre más grande de su siglo»: la disputa histórica por la Casa de Austria

Esto último nos llevaría a internarnos en el territorio de la historia local como un espacio más que favoreció el desplazamiento del recuerdo de Carlos V en la conciencia histórica de los españoles. Interesados sus cultivadores por el descubrimiento singular de las vicisitudes históricas locales y el conocimiento de las repercusiones particulares que tuvieron los acontecimientos nacionales en sus pueblos, comarcas y regiones, el emperador sólo será mencionado en las

[26] Boix (1862-1863).
[27] Zaragoza (1863); Mainer (1993), p. 30; Anguera (1998), pp. 82-84.
[28] Brinkmann (2004a), pp. 87-89.

historias municipales de aquellos contados lugares donde su presencia dejó alguna huella. En el resto, en la mayoría de las villas de la geografía peninsular, su nombre y su reinado estarán ausentes del conjunto de frisos dispersos sobre los que se construían las historias de los pueblos. Con todo, la consecuencia más visible de este olvido lo encontramos en los *catecismos de historia escolares* que florecieron en el último tercio del ochocientos.

Destinados fundamentalmente a la educación sentimental de los niños y su identificación con la tierra que los vio nacer, en la «mitología educativa» creada por estos compendios donde la historia se volvía leyenda, el primero de los Austrias difícilmente formará parte de la lista mitológica de grandes reyes, santos y héroes ideales que conformaron el destino histórico de los diferentes pueblos de España. Vulgarización extrema del *topos* ciceroniano de *historia magistra vitae*[29], se puede dar un paso más y afirmar que, en territorios como los de la antigua Corona de Aragón (tomados en estas páginas como ejemplo de lo que sucedía en otras regiones), la necesidad de vincular la historia a la experiencia provinciana determinará que la imagen fantasmal de aquel monarca errante y extranjero desaparezca de la cadena de los tiempos. Por el contrario, importando menos el conocimiento verdadero del pasado que hacer entender y saber leer el presente, la potencia mítica de estas historias mantendrá los nombres de Felipe II y Felipe V como símbolos antagónicos del pasado local. Personajes repulsivos (los inevitables «otros no gratos» de la historia, los vencidos, los olvidados y los *outsiders*) enfrentados a las simpáticas figuras históricas e instituciones emblemáticas de los lugares[30].

En las lecciones de estos textos, junto a la «defensa sin paliativos del movimiento comunero en Castilla o de las Germanías valencianas del siglo XVI […], los Austrias, tanto Carlos I como Felipe II o Felipe IV, sufren los airados comentarios de estos manuales, siempre por la misma causa»: la tiranía planteada por Carlos I, continuada por su hijo[31]. Por eso, el maestro alcañizano Rafael Fuster y Camprovin finalizaba su «catecismo de historia aragonés» con la siguiente cadena de preguntas breves y respuestas concisas:

> ¿Cuándo tuvo lugar el fallecimiento de don Fernando?
> El 23 de Enero de 1516.

---

[29] Carreras Ares (2000), pp. 218-222; Koselleck (1993), pp. 41-66.
[30] Elliott (2001), pp. 12-13.
[31] Maestro (2005), pp. 166-167.

¿Qué suceso importante acaeció después de su muerte?

La unión de las coronas de Aragón y Castilla.

¿Qué ventajas obtuvieron con esta unión los estados aragoneses?

Ninguna; pues contra todo derecho los castellanos se sobrepusieron y sus monarcas no pensaron más que en abolir sus fueros, que eran su pesadilla.

¿Cuántos Justicias tuvo Aragón?

Cincuenta.

¿Cómo se llamó el primero?

Pedro Giménez.

¿Y el último?

D. Juan V Lanuza.

¿Cómo murió?

Decapitado por orden de Felipe II en la plaza del Mercado de Zaragoza el día 20 de Diciembre de 1591.

¿Cuál fue su delito?

Defender los fueros, de los cuales se había amparado Antonio Pérez secretario del rey.

¿Quién abolió por completo los fueros de Aragón?

Felipe V, primer monarca de la dinastía borbónica que reinó en España[32].

Esto sucedía en la España de las provincias y las regiones. Sin embargo, desde finales de la década de 1850, los Austrias comenzaron a ser causa de posicionamientos políticos en el mundo de la historiografía académica, entre quienes se consideraban los guardianes de la «verdadera» historia nacional. En efecto, con una visión ontologizada de España y una opinión común sobre el patriotismo español definido por tres principios incuestionables (la religión católica, el castellano como «lengua de cultura» y la «unidad de la historia patria»), los académicos de la Historia y los representantes de la nueva aristocracia intelectual del Estado empezaron a marcar sus distancias ideológicas al iniciar un debate sobre Felipe II y, en general, sobre los reyes del siglo XVI[33].

A mediados de siglo, la crisis galopante de la monarquía isabelina favoreció el rearme historiográfico de los sectores más integristas del moderantismo. Y, en su avance hacia el tradicionalismo defensor de una única tradición española (religiosa, ideológica y cultural), co-

[32] Fuster (1997), pp. 42-43; Peiró (1997).

[33] Peiró (1998, 2006); Romeo Mateo (2004); Álvarez Junco (2006); Ramón Solans (2014), pp. 25-29.

menzaron a proyectar un cúmulo de fogosas réplicas a los comentarios «antiaustracistas» del nacionalismo liberal consagrados, hasta entonces, por los escritos de Martínez Marina, Ferrer del Río, Evaristo San Miguel, Patxot y Ferrer, Manuel Colmeiro, Adolfo de Castro o José Amador de los Ríos[34], opiniones canónicas que el escritor público de la más influyente *Historia general de España* de todo el siglo XIX había resumido en una conclusión definitiva:

> La primera jornada de esta tragedia política –escribió Modesto Lafuente– se ejecutó en Villalar, la segunda se representó en Zaragoza. Las víctimas que personificaron la muerte de las libertades de Castilla y Aragón fueron Padilla y Lanuza. Felipe II consumó al bajar ya al sepulcro la obra con que Carlos I señaló el principio de su reinado. El hijo acabó con las Cortes en Tarazona, lo que en las de La Coruña había comenzado el padre. Las libertades españolas cuya conquista había costado tan heroicos sacrificios y tan preciosa sangre por espacio de los siglos, fueron ahogadas en sangre española por dos príncipes de origen extranjero. En política esto es lo que debió España a los dos primeros soberanos de la casa de Austria[35].

Frente a ello, la publicación de la *Historia de España* del erudito y jurista gallego Antonio Cavanilles anticipaba la idea de recuperar para la historia nacional a los Austrias perdidos. En el quinto y último volumen de esta obra inconclusa, el académico encargado por la corporación de realizar un «libro elemental, un compendio», mantenía la imagen dual de Carlos, «el hombre más grande de su siglo»; un rey a quien «la severa historia le culpa de ambicioso, de propenso al poder absoluto, de haber hecho poco en África, y sobre todo de haber consumido la sangre y el dinero de España á las orillas del Elba, del Danubio y del Mossa», pero de cuyo reinado merecían resaltarse los aspectos más positivos, porque

> coincidió su imperio con el renacimiento de las letras, con la conquista del continente americano, la caída completa del régimen feudal y la creación y engrandecimiento de los tronos. Los pueblos se acogían en todas partes al poder monárquico: la monarquía fue el puerto de asilo de las naciones náufragas. Lo cual le permitía con-

---

[34] Moreno Alonso (1999, 2000).

[35] Lafuente (1877-1882), III, p. 219, citado por Cirujano, Elorriaga y Pérez Garzón (1985), p. 96; García Cárcel (1998), p. 201; López Vela (2001); Pérez Garzón (2002), pp. lviii-lxxxi; Esteban de Vega (2005).

cluir, por modo afirmativo, que los historiadores también debían «hacer justicia con la obra de Felipe II»[36].

En aquella olla a presión que fue el periodo de 1860 hasta la revolución de septiembre de 1868, el también académico y político del ala derecha del moderantismo Pedro José Pidal publicó la *Historia de las alteraciones de Aragón en el reinado de Felipe II* (cuyo origen remontaba a 1845 cuando, siendo ministro de la Gobernación con Narváez, encontró en el archivo del Consejo de la Suprema Inquisición los legajos que «tenían por de fuera el rótulo de *Consultas de la Inquisición de Aragón, de 1590 á 1591*»)[37]. La obra tuvo una gran acogida en los ambientes nacionales e internacionales del liberalismo doctrinario como demuestra la carta dirigida al autor por François Guizot. En su misiva, el hombre del «justo medio» francés y antiguo profesor de la Sorbona para quien la historia «filosófica y conceptual» era indisociable de las convicciones políticas y debía estar dirigida a «demostrar los buenos fundamentos del sistema político que defiende» elogiaba ambas cualidades en una narración en la que «habeis sabido unir la imparcialidad del historiador con el interés vivo y simpático del patriota»[38]. Y así, después de autoproclamar su honestidad de historiador, pues «ni hé escrito con espíritu castellano, ni con espíritu aragonés», el primer marqués de Pidal explicaba que a Felipe II «hay que juzgarle con el criterio de su siglo y por las máximas que en el prevalecían», por entender que «el que se acomoda á las reglas admitidas como buenas en su nación y en su tiempo podrá errar, pero sus errores no deben ponerse á su cargo personal, sino al de su tiempo y país»[39].

Desde esta posición, en la narración se trata de combinar los elogios a la política real, en tanto precursora de la unidad nacional, con las posibles virtudes del pasado constitucional aragonés, en cuanto precedente de las libertades políticas del momento. A juicio de Pidal, «Felipe II fue un gran Rey y el representante más en relieve de los principios que sostenía»; una personalidad política que, sin proponerse nunca «destruir los fueros de Aragón», demostró su extraordinaria

---

[36] Cavanilles (1860-1863), V, pp. 329-331 y 369-370; Pro Ruiz (2000).

[37] Pidal (1862-1863), I, pp. v-xxiii; Gascón (1999); Vázquez Sánchez (1998); Coronas (2013).

[38] «Carta de François Guizot al marqués de Pidal, París, 23 de mayo de 1865», reproducida en Pidal (1890), I, p. xxxii. El primer entrecomillado en Winock (2004), p. 125; Walch (1986), pp. 95-135; Theis (2008), pp. 327-338; Fernández Sebastián (1997), pp. 127-149; Sánchez Prieto (2007), pp. cx-cxxii.

[39] Pidal (1862-1863), I, pp. xix y xv.

habilidad al resolver el conflicto de las *Alteraciones:* «En pocas ocasiones mostró más el Rey su prudencia y moderación que en el arreglo de estas cosas, y en la manera que las dispuso para afianzar la quietud en aquel Reino, donde pululaban tantos elementos de discordia, sin destruir las leyes que había jurado y sin dejar con el trastorno de ellas un nuevo motivo de disidencia y de lucha»[40]. Para él, la solución real marcó la pauta que se debía seguir para la moderna construcción de la nación española, apuntalada definitivamente por Felipe V, quien,

> como una medida de guerra y defensa, abolió los fueros de aquellos Reinos, extendiendo á todos ellos la legislación de Castilla, y los fueros de Aragón se hundieron en el común naufragio; naufragio doloroso en cuanto acabó con los restos de nuestra antigua libertad política, que tanto había engrandecido siempre á los Reinos que formaban nuestra comun patria; pero que por otra parte adelantó la obra de la unidad nacional y aproximó la época actual, en que la nación es una, homogénea y compacta, y goza de la libertad política general, de que antes y desde muy antiguo gozaban los antiguos Reinos de la Monarquía, y señaladamente el ilustre y afamado Reino de Aragón[41].

Las tesis del moderado marqués sentaron cátedra. Y, en adelante, sirvieron para inaugurar una polémica sobre la Casa de Austria que, desarrollada en el plano de la historia filosófica y agudizada en los momentos precedentes a *La Gloriosa,* tuvo su culminación en la época de la Restauración canovista. Pero antes de eso, concebido el estudio como una reivindicación del monarca que «ha sido pintado con conocida exageración por amigos y adversarios»[42], la crítica publicada en el número del 28 de mayo de 1862 de *El Contemporáneo* por Juan Valera nos permite avanzar los términos políticos en los que se iba a desarrollar la querella:

> Bien podemos fantasear que el mundo y que la sociedad de entonces eran un abreviado infierno, que la ley moral era ignorada o que se torcía, valiéndose sacrílegamente para ello de nuestra santa religión; pero aun así, no podemos creer que se hubiese apagado del todo en las almas la luz interior de la conciencia, ni podemos absolver a Felipe II como le absuelve el señor marqués de Pidal, con inconcebible blandura y con una indulgencia harto impropia de quien

---

[40] *Ibid.,* pp. xvi, 144 y 153-154.
[41] *Ibid.,* p. 226.
[42] *Ibid.,* pp. xiv-xv.

> tantos datos aduce en contra suya, y de quien, por sus nobles prendas morales e intelectuales, merece sentarse en el severo tribunal de la Historia. Sólo un mal entendido respeto a la dignidad de rey y un ferviente amor patrio, que en gracia de la grandeza que tenía entonces nuestra nación perdona los vicios de sus gobernantes, como si aquella grandeza dimanase de estos vicios, pueden haber impulsado a una persona de juicio tan sano y recto como el señor marqués de Pidal, a llamar gran rey a Felipe II, y a tachar suavemente de meras exageraciones, en el ardor de la contienda y de resultados de un espíritu demasiado favorable al poder real de los delitos más abominables y bárbaros […]. Si nos hemos atrevido a censurar algo la indulgencia del señor marqués con Felipe II, todavía, aunque extraña y censurable, tiene esta indulgencia una honrosa explicación en el respeto al trono, en el amor a la unidad política y religiosa, y en el entusiasmo por la grandeza del pueblo español, a la cual hay quien pretende que contribuyó aquel rey en gran manera. Nosotros creemos lo contrario; pero ni nos sentimos con fuerza, ni es esta la ocasión a propósito para entrar en tan magno y difícil debate[43].

Heridos en su patriotismo provincial por el marqués que denunciaba sus pretensiones de «hacer al Justicia el símbolo de la nacionalidad aragonesa para resistir las ideas de la unidad nacional», de manera inmediata brotaron las respuestas de los «hombres de la tierra»[44], un heterogéneo grupo formado por varias promociones de políticos, abogados foralistas, humanistas y eruditos de las provincias del Viejo Reino (desde Manuel Lasala y Joaquín Gil Berges, pasando por Braulio Foz, Jerónimo Borao o Víctor Pruneda y llegando hasta el propio Joaquín Costa). Manuel Lasala, antiguo secretario de la Diputación Provincial de Zaragoza, escritor liberal, miliciano nacional, combatiente en la defensa de la ciudad frente a los carlistas el 5 de marzo de 1838, con una activa participación en el pronunciamiento de 1854 y miembro del Comité Progresista de Madrid, publicó, en 1865, la *Reseña histórico-política del antiguo reino de Aragón*. Versión condensada de los tópicos historicistas comunes al liberalismo progresista, en sus páginas, además de revivir los grandes merecientos del «antiguo reino» y el pasado pactista (lo remontaba a Íñigo Arista) que, basado en un «contrato social», había sido defenestrado por los Austrias («bajo la dinastía austriaca llegaron al último estremo de su decadencia las libertades aragonesas para sucumbir á manos de la francesa por las demás leyes

[43] Valera (2004), pp. 578 y 581-582.
[44] Pidal (1862-1863), I, pp. 46-47.

de conquista»). A partir de ahí, dirigirá sus críticas contra el círculo de historiadores y juristas moderados, defensores de la centralización, que encabezaba el marqués de Pidal, acusándolos de ser «los realistas de nuestra época, fieles imitadores en esta parte de los jurisconsultos, que en el siglo XVI se vendieron al servicio de la casa de Austria»[45].

En las siguientes décadas, la polémica desatada por la *Historia de las alteraciones de Aragón en el reinado de Felipe II* adquirió las dimensiones de un verdadero debate nacional acerca de la «decadencia española» (con importantes ramificaciones en el mundo de la historia de la literatura y la ciencia y la poderosa presencia de Marcelino Menéndez Pelayo)[46]. En el terreno de la historia la disputa abandonó rápidamente el nivel del pensamiento crítico y contextual –si alguna vez lo tuvo– y se planteó en términos ideológicos y morales. Una vez sacado el tema de los primeros Austrias de su contexto histórico, los enfoques nacionalistas antiliberales llegaron a adoptar en los casos más extremos de algunos escritores neocatólicos los rasgos imperiosos y fanáticos de la religión. Baste pensar en el libro del presbítero José Fernández Montaña *Nueva luz y juicio verdadero sobre Felipe II,* escrito como una refutación de los «enemigos fieros y mansos» del escurialense. Verdadera hagiografía del monarca, el autor no dudaba en colocar en la cima de sus denuncias al mismo Cánovas acompañado de los libros de «Carlos de Moüy, del diligente Gachard, de Mr. Mignet, del convertido Baumstarck, del marqués de Pidal, de D. Gaspar Muro, de Valentín Gómez, del irreflexivo Forneron, y de otros muchos que ciegamente siguen sus caminos; pero bien se puede asegurar que entre todos ellos no hay uno solo que haga justicia cumplida al catolicísimo Rey D. Felipe II. Unos más y otros menos míranle todos con desconfianza, antipatía y malquerencia». El afán mistificador del iluminado sacerdote le llevaba a limpiar el nombre del «cristiano» emperador por el «saco de Roma», explicando su abdicación y retiro en Yuste por la intercesión de la «Providencia divina»: «Así testifica la verdadera historia que por motivos que le inspiraron la religión y su piedad, pasó el Emperador D. Carlos V del trono al claustro de los campos de batalla á los de penitencia y oración, para vencerse á sí propio en la soledad y retiro de un monasterio»[47].

Mientras tanto, los carlistas (cuyos sentimientos de fidelidad a la causa a favor del pretendiente justificaban por sí mismos su posición

---

[45] Lasala (1865), pp. 5, 12, 21, 264 y 238-249; Vicente y Guerrero (2012), p. 21 (consultado gracias a la amabilidad del autor); Mayoral (2014a), pp. 267-271.

[46] Mainer (1994), pp. 37-40; López Vela (1998); Santoveña (1994), pp. 113-180.

[47] Fernández Montaña (1882), pp. 17-18, 21-25 y 86.

política)[48] continuaron moviéndose en unas valoraciones históricas repletas de contradicciones: partidarios de la autonomía de los reinos medievales; sin embargo, sostenían que los ideales foristas y foralistas quedaron consagrados bajo la unidad nacional forjada por los Reyes Católicos y continuada por los Austrias, quienes mantuvieron en toda su pureza la monarquía foral[49]. De ese modo, publicistas como Juan Vázquez de Mella o Antonio Aparisi Guijarro, además de enjuiciar en negativo a las comunidades y los comuneros, se vincularon a la defensa de la monarquía austriaca (incluidos los encendidos elogios a «Felipe II» publicados por el tradicionalista valenciano, en septiembre de 1872, en *La Regeneración*)[50]. En cualquier caso, las opiniones de los carlistas en materia de historia nacional poco iban a contar.

Como se sabe, entre 1872 y 1876, se desarrolló una nueva guerra representada en la negra figura de «otro» Carlos V[51]. Y conocemos también que, durante el conflicto, el carlismo, imaginado como un «enemigo interior» por el resto de los nacionalismos españoles, terminó por ser expulsado temporalmente del sistema de la monarquía restaurada (precedente que se desarrollará plenamente en el conflicto de 1936-1939 con la construcción de los «rojos» como ideal paradigmático de la alteridad interna, de la execración y separación irreconciliable del adversario)[52]. Pronto, en el largo viaje hacia el ostracismo los acompañaron sus opuestos, los republicanos, cuyas experiencias de poder quedarían, rápidamente, diluidas por las enemigas conservadoras y su implacable consigna de silenciar el pasado más reciente[53]. Los correligionarios de ambos movimientos se encontraron en el limbo del exilio. Y además lo hicieron en una Europa donde hacía poco tiempo la lógica inconsecuente de la historia *magistra vitae* se puso en movimiento y, en el tablero de la diplomacia internacional, el fantasma del emperador había provocado el miedo a la repetición de una situación histórica (un Hohenzollern en el trono español), enturbiando hasta la guerra las relaciones entre Prusia y Francia.

En fin, desde 1875, en España la política estatal asumió el perfil del canovismo y la definición de los monarcas del siglo XVI pasó a ser objeto de un *uso público de la historia*. El militar Martínez Campos había impuesto la Restauración y el político-historiador Antonio Cá-

---

[48] Becquet (2009), pp. 308-311; Caspístegui (2009).

[49] Gutiérrez Nieto (1973), pp. 77-78.

[50] Aparisi Guijarro (1957).

[51] Rújula López (2003); Canal (2006), pp. 275-292.

[52] Molina Aparicio (2005, 2007); Núñez Seixas (2006), pp. 261-271; Núñez Seixas y Sevillano Calero (2010).

[53] Jover (1991), p. 53.

novas del Castillo estaba comenzando a dictar el orden del sistema en todos sus aspectos, incluidas las actitudes y deseos de reinstitucionalización de la *cultura nacional española* que acompañan a los sueños de perduración de todo nuevo régimen. En el proyecto los historiadores oficiales estaban llamados a forjar una visión conservadora y excluyente de la cultura histórica planteada en términos de un misticismo de la nación, monárquica y católica. Al cabo, los fervores eruditos del presidente del Consejo de Ministros se habían atemperado y adaptado a las expectativas de una realidad política legitimada por la continuidad y la tradición con el pasado. Cánovas había dejado de ser aquel liberal avanzado que apostilló la *Historia* del padre Mariana con una *Historia de la decadencia de España, desde el advenimiento al trono de Felipe III hasta la muerte de Carlos III,* para convertirse en el «orgulloso gobernante ante quienes todos doblaban la rodilla»[54]. Pero no sólo eso. Director de la Real Academia de la Historia, calificado por el hispanista Morel-Fatio como «maestro de una escuela histórica», en 1888 y 1889, había publicado los *Estudios del reinado de Felipe IV* con los que completaba su *Bosquejo histórico de la Casa de Austria* (1869) y el repudio definitivo de sus opiniones de juventud, disueltas por una visión nueva y triunfalista de la dinastía[55].

El «grande Emperador y Rey de España»: la historia de los Austrias al servicio de los Borbones

Lastrado por el peso de su ideología y su pragmatismo político, la consumación del tránsito canovista pasó por la revalorización de la imagen del emperador y la comparación histórica desfavorable de las «antiguas Cortes» con las modernas. Como avance de un libro sobre *Las ideas políticas de los españoles bajo la Casa de Austria* que no llegó a terminar, expuso sus argumentos en diferentes discursos, prólogos a libros y artículos aparecidos en las revistas de alta divulgación. Por ejemplo, en «Carlos V y las Cortes de Castilla» publicado en *La España Moderna,* después de criticar el concepto de las «libertades» defendidas por las viejas Cortes y las limitaciones de sus procuradores, «tan sólo apegados entonces á los intereses positivos é inmediatos de los españoles que representaban», negaba el carácter

[54] Cánovas del Castillo (1851-1852). La cita entrecomillada es de Figueroa y Torres (1947), p. 184.

[55] Morel-Fatio (1878), p. 167; Cánovas del Castillo (2004); Yllán Calderón (1985), pp. 34-61, 154-197 y 229-256; Castro Alfín (2004).

popular de los comuneros y del movimiento de las Comunidades, para concluir afirmando que

> las Cortes de Castilla no murieron á manos de Carlos V ni de ningún monarca tiránico. Una mujer debilísima, cual fue la Reina Gobernadora Doña Mariana, acabó por inútiles, con ellas, sin que los magnates, que tanto influjo tuvieron, y se agitaron tanto durante su gobierno pretendiesen, cuando todo lo pretendían, pertenecer á ellas, ni las defendieran lo más mínimo, ni, por su lado, las echara el pueblo de menos. Quedó sólo aquel gran nombre tradiciones para citado ó recordado en ocasiones extremas…[56].

En estas breves páginas, Cánovas se cuidaba de condenar «las aventuras inútiles del gran periodo de nuestra historia, aventuras que todavía celebran incondicionalmente los más de los españoles con orgullo altísimo, al paso que condenan los gastos y miserias que de política tal tenían forzosamente que derivarse». Sin embargo, no dudaba en justificar todas las decisiones políticas del «grande Emperador y Rey de España», al que no se puede «negar, cuando menos, la disculpa que las ambiciones gloriosas de Luis XIV, de Napoleón I y de Guillermo III tan fácilmente obtienen de los políticos é historiadores de otras naciones, y aun de la nuestra»[57]. Poco antes, en unos párrafos autobiográficos de gran interés, había dado el paso hacia delante al deslizar un comentario sobre Carlos V y la historia de la unidad de la nación española:

> Triste, pero honrado papel, permítaseme decirlo, me ha tocado á mi en lo referente a la historia de España, que durante algunos años he cultivado con cierto empeño. Nací y he vivido entre españoles, justamente soberbios de su grandeza antigua; pero poco curiosos por inquirir y analizar los motivos que la originaron y las causas por que decayó tan brevemente: convencidos de que tal decaimiento es excepción, y natural estado el de su grandeza, sin sospechar siquiera que á esta tierra, ó á sus habitadores en general, se deba la inferioridad en que nos hallamos ahora respecto á los demás pueblos numerosos y de límites extensos: seguros, por último, de que ciertos Reyes y ciertos ministros, algunas instituciones y algunas leyes, eclesiásticas ó profanas, son las causas únicas del doloroso cambio de fortuna que experimenta España. De poco tiempo que mi agitada vida me ha consentido

[56] Cánovas del Castillo (1889), pp. 85 y 114-115.
[57] *Ibid.,* p. 91.

> dedicar á los libros, he consagrado ya bastante á desvanecer tales errores, y no sin éxito, pues las más de aquellas ideas mías, que un día se tuvieron por paradojas, comienzan á hacerse vulgares, siendo patrimonio común hoy todos, ó la mayor parte de mis puntos de vista sobre la historia de nuestra nación, que como tal no existe sino desde que en Carlos V se unieron con castilla, Aragón y Navarra […]. El patriotismo que en el alma siento es tal y tan grande, que fácilmente puedo desdeñar tamaños errores de crítica, y proseguir mi empresa[58].

En unos momentos donde el mundo de la cultura y el de la política eran dos esferas de actividad completamente interrelacionadas, el estudio de la historia de España y de sus reyes de mayor grandeza debía afrontarse de forma acorde con el patriotismo y el nuevo concepto de nación creado por el Estado de la Restauración. Como no podía ser de otra manera, los dos elementos fundamentales (monarquía y Cortes), que componían el principio de la «constitución interna» manejado por Cánovas, aparecían inevitable y sustancialmente vinculados a la historia de España. Esta identificación no era en sí misma un fenómeno nuevo; sin embargo, en el último tercio del XIX, suponía una transformación de su contenido ideológico, político e historiográfico. En este terreno, la aplicación de estos valores ideológicos al estudio del pasado nacional, además de una toma de posición política, significaba una revisión conservadora de la historia patria que, si bien tenía similitudes, presentaba claras diferencias con la definida en los tiempos del moderantismo.

A partir de aquí, debemos entender las inquietudes del político canovista Manuel Danvila por afirmar el origen histórico de la monarquía española. Y, retomando las interpretaciones anunciadas por el primer marqués de Pidal, también podemos comprender sus esfuerzos por establecer la continuidad en el incremento de su poder durante los reinados de los Reyes Católicos, Carlos V y Felipe II. En buena medida, Danvila hizo suyo el proyecto de Antonio Cánovas de construir una nueva imagen histórica de los Austrias al plantearse la necesidad de «comenzar la rectificación de la Historia del movimiento revolucionario de España en el primer tercio del siglo XVI»[59]. De ese modo, mientras preparaba la edición de su gran obra sobre *El poder civil en España* (1885-1886), desde 1881 en adelante, dio a la luz un ensayo acerca de *Las libertades de Aragón,* una alocución académica dedicada a las *Germanías de Valencia* (1884) y seis volú-

[58] Cánovas del Castillo (1883), II, pp. 126-127, la idea en Pro Ruiz (2000), p. 234.
[59] Danvila y Collado (1897), XXXV, p. 49.

menes sobre la *Historia crítica y documentada de* las *Comunidades de Castilla* publicadas en el *Memoria Histórico Español,* la publicación académica que dirigía. En todos estos trabajos, además de cuestionar el carácter de «revolución nacional» de estos movimientos y hacer desaparecer lo social como referente, invirtió la naturaleza de los mismos hasta convertirlos en unos levantamientos medievalizantes frente a la modernidad cristiana e imperial representada por la monarquía de Carlos V[60]. Esta interpretación sería compartida por otros académicos conservadores como el numerario zamorano, marino y ayudante de campo de Alfonso XIII, Cesáreo Fernández Duro. En la contestación al discurso de ingreso de Danvila en la Real Academia de la Historia (1884), acompañando a su crítica de las tesis liberales y defensa del reinado del emperador Carlos, intentó minimizar la importancia política de las dos revueltas (comunera y agermanada) al apuntar la posible caracterización del primer alzamiento como un movimiento pura y simplemente «antifiscal».

En la práctica, el programa revisionista de Cánovas pasaba por hacer académicos a sus amigos políticos; pero, por encima de todo, estaba dirigido a anular la enorme difusión y el predominio alcanzado en el mercado editorial por la *Historia de España* de Modesto Lafuente. No en vano, desde finales de la década de 1850, la obra del palentino había impregnado la conciencia histórica de los lectores, empapando con sus interpretaciones del pasado los espacios públicos y privados de la *cultura nacional española*. Elevada a la condición de negocio más que rentable tanto para su cuñado el editor Francisco de Paula Mellado (artífice de la Biblioteca Española, una de las colecciones más amplias de la época) como para sus herederos, la empresa Montaner y Simón se hizo con los derechos de la obra. Entre 1877 y 1882, la editorial barcelonesa la volvió a editar en seis volúmenes lujosamente presentados, revisada y ampliada por el famoso escritor y liberal sagastino Juan Valera (entre 1887-1890, se lanzó una edición más popular y manejable de la anterior edición en 25 volúmenes y, todavía, apareció una nueva reedición, entre 1919-1934, en 28 volúmenes)[61].

En esta reedición, la imagen «brillante y sombría» del rey-emperador se mantenía en los términos establecidos por el famoso editor de *Fray Gerundio* y cuya representación seguiría penetrando en la cultu-

---

[60] Danvila y Collado (1881, 2016); López Vela (2004a) y (2004b), p. 237; Jover (1992), pp. 76 y 98-99; Viciano (2016), pp. lvii-lxxi.

[61] Lafuente (1877-1882); Martínez Martín (2001), p. 205; Sánchez García (2001), p. 123.

ra histórica de varias generaciones de españoles, cuando menos, hasta los tiempos de la Segunda República. Y es que, como se ha dicho, Lafuente no podía haber sido más claro al exponer en su *Discurso preliminar* lo poco de bueno y lo mucho de malo de aquel reinado:

> La idea de tener un rey, en cuyos estados no se ponía jamás el sol, era demasiado brillante para que dejara de ir halagando a los españoles. Veíanle desplegar talentos militares y políticos; veíanle acometer empresas gigantescas y rematarlas con felicidad, veíanle representar el primer papel en el mundo; veíanle triunfar casi a un tiempo en Méjico y en Italia, vencer a Montezuma y hacer prisionero a Francisco I; y que los capitanes y soldados españoles recogían a su sombra larga cosecha de lauros. Y ofuscados por el brillo de las adquisiciones y de las hazañas, iban olvidando poco a poco la pérdida de sus libertades, la emigración de sus tesoros y de sus hijos, con cuya sangre se compraban aquellos lauros. Llegaba a España el ruido de las victorias, pero no llegaban los lamentos de sus víctimas. No se reparaba que los brazos que iban a manejar la espada en remotas tierras se robaban a la agricultura y a las artes; que allá iban a ganar reinos que no habían de poder conservarse, o a imponer la esclavitud a otros pueblos o a decidir cuestiones de amor propio entre príncipes rivales, mientras aquí se paralizaba la industria interior, y se agotaba la sangre de los hombres y la sangre del pueblo. Las cortes permanecían mudas, y sólo hablaban los partes de las batallas. Así España se acostumbraba a entregarse a un hombre. Al fin este le daba glorias. Cuando pasada una generación le falten las glorias, continuará atada a la voluntad de un hombre por más de una generación[62].

En este sentido, aunque no podemos afirmar con rotundidad que el proyecto de Cánovas de revisar la historia de la nación española mediante la publicación de una *Historia general de España, escrita por individuos de la Real Academia de la Historia* fuera un fracaso en su totalidad, sí lo fue en lo referente a sus propósitos de anular esta interpretación histórica de los Austrias. Después de todo, se trataba de una imagen negativa socializada en varias generaciones de lectores y estudiantes españoles por las numerosas versiones populares de la *Historia* de Lafuente y sus resúmenes en los compendios de segunda enseñanza. Por eso, precisamente, el profesor José María Jover advirtió que «al abordar la lectura de los manuales escolares de la era canovista debemos ir dispuestos a la posible sorpresa de no encontrar

[62] Lafuente (1877-1882), I, p. xxiii y (2002), p. 77; Pérez Garzón (2002).

en ellos esa exposición especialmente detenida y minuciosa de la época de la Casa de Austria que sería de esperar, teniendo en cuenta la primacía otorgada por don Antonio Cánovas a tal periodo en la trayectoria histórica de la nación española»[63].

Al lado de esto, conviene no olvidar otras cosas. Por lo pronto, pese a su momentáneo alejamiento de la política oficial, importa tener presente el calado social y la consistencia intelectual adquirida por una corriente cultural periférica que aglutinaba diversas tendencias y nutría la retórica historicista de su lenguaje con un caudal de imágenes «antiaustracistas». En general, circulando por las fronteras del conocimiento académico, sus propuestas y discursos, siempre en disputa con los conservadores, sirvieron para llenar de contenidos plurales y heterogéneos a la *cultura nacional española* del ochocientos. De este venero historiográfico se alimentaba la amplia mitología progresista, republicana, federalista, democrática y socialista y, en sus relaciones dialécticas, un manantial ideológico y filosófico de cuyas ideas bebía la «impresión histórica vulgar» (en frase del gobernador del Banco Hipotecario y académico Francisco Laiglesia) o, por decirlo con palabras de Emilio Castelar, la «historia popular y democrática»[64]. Así, situados en los márgenes del *canon* de la historia oficial, una serie de grupos, movimientos o «escuelas» que se sucedieron a lo largo del siglo (desde los patriotas «comuneros» del Trienio Liberal hasta los republicanos y los krausistas de la Restauración, pasando por los foralistas de las regiones, los primeros historiadores socialistas del movimiento obrero y los regeneracionistas finiseculares) mantuvieron viva la imagen en negativo del primero de los Carlos V y de su Imperio europeo.

Y es que no sólo durante el Sexenio el mito comunero había quedado fijado en la tradición republicana con los fajines tricolores (rojo-gualdo-morado) de los concejales madrileños que celebraron el triunfo de la Gloriosa y los nombres de los jefes de la rebelión grabados con letras de oro en las paredes del Congreso (en 1873, explica Enric Ucelay da Cal, los concejales «se los hicieron, en exclusiva, del mismo púrpura del pendón castellano, estilo que sería recuperado en 1931. Con la renovación republicana, ya en tiempos del predominio sagastino, en plena Restauración alfonsina, esta reivindicación de los burgos y las Cortes perduró hasta convertirse en la franja morada de

[63] Jover (1997), p. 101; Boyd (2000), p. 87.

[64] Laiglesia (1909), pp. 6-7; Castelar citado por Vilches (2001), p. 69; Pérez Garzón (2002), pp. lxxvii-lxxix.

la bandera republicana»)[65]. Junto a la simbología del color, la vigencia del discurso y su capacidad de impresión en la conciencia histórica de amplios sectores liberales progresistas y democráticos, lo demuestra el párrafo escrito por el joven opositor aragonés, krausista y republicano, Joaquín Costa: «Concluye en 1521 año en el cual definitivamente se derrumba el régimen municipal, y con él puede decirse que el feudal, en la desventurada rota de Villalar, se conquista la América, donde amanecerá una nueva edad para la humanidad, sobre las bases de aquellas mismas libertades que espiraban con el movimiento de las comunidades, y se inaugura el protestantismo que anuda nuestra historia con la de Europa, y va á ser el bafio donde zozobrará la nave de nuestra nacionalidad y se torcerá el curso de nuestros destinos»[66].

De igual modo, lo prueba el párrafo del federalista catalán y expresidente de la República Francisco Pi y Margall, dedicado a recordar que «Castilla fue, entre las naciones de España, la primera que perdió sus libertades; las perdió en Villalar, bajo el primer rey de la casa de Austria. Esclava, sirvió de instrumento para destruir las de otros pueblos: acabó con las de Aragón y las de Cataluña bajo el primero de los Borbones»[67]. También resulta indicativa la consideración de las Comunidades como el suceso más importante de la historia de España y la insistencia en Padilla, Bravo y Maldonado, de otro «soldado» del republicanismo federal como fue el escritor abulense Enrique Rodríguez-Solís[68] o, por citar dos últimos ejemplos: mientras, en 1870, el gran propagandista político cartagenero y emigrado casi perpetuo, Fernando Garrido, definió el levantamiento comunero como un momento cumbre de la lucha de clases entre las clases medias y la aristocracia[69]. En 1896, el tipógrafo socialista madrileño metido a historiador Juan José Morato (tomando como guías historiográficas la *Historia de España* de Lafuente y *el Compendio de Historia de España* de Felipe Picatoste de 1884, intentó aplicar un enfoque marxista a la historia española dividida en cuatro periodos: comunismo primitivo, esclavitud, servidumbre y salariado) persistía en condenar, esta vez en términos económicos, la figura del emperador porque «el resultado del reinado de Carlos I fue dejar a España empobrecida y empeñada en guerras sin término por mantener una vasta extensión territorial. La deuda pública creció considerablemente, y […] se cegaron muchas

---

[65] Ucelay-Da Cal (2005), p. 263.

[66] Costa (1996), pp. 74-75.

[67] Pi y Margall (1973), p. 90.

[68] Rodríguez Solís (1892), I, pp. 274, 327 y 388-397; Peyrou (2002a); Fernández Rodríguez (2005, 2006).

[69] Garrido (1870), p. 233; Peyrou y Pérez Ledesma (2009).

fuentes de la riqueza. No fue más próspera, sino todo lo contrario, la situación de España bajo el dominio de Felipe II»[70].

De todas formas, si volvemos la mirada hacia el mundo del academicismo institucional, es importante reiterar las dificultades internas que tuvo la misma historiografía oficial para trasplantar a la práctica historiográfica los propósitos políticos de rehabilitar el recuerdo histórico del primero de los Austrias. Así, por ejemplo, el propio Cánovas –director nominal de la académica *Historia general de España*– nunca llegó a entregar a la imprenta la parte que se reservó sobre la dinastía austriaca. Al lado de esto, una prueba concluyente de la condición indigente en la que se encontraban los estudios históricos sobre el emperador en los años finales del siglo la encontramos en la «Bibliografía de Carlos V» reunida por el banquero erudito, mecenas y coleccionista carolino Francisco Laiglesia[71]. En el listado, junto al pequeño número de referencias nacionales, se aprecia con facilidad que el tradicionalista conde de Fabraquer fue el único escritor español que publicó una monografía del monarca de cierta entidad en todo el siglo XIX (cultivó los distintos géneros literarios, destacando el drama *Antonio Pérez y Felipe II. Drama histórico original en cinco actos en prosa y verso* de 1837 y la *Historia política y militar de la guerra de la Independencia de España contra Napoleón Bonaparte desde 1808 á 1814,* aparecida en 1833)[72].

Más en concreto, resulta indicativo del restringido interés demostrado por la historiografía académica española hacia el emperador el siguiente dato: entre 1877 y 1902, de los 265 artículos publicados sobre el siglo XVI en el *Boletín de la Real Academia de la Historia,* ninguno de ellos estuvo dedicado a estudiar directamente la figura de Carlos V. Los escasos informes y trabajos que centran su atención en la época del primer Habsburgo no pasan de ser un cúmulo de noticias de libros publicados sobre la batalla de Pavía, mezcladas con la edición de documentos de alguno de sus capitanes, la relación de sus cronistas y unas cuantas reseñas de diferentes trabajos realizados por el alemán Konrad Haebler y otros autores extranjeros[73]. Lo mismo sucederá con el *Memorial Histórico Español,* la otra publicación periódica de la Academia dedicada a la «colección de documentos, opúsculos y antigüedades» que, entre 1851 y 1915, sólo editó sobre el periodo los seis volúmenes de la mencionada *Historia crítica y*

---

[70] Morato (1897), citado por Martín (2009), pp. 269-270.
[71] Laiglesia (1908), pp. 401-431.
[72] Muñoz Maldonado (1862).
[73] Peiró (2006), pp. 269-323.

documentada de las Comunidades de Castilla del valenciano Manuel Danvila.

Se trata de un escueto balance bibliográfico que, si pretendiéramos ser exhaustivos, casi tendríamos completo con la referencia a los textos intercalados en los caóticos 115 volúmenes de la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España* (1842-1895) o las adiciones a las distintas *Colecciones de Cortes* de los antiguos reinos peninsulares. A continuación, con la reedición en 1846-1847 de la *Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V* del cronista de Felipe II fray Prudencio de Sandoval (hasta 1910 fue la fuente narrativa más utilizada por los historiadores carolinos; sin embargo, la publicación de los *Anales del emperador Carlos V* del sacerdote Francisco López de Gomara, por el norteamericano Roger Bigelow Merriman, le restó casi todo el mérito al demostrar que Sandoval, en parte, había plagiado a López de Gomara y, en parte, había compilado con poco criterio trabajos de cronistas coetáneos a Carlos V)[74]. También, con la publicación en 1852 en la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra de la *Relación de las Comunidades de Castilla,* libro II de la *Historia del emperador Carlos V* de Pedro Mexía (el texto íntegro lo editó J. Deloffre en 1918 en la *Revue Hispanique* y, en 1945, pasó a formar parte de la *Colección de Crónicas Españolas* dirigida por Juan de Mata Carriazo y Arroquia). En esta relación, quizá, se podría incluir la traducción realizada por el escritor de zarzuelas y comediógrafo Luis de Olona de los *Comentarios de Carlos V,* publicados por el aristócrata historiador y político católico belga Kervyn de Lettenhove en 1862 (reprentante de la importante corriente de la historia nacional belga interesada por el emperador iniciada por Louis P. Gachard, primer extranjero que recibió autorización para trabajar en Simancas y autor de la voz, Charles Quint para el gran repertorio *Biographie nationale* belga, continuada por Alexandre Henne y que alcanza a los padres de la profesionalización Paul Frederiq y Henri Pirenne hasta llegar, en las décadas de los cincuenta-sesenta, a Charles Verlinden)[75] y, acaso, el pequeño opúsculo *Estancias y viajes de Carlos V (desde el día de su nacimiento al de su muerte)* del marqués de la Foronda (citado como ejemplo de los numerosos folletos y artículos breves publicados sobre el tema durante la época de la Restauración). Más adelante, Manuel de la Foronda lo convertirá en un voluminoso libro añadiéndole un amplio apéndice documental que fue distinguido con el premio al Talento de

[74] Merriman (1912, 1925).

[75] Gachard (2014); Janssens (2014).

la Real Academia de la Historia de 1915 y le abrió las puertas de la corporación donde ingresó, en junio de 1916, con el discurso «Mayordomos de Casa y Boca de Carlos V»[76]. Al final, esta breve panorámica de la erudición carolina podría ampliarse si incluyéramos los debates abiertos en los círculos de numismáticos y expertos en heráldica y blasones del país acerca del emblema de las «dos columnas de Hércules» y del «Plus Ultra» como divisa (diseñada en 1516 por su médico, el humanista milanés Luigi Marliano, probablemente con motivo del decimoctavo capítulo de la Orden del Toisón de Oro en la catedral de Santa Gúdula en Bruselas)[77]; cuestión bien conocida, sin duda, por todos ellos, pero que difícilmente podía trascender al público general de las clases medias y populares.

En fin, apenas informada por el saber histórico y casi nada por la política oficial, no sorprende que la fortuna del emperador entre los españoles del XIX fuera escasa. En la conciencia histórica y en la memoria colectiva que conformaba lo legendario del grupo y los recuerdos comunitarios de la *cultura nacional,* Carlos I se mantuvo como una imagen borrosa, un personaje vacío, desplazado por los escenarios conmemorativos ocupados por otros hombres y acontecimientos. En ningún momento del ochocientos –ni en 1858 ni mucho menos en 1898–, su imagen formó parte del espacio político conmemorativo. Y nunca las campanas de las infinitas iglesias españolas doblaron para celebrar las gestas militares de las águilas imperiales en Europa o las fechas significativas de la vida del monarca habsbúrgico. Por eso, parece oportuno pensar cómo, frente a los valores militaristas derivados de la «cultura de la guerra» europea e imperial en la que estuvo inmersa la sociedad española de los siglos XVI y XVII, a partir de 1808, todo el XIX y las primeras décadas del XX que desembocan en 1936 se caracterizan por una «cultura de la guerra civil» (concepto que el historiador Jean-Clément Martin conecta con el nacimiento de las naciones en el siglo XVIII)[78]. Andando el tiempo, el «liberal» Gregorio Marañón, quien tenía muy presente la experiencia de 1936-1939 y vivía la «normalidad» de su colaboracionismo activo con la dictadura franquista, interpretó las Comunidades como representación de los antagonismos, «típicos de una guerra civil, que quedaron como rastro prolongado de la querella en la sociedad española de la época»[79]. Sin

[76] Foronda (1895, 1914, 1916).

[77] Mínguez (2003), pp. 56-57.

[78] García Hernán (2006); Martín (2007), pp. 134-156; Canal (2004); Ucelay-Da Cal (2004); González Calleja (2008).

[79] Citado por Seco Serrano (1959), p. 55; López Vega (2011), pp. 375-378 y 519.

embargo, hasta que llegara la Guerra Civil, muchas cosas habían sucedido con las imágenes y representaciones históricas del emperador.

De hecho, si retomamos el camino recorrido por la historiografía académica carolina, el contraste temporal de los recuerdos históricos de la época del moderantismo con los de la historiografía oficial restauracionista, produce la impresión de que esta última se contentó con la reivindicación ideológica y culturalista del siglo XVI pero manteniendo la fragmentación del pasado en relación con la imagen histórica del hijo de Felipe el Hermoso. Conviviendo con la fortísima inercia de la tradición liberal progresista y las valoraciones críticas de las distintas historiografías «periféricas» finiseculares, es evidente que su figura y su Imperio europeo fueron aceptados por los historiadores académicos de finales de siglo como parte fundamental de la historia de España. Sin embargo, también es verdad que siempre lo hicieron de forma retrospectiva, acorde con el nacionalismo conservador y defensivo propugnado por el líder político malagueño y la pasiva subordinación de los gobiernos españoles a la política imperialista seguida por las grandes potencias a partir del Congreso de Berlín.

Todo lo contrario iba a pasar con el Imperio de Indias, un asunto en el que la Real Academia de la Historia, como máximo exponente de la historiografía oficial, se implicaría participando directamente en el desarrollo del americanismo como corriente «científica» y en la creación de un clima de opinión donde lo americano se incluía como una parte de la historia nacional española. En el umbral de 1892, las actividades de la institución se centraron en el nombramiento de varias comisiones especiales que, encargadas de dilucidar temas como el desembarco de Colón en el Nuevo Mundo y de la publicación de documentos americanos, vinieron a completar la labor de la Comisión Permanente de Indias. Como se ha dicho, al tiempo que las noticias sobre la historia de América ocuparon buena parte de las páginas del *Boletín* corporativo, los académicos, encabezados por Cánovas del Castillo, se pusieron al frente de la organización de la «gloriosa efemérides» del IV Centenario del Descubrimiento. Y aunque, de aquella combinación de condiciones académicas e intereses políticos dirigidas a convertir a España en la protagonista del Descubrimiento y en la gestora de la historia americana, apenas quedó nada tras el 98, lo cierto es que, como manifestaba el geógrafo institucionista Rafael Torres Campos, de allí surgió una tradición historiográfica caracterizada por su intención de «realizar una obra científica: el estudio de la colonización española»[80]. Y, de otro lado, como un efecto de los mul-

[80] Torres Campos (1901), p. 2.

tiples artefactos culturales que sirvieron para la formación y perpetuación de «totalisations eurocentriques»[81], se impulsó el nacimiento de una confusa ideología vinculada a la institucionalización del 12 de octubre como fiesta nacional (el «Día de la Raza») y a la *Hispanidad,* un concepto que «iniciaba su singladura por las borrascosas aguas ideológicas españolas»[82]. Para bien o para mal, ninguna de estas cosas existía en el programa dedicado a investigar el tema carolino.

En último término, la impresión de pobreza y abandono se acentúa al compararla con lo que estaba pasando en el universo de la historiografía continental. Al fin y al cabo, desde que el historiador de origen alemán Karl Lanz, a quien la Academia Imperial de Ciencias Históricas de Viena le ofreció en 1851 la edición de la segunda sección de los *Monumenta Habsburgica,* publicara la «correspondencia de Carlos V y papeles de estado para *la Historia de Carlos V*» (1844-1846), en los distintos países europeos se estaban sucediendo toda una serie de colecciones de documentos seleccionados, trabajos de erudición con abundantes apéndices documentales, importantes obras biográficas, libros de síntesis e interpretación sobre el Imperio[83]. En España, mientras tanto, la excepción a la regla estaba representada por un puñado de estudiosos, en su mayoría eruditos profesionales conocedores de la bibliografía extranjera, que comenzaron a interesarse por la investigación «metódica» del reinado del primer monarca de los Austrias. Alentados por el positivismo de su tiempo, este grupo de archiveros-historiadores habían aprendido en la Escuela Superior de Diplomática tanto una concepción de la metodología histórica como la convicción de que la historia nacional sólo podía investigarse con el apoyo científico de los «documentos» y «monumentos» históricos.

Lo he dicho varias veces, pero conviene recordarlo: durante la Restauración, la intrincada relación que los miembros del Facultativo de Archivos establecieron con las elites politico-culturales del periodo y, particularmente, con Antonio Cánovas del Castillo, los convirtió en los guardianes por excelencia de la imagen oficial de la historia, cuyo rigor científico quedaba garantizado por los métodos positivos de la historia erudita[84]. A la cabeza de todos ellos, el facultativo madrileño y bibliotecario de la Academia de la Historia Antonio Rodríguez Villa

---

[81] Rabasa (2002), p. 216.

[82] Serrano (1999), p. 323; Sepúlveda (2005), pp. 155-175; Marcilhacy (2010, 2016); Rodríguez (2004).

[83] Rudolf (2000), p. 335; Janssens (2014), pp. xxxix-liii.

[84] Peiró y Pasamar (1996), pp. 164-174; Peiró (2006), pp. 142-151.

que, en 1875, publicó unas *Memorias para la historia del asalto y saqueo de Roma en 1527 por el ejército imperial,* fue una de las pocas individualidades que orientaron sus trabajos hacia el siglo XVI y la figura de un emperador en cuyo reinado consideraban que sobrevino la plenitud de la monarquía española. El canovista y académico desde 1891 pasa por ser uno de los pioneros en dar noticia de los principios de *l'école méthodique* y el erudito profesional, «especialista» en la historia moderna española más destacado de su época. Recogiendo lo mejor y lo peor de la historiografía de la época, fue en este ambiente de culto bibliofílico y compilador donde, de manera muy restringida, se inició el reencuentro de los historiadores españoles con el sucesor de Maximiliano, pues, como diría «el hacendista enamorado de la grandeza de Carlos V» Francisco Laiglesia en su discurso de recepción en la Real Academia de la Historia:

> Fácil sería la tarea de fijar los textos en que se afirma que el levantamiento de las Comunidades y su disolución después de Villar, determinó en España una crisis que transformó esencialmente sus instituciones políticas; pero sería pueril cosa hacer gala de fácil erudición para justificar un hecho notorio, que la impresión histórica vulgar, aprendida en tantos libros, sentida en tantas leyendas, reflejada en los acuerdos solemnes de las Cortes, es que Carlos V destruyó las libertades municipales al pacificar el país en 1521, fortaleciendo arbitrariamente las facultades y prerrogativas de la Corona. Los escritores más ilustres, los nombres más populares han unido de tal suerte sus palabras á estas afirmaciones, que sería irrespetuoso en mí citarlas siquiera; pero como los fueros de la verdad se imponen en este recinto á todas las autoridades críticas ó personales, preciso es consignar, apoyado en los textos legales y recordando la frase de Cánovas del Castillo, nuestro inolvidable Presidente, que Carlos V continuó la historia de España en todos los días de su glorioso reinado, convocando y celebrando Cortes, como sus antecesores, pidiendo servicios como ellos, contestando en la misma forma que antes se hacía las peticiones de los Procuradores, y no modificando en nada, absolutamente en nada, las iniciativas y prerrogativas populares […]. El cesarismo, la tiranía, el poder personal con que se sustituyó el régimen paternal de los Reyes Católicos vibra con extraordinario vigor en la elocuente retórica de muchos escritores; pero no se apoya en ningún acto real del poder público, que tendiera siquiera á transformar la organización política establecida[85].

[85] Laiglesia (1908), pp. 6-7 y 55.

A comienzos del siglo XX, la imagen del emperador parecía resplandecer definitivamente entre quienes se creían «los favoritos de Clío» y, desde 1875, habían fundamentado la «continuidad» monárquica entre las dinastías de los Habsburgos y los Borbones restaurados. Sin embargo, esto sucedía en el marco de un desprestigio de la historiografía académica y al calor de un nacionalismo conservador que estaba buscando su lugar ante la crisis del Estado liberal. Al respecto, conviene adelantar que la reconciliación definitiva de la historiografía modernista española con el fundador de la Casa de Austria será un hecho extraordinariamente tardío que sólo se resolverá a principios de la década de los sesenta del pasado siglo XX.

Triángulos interculturales: la recepción española de la historiografía europea sobre el emperador

Vistas así las cosas, nada tiene de extraño que la recepción en España de la historia europea del emperador se caracterizara, primero, por la larga pervivencia de obras pertenecientes al *gran siècle* ilustrado; también, por lo indeterminado e impredecible de las traducciones y, en consecuencia, por la difícil, aislada y lenta difusión de los principales relatos sobre el personaje y su reinado. En perspectiva caballera, tratándose de procesos culturales cuyos pasos no siempre son fáciles de seguir, para explicar algo de esta situación, he recurrido al amplio repertorio de textos históricos europeos dedicados a la vida y la política de Carlos V. De todos ellos, he seleccionado como más representativos de tres ámbitos de producción histórica, generadores de influencias y triángulos interculturales en sus relaciones con España, los trabajos del escocés William Robertson, del alemán Hermann Baumgarten y del francés Alfred Morel-Fatio.

Mirando hacia el interior, la lectura contextualizada de estos libros confirma, antes de nada, las carencias de la cultura histórica española y el poco interés que despertaba en el mercado del libro la temática carolina. Y permite, a la vez, descubrir las interferencias ideológicas, las estrategias de poder académico y el papel de las instituciones como iniciadores de los procesos de traducción y recepción historiográfica. Son tres aspectos que, además de marcar las pautas seguidas en el espacio de las transferencias culturales, resultan necesarios para la comprensión de las expectativas de la sociedad receptora ante unas obras pensadas para otros públicos (incluidas aquellas cuya naturaleza en origen podrían parecer heterodoxas o críticas). Y sirven, al mismo tiempo, para evidenciar la existencia en el

marco de la cultura de destino de un amplio abanico de reflejos defensivos e intereses de todo tipo que resultan determinantes para que no todo lo conocido se seleccione para ser traducido[86].

Del conjunto de obras de síntesis e interpretación del reinado de Carlos V, la más antigua, conocida y celebrada hasta finales del siglo XIX se debe al historiador escocés William Robertson (1721-1793)[87]. Considerado uno de los representantes más destacados de la *Enlightenment* o Ilustración escocesa, junto a autores como Adam Ferguson, Adam Smith, lord Kames, David Hume, John Millar, James Dunbar o Edward Gibbon, alcanzó el reconocimiento de sus contemporáneos con *The History of Scotland during the Reign of Queen Mary and of King James VI till His Accession to the Crown of England* (1759). Pastor de la Iglesia presbiteriana, *whig* leal a la dinastía hannoveriana, comprometido con los principios del gobierno constitucional y de la libertad civil y religiosa, su éxito como historiador le valdría, entre otros honores, el nombramiento de rector de la Universidad de Edimburgo (1762), cargo que desempeñó hasta su muerte. Fundador de la *Select Society* de Edimburgo (1754) y, en unión de Adam Smith, Hugh Blair y Alexander Wedderburn, de la *Edinburgh Review* (1755), durante su rectorado transformó la universidad en uno de los focos intelectuales más importantes de Europa e impulsó la creación de la *Royal Society* de Edimburgo (1783). Cumplido el séptimo año de su rectorado, dio a la imprenta la monumental *The History of the Reign of the Emperor Charles V,* a la que siguieron *The History of America* aparecida en 1777 (prestando especial atención a las figuras de Colón, Hernán Cortés y Pizarro, el libro se centra en el estudio objetivo del descubrimiento, conquistas y colonización de los españoles)[88] y, en 1791, apareció el ensayo *An Historical Disquisition concerning the Knowledge which the Ancients Had of India,* en el que revalorizaba la antigua civilización india y realizaba un llamamiento a las potencias europeas presentes en la India para que evitaran los abusos de poder.

La historia del reinado de Carlos V publicada en Londres en 1769 fue la obra que le consagró como uno de los historiadores europeos más importantes de la época de las Luces[89]. Dividida en dos partes claramente diferenciadas, en la primera (subtitulada *A View of the*

---

[86] Carbonell i Cortés (1998), pp. 193-196; Lafarga y Pegenaute (2004).

[87] Brown (1997); Schweitzer (1998). Agradezco las informaciones sobre este autor al meticuloso investigador del siglo XVIII Fernando Baras Escolá, autor de un adelantado prólogo a *La historia del reinado de Carlos V* que, en la actualidad, sigue inédito.

[88] Robertson (1840b, 1826).

[89] Robertson (1769, 1856).

Progress of Society in Europe, from the Subversion of the Roman Empire, to the Beginning of the Sixteenth Century), Robertson realiza una síntesis notablemente elaborada de la Europa medieval. Con abundante uso de fuentes primarias y un amplio aparato crítico, ofrecía al lector culto de finales del setecientos una interpretación compleja y matizada de un periodo histórico, como el medieval, sobre el que existía una enraizada prevención ideológica e historiográfica. Es en la segunda parte, que responde exactamente al título del libro, cuando se centra en el reinado de Carlos V. Con una forma esencialmente narrativa, el autor escocés no realiza una biografía histórica ni un estudio de la monarquía hispánica, sino una descripción histórica del Imperio carolino y del sistema estatal europeo de la época. Desde estos presupuestos, el reinado de Carlos V se interpreta como el final de la idea de una monarquía universal que da paso al moderno sistema de Estados independientes de Europa, unidos por un compromiso compartido de mantener un equilibrio de poder *(balance of power)*. Entre los diferentes temas del libro, la Reforma, al igual que había hecho en la *History of Scotland,* la trata de manera objetiva, situándola en el contexto político secular.

Utilizada como autoridad principal por toda la historiografía occidental, hasta mediados del XIX, en que comenzaron a ver la luz las primeras monografías sectoriales del belga Alexandre Henne (1858), del italiano Giuseppe de Leva (1863-1867) o del historiador luterano de la Universidad de Leipzig Wilhelm Maurenbrecher (1865), el lugar ocupado en la literatura histórica española por la *Historia del reinado del emperador Carlos Quinto* de Robertson siguió aumentando durante todo el siglo (en 1856, ampliada con una «Relacion de la vida del Emperador despues de su abdicación», escrita por el hispanista norteamericano William Hickling Prescott, se realizó una reedición bajo el título de *History of the Reign of Charles The Fifth*). Y todo esto, claro está, por el vacío que presentaba la investigación de la historia nacional en relación con la temática carolina. Contando con la versión expurgada por Félix Ramón Alvarado de 1821 y la primera edición completa realizada, en 1839, por José María Gutiérrez de la Peña, desde entonces, se convirtió en la referencia obligada al ser la única narración que proporcionaba en castellano la materia y la imagen europea sobre el Imperio[90]. De ella tomaron sus ideas tanto Martínez de la Rosa (Jean Sarrailh anotó que la utilizó como fuente en la elaboración de su *Bosquejo histórico de la Guerra de las Comunidades*) como el conde de Fabraquer y los diferentes autores

[90] Robertson (1839, 1840a, 1846-1847).

de manuales, escritores de historia y eruditos que comenzaron a prestar atención al periodo imperial. Quizá sólo sea un dato pero, sin duda, muy revelador del valor adquirido por el libro de Robertson entre las clases medias cultivadas españolas: al analizar la lista de libros utilizados para realizar el segundo ejercicio de la oposición a la cátedra de *Historia de España* de la Universidad Central de 1875, el texto del autor escocés fue solicitado por todos los candidatos a quienes les tocó en suerte preparar los temas sobre el reinado de Carlos I (de las 116 lecciones de las que constaba el programa de la oposición 7 de ellas –de la 89 a la 95– estaban dedicadas al emperador)[91].

Mientras esto sucedía con el antiguo rector de Edimburgo, la suerte seguida en España por la *Geschichte Karls V* fue bien distinta: exceptuando a unos pocos iniciados, casi nadie se hizo eco de la gran biografía que el historiador alemán Hermann Baumgarten dedicó al emperador[92]. Y sin embargo, de entrada, las condiciones para su recepción se presentaban totalmente favorables, pues, como señaló Juan José Carreras, «medio siglo de historia en común y casi dos de común dinastía, explica que desde muy pronto algunas figuras y épocas de la historia española fuesen objeto de investigación. Es más, la historiografía profesionalizada que nace en el primer tercio de siglo forjó sus armas en cierta medida sobre fuentes y épocas hispánicas»[93].

En sus distancias e intermitencias, el padre de la historiografía alemana, Leopold von Ranke, se había ocupado de los cronistas españoles (desde Zurita a Sandoval), en su *Historia de los pueblos latinos y germánicos* (1824) y, en su segunda gran obra, *Los otomanos y la monarquía española en los siglos XVI y XVII* (1827), además de abordar el tema clásico de la decadencia, al trazar el retrato de los tres reyes iniciales de la Casa de Austria, construyó la primera imagen no distorsionada de Felipe II[94]. A partir de entonces, los Habsburgos hispanos no dejarán de ocupar a la conservadora historiografía universitaria alemana como parte fundamental de la gran política de la Edad Moderna. Si a esto le añadimos las citadas ediciones de fuentes carolinas de Karl Lanz o, por ejemplo, la amistad del bibliotecario Konrad Haebler con varios archiveros y académicos de la Historia (reflejadas en la publicación de *Prosperidad y decadencia económica de España durante el siglo XVI,* patrocinada por Francisco

---

[91] Peiró (2014), pp. 80-86.

[92] Baumgarten (1885-1892).

[93] Carreras Ares (1997), p. 253, y (2000), pp. 86-96.

[94] Ranke (1857); Escudier (1999), pp. 319-361; Boldt (2014), pp. 86-89 y 132-137; Juhnke (2015), pp. 43-58; Negro Pavón (2015).

Laiglesia)[95], tenemos el perfil de dos historiografías intermitentemente conectadas por ciertas temáticas y relaciones personales pero muy distantes en sus niveles institucionales y profesionales.

De aquellas distancias resulta un perfecto exponente el hecho de que la *Historia de Carlos V* mejor considerada en Europa durante el último tercio del ochocientos no se tradujera al español. Tomada como ejemplo de los difíciles pasos seguidos por este tipo de estudios en España, la recepción de la obra de Baumgarten (1825-1893) se encontró con una serie de obstáculos ideológicos y académicos que impidieron su traducción. Por así decirlo, los mismos historiadores españoles que leyeron su monografía sobre el emperador también debían tener noticia de las ideas sobre la España contemporánea vertidas por el catedrático de Historia de la Universidad de Estrasburgo desde 1872 (hijo y nieto de pastores evangélicos y hegeliano de izquierdas durante su juventud). Y es que, tratándose de un historiador político al estilo de Sybel y discípulo del combativo liberal Georg G. Gervinus, se había dado a conocer con la *Historia de España hasta la Revolución francesa* y la *Historia de España desde el estallido de la Revolución francesa hasta nuestros días,* escritos en el periodo que ocupó la cátedra de Historia Universal y de Historia de la Literatura Alemana en la Escuela Superior Técnica de Karlsruhe[96]. En el último libro, este prusiano, hijo y nieto de pastores evangélicos, hegeliano de izquierdas en su juventud y redactor del *Deutsche Reichszeitung* en 1848, el año de las revoluciones y la asamblea constituyente en la Paulskirche de Fráncfort, veía

> una España dominada desde sus orígenes, como Estado, por la Iglesia y por una monarquía aliada y las más de las veces instrumento suyo, [un país donde] la tradición de la monarquía católica se había encarnado hasta tal punto en el natural de los españoles, alentando sus inclinaciones más insanas, que los ha hecho en principio incapaces de juicio ético, sentido del deber, razón y tolerancia[97].

En ese contexto, conviene tener presente que el discurso político del primer liberalismo alemán había recurrido a la historia española en su versión «democrática» utilizando los referentes de las Cortes aragonesas, la institución del Justicia y las libertades tradicionales

---

[95] Haebler (1899).

[96] Baumgarten (1861, 1865, 1868, 1871).

[97] Baumgarten (1865, 1868, 1871), citado por Carreras Ares (1997), p. 272; Sánchez Blanco (1987).

como ejemplo de un orden político verdaderamente representativo (Gervinus, uno de los siete profesores de la Universidad de Gotinga que había sido destituido por su liberalismo en 1837, consideraba el reino de Aragón como el primer ejemplo de la historia moderna que había recuperado la idea de Estado); un sistema modélico que había sido destruido por el gobierno arbitrario de los monarcas, iniciado por Carlos V, quien «reprimió, con ayuda de la nobleza, el levantamiento del pueblo en Valencia y Mallorca, pero especialmente en Castilla en 1520, donde el tercer estado reclamaba una constitución más libre, y la parte más importante de los anteriores derechos nacionales fue aniquilada»[98].

Por supuesto, las cosas en Alemania habían cambiado mucho desde entonces y el propio Baumgarten, militante del Partido Nacional Liberal, había sido uno de los de los protagonistas de la capitulación de este grupo ante Bismarck, reflejado en su autocrítica *¿Partido o Patria? Una palabra a los liberales alemanes del norte* (*Partei oder Vaterland? Ein Wort an die norddeutschen Liberalen,* 1866). Sin embargo, aunque su evolución política lo llevaría a incluir en su libro sobre la historia contemporánera española juicios favorables sobre los gobiernos de O'Donnell y Narváez, la desconfianza característica del liberalismo alemán de la época ante todo lo que fuese poder eclesiástico católico, unida a la asunción de los postulados de la polémica sobre la inferioridad de los pueblos latinos, debió de resultar determinante para que la minoría de iniciados españoles levantaran barreras ante las publicaciones del autor alemán. Mucho más cuando conocemos que los principales historiadores-eruditos de la Restauración, miembros del Facultativo de Archivos, eran casi todos seguidores de Marcelino Menéndez Pelayo y se definían en política por su conservadurismo y su proximidad a los sectores neocatólicos. Por lo demás, en 1887, en su crítica «Don Manuel José Quintana. La poesía lírica al principiar el siglo XIX» aparecida en *La España del siglo XIX,* el polígrafo santanderino había proclamado solemnemente la modernidad de la política nacional del emperador y, por ende, el carácter anacrónico y medievalizante del movimiento comunero: «Juzgada la Guerra de las Comunidades con el criterio con la que la juzgamos hoy, considerándola, no como el despertar de la libertad moderna, sino como *la última protesta del espíritu de la Edad media contra el principio de unidad central*»[99].

---

[98] Brockhaus (1817-1819), citado por Maza Castán (2002), pp. 228-229; Calvez (2001), pp. 96-98.

[99] Citado por Gutiérrez Nieto (1973), p. 77.

Ante este panorama, no parece casual que la *Historia de Carlos V* escrita por Baumgarten con la mirada puesta en el horizonte histórico de Ranke se encontrara con las prevenciones historiográficas de los más significados estudiosos de la época carolina. Además, la obra presentaba una serie de factores que, por sí mismos, favorecieron el ocultamiento del texto: primero, por tratarse de una historia política incompleta que sólo llegaba hasta 1539; también porque, al lado de los más importantes trabajos de la historiografía francesa, Baumgarten usó como fuentes los escritos de los historiadores luteranos del siglo XVI Jacob Sturm y Johan Sleidan, y, en tercer lugar, por el tradicional papel de intermediarios culturales ejercido por los historiadores franceses con sus homónimos españoles en la recepción de las temáticas y novedades historiográficas europeas, especialmente alemanas.

Sin entrar en el fondo de esta última cuestión en la que queda mucho por investigar, lo cierto es que, en la práctica histórica decimonónica, se creó una especie de «triángulo intercultural» donde las transferencias de lo alemán a España se encontraban mediadas por las coyunturas de recepción e interpretaciones culturales francesas. Al respecto, ni podemos olvidar el apoyo otorgado por el catedrático de Estrasburgo a Bismarck en el asunto de Alsacia-Lorena ni la conciencia revanchista y la rivalidad patriótica que despertaba la situación entre los intelectuales y universitarios del otro lado de los Pirineos (especialmente, en el espacio institucional universitario en Estrasburgo)[100]. Este estado de ánimo se advierte en Alfred Morel-Fatio cuando, en su introducción a la *Historiographie de Charles-Quint,* afirmaba: «Vers la fin du XIXe siècle, un historien allemand de l'école de Sybel, Hermann Baumgarten, qui avait formé le dessein, interrompu par la mort, d'ecrire cette histoire, s'est fort bien rendu compte des graves lacunes que présentait son travail et les très loyalement signalées»[101].

Era la alusión directa de un historiador francés, natural de Estrasburgo, publicada veinte años después de haber fallecido Baumgarten. Pero también era la opinión de un contemporáneo, profundo conocedor de la cultura alemana cuyo idioma había aprendido en Leipzig, «au cours d'un sévère apprentissage commercial, avant de trouver sa voie à l'école des Chartes, lui a permis de prolonger ses recherches sur Gracián dans un important article sur *Gracián interprété par Schopenhauer*»[102]. Correspondiente con Baumgarten durante la década de los setenta y lector de la *Geschichte Karls V* desde la apari-

[100] Craig (1984); Peiró (2015).
[101] Morel-Fatio (1913), p. 1.
[102] Bataillon (1947), p. 134 y (2009).

ción de su primer volumen en 1885 (en el Fondo Morel-Fatio de la *Bibliothèque Municipale de Versailles* se conservan siete cartas con el historiador alemán)[103], Morel-Fatio era el hispanista que pasaba por ser uno de los más grandes «polígrafos de la Historiografía española» y, hasta su fallecimiento en 1924, se convirtió en el maestro de los modernistas hispanos, la referencia más autorizada en París[104].

En cualquier caso, el comienzo del nuevo siglo XX iba a traer cambios políticos e historiográficos a España y, con ellos, momentos más comprensibles para la historiografía alemana. De Baumgarten se reeditó, en 1911, el folleto *El desenvolvimiento religioso de España,* verdadera síntesis de la imagen construida en su *Historia de España desde el estallido de la Revolución francesa hasta nuestros días*[105]. Y, si bien la *Geschichte Karls V* siguió sin ser traducida, la obra pasó a formar parte del repertorio de libros carolinos utilizados en las investigaciones y divulgados en los manuales de los primeros profesionales de la historia españoles (Antonio Ballesteros Beretta lo cita en su *Síntesis de historia de España* de 1920 y Eduardo Ibarra también lo incluye en la bibliografía de su manual *España bajo los Austrias* de 1927). Años más tarde, siguiendo la estela de los trabajos de Haebler o los realizados por representantes de la Escuela Histórica de Economía, dedicados a investigar cuestiones como el florecimiento y la decadencia económica española, mayor ventura tendría la gran biografía *Kaiser Karl V. Werden und Schicksal einer Personlichkeit und eines Weltreiches* que «culmina la larga serie de estudios sobre el Emperador y su época, publicados en Alemania en el siglo pasado», escrita por el westfaliano de confesión católica y conservador liberal Karl Brandi (1868-1946)[106]. Planeada como una continuación del estudio de su maestro Baumgarten, en realidad, el historiador de Gotinga escribió una obra nueva «concebida como una combinación de historia política mundial y biografía»[107].

Con una segunda edición revisada aparecida en el otoño de 1938 (tres años después dio a la luz un segundo tomo de notas y apéndices críticos sobre la historiografía de Carlos V, con el subtítulo de *Quellen und Erörterungen*), el libro de Brandi presenta rasgos «psicobiográficos» al rastrearse en él la personalidad y el destino del emperador mediante el análisis de documentos personales y su confrontación

---

[103] Morel-Fatio (1921-1922, 1871-1880).
[104] Gómez de Baquero (1929), p. 107; Peiró (2015).
[105] Baumgarten (1877).
[106] Brandi (1937, 1943); Weber (1987), pp. 61-62.
[107] Carreras Ares (1997), p. 255 y (2000), pp. 93-94.

con las representaciones y testimonios plásticos dejados por los artistas de su tiempo (desde el busto policromado del príncipe adolescente conservado en el Hôtel Gruthuys de Brujas hasta la *Gloria* de Tiziano). A partir de ahí, la obra se desarrolla alrededor de cuatro grandes ideas directrices: el «carácter borgoñón» y la tradición caballeresca que había florecido en los Países Bajos durante el siglo XV los considera como el primero de los factores de importancia capital en la formación de su personalidad, mucho más que la herencia hispana de los Reyes Católicos y Cisneros. Un segundo efecto formativo en el itinerario vital de Carlos V sería la «idea dinástica» y el sentimiento familiar de los Habsburgos como fuente de inspiración de muchos de sus proyectos políticos, alianzas matrimoniales y, sobre todo, de su obsesión por mantener sus posesiones heredadas, especialmente las del ducado de Borgoña. Estas dos condiciones resultaron determinantes –y este será un tercer gran aspecto– para la puesta en práctica de su «idea imperial». Según el autor alemán, se trató de un pensamiento de tradición medieval matizado por ciertos principios introducidos por el humanismo. No en vano, inculcado por quien se convertiría en su gran canciller –el piamontés, servidor de la Casa de Borgoña, Mercurino Arborio di Gattinara–, este sistema de valores se sustentaba en la creencia en un orden mundial divino, con el Imperio y el papado como dos esferas separadas pero indisolublemente vinculadas por su responsabilidad ante toda la cristiandad[108]. Finalmente, el cuarto *leimotiv* expresado por Brandi es el de la cuestión de la «penuria financiera» en tanto condicionante de muchas de las acciones de aquel reinado. En estos capítulos de «historia económica y de la hacienda» ofrece una panorámica de los Países Bajos y España (incluidos el descubrimiento y explotación de América), como los dos territorios imperiales que se convirtieron en las bases de las finanzas de Carlos V. En suma, es una obra donde el emperador aparece como un hombre producto de una época de transición entre el universalismo medieval y el nacionalismo moderno.

En un contexto de total ruptura con la tradición historiográfica liberal e interés ideológico por el Imperio español, la traducción del *Carlos V* de Brandi, en 1943, resulta significativa de cómo las versiones pueden «constituir una manipulación al servicio de un determinado tipo de discurso…»[109]. En ese sentido, a las numerosas enmiendas introducidas en las notas por el traductor (el falangista, por entonces, titular de la cátedra de Historia Universal de Valencia Ma-

[108] D'Amico (2010).
[109] Carbonell (2003), p. 194.

nuel Ballesteros Gaibrois), y en el epílogo crítico redactado por el poderoso catedrático de Historia de España de la Central Antonio Ballesteros Beretta, debemos sumar la polémica, iniciada en febrero y marzo de 1937, por Ramón Menéndez Pidal en una de las conferencias que impartió en la Institución Hispano-Cubana de Cultura de La Habana (directamente inspirada en un libro del prusiano evangelista, profesor en Maguncia y Colonia, Peter Rassow sobre el mundo político de Carlos V, en el que defendía la misma idea de Brandi atribuyendo la idea imperial de Carlos V a las sugestiones de su gran canciller)[110]. Constituía una querella sobre si la idea imperial se debía a Gattinara y «era una concepción retardataria, medieval, que entraba en conflicto con el desarrollo de la *individualidad estatal* de la Edad Moderna», como defendía el autor germano y su continuador Rassow o, según opinaba el filólogo español, entroncaba con el «moderno y católico» ideal hispano medieval. Para Menéndez Pidal se trataba de dos concepciones distintas, porque, según resumió en la Universidad de Turín Mario Penna:

> Ya en las Cortes de la Coruña de 1520, el encargado de hacer la primera declaración imperial del César que va a coronarse en Alemania, no es el Canciller piamontés, sino el español doctor Mota, el cual afirma rotundamente que el rey Carlos no busca nuevos reinos, ya que les sobran los heredados, sino que ha aceptado el Imperio para cumplir con las grandes tareas de la pacificación de la Cristiandad y de la lucha contra los infieles, y que el corazón del Imperio es España: «Este reino es el fundamento, el amparo y la fuerza de todos los otros».
>
> Gattinara, al contrario, pensaba que Carlos no solamente debía conservar los reinos que tenía, sino también adquirir otros, aspirando a la monarquía del orbe. Después de la batalla de Pavía, en 1525, Gattinara aconseja una política dura con Francia, y Carlos, por el contrario, acepta los consejos de moderación que le venían de Hugo de Moncada y del marqués de Pescara. Al año siguiente, después del «saco di Roma», Carlos se demuestra defensor de la paz entre los cristianos, hasta contra el Pontífice, para cometer la lucha contra el Turco, y acude para esto a la pluma de Alfonso de Valdés. En cuanto al discurso de Madrid de 1528, cree Menéndez Pidal que es obra de fray Antonio de Guevara, y también en esta circunstancia afirma Carlos que no aspira a tomar lo ajeno, sino tan

[110] Menéndez Pidal (1940), pp. 7-35; Pérez Pascual (1998), pp. 272-273; Jover (1992), p. 83; Carande (1944, 1997); Pasamar (1991), pp. 320-321; Weber (1987), p. 463.

sólo a conservar lo heredado, llamando tirano al príncipe que conquista lo que no es suyo[111].

En la actualidad la polémica se mantiene viva (por un lado, encontramos a historiadores que ven el Imperio de Carlos V como una *Universalmonarchie* siguiendo a Brandi; mientras, por otro, perviven las tesis de Menéndez Pidal continuadas por historiadores como Manuel Fernández Álvarez que interpretan la idea imperial desde el punto de vista de los reinos españoles y de los consejeros que rodearon a Carlos I en su primera estancia en la Península)[112]. Pero en sus inicios, en aquellos tiempos de posguerra miserable e imperiosas militancias falangistas, las interpretaciones de los historiadores españoles presentaron un punto de convergencia fundamental: estaban dirigidas a crear la imagen unívoca de un «Carlos hispanizado», un héroe inscrito «dans le cadre de l'Espagne éternelle des soldats de la foi, une Espagne de croisés»[113]. Y, por lo que se refiere al ámbito disciplinar de la práctica histórica, tuvieron el efecto de elevar a Brandi a la categoría de referencia teórica y autoridad inexcusable sobre la materia. De ese modo, siendo el *Kaiser Karl V* una obra en la que se hallaban presentes las virtudes pero también las limitaciones de la historiografía alemana del periodo de entreguerras («seguía aferrada, salvo excepciones, a la concepción de la historia como historia de la gran política de príncipes y gobernantes. Pero, lo peor fue que la llegada del nacionalsocialismo delató una fatal armonía entre la ideología tradicional de la mayoría de los historiadores, y la propia de la dictadura hitleriana»)[114], la consideración de este libro como punto de partida obligado para todos los investigadores españoles de la década de los cincuenta no deja de ser una demostración más de las incapacidades generales de la historiografía del primer franquismo. Y resulta indicativa, a la vez, del abandono en el que seguían los estudios históricos sobre Carlos V y su época (salvando la notable excepción de Ramón Carande)[115]. Sobre estas dos cuestiones volveremos más adelante.

Por ahora, si cruzamos las fronteras en dirección a Francia y retornamos a los terrenos pantanosos de las transferencias culturales decimonónicas, podemos afirmar, sin temor a equivocarnos demasiado,

---

[111] Penna (1959), pp. 99-100; Menéndez Pidal (1958); Rassow (1958).

[112] Rudolf (2000), p. 336; Fernández Álvarez (1996), pp. 184-186; Pérez (2006), pp. 89-90; Bernal (2005), pp. 65-105; Villacañas (2008); D'Amico (2010); Crémoux y Fournel (2010); Gil Pujol (2016), pp. 31-58.

[113] Demélas-Bohy (1998), p. 51.

[114] Carreras Ares (1997), p. 256 y (2000), p. 94; Van Horn Melton (1994), pp. 1-18.

[115] Pasamar (1991); Marín Gelabert (2005, 2015).

que la historiografía extranjera más influyente en España era la francesa. Periferia de lo europeo desde mediados del siglo XVIII, la relación cultural con el país vecino venía de lejos. Baste recordar la gran aceptación que entre el público lector de las clases medias alcanzó la literatura francesa[116] y, entre otras instituciones, el intento de trasladar a nuestro suelo el modelo piramidal de altas escuelas en la enseñanza superior, fruto del cual surgió la Escuela Superior de Diplomática como imitación de L'École des Chartes de París; una conexión que, en sus aspectos historiográficos, tomaría forma de tradición desde los primeros tiempos del moderantismo con el éxito obtenido por Guizot, Mignet, Michelet o Edgar Quinet, continuada en los años de la Restauración por la excelente acogida entre los eruditos profesionales españoles de los principios metodológicos de la Escuela Positivista francesa[117].

De los primeros *maîtres de l'histoire* interesados por la historia española del Siglo de Oro, quizá sea conveniente recordar a François-Auguste Mignet, quien, en 1833, había visitado España en misión diplomática. Amigo personal del director de la Academia de la Historia Martín Fernández de Navarrete y del numerario Miguel Salvá (por entonces bibliotecario del duque de Osuna), en el mercado de los documentos históricos españoles abierto a los extranjeros, Mignet ordenó la compra o la copia en Simancas de numerosos textos del siglo XVI. Una parte de esta documentación la utilizó para escribir *Antonio Pérez et Philippe II,* un libro concebido desde la historia filosófica donde el triunfo por las armas del monarca le permitía extraer la siguiente conclusión: «Le propre des insurrections est de compromettre les droits des peuples lorsqu'elles ne les fondent pas. Or les insurrections entreprises par un esprit d'indépendance local ne paraissaient pas destinées à réussir à une époque aù la marche générale des États vers l'unité monarchique tendait à former des grandes royaumes…»[118]. A esta monografía que alcanzará un gran éxito internacional y será muy conocida por los lectores hispanos la seguirán *Charles-Quint, son abdication, son séjour et sa mort au monastère de Yuste* y *Rivalité de François 1er et de Charles-Quint* cuya fecha de edición es de 1875 pero que había aparecido por entregas, entre 1854 y 1866, en la *Revue des Deux Mondes,* publicación francesa de gran difusión en España[119].

---

[116] Martí López (2002); Pegenaute (2004).

[117] Peiró y Pasamar (1996); Fernández Sebastián (1997); Aymes y Esteban de Vega (2003).

[118] Mignet (1845), p. 279, citado por Knibiehler (1973), p, 388.

[119] Mignet (1854 [1878]); Álvarez Rubio (1996-1997, 2005).

Por su parte, entre los *maîtres de la méthode,* la figura de Alfred Morel-Fatio (1850-1924) resultó decisiva para que la forma positiva de concebir la historia nutriera la historiografía española al ser introducida y divulgada por los archiveros, profesores de la Escuela Superior de Diplomática y académicos de la Historia[120]. Considerado el fundador del hispanismo profesional francés, la labor de Morel-Fatio que cubre casi medio siglo de investigación en una amplia variedad de materias, desde la filología y la historia de la literatura española hasta la historia política y militar, ofrece una gran coherencia desde la publicación, en 1878, de *L'Espagne au XVIe et au XVIIIe siècle,* cuyo prefacio

> es el programa de un hispanista –escribió el famoso Andrenio–, programa que en gran parte, en la posible al esfuerzo individual, había de realizar Morel Fatio. Aquellas breves y sustanciosas páginas merecen recordarse. Explicando el título de su libro, expone Morel Fatio que una obra de conjunto acerca de la España de los Austrias necesita ser preparada por una detenida y copiosa labor monográfica. Sabemos poco de aquel periodo –decía–. No debemos contentarnos con las Historias generales. Hay que proceder por el pormenor y por lo infinitamente pequeño si se quiere dar a las generalizaciones y a las ojeadas de conjunto una base sólida. Es indispensable el trabajo previo de una gran compilación crítica. Es necesario penetrar en todos los dominios de la actividad intelectual, interrogar a los representantes de todas las clases sociales, desde los Grandes de España a los agentes ínfimos de la Administración y a los diversos tipos populares, al fraile mendicante, al soldador, al alcabalero, al poeta protegido[121].

En el tema carolino, toda su obra construye un discurso vertebrado alrededor de las cuatro series que componen sus *Études sur l'Espagne* y la aparición, en 1913, de la *Historiographie de Charles-Quint* (trabajo que completaba el realizado por el profesor de la Universidad de Praga Constantin von Höfler)[122]. Escrito de madurez de un fiel cultivador de «la méthode historique», a nadie debe extrañar que el texto se abra con la exposición de las dificultades para «construir» la historia del reinado del emperador, porque

> une histoire détaillé du règne de Charles-Quint, qui porterait à la foi sur l'action personnelle de l'empereur, le gouvernement intérieur de

[120] Peiró y Pasamar (1996), pp. 169-171; Ozanam (1997).
[121] Gómez de Baquero (1929), p. 105; Morel-Fatio (1878).
[122] Morel-Fatio (1888-1925, 1913); Rudolf (2000), pp. 337-338.

> l'Espagne et l'administration des divers États annexés à la monarchie espagnole, sur les guerres et les conquêtes, les negociations diplomatiques, et enfin sur les nombreuses et compliquées questions religieuses et économiques, comme la lutte contre la Réforme en Allemagne et la colonisation du Nouveau Monde, est actuellement une entrepise impossible à réaliser d'une façon quelque peu satisfaisante[123].

La lógica de la investigación histórica le hizo comenzar las operaciones con el examen crítico de las principales fuentes narrativas del reinado y la información de aquellos documentos que permanecían inéditos. En esta primera etapa del trabajo trazó las semblanzas de los cronistas del emperador (fray Antonio de Guevara, Juan Ginés de Sepúlveda, Pedro Mexía, Florián de Ocampo, Bernabé Busto, Juan Páez de Castro y Lorenzo Padilla) y los retratos históricos del grupo de los italianos (empezando por Paulo Jovio y llegando a Francesco Sansovino). A modo de apéndice, incluyó la edición crítica de las *Memorias de Carlos V,* conservadas en la Biblioteca Nacional de París (la cuestión de las *Memorias,* encontradas por el historiador belga Kervyn de Lettenhove, en 1862, después de la larga e infructuosa búsqueda realizada por Gachard, fue un problema que atrajo la atención de distintos historiadores europeos, entre quienes destacaron Ranke y Brandi)[124]. Tratándose de la única parte publicada, sus amigos españoles, que nunca dejaron de reconocer su magisterio («porque el influjo de sus autorizadas indicaciones ha contribuido mucho á que me decida á costear esta obra», le escribía Francisco Laiglesia el 22 de enero de 1922, en relación con la publicación del manuscrito de Alonso de Santa Cruz, *Crónica del emperador Carlos V,* editado por Ricardo Beltrán y Rózpide y Antonio Blázquez y Delgado-Aguilera, 1920-1925), vieron en la *Historiographie de Charles-Quint* «la base solidísima para la historia de ese importante reinado […]. Todo él revela el dominio *soberano* que tiene V. de los hombres y de las cosas de la época. La sobria elegancia del estilo hace la lectura tan amena como instructiva»[125]. Esta obra venía avalada, además, por el carácter positivo de su hispanismo, pues «l'amour de Morel-Fatio pour l'Espagne était exigeant et

---

[123] Morel-Fatio (1913), p. 1.

[124] Fernández Álvarez (1960), pp. 15-44; García Cárcel (2001a); Cuart Moner (2004), pp. 48-103; Kagan (1999, 2001a).

[125] «Carta de Eduardo de Hinojosa a Alfredo Morel-Fatio (Madrid, 4 de Marzo de 1913)», Bibliothèque Municipale de Versailles, Fond Morel-Fatio, *Ms. 150. Charles-Quint (six cahiers).*

critique, sans complaisance pour les valeurs douteuses et pour l'ouvrage mal fait. L'érudition sans rigueur a été la principale victime de sa sévérité»[126].

En buena medida, esta confirmación de las expectativas de la historiografía receptora que manejaba el francés como principal idioma de cultura nos permite comprender el contexto favorable en el que se recibieron las ideas de Morel-Fatio sobre el emperador, y establecer la comparación con lo sucedido con Baumgarten. No en vano, aquel joven diplomado de L'École des Chartes y L'École Pratique des Hautes Études, discípulo de los filólogos Gaston Paris y Paul Meyer, desde su puesto de ayudante de la Biblioteca Nacional de París se había hecho un hueco en la vida intelectual española. Iniciados sus contactos con los historiadores y escritores peninsulares que habían convertido la biblioteca de la capital francesa en un espacio obligado para su formación intelectual[127], en los siguientes cincuenta años, construyó una densa red de corresponsales. Así, mientras ocupaba los cargos de director de estudios de *L'École Pratique des Hautes Études* (1892) y profesor titular de la cátedra de *Langues et littératures de l'Europe méridionale* en el Collège de France (1907), se carteó, entre otros muchos, con Manuel Milá y Fontanals, Marcelino Menéndez Pelayo, Manuel Serrano Sanz, Felipe Pedrell, Francisco Barado y Font, Vicente Vignau, Francisco Fernández de Béthencourt, Francisco Bofarull y Sans, Ramón Menéndez Pidal, Rafael Altamira, Rafael Ballester o Manuel Núñez de Arenas.

Eslabón en la larga cadena de afinidades y mudanzas político-culturales tejidas por los hispanistas franceses durante el último tercio del XIX, en el caso particular de los estudiosos españoles del siglo XVI, los trabajos de Morel-Fatio son un ejemplo de recepción directa e inmediata[128]. Sin necesidad de ser traducidos, todo un conjunto de solidaridades profesionales favorecieron la adaptación de su pensamiento por el grupo de archiveros y eruditos españoles que compartían puntos de vista similares sobre la necesidad de rehabilitar el reinado de Carlos V, desde una concepción «metódica» de la historia. De hecho, la estancia de cuatro meses que Antonio Rodríguez Villa pasó en París en 1876, comisionado por el gobierno para copiar la segunda parte de la *Historia de Felipe II* de Luis de Cabrera existente en la Nacional, marcó un hito en la trayectoria personal y profesional de los dos autores (viaje, por lo demás, promovido por el interés

[126] Bataillon (1947), p. 136.
[127] Niño (1988), pp. 39-41 y 61-64; Peiró (2006), pp. 73-75.
[128] Ozanam (1997); Delaunay (1994).

personal de Cánovas por recuperar esta fuente española elaborada en tiempos de Felipe III, «para eludir las connotaciones antiespañolas de los historiadores extranjeros influenciados por la "leyenda negra"»)[129]. Pero también sirvió para iniciar el permanente diálogo del investigador francés con la historia de la España moderna.

Después de todo, en uno de sus escasos viajes a Madrid realizado en 1876, la emoción que le produjo contemplar la ruina del Palacio del Infantado convertido en oficinas de los acreedores del duque de Osuna lo impulsó a acometer el estudio del periodo y publicar *L'Espagne au XVIe et au XVIIIe siècle*. Años más tarde, en un prefacio autobiográfico recordó cómo su

> viejo bibliotecario asmático, sentado junto a un gran brasero, y un caballero de hábito que iba a hacerle la tertulia, el uno por su decrepitud física y el otro por su conversación, me acercaban al pasado. Podía creerme, en su presencia, transportado al siglo XVIII. Sin gran esfuerzo de imaginación me representaba los últimos momentos de esplendor de la grandeza española[130].

Por lo demás, como refleja el contenido de su correspondencia, Antonio Rodríguez Villa será su fiel intermediario con la «banda de eruditos carolinos» españoles integrada, entre unos cuantos más, por Antonio Paz y Meliá y su hijo Julián, por los banqueros Francisco Laiglesia y Félix Llanos y Torriglia, Vicente Paredes, el marqués de la Fuensanta del Valle, el agustino de El Escorial padre Miguélez, el capitán de infantería Lucas de Torre o los profesores Adolfo Bonilla, Aurelio Viñas y Miguel Lasso de la Vega.

Lo malo de todo esto es que, hasta bien entrado el siglo XX, estos hombres y quienes los siguieron que vieron las obras de Morel-Fatio como una meta (y, casi nunca, como un punto de partida para su trabajo de historiador) se mantuvieron aferrados a la concepción más tradicional de la erudición enumerativa y documental. Y el resultado ya se sabe cuál fue: encerrada en los limitados círculos académicos, toda una línea interpretativa del primero de los Austrias descansaría en esta forma de concebir la historia, de biografías de grandes personajes, compilaciones, genealogías y heráldicas; una historia cautelarmente conservadora y con continuos coqueteos diletantes, y una forma de pensar el estudio del pasado en función de monografías diseminadas, escritas desde la idea de estar realizando trabajos pre-

---

[129] Pro Ruiz (2000), pp. 228-229.

[130] Morel-Fatio (1890), citado por Gómez de Baquero (1929), pp. 109-110.

paratorios que permitirían en un futuro, más o menos próximo, realizar la síntesis del reinado del emperador.

En el balance final, todo esto representó el fracaso personal y público de este grupo de historiadores por convertir la «rehabilitada» figura del emperador en un elemento interpretable del pasado nacional: un símbolo del nacionalismo conservador español que intentaba articularse frente a los nacionalismos periféricos. De esta suerte, mientras que varios discípulos de Menéndez Pidal como José Fernández Montesinos o Américo Castro daban carta de naturaleza científica y política a los estudios sobre la literatura renacentista y el Siglo de Oro (impulsados por la recepción del idealismo de Karl Vossler)[131], en los círculos de la moderna historia, el rey flamenco continuó siendo un personaje difuminado, un vestigio histórico entre otros muchos de los recopilados por la erudición arqueológica de sus más ardientes defensores.

Imágenes del siglo XX: ecos de la modernidad europea

Desde 1914 hasta la guerra de 1936-1939, las diferentes imágenes y representaciones del rey Carlos siguieron conviviendo sin problemas en el espacio de la vida artística e histórica de la *cultura nacional española*. Ni los entusiasmos por el glorioso pasado imperial (apuntados por Laiglesia, Danvila o Foronda) consiguieron desplazar a los partidarios del interdicto sobre la Casa de Austria, tan estrechamente asociado a la opinión del liberalismo progresista, el republicanismo y las corrientes «periféricas» de la historia nacional, ni estos últimos lograron ensombrecer la grandilocuente retórica y los nítidos paisajes documentales sacados a la luz por la memorialística carolina, al seguir presentándolo como el rey extranjero que embarcó a España en asuntos ajenos a sus intereses.

Por eso, no es extraño que «en el Museo del Pardo (ante el Carlos II de Carreño)», al contemplar el retrato de su descendiente, Miguel de Unamuno espete a los lectores de *Los Lunes del Imparcial* del 17 de enero de 1919 que de «español no tuvo el Emperador más que lo que heredara de su madre, la locura, que le llevó a Yuste»[132]. Y porque las cosas de España venían de aquel lejano reinado, a esta síntesis visual de la crítica histórica con el primero de los Carlos Manuel Azaña le puso letras mayúsculas a las quejas sobre el imperial

[131] Mainer (1994), pp. 41-42; López Sánchez (2006a), pp. 329 y 345-347.
[132] Unamuno (1975), pp. 97-102, citado por Gutiérrez Burón (2000), p. 410.

coronado, haciendo que la larga sombra de su dinastía llegara hasta el presente de los españoles:

> La acción de la corona católica en Europa, desde el emperador a su triste tataranieto, es mucho menos española de lo que aparenta. El rechazo se siente en España por modo terrible, pero es ilusión creer que se gobierna o se dirige aquello que se padece. El caso es manifiesto en el reinado del emperador. Si su hijo hubiese gobernado siempre desde Bruselas la impresión no sería menos clara. Los reinos peninsulares eran tributarios, como Sicilia y otros, de la Monarquía casi universal. La propaganda empeña el amor propio de los españoles haciéndoles soportar mediante lisonjas del orgullo cargas que no les corresponden: en su tiempo, para sufrirlas en su persona y bienes; más tarde, en los sentimientos, para sostén y amparo de una causa fenecida. Mejor lo consigue cerca de algunos españoles modernos que de los partícipes en los sucesos. Extraña alucinación. ¡Ya hubiera querido Felipe II tener en su tiempo súbditos tan fieles, reverentes y fanáticos como le nacen en nuestros días![133].

Para entonces, Azaña había dejado de ser clemente con las ocurrencias de su antiguo amigo Ganivet para dar una vuelta de tuerca más al tema de las Comunidades castellanas y lanzar la original interpretación de considerarlas la primera revolución moderna de la historia nacional («"una guerra social, una contienda de clases": tercer estado, clases productoras, contra nobleza; pero fue también un intento de encontrar un nuevo equilibrio de poder entre la nobleza y la Corona»). Esta avanzada teoría lo situaba «lejos del lamento liberal por la pérdida de las libertades medievales, origen de una anomalía española, y cerca de la Revolución francesa y de la conquista de la democracia por el empuje de burguesía y clase obrera»[134]. Sin embargo, difuminada en la vorágine de la actualidad periodística y el día a día de la propaganda política, la tesis de Azaña fue ignorada por los «especialistas» de la época al considerarla la opinión de un «político-*amateur*». Sobre esta cuestión, merece la pena recordar con Santos Juliá que, a la dialéctica del silencio y olvido obligatorio de la primera historiografía del franquismo, la sucedió el desconocimiento. Por eso, esta teoría del presidente de la Segunda República pasó inadvertida entre los historiadores del Imperio y permaneció perdida en el

[133] Azaña (1990), p. 32.

[134] Las citas y entrecomillados en Juliá (2008), pp. 247, 88-104, 242-301 y 248; Maravall (1963a, 2007); Caspístegui (2007a, 2007b).

limbo de las ideas de la historiografía española hasta principios de 1960 en que fue recuperada por Joseph Pérez. El hispanista francés llamó la atención sobre el ensayo de Azaña en un comentario aparecido en el *Bulletin Hispanique* al libro de José Antonio Maravall *Las Comunidades de Castilla. Una primera revolución moderna* (1963). El ponderado catedrático de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de la Universidad de Madrid no lo conocía. Y el Maravall que avanzaba hacia el escepticismo político con el régimen dictatorial, entre otras vías, por la de la normalización historiográfica rectificó y, a partir de la segunda edición de la obra, rindió el mejor homenaje posible al trabajo de Azaña al señalar que «el que hizo verdadera obra de historiador, al revisar el tema y oponerse a las indocumentadas ocurrencias de Ganivet, fue Azaña…»[135].

Pero ya lo he apuntado: con el nuevo siglo XX también habían llegado los ecos de la modernidad europea y, como no podía ser de otra manera, sus signos alcanzaron el lado oscuro del rey borgoñón, mutando sus formas de expresión y sus perfiles históricos. Si bien se mira fueron las actitudes culturales y las convicciones innovadoras (resumidas en la idea de renacionalizar y europeizar la *cultura nacional española*) las que impulsaron a algunos jóvenes investigadores surgidos del Centro de Estudios Históricos a romper con las pésimas herencias culturales del siglo XIX y, por derivación, a revisar la imagen del siglo del emperador pulsando los registros más «modernos» de la política imperial frente al anacronismo histórico de las Comunidades o la cuestión, siempre palpitante, de la religiosidad. Así lo reclamaría Américo Castro, el joven discípulo de Menéndez Pidal embarcado en la tarea de anudar el pasado de la nación e incluir en una misma morada vital a todos los personajes de la historia del pueblo español[136]. Y era bastante natural que los afanes del grupo por el renacimiento contemporáneo del país los llevara a consolidar las relaciones transculturales con el hispanismo francés (que ahora trabajaba sobre los problemas espirituales de la España del siglo XVI) y a recuperar, por ejemplo, la figura de Erasmo, quien, «en su condición de intelectual renacentista, reformista o humanista y no castellano, se convirtió en todo un símbolo de reivindicación»[137].

En el contexto institucional del madrileño Centro de Estudios Históricos importa recordar la figura de Marcel Bataillon, el hispa-

---

[135] Citado por Juliá (2008), p. 503.

[136] Mainer (1994), pp. 43-45; Araya (1983), pp. 231-235; López Sánchez (2006a), pp. 319-322.

[137] López Sánchez (2006a), p. 329.

nista francés que, junto al filósofo e historiador de las religiones Jean Baruzi, estaba interesado por la espiritualidad en el XVI español. Este discípulo de Morel-Fatio (en las Navidades de 1915 lo instruyó en su vocación de hispanista y recomendó ante sus amigos españoles poco antes de partir hacia Sevilla) que, por azares de la vida académica lo sucederá, treinta años más tarde, en la cátedra del *Collège de France,* estuvo pensionado en la Casa de Velázquez y, en noviembre de 1921, depositó en la Sorbona el proyecto de su tesis, sobre *L'Érasmisme en Espagne au XVIe siècle* (contenía una tesis anexa, *Le Commandeur Grec [Hernán Nuñez de Toledo] et la culture gréco-latine à Alcalá et à Salamanque sous Charles-Quint*). Dirigida por Ernest Martinenche y defendida a finales de junio de 1937, el nombre del maestro francés quedó indefectiblemente unido al personaje principal de *Erasmo y España,* la obra maestra sobre la recepción del pensamiento de príncipe de los humanistas en la cultura española del siglo abierto por el reinado del emperador (con su proyección americana)[138]. A la postre, en la dedicatoria a Carlos de Gante de su *Educación del príncipe cristiano* (1516), donde lo aconsejaba sobre las formas del engrandecimiento territorial, el gran humanista había comparado el Imperio de Alejandro (efímero y fruto de la conquista, según recordó) con «el que su pupilo estaba llamado a poseer, "no manchado de sangre ni adquirido con daño de tercero" »[139].

Por lo demás, en aquel «vivir desviviéndose» tan moderno, un revolucionario enfrentado al tradicionalismo de los comuneros fue el personaje del monarca en la obra de José Bergamín *Mangas y capirotes:* «El revolucionario Carlos V es un hijo espiritual de Fuente Ovejuna; porque el revolucionario es Carlos V, no los comuneros rebeldes, inspirados por el interés particularísimo de ilegítimos señoríos»[140]. Y en el sueño literario de un diálogo quimérico que pretendía superar la historia como pretexto y justificación, la ciudad de Villalar (y el nombre de la derrota comunera está elegido muy adrede) aparecerá en el primer acto del *Guillermo Tell. Tragedia política,* publicada en octubre de 1923 por Eugeni d'Ors; una obra donde, de nuevo (la primera vez había sido en *El nou Prometeu encadenat*), «el pensador no resistía la tentación de escenificar sus cuitas político-intelectuales, que en este caso se referían al pleito inmemorial del nacionalismo periférico y el centralismo». En una disputa donde na-

---

[138] Bataillon, M. (1950); Bataillon, C. (2009), p. 6 y (2014); Redondo (2015), pp. 25-26; Lafaye (2014).

[139] Gil Pujol (2016), p. 89.

[140] Bergamín (1933), pp. 109-110.

die sabía nada de las razones de los otros, al escritor catalán expulsado de la Mancomunitat tres años antes le resultaba imposible dejar de exponer la actitud de los jefes de la rebelión que, frente al emperador implacable pero desconcertado, se negaban a exhumar las escrituras de su libertad, pensando, «sin duda, que el mito es mejor que la historia y el rencor, mejor que el posibilismo y la estrategia»[141].

En lo que respecta a los espacios de las prácticas de la investigación profesional y la enseñanza universitaria de la historia, no hace falta decirlo: las cosas no marchaban a esos ritmos literarios. Un año antes del comienzo de la Gran Guerra, el «mallorquí tumultuós i cordial» Rafael Ballester hizo un retrato de la situación al reseñar la aparición de la primera parte de la *Historiographie de Charles-Quint,* escrita por su maestro en el *Collège de France,* Alfred Morel-Fatio:

> Resulta ya baladí afirmar que «la historia de España está por hacer» y aún contra lo que muchos suponen por hacer está la historia de aquel gran periodo de nuestro pasado, en que España ejerció la hegemonía en Europa, periodo que á todos los españoles debería interesar igualmente para satisfacción del amor propio, cuando no para fortalecer ideales ó aspiraciones del más elevado patriotismo.
>
> A despecho de la balumba de libros, buenos y malos, que por ahí corren, y de la ciencia hecha que nuestras universidades expenden, la historia de los grandes siglos españoles continúa ignorada ó mal sabida, y lo peor es que así hemos de continuar, fatal y necesariamente…[142].

De todos modos, el catedrático de Geografía e Historia en el Instituto de Gerona, autor de destacados libros de texto («de la nostra època, sols ha passat a la posteritat en Ballester», escribió su alumno Vicens Vives) que se preparaba a escribir la segunda gran obra de la historiografía española (entendida, según el modelo francés, como la relación completa y sistematizada de la producción de fuentes y obras históricas), demostró su confianza en la profesión de historiador[143]. En el artículo trazaba las grandes líneas de un proyecto de investigación al plantear, tras el diagnóstico inicial («La historia de Carlos V –como el señor Morel-Fatio demuestra– no va en camino

---

[141] Mainer (2010b) p. 138.

[142] Ballester (1913), p. 8. Los Los calificativos entrecomillados son de Pla (1976), pp. 145-146.

[143] El entrecomillado en «Carta de Jaume Vicens Vives a Santiago Sobrequés, Barcelona, 15 d'octubre de 1944», en Sobrequés i Callicó (2000), p. 199; Ballester (1913-1914, 1921).

de poder escribirse satisfactoriamente»), los pasos que debían seguirse en la aplicación de los procedimientos del método histórico, utilizados en el libro reseñado:

> A dificultarlo contribuye la enorme cantidad de fuentes inéditas que, sin inventariar, conservan diferentes archivos europeos. Las historias, hasta hoy publicadas, ó sólo abarcan una época ó un aspecto de la vida del Emperador, ó son *resúmenes* más ó menos bien hechos pero siempre incompletos. Lo menos conocido es precisamente «la España de Carlos V», siendo esto lo que á nosotros más nos interesa. Todo cuanto acerca de esto se ha escrito debe rehacerse. Debemos comenzar por una previa *enquête* bibliográfica y por el estudio de las fuentes narrativas que, con harta ligereza, se relegan al olvido, sin tener en cuenta que además de que muchas de ellas son *memorias contemporáneas,* otra que no lo son contienen noticias é informaciones procedentes de otras fuents hoy perdidas –*v.gr.,* Sandoval.
>
> Con harta razón lamenta el eminente hispanista la «desconcertante facilidad» con que las gentes de mundo, los políticos, los *amateurs*, creyéndose lo bastante preparados con saber medianamente algunas lenguas modernas y *consultar* deprisa y corriendo algunos documentos diplomáticos, se improvisan historiadores.
>
> Para este periodo de nuestra historia no existen por de pronto trabajos bibliográficos debidamente hechos. Todo el mérito que tienen los ensayos de los señores Laiglesia y Danvila no les exime de errores y apresuramientos que requieren una completa refundición. He aquí la labor á que debería atender el profesorado universitario, pues nada más estéril que unas Facultades de Historia que á estilo de arcabuz de noria van repitiendo en idénticos programas las eternas cantilenas contenidas en insustanciales y absurdos manuales, desde la escuela al doctorado.
>
> Faltos de una bibliografía general razonada (en lo que constituimos los españoles una excepción) y faltos de una crítica de conjunto de las fuentes, instrumentos preparatorios indispensables á los futuros historiadores, la parálisis de nuestra cultura histórica presenta todos los caracteres de incurable y definitiva[144].

Dadas las circunstancias, en un orden limitado a la narración manualística de los hechos políticos (dirigido, eso sí, a «limpiar nuestra historia de las sombras arrojadas en ella por el apasionamiento polí-

[144] Ballester (1913), p. 8.

tico o religioso»)[145], el academicismo universitario, representado por dos de los catedráticos de Historia aragoneses y mauristas de la Universidad Central Antonio Ballesteros Beretta y Eduardo Ibarra (el tercero era Pío Zabala), adoptó el principio de la «neutralidad» científica para sus relatos. Así, el aristócrata profesor en su *Síntesis de Historia de España* de 1920 describió con la objetividad propia a la alta divulgación manualística las dos corrientes procedentes del XIX: la más conservadora que veía en Carlos V la personificación del «progreso, que era el centralismo, la unidad, las monarquías absolutistas que habían destruido la anárquica variedad feudal», y la interpretación liberal que consideraba al emperador como el autócrata que acabó con el espíritu de la democracia municipal y cuyo gobierno en manos de extranjeros sólo buscaba conseguir dinero para necesidades militares en abierta oposición a los intereses económicos nacionales defendidos en Villalar. En cualquier caso, Ignacio Gutiérrez Nieto señaló con acierto que las cosas para este autor y sus manuales comenzaron a cambiar muy pronto. En 1926, en el tomo cuarto de su *Historia de España y su influencia en la Historia Universal,* se inclinaba a considerar las comunidades como «una significación feudal, nobiliaria y medieval contra el absolutismo de Carlos I, representante de las ideas del cesarismo de los tiempos modernos, que reflejaban los principios romanistas de los jurisconsultos de la época». Y, dos decádas más tarde, en la sexta edición de la *Síntesis de Historia de España* de 1945, la figura del emperador aparecerá como el continuador de la obra de los Reyes Católicos que «encarnó con grandiosidad la idea imperial» y, «en oposición a cuanto se ha escrito, murió siendo un español de corazón»[146].

Mientras tanto, el titular de la cátedra de Historia Universal Moderna y Contemporánea Eduardo Ibarra, aunque se mostraba menos cauteloso al valorar los acontecimientos del reinado, pues, «desapasionadamente juzgado», el movimiento de las Comunidades era «la oposición conjunta de las antiguas fuerzas políticas medievales (aristocracia nobiliaria y eclesiástica y oligarquías concejiles) contra el poder absoluto de los monarcas predominante ya en Flandes y en Francia, en aquella época; así lo patentizan sus reivindicaciones económicas y los sucesos de la lucha; tan sólo en tiempos recientes se dio a sus caudillos el carácter de representantes de las libertades generales, desconocidas de sus contemporáneos». No dudaba en sintetizar

---

[145] Ibarra (1927), p. 6.

[146] Ballesteros, A. (1920 [^{2}1924]) pp. 230-231, (1926), IV, p.13-15, y (1920 [^{6}1945]), pp. 272-273; Gutiérrez Nieto (1973), p. 86.

(por modo de la veracidad histórica) la ambivalente personalidad de un «Emperador tardío en su desarrollo físico y prematuro en su agotamiento», laborioso y reflexivo, pero «copioso en comer y beber abundantemente, como buen flamenco», cuyo natural carácter «reflexivo y grave»

> viose presa en sus últimos años y ante sucesos que atañían a su vida familiar (verbigracia, la muerte de su esposa y de su madre) de grandes accesos de melancolía, reflejo de los de su madre doña Juana la Loca y aunque fue a veces indeciso y tardo en sus resoluciones, forzoso es pensar la dificultad de muchas de ellas y la falta de antecedentes o recursos para obrar con rapidez y energía[147].

Para el modernista zaragozano que sentó las bases de los estudios de historia económica en España con sus trabajos sobre los Reyes Católicos, el emperador fue un personaje secundario, apenas una referencia temporal. Al finalizar la década de los veinte, trece años después de la reseña de Rafael Ballester, un profesor del *Institut Français de Madrid* repetía las mismas ideas y autores en su estado de la cuestión (esta vez dirigido a lectores internacionales), sobre la literatura histórica referida a la época de los Habsburgos:

> En dépit de l'abondance des matériaux, l'état de l'Espagne pendant ce deux siècles, sauf pour l'histoire politique générale et l'histoire littéraire, est moins bien connu qu'on ne pourrait le croire. Il l'est d'autant moins qu'on approche du crépuscule de la dynastie.
>
> L'historiographie de Charles-Quint a été bien étudiée para Fr. de La Iglesia [sic] dans ses *Estudios históricos,* 3 vols., 1908-1919, et surtout par Alfred Morel-Fatio, *Historiographie de Charles-Quint,* 1913. Mais son gouvernement espagnol l'a été beaucoup moins que sa politique allemande ou flamande: l'attention des historiens espagnols s'est surtout portée vers l'insurrection des *Comuneros,* l'administration financière, la politique italienne; pour l'ensemble du règne politique et économique, les principaux travaux sont encore dus à des étrangers comme Haebler, *Geschichte Spaniens unter den Habsburgen. I. Die Regierung Karls I.,* 1907, ou Gossar, *Charles-Quint, roi d'Espagne,* 1910. L'humanisme proprement dit a été bien étudié, notamment par Bonilla; mais sur le mouvemente de réforme religieuse il reste encore beaucoup à dire après Menéndez y Pelayo.

[147] Ibarra (1927), pp. 6, 35 y 91-92, y (1923).

> En revanche, Philippe II, roi strictement espagnol, attira toujours les historiens espagnols[148].

En fin, las cosas del emperador hasta 1936 siguieron yendo por barrios. Y en los siguientes años quedaron abandonadas entre los escombros de la inteligencia creados por la destrucción de la guerra y el hundimiento interior de la *cultura nacional española*.

En los altares del nuevo Estado y la cultura de la España nacional: *Atlante patético*, *César visionario* y *hombre para Europa*

A partir de 1940, recuperados sus restos por los beneficiarios de la «Victoria», el corolario fascista a la polémica entablada entre Brandi-Rassow y Menéndez Pidal sobre las fuentes de la idea imperial fue la instrumentalización ideológica de su recuerdo por parte de los falangistas. Elevada su estatua a símbolo de la unidad, la resistencia frente a los rojos y el separatismo en los versos dedicados por Eduardo Marquina a cantar la gesta del Alcázar de Toledo (el poema «Toledo (Crónica romanceada)» de *Los Tres Libros de España*. *España en ocaso*. *España militante*. *España en Albas*)[149], la figura de Carlos V se convirtió en un personaje de novela, protagonista de las biografías «nacionales» (escritas por escritores, periodistas y propagandistas franquistas como el prolífico José García Mercadal)[150]. Y su real imagen pasó a ser usada en la recreación de los mitos naturales de un Imperio sobre cuyos territorios no se ponía el Sol (reproducida en la encuadernación del libro de Karl Brandi, el carácter solar del reino aparece con toda claridad en la inscripción de una medalla de oro del emperador a sus cuarenta y ocho años: *Quod in coelis Sol, hoc in ter[r]a Caesar est*. Al respecto, la interpretación del fundamento mitológico de esta imagen simbólica que quedará representada en el dicho de que Carlos era el monarca «sobre cuyo reino el Sol nunca se ponía», no porque este sea tan inmenso, sino porque el emperador mismo era su imagen solar)[151]. Pero, por encima de todo, fue utilizada como referente en la invención de la leyenda del nuevo *César visionario* («Franco, leyenda del César Visionario» se titulaba el últi-

---

[148] Guinard (1971), I, pp. 132-133.
[149] Marquina (1942), pp. 53-93..
[150] García Mercadal (1943); Núñez Seixas (2006), pp. 179, 280, 291-292 y 300.
[151] Ferdinandy (2005), pp. 187-189; Aporte (2009).

mo de los romances de *Poemas de la Falange eterna* del humeante católico y falangista Federico de Urrutia); un general siempre en vigilia, «tras algún parapeto oteando el horizonte de la batalla como gustaba a los exégetas –Víctor Ruiz Albéniz o Manuel Aznar–», un «Caudillo» militar encargado de guiar a los españoles por la senda de la historia y un dictador para la eternidad, convertido por Fal Conde en «la clef de voûte de l'originalité du devenir historique espagnol»[152].

De aquel intento de manipulación sabemos que quedó muy poco: el rótulo de varias calles y plazas en distintas capitales españolas y el nombre de César Carlos en un colegio mayor de Madrid (el «César Carlos», donde sus residentes eran pensionados con becas como la «Alejandro Salazar»)[153]. También sobrevivieron las papeletas y restos librescos generados por el *Seminario de Historia del Imperio* fundado por el falangista catedrático de *España Moderna y Contemporánea* Joaquín Pérez Villanueva en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valladolid y cuyos trabajos se dedicaron a exhumar documentos del Archivos de Simancas (a partir de 1942, se integró como sección vallisoletana del Instituto de Historia Jerónimo Zurita del CSIC; entre sus primeros becarios se encontraban Manuel Fernández Álvarez, Luis Suárez Fernández o Valentín Vázquez de Prada)[154]. Y se conservan las tesis doctorales realizadas por un reducido grupo de profesores y becarios universitarios, militantes en Falange Española y de las JONS, empeñados en rendir «culto al imperio» mediante la mistificación de las figuras de los Reyes Católicos y la «españolización» de su sucesor[155]. Por lo demás, como apuntó José María Jover, se produjo una «boga» de la historiografía relativa a estos temas (confirmada por Miquel À. Marín Gelabert con el siguiente dato: de los 2.150 libros publicados de historia moderna y contemporánea española, entre 1950 y 1954, 790 se dedicaron a dos temas –los Reyes Católicos con 364 y los Austrias del siglo XVI con 426–, es decir, casi el 37 por 100 del periodo y casi el 13 por 100 de toda la producción historiográfica española)[156].

Después de todo, en 1947, el mismo patriarca de las letras españolas, Menéndez Pidal, había retomado los esquemas de su antiguo maestro Menéndez Pelayo y, mezclados con las ideas de Cánovas o Danvila, los acomodó a un vocabulario de situación para legitimar la

---

[152] Urrutia (1938), pp. 59-61; los primeros entrecomillados en Mainer (1998), pp. 387 y 412, y el último en Fernández Albadalejo (1993), pp. 227-228.

[153] Ruiz Carnicer (1995), pp. 34-35 y (1996), pp. 429-432 y 467-469.

[154] Carasa (2003), p. 419; González Martínez (2016), pp. 53-75.

[155] Pasamar (1991), pp. 316-328.

[156] Marín Gelabert (2005), pp. 217-247, y (2015); Jover (1999a), pp. 282-284.

interpretación de la «idea imperial española» e impulsar la marea de ideologismo y retórica que inundaban los libros de historia en la España de posguerra, un «puro ideologismo» cuyos efectos siguieron contaminando la literatura histórica española de los siglos XVI y XVII a la largo de toda la década de los cincuenta. En este sentido, en 1958, Jaume Vicens Vives, al reseñar la bibliografía hispana de los siglos XVI y XVII, escribió: «On n'y voit guère abordés des sujets plus complexes ni les grands problèmes de structure ou de dynamique; mais on y trouvera les polémiques idéologiques habituelles que appartiennent nettement au XIXe siècle»[157].

Por todo eso, al lado de los trabajos citados sobre el Imperio y el emperador, merece la pena recuperar *in extenso* la valoración proyectada por Menéndez Pidal en su famoso ensayo *Los españoles en la Historia,* y ello, desde el temprano momento en que «el joven Carlos» trocó «la inicial violencia por el respeto y por el amor hacia España; y así la guerra de las Comunidades produjo la hispanización del Emperador, la cual como consecuencia trajo la ferviente asociación de España a los vastos planes imperiales», hasta la concluyente afirmación de que «Carlos V, firmemente católico, a la vez que transigente por naturaleza, es quien mejor pudo guiar esta que fue la más franca y comprensiva apertura de la mente española a todos los problemas que agitaban el mundo, y la más extensa y feliz expansión del espíritu de España por todos los campos de acción europeos e indianos, en anhelo de "un Monarca, un Imperio y una España"»[158]. Y conviene tener presente esta introducción (incluida el rechazo por los fascistas de su recuerdo a las «dos Españas» y los ataques que recibió), al propósito de considerar los eventuales resultados de aquellas representaciones ideológicas forjadas en un periodo de frontera política, de holocausto cultural y censura de campo del saber histórico: de la producción de obras carolinas fabricadas por la propaganda fascista y el oportunismo de unos historiadores oficiales cuyos títulos aliaban la ideología terrible de la dictadura con la estética averiada de la *cultura de la España nacional* y el nacionalismo españolista, prácticamente ninguna trascendió el momento de su publicación. Y todas mostraron su incapacidad para construir y comunicar una imagen histórica medianamente presentable del primero de los Austrias.

En la realidad de la inmediata posguerra, durante la cual unos pocos catedráticos buscaron refugio en la «neutralidad» del método

---

[157] Vicens Vives, Reglá y Nadal (1958), p. 6; Marín Gelabert (2006a) pp. vii-cxx.

[158] Menéndez Pidal ([2]1977), pp. 182-183; Jover (1999a), pp. 75-77 y 82-88; Pérez Pascual (1998), pp. 312-331.

como único medio para alejarse de los delirios ideológicos que anegaban los departamentos de Historia y secciones del CSIC, el emperador siguió sin ser objeto de una investigación que superara, en el mejor de los casos, el positivismo esquemático derivado de la transcripción y la edición de crónicas o compilaciones documentales. De ese modo, junto a las publicaciones surgidas del seminario «Simancas» vallisoletano y las ediciones de fuentes del periodo de los Reyes Católicos y de Carlos V realizadas por el catedrático de Historia Antigua Media y de España de Sevilla Juan de Mata Carriazo, mencionaré la serie *Privilegios otorgados por el emperador Carlos V en el reino de Nápoles,* editada por el director del Archivo de la Corona de Aragón Jesús Ernesto Martínez Ferrando o la transcripción del *Libro de Cifra Nueva para la tecla, arpa y vihuela de Luys Venegas de Menetrosa (Alcalá de Henares, 1557)* del sacerdote musicólogo Higinio Anglés. Y eso que, para entonces, el «raro» Ramón Carande había publicado los dos primeros volúmenes de su monumental *Carlos V y sus banqueros* (1943 y 1949)[159].

Obra maestra de un historiador rezagado en la que afloraba el mejor pensamiento histórico de la historiografía profesional española que ya no existía, su investigación alumbraba una percepción diferente del emperador: «De Carlos V, de su persona y de sus hazañas, poco se refiere en las páginas que siguen»[160]. De ese modo, al leer las entregas del *Carlos V* de Carande, se cobra conciencia de la importancia estructural que tiene el análisis de los diferentes aspectos de la economía castellana y la Hacienda real, las instituciones y los gravámenes, los déficits y los ingresos, los cambistas y los banqueros; es decir, una parte de «"las fuerzas profundas" que condicionaron la acción imperial en cada coyuntura»[161]. Estas causas y problemas reducen al soberano a una referencia temporal y geográfica, un personaje histórico cuyas decisiones políticas y operaciones económicas se integran en el denso relato de la vida económica de la España del quinientos. En un país donde la mayoría de los historiadores seguían deslumbrados por los mitos solares del Imperio y los afanes juveniles «de escribir la historia de un Carlos V –de nuestro Carlos I– visto desde la península»[162], la obra de Carande salvó la tensión hacia el futuro, quedando como un hito aislado que marcará un nuevo hori-

[159] Carande (1943, 1949); Yñiguez Ovando (2002), pp. 93-115 y 125-137; Bernal (2000a, 2000b); Palacios (2007).

[160] Carande (1943), p. 5.

[161] Jover (1999b).

[162] Jover (1963), p. 18.

zonte de comprensión de la historia del emperador; un libro que, sin estar «a la moda al nacer», llegaría por sus caminos solitarios a ser contemporáneo de la principal historiografía moderna occidental (algo similar sucedería con el insólito libro de Ángel Ferrari Núñez *Fernando el Católico en Baltasar Gracián* de 1945, considerado por Jover como la única obra significativa y de valor sustantivo, «en que la vasta erudición del autor se combina con una extraordinaria penetración para seguir la trayectoria de la fama del Rey Católico en función de situaciones culturales ulteriores, cada una formará su propia imagen de las virtudes de Fernando»)[163].

A su lado, siguieron palideciendo los hallazgos carolinos anunciados por los miembros de aquella ardorosa «promoción», bautizada por Vicens Vives como «la generación de 1948, la del centenario de la Paz de Westfalia y de la revolución democrática de 1848»: «que reputamos su esfuerzo como el más profundo y desinterado análisis que ha hecho jamás España para comprenderse a sí misma. Su conciencia de la verdadera y única España induce a este grupo a formular postulados que es posible aceptar como la correcta interpretación de la experiencia histórica de los pueblos peninsulares desde los Reyes Católicos a la Revolución de 1936»[164]. Se trataba de una generación de historiadores «westfalianos» (formada, entre otros, por Juan Beneyto, Florentino Pérez Embid, Joaquín Pérez Villanueva, Vicente Palacio Atard, Federico Suárez Verdeguer, José Antonio Maravall, José María Jover o Felipe Ruiz Martín) que compartían la tesis acerca de la crisis de la modernidad europea en el siglo XVII (con la consiguiente pérdida de la meta histórica de España en 1648) y trabajaron para cerrar la herida que tres siglos de historia no había conseguido derrumbar: «los firmes cimientos que servirían a la nación para levantar el Mundo de Mañana»[165]. La condición de wetsfalianos de estos historiadores les hacía compartir la tesis del alejamiento de Europa del ideal de la cristiandad en favor de la modernidad materialista consagrada por el triunfo del nacionalismo, la libertad religiosa y el liberalismo político. A partir de ahí, criticaban los nacionalismos por su contribución a la aniquilación de la unidad de los cristianos. Este «antinacionalismo», dirigido fundamentalmente contra el nacionalismo liberal, creaba una situación paradójica: la negación de su propio nacionalismo (según Ismael Saz,

---

[163] Carande (2000), p. 7; Jover (1999a), p. 284; Anes (2001); De Santiago (2001).

[164] Juliá (2004), pp. 370-374 y 525; Vicens Vives (1949), p. 14, citado por Marín Gelabert (2005), pp. 283-284 y (2010b).

[165] Vicente Palacio Atard (1948), p. 58 y (1949); Jover (1948, 1949); Prades Plaza (2007, 2012) y (2014), pp. 212-234.

se trataba de un «elemento común a todos los nacionalistas españoles del siglo XX, de Unamuno a Ortega, de d'Ors a Maeztu»)[166]. Moviéndose entre las distintas familias del régimen, estos jóvenes catedráticos que en sus relaciones dialécticas entre camaradas, debatían sobre conceptos como *cultura hispánica, catolicismo cultural, posición tradicionalista* o *historiador humanista y católico,* buscaban con interés y vocación de servicio sus posiciones de futuro en la historia española. La hora carolina de esta generación llegó una década después cuando el impulso recuperador de un centenario, inserto en en el ámbito de las políticas del pasado del franquismo, lanzó sus miradas de historiador hacia el siglo XVI y el reinado de Carlos V; un retorno a los orígenes imperiales de la España moderna que, como un ejercicio de pedagogía activa de la historia nacional, todos ellos incluyeron en sus agendas de conferencias y congresos, aunque bastante menos en sus planes de investigación.

Precisamente, las cifras de las *Guías de Investigadores,* publicadas a finales de la década de los cincuenta para informar sobre las estancias en los archivos nacionales de los investigadores españoles y extranjeros, son bastante indicativas al respecto. Así, la relación de quienes solicitaron consultar documentos relativos a la época del emperador señala lo siguiente: para 1957, sobre un censo de 1.137 estudiosos, la Casa de Austria ocupó a 48 y, de ellos, sólo 20 se dedicaron al primero de sus reyes (aunque las cifras tienen un valor meramente indicativo, pues se repiten nombres en diferentes periodos y temáticas, interesa destacar que, de los 20 mencionados, puede ser interesante recordar que el 50 por 100 eran extranjeros; de los 10 españoles, sólo 2, Antonio Rumeu de Armas y Juan Uría Ríu, procedían del ámbito universitario; y 4 eran investigadoras femeninas)[167].

En los años 1958-1959, las cosas no fueron mejor: con un total de 1.882 visitantes inscritos, los siglos austriacos interesaron a 26 historiadores, 14 de los cuales se centraron en los legajos del monarca imperial (los extranjeros que consultaron documentos de la Casa de Austria fueron 6, los anglosajones Arnold Jones, John J. Silke y Olga Turner Bramley, el belga André Vandesbossche y los italianos Giuseppe Tricoli di Matteo y Fedrico Chabod y, entre las dos investigadoras españolas, destaca la futura catedrática de Paleografía y Diplomática de la Universidad de Barcelona Josefina Mateu Ibars)[168]. De este grupo, junto al rastro arcaico de la más tradicional erudición no-

[166] Saz (2003), p. 409.
[167] Guía (1959).
[168] Guía (1960), p. 113.

biliaria representada por Rafael Acevedo, grande de España y conde de la Cañada, destaca el retorno a Simancas del catedrático de la Universidad de Roma Federico Chabod, primero, por apuntar la apertura europea de la historiografía española iniciada en estos años cincuenta y, también, por ejemplificar la continuidad de la tradición italiana de peregrinos al archivo castellano iniciada, en 1844, por el erudito carolino y patriota Giuseppe de Leva[169]. Probablemente, Federico Chabod (1901-1960) aprovechó la invitación para participar en los actos del Centenario del Emperador organizados por la Universidad de Granada para volver al archivo donde había trabajado en su juventud. Este historiador que, por aquel entonces, había evolucionado hacia el contemporaneísmo se había interesado por Maquiavelo al comienzo de su vida profesional y, después de estudiar en Berlín con Friedrich Meinecke (1925-1926), se trasladó a Simancas, en 1927 (donde coincidió con Fernand Braudel), para investigar sobre el Renacimiento italiano y la figura de Carlos V. Traductor de Brandi al italiano (dejó póstuma su versión de *Carlo V* editada por la turinesa Einaudi en 1961), de las numerosas obras que, desde 1934, dedicó al emperador y Milán, se publicó una edición con el título *Carlo V e il suo impero* en 1985[170]. Entre otras noticias, la guía de 1958-1959 también registra las primeras apariciones en el Histórico Nacional de Manuel Fernández Álvarez (rastreando las *Memorias de Carlos V*), o las visitas de Juan Reglá Campistol y Carlos Seco Serrano al de la Corona de Aragón de Barcelona para preparar las conferencias comprometidas para el año del centenario carolino.

Pasadas las celebraciones, en 1960, los valores apenas experimentaron alteraciones: sobre una lista de 1.167 personas, 33 trabajaron diversas temáticas de los siglos XVI y XVII (desde colecciones de fuentes, historia de otros países, del derecho y las instituciones, etc.), siendo 17 los centrados en la historia política de los Habsburgos y, únicamente, 6 los investigadores dedicados a la época de Carlos V (de los 3 españoles, destaca la continuidad en el trabajo sobre «El registro del sello de Carlos V» del catedrático de Historia de España de Oviedo, el medievalista Juan Uría Ríu)[171]. Sin embargo, los nombres extranjeros de las fichas permiten intuir un cambio cualitativo que, vinculado a las transformaciones de la historiografía moderna internacional y al desembarco cultural de una nueva generación de hispanistas interesados por el Imperio y el Siglo de Oro español, im-

[169] Moretti (2006), p. 9-10; Galasso (2001).
[170] Chabod (1985); Schiera (2006); Angelini (2012); Montroni (2016), pp. 84-85.
[171] Guía (1961), p. 165.

pulsará el proceso de normalización disciplinar del modernismo hispano, prácticamente, hasta el final de la década de los ochenta. Así, al lado de dos consagrados especialistas carolinos como eran el catedrático norteamericano de la Universidad de Pittsburgh Hayward Keniston (acababa de publicar el libro *Francisco de los Cobos, Secretary of the Emperor Charles V*) y el profesor de Colonia Hermann Kellenbenz (experto en el sistema financiero del emperador y los Fugger), en esos meses, coincidió en Simancas el inquieto hispanista francés Joseph Pérez, afanado rastreador de documentos e informaciones bibliográficas para su tesis de estado dedicada a las Comunidades de Castilla («un punto de inflexión del destino histórico de Castilla»). Al hilo de la mencionada internacionalización, la presencia de Pérez en Simancas es un indicativo de la renovación generacional del tradicional interés del hispanismo francés por la *civilisation espagnole* y su especial atracción por la literatura, la filología y la historia del Siglo de Oro. En esta red, la tesis de Joseph Pérez conectaba con la más reciente de Bartolomé Bennassar (*Valladolid au siècle d'or. Une ville de Castille et sa campagne au XVIe siècle* de 1967) y, de manera remota, con la monumental *Séville et l'Atlantique (1504-1650)* de Pierre Chaunu (el sustituto de Braudel al frente *L'École Pratique des Hautes Études* que anunciaba la edición en dos volúmenes de *L'Espagne de Charles Quint* para 1973)[172]. Por estos caminos de la «historia nacional y transnacional», la guía de 1960 recoge la presencia en Simancas de Henry Kamen (un licenciado en Historia de Oxford de apenas veinticuatro años interesado por las fuentes del reinado de Felipe IV), mientras en el Archivo de la Corona de Aragón de Barcelona el joven historiador inglés John H. Elliott preparaba su monografía *The Revolt of the Catalans. A Study in the Decline of Spain 1598-1640* y el libro de síntesis *Imperial Spain, 1469-1716,* para su publicación simultánea en 1963[173].

De todas formas, por si los números no fueran suficientemente ilustrativos, la tardía confesión autobiográfica del falangista de juventud y ocasión Manuel Fernández Álvarez (cuya tesis doctoral leída en 1946 versó sobre las *Relaciones internacionales entre España e Inglaterra, durante el reinado de Felipe II;* poco después, en el curso de 1949-1950 amplió estudios en el Colegio Alborciano de

[172] Pérez (1970) y (2009), p. 126; Contreras (2002, 2009); Bennassar (2009); Ribot (2009); Pellistrandi (2003), pp. 397-401; Chaunu (2002); Vázquez de Prada (2009); García González (2009).

[173] Elliott (1963a, 1963b, 2001) y (2012), pp.17-99; Kagan (2001b); Martínez Shaw (2001); García Cárcel (2001b).

España en Bolonia donde obtuvo un segundo doctorado) completa la explicación sobre el estado general de los estudios carolinos y, en particular, sobre las formas de las prácticas y actuaciones de la política investigadora española en los años cincuenta:

> Hace muchos años, casi medio siglo (exactamente en 1956), me llamó una mañana a su despacho don Cayetano Alcázar y me soltó de buenas a primeras:
>
> —Álvarez –pues siempre me llamaba por mi segundo apellido–, se acerca ya el IV Centenario de la muerte del emperador. Hay que hacer algo.
>
> —De acuerdo, don Cayetano: algo haremos.
>
> Así me puse a trabajar sobre Carlos V. Y como un primer homenaje a su figura, preparé una edición crítica de sus *Memorias,* que verían la luz cuatro años más tarde. Pues tomé la orden de Alcázar con verdadero interés[174].

De ahí que la frase de Carlos Seco Serrano «Está por hacer la historia de lo que pudiéramos llamar la *fama* del emperador Carlos V entre los españoles» viniera a recordar en términos de «duda» y de «condena» la pervivencia de la imagen deteriorada del «César hispanoborgoñón». Para el catedrático de treinta y cuatro años de *Historia general de España* de la Universidad de Barcelona (nombrado en noviembre de 1957), se trataba de un juicio histórico y un componente de la *cultura de la España nacional* que necesitaba ser revisado, pues «esa misma duda, esa misma condena, son testimonio de una gran verdad: la trascendencia del reinado en la configuración de la España moderna». En su evidencia, esta revisión «moderna» y controlada sólo podía ser entendida «sino en un plano universal», por «la circunstancia europea y mundial», pues

> la medida del héroe la da la magnitud de sus empresas y el heroísmo puesto en su servicio; aunque no siempre vayan aquellas acompañadas del triunfo. Ningún héroe moderno sirvió con una entrega absoluta a ideal tan elevado, que si pudo parecer anacrónico en la época de Westfalia, ahora, al cabo de cuatro siglos, torna a cobrar vigencia a los ojos de esta entrañable Europa nuestra, maltrecha y desgarrada, de vuelta de todos los nacionalismos, de todos los particularismos, de todos los cismas[175].

---

[174] Fernández Álvarez (1999), p. 11, y (2007), pp. 194-197; Carabias y Möller (2000).

[175] Los entrecomillados pertenecen a Seco Serrano (1959), pp. 55, 56, 65 y 66.

Tal cosa sucedió en 1958. Coincidiendo con las celebraciones menores del 150 aniversario del comienzo de la Guerra de la Independencia y las académicas del primer siglo de la creación del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, el franquismo no desaprovechó la oportunidad para fortalecer sus políticas del pasado y otorgar al tránsito de «Carlos V. Rey de España» la categoría de conmemoración estatal[176]. Bajo la presidencia del general Franco, las pompas oficiales alcanzaron su apoteosis el 21 de septiembre en El Escorial con la celebración de las solemnes honras fúnebres que señalaban el cuarto centenario de la muerte del emperador. En el transcurso de las mismas «resonó el responsorio *Pro difuntis* de Guerrero (siglo XVI), mientras una corona de laurel era depositada en el panteón de los Reyes»[177]. Por su parte, los representantes de los principales gremios de la historia (profesores universitarios, archiveros, arquitectos, restauradores, etc.) desempeñaron su función al organizar el espectáculo público del pasado carolino y, con la servil satisfacción que acompaña a la retórica de la propaganda oficial, proclamar el significado español y el eco alcanzado por «la efemérides que ha tenido un ámbito de resonancia tan universal como lo fue su Imperio, casi tanto como el de su propia fama»[178].

En la mayoría de las ciudades españolas se festejó el acontecimiento con la realización de los más diversos actos culturales. Como recogía en su crónica el, por entonces, policía «secreta» y ayudante de la cátedra de Historia de España de la Universidad de Madrid (regida por Antonio Rumeu de Armas), se reconstruyeron edificios como el Palacio de Carlos V en Granada, el Palacio de los Condes de Fuensalida en Toledo o el monasterio de Yuste. En paralelo, mientras los eruditos archiveros dedicaban al primero de los Austrias un monográfico en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* (el número de junio-diciembre de 1958) y en «un acto celebrado en el Paraninfo de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, el 14 de marzo de 1958, se desarrolló un homenaje musical a la memoria del emperador Carlos V, con música del siglo XVI, representada por Yañez y Morales»; en Huesca, el Instituto de Estudios Oscenses organizó un ciclo de cuatro conferencias conmemorativas inauguradas por el catedrático falangista de Historia Universal Moderna y Contemporánea de Zaragoza Carlos Coro-

[176] Peiró (2008b), pp. 137-222 y 245-461; Alares López (2017), pp. 175-225.
[177] Benito Ruano (1958), p. 743; Centenario (1958).
[178] Benito Ruano (1958), p. 742.

na Baratech con una disertación sobre la «Situación de España a la llegada de Carlos I»[179].

Entre las magnas exposiciones, destacaron las celebradas en la imperial Toledo y la condal Barcelona, «ventana europea de España y la puerta española de Europa en el imperio de Carlos V»[180]. En esta última, la muestra bibliográfica y documental *Carlos V y su época* se ilustró con nueve conferencias abiertas el 3 de octubre de 1958 con la intención de ser, en palabras del rector Antonio Torroja, «la aportación modesta pero duradera de esta Universidad de Barcelona al homenaje que en estos momentos rinde España entera al Monarca insigne que supo conducirla por senderos imperiales, en un momento cumbre de la Historia» (la primera conferencia corrió a cargo del director del Archivo de Simancas Ricardo Magdaleno y, junto a los mencionados Reglá y Seco Serrano, participaron el alemán Hermann Kellenbenz, el investigador del CSIC y del Institut d'Estudis Catalans Jordi Rubio i Balaguer, el italiano Mario Penna, el rector de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo Ciriaco Pérez Bustamente, el jesuita académico de la Historia Miguel Batllori y Ramón Menéndez Pidal, encargado de clausurar el ciclo)[181]. Pero, por encima de todas las conmemoraciones, la parte más importante de los fastos académicos se centralizó en la monumental Granada. La ciudad andaluza cuyo provinciano mundo universitario apenas se veía alterado, cada 2 de enero, por el «tremolar de las banderas» en la fiesta histórica local que celebraba la toma de Granada[182], en la década de los cincuenta, se convirtió por dos veces en el centro nacional de las conmemoraciones principales de las políticas del pasado franquistas: los actos de clausura del centenario del nacimiento de los Reyes Católicos de octubre de 1952 y los fastos académicos celebrados, seis años después con ocasión del IV Centenario de la muerte de Carlos V.

En efecto, con una Junta del Centenario presidida por el rector de la Universidad, el acenepista y pragmático catedrático de Derecho político Luis Sánchez Agesta (estaba compuesta por los vocales Emilio Orozco Díaz, Alfonso Gamir Sandoval, Juan Sánchez Montes y Rafael Gibert, actuando como secretario Antonio Gallego Morell), en la ciudad andaluza se desarrollaron las sesiones principales del *III Congreso de Cooperación Intelectual* entre el 6 y el 13 de octubre,

---

[179] Peiró (2016b), pp. 173-175; Fernández Álvarez (1958), p. 397; CSIC (1959), pp. 349-350.

[180] Reglá (1959), p. 50.

[181] Estudios Carolinos (1959), p. 8..

[182] Hernández Burgos (2011), pp. 311-316.

convocado por el Instituto de Cultura Hispánica con la figura, la obra y el tiempo del emperador como objeto de estudio. Con 300 asistentes y 75 comunicantes, el coloquio que se inauguró en la Capilla Real de la catedral granadina; tuvo un carácter itinerante «entre Granada, Sevilla y Cáceres –con excursiones a Guadalupe y Yuste–»[183]. En paralelo, la universidad homenajeó a su fundador con un amplio ciclo de conferencias titulado *Carlos V (1500-1558)* y aprovechó la ocasión para celebrar las ceremonias de investidura como doctores *honoris causa* de los profesores Peter Rassow, Federico Chabod, Robert Ricard de la Sorbona y Heinrich Rommen de Washington[184].

Abrió las sesiones el conocido catedrático de Historia Alemana en Colonia Peter Rassow en representación de la presencia europea formada por el presidente del Comité Internacional de Ciencias Históricas Federico Chabod y otros cinco «especialistas» (Berthold Beinert, alemán afincado en España y profesor de la Universidad de Barcelona; el aristócrata profesor de Derecho en Maguncia y antiguo oficial de la Lufwaffe Friedrich August Freiherr von der Heydte; el historiador del Derecho Ernst Reibstein, el sacerdote francés e historiador de las misiones Robert Ricard, y Hellmuth von Weber, profesor en la Universidad de Bonn)[185]. Todavía bajo el impacto del repentino fallecimiento el martes 19 de agosto (cuando, a «las cinco y media de la tarde, iba a dar su clase de Historia de España, en el aula del nuevo Pabellón de las Llamas de la Universidad "Menéndez Pelayo"»), del enfático y poderoso catedrático madrileño, Cayetano Alcázar Molina, que debía encabezar la delegación española[186], a Granada acudió la primera línea de «camisas viejas» del modernismo hispano (Juan Beneyto Pérez, Manuel Ferrandis Torres o Fernando Solano Costa). *Pequeños dictadores* de la corte historiográfica de Franco, estuvieron flanqueados por la nueva promoción de antiguos «westfalianos» (ahora, catedráticos con poder y distintas estrategias intelectuales), miembros de las distintas familias políticas de la historiografía universitaria de la época (el mismo rector Luis Sánchez Agesta, Rafael Gibert, Vicente Palacio Atard, Juan Reglá o José Cepeda Adán) y, algunos, representantes de una generación de modernistas que anunciaban sus búsquedas de espacios de distinción y metamorfosis profesionales hacia el contemporaneísmo. Entre estos, merece la pena recordar que, en las aulas de la universidad granadina, tuvieron oca-

[183] Benito Ruano (1958), pp. 745-752.
[184] Homenaje (1958), pp. 17-25.
[185] Erdmann (2005), pp. 234-240 y 364.
[186] *ABC* (1958), p. 11.

sión de terciar en las disputas abiertas en torno al pensamiento político de Carlos V dos profesores que, por aquel entonces, habían comenzado a considerarse como innovadores y distintos en cuanto *humanistas, católicos y españoles:* José Antonio Maravall y José María Jover Zamora[187]; historiadores cuyos atisbos y cautelas alcanzados por las sendas del individualismo autónomo y la excepcionalidad les permitirán seguir los marcos renovadores del europeísmo historiográfico y definirse, en los años setenta, como «maestros de la historiografía liberal española» (el primero, como impulsor en la refundación disciplinar de la historia moderna y el segundo, como activo creador de la contemporánea)[188].

Con el telón de fondo de la crisis institucional y la «fatiga generacional» del modernismo español[189], Maravall, después de regresar de su estancia europea al frente del *Collège d'Espagne* de la *Cité Universitaire* de París (1949-1954), acababa de publicar *Teoría del saber histórico* y preparaba la edición de un libro novedoso sobre el emperador[190]. Planteado como una interpretación de la historia de aquel reinado «a la luz de la Historia del pensamiento», el grado de originalidad que pretendía alcanzar José Antonio Maravall con *Carlos V* y *el pensamiento político del Renacimiento* (1960) no se dirigía tanto a «afirmar un nexo directo y determinante entre el sentido que ofrece el Renacimiento en el ámbito de la cultura española y la significación que la figura de Carlos V asume en nuestra Historia» como a reconocer «que el hecho de haber recaído en el Emperador la corona de los reinos de España constituye uno de los factores a tener en cuenta para comprender cómo evolucionó el Renacimiento entre nosotros, y la salida del mismo hacia la peculiar corriente del Barroco»[191]. Tratándose de una experiencia historiográfica totalmente diferente (que, sin embargo, permite remitirnos a un imposible retorno del espíritu «heterodoxo» y renacentista de los investigadores del Centro de Estudios Históricos anteriores a la guerra), de entrada, el catedrático de Historia del Pensamiento Político y Social de España consideraba las antiguas relaciones con Flandes y el impulso renovador que imprimió a las mismas la presencia de Carlos (lo cual impidió, además, que fueran eliminadas «por la influencia del italianismo»). A continuación, reclamaba la atención a «la aproximación del Imperio a Es-

---

187 Maravall (1958); Jover (1958).
188 Peiró (2010a) y (2013a), pp. 193-259.
189 Marín (2006a), pp. xlix-lxii.
190 Maravall (2007); Caspístegui (2007a).
191 Maravall (1999), pp. 10 y 14.

paña, en cuanto aquel aparecía como titular de la tradición cristiano-medieval». Sin perjuicio de lo que acababa de decir, en tercer lugar, entendía el aporte de Carlos V, en el XVI español, «como un factor decisivo en las relaciones con la cultura italiana, y en ese aspecto hay que poner en conexión con él el enriquecimiento de elementos italianos en nuestro Renacimiento». Y, finalmente, valoraba que:

> al hacer posible el Emperador, con su actitud ante los Papas, que en torno a él se aglutinara el grupo de los que sentían impulsados por un afán de reforma, encauzando de este modo, sin romper con la ortodoxia, la protesta contra el estado de la Iglesia, hizo que ese sector de opinión, especialmente importante y vigoroso en el renacimiento español, se mantuviera dentro de la disciplina católica, que se fortaleciera de ese modo la dirección ortodoxa del Renacimiento y que este pudiera llegar a dar maduros frutos en la Contrarreforma y en el Barroco[192].

Poco después, conectando con las tesis avanzadas treinta años antes por Manuel Azaña, Maravall se atrevió a repensar el movimiento de las Comunidades como «la primera revolución de carácter moderno en España y probablemente de Europa»[193]. En opinión de Ramón Carande, se trataba de una investigación de historia social realizada «al gusto de hoy» donde, además de comunicar el programa revolucionario de la conjuración de Tordesillas, su autor atestiguaba «que aquella fue una revolución del estado llano, de gentes hartas de obedecer y de pagar, pero con ellas hacen causa común algunos grandes señores, muchos hidalgos y caballeros, clérigos ilustrados, frailes fanáticos, etc.». El reseñista de la *Revista de Occidente* consideraba que el libro era «un punto de partida para investigaciones ulteriores y habrá de contribuir a mantener la renaciente curiosidad que, con gran impulso desarrolla la historiografía de las manifestaciones del dinamismo social europeo. (Alguien, creo que un estudioso francés, atraído por estos acontecimientos de nuestra historia moderna, enfoca ya, al gusto de hoy, el tema de los comuneros)»[194].

Más adelante, como historiador en constante evolución, atento a los desarrollos de la disciplina histórica, en la tercera edición del libro, no dudará en introducir elementos de la historia social que lo llevarán a incorporar, «a modo de introducción, un estudio sobre la imagen de

---

192 Los entrecomillados y la cita en *ibid.*, pp. 15 y 16.
193 Maravall (1963a), p. 12.
194 Carande (1964), pp. 114-115 y 113.

las Comunidades castellanas, contemplada en una tipología social de los movimientos revolucionarios. En segundo lugar, añado un estudio sobre las resonancias del movimiento comunero que permanecieron, unas décadas después de extinguida la subversión, en la opinión de elementos populares y rurales, lo que viene a constituir un conjunto de datos que nos ayudan a entender cómo fue vista aquella»[195]. A la postre, en su diálogo fecundo con los historiadores de la economía y otros científicos sociales –incluidos los marxistas–, José Antonio Maravall estaba solventando con brillantez la pregunta sobre si existió la idea de progreso en la España del siglo XVI y, «consiguientemente, una conciencia correlativa de adelanto de los tiempos»[196].

La trayectoria de José María Jover fue bien distinta: a finales de 1961 había transformado su forma de pensar la historia y abandonado sus intereses por la Casa de Austria. De esta suerte, las escasas referencias que dedica a su «especialidad» modernista (apenas dos párrafos y un par de notas a pie de página), en la *Memoria* que dirigió a la comisión de becas de la Fundación Juan March el 23 de octubre de ese año, revelan con claridad su cambio de perspectiva y la relativa importancia que otorgaba a estas actividades:

> El tercer problema tenía un alcance mucho más concreto. Unas publicaciones sobre *la política exterior de España en tiempos de Carlos V*, unas conferencias en la Universidad de Valencia sobre la actitud de Luis Vives ante la mencionada política exterior, han conducido al autor de esta *Memoria* al plantemiento de un tema –«La paz y la guerra en la sensibilidad del renacimiento español»– que, si bien no está llamado a cuajar en ninguna publicación inmediata, si lo está a serlo de acumulación de material para los próximos años. Determinadas zonas de la bibliografía vivesiana, y la totalidad del planteamiento de la política mundial de Carlos V, requería un manejo de fuentes y libros alemanes, que una estancia en Friburgo me permitiría llevar a cabo.

Y demuestran, en definitiva, los esfuerzos realizados por el historiador de Cartagena por desprenderse de los modelos culturales anteriores cuya coherencia implicaba, paradójicamente, el arraigo en su identidad modernista original. Asi, escribiría: «Sólo me resta, para concluir esta Memoria, que referirme al tercero de los problemas que quedó aludido en la introducción. En la Biblioteca de la Universidad de Fri-

---

[195] Maravall (1963a [^{3}1979]), p. 9.
[196] Maravall (1966), pp. 7-8, y (1963b).

burgo tuve ocasión de manejar algunas obras de Vives que no había encontrado en España y que han sido decisivas para mi investigación. Por lo demás, mi conocimiento de la época de Carlos V fue lo único que pude ofrecer a tantos amigos alemanes –profesores, asistentes y estudiantes de la Universidad de Friburgo– como se esforzaron en todo momento por ayudarme en mi trabajo. Solicitada y obtenida de la Fundación Juan March la necesaria autorización, pronuncié (20/VI/61) una conferencia sobre *La Península Ibérica en la política mundial de Carlos V,* en la Universidad, bajo el patrocinio de la *Goerresgesellschaft* y del *Seminario Histórico* de la Universidad misma»[197].

Realmente, se trataba de la serie de pequeños trabajos carolinos que, como una rémora de su inmediato y cada vez más distante pasado historiográfico, coexistían con la práctica histórica del presente que se revelaba precisamente contemporáneo. En efecto, en 1957, Jover había asistido al *VI Congreso de Historia de la Corona de Aragón* celebrado en Cagliari con la comunicación «Reino, frontera y guerra en el horizonte político de la emperatriz Isabel». Al año siguiente, disertó *Sobre la política exterior de España en tiempos de Carlos V,* en el ciclo de conferencias promovidas por la Universidad de Granada con ocasión del cuarto centenario de la muerte del César hispano. En febrero de 1960, en la Facultad de Letras de Valencia impartió un curso titulado *La paz en Vives* y, en octubre, dedicó la lección inaugural del año universitario a *Carlos V y las formas diplomáticas del Renacimiento (1535-1538)*. No obstante, como él mismo explicaría en la *Memoria* de 1961, lejos de seguir la estela oportunista que marcaba la actualidad historiográfica del primero de los Austrias, los temas tratados por Jover en el pórtico introductorio a esta última intervención venían a anunciar el final de una «fase de mi evolución intelectual» y el comienzo de su personal «desvío por la historia contemporánea»[198].

El adiós definitivo de Jover se produjo con la publicación, en 1963, de *Carlos V y los españoles,* que reunía los textos de Cagliari, Valencia y Granada. Sin poder explicar los méritos literarios que justificaban que el libro fuera premiado con el *Nacional de Literatura* de 1963 (al margen, claro está, de los derivados de las relaciones subterráneas de amistad o de la banca de intercambio de favores que suponía el acceso a una cátedra de historia madrileña; de hecho, no será hasta 1981 cuando reciba el premio que realmente se merecía, el *Nacional de Historia,* que le fue concedido por el extraordinario

[197] Las dos citas, en Jover (1961), pp. 6 y 23-24; Peiró (2007), pp. 229-232.
[198] Jover (1957, 1960, 1999b) y (1999a), p. 284.

«Prólogo» y la coordinación del tomo XXXIV, *La era isabelina y el sexenio democrático, 1834-1874,* de la *Historia de España de Ramón Menéndez Pidal*). Lo cierto es que, con la edición de *Carlos V y los españoles,* dejaba atrás su «afán juvenil» por el emperador, arrinconando el proyecto inmediato de editar la «totalidad de la serie carolina del epistolario» entre Carlos V y la emperatriz Isabel[199] o los materiales recogidos sobre «La paz y la guerra en la sensibilidad del renacimiento español».

Para entonces, el termómetro de la actualidad carolina había subido unos grados con la celebración en París del Primer Coloquio Franco-Español de Historia y el Internacional que tuvo lugar en Colonia. Como resultado de los acuerdos alcanzados entre la Asociación Española de Ciencias Históricas y el Comité Francés de Ciencias Históricas, del 30 de septiembre al 3 de octubre de 1958, se celebró en la capital francesa el encuentro *Charles V et son temps,* que contó con la participación de 14 ponentes, elegidos entre los mejores especialistas carolinos de la historiografía europea (Jaime Vicens Vives, Antonio Rumeu de Armas y Ramón Carande formaron la representación española)[200]. La reunión en la que desembarcó lo más granado de la «historiografía oficial franquista» que, desde 1950, aprovechaba cualquier ocasión para visitar la Ciudad de la Luz, la presidió la académica Mercedes Gaibrois (primera presidenta del Comité Español de Ciencias Históricas en 1950, cuando, en 1952, pasó a denominarse Asociación Española de Ciencias Históricas, la esposa de Antonio Ballesteros fue nombrada vicepresidenta, siendo el presidente el director de la Academia de la Historia, el duque de Alba)[201]. El resto de la representación oficial española estaba integrada por los beneméritos Ramón Menéndez Pidal (director de la Real Academia de la Lengua) y Antonio de la Torre (segundo vicepresidente de la institución de Ciencias Históricas), acompañados por el político-catedrático Joaquín Pérez Villanueva y el secretario de la Asociación, jefe de la Sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid, Luis Vázquez de Parga. En el ámbito de los ponentes, la presencia de Carande en París (y, dos meses más tarde, en Colonia celebrado del 25 al 28 de noviembre) vino a significar un punto de inflexión en el reconocimiento internacional de su obra por parte de los grandes maestros del modernismo y el hispanismo europeo, empezando

---

199 Jover (1963), p. 18.

200 *Actes* (1972); Benito Ruano (1958), pp. 744-745.

201 Marín Gelabert (2005), pp. 243-280; Espadas Burgos (2008), pp. 293-297; Campo Gutiérrez (2009) y (2010), pp. xxi-xxvi.

por los organizadores franceses representados, entre otros, por Marcel Bataillon, Fernand Braudel o Henri Lapeyre.

De todos modos, como ya he señalado al comentar los datos de las guías de investigadores, en el espacio interior de la práctica historiográfica carolina las conmemoraciones de 1958 significaron poco más que un espejismo. No obstante, una vez remitida la inflación bibliográfica y recuperadora provocada por el evento, la tendencia a considerar urgente la investigación de la vida y el reinado del emperador como figura central de la historia española pareció suceder definitivamente a la imagen del gigantesco *outsider* del XIX y al mito heroico de los falangistas. Dentro de la comunidad de historiadores en esta tarea adquirió nombre propio el profesor adjunto a la cátedra de Historia de España en la Edad Moderna de Madrid e inminente numerario en Salamanca Manuel Fernández Álvarez (nombrado el 24 de julio de 1965). En 1960, la «orden de Alcázar» tomada «con verdadero interés» se había plasmado en el libro *Carlos V: Memorias*[202]. Y, en los siguientes años, el historiador madrileño cumplirá con creces el mandato de su antiguo catedrático mediante una constante actividad investigadora individual y colectiva, en gran parte, patrocinada por la Fundación March (en 1958, 1961 y, por dos veces en 1968, la fundación del banquero mallorquín le concedió cuatro becas para estancias en Simancas y archivos extranjeros. Especialmente importante fue la ayuda a la investigación de 1968 dotada con 500.000 pesetas, para comenzar la edición del impresionante *Corpus documental de Carlos V*)[203].

En el futuro, el mismo Fernández Álvarez contribuirá a fomentar su sociología de la fama al explicar en una entrevista que «fui becario en Bruselas, donde trabajé especialmente en los Archivos Generales del Reino; en París, en los fondos de la Biblioteca Nacional; obtuve una beca del gobierno para trabajar en Viena, en el Haus-Hof- und Staatsarchiv; estuve en Londres…», y resaltar, por comparación con los historiadores carolinos que le precedieron, el valor de sus investigaciones realizadas por voluntad de su enorme esfuerzo personal: «Teniendo en cuenta el trabajo de Morel-Fatio, o lo que está anunciado Brandi, que contaba con un gran equipo de trabajo y con muchísima documentación, ¡parecía muy osado! A la vez, Carande tenía un gran proyecto: reunir un gran equipo de trabajo: Braudel en Francia, Rassow en Alemania, Verlinden en Bélgica, y él mismo en España…» (con setenta y nueve años, los fallos de memo-

[202] Fernández Álvarez (1999), p. 11.
[203] Solanas Bagüés (2006).

ria mezclados, sin duda, con la autocomprensión retrospectiva le hacían olvidar que siempre contó con la colaboración de un nutrido grupo de discípulos a los que envió a Simancas y convirtió en un archivo ocupado por ellos)[204].

Es incontestable que el resultado de todo esto fue la edición del *Corpus documental de Carlos V* y la ininterrumpida publicación de monografías que, prácticamente, alcanza hasta la actualidad[205] y, también, que esta perseverante dedicación elevó la consideración de Manuel Fernández Álvarez hasta ser calificado por uno de los más finos críticos de la historiografía de su época como «uno de los mejores especialistas –quizá el mejor– con que cuenta la historiografía mundial relativa a Carlos V»[206]. Sin embargo, nunca debemos olvidar algo que ya he adelantado en páginas anteriores: la identificación del catedrático de Historia Moderna Universal y de España de Salamanca con los métodos y modelos de la historia política clásica aparece ante nuestros ojos como el aspecto más revelador de que el futuro para Carlos V tardó en llegar. Y, como el mañana siempre es incierto, cuando llegó, lo hizo con casi un siglo de retraso arrojando su mirada hacia la más tradicional historiografía alemana –de Ranke a Brandi–. Y, como también es impredecible, en el nuevo horizonte carolino no faltará la ingenuidad complaciente y hasta el toque de ironía que suele acompañar a la esperanza. En una suerte de contraste con las estragadas y no muy lejanas cautelas políticas europeístas, la imagen melancólica de «nuestro Atlante patético [que], soportaba el mundo» (en expresión de Ramón Carande)[207], cedió el paso a la visión optimista de un emperador moderno, un visionario «hombre para Europa» cuya razón histórica justificaba, por sí sola, las expectativas de

> alcanzar su unidad política a través de la conciencia de la unidad de su historia, que está por encima de los excesos nacionalistas de sus miembros. Y el legítimo orgullo de estos puede ser el presentar los esfuerzos que a lo largo de los siglos pusieron para que esa historia fuera común. En ese terreno a España le cabe el haber puesto todo su esfuerzo, en la época de su máximo poderío, al servicio de la idea europea de Carlos V, el gran precursor de la unidad política de la Europa cristiana[208].

---

[204] Carabias y Möller (2000), p. 6.
[205] Fernández Álvarez (1973, 1966a, 1966b); Rodríguez Sánchez (1987).
[206] Jover (1999a), p. 303.
[207] B. V. Carande (1997), pp. 13-14.
[208] Fernández Álvarez (1974), p. 127.

Pero, claro está, pasando por encima del ensayo casi gratuito publicado por el liberal exiliado y europeísta de toda la vida Salvador de Madariaga[209], todo esto iba a suceder en unos momentos donde el dominio del historicismo alemán (representado a la sazón por Karl Brandi y otros autores) no dejaba de mostrar su incapacidad como historiografía dominante «para saltar por encima de su propia sombra»[210]. Y ocurrió, por supuesto, en un contexto historiográfico donde *El Mediterráneo* de Fernand Braudel había dado varias vueltas al mundo. Mientras la escuela de *Annales* imponía sus criterios en los ámbitos del modernismo europeo y, además, cuando el colonialismo historiográfico del maestro-director de la *VIe Section de l'École Pratique des Hautes Études* enviaba a sus discípulos hispanistas a ocupar los territorios ignotos de Simancas[211].

Así se entiende que, en las siguientes tres décadas, la presencia historiográfica del «Gran Hombre» se mantuviera diluida en la suma de ideas y soluciones enunciadas por un pequeño grupo de modernistas españoles. Después de sus primeros encuentros con la escuela francesa y siguiendo alguno de ellos la estela trazada por Carande, fueron estos historiadores quienes se atrevieron a proponer que la investigación histórica de los siglos modernos en España debía avanzar por derroteros distintos a los de la historia política y las biografías de los príncipes y gobernantes. A sus libros (a los de José Antonio Maravall y Joan Reglà, Felipe Ruiz Martín, Valentín Vázquez de Prada o Antonio Domínguez Ortíz) les correspondió el uso de la respetabilidad científica entre los círculos especializados y el disfrute de la condición de *autoridad* y «consulta obligada» en las bibliografías universitarias hasta principios de la década de los noventa.

Coda: conmemoraciones carolinas/promociones monárquicas

A principios del siglo XXI, el tema de Carlos V como pretexto historiográfico se volvió a poner de actualidad. A partir de 1998, los historiadores celebraron con «cortesana» abundancia y una «sobredosis» de exposiciones, congresos y libros los actos del centenario del nacimiento del emperador que, sin solución de continuidad, sucedieron a los fastos por la muerte de su hijo el *Rey Prudente*. Y, aunque no sabemos muy bien si esta abrumadora presencia es el resultado de

[209] Madariaga (1969).
[210] Carreras Ares (2000), p. 94.
[211] Gemelli (1995), pp. 171-245.

su propia irradiación prestigiosa, de la normalización del personaje en el seno de la disciplina modernista o producto de una campaña de promoción política e intelectual de la *monarquía de Juan Carlos I* (alentada por la Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V que activaron los gobiernos populares de José María Aznar, con su patrocinio, desde 1998 hasta comienzos de 2001, se celebraron alrededor de 19 congresos y exposiciones nacionales e internacionales dedicados al recuerdo del emperador, acompañados de sus correspondientes libros, actas y catálogos)[212]. Lo cierto es que, a juzgar por el éxito editorial alcanzado por los libros del emérito Fernández Álvarez, convertido desde entonces en un fenómeno de lectura que consiguió «hacer de la historia novelones de éxito» (el «historiador de éxito» de Espasa Calpe como demuestran sus ventas, superando con creces los 50.000 ejemplares, y su salto a las páginas centrales de los culturales y dominicales de los diarios de mayor difusión nacional)[213], el remate brillante a este capítulo podría ser que el emperador se ha reencontrado definitivamente con los españoles o, cuando menos, con esas gentes que forman el público inmediato de la biografía y la novela histórica.

Y, sin embargo, resulta difícil concluir sin dejar de mencionar la utilización pública que se ha intentado dar al recuerdo histórico del emperador. Una y otra vez, como un fantasma del ayer más cercano, este uso político del pasado sale a nuestro encuentro en un terreno distinto al de la historia: el de los revisionismos históricos que se esfuerzan por aplicar sus medidas contrarreformistas, arbitrariedades prejuiciadas y teorías políticas conspirativas, a toda la historia nacional española[214]. En todo caso, esta impresión pronto se ve superada por las interrogaciones surgidas de la nostalgia y la incertidumbre con la que el presente del siglo XXI ha trivializado la historia y convertido a Carlos I de España en la realidad de una representación imaginada y ambigua, extraña y distanciada.

En realidad, al lado de los círculos universitarios de historiadores especializados en el estudio general de la cultura política bajomedieval y moderna y, particularmente, en la fabricación de la monarquía de España de los Reyes Católicos y los Austrias, es sencillo advertir que la figura del rey Carlos ha sucumbido al abrumador *momento memorial* y devenido en algo *conmemorable* y *patrimonializable;* un objeto preparado para el consumo de quienes, en palabras del malo-

---

212 Sierra (1999), p. 66; Molas (2002), pp. 74-75.
213 Alameda (2001), p. 10.
214 Mainer (2005), p. 29; Forcadell, Peiró y Yusta (2015).

grado Tony Judt, buscan en el lejano Siglo de Oro la seguridad emocional que, a su parecer, les niegan los rincones más oscuros de la historia nacional reciente y las dudosas expectativas de su incierto futuro[215]. Al final, nuestra mirada siempre termina por encontrarse con la imagen de un emperador ausente, extraviado en el laberinto final de la Edad Media y los avatares del comienzo de la modernidad; un personaje *superhistórico* y *transhumanístico* (por cerrar esta coda citando a Ramón Gómez de la Serna y Miguel de Unamuno, dos de los ególatras más cualificados de la *cultura nacional española* del siglo XX) que, en la imaginación de muchos, pervive hundido en el subconsciente de la tradición; un rey encadenado a la rueda de la fortuna cuyas revoluciones remiten una y otra vez al imaginario de un padre (rey troquelado) y una madre (reina viva) que, asomados

> al pretil de esos puentes que recorren más tierras que agua, pensaban que ellos quieren decir que la tierra es tan abismática como el cielo y el mar.
>
> Doña Juana apresuraba el paso porque por los puentes se pasa de la razón a la locura, y temía tirarse por ellos a la Historia, que es donde se tiran los suicidas, y no a esa insignificante agua que pasa por ellos y les cree castillos.
>
> Sólo echaba una mirada de desconfianza a sus aguas, porque ella sabía bien que los ríos se llevan el tiempo, los muertos y las espadas[216].

[215] Judt (2006), pp. 1097-1099.
[216] Gómez de la Serna (2002), p. 311; Calvo Carilla (2016), p. 73.

III

EN LOS ALTARES DE PIEDRA. LAS FIGURAS DE LA NACIÓN

> […] es una vieja costumbre de los escultores el poner esclavos al pie de las estatuas de los reyes. Sería mejor representar a ciudadanos libres y felices…
>
> Voltaire, *El siglo de Luis XIV,* 1752[1]

Martín Fernández de Navarrete contaba con setenta y dos años cuando decidió encargar al pintor Vicente López un retrato. Orgulloso de su individualidad, al veterano director de la Real Academia de la Historia no le importaba tanto trasladar al lienzo su presencia física como señalar a sus descendientes la categoría social, su carrera y los altos logros adquiridos. Después de todo, esta inversión en *capital simbólico* y el acto de legar en testamento el cuadro a su primogénito, con la voluntad de ser colocado «en la casa principal y nativa, como una obra clásica de pintura entre los retratos de los demás individuos de la familia»[2], debemos considerarla como un ejemplo significativo de los criterios diferenciadores que comenzaban a cobrar cada vez más importancia entre quienes, habiendo nacido hijos del siglo ilustrado, el XIX los erigió en representantes de una emergente burguesía, satisfecha y cultivada.

Ciertamente, frente a la necesidad casi exclusiva de los reyes y grandes señores de épocas anteriores de hacerse retratar, la sociedad decimonónica amplió su espectro de personajes públicos. Del espacio de la cultura, de las finanzas y de los estratos más elevados de la Administración, del Ejército y las profesiones liberales, una nueva

[1] Voltaire (2013), p. 321, citado por Poulot (1997), p. 39.

[2] Glendinning (1992), p. 115; Fernández García y Bahamonde Magro (1993), p. 493.

galería de retratos surgió como un elemento más de representación sociocultural. Mas allá del Parlamento, de los salones nobiliarios, las academias, liceos, ateneos o cafés, donde la fuerza de la palabra se mantenía como principal fuente de prestigio e instrumento de promoción social, los rostros de los políticos tocados de hombres de letras, de los artistas, escritores y eruditos se difundieron entre el público lector de las clases medias[3]. Los coetáneos de Fernández de Navarrete y la posteridad recordarían a su persona por el grabado que encabezaba la biografía escrita por Fermín Gonzalo Morón, el busto y la copia de su retrato realizada por Valentín Carderera por encargo de la Academia que él había presidido desde 1825 hasta 1843[4].

Años más tarde, la revolución fotográfica y el desarrollo de la prensa ilustrada democratizaron los rostros de los hombres y fijaron las imágenes de sus actos[5]. Y para entonces, cuando el hacerse pintar por artistas de renombre era una práctica común de las familias burguesas, el retrato oficial se elevó a la categoría de monumento público y los bustos de los grandes personajes contemporáneos se integraron como un elemento más de aquel *espacio artístico nacionalizado* dirigido a presentar los logros político-culturales del Estado de la Restauración. Elevados a los altares de la nación (el 13 de agosto de 1876 se creó la primera Junta de Iconografía Nacional, precedente del Museo Iconográfico Nacional, impulsada por el rey Alfonso XII y su ministro de Fomento Francisco de Borja Queipo de Llano, VIII conde de Toreno), Carlos Reyero explicó cómo el creciente número de personajes públicos a quienes se levantaron monumentos durante la época «supone aceptar, desde el punto de vista de su significación, un cambio de registro interpretativo, respecto a lo que hasta ahora, implicaba la presentación ideal del pasado, a favor de una construcción intencionada del inmediato presente»[6].

En la Junta del 10 de diciembre de 1897, la Real Academia de la Historia acordó que el retrato del recientemente asesinado Antonio Cánovas realizado por José Casado del Alisal figurase entre los que se encontraban en el Salón de Sesiones[7]. Para esas fechas, el condigno reconocimiento de los «amigos políticos» del líder conservador se había plasmado en el acto de colgar la figura casi entera, sentado y

---

[3] Páez (1966); García Jáñez (1998); Catálogo (1994, 2004a); López Mondéjar (2014).

[4] Morón (1841); Peiró y Pasamar (2002), pp. 245-247.

[5] López Mondéjar (1997), pp. 11-87.

[6] Rodríguez Moya (2013), pp. 273-274; Reyero (1999a), p. 171; Arias de Cossío (2002), p. 608; Burke (2001), pp. 75-100.

[7] Siete Iglesias (1975), pp. 135-136; Fernández Almagro (1972), p. 96; Portela Sandoval (1986a, 1991).

mirando hacia la derecha del presidente del Consejo de Ministros en la Galería de Retratos de la primera planta del Congreso de los Diputados, pintada por Ricardo Federico de Madrazo (con anterioridad, su imagen la habían representado Antonio María Esquivel y Federico de Madrazo; este retrato fue fotografiado y reproducido por su sobrino Antonio Cánovas del Castillo y Vallejo *[Kâulak]* en 1910, en la reedición de la *Historia de la decadencia de España desde Felipe III a Carlos II*)[8]. Y, pocos meses después de que, el 1 de enero de 1901, los reyes y príncipes asistieran a la inauguración del monumento levantado en su recuerdo en la plaza de la Marina Española de Madrid (esculpido por el sevillano Joaquín Bilbao, con un pedestal del arquitecto José Grases Riera)[9], se puso en marcha aquel proyecto de mausoleo que, terminado en 1906 por Agustín Querol, debía formar parte del Panteón de Hombres Ilustres, situado junto a la madrileña basílica de Nuestra Señora de Atocha[10].

El tiempo de las esculturas: el paisaje artístico de la Restauración

Pero hubo mucho más que retratos y esculturas públicas de personajes relevantes que encarnaban las ideas y valores de la época restauracionista. Y lo hubo porque la representación imaginada de aquella sociedad estuvo imbricada con la noción del pasado percibido como historia de la nación, del pueblo o del Estado español. De hecho, entre la muerte de Martín Fernández de Navarrete y Antonio Cánovas del Castillo habían transcurrido cincuenta y tres años, un periodo dominado por la ideología del liberalismo conservador y el consenso establecido entre las elites dirigentes sobre un proyecto político nacional. Este acuerdo sobre la nación lo fue, ante todo, sobre un diseño político, escribió Josep Maria Fradera en una reseña de 2002 sobre *Mater Dolorosa,* el libro de José Álvarez Junco llamado a convertirse en el máximo exponente del paradigma del fracaso, la diferencia y la débil nacionalización española[11]. Para el historiador catalán, se trató de un compromiso sobre el marco institucional que, cimentado sobre el pilar de la religión española y la «elaboración de

[8] Cánovas (1910); García Jáñez (1998), pp. 132-135.

[9] Salvador Prieto (1990), pp. 169-176; Reyero (1999a), pp. 512-513.

[10] Recio Agudo (1999); Melendreras Gimeno (2005), pp. 284-299; Varela (1988); Boyd (2004); García Guatas (2009), pp. 73-75.

[11] Álvarez Junco (2001, 2002); Riquer (2000), pp. 21-43 y (2001), pp. 35-58; Archilés y Martí (2004), pp. 267-283; Moreno Luzón (2007), pp. 14-15.

una densa trama cultural basada en lo regional», garantizaba la soberanía nacional (lo que nunca existió fue una versión canónica ni compulsiva de lo que ser español significaba en términos de identidad. Esto sólo vendría mucho más tarde)[12].

Hasta finales de siglo, varias generaciones de académicos entrelazadas dejaron de ser el pequeño grupo de eruditos de los primeros tiempos del moderantismo, para transformarse en los privilegiados representantes de la nueva aristocracia intelectual del Estado, los sabios guardianes de la «verdadera» historia nacional. En razón del crédito historiográfico que les proporcionaba su condición de numerarios de la Real Academia de la Historia (que los situaba a la cabeza institucional de los múltiples *lugares de la memoria* y de la *historia* constituidos por los archivos, los museos y las bibliotecas, las sociedades artístico-literarias, los centros educativos o los cuerpos docentes y facultativos), colaboraron activamente en la construcción de una *cultura del recuerdo española* (junto a lo señalado por los Assmann y Cornelissen sobre las «imágenes del recuerdo» construidas por cada generación, Johannes Sträter apuntó que, en tanto «producto colectivo de los grupos sociales, los recuerdos históricos forman, en conjunto, el inventario de una "memoria cultural" y, con ello, el marco de referencia en el que una sociedad reconstruye su[s] historia[s]»)[13]. Por eso, resulta difícil negar que la obra de los estudiosos e historiadores académicos fue absorbida por los otros sectores de la cultura. Y, también, que la historia fue usada públicamente por las autoridades políticas que controlaron sus formas de representación y sus significados.

El pasado histórico trascendió los círculos del conocimiento erudito para impregnarse de valores ideológicos y transformarse en la fuerza unificadora y matricial de la *cultura nacional española:* un amplio marco social de identidad comunitaria y un espacio temporal de conexión entre el hoy de su presente contemporáneo y el ayer de otros tiempos[14]. Impulsado por la incontenible politización de la sociedad contemporánea, la transformación del mapa cultural de finales de siglo avanzaba hacia el «mundo visto» de la cultura de las masas (desde la estática de las pinturas, las esculturas e ilustraciones gráficas hasta las instantáneas fotográficas y las aceleradas imágenes del cinematógrafo). Andando el tiempo, el valor icónico alcanzado por «algunos monumentos decimonónicos en la cultura visual

[12] Fradera (2002).
[13] Sträter (1999), p. 89; Langewiesche (2012), pp. 57-58; Michonneau (2009).
[14] J. Assmann (1997), p. 16.

contemporánea revolucionará por completo el sentido inicial de los mismos», experimentando verdaderos procesos de resignificación que los llevará a convertirse en imágenes con profundo calado en la memoria colectiva de las sociedades y serán utilizadas en contextos históricos muy distintos (los monumentos a Daoíz y Velarde y el dedicado a Alfonso XII en Madrid, a Colón en Barcelona o a la Constitución en Cádiz)[15].

En el reino de España la historia de la nación también se subió a los altares de piedra para cumplir con su función original de ser la representación de una época: del tiempo de las esculturas. Los edificios oficiales (civiles y militares) y las esculturas cumplieron su función ideológica al actuar como portadores simbólicos cuya eficacia residía, más allá de su forma externa, en su capacidad de evocar sentimientos y dotar de significados a una serie de ideas que trascendían el objeto que simbolizaban[16]; y esto, en el marco de numerosos signos de cotidianidad ciudadana. Todos ellos se constituyeron en elementos del lenguaje simbólico que sólo en su conjunto expresan la variedad, a menudo, también la ambivalencia e, incluso, las divergencias en las representaciones y los modos de recuerdo canonizados por una comunidad política y social. En la medida en que las imágenes fueron utilizadas como agentes históricos, «pues, no sólo guardaron memoria de los acontecimientos, sino que además influyeron en la forma en que estos mismos acontecimientos fueron vistos en su época»[17], el ornato público (reforzado con un conjunto de ceremonias, ritos y fiestas inventadas) pertenece al saber simbólico de la *cultura nacional española*.

Todo aquello formó parte de la historia hecha por «los hombres de la Restauración»[18], de la realidad social de lo que ellos conocieron, de su autopercepción de lo que debían ser los valores compartidos de los españoles y de las expectativas temporales con que afrontaron el futuro. Al respecto, nunca deberemos olvidar que la noción de *cultura nacional* fue, entre muchas otras cosas, una elaboración intelectual del fragmentado y diverso grupo social que conocemos como burguesía[19]. Lo he dicho en la introducción, pero conviene volver a recordarlo: ocupando el espacio tradicional de la cultura ilustrada y en el contexto de la interacción conflictiva entre las diferentes cultu-

---

[15] Reyero (2015a), pp. 16-24; García Guatas (2009), pp. 29-67; Merino Calvo (2012).

[16] Speitkamp (1997), pp. 6-9.

[17] Burke (2001), pp. 183-184.

[18] Prugent Lobera (1880-1884).

[19] Espagne (1999), pp. 18-19.

ras políticas de la época, se trató de una cultura de clase constituida a lo largo del siglo XIX sobre el horizonte ineludible de la lengua española, la historia y el arte nacional. En lo que concierne a sus formas estéticas y simbólicas, importa resaltar el significado que adquirieron al actuar como elementos dirigidos a fortalecer el sistema de comunicación total entre los diferentes grupos de burgueses españoles que pretendían ensalzarse a sí mismos mirándose en el espejo de la alteridad encubierta de las «otras» clases sociales y, por supuesto, mediante la asimilación casi mimética de muchos componentes de las culturas nacionales de los «otros» países europeos.

Desde el enfoque transnacional de la comparación generalizadora (tan cultivado, por lo demás, en los estudios sobre el nacionalismo)[20], Xavier Andreu ha explicado que «imaginar la nación es, siempre imaginarla como otra más de un mundo formado por naciones y, de hecho pensarla en relación, compararla, con estas. Las formas como son imaginadas nunca son productos puramente endógenos, sino que están condicionadas por las naciones en relación con las cuales se construyen»[21]. Poco antes, Josep Maria Fradera había entrevisto la «paradoja fácil de constatar de culturas crecientemente internacionalizadas pero al mismo tiempo volcadas hacia la fabricación del "ciudadano" nacional. Lo primero era el resultado del internacionalismo liberal que prolongaba el cosmopolitismo de la Ilustración del XVIII; lo segundo registraba la articulación política en espacio que se desean crecientemente homogéneos en términos culturales»[22]. Y, en esa misma línea, Anne-Marie Thiesse aseguró que todas las identidades nacionales europeas son diferentes pero similares en sus diferencias: «Elles son toutes spécifiques, c'est leur fonction, mais elles sont aussi comparables terme à terme, intelligibles les unes aux autres. D'une certaine manière, elles se réferent à une norme commune»[23].

En ese marco de referencias emergió un paisaje nacional en el que las estatutas y los monumentos públicos se convirtieron en una de sus producciones artísticas más características («un caràctere inhérent à l'urbanisme moderne et à la société libérale et läique», en definición de Maurice Agulhon)[24]. De manera similar a lo que estaba ocurriendo en las principales capitales del continente, la «estatuomanía» o «monumentomanía» desarrollada durante el periodo restauracionista

[20] Langewiesche (2012), p. 59.
[21] Andreu Miralles (2009), p. 47 y (2016), pp. 11-25.
[22] Fradera (2004a), pp. 35-36 y (2006).
[23] Thiesse (2006, p. 198 y (1999).
[24] Agulhon (1979), p. 94, y (1989), pp. 221-245; Hargrove (1990); Lanfranchi (2004); McWilliam (2005).

se constituyó en uno de los elementos más activos en el complejo proceso de formación de la memoria cultural que integraba la esfera de la *cultura nacional* española[25]; señales para el recuerdo de los contemporáneos (y, cuando era necesario, también para el olvido), la fiebre por erigir monumentos se constituyó en un aspecto inherente a un escenario y un tiempo político en el que la vieja metáfora del *theatrum mundi* había adquirido un nuevo significado: la de constituirse en un vehículo de nacionalización y socialización de la idea de España[26]. Se trata de un concepto cuyo significado, de ninguna manera, fue percibido como una vacía representación de la realidad, sino que era reconocido y percibido como la realidad representada de una verdadera comunidad humana, de una cultura nacional (con un pasado repleto de «momentos fundacionales» y grandes personajes) y una sociedad política gobernada por andaluces, asturianos, castellanos, catalanes, mallorquines, vascos o aragoneses[27].

Las cadenas de la memoria: entre el «arte» cautivador y el público cautivo

A estas alturas sabemos de sobra que la creación de un *espacio político conmemorativo* venía a completar el universo mental de unas «clases directoras» convencidas de ser el modelo en el que debía mirarse el pueblo. Visto desde arriba con los ojos de los gobernantes del turno y patrocinadores burgueses, el arte no sólo debía ser una expresión de valores sino una fuente de valores. Pedagogía viva de la sociedad y del poder, intentaron proyectar los monumentos como escenarios del ritual de la política; una exhibición y estrategia de mensaje de poder de quienes trataban de decidir el futuro mediante la imposicion de imágenes del pasado[28], dirigida fundamentalmente al público cautivo y oportunista de los *ciudadanos* (el de los propietarios y caciques, los funcionarios estatales y municipales, los profesionales liberales o los estudiantes universitarios y de segunda enseñanza). Pero no sólo eso. Con el propósito de ganar la máxima aceptación pública de lo nacional, los modernos altares de piedra (que, parafraseando a Walter Benjamin, fueron erigidos sobre la base

[25] Tobia (1991, 1998, 2002); Berggren y Sjöstedt (1996); Brice (1998, 2002); Tacke (1995), pp. 29-76; Agulhon, Becker y Cohen (2006).
[26] González García (1998), pp. 116-142.
[27] Peiró ([2]2006), pp. 161-226.
[28] Brice (1998), pp. 2-8; Langewiesche (2012), p. 57.

de la desigualdad político-social) se pensaron con la idea de cautivar al amplio contingente de los *excluidos* por las férreas fronteras censitarias del liberalismo conservador.

En una sociedad fragmentada, caracterizada por el exceso y la arbitrariedad de su sistema político, por la «ausencia de ciudadanos» y una limitada alfabetización, la visualización de las virtudes e ideales burgueses debía servir como foco de lealtad cívica e identificación con la cultura local, regional y nacional. Al proyectar una imagen basada en el cajón de sastre de la tradición, los valores institucionales de la monarquía, las creencias católicas y los sentimientos nacionales (con su mezcla de historia, mitología, héroes contemporáneos, metáforas del poder y alegorías calculadas), el arte edilicio se convirtió en una propiedad comunitaria de «todos los españoles». De hecho, más allá de las importantes investigaciones sobre el carlismo, sabemos poco del «conservadurismo desde abajo» que, como en el resto de Europa, abrazaron amplios sectores de las clases populares «liberales»[29]. En este sentido, como un elemento más de una realidad social en la que nada debía cambiar y de los medios de expresión dispuestos para ello, la *memoria impuesta* de los monumentos conmemorativos ofreció a los desposeídos la posibilidad de ser espectadores, en cuanto receptores[30]; es decir, permitió al «pueblo» mirar desde abajo y hacerse público.

En efecto, la intensa combinación de ficciones sugestivas (de imágenes y palabras) amplió el repertorio de percepciones de las clases populares y pudo favorecer el desarrollo de una especie de «solidaridad sin consenso» de la *cultura nacional española* (la *solidarity without consensus* de Kertzer, definida por Étienne François y Hagen Schulze como *subliminal solidarity* en inglés o *unterschwellige Solidarität* en alemán)[31]. Precisamente, podían participar de las «escenificaciones demagógicas» y compartir el gusto por el embellecimiento de las ciudades, reconocer la historia de la nación y de sus localidades (desde el recuerdo de su fundación o reconquista hasta la exaltación de sus patrones, santos o vírgenes). Y, desde luego, podían «ponerse de manifiesto», es decir, movilizarse y conmoverse al participar en las fiestas religiosas, las político-patrióticas y las ciudadanas (de las inauguraciones, desfiles, procesiones, romerías, espectáculos diversiones callejeras, lágrimas y duelos por «las cenizas ilustres», etc.). De ese modo, percibidos como unos puntos de orientación fiables para los

[29] Neuheiser (2016).
[30] Fernández Delgado, Miguel Pasamontes y Vega González (1982).
[31] François y Schulze (1998), p. 28.

relatos de la memoria individual y colectiva (con su conciencia extremadamente fragmentaria de los acontecimientos), los monumentos y las inscripciones patrióticas de sus pedestales se constituyeron en uno de los medios que posibilitaban la integración de las clases bajas en la *religión civil española* y la cultura de la fiesta contemporánea. Al activar las sensaciones de pertenecer e impulsar la inmersión en el universo de las *categorías difusas* de las *emociones* (de los sentimientos, fervores y sensaciones irracionales, indemostrables e intuitivas)[32], el ornato público ayudó a los hijos del pueblo a sentirse miembros de la «comunidad nacional imaginada» por las autoridades políticas, militares, culturales y eclesiales de aquella sociedad. Después del renovador estudio de Alon Confino sobre la construcción de la memoria nacional alemana desde la perspectiva regional y las celebraciones locales (la doble lealtad o pertenencia), Hans-Jürgen Puhle ha resumido el funcionamiento básico de esta *emocionalización* en cuatro técnicas distintas: visualización, personalización, dramatización y simulacro de una «autenticidad» percibida[33].

Por su parte, en el marco general de los estudios interdisciplinares sobre los procesos de la sacralización de la política, David Kertzer, al analizar los «rituales políticos», afirmó que son «un medio mediante el cual expresamos nuestra dependencia social; lo que es importante en el ritual es nuestra participación comunitaria y nuestra implicación emocional, no las racionalizaciones […], el ritual puede servir a las organizaciones políticas mediante la producción de vínculos de solidaridad sin requerir uniformidad o creencia» (rituales de integración que, por lo demás, representan una exhibición inconsciente de la divergencia y la tensión del orden social)[34]. Y, más recientemente, la investigadora de la cultura de la memoria europea transnacional Aline Sierp no ha dudado en reproducir los argumentos acerca de la importancia de los actos conmemorativos en la transmisión de la memoria social, expuestos por Paul Connerton en su clásico *How Societies Remember,* para explicar que

> la memoria nacional se forma habitualmente en torno a rituales: rituales de triunfo y júbilo o rituales de duelo y trauma. Incluso cuando se refieren a acontecimientos del pasado, su función se dirige hacia el futuro. A través del establecimiento de días del recuerdo, la memoria

[32] François, Siegrist y Vogel (1993), p. 16; Peiró (2016a), pp. 24-25.

[33] Confino (1997), pp. 40-51; Carreras Ares (2016), pp. 340-341; Puhle (2012), p. 15.

[34] Kertzer (1988), p. 67, citado por Carrier (2005), p. 197; Mayoral (2014), pp. 263-264.

> puede ser reactivada y renovada a través de siglos, inventando, en este sentido, una nueva tradición. Las experiencias que probablemente han perdido la referencialidad personal debido al paso del tiempo son transferidas, así, hacia el abstracto grupo colectivo y son condensadas simbólicamente. La memoria individual, que es espontánea y en la que no se puede confiar, se convierte subsiguientemente en una más estable memoria colectiva que se apoya en rituales y símbolos, y es capaz de crear conjuntamente un fuerte vínculo de lealtad y una también fuertemente estandarizada identidad de grupo[35].

En esta dimensión emocional, conviene volver a hacer hincapié en algo apuntado páginas más arriba: la configuración de la *cultura del recuerdo* ofreció a las clases populares otras sugestiones y motivos de persuasión para despertar los afectos y sentimientos por la nación española. De hecho, junto a la cultura del ocio y su deriva populista, al lado de la revolución de la cultura visual contemporánea, no hay sino recordar, una vez más, el cautivador encanto que tuvo la «fabricación de los enemigos» dirigido a establecer una clara diferencia entre el «nosotros» y el «ellos», entre la «patria enemiga» y la española, entre los héroes propios y los adversarios satanizados y, si es posible, derrotados (la xenofobia tradicional a los protestantes, los turcos, los judíos y los flamencos se sumaron desde los renovados ímpetus contra los franceses invasores y los «moros» hasta las modernas manifestaciones antinorteamericanas de finales de siglo)[36]. Aportado próvidamente por la literatura, la prensa y la propaganda política desde 1808, este ingrediente no sólo cumplirá de manera transitoria su función de exaltación nacionalista. Como avanzó Josep Maria Fradera (utilizando el caso de los voluntarios catalanes de la Guerra de África), las movilizaciones populares patrióticas ante los conflictos bélicos fueron algo más que una simple práctica festiva: respondían a una lógica y unos motivos plebeyos que, mediante la creación de visiones racistas del enemigo, intentaban aprovechar el momento para «situar sobre la mesa la reivindicación de un espacio político propio en la esfera pública liberal», de considerarse y desear ser considerados como catalanes y españoles, algo a lo que jamás accederían la «raza de esclavos de los rifeños»[37]. En el norte, vivieron el conflicto africano con similar intensidad las clases populares vascohablantes, entre las que «circulaban los mensajes de patriotismo español y de amor a *Euskal-erria*

---

[35] Sierp (2012), p. 219 y (2015), p. 77; Connerton (1989), pp. 44-45.
[36] Núñez Seixas y Sevillano Calero (2010).
[37] Fradera (2004a), pp. 32-34; García Balanyá (2002).

como moneda corriente» (*Biba gure España ta español guztiak,* rezaba el título de uno de los poemas impresos en Tolosa)[38].

Puede que el episodio de 1859-1860 no tuviera continuidad y, probablemente, como argumentó Álvarez Junco, no admita la comparación con los procesos de elaboración de la «patria del enemigo» y la creación de la noción de «enemigo tradicional» (conectadas con las extraordinarias movilizaciones populares ante los conflictos bélicos como ocurrieron en Alemania, Francia o Gran Bretaña hasta 1914)[39]. No obstante, relacionadas con acontecimientos de la política exterior, las manifestaciones patrioticas populares (con fervores y ráfagas de euforia muy variables) se reprodujeron por todo el territorio del Estado con ocasión de los incidentes de las Carolinas (1883), Melilla (1893), Cuba (1898), el Barranco del Lobo o la nueva Guerra de Melilla de 1909. Y, a decir verdad, el africanismo (en sus versiones patriótico-coloniales-imperialistas y culturales-orientalistas-arabistas) marcó la memoria colectiva y la *cultura nacional española* hasta el final de la Segunda República[40]. Pero no sólo eso. Para los europeos del momento, el odio secular al «feroz marroquí» (es decir, a «lo moro») pasaba por ser, junto a la animadversión contra el francés, dos componentes básicos de la naturaleza de los españoles, un producto del maniqueísmo de los estereotipos, esencialmente emocionales y primarios[41]. Precisamente, si en 1908 reverdecieron las antipatías antifrancesas en los discursos políticos y oraciones conmemorativas del centenario de la Guerra de la Independencia[42], en 1915, Alfred Morel-Fatio estaba totalmente convencido de que la ciega *gallophobie* era un sentimiento tradicional de los españoles, «inné chez l'Espagnol, chez le paysan ou l'ouvrier comme chez le bourgeois ou l'anobli et en outre que ce sentiment a presque acquis la valeur d'un dogme national […]». En opinión del famoso hispanista y «buen francés patriotero» (en calificativo de Baroja), la emoción pervivía «à l'état latent, au moins, chez tous espagnols»[43].

En breve las clases populares urbanas desafiarían la hegemonía liberal con sus organizaciones de clase, el combate contra el orden

---

[38] Cajal Valero (2010), pp. 285-286.

[39] Álvarez Junco (2001), pp. 521-523; Jeismann (1992), pp. 27-296; François y Schulze (2003), pp. 391-468; Confino (1997), pp. 97-124.

[40] La Porte (2006); Iglesias Amorín (2014a, 2014b, 2015); Martín Corrales (2011); Archilés (2016); López García (2011); Peiró (2010b).

[41] Rújula (2010); Martín Corrales (2002, 2010); González Alcantud (2002) y (2008), pp. 43-46.

[42] Peiró (2008b), pp. 35-74; Ramón Solans (2014), pp. 203-237.

[43] Morel-Fatio (1915), citado por Peiró (2015), pp. 86-87; P. Baroja (1999), p. 1313.

establecido, la protesta social y la gestación de una cultura obrera (con sus componentes iconográficos, simbólicos y rituales propios), inseparable del proceso de formación de la identidad colectiva de los trabajadores[44] y, por descontado, bien diferente de la cultura popular inventada por los folcloristas y científicos sociales, escritores y publicistas, músicos, pintores o fotógrafos de las clases medias. No obstante, hasta que todo esto emergiera en el primer tercio del siglo XX en el marco de la crisis de la culturas políticas del liberalismo, el aspecto más destacable fue el fracaso momentáneo de las «memorias alternativas» creadas por los políticos y «obreros más activos de la inteligencia» que, a lo largo del ochocientos, tomaron el partido de la «clase más numerosa y pobre», según aparecía en *El Pueblo Soberano* del 12 de enero de 1841[45]. Sobre esta cuestión, junto a la tardía celebración del Primero de Mayo en 1890 o las oscilaciones experimentadas por las fiestas populares locales, Michel Ralle apuntó hace unos años la debilidad de las prácticas festivas de los trabajadores en el siglo XIX y afirmó que, «si le sentiment républicain existe assez largement dans l'Espagne urbaine, sa visibilité ne se construit que lentement»[46].

Bebiendo en las fuentes del romanticismo, progresistas, demócratas y republicanos convirtieron al pueblo en una «referencia positiva de alta carga emocional» e hicieron de la nación un principio político y un mito complementario de la *cultura nacional española* definida en términos liberales desde las Cortes de Cádiz[47]. Según esto, pese a estar ligados los representantes de aquellas culturas políticas a la contestación del orden estatal, a la resistencia a ser cooptados por la monarquía burguesa y a la crítica a la sociedad vertical de propietarios, los esfuerzos intelectuales por realizar otras reconstrucciones del pasado donde la idea de la nación estaba indisolublemente unida a la de libertad quedaron diluidos, primero, por el indudable patriotismo de sus autores (a diferencia del caso francés, M.ª Cruz Romeo sostiene que, en España, la conexión entre nación y libertad sólo pervivió en estos círculos de intelectuales y grupos políticos)[48] y, en segundo lugar, por esa especie de *solidaridad subliminal* y acuerdo cultural desarrollado acerca de la «nacionalidad española como tal y la existencia de un "pueblo español" claramente definido desde los

[44] Rodríguez (2013).

[45] Peyrou (2002b), p. 176; Joutard (1993).

[46] Ralle (1999-2000), p. 77.

[47] Alvárez Junco (1994), p. 281; Duarte (1996), pp. 200-203; Archilés (2002), pp. 95-174; Varela Suances-Carpegna (2007), pp. 449-477; Andreu Miralles (2011, 2016).

[48] Romeo Mateo (2006).

tiempos más remotos»[49]. En las cadenas de la memoria, fue este mundo simbólico de significados lo que impidió el desarrollo de una verdadera tradición democrática y popular. De esta manera, aunque resulta innegable que los símbolos y los héroes del nacionalismo liberal español fueron utilizados ideológicamente de forma bien distinta, adecuándose a la retórica del discurso de unas culturas políticas independientes y sirviendo para la reelaboración de una visión de la historia nacional diferente a la presentada por la historia oficial académica. Sin embargo, no es menos cierto que tanto las contraimágenes presentadas como los personajes históricos incorporados a los santorales laicos, calendarios festivos o construcciones históricas de las corrientes periféricas situadas en los márgenes del academicismo historiográfico estuvieron cortados por parámetros funcionales parecidos y ordenados de acuerdo con modelos identificables como elementos de una *cultura nacional española* común[50].

La sombra de un sueño: Madrid, «capital digna de la Nación, digna de España»

Cuando la Revolución de Septiembre triunfe y las primeras juntas revolucionarias elegidas sobre la marcha por sufragio universal den paso a los ayuntamientos democráticos, nada de todo lo dicho sería ajeno a la configuración del nuevo orden de las cosas artísticas e iconos de la cultura *nacional española*. Con el París del Segundo Imperio como modelo, no ha de extrañar, por lo tanto, que el buen progresista Ángel Fernández de los Ríos proyectara convertir Madrid por vez primera en una «capital digna de la Nación, digna de España»[51]. Tampoco ocultaría su entusiasmo por la labor del ministro de Fomento Manuel Ruiz Zorrilla cuando, el 31 de mayo de 1869, firmaba el decreto «disponiendo la inauguración del Panteón Nacional, mandado fundar por la ley de 6 de noviembre de 1837» y proclamando en excitadas líneas:

> Nunca momento más propio que el ahora solemne del renacimiento de la patria, para glorificar a sus preclaros hijos, para elevar has hasta ellos los ánimos, para preparar una posteridad heroica, erigiendo un monumento que eduque a la Nación en el ejemplo de sus

[49] Peyrou (2002a), pp. 533.
[50] Assmann (1997), p. 17.
[51] Fernandez de los Ríos (1989 [1868]), p. 15, citado por Juliá (1994), pp. 331 y 334-335; Serrano (1999), pp. 161-182; Reyero (2000), pp. 41-62.

hombres eminentes; que muestre a los contemporáneos la resistencia de las recompensas útiles; que prometa una sucesión de grandes ciudadanos, dignos de ocupar un puesto en aquel recinto […].

Si Inglaterra ha destinado la Abadía de Wesmister [sic] a la conservación de los restos de Fox, Pitt y Sheridan; Italia, Santa Croce a honrar las cenizas de Dante, Maquiavelo y Miguel Ángel y Francia ha escrito en el frontón de Santa Genoveva: «A los grandes hombres, la patria reconocida»; también España, libre al fin de los poderes opresores que durante tres centurias han dado por premio a nuestros grandes hombres las cadenas, las proscripciones, el tormento, el cadalso, la indiferencia y el olvido[52].

En puntual consonancia con estas arrebatadas manifestaciones políticas, no sería casual, ni mucho menos, el descubrimiento y la solemne inauguración el 20 de abril de 1872 de los famosos leones del Congreso (proyectados por el escultor aragonés Ponziano Ponzano en 1850 y cuya representación contaban con una larga tradición iconográfica liberal desde el Trienio)[53].

En esto, como en otras cosas, los planes de espléndidos edificios dedicados a la política y las grandes avenidas, los espacios para conmemorar gestas históricas (plaza del Dos de Mayo) y el cambiar el nombre de las calles para evocar páginas y personajes del pasado de la nación (Numancia, Sagunto, Covadonga, Padilla, Bravo, Maldonado y Lanuza) tuvieron mucho de lemas de la época y encerraron una nueva dimensión de la ideología nacional de los paladines y creadores liberales que habían expulsado a la dinastía borbónica y vencido al Partido Moderado. Su proyecto político apelaba a la vinculación con el pueblo, «compendio de virtudes y heroísmos dispuesto a dar la sangre por la causa de la libertad», a su aprecio por el orden y el progreso, a la unidad del territorio patrio y a la descentralización administrativa del Estado[54]. Y su idea de *cultura nacional española* revelaba su pasión historicista por reconstruir la España que debía encontrar en la capital madrileña su símbolo cultural. Fue la bella utopía urbana de aquellos revolucionarios, sin revolución y sin futuro, cuyos sueños de proyectar su imagen del poder y sus valores culturales se evaporaron en el aire de las conspiraciones monárquicas, las guerras civiles carlistas, la cubana y los agotadores combates políticos e identitarios. En medio de tantas urgencias y enemigas, ni hubo tiem-

---

[52] *Gaceta* de *Madrid* (1869); Boyd (2004), pp. 19-26.
[53] Rincón (2002), pp. 112-118; Martínez Gallego (2003), pp. 266-268.
[54] La cita en Juliá (1994), pp. 345 y 315-329.

po para transformar las ciudades ni tampoco para festejar la memoria democrática de quienes se emocionaban con el *Himno* de Riego y reivindicaban los gestos insolentes de los ciudadanos pretéritos que se resistieron a ser súbditos: «de Roma (Viriato), de los árabes (Don Pelayo), de los monarcas medievales (El Cid Campeador), de los monarcas de la casa de Austria (Juan de Lanuza, Bravo, Padilla, Maldonado), de los Borbones (Claris), de Napoleón (Daoíz y Velarde), de Fernando VII (Torrijos, Mariana Pineda, Riego)…»[55].

Dentro de la diversidad progresista y republicana, era el liberalismo español que parecía fundirse en una unidad armónica por el compromiso colectivo con la *política del patriotismo,* así como por los significados simbólicos nacionales convenidos por la tectónica de la historia que bullía en los discursos de sus creadores. No en vano, el perfil emocional de sus ideas y la explotación nacionalista de los sentimientos se justificaban en una visión del pasado que creía en los Reyes Católicos e impugnaba el recuerdo de los Austrias, había fabricado en negativo la imagen de El Deseado y, como una derivación del culto romántico al genio, veneraba la memoria de los nuevos héroes ciudadanos[56]. Tampoco se puede olvidar, por supuesto, la fuente común (y la identidad, en resumidas cuentas) representada por la Guerra de la Independencia. Su propio arranque será expresado a través de un lenguaje que vibraba emocionado al rememorar las luchas contra el absolutismo por alcanzar el «árbol de la libertad» desde el primer «Acto de la Historia de nuestra revolución», desde la «guerra de la *Independencia*»[57].

Con el cambio político este sentimiento nacional perdió la batalla simbólica de la cultura liberal en el mismo momento en que el nacionalismo retrospectivo, conservador y tradicionalista (que, en una mutación político-cultural de primer orden, se estaba apropiando de los términos de nación y patria, militarizando su significado y estableciendo una simbiosis perfeta con la monarquía restaurada y el catolicismo) alcanzaba la hegemonía. Después de anotar que en la España del Sexenio se erigieron media docena de esculturas (en Madrid, se inaguraron las de *Mendizábal* el 6 de junio de 1869 y la de *Murillo* el 25 de junio de 1871; en Salamanca se celebraron las fiestas con motivo de la escultura dedicada a *Fray Luis de León* los días 25, 26 y 27 de abril de 1869; y, ese mismo año, El Ferrol levantó un monumento al

[55] Forcadell (2001), p. 17, y (2006); Centlivres, Fabre y Zonabend (1998).

[56] Varela (1988); Moreno Alonso (2001); Mínguez (2003), Martínez Gallego (2003); Gil Salinas (2003); Reyero (2003); Sánchez Martín (2013).

[57] Costa (1992), p. 148.

marino *Jorge Juan,* mientras, en Murcia, se erigió uno dedicado a los *Artistas murcianos célebres*), las vicisitudes sufridas por el monumento a Daoíz y Velarde ilustran con toda viveza el problema de la memoria de la Guerra de la Independencia disputada ideológicamente[58].

El grupo esculpido por Antonio Solá fue expuesto en 1831 e inaugurado «sin suscitar entusiasmo» en 1846. En los siguientes veintitrés años fue guardado en la gran vitrina de curiosidades del Museo del Prado hasta su instalación como escultura pública el 1 de mayo de 1869, junto al antiguo parque de Monteleón de Madrid. A continuación, la lógica de la cultura paralela a la proclamación política de Alfonso XII resolvió borrar los versos de la composición *El Dos de Mayo* de Espronceda grabados, después de la Septembrina, en la parte trasera del pedestal. En 1876, la Academia de Bellas Artes de San Fernando solicitó la rápida vuelta del grupo escultórico al museo donde quedaría en depósito, para el disfrute exclusivo de los burgueses cultivados que elegían los objetos para contemplar y consideraban la familiaridad con el arte como un elemento esencial de la alta cultura y la «sociedad de buen tono». Hasta que, en 1932, la Segunda República lo instale al pie del arco del Dos de Mayo, durante toda la Restauración, la reubicación de la obra de arte y la inversión consiguiente de la forma de percibir su mensaje fue una manera de quitarle importancia, de evitar la publicidad de su representación[59].

Y es que mientras el espacio civil de la capital debía presentarse como una extensión del poder monárquico, la política de la memoria sería neutralizada al despolitizar la utilización simbólica del mito fundacional de la nación española en favor de la tradición histórica y la continuidad dinástica. Como ya he dicho, desde 1875, la primacía del cetro, la espada y la cruz parecía estar asegurada y, con ella, se puso en marcha una política de la memoria cultural posrevolucionaria a través de un programa de esculturas monumentales que pronto caracterizaría a la imagen de la época en su conjunto; proyecto en el que apenas tendría cabida el espíritu nacional de inspiración democrática y, por supuesto, ninguna debía tener las referencias hacia el pasado más reciente. En último término, el tema de la Guerra de la Independencia sólo volvería a recobrar parte de su vigor de antaño y la grandeza ideal que proporciona el arte monumental a partir de 1908. Entretanto, junto a los comentarios realizados sobre el monumento a Daoíz y Velarde, tres datos parecen confirmar lo señalado: primero, de las 222 esculturas erigidas en las distintas localidades

[58] Peiró (2008b), pp. 35-90.
[59] Reyero (1999a), p. 502; Demange (2004), pp. 69-70 y 187-194.

españolas en el periodo de 1875 a 1914, sólo 22 tuvieron como temática la Guerra de la Independencia. Segundo, de las 38 esculturas inauguradas en la capital de la nación, apenas 2 celebraban la memoria del *Teniente Ruiz* (1892) y la esculpida por Aniceto Marinas a los *Héroes del Dos de Mayo* (1908); y, tercero, mientras que, en el tramo temporal de 1880 a 1897, se inauguraron 7 monumentos, dedicados a los héroes y acontecimientos locales de la guerra, entre 1904 y 1914 se levantaron 15 (4 de ellos en Zaragoza)[60].

De cualquier modo, la dureza de las luchas que se produjeron durante el año 1873 por el modelo de Estado resultó determinante para que, en plena sublevación de los federales intransigentes, la retórica de Castelar abriera el camino del revisionismo, del rechazo, la negación voluntaria y la relectura del pasado en función de una utilización política inmediata. Construida desde el orden forjado por el discurso unitario, el gran orador no dudará en expresar ante las Cortes que presidía:

> Yo quiero ser español y sólo español; yo quiero hablar el idioma de Cervantes; quiero recitar los versos de Calderón; quiero teñir mi fantasía en los matices que lleva disueltos en sus paletas Murillo y Velázquez; quiero considerar como mis pergaminos de nobleza nacional la historia de Viriato y el Cid […].
>
> Y me opondré siempre con todas mis fuerzas a la más pequeña, a la mínima desmembración de este suelo, que íntegro recibimos de las generaciones pasadas, que íntegro debemos legar a las generaciones venideras, y que íntegro debemos organizar dentro de una verdadera federación. Y el movimiento cantonal es una amenaza insensata a la integridad de la Patria, al porvenir de la libertad[61].

Pronto llegaría Pavía, la «dictadura» de Serrano y el golpe de Martínez Campos. Y pronto la reescritura política de la historia continuaría al ser acallada la experiencia histórica del Sexenio Democrático y, en particular, del año 1873, por la consigna oficial lanzada por los primeros gobiernos canovistas «de silencio y olvido de lo pasado»[62]. Para bien o para mal, la Primera República quedó convertida en un mito, un recuerdo colectivo y la sombra de un sueño del arte público cuya imagen podía verse proyectada en la distancia de la Escuela Especial de Bellas Artes de Roma, transformada en el vivero

---

[60] García Guatas (2000).
[61] *Diario de Sesiones* (1873), p. 1056, citado por Jover (1991), p. 68.
[62] *Ibid.,* p. 53.

de los principales artistas de la Restauración (el compromiso del presidente Castelar con el proyecto impulsó su creación el 5 de agosto de 1873, por las «ventajas que a la nación reportaría», siendo nombrado José Casado del Alisal su primer director)[63].

Después de haber recorrido su particular camino de Damasco, a Emilio Castelar se le abrieron las puertas de la República de las Letras española, por lo demás la única permitida por su amigo Antonio Cánovas (tras su ingreso en la Española en abril de 1880, al año siguiente fue elegido para ocupar la vacante de Valentín Carderera en la de la Historia donde, si bien llegó a remitir su discurso de ingreso al censor de la Academia, nunca tomó posesión; situación, por lo demás, que repitió en su elección en la de Bellas Artes de San Fernando). Y no tiene nada de sorprendente que, cuando se vio alejado del poder, el político-historiador se refugiara en el concepto de España que él había intentado personificar, reivindicando ante el Parlamento el deber patriótico de escribir su historia y «"cantar aquella epopeya" de Covadonga hasta el momento en que las "instituciones faraónicas se han fundido y ha llegado la libertad"»[64]. Al final, todo quedó en uno más de los buenos propósitos del patriarca de los posibilistas. Y, por supuesto, la memoria conmemorativa de la Restauración incorporaría al republicano conservador y unitarista Castelar al panteón de políticos ejemplares, inaugurando el 5 de octubre de 1905 una escultura en bronce frente a su casa natal de Cádiz, realizada por Eduardo Barrón y, poco después, erigiendo en Madrid un espectacular monumento firmado por Mariano Benlliure (el 6 de julio de 1908) y bautizando con el nombre del gran tribuno una plaza de la capital de «la Patria agradecida»[65]. Figura de la nación y personaje del siglo antepasado, la posteridad inmediata le rindió su homenaje de admiración y recuerdo. Y así fue, cuando menos, hasta el parteluz histórico de 1914. En la semblanza que le dedicó José-Carlos Mainer, al frente de su *Galería de retratos,* recordaba que en mayo de 1912 una encuesta del diario *ABC* realizada entre los lectores situaba a Emilio Castelar «como el primer personaje de los diez más representativos del siglo XIX. Le seguían, por ese orden, el general Prim, Antonio Cánovas, Menéndez Pelayo, Echegaray, Pérez Galdós, Santiago Ramón y Cajal, Antonio Maura, Sagasta y Jaime Balmes»[66].

---

[63] Bru Romo (1971); Alonso Campoy (2009-2010).

[64] *Diario de Sesiones* (1888), citado por Vilches (2001), p. 254, y (2015); Villacorta (2008).

[65] Salvador Prieto (1990), pp. 252-258; Reyero (1999a), pp. 175 y 440; Vilches (2001), p. 302.

[66] Mainer (2010c), p. 23.

En cualquier caso, la noción de *cultura nacional* que abarcaba e incluía distintas formas de entender la «historia general de España» no era única ni uniforme, ni siquiera entre las corrientes periféricas situadas en los márgenes del academicismo político e historiográfico. Como he dicho anteriormente, tanto las grandes narraciones del catedrático de Historia Universal de Madrid, el posibilista Miguel Morayta como la redactada por Francisco Pi y Margall, mantuvieron viva la idea republicana de un pasado nacional diferente al establecido por la *Historia general de España,* escrita por los académicos de la Historia bajo la dirección de Antonio Cánovas del Castillo (1890-1894)[67]. Al cabo, por todos era conocida la franqueza ideológica del escritor y líder federalista catalán al expresar su crítica mitoclasta al nacionalismo porque

> hoy día se quiere hacer de las naciones poco menos que ídolos; se las supone eternas, santas, inviolables, se las presenta como una cosa superior a la voluntad de nuestra ascendencia, como estas formaciones naturales, obras de siglos. Hay que confesar que el hombre es esencialmente idólatra; arrancamos a Dios de los altares, echamos a los reyes de sus tronos, y vamos a poner sobre los altares las imágenes de las naciones[68].

Aunque en la práctica política, mucho más, se conocían las dimensiones de su ideología que le había enfrentado a las razones de Estado esgrimidas por los unitaristas al predicar el estado de la razón de una España abierta a la inteligencia de sus distintas regiones (integradas en el marco de la patria común y la comunidad de intereses representados por el Estado español).

El paisaje de las regiones: arte nacional, personajes y políticas del pasado local

Ni que decir tiene que el concepto de *cultura nacional española* se impuso mediante un largo y complejo proceso de interpenetración entre espacios regionales. Durante el siglo XIX, la noción implicó la integración en el sistema de intercambios y comportamientos económicos, en los mecanismos de comunicación de ideas políticas y

[67] Morayta (1886-1896); Pi y Margall y Pi Arsuaga (1902-1903); Cánovas (1890-1894); Peiró ([2]2006), pp. 323-346; Vilches (2012).

[68] La cita de Pi y Margall en Vilar (2004), p. 79.

transferencias culturales de los grupos sociales fuertemente anclados en las constelaciones locales.

Como he apuntado al hablar del voluntarismo cultural de las regiones, la mayoría de los burgueses de provincias que decidían y creaban opinión continuaron cautivos de la *memoria cultural española* y mantuvieron sus compromisos con un mercado de la cultura nacional que los llevaba a compartir desde una concepción específica de la historia local centrada en el estudio de las repercusiones de los acontecimientos nacionales e internacionales en sus comunidades hasta las modas artísticas, literarias y científicas. Oculta bajo el velo de la tradición y el sentido de las relaciones culturales –entre las que la rivalidad y la competencia constituyen elementos esenciales–, esta interiorización de un pasado común, de un «nosotros» basado en el diseño de la doble configuración regional y española, resultó determinante para que, sólo de manera excepcional, lo «original» de una región se aportara como un principio de alteridad, marcador de una identidad nacional diferente.

Al respecto, parece importante recordar, antes de nada, que, a lo largo del ochocientos, se inauguraron 255 monumentos públicos (226 entre 1875 y 1914, de acuerdo con los datos proporcionados por Carlos Reyero) erigidos con el patrocinio del Estado y por el impulso de las distintas sociedades conmemorativas surgidas en las capitales de provincia y en las ciudades más pequeñas de la geografía del Estado. Cabe advertir que, en estas cifras, no se contabilizan los numerosos proyectos que nunca llegaron a ejecutarse, ni registran tampoco los generados por las «lágrimas de piedra», el arte funerario de las iglesias y cementerios, las lápidas con las efigies de los homenajeados, figuras simbólicas e inscripciones patrióticas que adquirieron especial importancia en el periodo[69]. Sí se recogen, sin embargo, los grupos y esculturas que, por motivos muy diferentes (desde ideológicos a la mala calidad de los materiales utilizados en su construcción), fueron derruidos y desaparecieron. De hecho, desde el argumento de que las imágenes propagan unos determinados valores y símbolos político-culturales, la iconoclasia política o «vandalismo» funcionó en numerosas ocasiones (por ejemplo, con las esculturas dedicadas a Fernando VII en Murcia y Barcelona, inauguradas en 1828 y 1831 respectivamente, o la de Isabel II erigida en Palma de Mallorca, en 1865 y desaparecida en septiembre de 1868)[70]. Pero las cosas se complican cuando, además

[69] Reyero (1999a); Hernández Latas (2000).

[70] Burke (2001), pp. 97-98; Reyero (1999a), pp. 458, 472 y 522, y (2015a), pp. 204-211.

de entenderla en virtud de sus logros y realizaciones, la historia de los signos político-culturales (donde se incluye el arte público) se concibe como la historia de los conflictos y tensiones que determinaron la construcción de la *cultura nacional española*. Desde esta perspectiva, los derribos y la pérdida de función simbólica de los monumentos no se interpretan simplemente como un producto de debilidades y fracasos, sino, más bien, resultan indicadores de la complejidad de los cambios político-sociales y de los nuevos deseos e intereses, tanto de romper con una tradición específica («descanonificación») como por fundar o inventar una nueva tradición a través de una transformación de los símbolos y sistemas de signos anteriores[71].

En relación con la actividad monumentalista de las provincias cabe advertir, por lo demás, la existencia de un pasado más cercano a la realidad de los «vecinos pudientes» que la simple equiparación de sus regiones con los «viejos reinos», señalada más arriba. En realidad, en el terreno de los símbolos y las representaciones icónicas de las regiones, el síntoma más destacado de la nueva sensibilidad se percibe mejor al observar la superposición que se produjo entre los mensajes dirigidos a reactivar la imagen de la Edad Media con las profesiones del patriotismo español plasmadas en las inscripciones de los pedestales, las alegorías de las figuras históricas locales con significación nacional y las esculturas dedicadas a personajes de relevancia social que poblaron las calles, plazas o jardines de la mayoría de las ciudades españolas. Al fin y al cabo, sin ninguna contradicción con el presente que las dirigía, la búsqueda de la continuidad legendaria y la elaboración de un espejo pretérito y familiar para las clases medias de las regiones se enraíza en la historia misma de la percepción burguesa decimonónica[72].

Barcelona, por ejemplo, además de arrogarse la condición de *cap i casal de Catalunya,* fue la primera ciudad española en rendir homenaje a Colón y la que le dedicó el monumento «le plus grand jamais construit dans le monde à l'hommage du gran découvreur»[73]. Aprovechando el escaparate de la Exposición Universal de 1888, su inauguración supuso la coronación del «programa conmemorativo liberal provincialista», una «prueba del misticismo nacional de las elites barcelonesas» y la demostración de cómo, en el terreno conmemorativo donde se levantaron 24 esculturas, el lenguaje del doble patriotismo

---

[71] Speitkamp (ed.) (1997).

[72] Lowe (1986), pp. 79-88; Cruz Valenciano (2014).

[73] Michonneau (2000), p. 109, y (2002), pp. 123-141; Reyero (1999a), p. 145 y (2015a); García Guatas (2009), pp. 217-222.

se mantuvo inalterable hasta finales de siglo en aquella Barcelona que despertaba la admiración del público cultivado de las otras provincias, «un pequeño París. En la península la primera después de Lisboa»[74]. Y es que, de manera similar a lo sucedido con el mercado editorial donde la capital del Principado se constituyó en un importante centro a escala española y americana, Cataluña fue el principal foco exportador de escultores, arquitectos y técnicos especializados en monumentos conmemorativos[75]. El lugar de procedencia de aquellos creadores cuyas elecciones estéticas y habilidades técnicas, unidas a sus relaciones personales y vinculaciones políticas, atrajo la atención de los empresarios de la memoria patriótica de la España restauracionista. Después de todo, como avanzó hace unos años José-Carlos Mainer, en el prólogo a la historia de la *Enciclopedia Espasa,* mediante la investigación histórica de las aventuras culturales catalanas, «entenderemos algo mejor el mundo laborioso y calculador de la burguesía industrial catalana y la importancia que esa clase –que, de hecho, se proclama catalanista– ha tenido y me atrevo a decir que tiene, en la constitución de la imagen cultural de España»[76]. No hace falta señalarlo, por último, que catalanes fueron los escultores hispanos más solicitados desde los distintos países sudamericanos y de Filipinas[77].

Apenas superado por el valenciano Mariano Benlliure y el segoviano Aniceto Marinas, la figura de Agustín Querol encabezará la lista de los catalanes de mayor éxito entre los jurados de las exposiciones nacionales, los comités locales que encargaban las esculturas públicas y los miembros de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando que solían decidir los concursos.

> Se afirmaba, yo no sé con qué motivos –escribió Baroja en su *Galeria de tipos de la época*–, que era como un empresario de su taller, que él no trabajaba y que no hacía más que la parte, como quien dice, de asuntos del exterior, el ir a las oficinas del Estado, el hablar con el Ministro o el Subsecretario y nada más.

---

[74] Michonneau (1999), pp. 110 y 111, y (2000); Subirachs (1994), pp. 230-237 y 286-287; Reyero (1999a), pp. 472-480; Fontbona de Vallescar (2000b); el entrecomillado final en «Carta de Hermenegildo Giner de los Ríos dirigida a Gabriel Llabrés y Quintana (Madrid, 19 de agosto de 1899)», citada por Peiró (1992), p. 83.

[75] Fradera (1992), pp. 175-176; Marín Medina (1978), pp. 25-44; Subirachs (1994), pp. 75-85.

[76] Mainer (2000b), p. 9.

[77] Reyero y Freixa (1995), p. 262; Portela Sandoval (1986b); Gutiérrez Viñuales, Rodrigo (2001, 2004), pp. 195-235, y (2016); Gutiérrez Viñuales y Gutiérrez (1997), pp. 89-151.

> Querol era un hombre de buen aspecto, que vestía con elegancia, y a pesar de esto hablaba casi como un obrero. Sin embargo, debía tener mucho talento práctico.
>
> Se decía que, de sus grupos escultóricos, el pintor Sala le hacía los bocetos; que después, tenía un escultor italiano al frente del taller, y otros dos o tres escultores a sus órdenes. El caso fue que, después de muerto Querol, siguió trabajando su taller siete u ocho años[78].

Dejando de lado las tradicionales habladurías y sarcasmos sobre las «fábricas» de los artistas y literatos, lo cierto es que, por el número de monumentos públicos realizados, lo siguieron de cerca el realista y prolífico Manuel Fuxá, los modernistas Eusebi Arnau y Josep Llimona o el especialista en escultura animalística Agapit Vallmitjana. Situados en la primera fila del mercado del arte del recuerdo nacional, su obras y sus trayectorias se adaptaron al lenguaje visual estandarizado por el modelo cultural de la doble configuración. Quizá sólo sea un dato, pero lo cierto es que, con las excepciones de Llimona y Querol, todos los mencionados colaboraron en el gran monumento urbano dedicado a la memoria de Alfonso XII, diseñado por José Grases i Riera[79]. Por lo demás, ya se ha dicho: cuando el monumento al *Pacificador* fue inaugurado en 1922, el tiempo había pasado para esta apoteosis escultórica de la monarquía, algo que estaba ocurriendo con otros restos del arte público. En este sentido, Carlos Serrano al describir las vicisitudes seguidas por la inmensa mole del monumento erigido, en 1908, en Madrid a los *Soldados y marinos muertos en Cuba y Filipinas,* concluía que «fue así más el recuerdo amanerado de un pasado que no acabada de morir que el presagio de una regeneración que no acaba de plasmar» (al final fue derribado, por antiestético, por el Ayuntamiento franquista en julio de 1939)[80].

Junto a las citadas 38 esculturas erigidas en Madrid y las 24 de Barcelona (11 de las cuales se inauguraron aprovechando la coyuntura de la Exposición Universal de 1888), en la España de las provincias de 1875 a 1914, tal vez, lo que mejor ilustra la consolidación de una sociedad conmemorativa nacional, la difusión de las ideas sobre el valor del arte como vehículo de consagración de la memoria liberal-provincialista y la asimilación creativa del programa iconográfico dual sea el siguiente hecho: en 98 localidades del territorio estatal fueron levan-

---

[78] Baroja (2006), pp. 208-209, citado por García Guatas (2015), p. 21; Melendreras Gimeno (2005).

[79] Salvador Prieto (1990), pp. 345-383.

[80] Serrano (1999), pp. 245-289.

tados 164 monumentos públicos. Y, aunque sabemos que las cifras pueden ser engañosas y no suelen ser indicativas de las influencias culturales, esto ni debe inducirnos a subestimar los esfuerzos realizados desde los ayuntamientos y diputaciones provinciales, en tanto principales patrocinadores oficiales de estas obras, ni a negar que, durante este periodo, se dieron las condiciones para que las políticas de la memoria generadas a lo largo del siglo incorporaran la escultura conmemorativa como una nueva práctica cultural dirigida a la utilización política de la imagen, la transmisión de unos determinados valores sociales y la estimulación del patriotismo local y regional de la opinión pública. Frente a las 29 estatuas distribuidas por 14 poblaciones (Madrid tenía 7 y Barcelona 5) en los sesenta años anteriores, el flujo ininterrumpido que se produjo desde mediados de los años setenta hizo que los monumentos pasaran a ser algo más que una moda entre los creadores de la memoria nacional colectiva *(gráficos 1 y 2)*.

En realidad, contando con el precedente del arte efímero de los arcos de triunfo, las representaciones móviles y carrozas engalanadas con materiales perecederos que florecieron en las conmemoraciones del primer liberalismo[81], la estatuaria de mármol y bronce aparece como un producto cultural de un tiempo histórico en el que las nuevas autoridades públicas y las fuerzas vivas de las localidades desearon traducir a imágenes permanentes su compromiso con el orden político de la monarquía restaurada y la celebración de la «tradicional nación» española.

De otro lado, impulsada en gran medida por el éxito alcanzado por los monumentos a la memoria en las principales capitales europeas (sobre todo en el siempre soñado París) y el ejemplo más cercano de Madrid y Barcelona, la inserción definitiva del arte de la escultura en los dominios de la cultura política local constituye un testimonio revelador de la existencia de un público de las provincias que, tras las experiencias políticas desencadenadas por la revolución de 1868 y el fracaso de la República, imaginaron la Restauración como «una época de paz, de reconstrucción y de orden»[82]. Desbordando el marco de la Iglesia, el Ejército y la alta burguesía, fue a estas capas medias de la población, eternas aspirantes a burgueses, a quienes el ornato público estaba dirigido. Para ellas, que ya no eran románticas ni revolucionarias, que vivían el despertar de las regiones en relación directa con la creciente segmentación social y percibían sólo el lado más oscuro del pueblo ignorante y zarzuelero, el tiempo del ocio y la

[81] Chust (2003), pp. 91-114; Reyero (2015a), pp. 212-219.
[82] Mainer (1993), p. 30; Martín González (1990).

Gráfico 1. Distribución por periodos históricos de las esculturas conmemorativas (1820-1914)

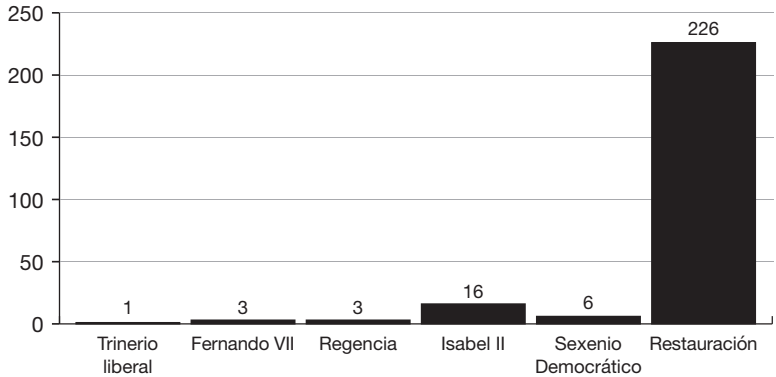
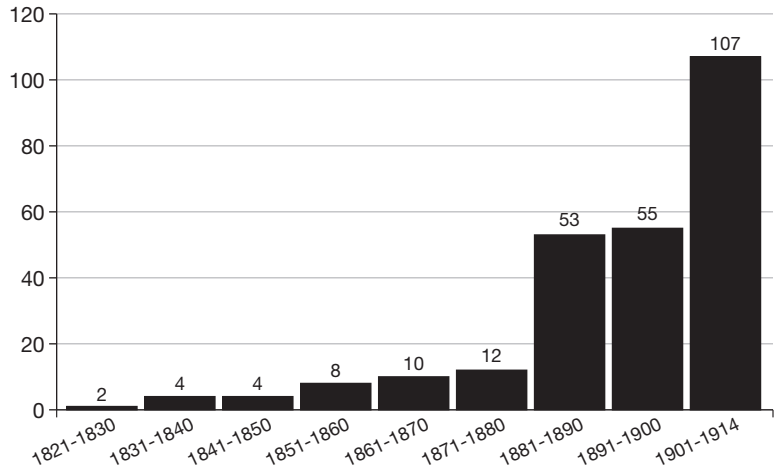


Gráfico 2. Distribución por décadas



hora de participar como espectadores activos en el rito social de la conmemoración ciudadana parecían haber llegado.

Y es que no sólo se produjo una confluencia de voluntades políticas y garantías sociales para que la simbología de la memoria proyectada por moderados y progresistas saltara del plano de las ideas y la inmediatez emocional de la prensa al peldaño superior y autónomo del arte monumental. La construcción de un paisaje urbano de las esculturas necesitó de un espacio socioinstitucional y un tiempo inte-

lectual imprescindible para asimilar modelos europeos y elaborar todo un entramado de fórmulas y temas, convenciones narrativas y elementos estereotipados, que permitiera la identificación del mundo «ideal» que se pretendía representar. El primero lo tuvo porque, pasados por el tamiz doctrinario del posibilismo y el pactismo característicos de la política canovista, la construcción discursiva del pasado durante la Restauración se tejió sobre el bastidor de la cultura académica y el juego de competencias establecido por la denominada *República de las Letras* española; un espacio jerarquizado e idealizado de academias, ateneos y sociedades, donde los grupos de patricios cultivados, olvidando las realidades del mundo, se reconocían entre sí por las aficiones, el gusto por el saber y el cultivo de las ciencias, las artes y las letras. En la escultura monumental, una muestra de cómo la elite artística, académica y política confraternizaba entre sí (dando lugar a una vida social única y la sensación de pertenencia a un mismo marco cultural) la proporciona el discurso de recepción académica leído por el reconocido y premiado escultor gerundense, Miguel Blay, dedicado a *El monumento público* donde exaltaba «el amor a la patria y al prójimo» y recordaba «las acciones humanitarias, abnegadas y geniales y las epopeyas a que deben los pueblos su independencia y origen»[83].

En este orden de cosas, el comentado recurso a la Edad Media no sólo resultaría eficaz para los programas iconográficos regionales y para el diseño del modelo nacional, sino que sirvió para establecer una especie de vector de las tendencias comunes y divergencias de la memoria comunitaria (por decirlo en palabras de C. E. Schorske, el ideal medieval quedó reducido a un elemento persuasivo y un adorno retórico)[84]. A sus efectos, la política de la negociación y su deriva temporal resultaron determinantes para que, aun a riesgo de fomentar las ideas más opuestas, se produjera una «neutralización ideológica» del pasado que alcanzaría a figuras mitificadas por el credo nacional del primer liberalismo como el *Conseller en cap* Rafael Casanova (apenas recordado en las recientes celebraciones soberanistas de 1714) o el *Justicia* de Aragón Juan de Lanuza. Las esculturas de ambos personajes serían diseñadas por las comisiones conmemorativas finiseculares que, en virtud de sus experiencias del pasado y su posición social, reinterpretaron los recuerdos históricos con la ayuda de un nuevo discurso rememorativo, acomodándolo a sus necesidades de orientación y a sus perspectivas de futuro.

---

[83] Blay (1910), citado por Martín González (1996), p. 11.
[84] Schorske (2001), pp. 129-155.

De todo lo dicho, el monumento al *Justiciazgo* sirve de ejemplo para entender cómo el posible potencial «subversivo» de su simbología fue anulado por el presente contemporáneo de la *cultura del recuerdo* de las fuerzas vivas zaragozanas que se sentían españolas y aragonesas, regeneracionistas y liberal-conservadoras[85]. Por lo demás, la historia material de la construcción del monumento, dilatada más de sesenta años hasta su inauguración en la plaza de Aragón de Zaragoza el 22 de octubre de 1904, nos indica el encadenamiento de detalles y estrechas relaciones de principios y prácticas establecidas entre las distintas memorias liberal-provincialistas y las políticas del pasado de la cultura nacional. Al cabo, dentro de la autonomía que gozaron los promotores locales del monumento, consiguieron del Estado la donación gratuita del bronce necesario para la obra de fundición y la inserción en la *Gaceta* de la autorización dada por el ministerio de Gobernación para las suscripciones de otros municipios y diputaciones españolas. De igual modo, la comisión ejecutiva provincial decidió que la convocatoria de concurso público para la escultura debía celebrarse en Madrid en los locales de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. La institución académica comunicó su fallo a finales de 1890 adjudicando el primer premio al modelo presentado bajo el lema *Patriotismo,* firmado por el gallego Francisco Vidal y Castro, y otorgando el segundo al distinguido con la contraseña *Hidalguía aragonesa,* que pertenecía al catalán José Alcoverro y Amorós, los dos escultores domiciliados en la capital. Al arquitecto turiasonense Félix Navarro se le asignó el diseño del espacio urbano y la realización del proyecto arquitectónico[86].

Importa comprender, de todos modos, que el universo cultural de las elites aragonesas no era un simple mundo provinciano que gravitaba en torno a su propio centro de atracción. De hecho, a pesar de sus limitaciones y a la planificación poco sistemática, la imaginación burocrática del Estado de la Restauración –que era algo más que mera centralización, represión y dominio espurio– promovió los intereses culturales de las burguesías de las provincias, como una forma de fortalecerse a sí mismo y desarrollar la memoria nacional. Así fue como el elocuente poder burgués de la capital del Ebro plantearía como una reivindicación secular una deuda adquirida por el Estado con Zaragoza, su solicitud para conmemorar el Centenario

---

[85] Peiró Arroyo (2005), pp. 205-220; Lorente (1999); Encuentro (2001); Forcadell (2001, 2004, 2006); Brinkmann (2004a).

[86] Sancho Sora (2001); Faci (2000); Pérez Latorre (2003).

de los Sitios y la organización paralela de la Exposición Hispano-Francesa en 1908[87].

La concesión oficial de la celebración, además de reforzar su condición de capitalidad aragonesa y elevar a la ciudad a la categoría de representante del espacio oficial español, impulsó el despegue de una política de la memoria ciudadana proyectada sobre el ámbito de la estatuaria monumental. Baste decir que, si a lo largo de todo el ochocientos se había erigido un único monumento en honor de *Ramón Pignatelli* (1859), durante el año del centenario se realizó la inauguración solemne de los de *Agustina de Aragón, Los sitios de Zaragoza* y *Los defensores del reducto del Pilar* que venían a acompañar al ya citado del *Justiciazgo* y al de los *Mártires de la Religión y de la Patria* elevado el mismo 1904. Continuados con el de la *Exposición Hispano-Francesa de 1908-1909* y el dedicado a *Moret* de 1911, en la Zaragoza del primer tercio del siglo XX se consolidó una sociedad conmemorativa que vivía bajo el encanto de la tradición y gestionaba el pasado local en su doble vertiente ideológica: de aragonés y español[88].

En la España de las regiones del periodo que nos ocupa, la escultura monumental se convirtió en un medio de expresión de las políticas de la memoria locales que establecieron lazos entre sí a través de la cultura artística. Y, sin demasiados problemas, lo hicieron siguiendo el arquetipo madrileño cuyo desarrollo como capital de la nación lo conduciría a reduplicar su secular atracción sobre las clases medias de las provincias y llegar a ser el principal foco de irradiación cultural del Estado[89]. De hecho, sin descartar la originalidad como un elemento fundamental del arte ni olvidar el orgulloso particularismo regional de las ciudades, podemos hacernos una idea de la importancia del mimetismo, la rivalidad y la competencia cultural al volver a recordar que, durante aquellos años, se levantaron nueve esculturas en Valencia, siete en Zaragoza y cinco en Valladolid, El Ferrol o Sevilla. A los efectos patrióticos, los elementos simbólicos y repertorios iconográficos de todos estos monumentos no sólo eran perfectamente identificables por la mirada de los ciudadanos locales, sino también por los visitantes y espectadores llegados de otros lugares, porque seguían las fórmulas establecidas por el discurso cultural de la época y porque estaban firmados por los mismos o similares esculto-

---

[87] Peiró (2008b), pp. 25-33.

[88] Rincón (1984), pp. 103-106 y 194-214; Reyero (1999a), pp. 367-436 y 449-452; Melendreras (2005), pp. 252-258 y 299-306; García Guatas (2009), pp. 231-265.

[89] Juliá (1994), pp. 355-371.

res, cautivos de la ideología de la nación y de la estética marcada por el academicismo[90].

Atisbos de estas actitudes y sus resultados las encontramos, por ejemplo, en las esculturas militares de El Ferrol, «pueblo que siempre ha encontrado en las glorias de la Marina sus propias glorias…» (como decía el alcalde Demetrio Pla en la moción presentada en la sesión del Ayuntamiento de El Ferrol de 5 de junio de 1875, donde se proponía la erección de una escultura conmemorativa en homenaje a Victoriano Sánchez Barcáiztegui, quien pocos días antes, el 26 de mayo, había muerto en uno de los últimos episodios de la guerra carlista)[91]. Las hallamos en los artistas encargados de realizarlas como el anciano Ponziano Ponzano, quien no dudaría en dedicar la fotografía del modelo en yeso del marino ferrolano a «A. S. M. el Rey D. Alfonso XII» (la escultura se inauguró con la presencia de Alfonso XII y María Cristina el 12 de agosto de 1881)[92]. Y, como refleja la fotografía de la cubierta del presente libro, estarán presentes en el vasco «Ignacio Zuloaga y sus amigos» que, además de erigir el monumento, participaron, en 1928, con los intelectuales zaragozanos y la gente de Fuendetodos en la primera celebración del centenario de la muerte de Goya, «para que el espíritu del artista inmortal, que la gloria extendió por todo el mundo, viva en el pueblo que le vio nacer». Por lo demás, al hilo de las copias hechas en materiales menos nobles, conviene recordar también que los escultores reutilizaban modelos, los motivos de los encargos se repetían y, a veces, los monumentos tenían sus réplicas en diferentes capitales (sirva el ejemplo del *Murillo* de Sabino de Medina, colocado en Sevilla en 1864 y reproducido en Madrid el 25 de junio de 1871)[93]. Hubo ocasiones, entretanto, donde los problemas de financiación locales y las circunstancias políticas nacionales resultaron determinantes para que el Estado decidiera conceder una escultura pensada para una ciudad concreta a otra distinta. Este sería el caso del *Monumento a Colón,* proyectado en 1891 por el sevillano Antonio Susillo para La Habana e inaugurado en Valladolid el 15 de septiembre de 1905[94].

En esta línea de considerar el alto coste económico que significaba levantar una escultura monumental, deberemos tener en cuenta, además de los ciclos y bonanzas económicas de los mercados regionales,

---

[90] Reyero (2004).

[91] La cita en González Rodríguez (1995), p. 74.

[92] Rincón (2002), pp. 180-181.

[93] Espiau Eizaguirre (1993), pp. 24, 69 y 152-155; Salvador (1991); Lorente (2000), pp. 150-153.

[94] Cano de Gardoqui (2000), pp. 59-62.

los numerosos proyectos que no llegaron o tardaron en realizarse. Y así, junto al monumento pensado en Burgos para *el Cid* cuya inauguración tuvo que esperar casi cien años, los ejemplos de proyectos que nunca llegaron a realizarse podrían multiplicarse: desde el previsto por el gobierno central en honor *Al Convenio de Vergara* por la Ley de 30 de enero de 1856 (publicada en la *Gaceta* con el nombramiento de comisario regio en la persona de Antonio Pirala) hasta el *Panteón de Catalanes Ilustres* (iniciativa planteada cuatro veces durante el XIX, retomada en 1913, comenzada en 1921, interrumpida y vuelta a retomar en los años treinta), pasando por las cinco esculturas que quedaron en meros proyectos en la Valencia del XIX (*Fernando VII, Los doce Padres de la Patria, Obelisco al General Elío, Monumento a Noval y Héroes valencianos de la Guerra del Rif* y el *Monumento al maestro Gaetà Ripoll*)[95]. Todo esto nos impide medir exclusivamente en términos de logros escultóricos la existencia de las políticas de la memoria, olvidando otras manifestaciones artísticas mucho más baratas que fueron continuamente utilizadas como fuentes de significado[96]. En este sentido, la historia del ornato público estuvo directamente relacionada tanto con la capacidad de los grupos conmemorantes de conseguir financiación a través de las suscripciones públicas que abarcaban a todo el territorio estatal como con su habilidad para gestionar aquellas coyunturas conmemorativas nacionales e internacionales que permitían poner en marcha una política urbana monumental e impulsaron el desarrollo definitivo de la «comunidad del recuerdo» local (la de Barcelona de 1888, la de Zaragoza de 1908 o la de Sevilla de los años anteriores a la Exposición Iberoamericana de 1929).

Esto último nos lleva derecho a plantear la cuestión de las iniciativas sufragadas por el mecenazgo estatal, de la rivalidad de las ciudades por conseguirlas y de los empeños personales de altos cargos públicos vinculados directa o indirectamente con las localidades. En este punto, el *Monumento a Colón* de Valladolid de 1905 sirve como ejemplo de la rivalidad establecida por la ciudad castellana con Sevilla que también entró en la disputa de la escultura. En ambos casos, se movilizaron las opiniones públicas argumentando razones para albergar el monumento. Al final, triunfaron los representantes castellanos que esgrimían los convincentes hechos de la muerte del almirante en 1506 y su entierro en el convento de San Francisco de la Plaza Mayor[97]. De manera parecida, el amplio programa cultural

[95] Reyero (1999a), p. 138; Gil y Palacios (2001), pp. 220-223.
[96] Poblador (2004), pp. 103-106.
[97] Reyero (1999a), pp. 287-288.

pensado por Cánovas del Castillo y sus colegas académicos para celebrar en 1892 incluía la erección de un monumento a *Isabel la Católica* en Granada. En uno de sus tantos actos de seducción política, Antonio Cánovas utilizó la cultura de la memoria para asegurar a los granadinos que los actos de evocación del IV Centenario del Descubrimiento de América tendrían lugar en la ciudad con la presencia del rey y su madre, apoyando la iniciativa ciudadana de un monumento conmemorativo. Los modelos presentados fueron juzgados por la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando que declaró el concurso desierto. Esta situación fue resuelta por el propio presidente del Consejo de Ministros que, bajo su responsabilidad, contrató a Mariano Benlliure para que la realizara en Roma donde vivía.

Sea como fuere, la conmemoración fracasó de un modo dramático el 12 de octubre de 1892, fecha fijada para su inauguración, pues ni Granada fue sede del Centenario anunciado, la visita real no se realizó, el monumento no respondió a las expectativas creadas y «la voz general era que los granadinos habían sido engañados». *El Defensor de Granada* publicó un artículo en el que decía:

> Si la reina no viene, todo esto sobra. Para un Gobierno muerto, desconceptuado por sus torpezas, sometido á la acción de inexorable *jettatura,* no puede haber vítores, flores, ni laureles; de no habernos agraviado, tendría derecho á exigir, como demostraciones de culta indiferencia, soledad y silencio, la paz á los difuntos otorgada; después de su conducta injustificable y desatenta, ni aun eso puede pedirnos[98].

Y los acontecimientos que serían recogidos por la prensa de las provincias se sucedieron con rapidez: el alcalde Tejeiro dimitió, los diputados locales a Cortes (marqueses de Sardoal y de Benalúa) decidieron no asistir a ningún acto «que presidieran los ministros» y, fraguada «la irritación por la tarde», a las ocho de la noche «comenzaron á formarse grupos, que dando gritos estruendosos, se dirigieron al paseo del Salón», arrancando a su paso «los mástiles y gallardetes que adornaban las calles. No quedó una sola banderita para muestra». Cuando llegaron al lugar previsto para la celebración, quemaron la elegante tribuna de madera preparada para las autoridades (más tarde prenderían el magnífico arco de la calle de Méndez Núñez). Y, entre vivas a Colón y desaforadas voces de «¡Abajo el Gobierno!» y «¡Muera Cánovas!», que duraron hasta última hora de la

[98] Derecha (1892), p. 1.

madrugada, los «granadinos se despertaron a la realidad incapaces de concebir cuándo llegaría el siguiente impulso, o cómo sería. El fracaso de cuatrocientos años de historia rugía por la cuesta Gomérez arriba y ningún Gran Capitán estaba a la vista»[99].

En este caso, el orden ritual de la conmemoración con sus convenciones sociales, gestuales y temporales se rompió por la transgresión oficial de la memoria provincial y la aparición de la violencia que aquí no era política (raramente lo sería), sino simbólica (como explicó Stephan Michonneau, la «conmemoración puede permitir, tal como si fuera un carnaval, una inversión temporal del orden, pero nunca jamás permitiría que se expresara una contestación por parte de la sociedad. Por eso los obreros nunca usaron de la conmemoración como modo de protesta social: los significados políticos de la huelga y de la conmemoración son opuestos»)[100]. Tanto los ciudadanos celebrantes como el público de las clases medias y los espectadores de las clases populares de Granada no dudaron en romper momentáneamente el espejo imaginado de sus emociones colectivas, ante la alteración por el presente del pasado nacional/local sobre el que fundaban y daban sentido a su comunidad del recuerdo. En las cadenas de la memoria y la retórica de la persuasión social esta era la expresión del valor vinculante de un arte cautivador con su público cautivo.

Escenarios cambiantes/representaciones selectivas

Pronto las cosas cambiarían y la suerte de los monumentos cívicos de la Restauración iniciaría un proceso de mutación imprevisible. Mientras algunas de las esculturas fueron derribadas, reubicadas o reformadas (lo sucedido con el *Cinc d'Oros* de Barcelona, monumento a la República inaugurado el 14 de abril de 1936 y convertido en monumento a la Victoria en enero de 1939, es un ejemplo de lo que pasó)[101], la mayoría serán «bajadas del pedestal» al perder su simbología y quedar reducidas a la condición de testigos neutrales de un pasado que simplemente pasó; es decir, pasaron a formar parte de la historia del arte nacional y de la historia de los signos político-culturales de una sociedad con la que el tiempo había sido implacable. En cualquier caso, lo cierto es que la imagen escultórica de la

[99] Ruiz-Domènec (2002), pp. 812-813; López Vela (2004c).
[100] Michonneau (1999), p. 116.
[101] Michonneau (2009), p. 157.

Restauración se construyó sobre el voluntarismo cultural de las burguesías de las regiones y su aceptación de esa especie de común denominador que formaba la *cultura del recuerdo española*. Y, como he señalado varias veces, tampoco cabe la menor duda de que, entre otras muchas cosas más, la *cultura nacional* representada en los monumentos fue una construcción ideológica, lo cual implica, por definición, que gozó de un tiempo histórico y tuvo, por así decirlo, una validez transitoria.

Pasados los años de vísperas republicanos, desde 1939 en adelante, la iconoclasia y el vandalismo de las políticas del pasado del nuevo Estado se llevaron por delante el tiempo de la esculturas y, por extensión, barrió el concepto y los contenidos de la *cultura nacional española*. Y, porque el franquismo pertenecía, en efecto, a «ces nationalismes selon lesquels le national ne peut se construire que sur le rejet d'une partie de la nation, identifiée à l'étranger»[102], una vez silenciados los muertos, los exiliados, los cautivos y los vencidos, la abrumadora dictadura del general Franco se situó al margen de la historia al persistir de forma continua e incesante en perpetuar la profunda escisión de la idea de España. En la práctica, las nuevas doctrinas que se autoproclamaban como esencialmente nacionalistas convirtieron la *cultura del recuerdo española* en un cárcel para el futuro. Y, de la misma manera indecente con que el régimen se encargó de congelar el pasado, de hacer olvidar o impedir tomar conciencia de la muerte de las otras partes de la nación, extendió el acta de defunción sobre el *vencido* siglo XIX hasta hacerle parecer tan alejado de su falseada realidad como sus restos monumentales, reducidos a la condición de materia vacía de significado, viejos trastos yacentes en el triste escenario sobre el que se reconstruyó la historia y *cultura de la España nacional* franquista. Era un país tan extraño para la *cultura nacional española* que, hasta a los únicos naturales que creían en ella y podían expresarse plenamente en libertad (los españoles del exilio), causaba un asombro continuo: «A Alianza Editorial –escribía Manuel Tuñón de Lara a su amigo Max Aub– la ha amenazado el Ministerio desde que sacó el librito de don Fernando [sic] [Giner de los Ríos] "barbas de santo": ¡figúrate, un país donde don Fernando y don Julián [Sanz del Río] son subversivos!»[103].

---

[102] Demélas-Bohy (1998), p. 51.

[103] «Carta de Manuel Tuñón de Lara a Max Aub (30 de octubre de 1970)», Aub y Tuñón (2003), p. 471.

IV

DERRUMBAMIENTO Y ANULACIÓN. MEMORIA E HISTORIA DE LA *CULTURA NACIONAL ESPAÑOLA*

Max Aub escribió que es «inútil intentar olvidar que durante el siglo XIX los escritores españoles en su gran mayoría han hecho política activa»[1]. Cuarenta años después de redactar aquellas líneas en un texto inconcluso que pretendía ser una historia política del surrealismo español (Buñuel, Dalí y «un cacho de Pablo Picasso»)[2], las palabras del escritor exiliado permiten recordar un periodo de la historia de España durante el cual la cultura se hizo política en sus formas de entender y explicar el mundo (es decir, en sus modos de humanización de la humanidad como diría Juan Marichal)[3]; un tiempo de «imaginación ideológica» donde las premuras de toda la intelectualidad liberal (o que de ese modo se considerada) giraban en torno al problema nacional tal como lo plantearon los hombres del 98 y tal como fue desarrollado por los representantes del grupo de 1914, la generación de la República o la «segunda generación del siglo» –la «B»–, según la teoría orteguiana de 1923 (palabra que el gusto tal vez excesivo por las cartografías generacionales de los historiadores actuales mantiene y amplía con la llamada «Generación de la Dictadura», o «de la libertad», o «neorromántica», o directamente «Generación de 1930»)[4].

A partir de aquí, me he servido de la cita para hacer girar la trama de este capítulo final alrededor del momento-bisagra que significó para la *cultura nacional española* el resultado de la Guerra Civil de 1936-1939; de entrada, para establecer la ruptura traumática con

[1] Aub (2013), p. 301; Soldevila Durante (2003).
[2] Aub (2013), pp. 342-343; Canal (2014), pp. 259-276.
[3] Marichal (1995), p. 155.
[4] Moreno Sanz (1996), p. 19 y, entre otros, Juliá (2013) y Martín (2014).

aquellos tiempos de vísperas que fueron la década de los veinte y los años reformistas de la Segunda República española[5] y, después, para abocetar el atlas sentimental de una *cultura nacional española* dispersa por el inmenso territorio de un exilio infinito y cuyas experiencias alcanzan las biografías de los desterrados hasta las mismas puertas del siglo XXI. Y es que, dejando de lado la geografía interior de la España franquista, la mirada de los otros españoles y el reconocimiento de las culturas políticas en las que se criaron permite establecer el nexo con la realidad y su representación.

Españoles fuera de España: experiencias, sentimientos y memoria de la patria

Lo he dicho varias veces en páginas anteriores, pero creo conveniente recordarlo una vez más: tuvo que llegar 1939 para que la cultura política del franquismo terminara contaminando el concepto y manejando la idea de la *cultura nacional española* hasta transformar su nombre y vaciarla de contenidos. En adelante, se impuso la definición unívoca de la *cultura de la España nacional* como resultado del proceso de fascistización del Estado y la «implantación impositiva de unas premisas ideológicas únicas sobre todas las demás»[6]. Pero, antes de que el terrible acoso y derribo sucediera, las experiencias de la Guerra Civil ayudaron a renovar el venero de sentimientos y recuerdos que alimentaban las representaciones de la *cultura nacional española* entre quienes creyeron en la viabilidad de la República y vivieron su defensa agónica ante las tropas fascistas (simbolizada en la imagen final del *Monumento Pro-Ejército Popular,* la enorme figura del soldado antifascista, emplazada en febrero de 1937 en la Plaza de Cataluña de Barcelona)[7].

Y así, dentro de la enorme complejidad social y política de los grupos que salieron hacia el exilio (liberales, republicanos, comunistas, socialistas o sindicalistas),

> daba la sensación –escribió María Zambrano– de que todos se habían ya olvidado un poco de a qué partido pertenecían, sumergidos en una solidaridad profunda, forjada en varios meses de común angustia, en la hazaña entre todos realizada. Uno me decía: «Yo, ¿sabe

[5] Mainer (2005).
[6] Navajas (2013), p. 208.
[7] Wechsler (2005), pp. 271-273.

> Vd.?, siento dentro de mí que España crece, crece y va a llegar no sé dónde, adonde no ha llegado nunca, y yo quiero ir con ella»[8].

Tras proclamar la utilidad política del viaje en su educación sentimental («Fue desde América cuando descubrí España»)[9], el testimonio de la filósofa de la tragedia que, en mayo de 1937, regresaba en barco desde Santiago de Chile, representa el repunte de las emociones patrióticas que se extendieron entre los futuros desterrados («españoles fuera de España»): «Hemos sabido lo que esa bandera hoy significa […], sintiendo la verdad tangible y real, la evidencia que nada podrá destruir, de que nuestro pueblo lucha por todos los pueblos del mundo y que ellos lo saben»[10]. Algo parecido sintió el «miliciano de la cultura» José Moreno Villa según confesó al que muchos años después sería reconocido como el «gran poeta de nuestras Américas», el guatemalteco Luis Cardoza y Aragón, en una entrevista publicada en *El Nacional* de México:

> Al salir de Valencia y encontrarme fuera de España, por orden del Gobierno, me di cuenta de la gran tensión con que vivía allá. Sentí que todo yo me dilataba. Pero ahora, de nuevo me siento como falto de España, de una manera intensa y continua.
>
> (A mí me pareció –apuntaba el entrevistador– que el poeta sufre profundamente con estar fuera de su patria. Le hace falta el aire, el cielo, la tierra, los muros, las piedras, las plantas…No podría soportar un alejamiento largo, porque como dice: «La nutrición espiritual me la da mi suelo. Fuera de mi país me siento alma errante, sin arraigo». Alguna vez le dije esa impresión que me daba. Y recordé páginas de Azorín, escritas en París, un Azorín completamente desaclimatado en lo espiritual, lleno de sufrimiento y que parece que no ha vuelto a pisar tierra firme desde que salió de España)[11].

Y, como ocurriría con otros muchos compañeros transterrados sobrevivientes para la historia y la escritura testimonial, el institucionista Joaquín Xirau narrará en *Por una senda clara* el vía crucis de Antonio Machado hasta su muerte en Colliure, un emotivo relato construido con los recuerdos personales de los últimos días pasados al lado del poeta sevillano que el tiempo convertirá en una especie de texto funda-

---

[8] Zambrano (2014), p. 241 y nota 94, p. 1144.
[9] *Ibid.,* p. 247 y nota 100, p. 1147.
[10] *Ibid.,* p. 243.
[11] Moreno Villa (2011), pp. 327-328.

cional de la historia cultural de los intelectuales del destierro[12]. Ya en México, el filósofo admirador de Cossío y entusiasta de la nueva Cataluña descubrió, como solía decir a su hijo, «la verdadera España (la de Vives, Lulio, Las Casas), los teólogos españoles de los siglos XVI y XVII, los humanistas españoles en general»[13]. Por su parte, el librepensador aragonés Odón de Buen, padre de la oceanografía española y personalidad de renombre universal –traído a estas páginas como ejemplo de los grandes científicos que salieron de España–, comenzó a redactar sus memorias en el exilio francés a los setenta y seis años para dejar «ejemplo de una lucha tenaz, sostenida para bien de España»[14].

Entretanto, José Castillejo, secretario perpetuo de la Junta para la Ampliación de Estudios y alma de la Institución Libre de Enseñanza en su última etapa, impartía conferencias y publicaba *Guerra de ideas en España* en Londres, con la intención de dar a conocer la historia española y la tragedia que la asolaba, desde una visión elitista y una actitud crítica con las reformas republicanas. Denostado por personajes como Araquistáin por representar lo que se llamó la Tercera España, Castillejo participaba a su amigo Joan Pijoan sus ideas sobre las posibles soluciones políticas al conflicto:

> Se habla de aproximaciones entre Rusia y Alemania. Nada sería más lógico. Se habla de una solución intermedia democrática !! para España. Nada parece más imposible por ahora. Mi salvavidas federal tiene ahora más adeptos (artículos en prensa y adhesión de catalanes y vascos) pero parece que Inglaterra espera más de una solución unitaria y cree que quienquiera que venza se inclinará enseguida hacia el centro.
>
> No sé si la Inglaterra oficial está suficientemente informada ni si se da cuenta de las causas del fracaso de los cinco años de república democrática, liberal y socializante en manos de los hombres mejores de que el país disponía[15].

Nada nuevo en el horizonte de la política y la cultura republicana. Como se ha visto, en septiembre de 1932, las Cortes habían aprobado

---

[12] Xirau (1998), citado por Cate-Arries (2012), pp. 54-55.

[13] Abellán, José Luis (1976), p. 161; Serrano Migallón (2010), p. 120; Serra (2013), pp. 101-110.

[14] Buen (2008), p. 18; López Sánchez (2006b), pp. 177-239; Dosil Mancilla (2010), pp. 255-256; Rodríguez López (2012).

[15] «Carta de José Castillejo a Joan Pijoan, Londres, 19 de abril de 1937», en Castillejo (1999), pp. 691-692; Castillejo (1976); Monferrer (1999) y (2008), pp. 158-165; Niño (2007), p. 237; Hoyos Puente (2016), pp. 103-105.

el Estatuto de Cataluña, siendo el reformista Azaña uno de los principales artífices de la elaboración y aprobación del texto[16]. Y en gran medida, las opiniones de los castellanos Azaña y Castillejo las compartía el primer rector de la Universidad Autónoma de Barcelona, Pere Bosch Gimpera, como expresó con claridad en su conferencia titulada *España* impartida, en febrero de 1937, en la Universidad de Valencia. En la capital mexicana, Bosch Gimpera formó parte de la Junta de Gobierno de la nueva revista *Cuadernos Americanos* (junto a Eugenio Imaz, José Carner o Agustín Millares Carlo), surgida sobre los restos de la *España Peregrina* (auspiciada, entre otros, por los poetas León Felipe y Juan Larrea) y el apoyo incondicional de Alfonso Reyes, presidente del Colegio de México y Jesús Silva Herzog, director de la Escuela Nacional de Economía[17]. Y en sus artículos y conferencias, el autor de la magistral *Etnología de la Península Ibérica* siguió insistiendo en la existencia de las múltiples Españas. Por ello, a la vez que reclamaba un análisis histórico republicano sobre el pasado hispano, proponía una nación española en la «que se reconozcan, desde la pluralidad, tanto los países que creó y que luego se independizaron –aquellos, por otra parte, en los que ahora se encuentran asilados los mejores hijos de la patria– como los pueblos que la componen en el interior», al mismo tiempo que reivindicaba «en la herencia liberal la adscripción a los valores ilustrados de la razón y el librepensamiento»[18]. Un redescubrimiento de los valores de la tradición liberal y los del hispanoamericanismo republicano-popular como componentes integradores de la *cultura nacional española* que habían sido cultivados, en plena Guerra Civil, por el indianista valenciano y subsecretario del Ministerio de Instrucción Pública y Sanidad José María Ots-Capdequí[19].

En sus viajes de ida y de vuelta por el Atlántico hasta 1939, las opiniones acerca de la búsqueda en el Nuevo Mundo de un «aglutinante» cultural para la modernización de una España («madre de naciones») mediante el fortalecimiento del «espíritu de la raza» hispana se habían integrado en el argumentario económico e intelectual del liberalismo reformista e institucionista de principios de siglo. Y, en tal sentido, mientras Frederic Rahola y Rafael Vehils se empeñaban en fomentar las relaciones comerciales desde la Casa de América de Barcelona

[16] Oliveras (2008).

[17] Silva Herzog (1972), pp. 246-248.

[18] Duarte (2009), pp. 275-281; Bosch Gimpera (2003).

[19] Núñez Seixas (2006), p. 86; Duarte (2009), p. 276; Peset (1992); Zambrana Moral y Martínez Barrios (2001), pp. 45-53; Serrano Migallón (2010), p. 126.

(fundada en 1909), e insistían también en la eficacia de una propaganda por el sentimiento, veían la «organización de la España moderna […] a partir de Barcelona –lugar de tránsito en el Mediterráneo– como contacto, como puerta entre los dos mundos»[20]; en junio del último año citado, el maestro de los indianistas hispanos, Rafael Altamira, había declarado a la prensa madrileña sus ideas «panhispanistas» como el aspecto principal de la misión patriótica que lo llevaba a iniciar su primer periplo americano[21]. En fin, ni Vehils ni Altamira lo sabían entonces, pero veinte años después tanto el empresario barcelonés superviviente como el catedrático alicantino terminarían en el exilio americano.

Pasadas las cuatro décadas de aquel viaje y cuando se habían cumplido cuarenta y ocho de la primera edición de su *Psicología del pueblo español,* Rafael Altamira, el «liberal clásico» que en agosto de 1936 había confesado su amargura ante «el derrumbamiento de toda mi vida espiritual y la anulación de más de cincuenta años de trabajo entusiasta por mi patria y por la humanidad…»[22], volvió a evocar *Los elementos de la civilización y del carácter de los españoles,* poco antes de morir en México el 1 de junio de 1951[23]. El linaje ininterrumpido de las explicaciones acerca de las formas de comportamiento, de la ética social, de las cualidades colectivas y de la consideración de los elementos de la unidad de España brotó en su exilio mexicano y prosperó en los últimos textos del famoso historiador. Lo hizo desde la voluntad de superar las nostalgias de la patria y el pesimismo formulado en sus notas manuscritas *Inventario de sus pérdidas económicas, intelectuales y espirituales a causa de la Guerra Civil* (entre las que incluía el quebranto de su fe en la civilización y en el porvenir de su pueblo)[24]. Y probablemente también porque, en el centro vital de la representación de la realidad perdida (que él mismo había definido como «psicología española» e identificado con el «humanitarismo real»), seguían resonando con fuerza los ecos iniciales del patriotismo que le transmitieron sus maestros franceses. Ligado al reencuentro de la razón, el compromiso nacional permaneció para siempre como un principio inherente a su naturaleza de «historiador español»[25].

Por otro lado, siendo obvio que los representantes de los distintos gremios culturales, científicos y profesionales, fugitivos políticos de

---

[20] Rodríguez (2004), p. 73.

[21] Prado (2010), p. 17 y (2008), p. 73; Pelosi (2005); Marcilhacy (2010), pp. 271-286.

[22] Altamira (1987), p. 224.

[23] Altamira (1950, 1997 [[1]1902]).

[24] Altamira (1987), pp. 223-224.

[25] Peiró (2013a), pp. 85-117; Marichal (1952), p. 23. El exilio de los historiadores en Malagón Barceló (1976); Tortarolo (2013).

Franco, «no fueron españoles de la misma forma que sus antecesores de los siglos anteriores», también lo es que tanto su hipotética «españolidad omnipresente» como el amplio campo de significados y símbolos asociados con la *cultura nacional española* mantuvieron su arraigo y aceptación social sin mayor expediente, como demuestra la persistencia de las tentaciones identitarias y convicciones de pertenencia en sus discursos, compromisos políticos e intercambios intelectuales. Al cabo, según ha explicado Calvo Serraller para el caso de Pablo Picasso, sus fuentes artísticas nutricias «no fueron evidentemente sólo españolas, pero, sin ser exclusivas ni excluyentes, existieron y resultan palpables»[26]. Y, aunque llegó a ser clasificado como un *French painter, born in Spain,* pues pasó más de las tres cuartas partes de su larga vida fuera de España (no pisó territorio español entre los cincuenta y cuatro y los noventa y dos años), «nadie que le conociera mínimamente bien dejó de ser consciente de su ser y sentirse español» y «su forma artística de comportarse tuvo una esencial raíz española» («Pablo Picasso: anarquista ibérico», tituló Luis Araquistáin uno de sus artículos de 1953 y a Baroja, a lo sumo, le parecía que «ha nacido en Málaga; pero no creo que tenga tipo de andaluz. Yo supongo que tiene más de catalán, sobre todo espiritualmente»)[27]. Interpretación, sin duda, que cabe extender a las sucesivas constelaciones de intelectuales emigrados entre 1939 y 1975, y cuyas representaciones colectivas podemos rastrear en el conjunto de valores –emocionales, cívicos o caracterológicos– que la pluralidad de las culturas políticas sobrevivientes en el destierro siguió identificando con España y lo español[28].

No es casual, ni mucho menos, que una editorial de *España Republicana,* periódico publicado en Buenos Aires, celebrara con patriotismo («que es celo de independencia») el sentido heroico del Dos de Mayo porque «nuestro credo es esencialmente español, auténtica y originariamente español. Esta afirmación de españolidad asegura también la esencia ecuménica de nuestra cultura, de tan anchos horizontes y de caudalosa corriente»[29]. Y tampoco lo fue que, en *Solidaridad Obrera,* los *cenetistas* exiliados en Francia reivindicaran con orgullo los esfuerzos realizados a favor de la continuidad federalista y libertaria de la cultura española:

---

[26] Calvo Serraller (2013), pp. 20, 143, 112-120 y 134-155; Richardson (2007), p. 63 citado por Green (2014), pp. 201 y 208.

[27] Calvo Serraller (2013), p. 143; Fuentes (2002), pp. 172-173; Baroja (2006), p. 175.

[28] Dreyfus-Armand (2000), pp. 263-284; Cate-Arries (2012), p. 49.

[29] «Editorial», *España Republicana*, Buenos Aires (15 de mayo de 1952), citado por Duarte (2009), pp. 236-237.

> Lo que también sorprende a las personas doctas, que antes nos ignoraban aunque estuviéramos muy cerca de ellos, es que, debido a la duración del exilio, los entusiasmos –incluidos los culturales– de muchos se desvanecen, pero que, en la CNT, aumentan en lugar de entrar en un proceso «normal» de degeneración progresiva.
>
> Las letras y las artes españolas han sido homenajeadas en el extranjero por miembros de la CNT, en otros tiempos considerada como una central de analfabetos con mucho ruido y poco espíritu. Ahora que la desgracia común nos ha puesto a todos a prueba, ahora que nuestra constancia ha sobrepasado la disposición de los otros, se reconoce el valor moral de los rudos *cenetistas,* esos luchadores que intentan rehabilitar España a través de la acción… y la preparación moral de las masas[30].

Todo esto es conocido y se ha tratado de manera tan exhaustiva que me excusa de tener que repetirlo. En cualquier caso, si resulta difícil negar que la *cultura nacional española* pervivió como un componente nuclear de las culturas políticas de los transterrados, nadie duda tampoco que un puñado de intelectuales del colectivo de españoles fuera de España fueron unos adelantados en reivindicar el sentido de la continuidad de los componentes culturales establecidos en el horizonte del liberalismo[31]. Al fin y al cabo, muchos de los «españoles del éxodo y del llanto», como los llamó León Felipe en 1939[32], mantuvieron para siempre el convencimiento ético y moral de que, «culturalmente, la República vive y alienta hoy, como vivía y alentaba entonces. Franco ganó la guerra en el campo de batalla, pero la perdió en el campo de la cultura»[33].

Guerra de ideas en España: *cultura nacional española* frente a *cultura de la España nacional*

En la distancia, lo político se hizo cultura primero e historia después. Curiosamente, esta metamorfosis se concretó entre quienes durante sus años de vida en el territorio español habían establecido las mayores diferencias con la «España oficial» (la de los políticos libe-

---

[30] «Le développement culturel de la CNT d'Espagne en exil», *Solidaridad Obrera*, 524 (7 de abril de 1955), p. 1, citado por Dreyfus-Armand (2000), pp. 273 y 401.

[31] Pérez Garzón (2000), pp. 104-105.

[32] Felipe (1939).

[33] Ruiz (1991), pp. 241-242; Rodríguez Bravo (2006).

rales y la cultura académica de la monarquía restaurada) y señalado la separación real existente con la «España viva» que ellos creían representar[34]. Y es que, de entrada, los hombres de letras y de ciencias del exilio se consideraban continuadores de aquellos intelectuales precursores que inauguraron el novecientos y habían sido, en su mayoría, liberales progresistas, racionalistas y laicos (aunque casi nunca demócratas)[35]. Críticos con el sistema, su repudio se extendía a cuantos «en la literatura, en el arte y la política» personificaban la España de la «gente vieja», de las falsas reputaciones académicas, de los intereses creados y, por extensión, de los denominados «años bobos» del último cuarto del siglo XIX[36].

Conforme pasaban las décadas de los diez y los veinte, fueron republicanos e institucionistas, seguidores y discípulos de Ortega. Personajes convencidos del protagonismo cada vez mayor del pueblo español «gobernado», sus lecturas del pasado seguían siendo de «matriz estrictamente liberal»[37]. Pero, como se sabe, entre los creadores y movilizadores de la opinión pública de la España del momento también hubo socialistas. Creyentes en la lucha de clases y en el dominio político de las masas en el marco de los diferentes Estados nacionales (la «integración negativa» de la que habló Juan José Carreras hace unos años y la vía hacia la unidad nacional explicada por Carlos Forcadell para la guerra de 1914)[38], desarrollaron una «cultura histórica alternativa» que participaba de la conciencia histórica española construida en el ámbito cultural del liberalismo[39]. Al cabo, según había escrito el precursor Fernando Garrido, defendían «España descentralizada, municipalista, identificada con sus instituciones representativas y abierta a Portugal»[40]. Y esto alcanzaba al puñado de intelectuales libertarios, propagandistas y escritores de brega, que se movían en las periferias de los medios de la inteligencia nacional. Convencidos de la lucha revolucionaria de clase como construcción multinacional, veían España como un mero espacio geográfico y a su Estado como algo llamado a desaparecer; sin embargo, «llegaron a reivindicar su pertenecía a la estirpe federalista e individualista de nuestros más genuinos liberales: "Los anarquistas", afirmó Federico Urales [somos] "los fundamentalmente liberales del

---

[34] Zambrano (1937), p. 18 y (1998) pp. 88-122.
[35] Mainer (1997a), p. 32; Juliá (2004), pp. 103-274; Ouimette (1998).
[36] Calvo Carilla (1998), pp. 151-153.
[37] Duarte (2009), p. 369 y 74-90; Villacorta (2008); Vilches (2012).
[38] Carreras Ares (1978), p. 13; Serrano (1984), p. 24; Martín (2009), p. 274.
[39] Peiró (2006), pp. 28-29.
[40] Pérez Ledesma y Peyrou (2012), p. xciv; Ruiz Torres (2012).

socialismo […], hijos de la evolución política, económica y filosófica del siglo pasado»[41].

A partir de 1939 el camino para los «alrededor de cinco mil […] intelectuales emigrados» (según calculó con amplitud conceptual Fernando Vázquez Ocaña, el socialista director de *La Vanguardia,* desde finales de 1937 hasta que el gobierno de la República española abandonó Barcelona camino del exilio)[42], quedó abierto para la vida en el exilio y la amarga memoria de la «perversión que ha hecho posible la catástrofe española». Atados a tantos recuerdos de la guerra, a estos «españoles herejes» les resultó difícil olvidar a los vencedores: los «nacionalistas» que, habiendo «establecido el estanco del patriotismo y poseían título oficial de defensor de la patria», «se avergonzaban íntimamente de ser españoles, porque en España no había esa exhibición lujosa de fuerza y violencia que era el fascismo. Antes que españoles eran […] fascistas y su pertenencia a España estaba condicionada»[43]. Y menos aún echaron al olvido las actuaciones de sus antiguos compañeros de facultad, algunos catedráticos en las universidades de Franco como el titular de *Lengua y literatura españolas* de Murcia, Joaquín Entrambasaguas, quien, en «nombre de lo nacional», no dudó en denigrar a la JAE y a sus profesores ni tampoco en enseñar «a la juventud a odiar a los hombres por los que España en su aislamiento moderno había trascendido al mundo»:

> Al finalizar la conferencia, y después de haber recalcado a lo largo de ella el carácter nacional (¡naturalmente!) de Lope de Vega, arremetió, sin venir a qué, contra los escritores de la generación del 98, diciéndoles a los muchachos, que como a profesor le escuchaban, que tenían que odiar y barrer por antinacionales y antipatriotas a todos los intelectuales de esa generación y a otros que seguían. Su palabra y su voz expandían el odio en aquella sala repleta de adolescentes que no habían leído a casi nadie de ellos –de ustedes– que iban a llenarse de asco sin conocerlos[44].

Mientras tanto, la mística nacionalista del franquismo –como el fascismo italiano o el nacionalsocialismo alemán, nunca puede ser definido como una forma de *cultura nacional*– decretó la *damnatio historiae*

---

[41] Álvarez Junco (1991), p. 106, citado por Fuentes y Fernández Sebastián (2002), p. 427.

[42] Vázquez Ocaña (2007), citado por Pericay (2013), p. 362.

[43] Zambrano (1998), pp. 118, 99 y 119.

[44] *Ibid.,* p. 118; Entrambasaguas Peña (1938), pp. 50-51, citado por Sánchez Sánchez (2012), p. 18.

contra el liberalismo en general, considerado un pecado, el único responsable de la guerra y la máxima representación de la *Anti-España*[45]. Francisco Franco dictó la orden de proscripción de acuerdo con lo predicado por la montaraz Iglesia decimonónica (*El liberalismo es pecado,* rezaba el título del sacerdote catalán Félix Sardá que se haría tan popular en los seminarios franquistas)[46] y con las furiosas creencias de Falange, el otro gran campo de la España totalitaria. Sin embargo, lo peor fue que, en esos mismos términos, lo reconocieron muchos de quienes llevaban toda su vida pública pasando por liberales.

Sin solución de continuidad, la guerra les hizo doblar las rodillas ante el Caudillo triunfante, rechazando las sombras del sueño republicano (aquel, que en palabras de Azaña, representaba «la reanudación de una gran tradición española, de una tradición liberal, de una tradición popular»)[47], y abdicando, definitivamente, de los principios doctrinales de una cultura política que consideraba la impronta de la «convivencia de las ideologías y tendencias, bajo el signo común de la patria»[48]; una cultura liberal que, en la España de 1930, estaba desunida y, a los ojos de sus críticos, pasaba por ser «más que nada, un ambiente, algo de buena educación, una forma de trato, saber escuchar…Ya era mucho»[49]. Más adelante, en el seno de las diferentes familias de la dictadura, fue este rasgo cívico el que adquirió carta de naturaleza y se convirtió en la marca por excelencia del talante moral de «ser liberal» en España[50].

En todo caso, lo cierto es que, desde el 18 de julio de 1936 hasta el 1 de abril de 1939, cada uno a su manera, trataron de acallar los simulacros de preocupación y cargos de conciencia –si alguna vez los tuvieron– justificando en privado o aireando en público las razones de sus claudicaciones personales ante el fascismo y «conversiones intuitivas» al bando franquista[51]. Desde Roma, Joan Estelrich, el esteta mallorquín y hombre de confianza en asuntos culturales de Cambó, no dudó en dar cuerpo y verbo a los valores solapados de las identidades española y catalana para sosegar su agitación («amb somnis i tot»), escribiendo el 20 de julio de 1936 en su dietario que «no podem desitjar ni el triomf dels sublevats ni menys el del Govern, que implicaria el triomf immediat dels marxistes. Jo, com a

---

[45] Peiró (2008b), p. 16.
[46] Sardá y Salvany (2010); Sánchez Blanco (2011), p. 355.
[47] Fuentes y Fernández Sebastián (2002), p. 428.
[48] Maura (2007), p. 452.
[49] Zambrano (1998), p. 124.
[50] Moreno Luzón (2008), pp. 731-732; Peiró (2013a), pp. 229-231.
[51] Pabón (1963), pp. 214-222; Peiró (2013a), p. 240, nota 143.

català, he de desitjar el triomf del Govern i com a espanyol el del sublevats»[52]. Desde Londres, pronto aparcó sus dudas y lealtades republicanas el novelista, reconocido liberal y embajador de la República de España en la capital británica Ramón Pérez de Ayala, cuando decidió convertirse en uno de los espías (agentes extraoficiales, si se prefiere) de Jesús Pabón, jefe de la sección e Prensa Extranjera integrada en el Servico Nacional de Prensa franquista. Una sección creada, en agosto de 1936, con el objetivo de lograr el mantenimiento de la política de no intervención adoptada por los principales gobiernos europeos. En la sección el catedrático de Historia, monárquico, nacionalcatólico, cedista, falangista y, siempre franquista, reunió a su alrededor un equipo de cedistas y católicos que comenzó a ser conocido en Burgos como la «minoría de oposición» por su intensa actividad dirigida a camuflar ante el exterior los crecientes signos de fascistización de la España nacional y sus intentos de atraer a personajes capaces de presentar la cara más amable del régimen ante la opinión anglofrancesa[53]. Y, desde París, tampoco había titubeado demasiado el famoso doctor Marañón para explicar, en un folleto de propaganda revisionista, publicado en francés, inglés y español, su apoyo a Franco (un «régimen antidemocrático, anticomunista y europeo» pero enfrentado al «régimen antidemocrático, comunista y oriental» que representaba el gobierno de la República). Según el fino liberal madrileño,

> the problem would be very clear if it were not for the disturbing influence of the liberals, whose immense prestige and political maladroitness have added considerably to the confusion of world affairs. The failure to recognize Red anti-liberalism has caused the liberal to sell his soul to the devil. But his punishment will be in proportion to his crime, for, in time to come, liberalism will exercise less and less influence as a political power. However, it will emerge purified from today's dictatorships.
>
> The Spanish liberals now know with what they are dealing. Those of the rest of the world do not, as yet. I have not written this to convince them. In politics the only psychological method of change is conversion, not conviction. Those who say they have been convinced of something are suspects. The liberals will some day feel the thunder bolts and lightning flashes; they will fall from their white

[52] Estelrich (2012), p. 190; Massot i Muntaner (1992); Pericay (2013), pp. 107-113 y 357-366; Frank y Hadler (2011); Núñez Seixas (2011).

[53] Friera Suárez (2001); y García Fernández (2011), p. 79.

horses, and when they recover consciousness, they will have rediscovered the path of truth[54].

Todo esto quería decir, por modo paradójico, que la *cultura de la nación de España* de la nacionalista dictadura del general Franco fundaba su unidad en la retórica de la tradición y en la historia pero, por encima de todo, en la exclusión de los enemigos. Y, siendo evidente que estos fueron los «otros» españoles –los vencidos–, en el campo cultural, la violencia de Estado de los vencedores se plasmó en la brutal destrucción de las imágenes simbólicas, la abolición de las producciones intelectuales y la proscripción de las culturas políticas de la España contemporánea. En los propósitos excluyentes de los perdedores, esta ruptura iconoclasta con el inmediato pasado español supuso la amnesia inducida de las «otras» formas de pensar la historia de la nación. Y significó, hasta bien entrados los años sesenta, la creación de un clima intelectual irrespirable, un espacio cultural autárquico y un purgatorio donde los historiadores y, en general, los catedráticos de las universidades franquistas vivieron su cotidianidad acomodados a su condición de *pequeños dictadores*[55].

Dominado por el miedo a la palabra y las capitulaciones personales, en el presente perpetuo de la dictadura, el exilio se siguió viendo como algo extraño, un lugar del desarraigo y la difuminación; no obstante la existencia de unas cuantas «almas excepcionales» que surgieron en los espacios de libertad generados dentro de la dictadura (fundamentalmente las cátedras universitarias)[56], no obstante la difusión entre ciertos minigrupos académicos y ambientes culturales del afán redentor y el talante moral de los «comprensivos»[57] y no obstante las comunicaciones familiares y correspondencias cordiales que, salvando la censura política e intelectual, se dieron entre viejos o jóvenes amigos, colegas y discípulos. Pese a todo esto, resulta importante recordar que los primeros trabajos sobre el pensamiento del exilio publicados en las revistas del interior por los autodenominados «intelectuales del *diálogo* y la *paciencia*»[58] se vieron mediatizados, en verdad, por las interferencias políticas del régimen (sólo más adelante, se unirán a los relapsos y los arrepentidos para mostrar títulos y genealogías de inteligencia «liberal» durante el fran-

[54] Marañón (1938), p. 10; López Vega (2011), pp. 271-279; Zambrano (1998), pp. 115-127.

[55] Peiró (2013a), pp. 14 y 178-179, y (2013b, 2016b).

[56] Marín Gelabert (2006b), p. 134 y (2012).

[57] Gracia, Jordi (2004, 2006); Thiebaut (1997); Soldevilla (2004).

[58] Aranguren (1953), p. 123.

quismo). Pero, sin ninguna duda, estuvieron limitados por la ambigüedad ideológica (que nunca se permitía cuestionar la figura del Caudillo ni los principios del sistema dictatorial) y por el carácter híbrido de su situación en el espacio de la *cultura de la España nacional*. Y es que, antes de nada, sus actuaciones en la vida cultural y pública española seguían muy alejadas de la imagen del «intelectual universalista» de origen francés (característico de la cultura liberal anterior a 1936) o de los «intelectuales expertos» (los *think tanks* que repoblaron el mundo anglosajón a partir de 1945)[59], para asemejarse a las de los «mandarines» de tradición alemana (en tanto en cuanto potentados culturales que normalmente evitaban la esfera pública como una manifestación degradada del liberalismo político y a quienes, a cambio, se les dio la posibilidad de realizar portentosos pronunciamientos ex cátedra)[60].

A partir de aquí, aunque resulta difícil dudar de la indudable buena fe de unos pocos, no es menos cierto que las miradas hacia fuera de «los de casa» y su «afán de comprensión de "los otros"»[61] (con toda su filosofía cristiana y humanista, falangista y orteguiana, que se quiera) desprenden un tono de autosuficiencia y, por momentos, respiran el aire del convencionalismo condenatorio o la alusión displicente. A fin de cuentas, en la «España cautiva», además de la segregación de la *cultura de la nación* de los vencedores, se mantuvieron los incendios sobre la tierra quemada de la *cultura nacional* que representaban las posturas «recalcitrantes e intransigentes» de los intelectuales «rojos». Marcados por la extraterritorialidad y el nomadismo, según escribía el «comprensivo» director de la revista *Índice* en un pionero comentario de la novela *Campo abierto* de Max Aub, a los escritores exiliados se les debía ilustrar acerca de las verdaderas causas del conflicto de 1939 (fundamentalmente, «la herida abierta en la conciencia religiosa de España por los enemigos de la fe»). Y, sobre esa cuestión, Juan José Fernández Figueroa no admitía discusión alguna: la creencia católica era la síntesis del alma popular española, por lo que «el ataque a esta fe dibujó desde el principio el mapa moral de las fuerzas en guerra y rompió a España en dos»[62].

Después de todo, «entiéndase bien, tampoco se trata, en último término, de que a los hombres cuya situación consideramos les esté

---

[59] Hourmant (2012).

[60] Wolin (2013), p. 245; Moses (2007), pp. 10-11; Ringer (1995).

[61] Aranguren (1953), p. 124.

[62] Juan José Fernández Figueroa, «Carta del director. *Campo abierto*», *Índice de Artes y Letras* 53 (15 de julio de 1952), pp. 1 y 16, citado por Larraz (2009), p. 215.

prohibido regresar. Todos, o casi todos, podrían hacerlo a estas alturas. ¿Podrían hacerlo?», se preguntaba el católico José Luis López Aranguren en la revista del Instituto de Cultura Hispánica para, acto seguido, responderse a sí mismo: «Ese es justamente su drama: que *quieren* y no *pueden volver,* porque están divididos en su deseo; porque algo muy fuerte les tira hacia acá y, al propio tiempo, les frena, les inhibe, les retiene». A los efectos, los comentarios sobre los valores de las obras de los extrañados de la patria, casi siempre cargados de prudencia y matices cuando se trataba de reconocer la «situación del destierro» («que conduce, muy derechamente, a una visión, desgarrada, partida, rota, de la realidad española») o el hecho de que «los emigrados se consagran a la valoración del sentido de nuestra historia y, por ende, de las grandes figuras españolas» se trocaban en «censura» al considerar su «postura actual» respecto a la Guerra Civil[63].

En ese orden, el feliz rentista madrileño que preparaba su meritoriaje para la cátedra de Ética de la Universidad Central estableció una categorización de los exiliados de acuerdo con su evolución desde la contienda, distinguiendo tres posiciones: en primer lugar, «los que persisten, imperturbables, en su ánimo beligerante» (León Felipe y Max Aub, principalmente); entre los segundos situaba a los «moderados» Sánchez-Albornoz y Madariaga, «los cuales reconocen los "trágicos errores" del régimen republicano y piden la reconciliación, la tolerancia, la paz entre todos los españoles»; y, en tercer lugar, entendía que las interpretaciones de Francisco Ayala y Américo Castro eran las de mayor interés al entrecruzar dos temas distintos en el planteamiento del problema: «la interpretación de la guerra civil y la interpretación de España desde la guerra civil, desde su experiencia»[64]. Por supuesto, Aranguren no fue el único de los mandarines del franquismo en pronunciarse sobre los intelectuales transterrados y hacer «propaganda del Régimen como benefactor de la cultura», valorando «los "esfuerzos positivos", procedentes asimismo del Estado y enderezados a remover los obstáculos de la vida intelectual». Ni tampoco había sido el primero en asociar la crítica literaria, artística o de pensamiento con referencias extratextuales y, más concretamente, con la dimensión política y humana de los autores[65].

En los números de enero y febrero de 1953, Francisco Ynduráin publicó en *Arbor* (la revista oficial del Consejo Superior de Investi-

---

[63] Aranguren (1953), pp. 130, 124, 136, 145 y 151.
[64] *Ibid.,* pp. 151-152.
[65] Larraz (2010), p. 723 y (2009), pp. 165-190 y 209-218.

gaciones Científicas), y en *Doncel* (órgano del Frente de Juventudes del Distrito Universitario zaragozano), dos reseñas dedicadas, casi en exclusiva, a Arturo Barea, «nuestro único escritor nacido a las letras en el destierro»[66]. En la primera, el vicedecano y catedrático de Lengua y Literatura españolas de la Facultad de Letras de Zaragoza justificaba su interés por el autor de *La forja de un rebelde* por la curiosidad de «ver las reacciones de un exiliado español después de la guerra, pasados ya bastantes años y muchas cosas dentro y fuera de casa, cuando podíamos esperar una superación de la pugnacidad y del hervor apasionado» y por el deseo de conocer su «posición respecto a lo español». Y eso porque «el desgarro dramático que el exilio más o menos voluntario ha producido en muchos españoles, inadaptables o siquiera inadaptados a la nueva situación y no muy afincados en el medio extraño, parece un tema literario del más subido valor humano».

Después de avanzar su propia tipología de los hombres de letras del destierro (de acuerdo con sus grados de «sentimiento patrio» y coincidencias en «un amor trascendido a la indeclinable España»), los juicios sobre las obras de Barea (excepción del breve comentario elogioso a *La forja,* primer tomo de la trilogía, que «tiene un afán de verdad y de buscar un sentido a la vida más allá de la lucha») serán tajantes, descalificatorios y debeladores de un novelista que había «renunciado a su ciudadanía política y espiritualmente»[67]. En último término, el crítico navarro que había sido discípulo de Unamuno en la Salamanca de preguerra (utilizó su idea del «resentimiento trágico» para aplicarla a Barea)[68] explicitará todo su repudio hacia el escritor nacionalizado británico en las últimas palabras con las que terminaba su acre comentario a *The Broken Root:*

> Dolido por el sentimiento de ver hasta qué punto un español era capaz de denigrar a su patria […]. Pues en su novela no está sólo en cuestión el régimen que España tiene –y ya era de suponer el punto de vista mantenido por Barea–; si no se enjuician nuestras costumbres, nuestros sentimientos, nuestros paisajes, cosas todas que están fuera de la lucha política, con el despego de quien ha renegado de su tierra y necesita encontrar razones para despreciarla a cuenta de una imaginada superioridad del país en que habita, y que tampoco puede ser el suyo […]

---

[66] Ynduráin (1953a), p. 73 y (1953b); Barea (2007); Monferrer (2008), pp. 317-331.
[67] Ynduráin (1953a), pp. 74 y 75.
[68] *Ibid.,* p.79; Aranguren (1953), p. 152.

> […] nunca he encontrado en ninguno de los autores revisionistas la falta de amor patrio que en Barea, ni las cominerías estúpidas de que este nutre su desencanto[69].

En cuestiones de estilo, la crítica británica calificó *La raíz rota* como desafortunada por tratarse de una novela cuyos valores literarios quedaban oscurecidos por la propaganda política antifranquista, pero ninguna de las reseñas dudaba de la «españolidad» de un autor que había alcanzado «reputation in this country as an interpreter of the Spanish people» y firmado sus colaboraciones en la BBC con el significativo seudónimo de Juan de Castilla (sinónimo del ciudadano anónimo Juan Español)[70]. En todo caso, el mismo año de la repentina muerte de Arturo Barea el día de Nochebuena de 1957[71], Franciso Ynduráin volvió a pronunciarse críticamente contra los contenidos del manual de *Literatura española contemporánea, 1898-1950,* escrito por el dianense, exiliado en Cuba, Juan Chabás y Martí[72]. «Pero es que –ha escrito el profesor Mainer situándose, sin duda, en el contexto de su maestro filológico–, el tomo del escritor valenciano era polémico de suyo y estaba concebido desde una tan legítima cuanto peligrosa actitud tomada por los escritores ante la guerra civil»[73]; una opinión contrastable con la escrita por María Zambrano cuando, en diciembre de 1975, en su memoria-homenaje del antiguo escritor ultraísta y «juanramoniano» recordó que

> publicó, como se sabe, en La Habana, una *Historia de la literatura española,* en conexión sin duda con la actividad de profesor de la Universidad de Oriente-Santiago, donde fue a ejercer desde su fundación. Las referencias que corrían y su permanencia en esta actividad decían de su cumplir como profesor en todos los sentidos, sin sectarismo […].
>
> Y ahora caigo en la cuenta de que, en los tres periodos en el que lo vi, el de la recién llegada República, el de la guerra civil y el del destierro, aparecía siempre como sumido en una grande paz. Sin el más leve resentimiento, sin tan ni siquiera nostalgia, vivía el presente sin expectación de un futuro[74].

---

[69] Ynduráin (1953b), pp. 20-21; Mainer (2003), p. 42; Eaude (2001), p. 208.
[70] Monferrer (2008), p. 321; Eaude (2001), pp. 207-209 y 225-236.
[71] Eaude (2001), pp. 173-174.
[72] Chabás (2001).
[73] Mainer (2003), p. 41.
[74] Zambrano (2014), p. 571; Torre (2002), pp. 59 y 343; Pérez Bazo (2001).

Por aquel entonces, todavía faltaba un lustro para que se levantara el veto sobre la narrativa de los desterrados por las editoriales peninsulares. Y, al lado de unos pocos atisbos precursores[75], en 1963, la aparición del libro pionero de José Ramón Marra-López *Narrativa española fuera de España* ejemplifica la lentitud de los procesos del cambio cultural y los equilibrios de culpas que necesariamente debieron utilizar los estudiosos que pretendieron terminar con el «espíritu de revancha». Escrito por un joven investigador que había sido encarcelado por fundar y militar en la ilegal Agrupación Socialista Universitaria, el libro «supuso el primer (y, hasta la fecha, casi el único)» intento de analizar de forma sistemática la obra de los escritores exiliados bajo la premisa de la condición compartida de expatriados. Pero ilustra, también, sobre los déficits de los acercamientos realizados desde el interior, de las cautelas intelectuales y dificultades que tuvieron «los recordadores» para superar las inferencias apriorísticas asentadas por la crítica y la historiografía franquista[76]. Al fin y al cabo, en el año de frontera de 1940, el falangista gallego Gonzalo Torrente Ballester había avisado desde las páginas de la combativa *Tajo* de que «no podemos permanecer impasibles ante la falsificación evidente que se mueve entre nosotros, mientras la España peregrina pretende arrebatarnos la capitanía cultural del mundo hispano ganado para la Patria por nuestros mayores»[77]. Y, en 1948, el historiador de las religiones y «héroe cristiano» Ángel Álvarez de Miranda confirmó la existencia de dos tradiciones culturales, la del exilio y la del interior, que contendían por ser hegemónicas[78].

No sorprende, pues, que, superados los quince años del estrepitoso desencuentro de Luis Cernuda con Leopoldo Panero en Londres, en 1947[79], la sensación general fuera la de la perpetuación del abismo sentimental y la insalvable división política generacional entre los intelectuales republicanos que habían participado en la guerra y los «vencedores. Caínes sempiternos»[80]. En ese sentido, los recuerdos de Francisco Ayala de su reunión en Madrid con Melchor Fernández Almagro, quien «había sido uno de mis mejores amigos y el más antiguo» y era, a la vez, un monárquico de corazón (después de haber

---

[75] Soldevila Durante (2003), pp. 206-211.

[76] Marra-López (1963); Larraz (2009), pp. 174-179 y 229-249, y (2011), p. 70.

[77] Soldevila Durante (2003), p. 205.

[78] Álvarez de Miranda (1948); Larraz (2010), p. 722; Díez de Velasco (2007).

[79] Martínez Nadal (1983), pp. 172-181; Monferrer (2008), pp. 185-187. Agradezco las referencias de Martínez Nadal e Ynduráin (1953b) al doctor en Historia por el Instituto Europeo de Florencia Gustavo Alarés López

[80] «Un español habla de su tierra», en Cernuda (1993), p. 310.

sido maurista y falangista) y un académico historiador del régimen (experto en la historia política de la crisis del liberalismo), se suman a los numerosos testimonios sobre la vigencia de la glaciación franquista, del odio al «rojo» y la marginación temerosa de los réprobos «que dejaron de ser españoles»:

> El espectáculo de un hombre de tan valiosas cualidades (bondadoso hasta la abnegación, espíritu liberal, fina inteligencia, gran laboriosidad y erudición), así destruido hasta el anonadamiento, me resultaba doloroso en grado sumo. Lo peor de tiranías como la padecida por España –reflexionaba yo– es que su excesiva presión sobre los particulares, si bien hace brotar las cualidades más excelsas de unas cuantas almas excepcionales, extraen en cambio del común de los mortales que no tenemos madera de héroes ni de santos, nuestras posibilidades más ruines. Melchorito, criatura de tan buena índole, de tan cordial inclinación y de unas dotes intelectuales superiores, era por lo demás lo que vulgarmente se llama (no es muy bonita la palabra) un cagón, y las mismas circunstancias que a muchos aconsejaban circunspecta y prudente cautela, o bien suscitaban los recursos de un ingenio desaprensivo en quienes de otro modo hubieran podido ser personas de correcta conducta, a él lo descompusieron hasta el extremo de imaginarse peligros allí donde, o no los había, o eran improbables, con lo que por paradoja, invitaba a las mezquinas agresiones de algún bellaco ensañado contra el infeliz… En fin, mi conversación con Almagro me dejó mal sabor de boca; me separé de él verdaderamente apenado, con una sensación de pérdida[81].

El 23 de agosto de 1969, el viejo republicano socialista Max Aub (había caracterizado a Fernández Almagro en el personaje de Melchor Pinillos en *La vuelta: 1964*) volvió a España con el pretexto de acopiar materiales para el libro encargado por la editorial Aguilar sobre Buñuel[82]. Dos años después, el viaje quedó consignado en *La gallina ciega,* el seudodiario angustiosamente pesimista donde, entre otras muchas comparaciones negativas con el país que había dejado para llegar a México («después de muy difíciles y peligrosas peripecias, sin excluir campos de concentración»), criticó amargamente las conductas claudicantes («suyos el olvido y el reino de la

[81] Ayala (2011), pp. 502-503; Viñes Millet (2000, 2007).

[82] Aub (1995), pp. 105-106; Aznar Soler (1995), pp. 8-9; Aub y Tuñón (2003), pp. 366-367.

mentira») y la «tranquilidad con que se lo tomaban todo ciertos intelectuales» del franquismo[83].

Sintiéndose portador de la honradez y la decencia en tanto tributo de la cultura nacional republicana (inexistente, a su juicio, en la España franquista), considerará que el régimen había significado el ascenso de los «ilustres mediocres del oso y del madroño», responsables de la miseria moral, de la medianía intelectual, de la despolitización y de la vacuidad («ni una palabra contra el régimen, ni una a favor. No callan por callar sino porque no tienen nada que decir»)[84]. Por eso, se permitió reproducir en el texto una carta en la que le decían:

> Nunca he podido concebir, como todos los llamados «intelectuales» en España hayan cantado durante 30 años la misma canción sin sentir repugnancia de ellos mismos, por que en verdad, Señor Max Aub, cuando la casi generalidad de una sociedad actúa de una forma tan cobarde y tan mezquina, sin sentir asco de ellos mismos, da hasta miedo y escalofrío[85].

Más adelante, desde el respeto «a los que eran falangistas antes del 36» («Nada tuve ni tengo contra Ledesma Ramos, Giménez Caballero, Luys Santamarina o Xavier de Salas –hablo de mis amigos– camisas viejas: fueron fieles»)[86], se referirá «a los que –el 44 o el 45, el 54 o el 55– creyeron que el régimen podía irse a paseo y quisieron adelantarse a los posibles acontecimientos y si no se proclamaron republicanos por lo menos sí liberales y nos llenaron de elogios…» («Algo falla y chirría en esa generación de los *arrepentidos*»)[87]. Pidiendo excusas por su falta de delicadeza cercana a la grosería («no pido sutileza sino honradez»)[88], las menciones anteriores le servían para mantener su condena a los conversos franquistas («los cabroncillos –que no nombro– que estuvieron de boquilla con nosotros para volver la casaca en seguida que nos vieron perdidos. Si no fuesen intelectuales, lo mismo daría»)[89], y las denuncias contra los traidores de «nuestra edad o de la de nuestros hijos»[90], y todo ello en más de 600 páginas salpimentadas con una retahíla de comentarios

---

[83] Blanco Aguinaga (2011), p. 87; Nos Aldás (2002); Cate-Arries (2012), pp. 121-141.
[84] Aub (1995), pp. 379 y 189.
[85] *Ibid.*, p. 238.
[86] *Ibid.*, p. 509; Mainer (2013), pp. 19-193.
[87] *Ibid.*, pp. 509 y 506.
[88] *Ibid.*, p. 264.
[89] *Ibid.*, p. 509.
[90] *Ibid.*, pp. 508 y 511.

mordaces dirigidos contra el cinismo y la ineptitud de los responsables de la política cultural del régimen en 1969 (incluido el propio ministro de Información y Turismo, a quien con ironía le enviará un ejemplar del libro «para que tenga a bien, según sus libérrimas facultades, dar las órdenes necesarias para que sea permitida su venta en España»)[91].

Por entonces, Guy Hermet, un hispanista de relieve que seguía con atención las transformaciones en la «opinión» de los españoles, explicaba a los lectores franceses que

> les Espagnols ayant connu la guerre civile en tan qu'adultes avaient déjà près de quarante ans en 1956, et en ont aujourd'hui, cinquante-cinq au moins. Parmi ceux qui ont appartenu au camp nationaliste, la crainte des «rouges» et la fidélité à Franco sont demeurées à peu près entières; de même les sentiments inverses chez les anciens combattants ou sympathisants républicains[92].

Las Españas del destierro: enigmas, secretos y realidad histórica de la cultura nacional española

Por las mismas fechas en que el cosmopolita cineasta de Calanda aseguraba a su biógrafo en uno de sus últimos encuentros en el restaurante El Parador de México que «yo tengo una atracción fatal por España»[93], en Francia, Manuel Tuñón de Lara había escrito un estudio «ideológico» sobre la cultura española desde 1885 a 1936. El profesor de Historia y Literatura españolas la Universidad de Pau apuntaba en el texto las fuertes implicaciones políticas de la gran mayoría de los escritores públicos e intelectuales de la época (desde Galdós y Clarín hasta Ortega y Azaña, pasando por Joaquín Costa, Núñez de Arenas o Díaz del Moral). Y en sus páginas finales incluyó unos breves párrafos, escritos «al alimón» con su amigo Max Aub, para confirmar que «la novela es *histórica* por definición»[94]. A la recíproca, el novelista español y ciudadano mexicano, conocedor de la historiografía francesa por sus trabajos de traductor en Fondo de Cultura Económica, utilizó una cita de Manuel Tuñón para explicar que

---

[91] *Ibid.,* p. 603.

[92] Hermet (1970), p. 9, citado por Duarte (2009), p. 357.

[93] Aub (1995), p. 109.

[94] Tuñón de Lara (1977), pp. 254-255; Aub y Tuñón (2003), pp. 421-422 y 430; De la Granja (1994, 1997).

la «Generación del 27» (así llamada «por capricho gongorina y ortegatizante»), estuvo formada «casi exclusivamente por hijos de burgueses y de residuos de la aristocracia»[95].

Pese a haber nacido uno en junio de 1903 en París y el otro en septiembre de 1915 en Madrid, ambos narradores se reconocían como miembros de una misma generación («en todos los sentidos de la palabra»): la de la Guerra Civil, puesto «que, al fin y al cabo, fue la que nos clavó en el lugar en que estamos»[96]. Pero no sólo eso. Guardando fidelidad a sus condiciones de escritor e historiador marcados por las tormentas del exilio, además de otros paralelismos (como pudo ser su fuerte compromiso político, socialista el primero y comunista el segundo), compartieron por igual «la misma pasión por España que les llevó a indagar las razones y causas últimas de la tragedia de España»[97]. De ese modo, frente a las nostalgias de la memoria y el pesimismo de la razón que les provocaban sus experiencias en *El laberinto español,* los dos se negaron a renunciar del todo al optimismo de la voluntad. Y, entre otros relatos del pasado hispano cuyo protagonista principal era el pueblo («¿Qué importan los Enriques, los Felipes o los Carlos?»), se decidieron a escribir la historia de la cultura nacional liberal cuyos campos había sembrado de sangre el ángel exterminador de la guerra de España[98].

Para bien o para mal, Max Aub y Manuel Tuñón participaban de las actitudes y pasiones de la llamada *inteligencia peregrina* que, explícitamente o no, creían en el entronque matricial de las culturas políticas de su siglo con la «gran tradición de la España liberal», representada por la República. En diciembre de 1936 se habían conocido en París, en donde Tuñón había viajado como dirigente estudiantil de las Juventudes Socialistas Españolas para participar en la Conferencia Mundial de Ayuda a la Juventud Española[99]. Allí se encontraba el aragonés Buñuel trabajando en labores de propaganda y Max Aub como agregado cultural, reclamado por el embajador Luis Araquistáin[100]. Unos meses después, José Gaos, el antiguo profesor de Alemán del Instituto de Idiomas de Valencia, rector de la Universidad Central y, ahora, comisario general de la Exposición Internacional de París, le nombró, junto a José Bergamín, comisario

---

[95] Aub (2013), p. 316.

[96] Max Aub, «De mi generación», conferencia pronunciada en Cuba en enero de 1968, citada por Aznar Soler (2003), p. 69.

[97] Caudet (2003), p 27.

[98] Aub (1986), p. 128, reproducida por Maurice (2003), p. 1.

[99] De la Granja (1997), p. 347; Malgat (2007), p. 58.

[100] Tusell (1983), p. 28; Buñuel (1992), pp. 192-203; Malgat (2007), pp. 59-61.

adjunto del Pabellón Español diseñado por Luis Lacasa y José Luis Sert[101]. Junto a los dos arquitectos, Louis Aragon y Bergamín, Max Aub formó parte de la delegación oficial que visitó a Picasso (acababa de realizar los dos grabados, *Sueño y mentira de Franco*)[102] para pedirle la realización de una pintura mural que sería expuesta en la entrada del edificio. El 28 de mayo de 1937 firmó el acuerdo con el artista malagueño para que pintara el *Guernica* (la obra monocroma que, junto a *El Osario* de 1945 y la *Masacre de Corea* de 1951, se convertiría en el símbolo de los horrores de las guerras del siglo XX)[103].

En el camino, porque en las tramas de la historia todo parece entrelazarse, importa recordar que fue el filósofo José Gaos quien acuñó la palabra «transterrado» para manifestar que, aun dentro del exilio, no había extrañeza ni distancia en el sentimiento que los españoles experimentaban por México, algo así como «una España fuera de España»[104]. Más adelante, el discípulo aventajado de Ortega y Gasset, además de denunciar a los vacilantes e impacientes «liberales» que, en apenas dos años, abandonaron el régimen republicano y pasaron de las musas al teatro buscando su acomodo en el franquismo (como su propio maestro o Marañón), expresó la inquebrantable convicción nacional y liberal de su posición política[105].

Herencia recibida de los maestros consagrados del destierro, la necesidad de explicar y/o descubrir la pluralidad de la «verdadera España» marcó las trayectorias de las «varias capas superpuestas» de intelectuales expatriados, prácticamente, hasta los años de los retornos durante la transición y el ocaso de sus días. Cubiertas sus frentes con la nube de aquellas melancolías, de las que decía Larra, que «sólo un liberal español en estas circunstancias puede formar una idea aproximada», las angustias por la supervivencia del *alma española* (en su constante diálogo con sus inseparables *almas regionales*), siguieron actuando como un referente sentimental y patriótico entre ellos[106]. En su particular *vanidad de vanidades* vital, estos personajes que se negaron la posibilidad de «superar el pasado» porque nunca renunciaron a su verdad, pues «un intelectual es una persona

---

[101] Alix Trueba (1987).

[102] Bozal (2013), I, p. 239.

[103] Aznar Soler (2003), pp. 28-29; Calvo Serraller (2013), pp. 146-148 y 158-166; Bozal (2013), II, pp. 105-114.

[104] Véase Abellán (2001a), p. 10; (2001b), pp. 127-143 y (2001c); Monclús (1989), p. 276; Flores Mancilla (2003); Serrano Migallón (2010), p. 119.

[105] Gaos (2001), pp. 71-72.

[106] Larra (2000), p. 586; Cerezo (2000).

para quien los problemas políticos son problemas morales», constituyeron una pequeña elite de calidad que hicieron «de España, de la guerra civil y del exilio mismo, asunto principal y casi único de su creación literaria», de sus pensamientos y de sus obras. «Callar sería lo mejor y lo más cómodo para todos. Pero existen los contratos –sociales o no– y las ganas de ser percibido». Por eso hablaron, escribieron, pintaron o esculpieron, «para que quede otra constancia de lo que algunos suponen la verdad. Sin contar que, como español, no me da la gana "de hablar con el portero"»[107].

Y aunque, como advirtió Voltaire acerca de este tipo de relatos en los que con «el tiempo aumenta la fábula y la verdad se pierde»[108], de manera apasionada transmitieron su verdad a la segunda generación de intelectuales del exilio y a sus hijos («he vivido desde la infancia con "España en el corazón" y con la referencia de la guerra del 36-39 siempre presente a través de las vivencias y de la influencia directa de mi padre», explicó Jean-Louis Guereña)[109]. Y así lo siguieron narrando a sus círculos de amistades, a sus discípulos y a los aprendices de hispanistas que quisieron escucharlos:

> Durante esos años –ha contado Clara E. Lida en un pequeño texto autobiográfico– adquirí familiaridad creciente con exiliados que se vinculaban con mi padre y con su esposa, Denah, hispanista estadounidense. Por ello no fue raro que en Cambridge muchos amigos españoles suyos también lo fueran míos, o que por casa desfilaran hispanistas y escritores del exilio con quienes el tema de España reaparecía una y otra vez, desde un Américo Castro a un Jorge Guillén, desde un Roberto Ruiz a un Carlos Blanco Aguinaga. La República y la Guerra Civil eran acontecimientos sobre los cuales oía hablar una y otra vez, y me iba resultando más familiar de lo que entonces me daba cuenta[110].

Por supuesto que hubo renuncias personales en aquella emigración infinita y políticamente fragmentada[111]. Y cierto es también que las melancolías de muchos se transformaron, con el paso de los años, en nostalgias insoportables, desencantos políticos y lúcidos fatalismos («Fuera de España lo único que hacemos es irnos muriendo

---

[107] Aub (1995), pp. 509, 510 y 99; Valero Gancedo (2001), p. 534; Montero Díaz (2010).

[108] Villegas (2009), p. 309.

[109] Guereña (2009), p. 181.

[110] Lida (2011), p. 93; Ruiz (1991).

[111] Duarte (2009), pp.143-149.

poco a poco», somos «espectadores de la historia, hemos dejado de ser actores», llegó a escribir Luis Araquistáin)[112]. Sin embargo, las sensaciones en los espacios de la cultura siguieron ritmos y crononimias diferentes a las de la política[113]. Y eso porque, desde el principio, además de insertarse en el mercado de trabajo de los diversos países americanos o europeos, un número importante de los catedráticos, editores, historiadores, artistas, filósofos y escritores españoles forjaron con rapidez redes de relaciones de amistad y discipulazgo. Desarrollando una intensa actividad profesional, renovaron sus esperanzas creativas, docentes e investigadoras y dejaron una profunda huella en la vida intelectual en sus lugares de destino[114]. En tal sentido, el historiador argentino Tulio Halperin recordaba:

> Desde luego esa diminuta diáspora italiana y judía, que dejó huellas bastante hondas en nuestra experiencia familiar, apenas si las dejó fuera de ella a lo largo de esos complicados años argentinos cuando se hizo sentir, en cambio, con fuerza creciente el impacto de la diáspora española que siguió a la derrota final de la causa republicana. Mientras las instituciones de enseñanza superior no se iban a mostrar mucho más hospitalarias para ella que para las víctimas del tardío giro antisemita de Mussolini, sus muchos más numerosos integrantes utilizarían mejor las oportunidades abiertas por la breve coyuntura durante la cual Buenos Aires llegó fugazmente a constituirse en capital de la edición en lengua castellana, y su nutrida presencia en ese sector en súbita expansión iba a gravitar con todo su peso en la editorial que a poco de su creación había conquistado el lugar central en ese territorio que había quedado súbitamente desierto. Pero aún en Losada a los españoles ya incorporados a la vida argentina al estallar la guerra civil, como su fundador o Amado Alonso, o vinculados a ella por otras razones –así Guillermo de Torre, evocado alguna vez por Borges en un apócrifo alejandrino del Gran Siglo como *ce beau-frère espagnol que le destin m'a donné*– sólo se iban a sumar otros que habían tenido su primer contacto con el país como desterrados luego de que el régimen militar instaurado en 1943

[112] «Carta de Luis Araquistáin a Félix Gordón Ordás, Londres 24 de enero de 1947»; Araquistáin (1962), p. 152, citadas por Schwarzstein (2001), pp. 195-196; Fuentes (2002), pp. 95-232.

[113] Bacot, Douzou y Honoré (2008); Fernández Sebastián (2013).

[114] Abellán y Monclús (1989); Martínez Gorraño (1999); Schwarzstein (2001), pp. 110-120; Pla Brugal (2007); Niño (2007); Pérez Guerrero (2008), pp. 149-181; Monferrer (2008); Naranjo Orovio y Puig-Samper (2009); Serrano Migallón (2010), pp. 81-111; Dreyfus-Armand (2000, 2010); Villares (2013), pp. 301-304; López Sánchez (2013).

> les arrebatara sus posiciones que habían llegado a ocupar en universidades del interior (fue el caso de Francisco Ayala, cesante entonces en Santa Fe, y el de Lorenzo Luzuriaga, que sufrió el mismo destino en Tucumán). Y me parece que esas vicisitudes reflejan muy bien el modo en que la presencia de la diáspora republicana se haría sentir en la vida intelectual y literaria de Buenos Aires: sin llegar a ser dominante en ninguna parte, en una suerte de avance capilar terminaría por hacerse presente en todas[115].

La cita es larga, pero lo traigo a colación para rememorar la personalidad de su «padrino de tesis», Claudio Sánchez-Albornoz, quien había dedicado a España el primer volumen de su obra sobre los orígenes del feudalismo publicado, en 1942, en su refugio mendocino en la Universidad de Cuyo, «como homenaje a la patria lejana y amada de un desterrado de su solar de Europa con la esperanza de gozarla en días mejores, seguro de haberla servido con devoción y lealtad y decidido a proseguir sirviéndola, así, hasta el postrer momento de su vida»[116]. Ya en Buenos Aires, en julio de 1950, don Claudio confesaba con amargura sus circunstancias vitales («Me ha tocado vivir a contrapelo») al comienzo de un párrafo repleto de profesiones de fe ideológicas y razones patrióticas:

> Soy liberal –escribía a Emilio Sáez Sánchez, considerado «su hombre» en el medievalismo del interior–, y he asistido al triunfo de las más bárbaras tiranías y a la desaparición del liberalismo, ahogado por el capitalismo, el comunismo, el franquismo… Soy español que adora a España, y me es forzoso vivir fuera de mi patria[117].

En todo caso, más allá de la disputa contingente con Américo Castro sobre la realidad y el enigma histórico de España, importa recordar aquí que, financiado en un primer momento por la Institución Cultural Española de Buenos Aires (presidida desde abril de 1938 por el comerciante catalán Rafael Vehils) y la Fundación Rockefeller, fundó el Instituto de Historia de España en la Facultad de Filosofía y Letras de la capital argentina[118]. En su seno creó la revista *Cuadernos de histo-*

---

[115] Halperin Donghi (2008), pp. 111; Schwarzstein (2001), pp. 110-120; Aznar y Wechsler (2005); Villares (2013), pp. 301-304.

[116] Sánchez-Albornoz, C. (1942), p. 7, citado por Domínguez Fernández (2010), p. 348; Sánchez-Albornoz, N. (2012), pp. 219-222; Schwarzstein (2001), pp. 117-120.

[117] «Carta de Américo Castro a Emilio Sáez Sánchez, Buenos Aires, 29 de julio de 1950», reproducida en Sáez (1997), p. 281; Domínguez Fernández (2010), p. 355.

[118] López Sánchez (2013), pp. 66-67.

ria de España (uno de sus primeros colaboradores sería José Luis Romero) y sentó las bases para la institucionalización de una escuela disciplinar de especialistas en la historia medieval española[119]. Compuesta en su mayoría por «investigadoras de planta, que a más de sus trabajos específicos habían tomado a su cargo el muy absorbente de cuidar y mimar a don Claudio»[120], los trabajos del grupo (principalmente sobre temas institucionales del reino asturleonés o del castellano-leonés) reforzaron las líneas de continuidad directas de la historiografía liberal española de la época de la profesionalización. «Dios me ayuda –le decía en una carta a Rafael Gibert– y voy creando aquí una escuela. Él quiera que quede viva semilla por la prolongación de la historia española aquende el Atlántico»[121].

En paralelo, la labor de Sánchez-Albornoz no sólo sentó cátedra entre los medievalistas, sino que contribuyó a la formación general de estudiantes de la propia carrera y de otras (entre ellos, alguno de los más prometedores historiadores argentinos de la época como Delia Isola, Oswaldo Machado o los citados Halperin y Romero), al ser sus clases «una iniciación a concepciones y métodos historiográficos nuevos»[122]. Y aún más: el magisterio del profesor español que se encontraba en el cenit de su carrera profesional, unido al privilegio político del que gozó como presidente de la Agrupación de Intelectuales Demócratas Españoles y futuro jefe del Gobierno de la República Española (1962-1970)[123], debió de ayudar a consolidar la tradición universitaria argentina de incluir la Historia de España como asignatura en los planes de estudios de Letras de las Facultades de Filosofía[124]. Y, también, pudo servir de acicate para revitalizar el gusto por la cultura española entre los jóvenes valores de la historiografía del país. No en vano, «si es mío el Arcipreste, la Celestina, el Quijote y la picaresca y Velázquez –explicó José Luis Romero–, ¿cómo no va a ser mía toda esa cultura dentro de la cual España es un enclave? España es Europa, si España es mía, Europa es mía…»[125]. Y su primera discípula argentina, Nilda Guglielmi, dijo: «La medievalidad española explica el pasado directo de nuestras instituciones y

---

[119] Pastor (1991); Guglielmi (1995), pp. 269-279; González de Fauve (2001-2002, 2002), pp. 274-279; Carzolio (2003).

[120] Halperin Donghi (2008), p. 224.

[121] «Carta de Claudio Sánchez-Albornoz a Rafael Gibert, 24 de septiembre de 1949», en Gibert Sánchez (1998), p. 550, citada por Domínguez Fernández (2010), p. 374.

[122] N. Sánchez-Albornoz (2012), p. 221.

[123] Duarte (2009), pp. 347-349; Cabeza Sánchez-Albornoz (1992), pp. 117-211.

[124] Barbero (1994).

[125] Luna (1978), p. 9, citado por Guglielmi (1995), p. 273.

de esa realidad americana»[126]. En fin, mirando hacia aquellos tiempos, Fernando Devoto, en su comentario sobre la importancia que tuvo Sánchez-Albornoz en la reorientación hacia los estudios medievales del historiador bonaerense, ha señalado:

> Cualquiera sea la imagen que pueda tenerse hoy de Sánchez-Albornoz, por envejecida que esté su obra, por poco condivisible que sea su idea de España (que difícilmente Romero compartiese), por poco innovadora que fuese la escuela que él creó, en especial en Argentina, no es menos cierto que en esos años de la entreguerra y la guerra era considerado uno de los más eminentes medievalistas occidentales[127].

En medio de otras noticias contra la admisión del «fascismo español» en la Unesco, el 30 de diciembre de 1952, la *España Republicana* anunciaba la partida hacia Europa de Claudio Sánchez-Albornoz, único representante español invitado por el *Centro Italiano di Studi sull'Alto Medioevo* para participar en la inauguración de la *Settimane di Studio de Spoleto*[128]. Era la primera vez que volvía al viejo continente donde se iba a reencontrar con antiguos discípulos y colegas medievalistas pertenecientes a la corte historiográfica de Franco[129]. Poco después, el prolongado anuncio de su «Anti-Castro» culminó con la aparición de *España, un enigma histórico;* un gran metarrelato nacional dedicado «A la República Argentina, para mí, segunda España» cuya escritura entroncaba con la más pura convicción liberal de los años veinte, tanto en su misma rememoración juvenil de *La España invertebrada* del maestro Ortega como en la reivindicación de la responsabilidad profesional del historiador, que al «examen científico y genético del ayer» añade «su colaboración inteligente a la forja de la conciencia histórica de su país y de su época»[130].

La publicación, que «era menos una tentativa de refutación puntual de la visión de la historia de España que venía elaborando Américo Castro a partir de su *España en su historia,* publicada en 1948, que la elaboración de una visión alternativa desplegada y exhaustivamente fundamentada en 1956 en los dos macizos volú-

---

[126] Guglielmi (2001-2002), p. 213.
[127] Devoto (2013), p. 52.
[128] Duarte (2009), pp. 267-268; C. Sánchez-Albornoz (1954).
[129] Domínguez Fernández (2010), p. 360; Peiró (2013b), p. 61.
[130] C. Sánchez-Albornoz (1956), I, pp. 11 y 65; Peiró (2013a), pp. 262-268.

menes», tendría efectos académicos en «las huestes ardientemente movilizadas en su defensa»[131]. Y, de manera inmediata, también los tuvo políticos, pues la prensa republicana de la capital se sumó sin condiciones al homenaje que numerosas representaciones de ciudadanos argentinos y españoles rindieron el 12 de septiembre de 1957 en el hotel Savoy de la capital federal a aquel historiador de Castilla la Vieja tan perfectamente liberal, humanista y republicano como conservador y católico. Los periodistas que cubrieron el acto no dudaron en situar al homenajeado en la estela de Azaña, en la línea de los mejores intelectuales de la nación «desde la Dictadura primorriverista». De hecho, «antes de acabar el año, en noviembre, Sánchez Albornoz daba un paso más en esta dirección: se hacía cargo de la Delegación oficiosa en la Argentina del Gobierno Republicano español»[132].

Por descontado, la noticia de la edición de *España, un enigma histórico* recorrió toda América llegando hasta los cenáculos romanistas e hispanistas de los Estados Unidos donde trabajaba Américo Castro desde que, el 11 de diciembre de 1940, había sido investido como profesor de Español en la cátedra Emory L. Ford de la Universidad de Princeton. En un avance de su proyecto de vida centrado en la posibilidad de esculpir la materia viviente de la realidad histórica de España, se presentó ante sus nuevos colegas y estudiantes norteamericanos dictando la conferencia *El significado de la civilización hispánica*. En dicha disertación realizó una mirada panorámica a la historia cultural del «alma» y el «*ego* hispánico» dirigida a pavimentar el «camino para un nuevo y fructífero humanismo». Ese mismo año había incluido en dos números sucesivos de la *Revista de Filología Hispánica,* publicada por el Instituto de Filología que dirigía Amado Alonso en Buenos Aires, un extenso ensayo sobre *Lo hispánico y el erasmismo*. En ambos artículos, anticipaba alguna de las ideas acerca de los españoles («de lo que llamó Menéndez y Pelayo sus "enigmas históricos"») que, ocho años más tarde, animaron las páginas de *España en su historia. Cristianos, moros y judíos,* editada por Losada, la empresa convertida en la «tribuna del pensamiento republicano español en Argentina»[133]. Fue su obra maestra, un ensayo metahistórico en el que Américo Castro exponía una apasionada interpretación de la particular «historia interna» española (acerca de la estructura castiza de España, modelada de manera radicalmente distinta de la de

[131] Halperin Donghi (2008), p. 224; Guglielmi (1995), pp. 272 y 279.
[132] Duarte (2009), pp. 326-327; Cabeza Sánchez-Albornoz (1992), pp. 115-117.
[133] Castro (2004), pp. 25, 27-139 y 141-690; Schwarzstein (2001), p. 149.

las otras naciones neolatinas), y eso, desde la premisa escrita en la primera línea del texto de que un «país no es una entidad fija […]. La tierra y sus límites pueden estar dados por la geografía, pero la historia de un pueblo, la del hombre individuo-social, es algo que va surgiendo y mudándose en vista de las tareas que su vida le ofrece en cada momento»[134].

Para el filólogo metido a historiador, el código genético de la *cultura nacional española* y de su *nacionalidad* (de la «morada vital» y de la «conciencia de ipseidad colectiva» del pueblo español, por decirlo con sus palabras y evitar el anacronismo)[135] se encontraba en la gramática de las experiencias surgidas del entrelazamiento de «tres castas de creyentes» (cristianos, moros y judíos). Pero, especialmente, se apreciaba en la inseguridad que, a partir de la invasión musulmana, proporcionaban los materiales generados por la alternancia de periodos de enfrentamientos y convivencias entre sí. La disconformidad correctora y aspiraciones mitoclastas de Castro con las versiones canónicas del pasado hispano lo llevaron a proyectar una reinterpretación alternativa de la experiencia histórica española cuya clave de ver el mundo (y vivir en él) estaba en la continua transformación de las sensibilidades colectivas: ese «vivir desviviéndose» que hacía de «España, caso único en la historia de un pueblo, tenía conciencia vivísima de que su existir era un hacerse y deshacerse»[136].

Enfrentado, tanto a las grandes interpretaciones históricas de tradición liberal (representados por Ramón Menéndez Pidal y Claudio Sánchez-Albornoz) como a las monografías de los romanistas (partidarios del «círculo filológico» y el análisis del *microcosmos* de las obras según el método de Leo Spitzer), de manera inmediata, las discrepancias con sus hipótesis surgieron de todos los lados del hispanismo internacional[137]. Desde su exigente egotismo, Américo Castro hizo suyo el lema del abate Bayle «La perfection d'une histoire est d'être désagréable à toutes les sectes» para contestar siempre a todos y cada uno de sus detractores, a los «opinantes» y los aventureros académicos[138]. Era un «Quijote de sus convicciones, decidido a destrozar a sus contrarios, todos malandrines por el hecho de no pensar como él –tal como debe ser en cualquier español de buena cepa–»,

---

[134] Castro (2004), p. 147.
[135] Castro (1959), p. 11.
[136] Castro (2004), pp. 153-175, 175, 620 y 617.
[137] Araya (1983), pp. 257-280; Guglielmi (1995), pp. 272 y 283; Abellán (1993).
[138] Castro (2002), p. 182.

apostillaba Max Aub en el retrato que le realizó a los ochenta y cuatro años[139]. Desde 1948, consagró el resto de su larga trayectoria intelectual a repensar los argumentos sobre el peculiar rumbo que, a su juicio, había tomado la historia de España desde el 711 y rebatir con rotundidad la premisa mayor de la historiografía liberal de que «"España siempre ha pertenecido a Europa". Enteramente nunca»[140].

Y, en tal sentido, no había pasado un año de su jubilación en la cátedra de Princeton cuando, en 1954, el nuevo *professor emeritus* publicó el resultado de su «mejoramiento» de *España en su historia* al dar a la luz, esta vez en la mexicana editorial Porrúa, *La realidad histórica de España,* «libro en verdad totalmente nuevo, pero crecido desde idénticos supuestos ideológicos a los de su antecesor»[141]. Con una naturaleza de polemista extremo en cuyo espíritu parecían seguir latiendo los últimos ecos del 98 y del regeneracionismo[142], Américo Castro elevará sus apuestas historiográficas extendiendo los frentes de disputa: primero, con una enmienda a las insuficiencias históricas de Joaquín Costa, quien «tuvo el acierto de simbolizar en un sepulcro lo que debería ser olvidado en cualquier intento de rectificar el modo español de vida. Lo único objetable es que el estorbo no era la tumba del Cid épico, sino la de los Reyes Católicos, concentrada expresión de odios aún muy vivos en la entrada social del siglo XVIII»; segundo, al considerar ficticios y evasivos los juicios acerca del desarrollo de la vida española entre 1815 y 1868 de Vicens Vives, el más innovador de los historiadores modernistas del interior[143]; tercero, con una propuesta dirigida a «desideologizar» la hermenéutica que siempre rechazó por «inadecuada» de las dos Españas, «una reaccionaria y otra progresista, la última de las cuales, a la postre, es siempre aplastada»[144]; y, en último lugar, advirtiendo como lo podía haber hecho un indignado profeta de los tiempos de la regeneración que, tras el triunfo del imperialismo castellano en 1494, «la angustia española de los subnacionalismos y los separatismos no tendrá alivio mientras los capítulos de agravios y dicterios no cedan el paso al examen estricto de cómo y por qué fue como fue lo acontecido –las bienandanza y las desdichas»[145].

---

139 Aub (1995), p. 373; Madariaga (1974), pp. 363-371.

140 Castro (2002), p. 182.

141 Castro, Carmen (2004) p. 143.

142 Márquez Villanueva (2002), p. 34.

143 Castro (2002), pp. 181 y 160-161; Vicens Vives (2010b), pp. 12-13; Marín Gelabert (2010b).

144 Márquez Villanueva (2002), p. 165.

145 Castro (2002), p. 159.

El 7 de octubre de 1969 Max Aub visitó a Américo Castro en su casa de la capital de España donde sobrevivía a la preterición y el olvido a que lo sometió la cultura oficial franquista al final de su vida. «Está igual que hace veinte años […]. Y nada. La enorme mayoría ni siquiera sabe que está y vive en Madrid»[146]. No obstante, los editores extranjeros seguían publicando sus obras y el eco de sus palabras sobre los enigmas de las Españas y acerca del *Origen, ser y existir de los españoles* pervivía entre los estudiantes que tuvieron la fortuna de escucharlo en tantos años de universidades americanas[147]. En casi tres décadas de docencia, se acostumbraron a la retórica vehemente que revelaba el linaje ininterrumpido de los historiadores institucionistas y del Centro de Estudios Históricos que habían iluminado la cultura liberal española durante el primer tercio del siglo XX[148]. Y, asociadas a la naturaleza de un carácter impetuoso, los afanes del maestro español se constituyeron en objeto de interminable comentario entre los hispanos e hispanófilos, principalmente, de la Universidad de Princeton:

> No cabía imaginarse profesor más dinámico que Castro –recordaba, en 2011, el antiguo director de la *Hispanic Review,* Russell P. Sebold–, era un ciclón encerrado en el aula; nunca se sabía qué dirección iba a coger el vuelo de su siempre inspirado genio. Su trabajo era su razón de vida; era un auténtico misionero, y en nosotros encendía la ardorosa voluntad de ser lo mismo. Nadie iluminaba con más astucia el sentido literario de la palabra. Mas tendía a perderse en digresiones sobre su filosofía de la historia de España[149].

En 1971, su colega Vicente Lloréns enviaría una cordial semblanza de Américo Castro al primer homenaje editorial que le dedicaron un puñado de hispanistas y profesores «liberales y marxistas» de la universidad española[150]. Se conocían desde la época del madrileño Centro de Estudios Históricos y a Castro debía su nombramiento de profesor asociado en el Departamento de Lenguas Románicas de la Princeton University en 1949[151]. Y, aunque el valenciano Lloréns era

146 Aub (1995), p. 374.
147 Castro (1959).
148 Lloréns (1981), pp. 175-176; López Sánchez (2006a).
149 Sebold (2011), p. 58.
150 Lloréns (1981), pp. 163-180; Aranguren *et al*. (1971).
151 Aznar Soler y Galiana Chacón (2006), pp. 70-80.

de «temperamento seco e irónico» y en sus clases «se arriesgaba pocas veces en interpretaciones de las obras literarias, pues, prefería el terreno seguro de anécdotas sobre la vida, la bibliografía y las opiniones políticas del autor a quien estudiáramos»[152], había compartido con el maestro granadino la pasión por la historia cultural española y, desde siempre, se preocupó de enseñar a sus estudiantes que uno de los «rasgos más propios y lamentables de la historia de España era la discontinuidad, tanto política como cultural de los intentos modernizadores iniciados en el siglo XVIII»[153]. En 1954, publicó *Liberales y románticos* en la editorial de El Colegio de México, un libro memorable que tenía mucho de inaugural[154], pues, a partir de entonces, el mundo social y cultural de los desterrados en Londres fue un tema constante en sus estudios iniciando una tradición y un campo historiográfico sobre «la historia de los exilios culturales españoles, particularmente el de los liberales durante el Romanticismo y el exilio republicano de 1939»[155].

La cuestión estaba en el ambiente y a cubrir la secuencia de destierros se sumaron, casi en paralelo, dos compañeros andaluces de la «Universidad española de Ultramar» que impartían docencia en instituciones americanas: Juan López-Morillas, quien profesaba en Brown University y, en 1956, dio a la luz *El krausismo español. Perfil de una aventura intelectual,* texto «que definió para siempre el papel de los herederos de K. Ch. F. Krause en la cultura española y los dilemas religioso-políticos que hirvieron entre 1854 y 1880» y continuaron hasta principios de siglo, haciendo especial hincapié en el liberalismo político de los krausistas y el entronque de su pensamiento con la cultura nacional[156]. Y José Fernández Montesinos, quien, desde el inicio de su etapa de profesor en la californiana Berkeley en 1946, comenzó a desarrollar el proyecto «de la reconstrucción de la novela realista española como testimonio de la creación de un género sin cuya lectura jamás podrían entenderse las miserias, las vacilaciones y las luces del XIX patrio», con trabajos que se desplegaron en el tiempo desde 1955 hasta su fallecimiento en 1972[157].

Por eso no nos asombra que el tinerfeño Juan Marichal, joven profesor de Estudios Hispánicos y Literatura contratado por la Universidad de Harvard, añadiera un eslabón dorado a la correa de trans-

---

152 Sebold (2011), p. 58.
153 Marichal (2010), p. 404; Aznar Soler (2006), pp. 11-14.
154 Lloréns (1949, 1954, 2006); Aznar Soler y Galiana Chacón (2006), p. 69.
155 Aznar Soler y Galiana Chacón (2006), pp. 69-70; Canal (2014), pp. 160-169.
156 López-Morillas (1980); Mainer (2012c), p. 224.
157 Mainer (2012c), pp. 224-225.

misión de las ideas sobre la continuidad y la legitimidad histórica de la *cultura nacional* al publicar en 1952 *La españolización de España. La edad de oro liberal*. El yerno de Pedro Salinas, que antes de trasladarse a los Estados Unidos había sido alumno de Gaos, Altamira, Recasens y Xirau en el famoso edificio de Mascarones de la Universidad de México (y, más adelante, de Lloréns y Castro durante su doctorado en Princeton), proponía la denominación de «Edad de Oro Liberal» para los años de 1868 a 1936, subrayando el desarrollo cultural del citado periodo histórico (Rafael Altamira lo calificó de «oasis»). En el folleto, entendía «por liberalismo el "aceptar la diversidad de sentires entre los hombres" y el creer con los hombres del 98 "que cada ser humano debe quedar libre para realizar su individual destino"». Dividido en tres partes, Marichal empezaba con una descripción de los componentes de la cultura política liberal (es decir, las «convicciones liberales» que «no son ni las ideas y programas de acción de un partido político» sino «el clima moral de un periodo histórico»). En el segundo epígrafe se ocupaba de la época de los «tribunos líricos», de Castelar y la oratoria parlamentaria (1868-1902). Los treinta y cuatro años de 1902 a 1936, caracterizados por «el dominio espiritual de la llamada generación del 98», le ocupaban las últimas páginas. En ellas, ponía en valor la filosofía de vida del grupo en tanto representación de la «*restauración espiritual* de España», para concluir que, en su conjunto, la «Edad de Oro Liberal» daba «una lección de esperanza a los españoles de las jóvenes generaciones» porque «todos ellos eran liberales, posibilitas pues una misma creencia les unía: la fe en las Españas posibles»[158].

En 1957, Marichal publicó en Seix Barral *La voluntad de estilo: teoría e historia del ensayismo hispánico,* un libro de historia de la cultura, como los de su director de tesis (incluía el artículo-homenaje, «La unidad vital del pensamiento de Américo Castro y su significación historiográfica»)[159]. En adelante, durante toda su vida activa de catedrático en Harvard y luego como profesor extraordinario de *Ciencias políticas* en Alcalá de Henares, se preocupó por tejer las tramas de las continuidades culturales reconociendo el trabajo creador de las dos primeras promociones de intelectuales transterrados que vivieron la guerra y la perdieron: la «Generación del 14» (la de Castro), que lo hizo desde el sentimiento de culpabilidad colectiva surgido desde el «ser responsables» (característico del «pensamiento

[158] Marichal (1952), pp. 5-7, 13, 19, 25, 26 y 27; Altamira (1950), p. 226; Abad Nebot (2009), pp. 28-29.

[159] Marichal (1955, 1957); Mainer (2011).

de los náufragos» orteguiano), y la «del 31», representada por el polifacético Francisco Ayala y el filósofo José Ferrater Mora, cuyas experiencias del frente les hizo sentirse «víctimas» de una contienda nacional que concebían como «la manifestación en España de la tragedia europea». Esta percepción distinta favoreció tanto su crítica hacia los descubrimientos de las realidades históricas de la España de los maestros del exilio (Sánchez-Albornoz o el propio Américo Castro) como la búsqueda de otras posibilidades de interpretación de la cultura hispánica: bien sobre el presupuesto de que «la enorme catástrofe española había marcado el final de todos los nacionalismos, más o menos ganivetienses», en el caso de Ayala (en 1944, había publicado *Razón del mundo,* una colección de ensayos sobre la significación histórica de la cultura española), o bien con la apuesta por el reconocimiento de la realidad de las «*"más Españas",* es decir, una pluralidad de poderes y de instituciones cuya diversidad facilitara la convivencia de ideas y personas», en el de Ferrater (autor de «la obra individual más extraordinaria de la cultura transterrada española», el *Diccionario de Filosofía* publicado entre 1941 y 1977)[160].

Pero, por encima de todo, Juan Marichal no cejó en sus esfuerzos por desentrañar los secretos de España y trazar las prolongaciones melancólicas de los liberales decimonónicos (de Larra a Unamuno) ni en sus propósitos de reconstruir los puentes rotos para rescatar del olvido y restaurar la figura de Manuel Azaña[161]. Y, en ese camino, dedicó diez años de su vida a poner a punto las *Obras completas* del último de los grandes políticos-intelectuales de la cultura liberal española[162]. El cuarto volumen de las *Obras,* que incluía las *Memorias políticas y de guerra* («las leerás con el mismo entusiasmo que uno político –informaba Max Aub a Tuñón de Lara– y que hará reescribir muchas páginas de la historia de la guerra»), despertó la atención de los lectores del exilio atentos a los «huecos» y la «falta de lo robado en Ginebra»[163]. En el interior, junto a los censores del Ministerio de Información y Turismo, también alentó la curiosidad de unos pocos estudiosos leales a Franco que, en el ejercicio de sus altos cargos académicos y categorías profesionales, podían permitirse mostrar con intensidad su voluntad «de intentar averiguar el paradero de los cuadernos robados en Ginebra: se trataba de don Jesús Pabón, direc-

---

[160] Marichal (1995), pp. 293, 302 y 304; Ayala (2009), pp. 281-456.

[161] Marichal (1995), pp. 89-104.

[162] Azaña (1966-1968); Marichal (2011).

[163] «Carta de Max Aub a Manuel Tuñón de Lara a (11 de julio de 1968)», Aub y Tuñón (2003), p. 471.

tor de la Academia de la Historia». Claro está que la disposición del influyente catedrático de Historia contemporánea de Madrid era algo excepcional y su audiencia con el oráculo de El Pardo no proporcionó ninguna aclaración. Antes bien, la enigmática respuesta del anciano dictador sirvió para generar interrogantes de todo tipo en el comedido Pabón[164].

La España de finales de los sesenta seguía siendo un país extraño para la *cultura nacional española,* una dictadura nacionalista con una *cultura de la España nacional* excluyente donde Francisco Giner de los Ríos y Julián Sanz del Río eran «subversivos»; un lugar de frontera en el que la recepción de las obras del exilio (que podía ser intensa, polémica e incluso respetuosa en reducidos ambientes culturales y centros académicos) sufría los rigores de la censura y se veía limitada a las formas del «contrabando cultural» y los circuitos de la literatura «clandestina». Los libros no podían venderse abiertamente –advirtió López-Morillas en la nota a la segunda edición de *El krausismo español*–, y eran objeto «de tráfico clandestino por parte de los españoles que salían al extranjero o de extranjeros que entraban en la Península. Se hicieron copias de varios capítulos –he visto algunas de ellas, manuscritas– que pasaban de mano en mano, especialmente entre estudiantes universitarios»[165]. De todos modos, resulta innegable que los componentes de la *cultura nacional española* comenzaron a circular en el interior casi por ósmosis, consumidos con avidez por las nuevas oleadas de estudiantes antifranquistas y las aspiraciones a la modernidad de los intelectuales y los profesores disidentes, algunos con carreras desarrolladas en una emigración que, en ciertos casos, también, «tuvo mucho de destierro» (Emilio Lledó, Juan José Carreras, Joaquín Romero Maura, Ignacio Soldevila, Javier Herrero, Nicolás Sánchez-Albornoz, etcétera)[166].

El 2 de diciembre de 1969 Paco Ibáñez cantó a la *España de hoy y de siempre* en el Olympia de París. Y, pocos meses después, Manuel Tuñón de Lara contaba a su correspondiente mexicano el coloquio de historiadores franceses y españoles que «se me ocurrió organizar; salió bien» y abría el camino para la recuperación en libertad de la historia de la España contemporánea[167]. Enfermo de gravedad, Max Aub regresó brevemente a España en 1972 para despedirse de

---

164 Marichal (2011), pp. 189-190; Juliá (1997).

165 López-Morillas (1980), p. 7.

166 Mainer (2011), p. 225; Peiró (2013a), pp. 73-92; Juliá (2004), pp. 409-462.

167 «Carta de Manuel Tuñón de Lara a Max Aub (Pau, le 23, avril, 70)», Aub y Tuñón (2003), p. 457.

algunos viejos amigos. El 17 de junio estaba en París, donde vio por última vez a Malraux y a Luis Buñuel. Ese mismo día, en el número 507 de la revista *Triunfo,* dedicado a «La cultura en la España del siglo XX», aparecía «reproducido el apócrifo discurso de su ingreso en la Academia de la Lengua […], seguido del no menos apócrifo discurso de contestación a cargo de Juan Chabás»[168]. Era su última broma literaria. Max Aub murió el 22 de julio en México, sin terminar la novela de vida de su amigo surrealista ni poder ver que, en su lejano país, el miedo estaba consumiendo sus últimos otoños[169]. Para entonces, la *cultura nacional española* estaba experimentando un proceso de aceleración imparable que la llevaría a nutrir de pensamientos, valores y experiencias las culturas políticas democráticas del antifranquismo y la Transición.

[168] Ayala (2004), p. 92; Aub (2004).
[169] Soldevila Durante (2003), pp. 48-49; Mainer (1998).

BIBLIOGRAFÍA

ABAD NEBOT, Francisco (2009), «Las ideas y las expresiones "Edad de Plata" y "Generación del 27", y otras empleadas en la época», en María Nagore, Leticia Sánchez de Andrés y Elena Torres (eds.), *Música y cultura en la Edad de la Plata, 1915-1939,* Madrid, Ediciones del ICCMU, pp. 27-47.

ABC (1922), «El acto inaugural de hoy. El monumento a Alfonso XII» (3 de junio), p. 13.

— (1958), «Repentino fallecimiento de Don Cayetano Alcázar» (20 de agosto), p. 11.

ABELLÁN, José Luis (1976), *El exilio español de 1939. III. Revistas, pensamiento, educación,* Madrid, Taurus.

— (1993), «La polémica de Sánchez Albornoz con Américo Castro», en Reyna Pastor *et al., Sánchez Albornoz a debate. Homenaje de la Universidad de Valladolid con motivo de su centenario,* Valladolid, Universidad de Valladolid-Secretariado de Publicaciones, pp. 45-52.

— (2001a), «Prólogo para la edición asturiana» de José Gaos, *Confesiones profesionales. Aforística,* Gijón, Ediciones Trea, pp. 9-11.

— (2001b), *El exilio como constante y como categoría,* Madrid, Biblioteca Nueva.

— (2001c), «El exilio de 1939: la actitud del transterrado», en José María Balcells y José Antonio Pérez Bowie (eds.), *El exilio cultural de la Guerra Civil, 1936-1939,* Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca/ Secretariado de Publicaciones de la Universidad de León, pp. 19-27.

ABELLÁN, José Luis y MONCLÚS, Antonio (coords.) (1989), *El pensamiento español contemporáneo y la idea de América. II. El pensamiento en el exilio,* Barcelona, Anthropos.

ACADEMIA DE LA HISTORIA (2004), *Isabel la Católica en la Academia de la Historia,* Madrid, Academia de la Historia.

ACTAS (1908), *Actas del Primer Congreso de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias,* Madrid, Imprenta de Eduardo Arias.

ACTES (1972), *Charles V et son temps. Actes du colloque international du C.N.R.S., Paris, 30 sept.-3 oct. 1958,* París, CNRS (1.ª ed., 1959).
AGUDO CATALÁN, Manuela (1998), «Dramas históricos aragoneses (1840-1850): en busca de una identidad regional», *Artigrama* 13, pp. 147-166.
AGULHON, Maurice (1979), *Marianne au Combat: l'Imagerie et la Symbolique Républicaines de 1789 à 1880,* París, Flammarion.
— (1989), *Marianne au pouvoir. L'imagerie et la symbolique républicaines de 1880 à 1914,* París, Flammarion.
— (2001), *Les Métamorphoses de Marianne. L'imagerie et la symbolique républicaines de 1914 à nos jours,* París, Flammarion.
— (2016), *Política, imágenes y sociabilidades. De 1789 a 1989,* Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza.
AGULHON, Maurice; BECKER, Annette; COHEN, Évelyne (eds.) (2006), *La République en représentations. Autour de l'œuvre de Maurice Agulhon,* París, Publications de la Sorbonne.
ALAMEDA, Sol (2001), «Entrevista. Manuel Fernández Álvarez. Triunfar a los ochenta», *El País Semanal* (domingo 15 de julio), p. 10.
ALARES LÓPEZ, Gustavo (2017), *Políticas del pasado en la España franquista. Historia, nacionalismo y dictadura,* Madrid, Marcial Pons.
ALBA PAGÁN, Ester (1999), «El arte efímero y los artistas valencianos en la primera mitad del siglo XIX: de la fiesta barroca a la fiesta político-patriota (1802-1833) (I)», *Cuadernos de Arte e Iconografía* 8, 16, pp. 493-530.
— (2001), «El arte efímero y los artistas valencianos en la primera mitad del siglo XIX: de la fiesta barroca a la fiesta político-patriota (1802-1833) (II)», *Cuadernos de Arte e Iconografía* 10, 19, pp. 183-222.
ALIX TRUEBA, Josefina (1987), «La organización de la participación española en París», en Josefina Alix Trueba (comisaria), *El pabellón español en la Exposición internacional de París, catálogo de la exposición que tuvo lugar en el Centro de Arte Reina Sofía de Madrid de junio a septiembre de 1987,* Madrid, Ministerio de Cultura, Dirección General de Bellas Artes y Cultura, pp. 24-33.
ALONSO, Cecilio (2010), *Hacia una literatura nacional (1800-1900),* vol. 5 de la *Historia de la literatura española* dirigida por José-Carlos Mainer, Barcelona, Crítica.
ALONSO CAMPOY, Margarita (2009-2010), «L'Accademia Reale di Spagna a Roma», *Annuario. Unione Internazionale degli Istituti di Archeologia, Storia e Storia dell'arte in Roma* 51, pp. 181-198.
ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael (1950), *Los elementos de la civilización y del carácter españoles,* Buenos Aires, Editorial Losada.
— (1987), *Rafael Altamira, 1866-1951,* Alicante, Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, Diputación Provincial de Alicante.
— (1997), *Psicología del pueblo español,* Madrid, Biblioteca Nueva, 1997 (Barcelona, Antonio López ed., [1]1902; Barcelona, Editorial Minerva, [2]1917).
— (2012), *Cuestiones obreras,* València, Universitat de València ([1]1914).
ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín (ed.) (2011), *Memoria del hispanismo. Miradas sobre la cultura española,* Madrid, Siglo XXI de España Editores.

ÁLVAREZ DE MIRANDA, Ángel (1948), «En torno a una visión de España desde el exilio», *Cuadernos Hispanoamericanos* 4 (febrero), pp. 89-95.
ÁLVAREZ JUNCO, José ([2]1991), *La ideología política del anarquismo español (1868-1910),* Madrid, Siglo XXI de España.
— (1994), «"Los amantes de la libertad". La cultura republicana española a principios del siglo XX», en Nigel Townson (ed.), *El republicanismo en España (1830-1977),* Madrid, Alianza Editorial, pp. 265-292.
— (2001), *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX,* Madrid, Taurus.
— (2002), «La conformación de una identidad», en Guadalupe Gómez-Ferrer, *La época de la Restauración (1875-1902),* II. *Civilización y cultura,* tomo XXXVI de la *Historia de España Menéndez Pidal,* dirigida por José María Jover Zamora, Madrid, Espasa Calpe, pp. 3-45.
— (2006), «El conservadurismo español, entre religión y nación», en Luis Castells (ed.*), Del territorio a la nación. Identidades territoriales y construcción nacional,* Madrid, Biblioteca Nueva-Instituto Universitario de Historia Social Valentín de Foronda (UPV/EHU), pp. 39-64.
— (coord.) (2012), *Las historias de España. Visiones del pasado y construcción de identidad,* vol. 12: *Historia de España,* dirigida por Josep Fontana y Ramón Villares, Barcelona, Crítica-Marcial Pons.
— (2016), *Dioses útiles. Naciones y nacionalismos,* Barcelona, Galaxia Gutenberg.
ÁLVAREZ MILLÁN, Cristina y HEIDE, Claudia (eds.) (2008), *Pascual de Gayangos. A Nineteenth-Century Spanish Arabist,* Edimburgo, Edinburgh University Press.
ÁLVAREZ RAMOS, Miguel y ÁLVAREZ MILLÁN, Cristina (2007), *Los viajes literarios de Pascual de Gayangos (1850-1857) y el origen de la archivística española moderna,* Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
ÁLVAREZ RODRÍGUEZ, María Victoria (2015), *El pensamiento arquitectónico en España en el siglo XIX a través de las revistas artísticas del reinado isabelino,* Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca.
ÁLVAREZ RUBIO, Rosario (1996-1997), «Aproximaciones a la visión crítica del romanticismo español en la *Revue de Deux Mondes*: 1834-1848», *Archivum. Revista de la Facultad de Filología* 46-47, pp. 29-56.
— (2005), «La afirmación de la diferencia: recepción de la literatura española en la Francia del siglo XIX a través de la *Revue de Deux Mondes* y de la *Revue de Paris*», *Transitions. Journal of Franco-Iberian Studies* 1, pp. 20-34.
AMALVI, Christian (dir.) (2002), *Une Passion de l'Histoire. Histoire(s), mémoire(s) et Europe. Hommage au professeur Charles-Olivier Carbonell,* Toulouse, Éditions Privat.
— (2005), *Les lieux de l'histoire,* París, Armand Colin.
ANATRA, Bruno y MANCONI, Francesco (eds.), (2001), *Sardegna, Spagna e Stato italiani nell'etá di Carlo V,* Roma, Carocci.
ANDREU MIRALLES, Xavier (2008), «De cómo los toros se convirtieron en fiestas nacional: los "intelectuales" y la "cultura popular" (1790-1850)», *Ayer* 72, 4, pp. 27-56.

— (2009), «¡Cosas de España! Nación liberal y estereotipo romántico a mediados del siglo XIX», *Alcores. Revista de Historia Contemporánea* 7, pp. 39-61.
— (2011), «"El pueblo y sus opresores": populismo y nacionalismo en la cultura política del radicalismo democrático, 1844-1848», *Historia y Política* 25 (enero-junio), pp. 65-91.
— (2016), *El descubrimiento de España. Mito romántico e identidad,* Madrid, Taurus.
ANES Y ÁLVAREZ DE CASTRILLÓN, Gonzalo (2001), «Ramón de Carande. Historiador y humanista», en Enrique Fuentes Quintana (dir.), *Economía y economistas españoles,* 6. *La modernización de los estudios de economía,* Madrid y Barcelona, Fundación de las Cajas de Ahorros Confederadas para la Investigación Económica y Social (FIES) y Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, pp. 471-489.
ANGELINI, Margherita (2012), *Fare storia. Culture e pratiche della ricerca in Italia da Giocchino Volpe a Federico Chabod,* Roma, Carocci Editore.
ANGUERA, Pere (1998), «Nacionalismo e historiografía en Cataluña. Tres propuestas en debate», en Carlos Forcadell (ed.), *Nacionalismo e historia,* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», pp. 73-88.
— (2003), «Francisco María Tubino. Un intelectual innovador y polifacético», presentación a Francisco María Tubino, *Historia del renacimiento literario contemporánea en Cataluña, Baleares y Valencia,* Pamplona, Urgoiti Editores, pp. ix-cxxi.
ANTIGÜEDAD DEL CASTILLO-OLIVARES, M.ª Dolores (dir.); ALZAGA RUIZ, Amaya (coord.) (2011), *Colecciones, expolio, museos y mercado artístico en España en los siglos XVIII y XIX,* Madrid, Editorial Centro de Estudios Ramón Areces.
APARISI GUIJARRO, Antonio (1957), «Respeto a las libertades públicas» en su libro recopilatorio *En defensa de la libertad,* selección y estudio preliminar de Santiago Galindo Guerrero, Madrid, pp. 89-93 (en origen, con el título «Felipe II» se publicó en *La Regeneración,* 5 de septiembre de 1872).
APORTE, Samuel (2009), «Miguel de Ferdinandy o la forma humana de saber», *La Torre. Revista de la Universidad de Puerto Rico* 14, 51-52, pp. 135-148.
ARA TORRALBA, Juan Carlos (1999), «Prólogo. Celebración final del discurso chapelaundi», en Pío Baroja, *Obras completas* XVI. *Obra dispersa y epistolario. Textos dispersos. Páginas de autocrítica. Prólogos a textos ajenos. Artículos. Epistolario selecto,* Barcelona, Círculo de Lectores, pp. 11-29.
ARAGUAS, Philippe (2000), «Le style múdejar et l'architecture néo-mudéjare comme composantes de l'idéologie nationaliste dans l'Espagne de la fin du XIXe siècle et du début du XXe siècle», en Carlos Serrano (dir.), *Nations en quête de passé. La Péninsule ibérique (XIXe-XXe siècles),* París, Presses de l'Université de Paris-Sorbonne, pp. 73-92.
ARANGUREN, José Luis [LÓPEZ] (1953), «La evolución espiritual de los intelectuales españoles en la emigración», *Cuadernos Hispanoamericanos* 38 (febrero), pp. 123-157.

ARANGUREN, José Luis *et al*. (1971), *Estudios sobre la obra de Américo Castro,* Madrid, Taurus.
ARAQUISTÁIN, Luis (1962), *Pensamiento español contemporáneo,* Buenos Aires, Losada.
ARAYA, Guillermo (1983), *El pensamiento de Américo Castro. Estructura intercastiza de la historia de España,* Madrid, Alianza Editorial.
ARBAIZA BLANCO-SOLER, Silvia (2006), «La Comisión de Monumentos y patrimonio histórico en la Real Academia de San Fernando», *Academia. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando* 102-103, pp. 103-136.
ARCHILÉS, Ferran (2002), *Parlar en nom del poble. Cultura política, discurs i mobilització social al republicanisme castellonenc (1891-1909),* Castelló de la Plana, Excmo. Ajuntament de Castelló.
— (2006), «"Hacer región es hacer patria". La región en el imaginario de la nación española de la Restauración», *Ayer* 64 (4), pp. 121-147.
— (2016), «¿Una cultura imperial? Africanismo e identidad nacional española en el final del siglo XIX», *Storicamente.org* 12, pp. 1-25.
ARCHILÉS, Ferran y MARTÍ, Manuel (2002), «Un país tan extraño como cualquier otro: la construcción de la identidad nacional española contemporánea», en M.ª Cruz Romeo e Ismael Saz (eds.), *El siglo XX. Historiografía e historia,* Valencia, Universitat de València, pp. 245-278.
— (2004), «La construcció de la regió com a mecanisme nacionalitzador i la tesi de la dèbil nacionalització espanyola», *Afers* 48, pp. 265-308.
ARIAS DE COSSÍO, Ana María (2002), «Escultura, pintura y grabado», en Guadalupe Gómez-Ferrer, *La época de la Restauración (1875-1902),* II: *Civilización y cultura,* tomo XXXVI de la *Historia de España Menéndez Pidal,* dirigida por José María Jover Zamora, Madrid, Espasa Calpe, pp. 597-624.
— (2013), «Pintura de paisaje en la segunda mitad del siglo XIX. Teoría y práctica: la Institución Libre de Enseñanza», M.ª Carmen Lacarra (coord.), *Arte del siglo XIX,* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», pp. 121-152.
ARIAS DE COSSÍO, Ana María y LÓPEZ ALONSO, Covadonga (2014), *Manuel B. Cossío. A través de su correspondencia, 1789-1934,* Madrid, Fundación Francisco Giner de los Ríos e Institución Libre de Enseñanza-Publicaciones de la Residencia de Estudiantes.
ARIAS Y BROTO, Manuel y Melchor de (1848), *El carácter constante, o sea cuadro histórico del célebre reino de la corona de Aragón,* Zaragoza, Antonio Gallifa.
ARMITAGE, David (2012), *Las Declaraciones de independencia. Una historia global,* Madrid, Marcial Pons (Harvard University Press, 2007).
ASÍN VERGARA, Rafael, «Introducción» a Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español,* Madrid, Biblioteca Nueva, 1997, pp. 17-38.
ASSMANN, Aleida (2010a), «Re-framing memory. Between individual and collective forms of constructing the past», en Karin Tilmans, Frank van Vree y Jay Winter (eds.), *Performing the Past. Memory, History, and Identity ind Modern Europe,* Ámsterdam, Amsterdam University Press, pp. 35-50.

— (2010b), «The Holocaust – a Global Memory? Extensions and Limits of a New Memory Community», en Aleida Assmann y Sebastian Conrad (eds.), *Memory in a Global Age. Discourses, Practices and Trajectories,* Londres, Palgrave Macmillan, pp. 97-117.

Assmann, Aleida y Conrad, Sebastian (eds.) (2010), *Memory in a Global Age. Discourses, Practices and Trajectories,* Londres, Palgrave Macmillan.

Assmann, Aleida y Shortt, Linda (eds.) (2012), *Memory and Political Change,* Londres, Palgrave Macmillan.

Assmann, Jan (1997), *Das kulturelle Gedächtnis. Schrift, Erinnerung und politische Identität in frühen Hochkulturen,* Múnich, Verlag C. H. Beck.

— (2003), *Moisés el Egipcio,* Madrid, Oberón.

— (2005), *Egipto. Historia de un sentido,* Madrid, Abada Editores.

— (2010), «Globalization, Universalism, and the Erosion of Cultural Memory», en Aleida Assmann y Sebastian Conrad (eds.), *Memory in a Global Age. Discourses, practices and Trajectories,* Londres, Palgrave Macmillan, pp. 121-137.

Aub, Max (1986), *Campo de sangre,* Madrid, Alfaguara, 1986.

— (1995), *La gallina ciega: diario español,* Barcelona, Alba (México, Joaquín Mortiz, [1]1971).

— (2004), «Discurso de don Max Aub», en Max Aub y Antonio Muñoz Molina, *Destierro y destiempo. Dos discurso de ingreso en la Academia,* Valencia, Pre-textos, pp. 11-49 (contestación de Juan Chabás).

— (2013), *Luis Buñuel, novela,* Granada, Cuadernos del Vigía (*Conversaciones con Luis Buñuel, seguidas de 45 entrevistas con familiares, amigos y colaboradores del cineasta aragonés,* edición de Federico Álvarez, Madrid, Aguilar, [1]1985).

Aub, Max y Tuñón de Lara, Manuel (2003), *Epistolario, 1958-1973,* Valencia, Generalitat Valenciana.

Aurell, Jaume y Crosas, Francisco (eds.) (2005), *Rewriting the Middle Ages in the Twentieth Century,* Bruselas, Brepols.

Ausejo, Elena (1993), *Por la ciencia y por la patria: la institucionalización científica en España en el primer tercio del siglo xx. La Asociación Española para el Progreso de las Ciencias,* Madrid, Siglo XXI de España.

Ayala, Francisco (2004), «Contestación» a Antonio Muñoz Molina, «Destierro y destiempo de Max Aub», *Discurso de Ingreso en la Real Academia Española, leído por su autor el día 16 de junio de 1996,* en Max Aub y Antonio Muñoz Molina, *Destierro y destiempo. Dos discurso de ingreso en la Academia,* Valencia, Pre-textos, pp. 91-99.

— (2009), *Obras completas V. Ensayos políticos y sociológicos,* edición de Carolyn Richmond, Barcelona, Galaxia Gutenberg.

— (2011), *Recuerdos y olvidos (1906-2006). Recuerdos y olvidos. 1. Del paraíso al destierro. 2. El exilio. 3 Retornos. 4. De vuelta a casa,* Madrid, Alianza Editorial ([1]2006).

Ayala, María Ángeles (2013), «Las diversiones callejeras en la literatura costumbrista», en Dolores Thion Soriano-Mollá, Luis Beltrán Almería, Solange Hibbs-Lissorgues y Marisa Sotelo Vázquez (eds.), *Tradición e*

interculturalidad. Las relaciones entre lo culto y lo popular (siglos XIX-XX), Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», pp. 135-147.
AYMES, Jean-René y FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier (eds.) (1997), *La imagen de Francia en España (1808-1850),* Bilbao, Presses de la Sorbonne Nouvelle-Servicio Editorial Universidad del País Vasco.
AYMES, Jean-René y ESTEBAN DE VEGA, Mariano (2003), *Francia en España, España en Francia. La historia en la relación cultural hispano-francesa (siglos XIX-XX),* Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca.
AZAÑA, Manuel (1990), *Plumas y palabras,* Barcelona, Crítica ([1]1930).
— (1966-1968), *Obras completas,* edición de Juan Marichal, México, Oasis, 1966-1968, 4 vols.
— (1997), *Diarios, 1932-1933. «Los cuadernos robados»,* Barcelona, Crítica.
— (2010), «Discurso sobre el Estatuto de Cataluña de Manuel Azaña en la sesión de las Cortes de 27 de mayo de 1932», en José María Ridao (ed.), *Manuel Azaña, José Ortega y Gasset. Dos visiones de España. Cataluña y España, ¿un debate sin fin?,* Barcelona, Galaxia Gutenberg, pp. 59-141.
AZNAR, Hugo; ALONSO, Elvira y MENÉNDEZ ALZAMORA, Manuel (eds.) (2016), *La Generación del 14. España ante la Modernidad inacabada,* Madrid, Plaza y Valdés Editores.
AZNAR, Yayo y WECHSLER, Diana B. (comps.) (2005), *La memoria compartida. España y la Argentina en la construcción de un imaginario cultural (1898-1950),* Buenos Aires, Paidós.
AZNAR SOLER, Manuel (1995), «Max Aub en el laberinto español de 1969», estudio introductorio a Max Aub, *La gallina ciega: diario español,* Barcelona, Alba, pp. 7-93.
— (2003), *Los laberintos del exilio. Diecisiete estudios sobre la obra literaria de Max Aub,* Sevilla, Renacimiento.
— (2006), «Estudio introductorio» a Vicente Lloréns, *Memorias de una emigración (Santo Domingo, 1939-1945),* Sevilla, Editorial Renacimiento, pp. 9-83.
AZNAR SOLER, Manuel y GALIANA CHACÓN, Juan P. (eds.) (2006), *Vicente Lloréns. El retorno del desterrado,* Valencia, Biblioteca Valenciana.
AZORÍN [José Martínez Ruiz] (1924), «Una hora de España (entre 1560 y 1590)», *Discurso leído ante la Real Academia Española en la recepción pública del Ilmo. Sr. D. José Martínez Ruiz, el día 26 de octubre de 1924. Contestación del Excmo. Sr. D. Gabriel Maura Gamazo, conde la Mortera,* Madrid, Caro Raggio.
— (1948), *El chirrión de los políticos: fantasía moral,* IV: *Obras completas,* Madrid, Aguilar Editor, p. 389 (Madrid, Rafael Caro Raggio, [1]1923).
— (1991), *Castilla,* Madrid, Espasa Calpe (Madrid, Tip. de la Revista de Archivos, [1]1912).
— (1997), *La voluntad,* Madrid, Cátedra (Madrid, Henrich y Cía, [1]1902).
AZPEITIA, Ángel y LORENTE, Jesús Pedro (1992), *Aragón en la pintura de historia,* Zaragoza, Diputación de Zaragoza.

BACOT, Paul; DOUZOU, Laurent y HONORÉ, Jean-Paul (eds.) (2008), «Chrononymes. La politisation du temps», *Mots. Les langues du politique* 87 (julio), pp. 5-95.
BAKER, Edward (2009), *Madrid Cosmopolita. La Gran Vía, 1910-1936,* Madrid, Marcial Pons.
— (2013), «La cultura conmemorativa», en José Álvarez Junco (coord.), *Las historias de España. Visiones del pasado y construcción de identidad,* vol. 12: *Historia de España,* dirigida por Josep Fontana y Ramón Villares, Barcelona-Madrid, Crítica-Marcial Pons, pp. 563-653.
BALAGUER, Víctor (1860-1864), *Historia de Cataluña y de la Corona de Aragón,* Barcelona, Librería de Salvador Manero, 5 vols.
— (1865-1866), *Las calles de Barcelona,* Barcelona, Tip. Edit. de Salvador Manero, 2 vols.
— (1900), *Discurso leído en la fiesta inaugural de los Juegos Florales de la ciudad de Zaragoza, por el Excmo. Sr. D. — y contestación al mismo por el Sr. D. Mariano de Pano y Ruata,* Zaragoza, Imprenta del Hospicio Provincial.
BALCELLS, Albert y PUJOL, Enric (2002), *Història de L'Institu d'estudis Catalans, 1907-1942,* Catarroja-Barcelona, Editorial Afers.
BALCELLS, Albert (coord.) (2004), *Història de la historiografia catalana. Jornades Científiques de l'Institut d'Estudis Catalans. Secció Histórico-arqueológica. Barcelona, 23, 24 i 25 d'octubre de 2003,* Barcelona, Institut d'Estudis Catalans.
— (2011), *Cataluña ante España. Los diálogos entre intelectuales catalanes y castellanos,* Lleida, Editorial Milenio.
BALLESTER Y CASTELL, Rafael (1913), «A. Morel-Fatio. Historiografía de Carlos V», *La Vanguardia* (martes 18 de febrero de 1913), pp. 8-9.
— (1913-1914), *Clío. Iniciación al estudio de la Historia,* Gerona, Imp. de A. Franquet, 2 vols.
— (1921), *Bibliografía de la Historia de España. Catálogo metódico y cronológico de las fuentes y obras principales relativas a la Historia de España desde sus orígenes hasta nuestros días,* Gerona-Barcelona, Sociedad General de Publicaciones.
BALLESTEROS BERETTA, ANTONIO (1920), *Síntesis de historia de España,* Madrid, Juan Pérez Torres, 1920, [2]1924 (Barcelona, Salvat, [6]1945).
— (1926), *Historia de España y su influencia en la Historia Universal,* Barcelona, Salvat.
BARBERO, Miguel Ángel (1994), «La Historia de España en la República Argentina. Cátedra, estudios, investigaciones», *Medievalismo. Boletín de la Sociedad Española de Estudios Medievales* 4 , pp. 215-222.
BAREA, Arturo (2007), *La forja de un rebelde,* Barcelona, DeBolsillo (1.ª ed., Buenos Aires, Losada, 1952).
BAROJA, Pío (1998), *Camino de perfección*, *Obras completas,* VI: *Trilogías* I, Barcelona, Círculo de Lectores, pp. 817-989 (Madrid, R. Rodríguez Serra, editor, [1]1902).
— (1999), «Menéndez Pelayo y la cultura española», *Obras completas,* XVI: *Obra dispersa y epistolario. Textos dispersos. Páginas de autocrí-*

tica. Prólogos a textos ajenos. Artículos. Epistolario selecto, Barcelona, Círculo de Lectores, pp. 1310-1315 (*Ahora,* 6 de enero de [1]1935).
— (2006), *Desde la última vuelta del camino. II. Galería de tipos de la época. La intuición y el estilo. Ilusión o realidad,* Barcelona, Tusquets Editores, pp. 11-297.
Baroja, Ricardo (1989), *Gente del 98. Arte, cine y ametralladora,* Madrid, Cátedra (Barcelona, Editorial Juventud, [1]1952).
Barona, Josep L. (ed.) (2010), *El exilio científico republicano,* Valencia, Universitat de València.
Barral Martínez, Margarita (ed.) (2015), *Alfonso XIII visita España. Monarquía y nación,* Granada, Comares.
Barreiro Fernández, Xóse Ramón y Axeitos, Xosé Luis (eds.) (2003), *Cartas a Murguía I,* Pontevedra, Fundación Pedro Barrié de la Maza.
Bassegoda, Bonaventura (2016), «Josep Pijoan y la Institución Libre de Enseñanza», en Salvador Guerrero (ed.), *El arte de saber ver. Manuel B. Cossío, la Institución Libre de Enseñanza y el Greco,* Madrid, Fundación Francisco Giner de los Ríos/Institución Libre de Enseñanza, pp. 211-223.
Bataillon, Claude (2009), *Marcel Bataillon hispanisme et engagement. Lettres, carnets, textes retrouvés (1914-1967),* Toulouse, Presses Universitaires du Mirail (versión española: *Marcel Bataillon: hispanismo y compromiso político. Cartas, cuadernos, textos encontrados (1914-1967),* México, FCE-El Colegio de México, 2014).
Bataillon, Marcel (1947), «L'hispanisme au Collège de France: Alfred Morel-Fatio», *Bulletin of Spanish Studies* XXIV, 94 (abril), pp. 132-139 (reproducida en extracto en Pierre Toubert y Michel Zink [dirs.] y Odile Bombarde [collaboration], *Moyen Âge et Renaissance au Collège de France. Leçons inaugurales,* París, Fayard, 2009, pp. 199-209).
— (1950), *Erasmo y España,* México, FCE ([1]1937).
Baumgarten, Hermann (1861), *Geschichte Spaniens zur Zeit der französische Revolution,* Berlín.
— (1865, 1868 y 1871), *Geschichte Spaniens von Ausbruch der französischen Revolution bis auf unsere Tage,* Leipzig, G. Hirzel, 3 vols.
— (1877), *El desenvolvimiento religioso de España,* Madrid, Librería Nacional y Extranjera (reeditado en 1911).
— (1885-1892), *Geschichte Karls V,* Stuttgart, Cotta, 3 vols.
Becquet, Hélène (2009), «Romantisme et légitimisme. Autour de la famille royale en exil durant la Monarchie de Juillet», en Gérard Raulet (dir.), *Les Romantismes politiques en Europe,* París, Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme, pp. 301-317.
Belardelli, Giovanni (1999), «Le due Italie», en Giovanni Belardelli, Luciano Cafagna, Ernesto Galli della Loggia y Giovanni Sabbatucci, *Miti e storia dell'Italia unita,* Bolonia, Il Mulino, pp. 53-62.
Benito Ruano, Eloy (1958), «El IV Centenario de la muerte de Carlos V. Crónica y bibliografía», *Hispania* XVIII, 73, pp. 742-782.
Benjamin, Walter (2008), «La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica. Primera redacción», en *Obras,* libro I/vol. 2, Madrid, Abada Editores (1989), pp. 11-47.

BENNASSAR, Bartolomé (2009), «Recuerdos de familia», en Ricardo García Cárcel y Eliseo Serrano Martín, *Exilio, memoria personal y memoria histórica. El hispanismo francés de raíz española en el siglo XX,* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», pp. 63-70.

BERCÉ, Yves-Marie; GUYOTJEANNIN, Olivier; SMITH, Marc (coords.) (1997), *L'École Nationale des Chartes. Histoire de l'École depuis 1821,* París, Gerard Klopp, Editeur.

BERGAMÍN, José (1933), *Mangas y Capirotes (España en su laberinto teatral del siglo XVII),* Madrid, Plutarco.

BERGER, Stefan (2008), «Introduction: Narrating the Nation: Historiography and Other Genres», en Stefan Berger, Linas Eriksonas and Andrew Mycock (eds.) (2008), *Narrating the Nation. Representations in History. Media and the Arts,* Nueva York-Oxford, Berghahn Books, pp. 1-16.

BERGER, Stefan; ERIKSONAS, Linas y MYCOCK, Andrew (eds.) (2008), *Narrating the Nation. Representations in History. Media and the Arts,* Nueva York-Oxford, Berghahn Books.

BERGGREN, Lars y SJÖSTEDT, Lennart (1996), *L'ombra dei grandi. Monumenti e política monumentale a Roma (1870-1895),* Roma, Artemide edizione.

BERNABÉU ALBERT, Salvador (1987), *1892, el IV centenario del descubrimiento de América: coyuntura y conmemoraciones,* Madrid, CSIC.

BERNAL, Antonio Miguel (2000a), «Don Ramón Carande: la proyección internacional de la historiografía española en el siglo XX», en Esteban Sarasa y Eliseo Serrano (coords.), *La historia en el horizonte del año 2000,* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», pp. 225-242.

— (2000b), «Estudio preliminar. *Carlos V y sus banqueros,* de don Ramón Carande o la proyección internacional de la historiografía española en el siglo XX», en la edición abreviada de *Carlos V y sus banqueros,* Barcelona, Crítica, pp. i-xx.

— (2005), *España, proyecto inacabado. Los costes/beneficios del Imperio,* Madrid, Fundación Carolina/Centro de Estudios Hispánicos e Iberoamericanos, Marcial Pons.

BIEDER, Maryellen (2009), «Imágenes visuales de Emilia Pardo Bazán en la prensa periódica», en Javier Serrano Alonso y Amparo de Juan Bolufer (coords.), *Literatura hispánica y prensa periódica (1875-1931). Actas del congreso internacional. Lugo, 25-28 noviembre de 2008,* Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela, pp. 221-235.

BIEL IBÁÑEZ, María Pilar y HERNÁNDEZ MARTÍNEZ, Ascensión (coords.) (2011), *Lecciones de los maestros. Aproximación histórico-crítica los grandes historiadores de la arquitectura española,* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».

BLANCO AGUINAGA, Carlos (2011), «¿"Hispanista"? (Notas autobiográficas)», en Joaquín Álvarez Barrientos (ed.), *Memoria del hispanismo. Miradas sobre la cultura española,* Madrid, Siglo XXI de España Editores, pp. 77-89.

BLASCO Y VAL, Cosme (1886), *Discurso leído en la Universidad Literaria de Zaragoza en la solemne apertura del curso académico de 1885 a*

1886 por el Dr. —, catedrático numerario de la Facultad de Filosofía y Letras, Zaragoza, Imprenta de Calixto Ariño.
BLAY Y FÁBREGAS, Miguel (1910), «El monumento público», *Discursos leídos ante la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando en la recepción pública del Excmo. — . Contestación de José Ramón Mélida,* Madrid, José Blas y Cía.
BLONDY, Alain (2016), *Nouvelle histoire des idées. Du sacré au politique,* París, Perrin.
BLUMENBERG, Hans (2003), *Paradigmas para una metaforolgía,* Madrid, Trotta.
BOETSCH, Gilles y WULF, Christophe (coords.) (2005), *Rituels,* monográfico de *Hermès. Cognition, Comunication, Politique* 43, pp. 9-194.
BOIX, Vicente (1862-1863)*, Valencia histórica y topográfica: relación de sus calles, plazas y puertas, origen de sus nombres…,* Valencia, Imp. de J. Rius.
BOLDT, Andreas D. (2014), *The Life and Work of the German Historian Leopold von Ranke (1795-1886). An Assessment of His Achievement,* Nueva York, The Edwin Mellen Press.
BONET CORREA, Antonio (2012), *Los cafés históricos*, Madrid, Cátedra.
BORAO MATEO, José Eugenio (2014), *Jerónimo Borao y Clemente (1821-1878). Escritor romántico, catedrático y político aragonés,* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».
BOSCH GIMPERA, Pere (2000), «España», en Pedro Ruiz Torres (ed.), *Discursos sobre la Historia. Lecciones de apertura de curso en la Universidad de Valencia (1870-1937),* Valencia, Universitat de València, pp. 341-367 (*Anales de la Universidad de Valencia,* segunda época, [1]1937, pp. 9-47).
— (2003), *Etnología de la península Ibérica,* Pamplona, Urgoiti Editores (Barcelona, Alpha, [1]1932).
BOYD, Carolyn P. (2000), *Historia Patria. Política, historia e identidad nacional en España: 1875-1975,* Barcelona, Ediciones Pomares-Corredor (1.ª edición en inglés, Princeton, Princeton University Press, 1997).
— (2004), «Un lugar de memoria olvidado: el Panteón de Hombres Ilustres de Madrid», *Historia y Política* 12 (2), pp. 15-40.
BOZAL, Valeriano (2013), *Historia de la pintura y la escultura del siglo XX en España, I. 1900-1939,* Madrid, La Balsa de la Medusa.
BOZAL FERNÁNDEZ, Valeriano; BONET CORREA, Antonio y MARTÍN GONZÁLEZ, Juan José (1990), *Arte y ciudad en Galicia. Siglo XIX,* Santiago de Compostela, Fundación Caixa Galicia.
BRANDI, Karl (1937), *Kaiser Karl V. Werden und Schicksal einer Personlichkeit und eines Weltreiches,* Múnich, F. Bruckmann Verlag.
— (1943), *Carlos V. Vida y fortuna de una personalidad y de un imperio mundial,* Madrid, Editora Nacional (reedición, sin notas ni proemio ni epílogo, México, FCE, 1993).
BRICE, Catherine (1998), *Monumentalité publique et politique à Rome. Le Vittoriano,* Roma, École Française de Rome.

— (2002), «La Rome des Savoie après l'Unité», en Christophe Charle et Daniel Roche (dirs.), *Capitales culturelles. Capitales symboliques. Paris et les expériences européennes XVIIIe-XXe siècles,* París, Publications de la Sorbonne, pp. 133-148.

BRIHUEGA, JAIME (2016), «Las artes plásticas y la Segunda República. Un modelo de estrategia política», en Idoia Murga Castro y José María López Sánchez (eds.), *Política cultural de la Segunda República Española,* Madrid, Editorial Pablo Iglesias, pp. 65-75.

BRINKMANN, Sören (2002), «El uso público de la Historia regional: un monumento a Lanuza», en Carlos Forcadell, Carmen Frías, Ignacio Peiró y Pedro Rújula (coords.), *Usos públicos de la Historia. VI Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea, Zaragoza 19-21 de septiembre de 2002,* Zaragoza, Asociación de Historia Contemporánea, I, pp. 61-73.

— (2004a), «Entre liberalismo e interés regional. La historia del monumento al Justiciazgo», en Carlos Forcadell (coord.), *Cultura y política del recuerdo: en el centenario del monumento al Justiciazgo (1904-1004). Quinto encuentro de estudios sobre el Justicia de Aragón, Zaragoza, 28 y 29 de abril de 2004,* Zaragoza, Justicia de Aragón, pp. 81-99.

—(2004b), «Monumentos contra el Estado unitario. Construcción estatal y resistencia foral en el siglo XIX: Aragón y Navarra», en Ángel García-Sanz Marcoategui (ed.), *Memoria histórica e identidad. En torno a Cataluña, Aragón y Navarra,* Universidad Pública de Navarra/Nafarroako Unibertsitate Publikoa, pp. 65-88.

BROCKHAUS (1817-1819), «Spanien», *Das Brockhaus' Conversation-Lexicon,* tomo 9, Leipzig, Brockaus, p. 269.

BROWN, Stewart J. (ed.) (1997), *William Robertson and the Expansion of Empire,* Cambridge, Cambridge University Press.

BRU ROMO, Margarita (1971), *La Academia Española de Bellas Artes en Roma,* Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores. Dirección General de Relaciones Culturales.

BUCH, Esteban (2001), *La novena de Beethoven. Historia política del himno europeo,* Barcelona, El Acantilado.

BUEN, Odón de (2008), *Mis memorias (Zuera, 1863-Toulouse, 1939),* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».

BUÑUEL, Luis ([3]1992), *Mi último suspiro,* Barcelona, Plaza & Janés.

BURGUIERE, Alain y REVEL, Jacques (dirs.) (1993), *Histoire de la France. Les formes de la culture,* París, Éditions du Seuil.

BURKE, Peter (2001), *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico,* Barcelona, Crítica.

BURROW, John W. (2001), *La crisis de la razón. El pensamiento europeo, 1848-1914,* Barcelona, Crítica.

CABALLERO GARRIDO, Ernesto y AZCUÉNAGA CAVIA, M.ª Carmen (coords.) (2010), *La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas. Historia de sus centros y protagonistas (1907-1939),* Gijón, Ediciones Trea-Asociación Nacional de Estudiantes e Investigadores Siglo XXI.

CABELLO Ana; CARRERA, Miguel; GUARAGLIA, Malvina; LÓPEZ-TERRA, Federico y MARTÍNEZ-GÁLVEZ, Cristina (eds.) (2011), *En los márgenes del canon. Aproximaciones a la literatura popular y de masas escrita en español, siglos 20 y 21,* Madrid, CSIC.

CABEZA SÁNCHEZ-ALBORNOZ, Sonsoles (1992), *Semblanza histórico-política de Claudio Sánchez-Albornoz,* Madrid, Fundación Universitaria Española/Diputación Provincial de León.

CABRÉ I MONNÉ, Rosa (2016), «La Historia de Cataluña de Víctor Balaguer. Un panorama literari», *Cercles. Revista d'Historia Cultural* 19, pp. 183-222.

CABRERA CALVO-SOTELO, Mercedes (2016), «Los empresarios y la Generación del 14. El proyecto ilustrado de Urgoiti», en Hugo Aznar, Elvira Alonso y Manuel Menéndez Alzamora (eds.), *La Generación del 14. España ante la Modernidad inacabada,* Madrid, Plaza y Valdés Editores, pp. 41-62.

CABRERA CALVO-SOTELO, Mercedes y REY REGUILLO, Fernando del (2003), «De la oligarquía y el caciquismo a la política de intereses. Por una relectura de la Restauración», en Manuel Suárez Cortina (ed.), *Las máscaras de la libertad. El liberalismo español, 1808-1950,* Madrid, Marcial Pons/Fundación Práxedes Mateo Sagasta, pp. 289-325.

CACHO VIU, Vicente (1998), *El nacionalismo catalán como factor de modernización,* Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes-Quaderns Crema.

CAJAL VALERO, Arturo (2010), «La Guerra de África (1859-1860) y las expresiones patrióticas en el País Vasco», en Mariano Esteban de Vega y M.ª Dolores de la Calle Velasco (eds.), *Procesos de nacionalización en la España contemporánea,* Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, pp. 261-288.

CALVEZ, Jean-Yves (2001), *Politique et histoire en Allemagne au XIXe siècle,* París, PUF.

CALVO CARILLA, José Luis (1998), *La cara oculta del 98. Místicos e intelectuales en la España del Fin de siglo (1895-1902),* Madrid, Cátedra.

— (2002), «Guillermo de Torre: protagonista e historiador de la vanguardia», en Guillermo de Torre, *Literaturas europeas de vanguardia,* Pamplona, Urgoiti Editores, pp. x-cl.

— (2016), *Picasso en el burdel (La vanguardia antes de la vanguardia),* Barcelona, Calambur.

CALVO SERRALLER, Francisco (1993), «Los orígenes de la modernización artística española», en el catálogo *Centro y periferia en la modernización de la pintura española (1880-1918), Madrid. Palacio de Velázquez-Bilbao, Museo de Bellas Artes, 1993-1994,* Madrid, CNE. Ministerio de Cultura, pp. 34-39.

— (2001), «La caída de los dioses. El cambio de rumbo de la escultura del siglo XX», en Ana Vázquez de Parga (ed.), *Rumbos de la Escultura Española en el siglo XX. Fundación Santander Central Hispano, Madrid, 2 de octubre-18 de noviembre de 2001 – Centro Atlántico de Arte Moderno, Las Palmas de Gran Canaria, 13 de diciembre de 2001-10 de*

febrero de 2002, Las Palmas-Madrid, CAAM. Centro Atlántico de Arte Moderno/Fundación Santander Central Hispano, pp. 31-63.
— (2013), *La invención del arte español. De El Greco a Picasso,* Barcelona, Galaxia Gutenberg.
CAMBA, Julio (2013), *Caricaturas y retratos. Semblanzas de escritores y pensadores,* Madrid, Fórcola.
CAMPO GUTIÉRREZ, Ana del (2009), «Mercedes Gaibrois (1891-1960)», en Jaume Aurell y Julia Pavón (eds.), *Rewriting the Middle Ages in the Twentieth Century,* vol. II: *National Traditions,* Turnhont (Bélgica), Brepols Publishers, pp. 51-82.
— (2010), «Mercedes Gaibrois de Ballesteros: del amor a la historia y de la historia al amor», en Mercedes Gaibrois de Ballesteros*, María de Molina,* Pamplona, Urgoiti Editores, pp. vii-cxv.
CAMPOS PÉREZ, Lara (2016), *Celebrar la nación. Conmemoraciones oficiales y festejos durante la Segunda República,* Madrid, Marcial Pons.
CANAL, Jordi (2004), «Guerra civil y contrarrevolución en la Europa del sur en el siglo XIX: reflexiones a partir del caso español», *Ayer* 55/3, pp. 37-60.
— (2006), *Banderas blancas, boinas rojas. Una historia política del carlismo, 1876-1939,* Madrid, Marcial Pons.
— (2011), «La novela de la Guerra de la Independencia: una aproximación a *El 19 de marzo* y el *2 de mayo*. De Benito Pérez Galdós», en Pedro Rújula y Jordi Canal (eds.), *Guerra de ideas. Política y cultura en la España de la Guerra de la Independencia,* Madrid, Marcial Pons, pp. 397-443.
— (2014), *La Historia es un árbol de historias. Historiografía, política, literatura,* Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza.
CANAL, Jordi y MORENO LUZÓN, Javier (eds.) (2009), *Historia cultural de la política contemporánea,* Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
CANO DE GARDOQUI GARCÍA, José Luis (2000)*, Escultura pública en la ciudad de Valladolid,* Valladolid, Universidad de Valladolid, Secretariado de Publicaciones e Intercambio Editorial.
CANOGAR, Daniel (1992), *Ciudades efímeras. Exposiciones universales: espectáculo y tecnología,* Madrid, Julio Ollero Editor.
CÁNOVAS DEL CASTILLO, Antonio (1851-1852), *Historia de la decadencia de España, desde el advenimiento al trono de Felipe III hasta la muerte de Carlos II,* tomo II de la continuación de la *Historia General de España* del P. Mariana (Madrid, Imprenta de El Semanario Pintoresco, 2 vols.).
— (1883), *«El Solitario» y su tiempo. Biografía de D. Serafín Estébanez Calderón y crítica de sus obras,* Madrid, Imp. de A. Pérez Dubrull, 2 vols.
— (1888-1889), *Estudios del reinado de Felipe IV,* Madrid, Imp. de A. Pérez Dubrull (Col. de Escritores Castellanos), 2 vols.
— (1889), «Carlos V y las Cortes de Castilla», *La España Moderna* (enero), pp. 73-115.
— (1910), *Historia de la decadencia de España desde Felipe III a Carlos II,* Madrid, Librería Gutemberg de José Ruiz.

— (2004), *Bosquejo histórico de la Casa de Austria en España,* Pamplona, Urgoiti Editores (1.ª edición Madrid, Imprenta de la Biblioteca Universal Económica,1869).
— (dir.) (1890-1894), *Historia general de España,* escrita por individuos de número de la Real Academia de la Historia bajo la dirección del Excmo. Sr. D. —, Madrid, El Progreso Editorial.
CARABIAS TORRES, Ana; MÖLLER, Claudia (2000), «Entrevista a Manuel Fernández Álvarez» (26 de octubre), p. 5 [en red: http://www.cervantesvirtual.com/historia/Carlos V/entrevista_manuel.shtml].
CARANDE DE LA TORRE, Bernardo Víctor (1997) «Introducción» a R. Carande, *El Atlante patético (otros estudios sobre Carlos V),* Badajoz, Editora Regional de Extremadura, pp. 11-15.
CARANDE THOVAR, Ramón (1943), *Carlos V y sus banqueros. I. La vida económica de España en una fase de su hegemonía, 1516-1556,* Madrid, Revista de Occidente, Imp. de Galo Sáez.
— (1944), «El imperio de Carlos V (comentarios a Peter Rassow)», *Boletín Bibliográfico. Instituto Alemán de Cultura* XII, 1-2 (reproducido en *El Atlante patético (otros estudios sobre Carlos V),* pp. 17-32).
— (1949), *Carlos V y sus banqueros,* II: *La Hacienda Real de Castilla,* Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones.
— (1964), «Maravall ante las Comunidades», *Revista de Occidente* II, 16 (julio), pp. 113-115
— (1967), *Carlos V y sus banqueros,* III: *Los caminos del oro y de la plata,* Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones.
— (1997), *El Atlante patético (otros estudios sobre Carlos V),* Badajoz, Editora Regional de Extremadura.
— (2000), *Carlos V y sus banqueros,* edición abreviada, Barcelona, Crítica.
CARASA, Pedro (2003), «La actividad investigadora sobre Castilla en Simancas durante los siglos XIX y XX», en Pedro Carasa (coord.), *La memoria histórica de Castilla y León. Historiografía castellana en los siglos XIX y XX,* Salamanca, Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura, pp. 412-456.
— (coord.) (2003), *La memoria histórica de Castilla y León. Historiografía castellana en los siglos XIX y XX,* Salamanca, Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura.
CARBONELL, Charles-Olivier (1976), *Histoire et historiens, une mutation idéologique des historiens français, 1865-1885,* París, Edouard Privat, Editeur.
CARBONELL, Jordi À. (2003), «Mariano Fortuny orientalista», en Mercé Doñate, Cristina Mendoza y Francesc M. Quílez i Corella (coords.), *Fortuny (1833-1874). Museu Nacional d'Art de Catalunya, Barcelona. Del 17 de octubre de 2003 al 18 de enero de 2004,* Barcelona, MNAC, pp. 355-361.
CARBONELL I CORTÉS, Ovidi (1998), *Traducción y cultura de la ideología al texto,* Salamanca, Ediciones Colegio de España.

CARDERERA, Valentín (2016), *Diarios de viaje de Valentín Carderera por Europa (1841-1861) París, Londres, Bélgica y Alemania,* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».
CARDONA, Rodolfo (1998), *Galdós ante la literatura y la historia,* Las Palmas de Gran Canaria, Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria.
CARNERO, Teresa (2005), «Madrid-Cataluña, 1890-1919: del desencuentro al acomodo (la correspondencia A. Maura-F. Cambó)», en J. C. Davis e Isabel Burdiel (eds.), *El otro, el mismo. Biografía y autobiografía en Europa (siglos XVII-XX),* Valencia, Publicacions de la Universitat de València, pp. 299-328
CARRASCO MARTÍNEZ, Adolfo (2001), «El pasado elocuente, memoria, historia y conmemoraciones», en Salvador Claramunt *et al., Las conmemoraciones en la Historia,* Valladolid, Secrtariado de Publicaciones e intercambio editorial, Universidad de Valladolid, pp. 77-115.
CARREDANO, Consuelo (2009), «Danzas de conquista: herencia y celebración de Adolfo Salazar», en María Nagore, Leticia Sánchez de Andrés y Elena Torres (eds.), *Música y cultura en la Edad de Plata, 1915-1939,* Madrid, Ediciones del ICCMU, pp. 175-197.
CARRERAS ARES, Juan José (1978), «Prólogo», a Carlos Forcadell Álvarez, *Parlamentarismo y bolchevización. El movimiento obrero español, 1914-1918,* Barcelona, Crítica, pp. 9-21.
— (1997), «España en la historiografía alemana», en Esteban Sarasa y Eliseo Serrano (coords.), *La historia en el horizonte del año 2000,* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», pp. 253-267.
— (2000), *Razón de Historia. Estudios de historiografía,* Madrid-Zaragoza, Marcial Pons-Prensas Universitarias de Zaragoza.
— (2016), *Lecciones sobre Historia,* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».
CARRERAS, Juan José (2001), «Hijos de Pedrell. La historiografía musical española y sus orígenes nacionalistas (1780-1980)», *Il Saggiatore Musicale* VIII, 1, pp. 121-169.
— (2007), «Introducción» a la reedición de Mariano Soriano Fuertes, *Historia de la música española desde la venida de los fenicios hasta el año de 1850,* Madrid, Instituto Complutense de Ciencias Musicales (Colección Retornos), I-II, pp. iv-xxii.
— (2008) «"Desde la venida de los fenicios": The National Construction of a Musical Past in 19th-century Spain», *Musica e Storia,* XVI, pp. 3-14.
— (2016), «La invención de la música española», en Juan José Carreras López (ed.), *La música en España en el siglo XIX,* vol. 5: *Historia de la música en España e Hispanoamérica,* Madrid, Fondo de Cultura Económica, pp. 153-286.
— (ed.) (2016), *La música en España en el siglo XIX,* vol. 5: *Historia de la música en España e Hispanoamérica,* Madrid, Fondo de Cultura Económica.
CARRERAS, Juan José; CASCUDO, Teresa; ALONSO, Celso y BORDAS, Cristina (2016), «La consolidación de una cultura musical, (1860-1890)», en Juan José Carreras (ed.), *La música en España en el siglo XIX,* vol. 5:

Historia de la música en España e Hispanoamérica, Madrid, Fondo de Cultura Económica, pp. 483-662.

CARRIER, Peter (2005), *Holocaust Monuments and National Memory Cultures in France and Germany since 1989. The Origins and Political Function of the Vél'd'Hiv'in Paris and the Holocaust Monument in Berlin,* Nueva York-Oxford, Berghahn Books.

CARZOLIO, María Inés (2003), «L'histoire du Moyen Âge en Argentine: Claudio Sánchez Albornoz et ses disciples», *Bulletin du centre d'études médiévales d'Auxerre/BUCEMA* [en red: http://cem.revues.org/3222 (consultado el 21 de abril de 2014)].

CASANOVA, Pascale (2001), *La República mundial de las Letras,* Barcelona, Anagrama.

CASASSAS YMBERT, Jordi (2004), «La historiografía del positivisme», en Albert Balcells (coord.), *Història de la historiografia catalana. Jornades Científiques de l'Institut d'Estudis Catalans. Secció Històrico-arqueològica. Barcelona, 23, 24 i 25 d'octubre de 2003,* Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 2004, pp. 161-186

CASPÍSTEGUI GORASURRETA, Francisco Javier (2005), «Ernst H. Kantorowicz (1895-1963)», en Jaume Aurell y Francisco Crosas (eds.), *Rewriting the Middle Ages in the Twentieth Century,* Bruselas, Brepols, pp. 195-221.

— (2007a),«La *Teoría del saber histórico* en la historiografía de su tiempo», en José Antonio Maravall Casesnoves, *Teoría del saber histórico,* Pamplona, Urgoiti Editores, pp. xi-cvi.

— (2007b), «José Antonio Maravall entre el medievalismo cultural y el historiográfico», *Jerónimo Zurita* 82 (2007), pp. 99-138.

— (2009), «Hacer la historia de las guerras carlistas desde el carlismo», en *Violencias fratricidas. Carlistas y liberales en el siglo XIX. II Jornadas de estudio del carlismo, 24-26 septiembre 2008. Estella. Actas,* Pamplona, Gobierno de Navarra, 2009, pp. 323-379.

CASTÁN CHOCARRO, Alberto (2016), *Señas de identidad. Pintura y regionalismo en Aragón (1898-1939),* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».

CASTELLANO, Philippe (2000), *Enciclopedia Espasa. Historia de una aventura editorial,* Madrid, Espasa Calpe.

CASTELLS, Luis (ed.) (2006), *Del territorio a la nación. Identidades territoriales y construcción nacional,* Madrid, Biblioteca Nueva, Instituto Universitario de Historia Social Valentín de Foronda Gizarte Historiarako Unibersitate Institutua (UPV/EHU).

CASTILLEJO, José (1976), *Guerra de ideas en España. Filosofía, política y educación,* Madrid, Revista de Occidente (reed. 2009, Madrid, Siglo XXI; en inglés, [1]1936).

— (1999), *Los intelectuales reformadores de España. Epistolario de José Castillejo. III. Fatalidad y porvenir, 1913-1937,* cartas reunidas y enlazadas por David Castillejo. *Epílogo, 1945-1998. Diálogos. El individuo y la sociedad y Las estructuras de la vida,* Madrid, Editorial Castalia.

CASTRO, Américo (1959), *Origen, ser y existir de los españoles,* Madrid, Taurus.

— (1966), *La realidad histórica de España,* México, Editorial Porrúa (1.ª edición, 1954).
— (2002), *Cervantes y los casticismos españoles y otros estudios cervantinos. Obra reunida,* II: *Cervantes y los casticismos españoles,* Madrid, Editorial Trotta.
— (2004), *España en su historia. Ensayos sobre historia y literatura. Obra reunida,* III: *España en su historia. Ensayos sobre historia y literatura,* Madrid, Trotta.
CASTRO, Carmen (2004), «Nota previa a la edición de 1983. *España en su historia. Cristianos, moros y judíos*», *Obra reunida,* III: *España en su historia. Ensayos sobre historia y literatura,* Madrid, Trotta, p. 143.
CASTRO ALFÍN, Demetrio (2004), «Cánovas del Castillo. Historia y política hermanadas», prólogo a la edición de Antonio Cánovas del Castillo, *Bosquejo histórico de la Casa de Austria en España,* Pamplona, Urgoiti Editores, 2004, pp. ix-xcii.
— (2008), «Tipos y aires. Imágenes de lo español en la zarzuela de mediados del siglo XIX», *Ayer* 72, 4, pp. 121-155.
CATÁLOGO (1993), *Centro y periferia en la modernización de la pintura española (1880-1918), Madrid. Palacio de Velázquez-Bilbao, Museo de Bellas Artes, 1993-1994,* Madrid, CNE. Ministerio de Cultura.
— (1994), *El mundo literario en la pintura del siglo XIX del Museo del Prado,* Madrid, Centro Nacional de Exposiciones y Promoción Artística.
— (1995), *Luces de la ciudad. Arte y cultura en Zaragoza 1914-1936,* Zaragoza, Gobierno de Aragón, Ayuntamiento de Zaragoza.
— (1999), *La época de Carlos V y Felipe II en la pintura de historia del siglo XIX, Museo Nacional de Escultura, Palacio de Villena. Valladolid 7 de septiembre/21 de noviembre 1999,* Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V.
— (2003), *Félix Navarro. La dualidad audaz, Zaragoza, 9 mayo al 20 de junio de 2003,* Zaragoza, Delegación de Zaragoza del Colegio Oficial de Arquitectos de Aragón, Ayuntamiento.
— (2004a), *El retrato español. Del Greco a Picasso, 20 octubre 2004 – 6 de febrero de 2005,* Madrid, Museo Nacional del Prado, Comunidad de Madrid, BBVA.
— (2004b), *La modernidad y la Exposición Hispano-Francesa de Zaragoza en 1908. Paraninfo de Zaragoza. Diciembre 2004-Febrero 2005,* Zaragoza, CAI-Universidad de Zaragoza.
CATE-ARRIES, Francie (2012), *Culturas del exilio español entre las alambradas. Literatura y memoria de los campos de concentración en Francia, 1939-1945,* Barcelona Anthropos
CAUDET, Francisco (2003), «Introducción» a Max Aub/Manuel Tuñón de Lara, *Epistolario, 1958-1973,* Valencia, Generalitat Valenciana, pp. 7-31.
— (2010), *Clío y la mágica péñola. Historia y novela (1885-1912),* Madrid, Cátedra.
CAVANILLES, Antonio (1860-1863), *Historia de España,* Madrid, Imp. de Martín Alegría, 1863, 5 vols.

CENTELLAS, Ricardo (1995), «La conmemoración del centenario de Goya en 1928», en catálogo *Luces de la ciudad. Arte y cultura en Zaragoza, 1914-1936. La Lonja y Palacio de Montemuzo, Zaragoza 22 de abril – 16 de julio de 1995,* Zaragoza, Gobierno de Aragón. Departamento de Cultura y Educación – Ayuntamiento de Zaragoza, pp. 178-194.

— (1996), «Goya y Zuloaga. "Raza", regionalismo y burguesía», en María Rosa Suárez-Zuloaga (comis.), *Zuloaga en Fuendetodos. Colección del Museo Zuloaga de Zumaia,* Zaragoza, Diputación Provincial de Zaragoza-Consorcio Goya Fuendetodos, pp. 33-39.

CENTENARIO (1958). *Centenario de la creación del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos,* número extraordinario de la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* LXV (1958).

CENTLIVRES, Pierre; FABRE, Daniel y ZONABEND, Françoise (1998), *La fabrique des héros,* París, Éditions de la Maison des sciences de l'homme.

CEREZO GALÁN, Pedro (2000), «De la melancolía liberal al *ethos* liberal. En torno a La rebelión de las masas de José Ortega y Gasset», Éndoxa. Series Filosóficas, 12, pp. 313-340.

CERNUDA, Luis (1993), *Obra completa. I, Poesía completa,* edición de Derek Harris y Luis Maristany, Madrid, Ediciones Siruela.

CHABÁS Y MARTÍ, Juan (2001), *Literatura española contemporánea, 1898-1950,* edición de Javier Pérez Bazo, Madrid, Verbum (1.ª ed., La Habana, 1952).

CHABOD, Federico (1985), *Carlo V e il suo impero,* Turín, Einaudi (traducida al español como *Carlos V y su Imperio,* México, FCE, 1992).

CHALINE, Jean-Pierre (dir.) (2009), *Les Académies en Europe XIXe-XXe siècles,* París, Université de Paris-Sorbonne.

CHARLE, Christophe (2002), «Les théâtres et leurs publics Paris, Berlin et Vienne 1860-1914», en Christophe Charle y Daniel Roche (dirs.), *Capitales culturelles. Capitales symboliques. Paris et les expériences européennes XVIIIe-XXe siècles,* París, Publications de la Sorbonne, pp. 402-420.

— (2015), *La Dérégulation culturelle. Essai d'histoire des cultures en Europe au XIXe siècle,* París, Presses Universitaires de France.

CHARLE, Christophe y ROCHE, Daniel (dirs.) (2002), *Capitales culturelles. Capitales symboliques. Paris et les expériences européennes XVIIIe-XXe siècles,* París, Publications de la Sorbonne.

CHAUMEIL, Jean-Pierre (2005), «Jiménez de la espada y los estudios amazonistas desde España», en Leoncio López-Ocón, Jean-Pierre Chaumiel y Ana Verde Casanova (eds.), *Los americanistas del siglo XIX. La construcción de una comunidad científica internacional,* Madrid, Iberoamericana-Vervuert, pp. 93-110.

CHAUNU, Pierre (2002), «Mes Espagnes», en Benoît Pellistrandi (coord.), *La historiografía francesa del siglo xx y su acogida en España. Coloquio internacional (noviembre de 1999). Actas reunidas y presentadas por —,* Madrid, Casa de Velázquez, pp. 255-266.

CHECA CREMADES, Fernando (1987), *Carlos V y la imagen del héroe en el Renacimiento,* Madrid, Taurus.

CHUST, Manuel (2003), «Héroes para la nación», en Manuel Chust y Víctor Mínguez (eds.), *La construcción del héroe en España y México,* Valencia, Publicacions de la Universitat de València, pp. 91-112.

CHUST, Manuel y MÍNGUEZ, Víctor (eds.) (2003), *La construcción del héroe en España y México,* Valencia, Publicacions de la Universitat de València.

CIRUJANO, Paloma; ELORRIAGA, Teresa y PÉREZ GARZÓN, Juan Sisinio (1985), *Historiografía y nacionalismo español, 1834-1868,* Madrid, Centro de Estudios Históricos, CSIC.

CLARAMUNT, Salvador *[et al.]* (2001), *Las conmemoraciones en la Historia,* Valladolid, Secretariado de Publicaciones e intercambio editorial, Universidad de Valladolid.

CLARK, Walter Aaron (2009), «La España de Albéniz y Granados: dos pasados, dos futuros», en María Nagore, Leticia Sánchez de Andrés y Elena Torres (eds.), *Música y cultura en la Edad de Plata, 1915-1939,* Madrid, Ediciones del ICCMU, pp. 129-141.

CODDING, Mitchell A. (2002), «Archer Milton Huntington, Champion of Spain in the United States», en Richard L. Kagan (ed.), *Spain in America. The Origins of Hispanism in the United States,* Illinois, University of Illinois, pp. 142-170.

— (2014), «Sorolla y la Hispanic Society of America», en Blanca Pons-Sorolla y Mark A. Roglan, *Sorolla y Estados Unidos. 26 de septiembre de 2014-11 enero 2015,* Madrid, Fundación Mapfre, pp. 61-77.

COLLEY, Linda (1992), *Britons. Forging the Nation, 1707-1837,* New Haven-Londres, Yale University Press.

COLOM GONZÁLEZ, Francisco (ed.), *Relatos de nación. La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico,* Madrid-Fráncfort del Meno, Iberoamericana-Vervuert, 2 vols.

COLOMA, Luis, S. J. (1975), *Jeromín,* Madrid, Tebas (publicada por entregas en el *Mensajero del Corazón de Jesús* desde 1903, la 1.ª edición de la novela en 1905).

COMPÉS CLEMENTE, Arturo (2014), «Presentación» a la edición de Andrés Giménez Soler, *Fernando el Católico,* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», pp. vii-lxxxvi.

CONFINO, Alon (1997), *The Nation as a Local Metaphor. Württemberg, Imperial Germany and National Memory, 1871-1918,* Chapell Hill, The University of Nort Carolina Press.

— (2006), «Lo local, una esencia de toda nación», *Ayer* 64 (4), pp. 19-31.

CONNERTON, Paul (1989), *How Societies Remember,* Cambridge, Cambridge University Press.

CONTRERAS, Jaime (2002), «Un determinado estilo de vida. Reflexiones sobre la obras de Bartolomé Bennassar», en Benoît Pellistrandi (coord.), *La historiografía francesa del siglo xx y su acogida en España. Coloquio internacional (noviembre de 1999). Actas reunidas y presentadas por —,* Madrid, Casa de Velázquez, pp. 241-253.

— (2009), «El hispanismo francés y la historia social. Reflexiones sobre la obra de Joseph Pérez», Ricardo García Cárcel y Eliseo Serrano Martín,

Exilio, memoria personal y memoria histórica. El hispanismo francés de raíz española en el siglo XX, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», pp. 109-117.

CORBIN, Alain; GÉRÔME, Noëlle y TARTAKOWSKY, Danielle (eds.) (1994), *Les Usages politiques des fêtes aux XIXe-XXe siècles, Actes du colloque organisé les 22 et 23 novembre 1990 à Paris par Le centre de recherches d'histoire du XIX siècle (Paris I-Paris IV). Le centre de recherches d'histoire des mouvements sociaux et du syndicalisme (Paris I). Le GRECO 55 du CNRS,* París, Publications de la Sorbonne.

CORNELISSEN, Christoph (2003), «Was heisse Erinnerungskultur? Begriff-Methoden-Perspektiven», *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht* 10, pp. 548-563.

CORONAS, Santos M. (2013), «Pedro José Pidal: Política, Historia y derecho (1837-1865)», *Anuario de Historia del Derecho Español* LXXXIII, pp. 665-733.

CORPUS BARGA [Andrés García de la Barga] (1963), *Los pasos contados. Una vida española a caballo en dos siglos (1887-1957), I. Mi familia. El mundo de mi infancia,* Barcelona-Buenos Aires, Edhasa.

— (1964), *Los pasos contados. Una vida española a caballo en dos siglos (1887-1957), II. Puerilidades burguesas,* Barcelona-Buenos Aires, Edhasa.

CORTADELLA, Jordi (2003), «Historia de un libro que se sostenía por sí mismo la *Etnología de la península Ibèrica* de Pere Bosch Gimpera», en Pere Bosch Gimpera, *Etnología de la península Ibèrica,* Pamplona, Urgoiti Editores, pp. ix-ccxliv.

CORTÉS ARRESE, Miguel (2006), *Estampas rusas,* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».

COSSÍO, Manuel Bartolomé (1908), *El Greco,* Madrid, Victoriano Suárez, 2 vols.

COSTA Y MARTÍNEZ, Joaquín (1975), *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España: urgencia y modo de cambiarla. Información en el Ateneo de Madrid, 1901,* Madrid, Ediciones de la Revista de Trabajo, 2 vols. (Madrid, Ateneo de Madrid, Imprenta de los Hijos de M. G. Hernando, [1]1902).

— (1992), *Historia crítica de la Revolución española,* Madrid, Centro de Estudios Constitucionales ([1]1875).

— (1996), *Oposiciones a la cátedra de Historia de España de la Universidad de Madrid. Programa y Método de enseñanza,* introducción de Ignacio Peiró Martín, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».

COTTA, Irene y MANNO TOLU, Rosalia (eds.) (2006), *Archivi e storia nell'Europa del XIX secolo. Alle radici dell'identita culturale europea. Atti del convegno internazionale di studi nei 150 anni dall'istituzione dell'Archivio Centrale, poi Archivio di Stato, di Firenze. Firenze, 4-7 dicembre 2002,* Roma, Ministerio per i beni e le attivitá culturali. Direzione generale per gli archivi.

CRAIG, John E. (1984), *Scholarship and Nation Building. The Universities of Strasbourg and Alsatian Society, 1870-1939,* Chicago y Londres, The University of Chicago Press.

CRÉMOUX, Françoise y FOURNEL, Jean-Louis (dirs.) (2010), *Idées d'empire en italie et en Espagne (XIVe-XVIIe siècle),* Mont-Saint-Aignan, Publications des universités de Rouen et du Havre.

CRUZ VALENCIANO, Jesús (2014), *El surgimiento de la cultura burguesa. Personas, hogares y ciudades en la España del siglo XIX,* Madrid, Siglo XXI de España.

CSIC (1959), *Memoria 1959. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Secretaría General,* Madrid, CSIC.

CUART MONER, Baltasar (2004), «La larga marcha hacia las historias de España en el siglo XVI», en Ricardo García Cárcel (coord.), *La construcción de las Historias de España,* Madrid, Fundación Carolina-Marcial Pons Historia, pp. 45-126.

D'AMICO, Juan Carlos (2010), «Mercurino Arborio de Gattinara et le mythe d'un empire universal au service de Chales Quint», en Françoise Crémoux y Jean-Louis Fournel (dirs.), *Idées d'empire en italie et en Espagne (XIVe-XVIIe siècle),* Mont-Saint-Aignan, Publications des universités de Rouen et du Havre, pp. 71-102.

DALISSON, Remi (2009), *Célebrer la nation. Les fêtes nationales en france de 1789 à nos jours,* París, Nouveau Monde Éditions.

— (2013), *Les Guerres & la mémorie. Enjeux identitaires et célébrations de guerre en France de 1870 à nos jours,* París, CNRS Éditions.

DANVILA Y COLLADO, Manuel (1881), *Las libertades de Aragón: ensayo histórico, jurídico y político,* Madrid, Impr. de Fortanet.

— (1897-1899), *Historia crítica y documentada de las Comunidades de Castilla,* en *Memorial Histórico Español* (Real Academia de la Historia), 6 vols. (XXXV al XL).

— (2016), *Las Germanías de Valencia,* Pamplona, Urgoiti Editores (1.ª edición Madrid, Tip. de Manuel Ginés Hernández, 1884).

DAVIS, J. C. y BURDIEL, Isabel (eds.) (2005), *El otro, el mismo. Biografía y autobiografía en Europa (siglos XVII-XX),* Valencia, Publicacions de la Universitat de València.

DAVIS, Natalie Zemon (1993), *Sociedad y cultura en la Francia moderna,* Barcelona, Crítica.

DE LA GRANJA, José Luis (1994), «Historia de una amistad en el exilio: Max Aub y Tuñón de Lara», en José Luis de la Granja (coord.), *Manuel Tuñón de Lara, maestro de historiadores. Catálogo de la exposición biográfica y bibliográfica,* Bilbao-Madrid, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco-Casa de Velázquez, 1994, pp. 87-101.

— (1997), «Max Aub y Manuel Tuñón de Lara: dos intelectuales en el exilio ante el laberinto español», *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne* 26 (diciembre), pp. 346-367.

DE SANTIAGO, Miguel (2001), «Ramón de Carande. La biografía de un hombre polifacético», en Enrique Fuentes Quintana (dir.), *Economía y economistas españoles,* 6. *La modernización de los estudios de economía,* Madrid y Barcelona, Fundación de las Cajas de Ahorros Confederadas para la Investigación Económica y Social (FIES) y Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, pp. 491-517.

DELACROIX, Christian; DOSSE, François y GARCIA, Patrick (2007), *Les courants historiques en France XIXe-XXe siècle,* París, Gallimard.
DELAUNAY, Jean-Marc (1994), *Des palais en Espagne. L'École des hautes études hispaniques et la Casa de Velázquez au coeur des relations franco-espagnoles du XXe siècle (1898-1979),* Madrid, Casa de Velázquez.
DELEITO PIÑUELA, José (1949), *Origen y apogeo del género chico,* Madrid, Revista de Occidente.
DEMANGE, Christian (2000), «La fête nationale du Dos de Mayo dans la construction de l'imaginaire national espagnol», en Carlos Serrano (dir.), *Nations en quête de passé. La Péninsule ibérique (XIXe-XXe siècles),* París, Presses de l'Université de Paris-Sorbonne, pp. 95-107.
— (2004), *El Dos de Mayo. Mito y fiesta nacional (1808-1958),* Madrid, Marcial Pons.
DEMÉLAS-BOHY, Marie-Danielle (1998) «L'héroïsation d'une seule Espagne. Les héros du franquisme (1936-1975)», en Pierre Centlivres, Daniel Fabre y Françoise Zonabend (dirs.), *La Fabrique des héros,* París, Éditions de la Maison des sciences de l'homme, pp. 49-63.
DERECHA (1892), «Los sucesos de Granada. Tumulto num…», *La Derecha. Diario democrático* (4 de noviembre), p. 1
DÉROZIER, Albert (1978), *Manuel José Quintana y el nacimiento del liberalismo en España,* Madrid, Ediciones Turner.
DEVOTO, Fernando (2013), «En torno a la formación historiográfica de José Luis Romero», en José Emilio Burucúa, Fernando Devoto y Adrián Gorelik (eds.), *José Luis Romero. Vida histórica, ciudad y cultura,* San Martín, Universidad Nacional de Gral. San Martín (Unsam), pp. 37-56.
DIARIO DE SESIONES DE LAS CORTES CONSTITUYENTES (1856) 298 (viernes 25 de enero) [en red: http://www.congreso.es/est_sesiones/].
— (1873), *Diario de Sesiones de las Cortes Constituyentes de la República Española* (30 de julio de 1873).
— (1888), *Diario de Sesiones de Cortes, Congreso de los Diputados* (7 de febrero de 1888).
DÍAZ, Juan Antonio (coord.) (1999), *Castellanos sin Mancha. Exiliados castellano-manchegos tras la Guerra Civil,* Madrid, Celeste Ediciones.
DIECKHOFF, Alain y JAFFRELOT, Christophe (2006), *Repenser le nationalisme. Théories et pratiques,* París, Presses de Sciences Po.
DÍEZ, José Luis (1992), «Evolución de la pintura española de historia en el siglo XIX», en José Luis Díez (dir.), *La pintura de historia del siglo XIX en España,* Madrid, Museo del Prado, pp. 69-101.
— (dir.) (1992), *La pintura de historia del siglo XIX en España,* Madrid, Museo del Prado.
— (2000), «Aportaciones a la iconografía de Carlos V y Felipe II en el siglo XIX. Pinturas y dibujos», en José Martínez Millán y Carlos Reyero (coords.), *El siglo de Carlos V y Felipe II. La construcción de los mitos en el siglo XIX, Valladolid, 3-5 de noviembre de 1999,* Madrid, Sociedad Estatal para la conmemoración de los centenarios de Felipe II y Carlos V, I, pp. 279-310.

Díez, José Luis y Barón, Javier (2007), *El siglo xix en el Prado,* Madrid, Museo Nacional del Prado.
Díez de Velasco, Francisco (2007), *Ángel Álvarez de Miranda, historiador de las religiones,* Madrid, Ediciones del Orto.
Díez Torre, Alejandro R. (2004), «Joaquín Costa, un ateneísta intelectual del siglo xx», en Daniel Pacheco, Alejandro R. Díez Torre y Alejandro Sanz (eds.), *Ateneístas ilustres,* Madrid, Ateneo de Madrid, pp. 193-214.
Dirección General del Instituto Geográfico y Estadístico (1913), *Reseña Geográfica y Estadística de España,* Madrid, Imp. de la Dirección General del Instituto Geográfico Estadístico.
Domingo, Josep M. (2008), «De la literatura catalana en la España liberal: la *Historia del Renacimiento literario contemporáneo* de Francisco María Tubino (1879-1881)», en Leonardo Romero Tobar (ed.), *Literatura y nación. La emergencia de las literaturas nacionales,* Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, pp. 133-171.
Domínguez Fernández, Juan Pablo (2010), *Claudio Sánchez-Albornoz (1893-1984). Historiador, intelectual y político,* tesis doctoral dirigida por el doctor Jaume Aurell Cardona, Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Navarra (consultada gracias a la amabilidad del autor).
Doñate, Mercé; Mendoza, Cristina y Quílez i Corella, Francesc M. (coords.) (2003), *Fortuny (1833-1874). Museu Nacional d'Art de Catalunya, Barcelona. Del 17 de octubre de 2003 al 18 de enero de 2004,* Barcelona, MNAC.
Dosil Mancilla, Francisco Javier (2010), «La dinámica de las redes del exilio científico en México», en Josep L. Barona (ed.), *El exilio científico republicano,* Valencia, Universitat de València, pp. 249-262.
Dosse, François (2011), *Pierre Nora. Homo historicus,* París, Perrin.
Dreyfus-Armand, Geneviève (2000), *El exilio de los republicanos españoles en Francia. De la Guerra Civil a la muerte de Franco,* Barcelona, Crítica.
— (2010), «París ¿otra capital del exilio republicano?», en Fernando Martínez López, Jordi Canal y Encarnación Lemus (eds.), *París, ciudad de acogida. El exilio español durante los siglos xix y xx,* Madrid, Marcial Pons, pp. 283-297.
Duarte Monserrat, Àngel (1996), «Los posibilismos republicanos y la vida política en la Cataluña de los primeros años de la Restauración», en J. A. Piqueras y M. Chust (comps.), *Republicanos y repúblicas en España,* Madrid, Siglo XXI de España.
— (2009), *El otoño de un ideal. El republicanismo histórico español y su declive en el exilio de 1939,* Madrid, Alianza Editorial.
Dumoulin, Olivier (2003), *Le Rôle social de l'historien. De la chaire au prétoire,* París, Albin Michel.
Duque, Félix (2001), *Arte público y espacio político,* Madrid, Akal.
e-artDocuments (2014), *Perspectivas y reflexiones sobre el coleccionismo de Archer Milton Huntington (1870-1955),* monográfico de *e-artDocuments, Revista digital d'Història de l'Art. Departament d'Història de*

l'Art. Universitat de Barcelona 7 [en red: http://www.raco.cat/index.php/e-art/issue/view/21288/showToc].
EAUDE, Michael (2001), *Arturo Barea, triunfo en la medianoche del siglo,* Badajoz, Editora Regional de Extremadura.
ECHEGARAY Y EIZAGUIRRE, José (1866), «De las matemáticas puras en España», discurso leído ante la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales en la recepción pública del señor don —, Madrid, Imprenta y Librería de don Eusebio Aguado (reproducido en anexo en José Manuel Sánchez Ron, *José Echegaray [1832-1916]. El Hombre Polifacético. Técnica, ciencia, política y teatro en España,* Madrid, Fundación Juanelo Turriano, 2016, pp. 265-281).
— (1894), «De la legalidad común en materias literarias», *Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública del Excmo. Sr. D., el día 20 de mayo de 1894,* Madrid, Imprenta, Fundición y Fábrica de tintas de los Hijos de J. A. García.
— (2016), *Recuerdos de mi vida,* Pamplona, Analecta Editorial (1.ª edición por entregas en *La España Moderna,* 1911, reunidos en Madrid, Ruiz Hermanos Editores, 1917, 3 vols.).
ELLIOTT, John Huxtable (1963a), *The Revolt of the Catalans. A Study in the Decline of Spain 1598-1640,* Cambridge, Cambridge University Press, 1963 (versión catalana Barcelona, Editorial Vicens Vives, 1966, y castellana en Madrid, Siglo XXI de España, 1977, [2]2014).
— (1963b), *Imperial Spain, 1469-1716,* Londres, Edward Arnold, 1963 (versión castellana: *La España Imperial, 1469-1716*, Barcelona, Editorial Vicens Vives, 1965).
— (2001), «El oficio de historiador», en Roberto Fernández, Antoni Passola y María José Vilalta (coords.), *John Elliott. El oficio de historiador,* Lérida, Milenio, pp. 7-20.
— (2012), *Haciendo historia,* Madrid, Taurus.
ENCABO FERNÁNDEZ, Enrique (2007), *Música y nacionalismo en España. El arte en la era de la ideología,* Barcelona, Ediciones Erasmus.
ENCUENTRO (2001), *Primer encuentro de estudios sobre el Justicia de Aragón (Zaragoza, 19 y 20 de mayo de 2000),* Zaragoza, El Justicia de Aragón.
ENGEL, Ulf; MIDDELL, Matthias y TROEBST, Stefan (eds.) (2012), *Erinnerungskulturen in transnationaler Perspektive. Memory Cultures in Transnational Perspective,* Leipzig, Leipziger Universitätsverlag.
ENGUITA, José María; MAINER, José-Carlos (eds.) (1994), *Literaturas regionales en España,* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».
ENTRAMBASAGUAS PEÑA, Joaquín (1938), *Pérdida de la universidad española,* Bilbao, Delegación Nacional de Prensa y Propaganda de Falange Española Tradicionalista y de las JONS.
ERDMANN, Karl Dietrich (2005), *Toward a Global Community of Historians. The International Historical Congresses and the International Committee of Historical Sciences, 1898-2000,* Nueva York-Oxford, Berhahn Books.
ESCUDIER, Alexandre (1999), *Le Récit historique comme problème théorique en France et en Allemagne au XIXe siècle,* tesis de historia presentada

en l'École des Hautes Études en Sciences Sociales el 3 de abril de 1999, Lille, Atelier National de Reproduction des Thèses, 3 vols.

Espadas Burgos, Manuel (2000), *La Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma. Un Guadiana junto al Tíber,* Madrid, CSIC-Universidad de Castilla-La Mancha-Publicaciones de la Residencia de Estudiantes.

— (2008), «La Spagna ed i congressi internazionali di science storiche. Un bilancio storiografico», en Hans Cools, Manuel Espadas Burgos, Michel Gras, Michael Matheus y Massimo Miglio (eds.), *La storiografia tra passato e futuro. Il X Congreso Internazionale di Science Storiche (Roma 1955), cinquant`anni dopo. Atti del convegno internacionale. Roma, 21-24 settembre 2005,* Roma, Unione Internazionale degli Instituti di Archeologia, Storia e Storia dell'Arte in Roma, pp. 291-301.

Espagne, Michael (1999*), Les Transferts culturels franco-allemands,* París, PUF.

Espiau Eizaguirre, Mercedes (1993)*, El monumento público en Sevilla,* Sevilla, Servicio de Publicaciones del Ayuntamiento de Sevilla.

Esteban de Vega, Mariano (2005), «Castilla y España en la *Historia general* de Modesto Lafuente», en Antonio Morales Moya y Mariano Esteban de Vega (eds.), *¿Alma de España? Castilla en las interpretaciones del pasado español,* Madrid, Marcial Pons, pp. 121-130.

— (2012), «La Institución Libre de Enseñanza y la historiografía española», en José García-Velasco y Antonio Morales Moya (eds.), *La Institución Libre de Enseñanza y Francisco Giner de los Ríos: nuevas perspectivas. 2. La Institución Libre de Enseñanza y la cultura española,* Madrid, Fundación Francisco Giner de los Ríos (Institución Libre de Enseñanza)/Acción Cultural Española, pp. 739-751.

Esteban de Vega, Mariano y Calle Velasco, M.ª Dolores de la (eds.) (2010), *Procesos de nacionalización en la España contemporánea,* Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca.

Estelrich, Joan (2012), *Dietaris,* edición de Manuel Jorba, Barcelona, Quaderns Crema.

Estrada, Isabel (2004), «*Cuéntame cómo pasó* o la revisión televisiva de la historia española reciente», *Hispanic Review* 72, 4 (otoño), pp. 547-564.

Estudios carolinos (1959). *Estudios carolinos. Cuarto centenario del emperador Carlos V. Curso de conferencias (octubre-diciembre 1958),* Barcelona, Universidad de Barcelona.

Faci Ballabriga, Mariano A. (2000), *Crónica del Justicia de Aragón. D. Juan de Lanuza V (1563/4-2000),* Zaragoza, El Justicia de Aragón.

Fanés, Félix y Minguet, Joan M. (eds.) (2014), *Barcelona, zona neutral 1914-1918,* Barcelona, Fundació Joan Miró.

Felipe, León (1939), *Español del éxodo y del llanto. Doctrina, elegías y canciones,* México, La Casa de España en México.

Ferdinandy, Miguel de (2005), *Carlos V: su alma y su política. El último caballero de Europa,* Barcelona, Altera.

Fernández, James D. (2010), «Poets, Peasants, Painters, Professors and Performes in Nueva York», en Richard Kagan e Ignacio Suárez-Zuloaga

(dirs.), *When Spain fascinated America,* Madrid, Fundación Zuloaga, pp. 45-59.
FERNÁNDEZ, Pura y ORTEGA, Marie-Linda (dirs.) (2008), *La mujer de letras o la letraherida. Discurso y representaciones sobre la mujer escritora en el siglo XIX,* Madrid, CSIC.
FERNÁNDEZ, Roberto; PASSOLA, Antoni y VILALTA, María José (coords.) (2001), *John Elliott. El oficio de historiador,* Lérida, Milenio.
FERNÁNDEZ ALBADALEJO, Pablo (1993), «Les traditions nationales d'historiographie de L'État: L'Espagne», en Wim Blockmans y Jean-Philippe Genet (eds.), *Visions sur le développement des États européens. Théories et historiographies de l'Etat moderne. Actes du colloque organisé para la Fondation européenne de la science et l'École française de Rome, Rome, 18-31 mars 1990,* Roma, École Française de Rome, 1993, pp. 219-233.
FERNÁNDEZ ALMAGRO, Melchor (1972), *Cánovas. Su vida y su política,* Madrid, Tebas.
FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel (1958), «Pensamiento y acción en la política imperial de Carlos V», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* 64 (2), pp. 397-414.
— (1960), *Carlos V. Memorias,* Madrid, Ediciones Cultura Hispánica.
— (1966a), *Política mundial de Carlos V y Felipe II,* Madrid, CSIC-Escuela de Historia Moderna.
— (1966b), *La España del emperador Carlos V (1500-1558; 1517-1556),* tomo XVIII de la *Historia de España* dirigida por Ramón Menéndez Pidal, Madrid, Espasa Calpe.
— (1973), *Corpus documental de Carlos V,* edición crítica dirigida, prologada y anotada por…, Salamanca, Universidad de Salamanca, 4 vols.
— (1974), *Evolución del pensamiento histórico en los tiempos modernos,* Madrid, Editora Nacional.
— (1996), *Carlos V, el césar y el hombre,* Madrid, Espasa Calpe.
— (1999), *Carlos V un hombre para Europa,* Madrid, Espasa Calpe.
— (2007), *Diario de un estudiante en tiempos de la Guerra Civil,* Madrid, Espasa.
FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, Ángel (1989), *El Futuro de Madrid. Paseos mentales por la capital de España tal cual es y tal cual debe dejarla la revolución* [precede al título *Estudios en la emigración*], Madrid, Los libros de la Frontera [Madrid, Imp. de la Biblioteca Universal, 1868].
FERNÁNDEZ DELGADO, Javier; MIGUEL PASAMONTES, Mercedes y VEGA GONZÁLEZ, María Jesús (1982), *La memoria impuesta. Estudio y catálogo de los monumentos conmemorativos de Madrid (1939-1980),* Madrid, Ayuntamiento de Madrid.
FERNÁNDEZ ESCUDERO, Agustín (2015), *El marqués de Cerralbo. Una vida entre el carlismo y la arqueología,* Madrid, Ediciones de la Ergástula.
FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio y BAHAMONDE MAGRO, Ángel (1993), «La sociedad madrileña en el siglo XIX», en Antonio Fernández García (dir.), *Historia de Madrid,* Madrid, Editorial Complutense, pp. 479-514.

FERNÁNDEZ MONTAÑA, José (1882), *Nueva luz y juicio verdadero sobre Felipe II,* Madrid, Imp. de P. Maroto e hijos.

FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, Pura (2005), «Los "soldados" de la República Literaria y la edición heterodoxa en el siglo XIX», en Jean-Michel Desvois (ed.), *Prensa, impresos, lectura en el mundo hispánico contemporáneo. Homenaje a Jean-François Botrel,* Burdeos, Presses Universitaires de Bordeaux, pp. 125-136.

— (2006), «Enrique Rodríguez-Solís (1844-1923): el *soldado* de la República Literaria», en A. Cruz Casado (coord. y ed.), *Bohemios, raros y olvidados, Actas del Congreso Internacional, celebrado en Lucena (Córdoba), del 4 al 7 de noviembre de 2004,* Córdoba, Diputación provincial – Ayuntamiento de Lucena, pp. 66-110.

FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier (1997), «La recepción en España de la *Histoire de la civilisation* de Guizot», en Jean-René Aymes y Javier Fernández Sebastián (eds.), *La imagen de Francia en España (1808-1850),* Bilbao, Presses de la Sorbonne Nouvelle-Servicio Editorial Universidad del País Vasco, pp. 127-149.

— (2006), «Cádiz y el primer lieralismo español. Sinopsis historiográfica y reflexiones sobre el bicentenario», en José Álvarez Junco y Javier Moreno Luzón (eds.), *La Constitución de Cádiz: historiografía y conmemoración. Homenaje a Francisco Tomás y Valiente,* Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, pp. 23-58.

— (2013), «Sobre conceptualización y politización de los procesos históricos», en Javier Moreno Luzón y Fernando del Rey (eds.), *Pueblo y nación. Homenaje a José Álvarez Junco,* Madrid, Taurus, pp. 161-185.

— (2015), «Metáforas para la historia y una historia para las metáforas», en François Godicheau y Pablo Sánchez León (eds.), *Palabras que atan. Metáforas y conceptos del vínculo social en la historia moderna y contemporánea,* Madrid, Fondo de Cultura Económica/Université Bordeaux Montaigne, pp. 33-62.

FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier y CAPELLÁN DE MIGUEL, Gonzalo (eds.) (2013), *Conceptos políticos, tiempo e historia. Nuevos enfoques en historia conceptual,* Santander-Madrid, Ediciones de la Universidad de Cantabria/McGraw-Hill Interamericana de España (*Political Concepts and Time. New Approaches to Conceptual History,* Santander, Cantabria University Press/McGraw-Hill, 2011).

FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier y FUENTES, Juan Francisco (dirs.) (2002), *Diccionario político y social del siglo XIX español,* Madrid, Alianza Editorial.

— (2008), *Diccionario político y social del siglo XX español,* Madrid, Alianza Editorial.

FERNÁNDEZ SIRVENT, Rafael (2010), «De "Rey soldado" a "Pacificador", Representaciones simbólicas de Alfonso XII de Borbón», *Historia Constitucional* 11, pp. 47-75 [en red: http://www.historiaconstitucional.com].

— (2011), «Alfonso XII, el rey del orden y la concordia», en Emilio La Parra López (coord.), *La imagen del poder. Reyes y regentes en la España del siglo XIX,* Madrid, Síntesis, pp. 335-388.

FERRÁNDIZ LOZANO, José (2009), *Azorín, testigo parlamentario. Periodismo y política de 1902 a 1923,* Madrid, Congreso de los Diputados.
FERRATER MORA, Josep (1944), *Les formes de la vida catalana,* Santiago de Chile, Agrupació Patriòtica Catalana.
FERRER DEL RÍO, Antonio (2006), *Historia del levantamiento de las Comunidades 1520-1521,* Pamplona, Urgoiti Editores (*Decadencia de España. Primera Parte. Historia del levantamiento de las Comunidades 1520-1521,* Madrid, Est. Tip. de Mellado, [1]1850).
FERRERAS, Juan Ignacio (1973), *Los orígenes de la novela decimonónica, 1800-1830,* Madrid, Taurus.
— (1976), *El triunfo del liberalismo y de la novela histórica (1830-1870),* Madrid, Taurus.
FIGUEROA Y TORRES, Álvaro (conde de Romanones) (1947), *Notas de mi vida (1868-1901),* Madrid, Renacimiento y Espasa Calpe.
FLORES MANCILLA, César (2003), «José Gaos: el filósofo transterrado», en Fernando Serrano Migallón (coord.), *Los maestros del exilio español en la Facultad de Derecho,* México D. F., Porrúa, pp. 159-178.
FONTANELLA, Lee (1982), *La imprenta y las letras en la España romántica,* Berna y Fráncfort del Meno, Peter Lang.
FONTBONA DE VALLESCAR, Francesc (2000a), «Carlos V y Felipe II en la pintura catalana de historia», en José Martínez Millán y Carlos Reyero (coords.), *El siglo de Carlos V y Felipe II. La construcción de los mitos en el siglo XIX, Valladolid, 3-5 de noviembre de 1999,* Madrid, Sociedad Estatal para la conmemoración de los centenarios de Felipe II y Carlos V, I, pp. 343-353.
— (2000b), «La imagen de Barcelona a través de la escultura pública», en María del Carmen Lacarra y Cristina Gómez (coords), *Historia y política a través de la escultura pública, 1820-1920,* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», pp. 89-101.
FORCADELL ÁLVAREZ, Carlos (ed.) (1998), *Nacionalismo e historia,* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».
— (2001), «El mito del Justicia en el imaginario del liberalismo español», en *Primer encuentro de estudios sobre el Justicia de Aragón (Zaragoza, 19 y 20 de mayo de 2000),* Zaragoza, El Justicia de Aragón, pp. 63-81.
— (2004), «Ciudadanía y liberalismo en Aragón. El Justicia: de mito a monumento», en Carlos Forcadell (coord.), *Cultura y política del recuerdo: en el centenario del monumento al Justiciazgo (1904-1004). Quinto encuentro de estudios sobre el Justicia de Aragón, Zaragoza, 28 y 29 de abril de 2004,* Zaragoza, Justicia de Aragón, pp. 63-80.
— (coord.) (2004), *Cultura y política del recuerdo: en el centenario del monumento al Justiciazgo (1904-1004). Quinto encuentro de estudios sobre el Justicia de Aragón, Zaragoza, 28 y 29 de abril de 2004,* Zaragoza, Justicia de Aragón.
— (2006), «Del viejo Reino al nuevo Estado liberal: ciudadanía, liberalismo e identidades en el Aragón del Ochocientos», en Luis Castells (ed.), *Del territorio a la nación. Identidades territoriales y construcción nacional,* Madrid, Biblioteca Nueva, Instituto Universitario de Historia

Social Valentín de Foronda Gizarte Historiarako Unibersitate Institutua (UPV/EHU),, pp. 65-86.
— (2012), «La escritura y la política», en Ignacio Peiró Martín (ed.), *Joaquín Costa. El fabricante de ideas. Memoria de un centenario,* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», pp. 87-98.
Forcadell Álvarez, Carlos; Peiró Martín, Ignacio y Yusta Rodrigo, Mercedes (2015), «Epifanías y retornos: Revisionismos históricos en el presente de la historiografía contemporánea)», en Carlos Forcadell, Ignacio Peiró y Mercedes Yusta (eds.), *El pasado en construcción: Revisionismos históricos en la historiografía contemporánea,* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», pp. 11-26.
— (eds.) (2015), *El pasado en construcción: Revisionismos históricos en la historiografía contemporánea,* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».
Foronda y Aguilera, Manuel de (marqués de la Foronda) (1895), *Estancias y viajes de Carlos V (desde el día de su nacimiento al de su muerte),* Madrid, Real Sociedad Geográfica.
— (1914), *Estancias y viajes de Carlos V (desde el día de su nacimiento al de su muerte),* Madrid, Imp. Sucs. de Rivadeneyra.
— (1916), «Mayordomos de Casa y Boca de Carlos V», *Discursos leídos ante la RAH en la recepción pública de D. —, el día 11 de junio de 1916,* Madrid, Est. Tip. Sucs. de Rivadeneyra (contestación del conde de Cedillo).
Fox, Inman (1997), *La invención de España. Nacionalismo liberal e identidad nacional,* Madrid, Cátedra.
Fradera, Josep Maria (1992), *Cultura nacional en una societat dividida. Patriotisme i cultura a Catalunya (1838-1868),* Barcelona, Curial.
— (2000), «El huso y la gaita (Un esquema sobre cultura y proyectos intelectuales en la Cataluña del siglo xix)», *Ayer* 40, pp. 25-49.
— (2002), «La materia de todos los sueños», *Revista de Libros* 63 (marzo), pp. 3-6.
— (2003), *Cultura nacional en una sociedad dividida. Cataluña, 1838-1868,* Madrid, Marcial Pons.
— (2004a), «Bajar la nación del pedestal», en Carlos Forcadell Álvarez (coord.), *Cultura y política del recuerdo: en el centenario del monumento al Justiciazgo (1904-2004). Quinto encuentro de estudios sobre el Justicia de Aragón, Zaragoza, 28 y 29 de abril de 2004,* Zaragoza, Justicia de Aragón, pp. 15-40.
— (2004b), «¿Cómo medir la nación? Una aproximación a algunos problemas de teoría a partir de los casos catalán y español», en Ángel García-Sanz Marcoategui (ed.), *Memoria histórica e identidad. En torno a Cataluña, Aragón y Navarra,* Universidad Pública de Navarra/Nafarroako Unibertsitatea Publikoa, pp. 23-45.
— (2006), «La dificultad de describir la nación», en Luis Castells (ed.), *Del territorio a la nación. Identidades territoriales y construcción nacional,* Madrid, Biblioteca Nueva, Instituto Universitario de Historia Social Valentín de Foronda Gizarte Historiarako Unibersitate Institutua (UPV/EHU), pp. 181-233.

FRANÇOIS, Étienne; SIEGRIST, Hannes y VOGEL, Jakob (1993), «Die Nation. Vorstellungen, Inszenierungen, Emotionen», en É. François, H. Siegrist y J. Vogel (eds.), *Nation und Emotion. Deutschland und Frankreich im Vergleich 19. und 20. Jahrhundert,* Gotinga, Vandenhoeck und Ruprecht.

FRANÇOIS, Étienne y SCHULZE, Hagen (1998), «Das emotionale Fundament der Nationen», en Monika Flacke (ed.), *Mythen der Nationen. Ein europäisches Panorama,* Berlín, Deutsches Historisches Museum, pp. 17-32.

— (2003), *Deutsche Erinnerungsorte,* Múnich, Verlag C. H. Beck.

FRANÇOIS, Étienne; SIEGRIST, Hannes y VOGEL, Jakob (eds.) (1993), *Nation und Emotion. Deutschland und Frankreich im Vergleich 19. und 20. Jahrhundert,* Gotinga, Vandenhoeck und Ruprecht.

FRANK, Tibor y HADLER, Frank (eds.) (2011), *Disputed Territories and Shared Pasts. Overlapping National Histories in Modern Europe,* Houndmills, Basingstoke, Palgrave Macmillan-European Science Foundation.

FRIERA SUÁREZ, Florencio (2001), «Correspondencia entre Ramón Pérez de Ayala y Jesús Pabón (1938-1941)», *Boletín de la Real Academia de la Historia* 197, 3, pp. 463-496.

FUENTE MONJE, Gregorio de la (2013), «Introducción. Los estudios sobre el teatro político de la España del siglo XIX», *Historia y Política* 29 (enero-junio), pp. 13-43.

FUENTES, Juan Francisco (2002), *Luis Araquistáin y el socialismo español en el exilio (1939-1959),* Madrid, Biblioteca Nueva.

FUENTES, Juan Francisco y FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier (2002), «Liberalismo», en el volumen dirigido por ambos, *Diccionario político y social del siglo XIX español,* Madrid, Alianza Editorial, pp. 413-428.

FUENTES CODERA, Maximiliano (2009), *El campo de fuerzas europeo en Cataluña. Eugeni d'Ors en los primeros años de la Gran Guerra,* Lleida, Ediciones de la Universitat de Lleida/Pagès Editors.

— (2014a), *España en la Primera Guerra Mundial. Una movilización cultural,* Madrid, Akal.

— (2014b), «Cataluña en la *Espanya Gran:* la proyección del catalanismo regionalista en el reformismo intelectual español (1906-1923)», en Ferran Archilés e Ismael Saz (eds.), *Naciones y Estado. La cuestión española,* Valencia, Prensas de la Universitat de València, pp. 107-130.

FUENTES QUINTANA, Enrique (dir.) (1999-2001), *Economía y economistas españoles,* Madrid y Barcelona, Fundación de las Cajas de Ahorros Confederadas para la Investigación Económica y Social (FIES) y Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 8 vols.

FUSTER, Rafael (1997), *Compendio de la Historia de Aragón y Zaragoza para uso de las Escuelas de Primera Enseñanza,* Zaragoza, Rolde d'Estudios Aragoneses (ed. facsímil de la publicada en Zaragoza, Imp. y Lit. de F. Villagrasa, 1884).

FYLOGINO, Eleuterio [Juan Valera] (1891), *Las Mujeres y las Academias. Cuestión social inocente,* Madrid.

GAOS, José (2001), *Confesiones profesionales. Aforística,* Gijón, Ediciones Trea.

GABINO, Juan Pedro (2008), «*In principio erat Verbum:* el léxico caracterizador de la letraherida o la mujer anda en la lengua», en Pura Fernández y Marie-Linda Ortega, *La mujer de letras o la letraherida. Discurso y representaciones sobre la mujer escritora en el siglo XIX,* Madrid, CSIC, pp. 17-32.

GABRIEL, Pere y PÉREZ VEJO, Tomás (2016), «Iconografía y representación de la nación», en Félix Luengo Teixidor y Fernando Molina Aparicio (eds.), *Los caminos de la nación. Factores de nacionalización en la España contemporánea,* Granada, Editorial Comares, pp. 33-52.

GABRIEL, Pere; POMÉS, Jordi y FERNÁNDEZ GÓMEZ, Francisco (eds.) (2013), *España Res publica. Nacionalización española e identidades en conflicto (siglos XIX y XX),* Granada, Pomares.

GACETA DE MADRID (1847), «Reales Decretos de reorganización de la Real Academia Española y de la Historia y de creación de la de Ciencias exactas, físicas y naturales de 25 de febrero de 1847» 4550 (domingo 28 de febrero).

— (1869), «Decreto señalando el 6 de junio para inaugurar el Panteón Nacional» 153 (2 de junio), p. 1.

— (1891), «Real Decreto de 9 de enero de 1891» 10 (sábado 10 de enero), I, pp. 103-104.

GACHARD, Louis-Prosper (2014), *Carlos V,* Pamplona, Urgoiti Editores (1.ª ed., *s. v.,* «Charles Quint», *Biographie Nationale publiée par l'Academie Royale des Sciences, des Lettres et de Beaux-Arts de Belgique,* Bruselas, H. Thiry, 1872, III, pp. 523-960).

GAIBROIS DE BALLESTEROS, Mercedes (2010), *María de Molina,* Pamplona, Urgoiti Editores (Madrid, Espasa Calpe, [1]1936).

GALASSO, Giuseppe (2001), «La storiografia italiana e Carlos V da G. de Leva a F. Chabod (1860-1960)», en Francisco Sánchez-Montes González y Juan Luis Castellano (coords.), *Carlos V, europeísmo y universalidad. Congreso internacional, Granada mayo 2000,* Granada-Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenario de Felipe II y Carlos V, I, pp. 145-158.

GALASSO, Giuseppe y HERNANDO SÁNCHEZ, Carlos José (eds.) (2004), *El reino de Nápoles y la monarquía de España. Entre agregación y conquista (1485-1535),* Madrid, Real Academia de España en Roma.

GANIVET, Ángel (1999), *Idearium español y el porvenir de España,* Salamanca, Ediciones Almar (Granada, Tip. Lit. Vda, e Hijos de Paulino V. Sabatel, [1]1897).

GARCIA, Patrick (2000), *Le Bicentenaire de la Révolution française. Pratiques sociales d'une commémoration,* París, CNRS Éditions.

— (2007), «L'histoire comme magistère civique», en Christian Delacroix, François Dosse y Patrick Garcia, *Les Courants historiques en france XIXe-XXe siècle,* París, Gallimard, pp. 154-160.

GARCÍA BALANYÁ, Albert (2002), «Patria, plebe y política en la España isabelina: la Guerra de África en Cataluña (1859-1960)», en Eloy Martín Corrales (ed.), *Marruecos y el colonialismo español (1859-1912). De la Guerra de África a la «penetración pacífica»,* Barcelona, Bellaterra, pp. 13-77.

García Camarero, Ernesto (2012), *La ciencia española entre la polémica y el exilio, pasando por el Ateneo de Madrid y la Junta para la Ampliación de Estudios,* Madrid [en red: https://www.ateneodemadrid.com].
García Cárcel, Ricardo (1998), *La leyenda negra. Historia y opinión,* Madrid, Alianza Editorial.
— (2001a), «Los cronistas de Carlos V y la imagen del poder», en Bruno Anatra y Francesco Manconi, *Sardegna, Spagna e Stato italiani nell'etá di Carlo V,* Roma, Carocci, pp. 39-49.
— (2001b), «John Elliott y *La rebelión de los catalanes*», en Roberto Fernández, Antoni Passola y María José Vilalta (coords.), *John Elliott. El oficio de historiador,* Lérida, Milenio, pp. 59-71.
— (2011), *La herencia del pasado. Las memorias históricas de España,* Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores.
García Cárcel, Ricardo y Serrano Martín, Eliseo (eds.) (2009), *Exilio, memoria personal y memoria histórica. El hispanismo francés de raíz española en el siglo xx,* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».
García Carrión, Marta (2013), *Por un cine patrio. Cultura cinematográfica y nacionalismo español (1926-1936),* Valencia, Publicacions de la Universitat de València.
— (2014), «Públicos nacionales e imaginarios cinematográficos de España en la primera mitad del siglo xx: pautas de homogeneización y representación de la diversidad», en Ferran Archilés e Ismael Saz (eds.), *Naciones y Estado. La cuestión española,* Valencia, Prensas de la Universitat de València, pp. 131-154.
García de la Concha, Víctor (2014), *La Real Academia Española. Vida e Historia,* Madrid, Real Academia Española.
García Fernández, Hugo (2011), «¿Un gran engaño? La proyección exterior del franquismo durante la Guerra Civil: el caso británico», en Antonio César Moreno Cantano (ed.), *El ocaso de la verdad. Propaganda y prensa exterior en la España franquista (1936-1945),* Gijón, Ediciones Trea, pp. 73-93.
García González Francisco (ed.) (2009), *La historia moderna de España y el hispanismo francés,* Madrid, Marcial Pons.
García Guatas, Manuel (2000), «Las efemérides de 1808 en sus monumentos», en María del Carmen Lacarra y Cristina Gómez (coords.), *Historia y política a través de la escultura pública, 1820-1920,* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», pp. 199-233.
— (2006), «La imagen contemporánea del último rey aragonés», en el catálago *Ferdinandus Rex Hispaniarum. Príncipe del Renacimiento,* Zaragoza, Diputación Provincial de Zaragoza-Cortes de Aragón, pp. 193-211.
— (2009), *La imagen de España en la escultura pública (1875-1935),* Zaragoza, Mira Editores.
— (2015), «La escultura pública en la literatura contemporánea», en José Antonio Hernández Latas (coord.), *El arte público a través de su documentación gráfica y literaria. Encuentro internacional celebrado del 4 al 7 de noviembre de 2014, organizado por la Institución «Fernando el*

Católico». Homenaje a Manuel García Guatas, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», pp. 13-34.
García Hernán, David (2006), *La cultura de la guerra y el teatro del Siglo de Oro,* Madrid, Sílex.
García Isasti, Prudencio (2004), *La España metafísica. Lectura crítica del pensamiento de Ramón Menéndez Pidal (1891-1936),* Bilbao, Real Academia de la Lengua Vasca/Euskaltzandia.
García Jáñez, Francisca (1998), *Repertorio iconográfico de escritores románticos españoles,* Madrid, Fundación Universitaria Española.
García Mercadal, José (1943), *Imperio y acción. Carlos V. Francisco I,* Zaragoza, Librería General.
García Monerris, Encarna; Moreno Seco, Mónica y Marcuello Benedicto, Juan I. (eds.) (2013), *Culturas políticas monárquicas en la España liberal. Discursos, representaciones y prácticas (1808-1902),* Valencia, Universitat de València.
García-Sanz Marcoategui, Ángel (ed.) (2004), *Memoria histórica e identidad. En torno a Cataluña, Aragón y Navarra,* Universidad Pública de Navarra/Nafarroako Unibertsitatea Publikoa.
García-Velasco, José (ed.) (2011), *Giner de los Ríos. Un andaluz de fuego,* Sevilla, Junta de Andalucía. Consejería de Cultura/Fundación Francisco Giner de los Ríos/Institución Libre de Enseñanza.
— (2014), *Redes internacionales de la cultura española 1914-1939,* Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes.
Garrido, Fernando (1870), *Historia de las clases trabajadoras, de sus progresos y transformaciones económicas, sociales y políticas, desde los tiempso más remotos hasta nuestros días, con las biografías de sus grandes hombres, de sus héroes y mártires más famosos, escrita y dedicada a todos los amantes del progreso,* precedida de un prólogo de Emilio Castelar, Madrid, Imp. de T. Núñez Amor.
Gascón Pérez, Jesús (1999), «El I Marqués de Pidal y la interpretación conservadora de las "alteraciones" de Aragón», en P. Rújula e I. Peiró (eds.), *La historia local en la España contemporánea. Estudios y reflexiones desde Aragón,* Barcelona, L'Avenç, 1999, pp. 287-304.
— (2006), «Antonio Ferrer del Río y las Comunidades de Castilla en "el siglo de la Historia"», en Antonio Ferrer del Río, *Historia del levantamiento de las Comunidades 1520-1521,* Pamplona, Urgoiti Editores, pp. ix-lviii.
Gayangos y Arce, Pascual (1834), «Arabic Mss. in Spain», *The Westminster Review* XXI, 42, pp. 378-394.
Géal, Pierre (2005), *La Naissance des musées d'art en Espagne (XVIIIe-XXe siècles),* Madrid, Casa de Velázquez.
Gemelli, Giuliana (1995), *Fernand Braudel,* París, Odile Jacob (versión española: Valencia, Universitat de València-Universidad de Granada, 2005).
Gentile, Emilio ([2]2007), *La religioni della política. Fra democrazie e totalitarismi,* Bari, Editorial Laterza ([1]2001).
Gibert Sánchez, Rafael (1998), «Cartas de y a don Claudio», *Anuario de Historia del Derecho Español* 68 (1998), pp. 547-570.

GIL, Rafael y PALACIOS, Carmen (2001), *El ornato público. La escultura pública en Valencia,* Valencia, Ajuntament de València.

GIL PUJOL, Xavier (2016), «La fábrica de la monarquía. Traza y conservación de la monarquía de España de los Reyes Católicos y los Austrias», *Discurso leído el día 16 de octubre de 2016 en el acto de su recepción por el Excemo. Sr. D. —, y contestación por el Excmo. Sr. D. Luis Miguel Enciso Recio,* Madrid, Real Academia de la Historia.

GIL SALINAS, Rafael (2003), «El héroe anónimo. La identidad del ciudadano en la España de la primera mitad del siglo XIX», en Manuel Chust y Víctor Mínguez (eds.), *La construcción del héroe en España y México,* Valencia, Publicacions de la Universitat de València, pp. 229-239.

GILLIS, John R. (1996), «Introduction. Memory and Identity: The History of a Relationship», en John R. Gillis, *Commemorations. The Politics of National Identity,* Princeton, Princeton University Press, pp. 3-24.

GINER DE LOS RÍOS, Francisco (1901), «Riaño y la Institución Libre», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* 494 (31.05), pp. 129-131.

GIRAULT, René (1996), «Guerres et sentiment national au XIX siècle», *Bulletin de la Société d'Histoire Moderne et Contemporaine* 1-2, pp. 14-21.

GLENDINNING, Nigel (1992), *Goya, la década de los Caprichos. Retratos 1792-1804,* Madrid, Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

GODICHEAU, François y SÁNCHEZ LEÓN, Pablo (eds.) (2015), *Palabras que atan. Metáforas y conceptos del vínculo social en la historia moderna y contemporánea,* Madrid, Fondo de Cultura Económica/Université Bordeaux Montaigne.

GOMÁ LANZÓN, Javier (dir.) (2012), *Ganarse la vida en el arte, la literatura y la música,* Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores.

GÓMEZ DE BAQUERO, Eduardo [Andrenio] (1928), *Nacionalismo e hispanismo y otros ensayos,* Madrid, Historia Nueva.

— (1929), «Hispanists Past and Present. VII. Alfred Morel Fatio», *Bulletin of Spanish Studies* VI, p. 105.

GÓMEZ DE LA SERNA, Ramón (2002), *Doña Juana la Loca. Superhistoria (y otras seis novelas superhistóricas),* en *Obras completas XIII. Novelismo V/ Teatro. Novelas cortas y teatro de vanguardia (1927-1947),* edición dirigida por Ioana Zlotescu, Barcelona, Círculo de Lectores-Galaxia Gutenberg.

GÓMEZ-FERRER, Guadalupe (coord.) (2002), *La época de la Restauración: Civilización y Cultura (1875-1902),* XXXVI, II: *Historia de España Menéndez Pidal,* dirigida por José María Jover, Madrid, Espasa Calpe.

GÓMEZ MORENO, María Elena (1991), «La Real Academia de San Fernando y el origen del Catálogo Monumental de España», *Discurso de la académica electa Excma. Sra. Doña —, Leído en el acto de su Recepción Pública el día 3 de noviembre de 1991 y contestación del Excmo. Sr. Don Joaquín Pérez Villanueva,* Madrid, Real Academia de la Historia.

GÓMEZ URDÁÑEZ, Gracia (2000), *Salustiano de Olózaga. Elites políticas en el liberalismo español (1805-1843),* Logroño, Universidad de La Rioja, Servicio de Publicaciones.

GOMIS BLANCO, Alberto (2007), «Ignacio Bolívar, segundo presidente de la JAE», en Miguel Ángel Puig-Samper (ed.), *Tiempos de investigación. JAE-CSIC, cien años de ciencia en España,* Madrid, CSIC, pp. 69-75.

GONZÁLEZ ALCANTUD, José Antonio (2002), *Lo moro: las lógicas de la derrota y la formación del estereotipo islámico,* Barcelona, Anthropos.

— (2008), «Lo moro revisitado: dimensión estética, diversidad cultural, función crítica, fantasma social», *Revista Internacional de Filosofía Política* 31, pp. 29-48.

GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo (2008), «La "cultura de la guerra". Un estado de la cuestión desde España», en Benoît Pellistrandi y Jean-Francois Sirinelli (dir.), *L'Histoire culturelle en France et en Espagne,* Madrid, Casa de Velézquez, pp. 301-326.

GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro Carlos (2007), «Maurice Barrès y España», *Historia Contemporánea* 34 (2007), pp. 201-224.

— (2009), *Conservadurismo heterodoxo: tres vías antes las derechas españolas (Maurice Barrès, José Ortega y Gasset y Gonzalo Fernández de la Mora),* Madrid, Biblioteca Nueva.

GONZÁLEZ DE FAUVE, María Estela (2001-2002), «Don Claudio Sánchez Albornoz y El Instituto de Historia de España de Buenos Aires», en el homenaje a Claudio Sánchez Albornoz en *Cuadernos de Historia de España* 77 (2001-2002), pp. 207-211.

— (2002), «El medievalismo en la República argentina», *Medievalismo. Boletín de la Sociedad Española de Estudios Medievales* 12 (2002), pp. 273-290.

GONZÁLEZ GARCÍA, José María (1998), *Metáforas del poder,* Madrid, Alianza Editorial.

GONZÁLEZ HERRÁN, José Manuel (2008), «La emancipación de una mujer de letras: Emilia Pardo Bazán, 1889-1892», en Pura Fernández y Marie-Linda Ortega, *La mujer de letras o la letraherida. Discurso y representaciones sobre la mujer escritora en el siglo XIX,* Madrid, CSIC, pp. 345-363.

GONZÁLEZ LÓPEZ, Carles (2003), «Fortuny y el fenómeno del fortunyismo en Europa y América», en Mercé Doñate, Cristina Mendoza y Francesc M. Quílez i Corella (coords.), *Fortuny (1833-1874). Museu Nacional d'Art de Catalunya, Barcelona. Del 17 de octubre de 2003 al 18 de enero de 2004,* Barcelona, MNAC, pp. 387-395.

GONZÁLEZ LÓPEZ, Carlos y MARTÍ AYXELÁ, Montserrat (dirs.) ([3]2011), *El mundo de los Madrazo. Colección de la Comunidad de Madrid,* Madrid-Zaragoza, Comunidad de Madrid-Diputación Provincial de Zaragoza ([1]2007).

GONZÁLEZ MARTÍNEZ, Rosa M.ª (2016), «Seminario de Historia Moderna "Simancas", 1942-1952», en Rosa M.ª González Martínez, Salomé Berrocal Gonzalo, Ricardo Martín de la Guardia y Guillermo A. Pérez Sánchez (dirs.), *Estudios en Homenaje al profesor Celso Almuiña Fernández. Historia, periodismo y comunicación,* Valladolid, Ediciones Universidad de Valladolid, pp. 53-75.

GONZÁLEZ MARTÍNEZ, Rosa M.ª; BERROCAL GONZALO, Salomé; MARTÍN DE LA GUARDIA, Ricardo y PÉREZ SÁNCHEZ, Guillermo A. (dirs.) (2016), *Estu-*

dios en Homenaje al profesor Celso Almuiña Fernández. Historia, periodismo y comunicación, Valladolid, Ediciones Universidad de Valladolid.
GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, Pedro Javier (1995), *La escultura pública de Ferrol,* La Coruña, Concello de Ferrollo.
GONZÁLEZ RUANO, César (2004), *Memorias. Mi medio siglo se confiesa a medias,* Sevilla, Renacimiento ([1]1979).
GRACIA, Jordi (2004), *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España,* Barcelona, Anagrama.
— (2006), «Proceso evolutivo o "crisis y conversiones": Los años cincuenta y el viejo falangismo», en Santos Juliá (dir.), *Memoria de la guerra y del franquismo,* Madrid, Taurus-Fundación Pablo Iglesias, pp. 319-344.
— (2014), *José Ortega y Gasset,* Madrid, Taurus.
GRACIA ALONSO, Francisco (2011), *Pere Bosch Gimpera. Universidad, política, exilio,* Madrid, Marcial Pons.
— (2015), *Pensar la Universitat. Escrits de Pere Bosch Gimpera,* Barcelona, Universitat de Barcelona. Publicacions i Edicions.
GRANJA, José Luis de la; BERAMENDI, Justo y ANGUERA, Pere (2001), *La España de los nacionalismos y las autonomías,* Madrid, Editorial Síntesis.
GRAY, John (2008), *Misa negra. La religión apocalíptica y la muerte de la utopía,* Barcelona, Paidós.
GREEN, Christopher (2014), «Español, italiano, francés y catalán. Picasso en Barcelona, junio-noviembre de 1917», en Félix Fanés y Joan M. Minguet (eds.), *Barcelona, zona neutral 1914-1918,* Barcelona, Fundació Joan Miró, pp. 201-217.
GROOT, Jerome de (2009), *Consuming History. Historians and Heritage in Contemporary Popular Culture,* Londres-Nueva York, Routledge.
GUBERN, Román (1999), *Proyector de Luna. La Generación del 27 y el cine,* Barcelona, Anagrama.
GUEREÑA, Jean-Louis (2009), «Entre Francia y España. Vivencias y reflexiones sobre un itinerario», Ricardo García Cárcel y Eliseo Serrano Martín (eds.), *Exilio, memoria personal y memoria histórica. El hispanismo francés de raíz española en el siglo XX,* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», pp. 177-201.
— (2013), «Memoria y conmemoración: el tercer centenario de la publicación del Quijote», en Joan-Lluís Palos y Fernando Sánchez-Costa (eds.), *A vueltas con el pasado. Historia, memoria y vida [estudios en honor de Fernando Sánchez Marcos],* Barcelona, Universitat de Barcelona. Publicacions i Edicions, pp. 301-317.
GUERRERO, Salvador (ed.) (2016), *El arte de saber ver. Manuel B. Cossío, la Institución Libre de Enseñanza y el Greco,* Madrid, Fundación Francisco Giner de los Ríos/Institución Libre de Enseñanza.
GUGLIELMI, Nilda (1995), «Medievalismo e hispanistas en América», monográfico *La Historia en el horizonte del año 2000,* coordinado por Esteban Sarasa Sánchez y Eliseo Serrano Martín, de la revista *Jerónimo Zurita* 71 (1995), pp. 269-285.

— (2001-2002), «Homenaje a Claudio Sánchez-Albornoz», *Cuadernos de Historia de España* 77, pp. 211-218.
GUÍA (1959), «Guía de investigadores, año 1957», anexo del *Boletín. Dirección General de Archivos y Bibliotecas* VII, L (abril-junio), s. p.
— (1960), «Guía de investigadores, años 1958-1959», *Boletín. Dirección General de Archivos y Bibliotecas* IX, LV (julio-septiembre), pp. 107-165.
— (1961), «Guía de investigadores, año 1960», *Boletín. Dirección General de Archivos y Bibliotecas* X, LX-LXI (julio-octubre 1961), pp. 157-198.
GUICHOT Y PARODY, Joaquín (1869-1871), *Historia general de Andalucía desde los tiempos más remotos hasta 1870,* Sevilla, E. Perié, 8 vols.
GUINARD, Paul (1971), «Espagne», en *Histoire et historiens depuis cinquante ans. Mèthodes, organisation et résultats du travail historique de 1876 à 1926,* reimpreso en Nueva York, Burt Franklin, 1971, I, pp. 132-133 ([1]1927-1928).
GUTIÉRREZ BURÓN, Jesús (1987), *Exposiciones Nacionales de Pintura en España en el siglo XIX,* Madrid, Universidad Complutense.
— (2000), «Carlos V y las exposiciones nacionales de bellas artes», en José Martínez Millán y Carlos Reyero (coords.), *El siglo de Carlos V y Felipe II. La construcción de los mitos en el siglo XIX, Valladolid, 3-5 de noviembre de 1999,* Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los centenarios de Felipe II y Carlos V, I, pp. 373-410.
GUTIÉRREZ NIETO, Ignacio (1973), *Las comunidades como movimiento antiseñorial (La formación del bando realista en la guerra civil castellana de 1520-1521),* Barcelona, Planeta.
GUTIÉRREZ-SOLANA, José ([2]2000), *La España Negra,* Granada, Comares-La Veleta ([1]1920).
GUTIÉRREZ VIÑUALES, Rodrigo (2001), «Apuntes y reflexiones sobre el retrato escultórico en Iberoamérica», *Tiempos de América* 8 (2001), pp. 93-105.
— (2004), *Monumento conmemorativo y espacio público en Iberoamérica,* Madrid, Cátedra.
— (2016), «Identidades españolas en América a través del arte y la arquitectura. Escenarios de entresiglos (1890-1930) y prolongaciones en el tiempo», *Historia y Política* 36 (julio-diciembre), pp. 191-210.
GUTIÉRREZ VIÑUALES, Rodrigo y GUTIÉRREZ, Ramón (1997), *Pintura, escultura y fotografía en Iberoamérica, siglos XIX y XX,* Madrid, Cátedra.
HAEBLER, Konrad (1899), *Prosperidad y decadencia económica de España durante el siglo XVI,* Madrid, Vda. e Hijos de Tello (1.ª ed. al.: *Die wirtschatfliche Blüte Spaniens im 16. Jahrundert und ihr Verfall,* Berlín, 1888).
HALPERIN DONGHI, Tulio (2008), *Son memorias,* Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
HANDLER, Richard (1996), «Is "Identity" a useful cross-cultural concept?», en en John R. Gillis, *Commemorations. The Politics of National Identity,* Princeton, Princeton University Press, pp. 27-40.
HARGROVE, June (1990), *The Statues of Paris: An Open-Air Pantheon,* Nueva York-París, Vendôme Press.

— (2006), «Les monuments de la guerre de 1870-1871 et la représentation politique», en Maurice Agulhon, Annette Becker y Évelyn Cohen (eds.), *La République en représentations. Autour de l'oeuvre de Maurice Agulhon,* París, Publications de la Sorbonne pp. 173-181.

HART, Jr., Thomas R. (2002), «Georg Ticknor's History of Spanish Literature», en Richard L. Kagan (ed.), *Spain in America. The Origins of Hispanism in the United States,* Illinois, University of Illinois, pp. 106-120.

HARTOG, François (2003), *Régimes d'historicité. Presentisme et experiences du temps,* París, Éditions du Seuil.

HARTOG, François y REVEL, Jacques (dirs.) (2001), *Les Usages politiques du passé,* París, Éditions de L'École des Hautes Études en Sciencias Sociales.

HASKELL, Francis (1994), *La historia y sus imágenes. El arte y la interpretación del pasado,* Madrid, Alianza Editorial.

— (2002), *El museo efímero. Los maestros antiguos y el auge de las exposiciones artísticas,* Barcelona, Crítica.

HAUPT, Heinz-Gerhardt; MÜLLER, Michael G.; WOOLF, Stuart (dirs.), (1998), *Regional and National Identities in Europe in the 19th and 20th Centuries,* La Haya/Londres, Kluwer Law International.

HEINICH, Nathalie (2009), *La Fabrique du patrimoine. De la cathédrale à la petite cuillère,* París, Éditions de la Maison des sciences de l'homme.

HEMLER, David (2014), *La Politique. L'histoire, la mémoire: les usages politiques du passé en France depuis les années 1990,* tesis en cotutela, dirigida por Georges Mink y Jiří PeŠek, Université Charles de Prague, 27 de junio de 2014 [en red: http://www.theses.fr/2014PA100084 (consultada el 18 de diciembre de 2016)].

HERMET, Guy (1970), «Les espagnols devant leur régime», *Revue française de science politique* 20, 1, pp. 5-36 [en red: http://www.persee.fr/web/revues/home/prescript/article/rfsp_00352950_1970_num_20_1_393210 (consultado el 11 de abril de 2014)].

HERNÁNDEZ BURGOS, Claudio (2011), *Granada azul. La construcción de la «Cultura de la Victoria» en el primer franquismo,* Granada, Comares.

HERNÁNDEZ CORCHETE, Sira (2010), «El uso estratégico de *la velocidad* en el relato histórico realizado por la serie documental televisiva *La Transición*», *Comunicación y Hombre. Revista Interdisciplinas de Ciencias de la Comunicación y Humanidades* 6, pp. 195-204.

HERNÁNDEZ LATAS, José Antonio (2000), «Lágrimas de piedra: la escultura en los cementerios públicos», en María del Carmen Lacarra y Cristina Gómez (coords), *Historia y política a través de la escultura pública, 1820-1920,* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», pp. 103-144.

HERNANDO CARRASCO, Javier (1999), «Pintura de historia e ideología», en el catálogo *La época de Carlos V y Felipe II en la pintura de historia del siglo XIX, Museo Nacional de Escultura, Palacio de Villena. Valladolid 7 de septiembre / 21 de noviembre 1999,* Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, pp. 131-140.

— ([2]2004), *Arquitectura en España, 1770-1900,* Madrid, Cátedra ([1]1989).

HOBSBAWM, Eric (2003), *Años interesantes. Una vida en el siglo XX,* Barcelona, Crítica.

HOBSBAWM, Eric; RANGER, Terence (eds.) (2002), *La invención de la tradición,* Barcelona, Crítica, 2002 (Cambridge, Cambridge University Press, [1]1983).

HOMENAJE (1958), *Carlos V (1500-1558). Homenaje de la Universidad de Granada,* Granada, Universidad, Imp. Urania, 1958 (reedición en Granada, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Granada, 2001, editada por Antonio Gallego Morell y presentación de Manuel Fernández Álvarez).

HOURMANT, François (2012), «Les intellectuels et pouvoir: des "idiots utiles" aux prophètes d'institution», en el libro colectivo editado por François Hourmant y Arnauld Leclerc, *Les Intellectuels et le pouvoir. Déclinaison et mutations,* Rennes, Presses Universitaires de Rennes, pp. 7-28.

HOYOS PUENTE, Jorge (2016), *¡Viva la inteligencia!. El legado de la cultura institucionista en el exilio republicano de 1939,* Madrid, Biblioteca Nueva.

HUYSSEN, Andreas (2002), *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización,* México, FCE.

IBARRA Y RODRÍGUEZ, Eduardo (1923), *Historia Universal Moderna,* Barcelona, Sucesores de Juan Gili, 2 vols.

— (1927), *España bajo los Austrias,* Barcelona, Ed. Labor (Biblioteca de Iniciación Cultural).

IGLESIAS AMORÍN, Alfonso (2014a), *La memoria de las guerras de Marruecos en España (1856-1936),* tesis doctoral realizada bajo la dirección del doctor Xosé Manoel Núñez Seixas, Departamento de Historia Contemporánea e de América, Universidade de Santiago de Compostela Faculta de Xeografía e Historia [Minerva. Repositorio Institucional da USC; en red: https://minerva.usc.es/xmlui/handle/10347/12057].

— (2014b), «Los intelectuales españoles y la guerra del Rif (1909-1927)», *Revista Universitaria de Historia Militar* 5/3, pp. 59-77.

— (2015), «Alfonso *El Africano:* la monarquía en Marruecos», en Margarita Barral Martínez (ed.), *Alfonso XIII visita España. Monarquía y nación,* Granada, Comares, pp. 245-266.

IHL, Olivier (1996), *La Fête républicaine,* París, Gallimard, 1996.

INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA (ILE) (2012-2013), *La Institución Libre de Enseñanza y Francisco Giner de los Ríos: Nuevas perspectivas,* Madrid, Fundación Francisco Giner de los Ríos (Institución Libre de Enseñanza)-Acción Cultural Española, 3 vols.

ISAC, Ángel (1987), *Eclecticismo y pensamiento arquitectónico en España. Discurso, revistas, congresos (1846-1919),* Granada, Diputación Provincial de Granada.

ISNENGHI, Mario (1996-1997), *I luoghi della memoria. Simboli e miti dell'Italia unita. Personaggi e date dell'Italia unita,* Roma, Laterza, 2 vols.

JAKSIC, Iván (2007), *Ven conmigo a la España lejana: los intelectuales norteamericanos ante el mundo hispano, 1820-1880,* México D. F./Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica.

— (2010), «El "monje retirado". William H. Prescott y la vida de Carlos V en Yuste», en William H. Prescott, *Vida de Carlos V tras su abdicación,* Pamplona, Urgoiti Editores, pp. ix-lxxxviii.

JANSSENS, Gustaaf (2014), «Louis-Prosper Gachard y la historiografía de Carlos V (1872-2012)», en Louis-Prosper Gachard, *Carlos V,* Pamplona, Urgoiti Editores, pp. vii-cxix.

JEISMANN, Michael (1992), *Das Vaterland der Feinde. Studien zum nationalen Feindbegrff und Selbstverständnis in Deutschland un Frankreich, 1792-1918,* Stuttgart, Verlag Klett-Cotta.

JEISMANN, Michael y WESTHEIDER, Rolf (1994), «Wofür stirbt der Bürger? Nationaler Totenkult und Staatsbürgertum in Deutschland un Frankreich seit der Französischen Revolution», en Reinhart Koselleck y Michael Jeismann (eds.), *Der politische Totenkult. Kriegerdenkmäler in der Moderne,* Múnich, Wilhelm Fink Verlag, pp. 23-50.

JIMÉNEZ-BLANCO, María Dolores (2010), «Spanish Art and American Collections», en Richard Kagan e Ignacio Suárez-Zuloaga (dirs.), *When Spain fascinated America,* Madrid, Fundación Zuloaga, pp. 61-78.

JOHNSTON, William M. (1992), *Post-modernisme et bimillénaire. Le culte des anniversaires dans la culture contemporaine,* París, PUF.

— (2009), *El genio austrohúngaro. Historia social e intelectual (1848-1938),* Oviedo, KRK Ediciones (en inglés: 1983).

JOUTARD, Philippe (1993), «Une passion française: l'histoire», en Alain Burguiere y Jacques Revel (dirs.), *Histoire de la France. Les formes de la culture,* París, Éditions du Seuil, pp. 547-560.

JOVER ZAMORA, José María (1948), «La alta Edad Moderna», *Arbor* 26 (febrero), pp.157-184.

— (1949), *1635. Historia de una polémica y semblanza de una generaciónn,* Madrid, CSIC (reedición Madrid, CSIC/Fundación Española de Historia Moderna, 2003).

— (1957), «Reino, frontera y guerra en el horizonte político de la emperatriz Isabel», en *Actas del VI Congreso de Historia de la Corona de Aragón,* Madrid, pp. 803-829.

— (1958), «Sobre la política exterior de España en tiempos de Carlos V», en *Carlos V (1500-1558). Homenaje de la Universidad de Granada,* Granada, Universidad, Imp. Urania, pp. 111-208.

— (1960), *Carlos V y las formas diplomáticas del Renacimiento, 1535-1538. Lección inaugural del curso 1960-61 en la Universidad de Valencia,* Valencia, Universidad de Valencia (reproducida en *Anales de la Universidad de Valencia* XXXIV [1960-1961], pp. 19-182).

— (1961), «Las tendencias actuales de la historiografía alemana en el campo de la Historia Contemporánea», *Memoria Beca Fundación Juan March* (original mecanuscrito)

— (1963), *Carlos V y los españoles,* Madrid, Rialp (reedición: Madrid, Rialp, 1987).

— (1991), *Realidad y mito de la Primera República. Del «Gran Miedo» meridional a la utopía de Galdós,* Madrid, Espasa Calpe.

— (1992), «Menéndez Pidal y la historiografía española de su tiempo», en *El legado cultural de España al siglo XXI. I. Pensamiento, Historia y Ciencia, Barcelona,* Madrid, Colegio Libre de Eméritos-Círculo de Lectores, pp. 45-103.
— (1997), «El pensamiento canovista y los manuales escolares de Historia en la época de la Restauración», en el libro colectivo *Cánovas del Castillo y su tiempo. Ciclo de conferencias pronunciadas en la fundación Ramón Areces, Madrid, marzo de 1997,* Madrid, Real Academia de la Historia, Fundación Ramón Areces, pp. 87-130.
— (1999a), «Corrientes historiográficas en la España contemporánea», en *Historiadores españoles de nuestro siglo,* Madrid, Real Academia de la Historia, pp. 273-310 (originalmente en *Boletín Informativo de la Fundación Juan March* 36 [mayo de 1975] y reproducido en Juan José Carreras *et al., Once ensayos sobre la Historia,* Madrid, Fundación Juan March, 1976, pp. 234-244).
— (1999b), «Sobre la situación actual del historiador», en *España en la política internacional. Siglos XVIII-XX,* Madrid, Marcial Pons, pp. 257-269 (1.ª ed. en la revista *Saitabi* XI [1961], pp. 237-238).
JUARISTI, Jon (2010), «Nación e historia en el pensamiento de Ramón Menéndez Pidal», en José-Carlos Mainer (ed.), *El Centro de Estudios Históricos (1910), y sus vinculaciones aragoneses (con un homenaje a Rafael Lapesa),* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», pp. 79-89.
JUDT, Tony (2006), *Posguerra. Una historia de Europa desde 1945,* Madrid, Taurus.
JUHNKE, Dominik (2015), *Leopold Ranke. Biografie eines Geschichtsbesessenen,* Berlín, Vergangenheitsverlag.
JULIÁ, Santos (1994), «Madrid, capital del Estado (1833-1933)», en Santos Juliá, David Ringrose y Cristina Segura, *Madrid. Historia de una capital,* Madrid, Alianza Editorial-Fundación Caja de Madrid, pp. 253-468.
— (1997), «Introducción», a Manuel Azaña, *Diarios, 1932-1933. «Los cuadernos robados»,* Barcelona, Crítica, pp. vii-xl
— (1999), *Un siglo de España. Política y sociedad,* Madrid, Marcial Pons.
— (2004), *Historias de las dos Españas,* Madrid, Taurus.
— (2008), *Vida y tiempo de Manuel Azaña, 1880-1940,* Madrid, Taurus.
— (2012), «Europeizar España: Ortega y Azaña encuentran a Costa», en Ignacio Peiró Martín (ed.), *Joaquín Costa. El fabricante de ideas. Memoria de un centenario,* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», pp. 99-108.
— (2013), «La nueva generación: de neutrales a antigermanófilos pasando por aliadófilos», *Ayer* 91 (3), pp. 121-144.
JULIÁ, Santos; RINGROSE, David y SEGURA, Cristina (1994), *Madrid. Historia de una capital,* Madrid, Alianza Editorial-Fundación Caja de Madrid.
KAGAN, Richard L. (1998), «El paradigma de Prescott: la historiografía norteamericana y la decadencia de España», *Manuscrits* 16, pp. 229-263.
— (1999), «Los cronistas del emperador», en Pedro Navascués Palacio (ed.), *Carlos V imperator,* Barcelona, Lunwerg, I, pp. 183-211.

— (2001a), «La propaganda y la política: las memorias del emperador», en Francisco Sánchez-Montes González y Juan Luis Castellano (coords.), *Carlos V europeísmo y universalidad. Congreso internacional, Granada mayo 2000,* Granada-Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenario de Felipe II y Carlos V, I, pp. 209-216.
— (2001b), «John Elliot y la historiografía española», en Roberto Fernández, Antoni Passola y María José Vilalta (coords.), *John Elliott. El oficio de historiador,* Lérida, Milenio, pp. 33-42.
— (2002), «From Noah to Moses: The Genesis of Historical Scholarship on Spain in the United States», en Richard L. Kagan (ed.), *Spain in America. The Origins of Hispanism in the United States,* Illinois, University of Illinois, pp. 21-48.
— (2010), «The Spanish Craze: The Discovery of Spanish Art and Culture in the United States», en Richard Kagan e Ignacio Suárez-Zuloaga (dirs.), *When Spain fascinated America,* Madrid, Fundación Zuloaga, pp. 25-45.
KAGAN, Richard y SUÁREZ-ZULOAGA, Ignacio (dirs.) (2010), *When Spain fascinated America,* Madrid, Fundación Zuloaga.
KAPLAN, Steven (1993), *Adieu 89,* París, Fayard.
KERTZER, David (1988), *Ritual, Politics and Power,* New Haven-Londres, Yale University Press.
KIRKPATRICK, Susan (1991), *Las Románticas. Escritoras y subjetividad en España, 1835-1850,* Madrid; Cátedra, Universitat de València e Instituto de la Mujer.
— (2003), *Mujer, modernismo y vanguardia en España (1898-1931),* Madrid; Cátedra, Universitat de València e Instituto de la Mujer.
KNIBIEHLER, Yvonne (1973), *Naissance des sciences humanes: Mignet et l'histoire philosophique au XIXe siècle,* París, Flammarion.
KOSELLECK, Reinhart (1993), *Futuro y pasado. Para una semántica de los tiempos históricos,* Barcelona, Paidós.
KOSELLECK, Reinhart y JEISMANN, Michael (eds.) (1994), *Der politische Totenkult. Kriegerdenkmäler in der Moderne,* Múnich, Wilhelm Fink Verlag.
LA PARRA LÓPEZ, Emilio (coord.) (2011), *La imagen del poder. Reyes y regentes en la España del siglo XIX,* Madrid, Síntesis.
LA PORTE, Pablo (2006), «Marruecos y la crisis de la Restauración, 1917-1923», *Ayer* 63/3, pp. 53-74.
LADERO QUESADA, Miguel Ángel (coord.), *La Edad Media hispánica: en torno a cuatro centenarios,* Madrid, Real Academia de la Historia.
LAFARGA, Francisco y PEGENAUTE, Luis (2004), «Introducción», en Francisco Lafarga y Luis Pegenaute (eds.), *Historia de la traducción en España,* Salamanca, Ambos Mundos, pp. 11-18.
LAFAYE, Jacques (2014), *Un humanista del siglo XX. Marcel Bataillon,* México, FCE.
LAFUENTE Y ZAMALLOA, Modesto (1877-1882), *Historia general de España, desde los tiempos primitivos hasta la muerte de Fernando VII, por Don —, continuada desde dicha época hasta nuestros días por don Juan*

Valera, de la Real Academia Española, Barcelona, Montaner y Simón, Editores, 6 vols.
— (2002), *Historia General de España, desde los tiempos primitivos hasta nuestros días. Discurso preliminar,* Pamplona, Urgoiti Editores.
LAIGLESIA, Francisco (1908), *Estudios históricos (1515-1555),* Madrid, Imp. del Asilo de Huérfanos del S. C. de Jesús.
— (1909), «Las Cortes españolas durante el reinado del Emperador Carlos V, y examen según ellas de la política imperial», *Discursos leídos ante la RAH en la recepción pública de D. —, el día 31 de octubre de 1909,* Madrid, Est. Tip. de Jaime Ratés Martín.
LANERO, Juan José y VILLORIA, Secundino (1996), *Literatura en traducción. Versiones españolas de Franklin, Irving, Cooper, Poe, Hawthorne, Longfellow, Prescott, Emerson y Whitman en el siglo XIX,* León, Universidad de León.
LANFRANCHI, Jacques (2004), *Les statues des grands hommes à Paris: coeurs de bronze, têtes de pierre,* París, L'Harmattan.
LANGEWIESCHE, Dieter (2012), *La época del Estado-nación en Europa,* Valencia, Publicacions de la Universitat de València.
LANZAROTE GUIRAL, José María (2016), «Estudio introductorio» a Valentín Carderera, *Diarios de viaje de Valentín Carderera por Europa (1841-1861) París, Londres, Bélgica y Alemania,* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».
LANZAROTE GUIRAL, José María y ARANA COBOS, Itziar (2013), *Viaje artístico por Aragón de Valentín Carderera. Monumentos arquitectónicos de España. Dibujos de la Colección Valentín Carderera de la Fundación Lázaro Galdiano, la Biblioteca Nacional de España y la Colección privada de la familia Carderera,* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico»-Fundación Lázaro Galdiano.
LARA GARRIDO, José (2008), «Nación poética y nación política: la construcción cambiante de un paradigma en la historiografía literaria de Quintana (1795-1833)», en Leonardo Romero Tobar (ed.), *Literatura y nación. La emergencia de las literaturas nacionales,* Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, pp. 372-431.
LARRA, Mariano José de (1982), *Articulos sociales, políticos y de crítica literaria,* edición de J. Cano Ballesta, Madrid, Alhambra.
— (2000), «El día de difuntos de 1836. Fígaro en el cementerio», *Colección de artículos dramáticos, literarios, políticos y de costumbres,* edición de Alejandro Pérez Vidal, Barcelona, Crítica, pp. 586-592.
LARRAZ ELORRIAGA, Fernando (2009), *El monopolio de la palabra. El exilio intelectual en la España franquista,* Madrid, Biblioteca Nueva.
— (2010), «La recepción de la literatura del exilio republicano en la revista *Cuadernos Hispanoamericanos* (1948-1975)», *Bulletin hispanique* 112, 2, pp. 717-741 [en red: http://buletinhispanique.revues.org/1245 (consultado el 9 de febrero de 2014)].
— (2011), «Narrativa española fuera de España (1963), de José Ramón Marra-López, y sus repercusiones», *Laberintos. Revista de estudios sobre los exilios culturales españoles* 13, pp. 69-90.

LASALA, Manuel (1865), *Reseña histórico-política del antiguo reino de Aragón,* Zaragoza, Imp. y Libr. de Roque Gallifa (edición facsímil, Zaragoza, Edizions de l'Astral, 1993).

LE MEN, Ségolène y MAGNIEN, Aline (eds.) (2005), *La statuaire publique au XIXe siècle,* París, Éditions de Patrimoine – Centre des Monuments Nationaux.

LEDOUX, Sébastien (2016), *Le devoir de mémoire. Une formule et son histoire,* París, CNRS Éditions.

LEHMANN, Hartmut y VAN HORN MELTON, James (eds.) (1994), *Paths Of Continuity. Central European Historiography from the 1930s to the 1950s,* Washington D. C., German Historical Institute, Cambridge University Press.

LEMARTINEL, Jean (1972), «Lettres inédites de Juan Valera a Morel-Fatio», *Bulletin Hispanique* LXXIV, 3-4, pp. 453-465.

LERNER, Robert E. (2017), *Ernst Kantorowicz: A Life,* Princeton-Oxford, Princeton University Press.

LIDA, Clara E. (2011), «Una latinoamericana, historiadora de España», en Joaquín Álvarez Barrientos (ed.), *Memoria del hispanismo. Miradas sobre la cultura española,* Madrid, Siglo XXI de España Editores, pp. 91-104.

LISTA, Alberto (2007), «De las obras históricas», en Alberto Lista, *Ensayos,* edición, introducción y notas de Leonardo Romero Tobar, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, pp. 262-269.

LITVAK, Lily (1987), *El ajedrez de estrellas. Crónicas de viajeros españoles del siglo XIX por países exóticos (1800-1913),* Barcelona, Laia.

LOMBA, Concha (2016), «Objetivo prioritario de la República: modernizar las artes», en Idoia Murga Castro y José María López Sánchez (eds.), *Política cultural de la Segunda República Española,* Madrid, Editorial Pablo Iglesias, pp. 77-90.

LÓPEZ GARCÍA, Bernabé (2011), *Orientalismo e ideología colonia en el arabismo español (1840-1917),* Granada, Universidad de Granada ([1]1973).

LÓPEZ MONDÉJAR, Publio (1997), *Historia de la fotografía en España,* Barcelona, Lunwerg.

— (2014), *El rostro de las letras. Escritores y fotógrafos en España, desde el Romanticismo hasta la generación de 1914,* Madrid, Ediciones del Azar.

LÓPEZ-MORILLAS, Juan (1980), *El krausismo español. Perfl de una aventura intelectual,* Madrid, Fondo de Cultura Económica ([1]1956).

LÓPEZ-OCÓN CABRERA, Leoncio (2005), «La formación de una malla de corresponsales o de cómo Jiménez de la Espada se insertó en una comunidad científica internacional de americanistas», en Leoncio López-Ocón, Jean-Pierre Chaumiel y Ana Verde Casanova (eds.), *Los americanistas del siglo XIX. La construcción de una comunidad científica internacional,* Madrid, Iberoamericana-Vervuert, pp. 285-310.

— (2006), «Ciencia y progreso durante la época bajoisabelina (1854-1868)», en Manuel Suárez Cortina (ed.), *La redención del pueblo. La cultura progresista en la España liberal,* Santander, Universidad de Cantabria, pp. 315-346.

— (2012), «El papel de Juan Facundo Riaño como inductor del proyecto cultural del Catálogo Monumental de España», en Amelia López-Yarto, Wifredo Rincón García, María del Carmen Hidalgo y María Domingo Forminaya (coords.), *Catálogo monumental de España. Investigación, restauración y difusión,* Madrid, Ministerio de Cultura, pp. 51-73.

López-Ocón, Leoncio; Chaumiel, Jean-Pierre y Verde Casanova, Ana (eds.) (2000), *Los americanistas del siglo xix. La construcción de una comunidad científica internacional,* Madrid, Iberoamericana-Vervuert.

López Piñero, José María (2014), *Santiago Ramón y Cajal,* Valencia, Universitat de València ([1]2006).

López Sánchez, José María (2006a), *Heterodoxos españoles. El Centro de Estudios Históricos, 1910-1936,* Madrid, Marcial Pons, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

— (2006b), «El exilio científico republicano en México: la respuesta a la depuración», en Luis Enrique Otero Carvajal (dir.), *La destrucción de la ciencia en España. Depuración universitaria en el franquismo,* Madrid, Editorial Complutense, pp. 177-239.

— (2013), *Los refugios de la derrota. El exilio científico e intelectual republicano de 1939,* Madrid, CSIC.

— (2016), «La República de las Ciencias y las Letras», en Idoia Murga Castro y José María López Sánchez (eds.), *Política cultural de la Segunda República Española,* Madrid, Editorial Pablo Iglesias, pp. 43-63.

López Vega, Antonio (2011*), Gregorio Marañón. Radiografía de un liberal,* Madrid, Taurus.

López Vela, Roberto (1998), «Entre leyenda, política e historiografía: el debate sobre Felipe II en España en 1867», en José Martínez Millán (dir.), *Felipe II (1527-1598). Europa y la Monarquía Católica,* Madrid, Editorial Parteluz, IV, pp. 379-381.

— (2001), «Carlos V y España en la obra de Modesto Lafuente. La interpretación liberal de nación española dentro del imperio de los Austrias», en José Martínez Millán (ed.), *Carlos V y la quiebra del humanismo político en Europa (1530-1558),* Madrid, Sociedad Estatal para la conmemoración de los Centenarios de Carlos V y Felipe II, III, pp. 153-259.

— (2002), «Comunidades, ciudades y conflicto social en la historiografía del ochocientos. Entre la revolución y la decadencia», en Jesús Bravo, *Espacios de poder: Cortes, ciudades y villas (Siglos xvi-xviii),* Alicante, II, pp. 499-452.

— (2004a), «Las Comunidades: ¿lucha por la libertad o "feudalismo concejil"? El debate sobre la "revolución" en la historiografía de la Restauración», *Investigaciones Históricas* 24, pp. 105-138.

— (2004b), «De Numancia a Zaragoza. La construcción del pasado nacional en las historias de España del ochocientos», en Ricardo García Cárcel (coord.), *La construcción de las Historias de España,* Madrid, Fundación Carolina-Marcial Pons Historia, pp. 195-298.

— (2004c), «El Gran Capitán y la construcción del héroe en el ochocientos. Ejército y vertebración nacional», en Giuseppe Galasso y Carlos José Hernando Sánchez, *El reino de Nápoles y la monarquía de España. En-*

tre agregación y conquista (1485-1535), Madrid, Real Academia de España en Roma, pp. 125-148.
López-Vidriero, María Luisa (dir.); Escapa, Pablo Andrés (ed.) (2011), *Bibliofilia y nacionalismo. Nueve ensayos sobre coleccionismo y artes contemporáneas del libro,* Salamanca, Publicaciones del Semyr.
López-Yarto, Amelia; Rincón García, Wifredo; Hidalgo Brinquis, María del Carmen y Domingo Forminaya, María (coords.) (2012), *Catálogo monumental de España. Investigación, restauración y difusión,* Madrid, Ministerio de Cultura.
Lorente, Jesús Pedro (1996), *El arte de soñar el pasado. Pinturas de Historia en las colecciones zaragozanas,* Zaragoza, Ayuntamiento de Zaragoza.
— (1999), «La mi(s)tificación de Lanuza y el fuerismo contra Felipe II (I de Aragón)», en *Catálogo de la exposición «La época de Carlos V y Felipe II en la pintura de historia del siglo xix»,* Museo Nacional de Escultura, Palacio de Villena. Valladolid 7 de septiembre / 21 de noviembre de 1999, Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, pp. 141-159.
— (2000), «Pintura y escultura de Historia. Los grandes artistas a las puertas de los museos», en María del Carmen Lacarra y Cristina Gómez (coords)*, Historia y política a través de la escultura pública, 1820-1920,* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», pp. 145-172.
— (2010), «La pasión por Goya en Zuloaga y su círculo», *Artigrama* 25, pp. 165-183.
Lorenzo, Anselmo (1974), *El proletariado militante. Memorias de un internacional,* Madrid, Zero-Zyx ([1]1888).
Lowe, Donald M. (1986), *Historia de la percepción burguesa,* México, FCE.
Lowenthal, David (1996), «Identity, Heritage, and History», en John R. Gillis*, Commemorations. The Politics of National Identity,* Princeton, Princeton University Press, pp. 41-57.
— (1998a), «Fabricating Heritage», *History & Memory* 10, 1, pp. 5-24.
— (1998b), *El pasado es un extraño país,* Madrid, Akal (Cambridge University Press, 1985).
Lozano López, Juan Carlos (2008),«La memoria de Goya en Aragón (1828-1978) a golpe de efemérides», en Juan Carlos Lozano López (comis.), *La memoria de Goya (1828-1978),* Zaragoza, Fundación Goya en Aragón, IberCaja y Gobierno de Aragón. Departamento de Educación, Cultura y Deporte, pp. 47-135.
Luengo Sánchez, Jorge (2013), «Representar la monarquía: festividades en torno a la reina niña (1833-1846)», en Encarna García Monerris, Mónica Moreno Seco y Juan I. Marcuello Benedicto (eds.), *Culturas políticas monárquicas en la España liberal. Discursos, representaciones y prácticas (1808-1902),* Valencia, Universitat de València, pp. 109-129.
Luengo Teixidor, Félix y Molina Aparicio, Fernando (eds.) (2016), *Los caminos de la nación. Factores de nacionalización en la España contemporánea,* Granada, Editorial Comares.

LUNA, Félix (1978), *Conversaciones con José Luis Romero. Sobre una Argentina con historia, política y democracia,* Buenos Aires, Editorial Belgrano.
LLORÉNS CASTILLO, Vicente (1949), «La emigración liberal española de 1823», *Revista de Filosofía y Letras,* México (enero-marzo), pp. 73-114.
— (1954), *Liberales y románticos. Una emigración española en Inglaterra (1823-1834),* México, El Colegio de México, 1954.
— (1981), *Aspectos sociales de la literatura española,* Madrid, Castalia (1.ª ed., 1974).
— (2006), *Memorias de una emigración (Santo Domingo, 1939-1945),* Sevilla, Renacimiento.
MAASE, Kaspar (2016),*Diversión limitada. El auge de la cultura de masas (1850-1970),* Madrid, Siglo XXI (ed. original en alemán, [1]1997).
MADARIAGA, Salvador de (1969), *Charles Quint,* París, Albin Michel, 1969 (trad.: *Carlos V. Memorias de Carlos V,* Barcelona, Grijalbo, 1981).
— (1974), *Españoles de mi tiempo,* Barcelona, Planeta.
MAESTRO GONZÁLEZ, Pilar (2005), «La idea de España en la historiografía escolar del siglo XIX», en Antonio Morales Moya y Mariano Esteban de Vega (eds.), *¿Alma de España? Castilla en las interpretaciones del pasado español,* Madrid, Marcial Pons, pp. 141-194.
MAINER BAQUÉ, José-Carlos (1993), «La invención estética de las periferias», en Carmen Pena (comisaria), *Centro y periferia en la modernización de la pintura española (1880-1918), Madrid. Palacio de Velázquez-Bilbao, Museo de Bellas Artes, 1993-1994,* Madrid, CNE. Ministerio de Cultura, pp. 26-33.
— (1994), «La invención de la literatura española», en José María Enguita y José-Carlos Mainer (eds.), *Literaturas regionales en España,* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», pp. 23-45.
— (1995), «Obertura para las luces de una ciudad *(adagio, andante, agitato)*», en el catálogo *Luces de la ciudad. Arte y cultura en Zaragoza 1914-1936,* Zaragoza, Gobierno de Aragón, Ayuntamiento de Zaragoza, pp. 9-29.
— (1996), «Una *sacra conversazione* interrumpida: "Mis amigos" (1920-1936)», en María Rosa Suárez-Zuloaga (comis.), *Zuloaga en Fuendetodos. Colección del Museo Zuloaga de Zumaia,* Zaragoza, Diputación Provincial de Zaragoza-Consorcio Goya Fuendetodos, pp. 63-68.
— (1997a) «Prólogo general» a Pío Baroja, *Obras Completas I. «Desde la última vuelta del camino». Memorias. I. El escritor según él y según los críticos. Familia, infancia y juventud. Final del siglo XIX y principios del siglo XX,* Barcelona, Círculo de Lectores, pp. 11-64.
— (1997b), «El 98, otra manera de ver las cosas», en Carlos Seco Serrano (ed.), *Paisaje y Figura del 98. Ciclo de conferencias,* Madrid, Fundación Central Hispano, pp. 73-89.
— (1998), «El otoño del miedo: la imagen fílmica y literaria de Franco», *Letras Peninsulares* 11, 1 (primavera de 1998), pp. 387-412.
— (2000a), *Historia, literatura, sociedad (y una coda española),* Madrid, Biblioteca Nueva.

— (2000b), «Prólogo» a Philippe Castellano, *Enciclopedia Espasa. Historia de una aventura editorial,* Madrid, Espasa Calpe, pp. 7-10.
— (2000c), *Años de vísperas. La vida de la cultura en España (1931-1939),* Madrid, Espasa.
— (2003), *La filología en el purgatorio. Los estudios literarios en torno a 1950,* Barcelona, Crítica.
— (2005), «Para un mapa de lecturas de la Guerra Civil», *Letra Internacional* 89, pp. 22-30.
— (2010a), *Modernidad y nacionalismo, 1900-1939,* vol. 6: *Historia de la literatura española,* dirigida por José-Carlos Mainer, Barcelona, Crítica.
— (2010b), «Eugeni d'Ors o la habilidad para el fracaso», en *Galería de Retratos,* Granada, Editorial Comares, pp. 131-147 (1.ª ed. en *Turia* 70 [junio-octubre de 2004], pp. 9-22).
— (2010c), *Galería de Retratos,* Granada, Comares.
— (ed.) (2010), *El Centro de Estudios Históricos (1910), y sus vinculaciones aragoneses (con un homenaje a Rafael Lapesa),* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».
— (2011), «La "articulación" de *la voluntad de estilo* (Juan Marichal en 1957)», incluido en el «Homenaje a Juan Marichal», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* 83-84 (diciembre), pp. 30-44.
— (2012a), «Vivir de la literatura. El oficio de escribir y el mercado literario», en Javier Gomá Lanzón (dir.), *Ganarse la vida en el arte, la literatura y la música,* Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, pp. 73-113.
— (2012b), *Pío Baroja,* Madrid, Taurus.
— (2012c), «La filología española en el exilio: continuidad y discontinuidad», *Laberintos. Revista de estudios sobre los exilios culturales españoles* 14, pp. 216-225.
— (2013), *Falange y literatura. Antología,* Barcelona, RBA (Barcelona, Labor, [1]1971).
MAINER BAQUÉ, José-Carlos y ENGUITA, José M.ª (eds.) (2002), *Entre dos siglos: literatura y aragonesismo,* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».
MALAGÓN BARCELÓ, Javier (1976), «Los historiadores y la historia en el exilio», en José Luis Abellán (dir.), *El exilio español de 1939,* V: *Arte y Ciencia,* Madrid, Taurus, pp. 247-353.
MALGAT, Gérard (2007), *Max Aub y Francia o la esperanza traicionada,* Sevilla, Renacimiento.
MALO GUILLÉN, José Luis (2001), «La Real Academia de Ciencias Morales y Políticas ante el proceso de reformas sociales», en Enrique Fuentes Quintana (dir.), *Economía y economistas españoles,* 5. *La crítica a la economía clásica,* Madrid y Barcelona, Fundación de las Cajas de Ahorros Confederadas Fundación de las Cajas de Ahorros Confederadas para la Investigación Económica y Social (FIES) y Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, pp. 495-524.
MANEGLIER, Hervé (1990), *Paris impérial. La vie quotidienne sous le Second Empire,* París, Armand Colin.

MARAÑÓN, Gregorio (1938), *Surveying the Spanish War. Liberalism and Communism,* Nueva York, Peninsular New Service [ed. fr.: «En marge de la guerre civile española. Libéralisme et communisme» apareció en la *Revue de Paris* 44, 24 (15 de diciembre de 1937), pp. 799-817; ed. cast.: *Liberalismo y comunismo. Reflexiones sobre la revolución española,* Buenos Aires, Ediciones OPYPRE, 1938].

MARAVALL CASESNOVES, José Antonio (1958), «La visión utópica del imperio de Carlos V en la España de su época», en *Carlos V (1500-1558). Homenaje de la Universidad de Granada,* Granada, Universidad, Imp. Urania, pp. 41-77.

— (1963a), *Las Comunidades de Castilla, una primera Revolución moderna,* Madrid, Revista de Occidente (Madrid, Alianza Editorial, [3]1979).

— (1963b), «Los factores de progreso en el Renacimiento español», *Discurso leído por el Excmo. Sr. D.—, en el acto de recepción pública en la RAH el día 31 de marzo de 1963 y contestación del Excmo. Sr. Miguel Batllori,* Madrid, Real Academia de la Historia.

— (1966), *Antiguos y modernos. La idea de progreso en el desarrollo inicial de una sociedad,* Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones.

— (1999), *Carlos V y el pensamiento político del Renacimiento,* Madrid, *Boletín Oficial del Estado,* Centro de Estudios Políticos y Constitucionales (Madrid, Instituto de Estudios Políticos, [1]1960).

— (2007), *Teoría del saber histórico,* Pamplona, Urgoiti Editores (Madrid, Revista de Occidente, [1]1958).

MARCILHACY, David (2010), *Raza hispana. Hispanoamericanismo e imaginario nacional en la España de la Restauración,* Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

— (2016), «Las figuras de la "raza": de la España Mayor a la comunidad iberoamericana, perspectivas (post)imperiales en el imaginario español (1)», *Historia y Política* 35 (enero-junio), pp. 145-174.

MARDEN, Charles Carrol (1928), «La educación universitaria en los Estados Unidos», *Residencia. Revista cuatrimestral de la Residencia de Estudiantes* 11, 2 (mayo), pp. 75-76.

MARICHAL, Juan [López] (1952), *La españolización de España. La edad de oro liberal,* México, Publicaciones de «Las Españas».

— (1955), «La unidad vital del pensamiento de Américo Castro y su significación historiográfica», *Revista Hispánica Moderna* 21, pp. 316-322.

— (1957), *La voluntad de estilo: teoría e historia del ensayismo hispánico,* Barcelona, Seix-Barral.

— (1995), *El secreto de España. Ensayos de historia intelectual y política,* Madrid, Taurus.

— (2010), «Una colina legendaria», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* 78-79-80 (diciembre), pp, 403-408.

— (2011), «La restauración de Manuel Azaña», incluido en el «Homenaje a Juan Marichal», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza,* 83-84 (diciembre), pp. 185-198.

MARÍN GELABERT, Miquel Àngel (2005), *Los historiadores españoles en el franquismo, 1948-1975. La historia local al servicio de la patria,* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».
— (2006a), «La fatiga de una generación. Jaume Vicens Vives y su Historia crítica del vida y reinado de Fernando II de Aragón», introducción a la reedición de J. Vicens Vives, *Historia crítica del vida y reinado de Fernando II de Aragón,* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», pp. xi-cxx.
— (2006b), «*Subtilitas Applicandi*. El mito en la historiografía española del Franquismo», *Alcores,* 1, pp. 119-144.
— (2010a), «Esdevenir Vicens», prólogo a Jaume Vicens Vives, *Ferran II i la ciutat de Barcelona,* Barcelona, Editorial Vicens Vives, pp. v-lxxix.
— (2010b), «A través de la muralla. Jaume Vicens Vives y la modernización del discurso histórico», estudio historiográfico a Jaume Vicens Vives, *Aproximación a la Historia de España,* Barcelona, Editorial Vicens Vives, pp. 1-162.
— (2012), «Prólogo» a Jaume Vicens Vives, *España contemporánea (1814-1953),* Barcelona, El Acantilado, pp. 7-39.
— (2015), «Revisionismo de Estado y primera hora cero en España, 1936-1939», en Carlos Forcadell, Ignacio Peiró y Mercedes Yusta (eds.), *El pasado en construcción: revisionismos históricos en la historiografía contemporánea,* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», pp. 362-406.
MARÍN MEDINA, José (1978), *La Escultura Española Contemporánea (1808-1978). Historia y evaluación crítica,* Madrid, Edarcón.
MÁRQUEZ PADORNO, Margarita (2003), *La Agrupación al servicio de la República. La acción de los intelectuales en la génesis del nuevo Estado,* Madrid, Biblioteca Nueva-Fundación José Ortega y Gasset.
MÁRQUEZ VILLANUEVA, Francisco (2002), «Prólogo» a Américo Castro, *Obra reunida,* II: *Cervantes y los casticismos españoles,* Madrid, Editorial Trotta, 2002, pp. 9-53.
MARQUINA, Eduardo (1942), *Los Tres Libros de España. España en ocaso. España militante. España en Albas,* Madrid, Escelícer.
MARTÍ LÓPEZ, Elisa (2002), *Borrowed Word. Translation, Imitation, and the Making of the Nineteenth-Century Novel in Spain,* Lewisburg, Bucknel University Press.
MARTIN, Jean-Clément (2007), *La Vendeé et la Révolution. Accepter la mémoire pour écrire l'histoire,* París, Perrin.
MARTÍN, Francisco de Luis (2009), «La idea de España en la historiografía obrera a fines del siglo XIX», en Mariano Esteban de Vega y Antonio Morales Moya (eds.), *Castilla en España. Historia y representaciones,* Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, pp. 249-289.
MARTÍN, Francisco José (2014), *Intelectuales y reformistas. La Generación de 1914 en España y América,* Madrid, Biblioteca Nueva.
MARTÍN CORRALES, Eloy (2002), *La imagen del magrebí en España. Una perspectiva histórica, siglos XVI-XX,* Barcelona, Edicions Bellatera.

— (2010), «El “moro”, decano de los enemigos exteriores de España: una larga enemistad (siglos VIII-XXI)», en Xosé-Manuel Núñez Seixas y Francisco Sevillano Calero (eds.), *Los enemigos de España. Imagen del otro, conflictos bélicos y disputas nacionales (siglos XVI-XX). Actas del IV Coloquio Internacional de Historia Política 5-6 de junio de 2008,* Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, pp. 165-182.
— (2011), «Regenerar España y conquistar el mercado marroquí: Enric Prat de la Riba y el lugar de Marruecos en su “imperialismo integral”», en Francisco Javier Martínez Antonio e Irene González González (eds.), *Regenerar España y Marruecos. Ciencias y educación en las relaciones hispano-marroquíes a finales del siglo XIX,* Madrid, CSIC, pp.141-185.
MARTÍN EZPELETA, Antonio (2008) «El concepto de *nación* en la historiografía literaria española», en Leonardo Romero Tobar (ed.) (2008), *Literatura y nación. La emergencia de las literaturas nacionales,* Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, pp. 433-465.
MARTÍN GONZÁLEZ, Juan José (1990), «Clientela y lugar de la escultura española. Aplicación a Galicia», en Valeriano Bozal Fernández, Antonio Bonet Correa y Juan José Martín González, *Arte y ciudad en Galicia. Siglo XIX,* Santiago de Compostela, Fundación Caixa Galicia, pp. 39-82.
— (1996), *El monumento conmemorativo en España, 1875-1975,* Valladolid, Secretariado de Publicaciones e Intercambio científico de la Universidad de Valladolid.
MARTÍNEZ, Leticia Ariadna y VERDE CASANOVA, Ana (2005), «Las exposiciones americanistas españolas en la segunda mitad del siglo XIX», en Leoncio López-Ocón, Jean-Pierre Chaumiel y Ana Verde Casanova (eds.), *Los americanistas del siglo XIX. La construcción de una comunidad científica internacional,* Madrid, Iberoamericana-Vervuert, pp. 145-168.
MARTÍNEZ BARO, Jesús (2014), *La libertad de Morfeo. Patriotismo y política en los sueños literarios españoles (1808-1814),* Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza.
MARTÍNEZ DE LA ROSA, Francisco (1857), *Bosquejo histórico de la política de España desde los tiempos de los Reyes Católicos hasta nuestros días,* Madrid, Imprenta y Esterotipia de M. Rivadeneyra, 2 vols.
— (1933), *Obras dramáticas,* Madrid, Espasa-Calpe.
— (1962), *Bosquejo histórico de la política de España desde los tiempos de los Reyes Católicos hasta nuestros días,* en *Obras de don Francisco Martínez de la Rosa,* edición de Carlos Seco Serrano, Madrid, Atlas (BAE), 2 vols.
MARTÍNEZ DE PISÓN, Eduardo (2005), «El paisaje como encuentro y expresión de identidad. Literatura, excursionismo, conservación», en Nicolás Ortega Cantero (ed.), *Paisaje, memoria histórica e identidad nacional,* Madrid-Soria, Fundación Duques de Soria-Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, pp. 45-113.
MARTÍNEZ GALLEGO, F.-A. (2003), «El rescate del héroe: el panteón sincopado del liberalismo español (1808-1936)», en Manuel Chust y Víctor Mínguez (eds.), *La construcción del héroe en España y México,* Valencia, Publicacions de la Universitat de València, pp. 253-279.

MARTÍNEZ GORRAÑO, María Eugenia (1999), *Españolas en Colombia. La huella cultural de mujeres exiliadas tras la Guerra Civil,* Madrid, Cuadernos de la Fundación Españoles en el Mundo.

MARTÍNEZ LÓPEZ, Fernando; CANAL, Jordi y LEMUS, Encarnación (eds.) (2010), *París, ciudad de acogida. El exilio español durante los siglos XIX y XX,* Madrid, Marcial Pons.

MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús (dir.) (2001), *Historia de la edición en España, 1836-1939,* Madrid, Marcial Pons.

— (2009), *Vivir de la pluma. La profesionalización del escritor, 1836-1936,* Madrid, Marcial Pons.

MARTÍNEZ MILLÁN, José (ed.) (2001), *Carlos V y la quiebra del humanismo político en Europa (1530-1558),* Madrid, Sociedad Estatal para la conmemoración de los Centenarios de Carlos V y Felipe II, 3 vols.

MARTÍNEZ MILLÁN, José y REYERO, Carlos (coords.) (2000), *El siglo de Carlos V y Felipe II. La construcción de los mitos en el siglo XIX, Valladolid, 3-5 de noviembre de 1999,* Madrid, Sociedad Estatal para la conmemoración de los centenarios de Felipe II y Carlos V, 2 vols.

MARTÍNEZ NADAL, Rafael (1983), *Españoles en la Gran Bretaña. Luis Cernuda. El hombre y sus temas,* Madrid, Ediciones Hiperión, 1983, pp. 172-181.

MARTÍNEZ SHAW, Carlos (2001), «Crónica de un deslumbramiento», en Roberto Fernández, Antoni Passola y María José Vilalta (coords.), *John Elliott. El oficio de historiador,* Lérida, Milenio, pp. 43-58.

MARRA-LÓPEZ, José R. (1963), *Narrativa española fuera de España (1939-1961),* Madrid, Guadarrama.

MASSOT I MUNTANER, Joan (1992), *Els intel.lectuals mallorquins davant el franquisme,* Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat.

MAURA, Miguel (2007), *Así cayó Alfonso XIII. De una dictadura a otra,* Madrid, Marcial Pons Historia ([1]1962).

MAURICE, Jacques (1999), «*Alma española,* revue de l'après-98», *Les Cahiers du CICC,* Cergy-Pontoise, Université de Cergy-Pontoise, 10, pp. 165-189.

— (2001), «Un magazine espagnol du début du XXe siècle: *Alma Española*. Textes et images», *Texte et image dans le monde hispanique contemporain,* Rennes, Pilar, pp. 37-55.

— (2003), «Max Aub y la historia de España», en *Colloque International «Max Aub (1903-1972): Enracinements et deracinements», Paris, jeudi 27, vendredi 28 et samedi 29 mars 2003, Paris X-Nanterre,* pp. 1-13 [en red: portal *Entresiglos de la Universitat de València,* coordinado por Bernard Sicot, Luis Llorens y Joan Oleza, http://www.uv.es/Entresiglos/max/index.htm (consultado el 7 de marzo de 2014].

MAYORAL TRIGO, Raul (2014a), *El cinco de marzo de 1839 en Zaragoza. Aquella memorable jornada…(1837-1844),* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».

— (2014b), «No sólo "fiestas de toros": la plaza como espacio para la política, el deporte y el ocio (1764-2014)», en VVAA, *El coso de la Misericordia de Zaragoza (1764-2014),* Zaragoza, Diputación Provincial de Zaragoza, pp. 217-245.

MAZA CASTÁN, Virginia (2002), «El país que celebran los cantos orientales. El recurso a España en la formulación del discurso político alemán de las primeras décadas del siglo XIX», *Ayer* 46, pp. 209-232.

MCCULLY, Marilyn (2011), *Picasso in Paris, 1900-1907/Devorar París. Picasso 1900-1907,* Van Gogh Museum, Ámsterdam, 18 de febrero-29 de mayo de 2011/Museu Picasso Barcelona 30 de junio-15 de octubre de 2011, con contribuciones de Nienke Bakker, Isabel Cendoya y Peter Read, Donostia-San Sebastián, Nerea-Museu Picasso-Van-Gogh Museum.

MCWILLIAM, Neil (2005), «Lieux de mémoire, sites de contestation. Le monument public comme enjeu politique de 1880 à 1914», en Ségolène Le Men y Aline Magnien (eds.), *La statuaire publique au XIXe siècle,* París, Éditions de Patrimoine – Centre des Monuments Nationaux, pp. 100-115.

MEES, Ludger (ed.) (2012), *La celebración de la nación. Símbolos, mitos y lugares de memoria,* Granada, Comares.

MELENDRERAS GIMENO, José Luis (2005), *Un gran escultor monumental del eclecticismo y modernismo español del siglo XIX: Agustín Querol y Subirats (1860-1909),* Murcia, edición del autor.

MENÉNDEZ ROBLES, María Luisa (2006), *El marqués de la Vega Inclán y los orígenes del turismo en España,* Madrid, Ministerio de Industria, Turismo y Comercio.

MENÉNDEZ Y PELAYO, Marcelino (1905), *Orígenes de la novela. I. Introducción. Tratado histórico sobre la primitiva novela española,* Madrid, Librería Editorial de Bailly Bailliére e Hijos, Nueva Biblioteca de Autores Españoles.

MENÉNDEZ PIDAL, Ramón (1940), *Idea Imperial de Carlos V (y otros ensayos),* Madrid, Espasa Calpe.

— (1958), «Formación del fundamental pensamiento político de Carlos V», *Cuarto centenario del emperador Carlos V. Estudios carolinos. Curso de conferencias (octubre-diciembre 1958),* Barcelona, Universidad de Barcelona, pp. 151-160.

— (1977), *Los españoles en la Historia. Cimas y depresiones en la curva de su vida política,* Madrid, Espasa Calpe (2.ª ed., Colección Austral, 1260) (1.ª ed., introducción al tomo I, vol. I, de la *Historia de España dirigida por R. Menéndez Pidal,* Madrid, Espasa Calpe, 1947).

— (1982), «El Imperio romano y su provincia», en Ángel Montenegro Duque y José María Blázquez Martínez, *La conquista y la explotación económica,* vol. I: *España romana (218 a. de J. C. – 414 de J. C.), tomo II de la Historia de España fundada por Ramón Menéndez Pidal, dirigida por José María Jover Zamora,* Madrid, Espasa Calpe ([1]1935), pp. ix-xl.

MENÉNDEZ ROBLES, María Luisa, *El marqués de la Vega Inclán y los orígenes del turismo en España,* Madrid, Ministerio de Industria, Energía y Comercio, 2006.

MERINO CALVO, José Antonio (2012), *El monumento a las Cortes, Constitución y Sitio de Cádiz,* Cádiz, Diputación Provincial de Cádiz.

MERRIMAN, Roger Bigelow (1912), *Annals of the Emperor Charles V. Spanish Text and English Translation,* Oxford, Clarendon Press.

— (1925), *The Rise of the Spanish Empire in the Old World and the New,* III: *The Emperor,* Nueva York (*Carlos V, el emperador y el imperio español en el Viejo y Nuevo Mundo,* Buenos Aires, Espasa Calpe, 1940).
MERTENS, Lothar (2006), *Priester der Klio oder Hofchronisten der Partei? Kollektivbiographische Analysen zur DDR-Historikerschaft,* Gotinga, V&R unipress.
MEUNIER E.-Martin y THÉRIAULT, Joseph Ivon (dirs.) (2007), *Les Impasses de la mémoire. Histoire, filiation, nation et religion,* Montreal, Fides.
MICHONNEAU, Stephan (1999), «Políticas de memoria en Barcelona al final del siglo XIX», *Ayer* 35, pp. 101-120.
— (2000), *Nations en quête de passé. La Péninsule ibérique (XIXe-XXe siècles),* París, Presses de l'Université de Paris-Sorbonne
— (2002), *Barcelona: memòria i identitat. Monuments, commemoracions i mites,* Vic, Eumo Editorial.
— (2009), «¿Lugares de memoria o memoria de los lugares? Estrategias discursivas para expresar un trauma», en Jordi Canal y Javier Moreno Luzón (eds.), *Historia cultural de la política contemporánea,* Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, pp. 149-167.
— (2017), *Fue ayer. Belchite: un pueblo frente a la cuestión del pasado,* Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza.
MIGNET, François-Auguste (1845), *Antonio Perez et Philippe II,* París, Imp. Royale.
— (1845), *Antonio Pérez y Felipe II,* Barcelona, Juan Oliveres.
— (1854), *Charles-Quint, son abdication, son séjour et sa mort au monastère de Yuste,* París (versión española: *Carlos Quinto, su abdicación, su estancia y muerte en el Monasterio de Yuste,* Madrid, Perojo, 1878).
MÍNGUEZ, Víctor (2003), «Héroes clásicos y reyes héroes en el Antiguo Régimen», en Manuel Chust y Víctor Mínguez (eds.), *La construcción del héroe en España y México (1789-1847),* Valencia, Universitat de València, pp. 51-70.
— (ed.) (2013), *Las artes y la arquitectura del poder,* Castelló de la Plana, Publicacions de la Universitat Jaume I.
MOLAS, Pere (2001), «Treinta años de conmemoraciones en historia moderna», en Salvador Claramunt *et al., Las conmemoraciones en la Historia,* Valladolid, Secrtariado de Publicaciones e Intercambio Editorial, Universidad de Valladolid, pp. 63-76.
MOLINA APARICIO, Fernando (2005), *La tierra del martirio español. El País Vasco y España en el siglo del nacionalismo,* Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
— (2006), «España no era tan diferente. Regionalismo e identidad nacional en el País Vasco (1868-1898)», *Ayer* 64 (4), pp. 179-200.
— (2007), «Una nación en armas contra sí misma. Movilización patriótica, ciudadanía y nacionalismo en España (1868-1876)», en Javier Moreno Luzón (ed.), *Construir España. Nacionalismo español y procesos de nacionalización,* Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, pp. 105-126.

— (2010), «La patria de Veremundo: nacionalismo y movilización en el País Vasco», en Mariano Esteban de Vega y M.ª Dolores de la Calle Velasco (eds.), *Procesos de nacionalización en la España contemporánea,* Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, pp. 303-326.

MOLINA APARICIO, Fernando y PÉREZ PÉREZ, José (eds.) (2015), *El peso de la identidad. Mitos y ritos de la historia vasca,* Madrid, Marcial Pons.

MONCLÚS, Antonio (1989), «José Gaos y el significado de "Transterrado"», en José Luis Abellán y Antonio Monclús (coords.), *El pensamiento español contemporáneo y la idea de América. II. El pensamiento en el exilio,* Barcelona, Anthropos, pp. 33-78.

MONEVA Y PUYOL, Juan (1950). «Don Pablo Gil y Gil», *Universidad* 1 (enero-febrero-marzo), pp.105-126.

MONFERRER CATALÁN, Luis (1999), «La relación de José Castillejo con Inglaterra», en Juan Antonio Díaz (coord.), *Castellanos sin Mancha. Exiliados castellano-manchegos tras la Guerra Civil,* Madrid, Celeste Ediciones, pp. 19-30.

— (2008), *Odisea en Albión. Los republicanos españoles exiliados en Gran Bretaña,* Madrid, Ediciones de la Torre.

MONTERO DÍAZ, Mercedes (2010), «The Autobiographical Writings of Alberto Jiménez Fraud (1883-1964)», *Culturales* VI, 11 (enero-junio), pp. 43-62.

MONTERO JIMÉNEZ, José Antonio (2011), *El despertar de la Gran Potencia: las relaciones entre España y los Estados Unidos (1898-1930),* Madrid, Biblioteca Nueva.

MONTRONI, Giovanni (2016), *La continuità necessaria. Università e professori dal fascismo alla Repubblica,* Milán, Mondadori.

MORA GARCÍA, José Luis (2000), «Verdad histórica y verdad estética. Sobre el drama de Pérez Galdós Santa Juana de Castilla», en José Martínez Millán y Carlos Reyero (coords.), *El siglo de Carlos V y Felipe II. La construcción de los mitos en el siglo XIX, Valladolid, 3-5 de noviembre de 1999,* Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, II, pp. 69-99.

MORALES MOYA, Antonio (2009), «Historia, literatura y paisaje en Azorín», en Mariano Esteban de Vega y Antonio Morales Moya (eds.), *Castilla en España. Historia y representaciones,* Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, pp. 277-291.

MORALES MOYA, Antonio (ed.) (2014), *1714. Cataluña en la España del siglo XVIII,* Madrid, Cátedra.

MORAYTA Y SAGRARIO, Miguel (1886-1896), *Historia general de España desde los tiempos ante-históricos hasta nuestros días,* Madrid, Felipe González Rojas, 9 vols.

MOREL-FATIO, Alfred (1871-1880), Bibliothèque Municipale de Versailles, Fond Alfred Morel-Fatio, *Ms. 200 (1) Correspondance littéraire. Années 1871-1878*; *Ms. 200 (1) Correspondance littéraire. Années 1878-1880.*

— (1878), *L'Espagne au XVIe et au XVIIIe siècle, documents historiques et littéraires publiés et annotés par —,* Heilbronn, Henninger Frères.

— (1888-1925), *Études sur l'Espagne,* París, Edouard Champion (4 series).
— (1890), «Grands d'Espagne et petits princes allemands au XVIIIe siècle, d'après la correspondence inédite du comte de Fernán Núñez avec le prince Emmanuel de Salm Salm et la ducheses de Béjar», *Études sur l'Espagne,* 2.ª serie, París, E. Champion.
— (1913), *Historiographie de Charles-Quint. Premiere partie suivie des Mémoires de Charles Quint,* París, Librairie Honoré Champion, Éditeur.
— (1915), «La gallophobie espagnole», *Bibliothèque universelle et Revue suisse* LXXX (diciembre), pp. 471-488.
— (1921-1922) «Catalogue des manuscrits de M. Alfred Morel-Fatio et M. Henri Léonardon», *Bulletin Hispanique* XXIII (enero-marzo), pp. 15-32, 221-234 y 318-334; XXXIV, pp. 68-79.
Moreno Alonso, Manuel (1999), «La imagen del emperador en la historiografía romántica», en *El emperador Carlos y su tiempo. Actas IX Jornadas Nacionales de Historia Militar, Sevilla, 24-28 de mayo de 1999,* Sevilla-Madrid, Cátedra General Castaños, Deimos, pp. 1079-1098.
— (2000), «Del mito al logos en la historiografía liberal. La monarquía hispana en la historia política del siglo xix», en José Martínez Millán y Carlos Reyero (coords.), *El siglo de Carlos V y Felipe II. La construcción de los mitos en el siglo xix, Valladolid, 3-5 de noviembre de 1999,* Madrid, Sociedad Estatal para la conmemoración de los centenarios de Felipe II y Carlos V, I, pp. 101-120.
— (2001), «La "fabricación" de Fernando VII», *Ayer* 41, pp. 17-41.
Moreno Cantano, Antonio César (ed.) (2011), *El ocaso de la verdad. Propaganda y prensa exterior en la España franquista (1936-1945),* Gijón, Ediciones Trea.
Moreno Luzón, Javier (2004), «Entre el progreso y la Virgen del Pilar. La pugna por la memoria en el centenario de la Guerra de la Independencia», *Historia y Política* 12 (2), pp. 41-78.
— (2007), «Introducción. El fin de la melancolía», en J. Moreno Luzón (ed.), *Construir España. Nacionalismo español y procesos de nacionalización,* Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, pp. 13-24.
— (ed.), (2007), *Construir España. Nacionalismo español y procesos de nacionalización,* Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
— (2008), «Liberalismo», en Javier Fernández Sebastián y Juan Francisco Fuentes (dirs.), *Diccionario político y social del siglo xx español,* Madrid, Alianza Editorial, pp. 725-733.
— (2012), «Los institucionistas, el Partido Liberal y la regeneración de España», en Javier Moreno Luzón y Fernando Martínez López (eds.), *La Institución Libre de Enseñanza y Francisco Giner de los Ríos: nuevas perspectivas. 1. Reformismo liberal. La Institución Libre de Enseñanza y la política española,* Madrid, Fundación Francisco Giner de los Rios (Institución Libre de Enseñanza)/Acción Cultural Española, pp. 143-179.
— (2014), «Condensar el alma de España. Archer M. Huntington y la internacionalización de la cultura española», en José García-Velasco (ed.), *Redes internacionales de la cultura española 1914-1939, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes,* pp. 267-274.

— (2015), «Madrid capital de la monarquía», en Margarita Barral Martínez (ed.), *Alfonso XIII visita España. Monarquía y nación,* Granada, Comares, pp. 25-50.

Moreno Luzón, Javier y Gutiérrez Viñuales, Rodrigo (eds.) (2012), *Memorias de la independencia. España, Argentina y México en el primer centenario (1908-1910-1912),* Madrid, AC/E (Accción Cultural Española)/Consorcio para la Conmemoración del II Centenerario de la Constitución de 1812.

Moreno Luzón, Javier y Núñez Seixas, Xosé Manuel (eds.) (2013), *Ser españoles. Imaginarios nacionalistas en el siglo xx,* Barcelona, RBA.

Moreno Luzón, Javier y Rey, Fernando del (eds.) (2013), *Pueblo y nación. Homenaje a José Álvarez Junco,* Madrid, Taurus.

Moreno Sanz, Jesús (1996), «Estudio introductorio: La política desde su envés histórico-vital; Historia trágica de la esperanza y sus utopías», en María Zambrano, *Horizonte del liberalismo,* Madrid, Ediciones Morata, pp. 9-195.

Moreno Seco, Mónica (2001), «María Cristina de Habsburgo, la (in)discreta regente», en Emilio La Parra López (coord.), *La imagen del poder. Reyes y regentes en la España del siglo xix,* Madrid, Síntesis, pp. 389-430.

Moreno Villa (José) (2011), *Memorias,* Madrid, El Colegio de México-Publicaciones de la Residencia de Estudiantes.

Moretti, Mauro (2006), «Archivi e storia nell'Europa del xix secolo. Un discorso intruttivo», en Irene Cotta e Rosalia Manno Tolu (eds.), *Archivi e storia nell'Europa del xix secolo. Alle radici dell'identita culturale europea. Atti del convegno internazionale di studi nei 150 anni dall'istituzione dell'Archivio Centrale, poi Archivio di Stato, di Firenze. Firenze, 4-7 dicembre 2002,* Roma, Ministerio per i beni e le attivitá culturali. Direzione generale per gli archivi, pp. 7-28.

Mornat, Isabelle (2016), *Femmes en images. La caricature de moeurs espagnole au xixe siècle,* Estrasburgo, Presses Universitaire de Strasbourg.

Moro, Renato (2009), «Rituales políticos/ religiones políticas», en Jordi Canal y Javier Moreno Luzón (eds.), *Historia cultural de la política contemporánea,* Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, pp. 97-147.

Morón, Gonzalo (1841), «Martín Fernández de Navarrete», en Nicomedes Pastor Díaz y Francisco de Cárdenas (dirs.), *Galería de españoles célebres contemporáneos. Biografías y Retratos de todos los personajes de nuestros días en las ciencias, en la política, en las armas, en las letras y en las artes,* Madrid, Sanchiz-Ignacio Boix, III, pp. 1-24.

Morón Bueno, José Ramón (1987), «La escultura conmemorativa en los inicios del siglo xx. Su incidencia en Zaragoza», *Urano. Boletín del Museo Pablo Gargallo* 1 (julio), pp. 67-75.

Moses, Dirk (2007), *German Intellectual and the Nazi Past,* Cambridge, Cambridge University Press.

Munita Loínaz, José Antonio (ed.) (2009), *Mitificadores del pasado, falsarios de la Historia. Historia Medieval, Moderna y de América. XI Jor-*

nadas de Estudios Históricos del Departamento de Historia Medieval, Moderna y de América (Vitoria-Gasteiz, 3 al 5 de noviembre de 2009), Bilbao, Servicio Editorial-Argitalpen Zerbitzua, Universidad del País Vasco-Euskal Herriko Unibertsitatea.

MUÑOZ MALDONADO, José (conde de Fabraquer) (1862), *Historia del Emperador V (1500 á 1558),* Madrid, Madrid, Estab. Tip. de D. Francisco de P. Mellado.

MUÑOZ MOLINA, Antonio (2004), «Destierro y destiempo de Max Aub». *Discurso de Ingreso en la Real Academia Española, leído por su autor el día 16 de junio de 1996,* en Max Aub y Antonio Muñoz Molina, *Destierro y destiempo. Dos discurso de ingreso en la Academia,* Valencia, Pre-textos, pp. 57-88.

MURGA CASTRO, Idoia y LÓPEZ SÁNCHEZ, José María (eds.) (2016), *Política cultural de la Segunda República Española,* Madrid, Editorial Pablo Iglesias.

MURGUÍA, Manuel [Martínez] (1865-1913), *Historia de Galicia,* Lugo/La Coruña, Soto Freire/Librería de Don Eugenio Carré, 5 vols.

NAGORE, María; SÁNCHEZ DE ANDRÉS, Leticia y TORRES, Elena (eds.) (2009), *Música y cultura en la Edad de Plata, 1915-1939,* Madrid, Ediciones del ICCMU.

NARANJO OROVIO, Consuelo y PUIG-SAMPER, Miguel Ángel (2009), «De isla en isla: los españoles exiliados en República Dominicana, Puerto Rico y Cuba», *Arbor, Ciencia, Pensamiento y Cultura* 735 (enero-febrero), pp. 87-112.

NAVAJAS, Gonzalo (2013), «El paradigma de la guerra y la narración de la nación española», *Anales de la Literatura Española Contemporánea/ ALEC* 38, 1-2 *(Studies in Honor of José-Carlos Mainer),* pp. 195-214.

NAVARRA ORDOÑO, Andreu (2014), «Antoni Rovira i Virgili: una voraz pasión política», estudio preliminar a Antoni Rovira i Virgili, *Els corrents ideològics de la Renaixença catalana* (edición bilingüe), Pamplona, Urgoiti Editores, pp. vii-cxii.

NAVASCUÉS PALACIO, Pedro (ed.) (1999), *Carlos V imperator,* Barcelona, Lunwerg, 2 vols.

NEGRO PAVÓN, Dalmacio (2015), «Estudio introductorio» a Leopoldo von Ranke, *Sobre las épocas de la Historia moderna,* Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, pp. 11-126.

NEUHEISER, Jörg (2016), *Crown, Church and Constitution. Popular Conservatism in England,* Nueva York-Oxford, Berghahn Books.

NIETO SORIA, José Manuel (2012), «Estudio preliminar. Kantorowicz y los dos cuerpos de un historiador», en Ernst Kantorowicz*, Los dos cuerpos del rey. Un estudio de teología política medieval,* Madrid, Akal, 2012, pp. 5-27 ([1]1957).

NIÑO, Antonio (1988), *Cultura y diplomacia: los hispanistas franceses y España – de 1875 a 1931,* Madrid, CSIC-Casa de Velázquez-Societé des Hispanistes Français.

— (2007), «El exilio intelectual republicano en los Estados Unidos», *Cuadernos de Historia Contemporánea,* vol. extraordinario, pp. 229-244.

NIPPERDEY, Thomas (1992), «La cathédrale de Cologne, monument à la nation», *Réflexions sur l'histoire allemande,* París, Éditions Gallimard, pp. 222-245.

NIVAT, Georges (2007), *Les Sites de la mémoire russe,* I: *Géographie de la mémoire russe,* París, Fayard.

NORA, Pierre (dir.) (1984-1992), *Les Lieux de mémoire. La République, La Nation, Les France,* París, Éditions Gallimard, 3 vols.

— (1992), «L'ere de la commémoration», en Pierre Nora (dir.), *Les Lieux de mémoire,* III: *Les France,* vol. 3: *De l'archive à l`emblème,* París, Éditions Gallimard, pp. 977-1012.

— (1997), *Les Lieux de mémoire. Les France,* París, Éditions Gallimard (Folio), 3 vols.

— (2011a), *Historien public,* París, Éditions Gallimard.

— (2011b), *Présent, nation, mémoire,* París, Éditions Gallimard.

NOS ALDÁS, Eloísa (2002), «El testimonio literario de Max Aub sobre los campos de concentración franceses, 1940-1942», *Laberintos. Revista de estudios sobre los exilios culturales españoles* 1, pp. 52-67.

NÚÑEZ FLORENCIO, Rafael (2013), «Los toros, fiesta nacional», en J. Moreno Luzón y X. M. Núñez Seixas (eds.), *Ser españoles. Imaginarios nacionalistas en el siglo XX,* Barcelona, RBA, pp. 433-463.

NÚÑEZ SEIXAS, Xosé Manuel (2006), *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la Guerra Civil Española (1936-1939),* Madrid, Marcial Pons.

— (2011), «The Iberian Peninsula: Real and Imagined Overlaps», en Tibor Frank y Frank Hadler (eds.), *Disputed Territories and Shared Pasts. Overlapping National Histories in Modern Europe,* Houndmills, Basingstoke, Palgrave Macmillan-European Science Foundation, pp. 329-348.

NÚÑEZ SEIXAS, Xosé Manuel y MOLINA APARICIO, Fernando (eds.) (2011), *Los heterodoxos de la patria: biografías de nacionalistas atípicos en la España del siglo XX,* Granada, Comares.

NÚÑEZ SEIXAS, Xosé Manuel y SEVILLANO CALERO, Francisco (coords.) (2010), *Los enemigos de España. Imagen del otro, conflictos bélicos y disputas nacionales (siglos XVI-XX). Actas del IV Coloquio Internacional de Historia Política 5-6 de junio de 2008,* Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

OLEZA, Joan (2012), «La empresa de escribir. Blasco Ibáñez frente a la contradicción del escritor moderno», en Javier Gomá Lanzón (dir.), *Ganarse la vida en el arte, la literatura y la música,* Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, pp. 115-156.

OLIVERAS I SAMITIER, Josep (2008), «L'organització política territorial de la II República espanyola», en Montserrat Duch Plana (ed.), *La II República espanyola. Perspectives interdisciplinàries en el seu 75è aniversari,* Tarragona, Publicacions URV, pp. 19-49.

OLÓZAGA, Salustiano (1853), «Libertades de Aragón, causas que produjeron su ruina, y medios adoptados para verificarla», *Discurso leído en la sesión pública de la Real Academia de la Historia, al tomar posesión de*

su plaza de Académico de número, el 9 de enero de 1853, Madrid, Real Academia de la Historia.
O'Neill, John (2011), «Archer M. Huntington y las primeras publicaciones de la Hispanic Scoiety of America», en María Luisa López-Vidriero (dir.) y Pablo Andrés Escapa (ed.), *Bibliofilia y nacionalismo. Nueve ensayos sobre coleccionismo y artes contemporáneas del libro,* Salamanca, Publicaciones del Semyr, pp. 243-271.
Orringer, Nelson (1999), «Introducción» a Ángel Ganivet, *Idearium español y el porvenir de España,* Salamanca, Ediciones Almar, pp. 9-93.
Ortega, Julián y Sanmartín, Rebeca (eds.) (2009), *Visitando la Edad Media: representaciones del medievo en la España del siglo xix,* Teruel, Fundación Amantes de Teruel.
Ortega Cantero, Nicolás (ed.) (2005), *Paisaje, memoria histórica e identidad nacional,* Madrid-Soria, Fundación Duques de Soria-Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid.
— (2012), «Los valores del paisaje: la Sierra de Guadarrama en el horizonte de Francisco Giner y la Institución Libre de Enseñanza», en José García-Velasco y Antonio Morales Moya (eds.), *La Institución Libre de Enseñanza y Francisco Giner de los Ríos: nuevas perspectivas. 2. La Institución Libre de Enseñanza y la cultura española,* Madrid, Fundación Francisco Giner de los Rios (Institución Libre de Enseñanza)/Acción Cultural Española, pp. 673-711.
Ortega de la Torre, Eduardo (1987), *Vicent Boix. Aproximació biogràfica al romanticisme valencià,* Valencia, Edicions Alfons el Magnànim.
Ortega y Gasset, José (1983), «Los problemas nacionales y la juventud», en José Ortega y Gasset, *Obras completas,* Madrid, Alianza Editorial-Fundación Ortega y Gasset ([1]1909).
— ([6]2012), «Asamblea para el Progreso de las Ciencias», en José Ortega y Gasset, *Obras completas,* tomo I (1902-1915), Madrid, Taurus-Fundación Ortega y Gasset, pp. 183-188.
Ory, Pascal (1992), *Une Nation pour mémoire. 1889, 1939, 1989 trois jubilés révolutionnaires,* París, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques.
Osma, Guillermo de (2015), *Fortuny,* Madrid, Nerea.
Otero Carvajal, Luis Enrique (2006), «La destrucción de la ciencia en España», en Luis Enrique Otero Carvajal (dir.), *La destrucción de la ciencia en España. Depuración universitaria en el franquismo,* Madrid, Editorial Complutense, pp. 15-72.
— (dir.) (2006), *La destrucción de la ciencia en España. Depuración universitaria en el franquismo,* Madrid, Editorial Complutense.
Ouimette, Víctor (1998), *Los intelectuales españoles y el naufragio del liberalismo (1923-1936),* Valencia, Pre-Textos, 2 vols.
Ovejero y Bustamante, Andrés (1939), «Declaración jurada manuscrita, 14.04.1939, inserta en el Expediente de depuración», *Expediente personal del catedrático —,* Archivo General de la Administración (AGA). Sección Educación y Ciencia, caja 32/16164, expediente 9614-3.

OZANAM, Didier (1997), «Les chartistes et l'Espagne», en Yves-Marie Bercé, Olivier Guyotjeannin y Marc Smith (coords.), *L'École Nationale des Chartes. Histoire de l'École depuis 1821,* París, Gérard Klopp, Editeur, pp. 285-293.

PABÓN Y SUÁREZ DE URBINA, Jesús (1963), *Días de ayer. Historias e historiadores contemporáneos,* Barcelona, Alpha.

— (1999), *Cambó, 1876-1947,* Barcelona, Editorial Alpha (1.ª ed. 1952-1969).

PACHECO, Daniel; DÍEZ TORRE, Alejandro R.; SANZ, Alejandro (eds.), (2004), *Ateneístas ilustres,* Madrid, Ateneo de Madrid.

PÁEZ, Elena (1966), *Iconografía Hispana. Catálogo de los retratos de personajes españoles de la Sección de Estampas de la Biblioteca Nacional,* Madrid, 6 vols.

PALACIO ATARD, Vicente (1948), «Westfalia ante los españoles de 1648 y de 1649», *Arbor* 25 (enero de 1948), pp. 53-58.

— (1949), *Derrota, agotamiento y decadencia en la España del siglo XVII,* Madrid, Rialp.

PALACIOS, María (2016), «Música de concierto y Teatros Líricos en la Segunda República: la creación de la Junta Nacional de Música y Adolfo Salazar», en Idoia Murga Castro y José María López Sánchez (eds.), *Política cultural de la Segunda República Española,* Madrid, Editorial Pablo Iglesias, pp. 91-106.

PALACIOS BAÑUELOS, Luis (2007) *Ramón Carande, un personaje raro,* Córdoba/Madrid, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba/Universidad Rey Juan Carlos.

PALAU CLAVERAS, Agustín (1981), *Índice alfabético de títulos materias, correcciones y adiciones del Manual del Librero Hispano-americano de Antonio Palau y Dulcet,* Oxford, The Dolphin Book, 1981, vol. 7.

PALAU Y DULCET, Antonio (1948-1977), *Manual del librero hispano-americano: bibliografía general española e hispano-americana desde la invención de la imprenta hasta nuestros tiempos,* Barcelona/Oxford, Antonio Palau Dulcet, The Dolphin Book, 28 vols + 7 índices.

PALOMAS I MONCHOLÍ, Joan (2004), *Víctor Balaguer. Renaixença, Revolució i Progrés, Vilanova i la Geltrí,* El Cep i la Nansa edicions.

— (2016), «La Historia de Cataluña y de la Corona de Aragón en la trajectória Intel.lectual de Víctor Balaguer», *Cercles. Revista d'Historia Cultural* 19, pp. 223-246.

PALOS, Joan-Lluís y SÁNCHEZ-COSTA, Fernando (eds.) (2013), *A vueltas con el pasado. Historia, memoria y vida [estudios en honor de Fernando Sánchez Marcos],* Barcelona, Universitat de Barcelona. Publicacions i Edicions.

PALTI, Elías José (2013), «"Ideas, conceptos, metáforas". La tradición alemana de historia intelectual y el complejo entramado del lenguaje», en Javier Fernández Sebastián y Gonzalo Capellán de Miguel (eds.), *Conceptos políticos, tiempo e historia. Nuevos enfoques en historia conceptual,* Santander-Madrid, Ediciones de la Universidad de Cantabria/McGraw-Hill Interamericana de España, pp. 31-59.

PASAMAR ALZURIA, Gonzalo (1991), *Historiografía e ideología en la posguerra española: la ruptura de la tradición liberal,* Zaragoza, Prensas Universitarias.
— (2004), «Las "Historias de España" a lo largo del siglo XX: las transformaciones de un género clásico», en Ricardo García Cárcel (coord.), *La construcción de las Historias de España,* Madrid, Fundación Carolina. Centro de Estudios Hispánicos e Iberoamericanos/Marcial Pons, pp. 299-397.
PASTOR, Reyna (1991), «El Instituto de Historia de España de Buenos Aires y la figura de D. Claudio Sánchez-Albornoz», en Nicolás Sánchez-Albornoz, *El destierro español en América. Un trasvase cultural,* Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana, pp. 125-132.
PASTOR, Reyna *et al*. (1993), *Sánchez Albornoz a debate. Homenaje de la Universidad de Valladolid con motivo de su centenario,* Valladolid, Universidad de Valladolid-Secretariado de Publicaciones.
PASTOR DÍAZ, Nicomedes y CÁRDENAS, Francisco de (dirs.) (1841-1846), *Galería de españoles célebres contemporáneos. Biografías y Retratos de todos los personajes de nuestros días en las ciencias, en la política, en las armas, en las letras y en las artes,* Madrid, Sanchiz-Ignacio Boix, 9 vols.
PAVÓN, Julia (ed.) (2009), *Rewriting the Middle Ages in the Twentieth Century,* vol. II: *National Traditions,* Turnhont (Bélgica), Brepols Publishers.
PEGENAUTE, Luis (2004), «La época romántica», en Francisco Lafarga y Luis Pegenaute (eds.), *Historia de la traducción en España,* Salamanca, Ambos Mundos, pp. 321-396.
PEIRÓ ARROYO, Antonio (2005), *El árbol del Sobrarbe. Los mitos del origen del reino de Aragón,* Zaragoza, Delegación del Gobierno de Aragón.
PEIRÓ MARTÍN, Ignacio (1992), *El mundo erudito de Gabriel Llabrés y Quintana,* Palma de Mallorca, Ayuntament de Palma, Servei d'Arxius i Biblioteques, Biblioteca Gabriel Llabrés.
— (1997), «El Aragón de los niños de Rafael Fuster», en Rafael Fuster, *Compendio de la Historia de Aragón y Zaragoza para uso de las Escuelas de Primera Enseñanza,* Zaragoza, Rolde d'Estudios Aragoneses, pp. vii-xxii.
— (1998), «Valores patrióticos y conocimiento científico: la construcción histórica de España», en Carlos Forcadell (ed.), *Nacionalismo e historia,* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», pp. 29-51.
— (2004), «La consagración de la memoria: una mirada panorámica a la historiografía contemporánea», *Ayer* 53, pp. 179-205.
— (2006), *Los guardianes de la Historia. La historiografía académica de la Restauración,* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico» ([1]1995).
— (2007), «Las metamorfosis de un historiador: El tránsito hacia el contemporaneísmo de José María Jover Zamora», *Jerónimo Zurita* 82, pp. 175-234.
— (2008a), «La construcción del *Archivo nacional* español: los viajes documentales de Pascual de Gayangos», *Jerónimo Zurita* 83, pp. 225-238.
— (2008b), *La Guerra de la Independencia y sus conmemoraciones (1908, 1958, 2008). Un estudio sobre las políticas del pasado,* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».

— (2010a), «Días de Ayer. La Guerra de la Independencia y la "conversión liberal" de los historiadores en el Franquismo», en J. Canal y P. Rújula (eds.), *Guerra de ideas: Política y cultura en la Guerra de la Independencia,* Madrid, Marcial Pons, pp. 445-479.
— (2010b), «Los aragoneses en el Centro de Estudios Históricos: historia de una amistad, historia de una "escuela", historia de una profesión», en José-Carlos Mainer (ed.), *El Centro de Estudios Históricos (1910) y sus vinculaciones aragonesas (con un homenaje a Rafael Lapesa),* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico»/Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, pp. 135-171.
— (2010c), «Cultura nacional y patriotismo español: Culturas políticas, políticas del pasado e historiografía en la España contemporánea», en Manuel Pérez Ledesma y María Sierra (eds.), *Culturas políticas: teoría e historia,* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», pp. 334-335.
— (2012), «Perfiles, memoria e historia de Joaquín Costa. Una selección», en Ignacio Peiró Martín (ed.), *Joaquín Costa. El fabricante de ideas. Memoria de un centenario,* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», pp. 133-243.
— (ed.) (2012), *Joaquín Costa. El fabricante de ideas. Memoria de un centenario,* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».
— (2013a), *Historiadores en España. Historia de la Historia y memoria de la profesión,* Zaragoza, Prensas Universitarias.
— (2013b), «Historiadores en el purgatorio. Continuidades y rupturas en los años sesenta», *Cercles. Revista d'Història Cultural* 16, pp. 53-81.
— (2014), *Luces de la Historia. Estudios de historiografía aragonesa,* Teruel, Instituto de Estudios Turolenses-Diputación de Teruel.
— (2015), «La gran guerra de los historiadores: la encuesta francesa de Alfred Morel-Fatio sobre la neutralidad, la beligerancia y el pacifismo de los intelectuales españoles», en Yolanda Gamarra Chopo y Carlos R. Fernández Liesa (eds.), *Los orígenes modernos del Derecho internacional. Estudios conmemorativos del centenario de la Primera Guerra Mundial,* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», pp. 71-126.
— (2016a), «Transiciones y retornos, pérdidas y reencuentros (la historia de las emociones después de la posmodernidad)», en María Ángeles Naval (ed.), *La transición sentimental,* Madrid-Zaragoza, Visor Libros-Prensa de la Universidad de Zaragoza, pp. 21-66.
— (2016b), «La caída de los dioses: una mutación ideológica de los historiadores españoles, 1936-1940», en Mirella Romero Recio y Guadalupe Soria Tomás (eds.), *El almacén de la Historia. Reflexiones Historiográficas,* Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 162-202.
Peiró Martín, Ignacio y Alares López, Gustavo (2011), «Prólogo», al dosier «Pensar la Historia, celebrar el pasado. Fiestas y conmemoraciones nacionales, siglos XIX-XX», *Jerónimo Zurita* 86.
Peiró Martín, Ignacio y Pasamar Alzuria, Gonzalo (1996), *La Escuela Superior de Diplomática (los archiveros en la historiografía española contemporánea),* Madrid, Anabad.

PEIRÓ MARTÍN, Ignacio y PASAMAR ALZURIA, Gonzalo (2002), *Diccionario Akal de Historiadores españoles contemporáneos (1840-1980),* Madrid, Akal.

PELAYO, Francisco (2016), «Los naturalistas republicanos y la protección del patrimonio científici durante la Guerra Civil», en Idoia Murga Castro y José María López Sánchez (eds.), *Política cultural de la Segunda República Española,* Madrid, Editorial Pablo Iglesias, pp. 199-221.

PELLISTRANDI, Benoit (2003), «La imagen de Castilla en el hispanismo francés», en Pedro Carasa (coord.), *La memoria histórica de Castilla y León. Historiografía castellana en los siglos XIX y XX,* Salamanca, Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura, pp. 392-407.

— (2004), *Un discours national? La Real Academia de la Historia entre science et politique (1847-1897),* Madrid, Casa de Velázquez.

PELLISTRANDI, Benoit y SIRINELLI, Jean-Francois (dir.) (2008), *L'Histoire culturelle en France et en Espagne,* Madrid, Casa de Velézquez.

PELOSI, Hebe Carmen (2005), *Rafael Altamira y la Argentina,* Murcia, Cuadernos de América sin nombre.

PENA LÓPEZ, María del Carmen (1983), *Pintura de paisaje e ideología. La Generación del 98,* Madrid, Taurus.

— (1993), «La modernización del paisaje realista: Castilla como centro de la imagen de España», en el catálogo *Centro y periferia en la modernización de la pintura española (1880-1918), Madrid. Palacio de Velázquez-Bilbao, Museo de Bellas Artes, 1993-1994,* Madrid, CNE. Ministerio de Cultura, pp. 42-48.

— (2012), *Territorios sentimentales: arte e identidad,* Madrid, Biblioteca Nueva.

PENNA, Mario (1959), «Las ideas imperiales de Carlos V y de su Gran Canciller Gattinara», *Cuarto centenario del emperador Carlos V. Estudios carolinos. Curso de conferencias (octubre-diciembre 1958),* Barcelona, Universidad de Barcelona, pp. 97-113.

PÉREZ, Joseph (1970), *La Révolution des «Comunidades» de Castilla (1520-1521),* Bordeaux (versión española: Madrid, Siglo XXI de España, 1977).

— (2006), *Mitos y tópicos de la historia de España,* Madrid, Algaba Ediciones.

— (2009), «Trayectoria de un hispanista», en Ricardo García Cárcel y Eliseo Serrano Martín, *Exilio, memoria personal y memoria histórica. El hispanismo francés de raíz española en el siglo XX,* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», pp. 121-128.

PÉREZ BAZO, Javier (2001), «Estudio preliminar» a Juan Chabás, *Literatura española contemporánea, 1898-1950,* edición de Javier Pérez Bazo, Madrid, Verbum, pp. xlvi-lxvi.

PÉREZ GARZÓN, Juan Sisinio (2000), «La creación de la historia de España», en J. S. Pérez Garzón, Eduardo Manzano Moreno, Ramón López Facal y Aurora Rivière Gómez, *La gestión de la memoria. La historia de España al servicio del poder,* Barcelona, Crítica, 2000, pp. 63-110.

— (2002), «Modesto Lafuente, artífice de la historia de España», en Modesto Lafuente y Zamalloa, *Historia general de España desde los tiempos*

más remotos hasta nuestros días. Discurso Preliminar, Pamplona, Urgoiti Editores, 2002, pp. lx-lxxxi.

PÉREZ GUERRERO, Juan Carlos (2008), *La identidad del exilio republicano en México,* Madrid, Fundación Universitaria Española.

PÉREZ LATORRE (2003), «Aproximación a Félix Navarro: el Monumento al Justiciazgo y la torre conmemorativa de los Sitios», catálogo de la exposición *Félix Navarro. La dualidad audaz, Zaragoza, 9 mayo al 20 de junio de 2003,* Zaragoza, Delegación de Zaragoza del Colegio Oficial de Arquitectos de Aragón, Ayuntamiento, pp. 173-181.

PÉREZ MAGALLÓN, Jesús (2015), *Cervantes, monumento de la nación: problemas de identidad y de cultura,* Madrid, Cátedra.

PÉREZ NAVARRO, Jorge (1999), «*Historia magistra politices*. Notas sobre la conexión entre teoría de la historia y teoría política en Ranke», *Res publica* 4, pp. 93-108.

PÉREZ PASCUAL, José Ignacio (1998), *Ramón Menéndez Pidal. Ciencia y pasión,* Valladolid, Junta de Castilla y León. Consejería de Educación y Cultura.

PÉREZ VEJO, Tomás (2005), «Imágenes, historia y nación. La construcción de un imaginario histórico en la pintura española del siglo XIX», en Francisco Colom González (ed.), *Relatos de nación. La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico,* Madrid, Iberoamericana, Fráncfort del Meno, Vervuert, II, pp. 1117-1154.

— (2007), «El liberalismo español decimonónico y el ser de España. El sueño de una nación liberal y democrática», en Javier Moreno Luzón (ed.), *Construir España. Nacionalismo español y procesos de nacionalización,* Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, pp. 83-103.

— (2015), *España imaginada. Historia de la invención de una nación,* Barcelona, Galaxia Gutenberg.

PÉREZ VELARDE, Luis Alberto (2016), *El Autorretrato e interior de estudio de Antonio Gisbert en la colección del Museo de Bellas Artes de Bilbao,* Bilbao, Bilboko Arte Ederren Museoa Fundazioa – Fundación Museo de Bellas Artes de Bilbao [en red: https://www.museobilbao.com/uploads/salas_lecturas/archivo_es-75.pdf].

PERICAY, Xavier (2013), *Compañeros de viaje. Madrid – Barcelona, 1930,* A Coruña, Ediciones del Viento.

PESET, José Luis (2007), «Cajal y las ciencias Bio-médicas», en Miguel Ángel Puig-Samper (ed.), *Tiempos de investigación. JAE-CSIC, cien años de ciencia en España,* Madrid, CSIC, pp. 55-67.

PESET, Mariano (1992); «Estudio preliminar» a *Obra dispersa de José María Ots Capdequí,* Valencia, Generalitat, 1992, pp. ix-liii.

PEYROU, Florencia (2002a), «La Historia al servicio de la libertad. La "Historia del partido republicano español" de Enrique Rodríguez Solís», en C. Forcadell, C. Frías, I. Peiró y P. Rújula, *Usos públicos de la Historia. VI Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea, Zaragoza 19-21 de septiembre de 2002,* Zaragoza, Asociación de Historia Contemporánea, 2002, I, pp. 519-533.

— (2002b), *El republicanismo popular en España, 1840-1843,* Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz.

PEYROU, Florencia y PÉREZ LEDESMA, Manuel (2009), «Fernando Garrido: historiador y testigo de la España isabelina», prólogo a la reedición de F. Garrido, *La España contemporánea, sus progresos morales y materiales en el siglo XIX,* Pamplona, Urgoiti Editores, pp. vii-cxiii.

PI Y MARGALL, Francisco (1973), *Las Nacionalidades*, Madrid, Edicusa, (1.ª ed., Madrid, Eduardo Martínez, Sucs. de Escribano, 1877; para una edición reciente, véase *Las nacionalidades. Escritos y discursos sobre federalismo,* edición y estudio introductorio de Ramón Máiz, Madrid, Akal, 2009, pp. 71-370).

PI Y MARGALL, Francisco y PI ARSUAGA, Joaquín (1902-1903), *Historia de España en el siglo XIX. Sucesos políticos, económicos, sociales y artísticos acaecidos durante el mismo…,* Barcelona, Imp. de Miquel Seguí, 8 vols.

PIDAL, Pedro (marqués de Pidal) (1862-1863), *Historia de las alteraciones de Aragón en el reinado de Felipe II,* Madrid, J. Martín Alegría, 3 vols. (ed. facsímil en Zaragoza, El Justicia de Aragón-IberCaja, 2001, 3 vols. + 1 de introducción e índices).

— (1890), *Estudios literarios de D. Pedro José Pidal, primer marqués de Pidal,* Madrid, Imp. y Fund. de M. Tello, 2 vols.

PIJOAN, Pol y MARAGALL, Pere (2014), *Josep Pijoan. La vida errant d'un català universal,* Barcelona, Galerada.

PLA, Josep (1976), *Girona, un llibre de records,* Barcelona, Destino.

PLA BRUGAL, Dolores (coord.) (2007), *Pan, trabajo y hogar: el exilio republicano español en América Latina,* prólogo de Nicolás Sánchez-Albornoz, México, Segob, Instituto Nacional de Migración, Centro de Estudios Migratorios, INAH, DGE, Ediciones SA de CV.

PLAMPER, Jan (2014), «Historia de las emociones. Caminos y retos», *Cuadernos de Historia Contemporánea* 36, pp. 17-29.

— (2015), *The History of Emotions. An Introduction,* Oxford, Oxford University Press ([1]2012).

POBLADOR, María Pilar (2004), «En los albores del siglo XX: la arquitectura modernista en Zaragoza y el ambiente de progreso y renovación que acompañó a la Exposición Hispano-Francesa de 1908», en el catálogo *La modernidad y la Exposición Hispano-Francesa de Zaragoza en 1908. Paraninfo de Zaragoza. Diciembre 2004-Febrero 2005,* Zaragoza, CAI-Universidad de Zaragoza, pp. 97-119.

PONS-SOROLLA, Blanca (2014), «Sorolla y Estados Unidos», en Blanca Pons-Sorolla y Mark A. Roglan, *Sorolla y Estados Unidos. 26 de septiembre de 2014-11 enero 2015,* Madrid, Fundación Mapfre, pp. 11-59.

PORCIANI, Ilaria (1993), «Stato e nazione: l'immagine debole dell'Italia», en Simonetta Soldani y Gabriele Turi (dirs.), *Fare gli Italiani: scuola e cultura nell'Italia contemporánea. I. La nascita dello stato nazionale,* Bolonia, Il Mulino, pp. 385-429.

PORTELA SANDOVAL, José (1986a), *Casado del Alisal, 1831-1886,* Palencia, Diputación Provincial.

— (1986b), «El camino americano de los escultores españoles en los siglos XIX y XX», *Actas del VI Congreso del Comité Español de Historia del Arte (CEHA),* Santiago de Compostela, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Santiago de Compostela, 1986, II, pp. 297-306.
— (1991), «Gisbert y Casado en el Congreso de los Diputados», en *Cinco siglos de Arte en Madrid. III Jornadas de Arte (XV-XX) del Instituto Diego Velázquez del CSIC,* Madrid, CSIC, pp. 321-324.
PORTÚS, Javier (2012), *El concepto de Pintura Español. Historia de un problema,* Madrid, Verbum.
— (2016), «Manuel B. Cossío y el Greco», en Salvador Guerrero (ed.), *El arte de saber ver. Manuel B. Cossío, la Institución Libre de Enseñanza y el Greco,* Madrid, Fundación Francisco Giner de los Ríos/Institución Libre de Enseñanza, pp. 81-119.
PORTÚS, Javier y VEGA, Jesusa (2004), *El descubrimiento del arte español. Cossío, Lafuente, Gaya Nuño. Tres apasionados maestros,* Madrid, Nivola.
POULOT, Dominique (1997), *Musée, nation, patrimoine, 1789-1815,* París, Gallimard.
PRADES PLAZA, Sara (2007), «Escribir la Historia para definir la nación. La historia de España en *Arbor:* 1944-1956», *Ayer* 66/2, pp. 177-200.
— (2012), «Discursos históricos e identidad nacional: la Historia de España del nacionalcatolicismo franquista», en Ismael Saz y Ferran Archilés (eds.), *La nación de los españoles. Discursos y prácticas del nacionalismo español en la época contemporánea,* Valencia, Publicacions de la Universitat de València, pp. 55-79.
— (2014), *España y su historia: la Generación de 1948,* Castellón de la Plana, Publicacions de la Universitat Jaume I.
PRADO, Gustavo H. (2008), *Rafael Altamira en América (1909-1910). Historia e historiografía del proyecto americanista de la Universidad de Oviedo,* Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
— (2010), *Las lecciones historiográficas de Rafael Altamira en Argentina (1909). Apuntes sobre Ciencia, Universidad y Pedagogía Patriótica,* Oviedo, Universidad de Oviedo.
PRESCOTT, William Hickling (2010), *Vida de Carlos V tras su abdicación,* Pamplona, Urgoiti Editores (en inglés: 1856).
PRO RUIZ, Juan (2000), «La imagen histórica de la España imperial como instrumento político del nacionalismo conservador», en José Martínez Millán y Carlos Reyero (coords.), *El siglo de Carlos V y Felipe II. La construcción de los mitos en el siglo XIX, Valladolid, 3-5 de noviembre de 1999,* Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, II, pp. 217-235.
PROCHASSON, Christophe (2008), *L'Empire des émotions. Les historianes dans la mêlée,* París, Éditions Demopolis.
— (2009), «Amistades políticas y políticas de la amistad», en Jordi Canal y Javier Moreno Luzón (eds.), *Historia cultural de la política contemporánea,* Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, pp. 217-241.

PROST, Antoine y WINTER, Jay (2004), *Penser la Gran Guerre. Un essai d'historiographie,* París, Éditions du Seuil.
PROUST, Marcel (2005), *La prisionera. III. A la busca del tiempo perdido,* edición de Mauro Armiño, Madrid, Valdemar, pp. 1-352.
PRUGENT LOBERA, Enrique (1880-1884) *Los hombres de la Restauración,* Madrid, Imp. de G. Juste, Imp. de Luis María Puente, Tip. de la Madre Patria, 5 tomos.
PUHLE, Hans-Jürgen (2012), «Símbolos, mitos y lugares de memoria en la política contemporánea», en Ludger Mees (ed.), *La celebración de la nación. Símbolo, mitos y lugares de memoria,* Granada, Comares, pp. 11-29.
PUIG-SAMPER MULERO, Miguel Ángel (ed.) (2007), *Tiempos de investigación. JAE-CSIC, cien años de ciencia en España,* Madrid, CSIC.
PUJADAS, Xavier; SANTACANA, Carles (2001), «La mercantilización del ocio deportivo en España. El caso del fútbol 1900-1928», *Historia Social* 41, III, pp. 147-167.
PUJOL, Enric (1995), *Ferran Soldevila. Els fonaments de la historiografía catalana contemporània,* Catarroja-Barcelona, Editorial Afers.
— (2003), *Història i reconstrucció nacional. La historiografia catalana a l'època de Ferran Soldevila (1894-1971),* Catarroja-Barcelona, Editorial Afers, 2003.
— (2004), «La historiografia del noucentisme i del període republicà», en Albert Balcells (coord.), *Història de la historiografia catalana. Jornades Científiques de l'Institut d'Estudis Catalans. Secció Històrico-arqueológica. Barcelona, 23, 24 i 25 d'octubre de 2003,* Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 2004, pp. 187-204.
PURSEIGLE, Pierre (2013), *Mobilisation, sacrifice et citoyenneté. Angleterre-France, 1900-1918,* París, Les Belles Lettres.
QUERCI, Eugenia (2010), «Zuloaga and the Spanish culture from Europe to the United States», en Richard Kagan e Ignacio Suárez-Zuloaga (dirs.), *When Spain fascinated America,* Madrid, Fundación Zuloaga, pp. 119-151.
QUINTANA, Manuel José (1807-1830), *Vidas de españoles célebres,* Madrid, Imp. Real/Imp. de don Miguel de Burgos, 2 vols.
— (1969), *Poesías completas,* edición, introducción y notas de Albert Dérozier, Madrid, Castalia.
QUIROGA Y FERNÁNDEZ DE SOTO, Alejandro (2008), *Haciendo españoles. La nacionalización de las masas en la Dictadura de Primo de Rivera, 1923-1930,* Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
RABASA, José (2002), *L'Invention de l'Amérique. Historiographie espagnole et formation de l'eurocentrisme,* París, L'Harmatan.
RABATÉ, Jean-Claude (2005), «Introducción» a Miguel de Unamuno, *En torno al casticismo,* Madrid, Cátedra, pp. 9-123.
RABATÉ, Colette y Jean-Claude (2009), *Miguel de Unamuno. Biografía,* Madrid, Taurus.
RALLE, Michel (1999-2000), «La fête militante: l'espace festif des ouvriers à l'épreuve de l'indentité sociale (1850-1920)», *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne* 20-31 (diciembre-junio), pp. 67-82.

RAMÓN SOLANS, Javier (2014), *«La Virgen del Pilar dice…». Usos políticos y nacionales de un culto mariano en la España contemporánea,* Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza.
RAMÓN Y CAJAL, Santiago (2005), *Reglas y consejos sobre investigación científica (Los tónicos de la voluntad),* Madrid, CSIC (Madrid, Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, [1]1897).
RANKE, Leopoldo von (1857), *Los imperios otomano y español en los siglos XVI y XVII,* Madrid, J. M. Ducazcal.
— (1964-1975), *Aus Werk und Nachlass,* Walter Peter Fuchs y Theodor Schieder (eds.), Múnich, Oldenbourg Verlag, 5 vols.
— (2015), *Sobre las épocas de la Historia moderna,* Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
RASSOW, Peter (1958), «Carlos V», en *Carlos V (1500-1558). Homenaje de la Universidad de Granada,* Granada, Universidad, Imp. Urania, pp. 17-25.
RAULET, Gérard (dir.) (2009), *Les Romantismes politiques en Europe,* París, Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme
RECIO AGUDO, Rosa María (1999), «El Mausoleo de Cánovas del Castillo en el Panteón de Hombres Ilustres», en Alfonso Bullón de Mendoza y Luis E. Togores (eds.), *Cánovas y su época. Actas del Congreso, Madrid 20-22 noviembre de 1997,* Madrid, Fundación Cánovas del Castillo II, pp. 973-988.
REDONDO, Agustín (2015), «La recepción del Erasmo y España de Bataillon (1937-1950)», en Eliseo Serrano (coord.), *Erasmo y España. 75 años de la obra de Marcel Bataillon,* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», pp. 17-51.
REGLÁ Y CAMPISTOL, Juan (1959), «Carlos V y Barcelona», en *Estudios carolinos. Cuarto centenario del emperador Carlos V. Curso de conferencias (octubre-diciembre 1958),* Barcelona, Universidad de Barcelona, pp. 37-51.
REIG, Ramiro (2002), *Vicente Blasco Ibáñez,* Madrid, Espasa.
REY HAZAS, Antonio (2000), «Carlos V y Felipe II ante el tribuna de la literatura neoclásica y romántica del XIX», en José Martínez Millán y Carlos Reyero (coords.), *El siglo de Carlos V y Felipe II. La construcción de los mitos en el siglo XIX, Valladolid, 3-5 de noviembre de 1999,* Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, II, pp. 279-306.
REYERO, Carlos (1984), «El grabado decimonónico de temática histórica. La "Historia de España" del Padre Mariana», *Goya* 180-181, pp. 80-85.
— (1987), *Imagen histórica de España (1850-1900),* Madrid, Espasa Calpe.
— (1989), *La pintura de historia en España. Esplendor de un género en el siglo XIX,* Madrid, Cátedra.
— (1992), «Los temas históricos en la pintura española del siglo XIX», en José Luis Díez (dir.), *La pintura de historia del siglo XIX en España,* Madrid, Museo del Prado, Madrid Capital Europea de la Cultura, 1992, pp. 37-67.
— (1999a), *La escultura conmemorativa en España. La edad de oro del monumento público, 1820-1914,* Madrid, Cátedra.

— (1999b), «El siglo más grande de todos los siglos. La época de Carlos V y Felipe II en la pintura de historia», en el catálogo *La época de Carlos V y Felipe II en la pintura de historia del siglo XIX, Museo Nacional de Escultura, Palacio de Villena. Valladolid 7 de septiembre/21 de noviembre 1999,* Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, pp. 26-85.
— (2000), «Monumentalizar la capital: la escultura conmemorativa en Madrid durante el siglo XIX», en María del Carmen Lacarra y Cristina Gómez (coords)*, Historia y política a través de la escultura pública, 1820-1920,* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», pp. 41-62.
— (2003), «¡Salvemos el cadáver! Inmortalidad y contingencia del héroe en la plástica española del siglo XIX»*,* en Manuel Chust y Víctor Mínguez (eds.), *La construcción del héroe en España y México,* Valencia, Publicacions de la Universitat de València, pp. 175-187.
— (2004), «El monumento conmemorativo y las identidades colectivas en España en torno a 1900», en Carlos Forcadell (coord.*), Cultura y política del recuerdo: en el centenario del monumento al Justiciazgo (1904-1004). Quinto encuentro de estudios sobre el Justicia de Aragón, Zaragoza, 28 y 29 de abril de 2004,* Zaragoza, Justicia de Aragón, pp. 131-158.
— (2010), *Alegoría, nación y libertad. El Olimpo constitucional de 1812,* Madrid, Siglo XXI.
— (2015a), *Monarquía y romanticismo. El hechizo de la imagen regia, 1829-1873,* Madrid, Siglo XXI.
— (2015b), «Propaganda, parodia, imagen de marca. La metamorfosis gráfica del monumento a Colón de Barcelona entre dos grandes exposiciones, 1888-1929», en José Antonio Hernández Latas (coord.), *El arte público a través de su documentación gráfica y literaria. Encuentro internacional celebrado del 4 al 7 de noviembre de 2014, organizado por la Institución «Fernando el Católico». Homenaje a Manuel García Guatas,* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», pp. 35-53
Reyero, Carlos y Freixa, Mireia (1995), *Pintura y escultura en España, 1800-1910,* Madrid, Cátedra.
Ribagorda, Álvaro (2009, *Caminos de la modernidad. Espacios e instituciones culturales de la Edad de la Plata (1898-1936),* Madrid, Biblioteca Nueva/Fundación José Ortega y Gasset.
Ribot, Luis (2009), «Bartolomé Bennassar y la Historia de España», en Ricardo García Cárcel y Eliseo Serrano Martín, *Exilio, memoria personal y memoria histórica. El hispanismo francés de raíz española en el siglo XX,* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», pp. 47-62.
Richard, Elodie (2008), *L'Esprit des lois. Droit et sciences sociales à l'Académie royale des sciences morales et politiques d'Espagne (1857-1923),* doctorado de historia de l'Université Paris 1-Sorbonne, bajo la dirección de Bernard Vincent.
— (2015), «The Royal Academy of moral and political sciences and the emergence of social sciences in Spain (1857-1923)», *Empiria. Revista de metodología de ciencias sociales* 31 (mayo-agosto), pp. 35-78.

RICHARDSON, John (1995-1997), *Picaso. Una biografía,* vol. I: *1881-1906* y vol. II: *1907-1917,* con la colaboración de Marilyn McCully, Madrid, Alianza Editorial.
— (2007), *A Life, The Triumphant Years, 1917-1932,* Marilyn McCully (col.), London, Jonathan Cape.
RIDOLFI, Maurizio (2004), «Las fiestas nacionales. Religiones de la patria y rituales políticos en la Europa liberal del "largo siglo XIX"», *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea* 3, pp. 5-52.
— (ed.) (2006), *Rituali civili. Storie nazionalizi e memoria pubbliche nell'Europa contemporanea,* Roma, Gangemi Editore.
RINCÓN GARCÍA, Wifredo (1984), *Un siglo de escultura en Zaragoza (1808-1908),* Zaragoza, Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja.
— (1987), *Francisco Pradilla, 1848-1921,* Madrid, Antiquaria.
— (2002), *Ponziano Ponzano (1813-1877),* Zaragoza, Caja de Ahorros de la Inmaculada.
RINGER, Fritz K. (1995), *El ocaso de los mandarines alemanes. Catedráticos, profesores y la comunidad académica alemana, 1890-1933,* Barcelona, Pomares ([1]1966).
RIQUER, Borja de (2000), *Identitats contemporànies: Catalunya i Espanya,* Barcelona, Eumo Editorial.
— (2001), *Escolta, espanya: la cuestión catalana en la época liberal,* Madrid, Marcial Pons.
— (2016), *Anar de debò. Els catalans i Espanya,* Barcelona, Rosal del Vents.
RIVERO, Ángel (2005), «El mito comunero y la construcción de la identidad nacional en el liberalismo», en Francisco Colom González (ed.), *Relatos de nación. La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico,* Madrid, Iberoamericana, Fráncfort del Meno, Vervuert, I, pp. 148-158.
ROBERTS, Stephen G. H. (2007), *Miguel de Unamuno, o la creación del intelectual español moderno,* Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca.
— (2015), «*Intelectual:* historia de una palabra y de un concepto clave en la obra de Miguel de Unamuno», en J. A. Garrido Ardila (comp.), *El Unamuno eterno,* Barcelona, Anthropos, pp. 431-456.
— (2016), «Los intelectuales en la política cultural republicana», en Idoia Murga Castro y José María López Sánchez (eds.), *Política cultural de la Segunda República Española,* Madrid, Editorial Pablo Iglesias, pp. 223-245.
ROBERTSON, William (1769), *History of the Emperor Charles V,* Londres, W. And W. Straghan, 3 vols.
— (1826), *The Works of William Robertson,* Londres, J. F. Dove, 6 vols.
— (1839), *Historia del reinado del emperador Carlos Quinto, precedida de una descripción de los progresos de la sociedad en Europa, desde la ruina del Imperio romano hasta principios del siglo XVI por W. Robertson. Nueva traducción hecha con todo esmero y exactitud por Dn. José María Gutiérrez de la Peña,* Barcelona, Lib. de J. Oliveres y Gavarró, 4 vols.

— (1840a), *Obras escogidas de William Robertson,* Barcelona, Lib. de J. Oliveres y Gavarró.
— (1840b), *Historia de América,* Cuenca, Francisco Torres (1.ª ed., 1777).
— (1846-1847), *Historia del reinado del emperador Carlos V: precedida de una descripción de los progresos de la sociedad en Europa, desde la ruina del Imperio romano hasta principios del siglo XVI,* edición de Felix Ramón Alvarado y Velaustegui, Madrid, Imp. de D. Julián Arranz, 4 vols.
— (1856), *History of the Reign of Charles The Fifth,* ampliada por William H. Prescott, Londres, George Routledge & Co.
ROCA, Rafael (2016), «La Historia de Cataluña de Víctor Balaguer. Un panorama literari», *Cercles. Revista d'Historia Cultural,* 19, pp. 95-117.
RODRÍGUEZ, Miguel (2004), *Celebración de «la raza». Una historia comparativa del 12 de octubre,* México, Universidad Iberoamericana.
— (2013), *Le 1.er mai,* París, Éditions Gallimard.
RODRÍGUEZ BRAVO, Juan Luis (2006), «Esperanza, libertad y absurdo en la novelística de Roberto Ruiz», en Manuel Aznar Soler (ed.), *Escritores, editoriales y revista del exilio republicano 1939,* Sevilla, Renacimiento-Gexel, pp. 831-840.
RODRÍGUEZ LÓPEZ, Carolina (2012), «Hopes to reach an Academic Project: Spanish Exiled Professors in the US Universities», en Carolina Rodríguez y José M. Faraldo, *Reconsidering a Lost Intellectual Project: Exiles' Reflections on Cultural Differences,* Newcastle, Cambridge Scholars Publishing, pp. 37-61.
RODRÍGUEZ MARTÍN, Nuria (2015), *La capital de un sueño. Madrid en el primer tercio del siglo XX,* Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Asociación de Historia Contemporánea.
RODRÍGUEZ MORANTA, Inmaculada (2013), «Liras y lanzas: los caminos cruzados de *Helios* y *Alma española* (1903-1904)», en Dolores Thion Soriano-Mollá, Luis Beltrán Almería, Solange Hibbs-Lissorgues y Marisa Sotelo Vázquez (eds.), *Tradición e interculturalidad. Las relaciones entre lo culto y lo popular (siglos XIX-XX),* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», pp. 201-209.
RODRÍGUEZ MOYA, Inmaculada (2013), «La Junta de Iconografía Nacional (1876-1961) y el retrato del poder», en Víctor Mínguez (ed.), *Las artes y la arquitectura del poder,* Castelló de la Plana, Publicacions de la Universitat Jaume I, pp. 271-296.
RODRÍGUEZ RUBI, Tomás (1843), «El torero», en *Los españoles pintados por sí mismos,* Madrid, I. Boix Editor, pp. 1-8.
RODRÍGUEZ SÁNCHEZ, Ángel (1987), «Hace cuarenta años: historia contemporánea del trabajo modernista en España», *Studia Histórica. Historia Moderna* 5, pp. 25-56
RODRÍGUEZ SÁNCHEZ, Tomás (1994), *Catálogo de dramaturgos españoles del siglo XIX,* Madrid, Fundación Universitaria Española.
RODRÍGUEZ SOLÍS, Enrique (1892), *Historia del partido republicano español (De sus propagandistas, de sus tribunos, de sus héroes y de sus mártires),* Madrid, Imp. de Fernando Cao y Domingo Val.

ROMEO MATEO, M.ª Cruz (2004), «Discursos de nació i discursos de ciutadania al liberalisme del segle XIX», *Afers* 48, pp. 309-326.
— (2006), «La tradición progresista: historia revolucionaria, historia nacional», en Manuel Suárez Cortina (ed.), *La redención del pueblo. La cultura progresista en la España liberal,* Santander, Universidad de Cantabria, pp. 81-113.
ROMEO MATEO, M.ª Cruz y SAZ, Ismael (eds.) (2002), *El siglo XX. Historiografía e historia,* Valencia, Universitat de València.
ROMERO, Juan; FURIÓ, Antoni (eds.) (2015), *Historia de las Españas. Una aproximación crítica,* Valencia, Tirant Humanidades.
ROMERO TOBAR, Leonardo (2004), «Juan Valera, historiador», en Juan Valera, *Obra histórica,* Pamplona, Urgoiti Editores, pp. xi-lxxxvi.
— (2008), «Usos de *literatura nacional española* anteriores al Romanticismo español», en Leonardo Romero Tovbar, *Literatura y nación. La emergencia de las literaturas nacionales,* Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, pp. 467-489
— (ed.) (2008), *Literatura y nación. La emergencia de las literaturas nacionales,* Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza.
ROUSSEAU, Jean-Jacques (1768), *Dictionnaire de musique,* París, Chez la Veuve Duchesne.
— (1980a), *Del Contrato social. Discurso sobre las ciencias y las artes. Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres,* Madrid, Alianza Editorial ([1]1762).
— (1980b), *Ensayo sobre el origen de las lenguas,* Madrid, Akal.
ROVIRA I VIRGILI, Antoni (2014), *Els corrents ideològics de la Renaixença catalana* (edición bilingüe), Pamplona, Urgoiti Editores.
RUBIO, Jesús y DEAÑO GAMALLO, Antonio (2011-2012), «Emilio Castelar y Leopoldo Alas, *Clarín*: entre la política y la literatura», *Archivum* LXI-LXII, pp. 377-426.
RUDOLF, Karl Friedrich (2000), «Entre mito e historia: Carlos V y la monarquía habsbúrgica en el siglo XIX», José Martínez Millán y Carlos Reyero (coords.), *El siglo de Carlos V y Felipe II. La construcción de los mitos en el siglo XIX, Valladolid, 3-5 de noviembre de 1999,* Madrid, Sociedad Estatal para la conmemoración de los centenarios de Felipe II y Carlos V, II, pp. 327-350.
RUIZ, Roberto (1991), «La segunda generación de escritores exiliados en México», en Charo Portela Yañez (ed.), *Cincuenta años del exilio español en Puerto Rico y el Caribe, 1939-1989: memorias del Congreso Conmemorativo celebrado en San Juan de Puerto Rico,* Sada-La Coruña, Ediciós do Castro.
RUIZ CARNICER, Miguel Ángel (1995), «Los estudiantes de Franco. Albergues y Colegios Mayores en la universidad franquista», *ACIS. Journal of the Association for Contemporary Iberian Studies* 8, 1 (1995), pp. 26-39.
— (1996), *El Sindicato Español Universitario (SEU), 1939-1965. La socialización política de la juventud universitaria en el franquismo,* Madrid, Siglo XXI.

RUIZ-DOMÈNEC, José Enrique (2002), *El Gran Capitán. Retrato de una época,* Barcelona, Altaya.

RUIZ TORRES, Pedro (2001), «Les usages politiques de l'histoire en Espagne. Formes, limites et contradictions», en François Hartog y Jacques Revel (dirs.), *Les Usages politiques du passé,* París, Éditions de L'École des Hautes Études en Sciencias Sociales, pp. 129-156.

— (2002), «Rafael García Ormaechea y la política de reforma social en el primer tercio del siglo XX», en Rafael García Ormaechea, *Supervivencias feudales en España. Estudio de legislación y jurisprudencia sobre señoríos,* Pamplona, Urgoiti Editores, pp. ix-lxxvi.

— (2012), «Estudio preliminar» a Rafael Altamira y Crevea, *Cuestiones obreras,* Valencia, Universitat de València, pp. ix-cviii.

— (2015), «Los usos de la historia en las distintas manera de concebir España», en Juan Romero y Antoni Furió (Eds.), *Historia de las Españas. Una aproximación crítica,* Valencia, Tirant Humanidades, pp. 27-75

RÚJULA LÓPEZ, Pedro (2003), «Conmemorar la muerte, recordar la historia. La Fiesta de los Mártires de la Tradición», *Ayer* 51, pp. 67-85

— (2010), «El francés invasor de 1808», en Xosé-Manuel Núñez Seixas y Francisco Sevillano Calero (eds.), *Los enemigos de España. Imagen del otro, conflictos bélicos y disputas nacionales (siglos XVI-XX). Actas del IV Coloquio Internacional de Historia Política 5-6 de junio de 2008,* Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, pp. 141-164.

RUSIÑOL, Santiago (2004), *Espurnes de la Guerra. Deu jorns al front italià,* Barcelona, L'Avenç.

SAAVEDRA, Ángel (duque de Rivas) (1987), *Romances históricos,* edición de S. García Castañeda, Madrid, Cátedra.

SABROW, Martin (2009), *Erinnerungsorte der DDR,* Múnich, Verlag C. H. Beck.

SÁEZ, Carlos (1997), «Epistolario de Claudio Sánchez-Albornoz y Emilio Sáez II (1950-1951)», *Signo. Revista de Historia de la Cultura Escrita* 4, pp. 273-289.

SÁEZ DE MELGAR, Faustina (1881), «Introducción» a Faustina Sáez de Melgar (dir.), *Las mujeres españolas, americanas y lusitanas pintadas por sí mismas. Estudio completo de la mujer en todas las esferas locales, sus costumbres, su educación, su carácter. Influencia que en ella ejercen las condiciones locales y el espíritu general del país á que pertenece,* Barcelona, Est. Tip. de Juan Pons, pp. v-xii.

SÁEZ MARTÍNEZ, Begoña (2008), «Críticos, críticas y criticadas: el discurso crítico ante la mujer de letras», en Pura Fernández y Marie-Linda Ortega, *La mujer de letras o la letraherida. Discurso y representaciones sobre la mujer escritora en el siglo XIX,* Madrid, CSIC, pp. 33-52.

SALAÜN, Serge (2011), «El público de los espectáculos (mal llamados) menores (1875,1936)», en Ana Cabello, Miguel Carrera, Malvina Guaraglia, Federico López-Terra y Cristina Martínez-Galvez (eds.), *En los márgenes del canon. Aproximaciones a la literatura popular y de masas escrita en español, siglos 20 y 21,* Madrid, CSIC, pp. 139-157.

SALAÜN, Serge y ROBIN, Claire-Nicole (1991), «Artes y espectáculos: tradición y renovación», en Serge Salaün y Carlos Serrano, *1900 en España,* Madrid, Espasa Calpe, pp. 131-159.
SALAÜN, Serge y SERRANO, Carlos (1991), *1900 en España,* Madrid, Espasa Calpe.
SALGUES, Marie (2010), *Teatro patriótico y nacionalismo en España: 1859-1900,* Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza.
SALMON, Christian ([4]2011), *Storytelling. La máquina de fabricar historias y formatear las mentes,* Barcelona Península (París, Éditions La Découverte, 2007).
SALVADOR PRIETO, María del Socorro (1990), *La escultura monumental en Madrid: calles, plazas y jardines públicos (1875-1936),* Madrid, Editorial Alpuerto.
— (1991), «Sabino Medina y el monumento a Murillo en Madrid», *Archivo Español de Arte* 253, pp. 97-101.
SÁNCHEZ-ALBORNOZ, Claudio (1942), *En torno a los orígenes del feudalismo. I. Fideles y gardingos en la monarquía visigoda. Raíces del vasallaje y del beneficio hispanos,* Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo.
— (1954), «España y el feudalismo carolingio. I. El prefeudalismo hispanogodo. II. Las instituciones feudales asturleonesas», en *I Settimane di Studio del Centro Italiano di Studi sull'Alto Medioevo, I problema della civiltà carolingia, 26 marzo – 1 aprile 1953,* Spoleto, Presso la Sede del Centro, pp. 109-146.
— (1956), *España, un enigma histórico,* Buenos Aires, Sudamericana, 2 vols.
SÁNCHEZ-ALBORNOZ, Nicolás (1991), *El destierro español en América. Un trasvase cultural,* Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana.
— (2012), *Cárceles y exilios,* Barcelona, Anagrama.
SÁNCHEZ BLANCO, Francisco (1987), «La "Revolución española" y el liberalismo alemán del siglo XIX: Hermann Baumgarten y la *Historia de España*», *Revista de Estudios Políticos (Nueva época)* 58 (octubre-diciembre), pp. 267-280.
— (2011), «Con Santos Juliá por Sevilla», en José Álvarez Junto y Mercedes Cabrera (eds.), *La mirada del historiador. Un viaje por la obra de Santos Juliá,* Madrid, Taurus, 2011, pp. 353-363.
SÁNCHEZ COSTA, Fernando (2009), «Cultura histórica y nombres de calles. Aproximación al nomenclátor contemporáneo de Barcelona y Madrid», *Memoria y Civilización* 12, pp. 217-251.
SÁNCHEZ GARCÍA, Raquel (2001), «Las formas del libro. Textos, imágenes y formatos», en Jesús A. Martínez Martín (dir.) (2001), *Historia de la edición en España, 1836-1939,* Madrid, Marcial Pons, pp. 110-133.
SÁNCHEZ HORMIGO, Alfonso (2001), «El pensamiento económico de Leopoldo Alas», en Juan José Gil Cremades y Leonardo Romero Tobar (eds.), *Clarín, catedrático de Zaragoza,* Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, pp. 95-120.
SÁNCHEZ MARCOS, Fernando (2002), «En revenant sur les idéntités et les noms des rues en Espagne. Le cas de Barcelone», en Christian Amalvi (dir.), *Une Passion de l'Histoire. Histoire(s), mémoire(s) et Europe.*

Hommage au professeur Charles-Olivier Carbonell, Toulouse, Éditions Privat, pp. 339-348.

SÁNCHEZ MARTÍN (2013), «Creación, construcción y dudas sobre la imagen del héroe revolucionario y del monarca constitucional en 1820», en Encarna García Monerris, Mónica Moreno Seco y Juan I. Marcuello Benedicto (eds.), *Culturas políticas monárquicas en la España liberal. Discursos, representaciones y prácticas (1808-1902),* Valencia, Universitat de València, pp. 59-88.

SÁNCHEZ-MONTES GONZÁLEZ, Francisco y CASTELLANO, Juan Luis (coords.) (2001), *Carlos V, europeísmo y universalidad. Congreso internacional, Granada mayo 2000,* Granada-Madrid, Sociedad Estatal para la conmemoración de los Centenario de Felipe II y Carlos V.

SÁNCHEZ PRIETO, Juan María (2007), «Alcalá Galiano y el dramatismo del XIX español», en Antonio Alcalá Galiano, *Historia de las regencias (1833-1843), continuación de la Historia de España de S. A. Dunham,* Pamplona, Urgoiti Editores.

SÁNCHEZ RON, José Manuel (1988), «La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas ochenta años después», en José Manuel Sánchez Ron (coord.), *1907-1989. La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas ochenta años después. Simposio Internacional, Madrid, 15-17 de diciembre de 1987,* Madrid, CSIC, I, pp. 1-61.

— (1999), *Cincel, martillo y piedra. Historia de la ciencia en España (siglos XIX y XX),* Madrid, Taurus.

— (2013), «Científicos en la Real Academia Española», *Boletín de la Real Academia Española,* XCIII, 308 (julio-diciembre), pp. 539-581.

— (2016a), *José Echegaray (1832-1916). El Hombre Polifacético. Técnica, ciencia, política y teatro en España,* Madrid, Fundación Juanelo Turriano.

— (2016b), «José Echegaray (1832-1916)», introducción a José Echegaray y Eizaguirre, *Recuerdos de mi vida,* Pamplona, Analecta Editorial, pp. v-lxxxviii.

SÁNCHEZ SÁNCHEZ, Isidro (2012), «El fin de la JAE y el triunfo del integrismo», en *Educación, Ciencia y Cultura en España: Auge y colapso (1907-1940). Pensionados de la JAE,* Ciudad Real, Almud Ediciones de Castilla-La Mancha/Centro de Estudios de Castilla-La Mancha (UCLM), pp. 13-60.

SÁNCHEZ VIGIL, Juan Miguel (2005), *Calpe. Paradigma editorial (1918-1925),* Gijón, Ediciones Trea.

SANCHO SORA (2001), «La construcción del monumento al Justiciazgo», en *Primer encuentro de estudios sobre el Justicia de Aragón (Zaragoza, 19 y 20 de mayo de 2000),* Zaragoza, El Justicia de Aragón, pp. 149-162.

SANGRO Y ROS DE OLANO, Pedro (1925), *Crónica del movimiento de Reforma social en España,* Madrid, Sobrinos de la Sucs. de M. Minuesa de los Ríos.

SANMARTÍN BASTIDA, Rebeca (2002), *Imágenes de la Edad Media: la mirada del realismo,* Madrid, CSIC.

SANTIÑO RAMÍREZ DE ALDA, Santiago M. (2015), *Pascual de Gayangos (1809-1897) y el desarrollo de los estudios históricos en la España del siglo XIX,* tesis doctoral dirigida por el doctor Francisco Javier Caspístegui Gorasurreta, Facultad de Filosofía y Letras, Departamento de Historia, Historia del Arte y Geografía, Universidad de Navarra, Pamplona, noviembre.

SANTOVEÑA SETIÉN, Antonio (1994), *Marcelino Menéndez Pelayo. Revisión crítico-biográfica de un pensamiento católico,* Santander, Universidad de Cantabria, Asamblea Regional de Cantabria.

SANTOYO, Fernando (1873), «La Carrera de San Jerónimo», en Eusebio Blasco (dir.), *Madrid por dentro y por fuera. Guía de forasteros incautos. Misterios de la Corte, enredos y mentiras, verdades amargas, fotografías sociales. La familia, la calle, el paseo. Cuadros de costumbres, miserias madrileñas, lujo y bambolla. Tipos de Madrid, señoras y caballeros, políticos y embusteros. Lo de arriba, lo de abajo, lo de fuera y lo de dentro. Madrid tal cual es. Madrid al pelo. Madrid en camisa. Dirigido por — y escrito por varios autores,* Madrid, A. de San Martín y Agustín Jubera, pp. 437-466.

SANZ GARCÍA, Laura (2009), «Jardines soñados, jardines recreados. La búsqueda de las esencias en el paisajismo de la Edad de Plata», en María Nagore, Leticia Sánchez de Andrés y Elena Torres (eds.), *Música y cultura en la Edad de Plata, 1915-1939,* Madrid, Ediciones del ICCMU, pp. 111-128.

SARASA, Esteban y SERRANO, Eliseo (coords.) (1997), *La historia en el horizonte del año 2000,* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».

SARDÁ Y SALVANY, Félix (2010), *El liberalismo es pecado. Cuestiones candentes,* estudio preliminar de Solange Hibss-Lissorgues, Lleida, Pagès Editor (Barcelona, Librería y Tip. Católica, [1]1884).

SARRAILH, Jean (1933), «Introducción», a Francisco Martínez de la Rosa, *Obras dramáticas,* Madrid, Espasa-Calpe, pp. 9-36.

SAZ CAMPOS, Ismael (2003), *España contra España. Los nacionalismos franquistas,* Madrid, Marcial Pons.

SCHIERA, Pierangelo (2006), «Federico Chabod (1901-1960)», en Heinz Duchhardt, Malgorzata Morawiec, Wolfgan Schmale y Winfried Schulze (eds.), *Europa-Historiker. Ein biographisches. Handbuch. Band 1,* Gotinga, Vandenhoeck & Ruprechct, pp. 269-302

SCHORSKE, Carl E. (1981), *Viena Fin-de-Siècle. Política y Cultura,* Barcelona, Gustavo Gili.

— (2001), *Pensar con la historia. Ensayos sobre la transición a la modernidad,* Madrid, Taurus.

SCHWARZSTEIN, Dora (2001), *Entre Franco y Perón. Memoria e identidad del exilio republicano español en Argentina,* Barcelona, Crítica.

SCWEITZER, D. R. (1998), «Robertson, William (1721-1793)», en Daniel R. Woolf (ed.), *A Global Encyclopedia of Historical Writing,* Nueva York-Londres, Garland Publishing, Inc., 1998, II, p. 779.

SEBOLD, Russell P. (2011), «En busca de una identidad y un acento», en Joaquín Álvarez Barrientos (ed.), *Memoria del hispanismo. Miradas*

sobre la cultura española, Madrid, Siglo XXI de España Editores, pp. 51-62.
SECO SERRANO, Carlos (1959), «España y el emperador», en *Estudios carolinos. Cuarto centenario del emperador Carlos V. Curso de conferencias (octubre-diciembre 1958),* Barcelona, Universidad de Barcelona, pp. 53-66.
— (1962), «Estudio preliminar. Martínez de la Rosa. El equilibrio en la crisis», *Obras de don Francisco Martínez de la Rosa,* Madrid, Atlas (Biblioteca de Autores Españoles), I, pp. xxv-xxviii.
— (ed.) (1997), *Paisaje y Figura del 98. Ciclo de conferencias,* Madrid, Fundación Central Hispano.
SEPÚLVEDA, Isidro (2005), *El sueño de la Madre Patria. Hispanoamericanismo y nacionalismo,* Madrid, Fundación Carolina, Centro de Estudios Hispánicos e Iberoamericanos, Marcial Pons.
SERNA, Justo y PONS, Anaclet (2013), *La historia cultural. Autores, obras, lugares,* Madrid, Akal ([1]2005).
SERRA, Xavier (2013), *La filosofía en la cultura catalana,* Catarroja-Barcelona, Editorial Afers.
SERRANO, Carlos (1984), «Patriotisme, questions coloniales et mouvement ouvriers en Espagne á la fin du XXe siècle», *Le Mouvement Social,* 128 (julio-septiembre), pp. 15-25.
— (1999), *El nacimiento de Carmen. Símbolos, mitos y nación,* Madrid, Taurus.
— (dir.) (2000), *Nations en quête de passé. La Péninsule ibérique (XIXe-XXe siècles),* París, Presses de l'Université de Paris-Sorbonne.
SERRANO MARTÍN, Eliseo (coord.) (2015), *Erasmo y España. 75 años de la obra de Marcel Bataillon,* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».
SERRANO MIGALLÓN, Fernando (coord.) (2003), *Los maestros del exilio español en la Facultad de Derecho,* México D. F., Editorial Porrúa.
— (2010), *La inteligencia peregrina. Legado de los intelectuales del exilio republicano español,* Madrid-México D. F., Fondo de Cultura Económica-El Colegio de México.
SHUBERT, Adrian (2001), «En la vanguardia del ocio mercantilizado de masas: la corrida de toros en España siglos XVIII y XIX», *Historia Social* 41, III, pp. 113-126.
— (2002), *A las cinco de la tarde. Una historia social del toreo,* Madrid, Turner.
SIERP, Aline (2012), «Italy's Struggle whit History and the Europeanisation of National Memory», en Ulf Engel, Matthias Middell y Stefan Troebst (eds.), *Erinnerungskulturen in transnationaler Perspektive. Memory Cultures in Transnational Perspective,* Leipzig, Leipziger Universitätsverlag, pp. 219-233.
— (2015), «La lotta italiana con la storia e l'europeizzaione della memoria nazionale», en Leonardo Cecchini y Hans Lauge Hansen (eds.), *Conflictos de la memoria/Memoria de los conflictos. Modelos narrativos de la memoria intergeneracional en España e Italia. Conflitti della memoria/*

Memoria dei conflitti. Modelli narrativi della memoria intergenerazionale in Italia e Spagna, Copenhague, Museum Tusculanum Press-Université de Copenhague, pp. 277-294.

SIERRA, Rafael (1999), «Manuel Fernández Álvarez, *Carlos V. El César y el hombre*», *El Mundo* (domingo, 7 de noviembre), p. 66.

SIETE IGLESIAS, marqués de (1975), «Cánovas del Castillo, académico y director de la Real Academia de la Historia», *Boletín de la Real Academia de la Historia* 177, pp. 121-137.

SILVA HERZOG, Jesús (1972), *Una vida en la vida de México,* México, Siglo XXI.

SIMON, Vera Caroline (2011), «Memorias culturales, nacionales y europeas», *Jerónimo Zurita* 86, pp. 55-70.

SIMON PALMER, María del Carmen (2008), «Vivir de la literatura. Los inicios de la escritora profesional», en Pura Fernández y Marie-Linda Ortega (eds.), *La mujer de letras o la letraherida. Discursos y representaciones sobre la mujer escritora en el siglo XIX,* Madrid, CSIC, pp. 389-407.

SIMON I TARRÉS, Antoni (dir.) (2003), *Diccionari d'Historiografia Catalana,* Barcelona, Enciclopèdia Catalana.

— (2009), *Tendències de la historiografia catalana,* Valencia, Universitat de València, 2009.

— (2011), «Mitos historiográficos sobre la relación Cataluña España en la construcción del Estado moderno. Una lectura crítica de la historiografía nacionalista española», en José Antonio Munita Loínaz (ed.), *Mitificadores del pasado, falsarios de la Historia. Historia Medieval, Moderna y de América. XI Jornadas de Estudios Históricos del Departamento de Historia Medieval, Moderna y de América (Vitoria-Gasteiz, 3 al 5 de noviembre de 2009),* Bilbao, Servicio Editorial-Argitalpen Zerbitzua, Universidad del País Vasco-Euskal Herriko Unibertsitatea, pp. 91-108.

SIOLI, Marco (2006), «La celebrazioni della nazione americana. Dal Giorno del ringraziamento all'11 settembre», en Maurizio Ridolfi (ed.), *Rituali civili. Storie nazionalizi e memoria pubbliche nell'Europa contemporanea,* Roma, Gangemi Editore, 2006, pp. 47-62.

SOBREQUÉS I CALLICÓ, Jaume (2000), *Història d'una amistat. Epistolari de Jaume Vicens i Vives i Santiago Sobrequés i Vidal (1929-1960),* Barcelona, Vicens Vives.

SOLANAS BAGÜÉS, María José (2006), «Historiadores españoles en Europa: política de becas de la Fundación Juan March (1957-1975)», *VI Encuentro de Investigadores del Franquismo, Zaragoza, 15, 16 y 17 de noviembre de 2006,* Zaragoza, Fundación Sindicalismo y Cultura, CCOO-Aragón, 2006, pp. 465-480.

SOLDEVILLA, Carlos (2004), «José Luis López Aranguren: el buen talante como estilo de vida», *Política y Sociedad* 41, 2, pp. 123-143.

SOLDEVILA DURANTE, Ignacio ([2]2003), *El compromiso de la imaginación. Vida y obra de Max Aub,* Valencia, Generalitat Valenciana.

SORIA ANDREU, Francisca (1993), *El Ateneo de Zaragoza (1864-1908),* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».

— (1995), *Las fiestas del Gay Saber: el caso aragonés (1884-1905),* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».
— (2002), «Tópicos y temas floralistas», en José-Carlos Mainer y José M.ª Enguita (eds.), *Entre dos siglos: literatura y aragonesismo,* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», pp. 73-90.
Soriano Fuertes, Mariano (2007), *Historia de la música española desde la venida de los fenicios hasta el año de 1850,* Madrid, Instituto Complutense de Ciencias Musicales (Colección Retornos), 4 tomos en 2 vols. ([1]1855-1859).
Speitkamp, Winfried (1997), «Denkmalsturz und Symbolkonflikt in der modernen Geschichte. Eine Einleitung», en Winfried Speitkamp (ed.), *Denkmalsturz. Zur Konfliktgeschichte politischer Symbolik,* Gotinga, Vandehoeck & Ruprecht.
— (ed.) (1997), *Denkmalsturz. Zur Konfliktgeschichte politischer Symbolik,* Gotinga, Vandehoeck & Ruprecht.
Sternhell, Zeev (2014), *Histoire et Lumières. Changer le monde par la raison. Entretiens avec Nicolas Weill,* París, Albin Michel.
Storm, Eric (1998). «El tercer centenario del Don Quijote en 1905 y el nacionalismo español», *Hispania* LVIII, 2, pp. 625-654.
— (2004), «Las conmemoraciones de héroes nacionales en la España de la Restauración. El centenario de El Greco de 1914», *Historia y Política* 12 (2), pp. 79-104.
— (2011), *El descubrimiento de El Greco. Nacionalismo y arte moderno (1860-1914),* Madrid, Marcial Pons.
— (2016), «Santiago Rusiñol y la modernización cultural en Cataluña», en Salvador Guerrero (ed.), *El arte de saber ver. Manuel B. Cossío, la Institución Libre de Enseñanza y el Greco,* Madrid, Fundación Francisco Giner de los Ríos/Institución Libre de Enseñanza, pp. 225-235.
Sträter, Johannes (1999), «El recuerdo histórico y la construcción de significados políticos. El monumento al emperador Guillermo en la montaña de Kyffhäuser», *Historia y Política* 1 (abril), pp. 83-106.
Stratton-Pruit, Suzanne L. (2010), «Ignacio Zuloaga in America 1909-1925», en Richard Kagan e Ignacio Suárez-Zuloaga (dirs.), *When Spain fascinated America,* Madrid, Fundación Zuloaga, pp. 153-187.
Streeck, Wolfgang (2016), *Comprando tiempo. La crisis pospuesta del capitalismo democrático,* Buenos Aires-Madrid, Katz Editores.
Suárez Cortina, Manuel (ed.) (2003), *Las máscaras de la libertad. El liberalismo español, 1808-1950,* Madrid, Marcial Pons/Fundación Práxedes Mateo Sagasta.
— (2006), *La redención del pueblo. La cultura progresista en la España liberal,* Santander, Universidad de Cantabria.
— (2010), «El republicanismo como cultura política. La búsqueda de una identidad», en Manuel Pérez Ledesma y María Sierra (eds.), *Culturas políticas: teoría e historia,* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», pp. 263-311.
— (2011), «Giner de los Ríos. El institucionismo y la política», en José García-Velasco (ed.), *Giner de los Ríos. Un andaluz de fuego,* Sevilla,

Junta de Andalucía. Consejería de Cultura/Fundación Francisco Giner de los Ríos/Institución Libre de Enseñanza, pp. 201-221.
— (2012), «El sueño de la concordia nacional. Institucionismo y política en la Restauración (1875-1931)», en Javier Moreno Luzón y y Fernando Martínez López (eds.), *La Institución Libre de Enseñanza y Francisco Giner de los Ríos: nuevas perspectivas. 1. Reformismo liberal. La Institución Libre de Enseñanza y la política española,* Madrid, Fundación Francisco Giner de los Rios (Institución Libre de Enseñanza)/Acción Cultural Española, pp. 87-115.
SUÁREZ PAJARES, Javier (2009), «Adolfo Salazar: luz y sombras», en María Nagore, Leticia Sánchez de Andrés y Elena Torres (eds.), *Música y cultura en la Edad de Plata, 1915-1939,* Madrid, Ediciones del ICCMU, pp. 199-219.
SUBIRACHS, Judit (1994), *L'Escultura del segle XIX a Catalunya. Del Romanticisme al Realisme,* Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat.
TACKE, Charlotte (1995), *Denkmal im sozialen Raum. Nationale Symbole in Deutschland und Frankreich im 19 Jahrhundert,* Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht.
TENORIO TRILLO, Mauricio (2010), *Historia y celebración. América y sus centenarios,* Barcelona, Tusquets.
THEIS, Laurent (2008), *François Guizot,* París, Fayard.
THIEBAUT, Carlos (1997), «El talante como categoría moral», *Isegoría. Revista de filosofía moral y política* 15, pp.145-155.
THIESSE, Anne-Marie (1999), *La création des identités nationales. Europe XVIIIe-XXe siècle,* París, Éditions du Seuil.
— (2006), «Les identités nationales, un paradigme transnational», en Alain Dieckhoff y Christophe Jaffrelot, *Repenser le nationalisme. Théories et pratiques,* París, Presses de Sciences Po, pp. 193-226.
THION SORIANO-MOLLÁ, Dolores; BELTRÁN ALMERÍA, Luis; HIBBS-LISSORGUES, Solange y SOTELO VÁZQUEZ, Marisa (eds.) (2013), *Tradición e interculturalidad. Las relaciones entre lo culto y lo popular (siglos XIX-XX),* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».
TILMANS, Karin; VREE, Frank van y WINTER, Jay (eds.) (2010), *Performing the Past. Memory, History, and Identity ind Modern Europe,* Ámsterdam, Amsterdam University Press.
TOBIA, Bruno (1991), *Una patria per gli italiani. Spazi, itinerari, monumenti nel l'Italia unita (1870-1900),* Roma-Bari, Laterza.
— (1998), *L'Altare della Patria,* Bolonia, Il Mulino.
— (2002), «Les itinéraires de la célébration: métamorphoses d'un modèle de l'Italie unitaire à l'Italie fasciste», en Christophe Charle et Daniel Roche (dirs.), *Capitales culturelles. Capitales symboliques. Paris et les expériences européennes XVIIIe-XXe siècles,* París, Publications de la Sorbonne, pp. 71-82.
TORRE, Guillermo de (2002), *Literaturas europeas de vanguardia,* edición de José Luis Calvo Carilla, Pamplona, Urgoiti Editores (Madrid, Caro Raggio, [1]1925).

TORRES CAMPOS, Rafael (1901), «Carácter de la conquista y colonización de las islas Canarias», *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia, en la recepción pública de D. —, el día 22 de diciembre de 1901,* Madrid, Imp. y Litog. del Depósito de Guerra (contestación de Cesáreo Fernández Duro).

TORRES GONZÁLEZ, Begoña (2008), *Mariano Fortuny y Marsal. Un mundo en miniatura,* Madrid, Libsa.

— (2011a), «La larga sombra de los Madrazo. Algunas cuestiones sobre el gusto en el siglo XIX», en Carlos González López y Montserrat Martí Ayxelá (dirs.), *El mundo de los Madrazo. Colección de la Comunidad de Madrid,* Madrid-Zaragoza, Comunidad de Madrid-Diputación Provincial de Zaragoza, pp. 155-175.

— (2011b), «Mariano Fortuny y Marsal. Un pintor entre el coleccionismo y el mercado», en M.ª Dolores Antigüedad del Castillo-Olivares (dir.) y Amaya Alzaga Ruiz (coord.), *Colecciones, expolio, museos y mercado artístico en España en los siglos XVIII y XIX,* Madrid, Editorial Centro de Estudios Ramón Areces, pp. 317-351.

TORTAROLO, Edoardo (2013), «Historians in the Storm: Émigré Historiography in the Twentieth Century», en Matthias Middell y Lluis Roura (eds.), *Transnational Challenges to National History Writing,* Houndmills, Basinstoke, Palgrave Macmillan-European Science Foundation, pp. 377-403.

TOUBERT, Pierre y ZINK, Michel (dirs.); BOMBARDE, Odile (colaboración) (2009), *Moyen Âge et Renaissance au Collège de France. Leçons inaugurales,* París, Fayard.

TRENC, Eliseo (2005), «¿Hispania, una revista modernista?», en Jean-Michel Desvois (ed.), *Prensa, impresos, lectura en el mundo hispánico contemporáneo. Homenaje a Jean-François Botrel,* Bordeaux, Pilar, pp. 273-281.

TUBINO, Francisco María (2003), *Historia del renacimiento literario contemporánea en Cataluña, Baleares y Valencia,* Pamplona, Urgoiti Editores (Madrid, Imprenta y fundición de M. Tello, [1]1880).

TUÑÓN DE LARA, Manuel ([3]1977), *Medio siglo de cultura española (1885-1936),* Madrid, Tecnos ([1]1970).

TUSELL, Javier (1983), «Estudio preliminar» a Luis Araquistáin, *Sobre la guerra civil y en la emigración,* Madrid, Espasa Calpe, pp. 11-128.

— (1997), «El regeneracionismo y las artes plásticas», en Carlos Seco Serrano (ed.), *Paisaje y Figura del 98. Ciclo de conferencias,* Madrid, Fundación Central Hispano, pp. 27-47.

UBACH Y VINYETA, Francisco (1888), «Cataluña y la historia general de España», *Discursos leídos ante la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona en la pública recepción de D. —. el día 18 de marzo de 1888,* Barcelona, Imprenta de Jaime Jepús y Roviralta.

UCELAY-DA CAL, Enric (2003), *El imperialismo catalán. Prat de la Riba, Cambó, D'Ors y la conquista moral de España,* Barcelona, Edhasa.

— (2004), «Tristes tópicos: supervivencia discursiva en la continuidad de una "cultura de guerra civil" en España», *Ayer* 55/3, pp. 83-105.

— (2005), «El catalanismo ante Castilla o el antagonismo ignorado», en Antonio Morales Moya y Mariano Esteban de Vega (eds.), *¿Alma de España? Castilla en las interpretaciones del pasado español,* Madrid, Marcial Pons, pp. 221-270.
— (2014), «Esbozo acerca de los nacionalismos: una hipótesis sobre "historicismo" y "nocionalismo"», en Antonio Morales Moya (ed.), *1714. Cataluña en la España del siglo XVIII,* Madrid, Cátedra, pp. 341-373.
UNAMUNO, Miguel de (1902), *En torno al casticismo,* Madrid-Barcelona, Fernando Fe-Antonio López (reedición Madrid, Cátedra, 2005).
— (1975), *En torno a las Artes,* Madrid, Espasa Calpe.
URÍA, Jorge (2008a), *La España liberal (1868-1917). Cultura y vida cotidiana,* Madrid, Síntesis.
— (2008b), «Imágenes de la masculinidad. El fútbol español en los años veinte», *Ayer* 72, 4, pp. 121-155.
URRUTIA, Federico (1938), *Poemas de la Falange eterna,* Santander, Aldus.
VALDIVIESO, Mercedes (1993), «La Generación del 98 y su estela en el primer tercio del siglo», en el catálogo *Centro y periferia en la modernización de la pintura española (1880-1918), Madrid. Palacio de Velázquez-Bilbao, Museo de Bellas Artes, 1993-1994,* Madrid, CNE, Ministerio de Cultura, pp. 49-97.
VALERA, Juan (1882), «Situación de España al declararse la mayor edad de doña Isabel II», en Modesto Lafuente, *Historia general de España, desde los tiempos primitivos hasta la muerte de Fernando VII, por don, continuada desde dicha época hasta nuestros días por don Juan Valera, de la Real Academia Española con la colaboración de don Andrés Borrego y don Antonio Pirala,* Barcelona, Montaner y Simón, Editores, VI, pp. 407-465.
— (2004a), «*Historia de las alteraciones de Aragón en el reinado de Felipe II,* por el marqués de Pidal», *Obra histórica,* edición de Leonardo Romero Tovar, Pamplona, Urgoiti Editores, pp. 577-582 (publicado en *El Contemporáneo,* 28 de mayo de 1862).
— (2004b), «El Centenario», *Obra histórica,* edición de Leonardo Romero Tovar, Pamplona, Urgoiti Editores, pp. 679-691 ([1]1892).
VALERO GANCEDO, Asunción (2001), «Max Aub y el exilio: ruptura y creación», en Juan Carlos Ara Torralba y Fermín Gil Encabo (eds.), *La España exiliada de 1939. Actas del Congreso «Sesenta años después» (Huesca, 26-29 de octubre de 1999),* Huesca-Zaragoza, Instituto de Estudios Altoaragoneses-Institución «Fernando el Católico», 2001, pp. 533-543.
VALVERDE CONTRERAS, Beatriz (2015), *El orgullo de la nación: la creación de la identidad nacional en las conmemoraciones culturales españolas (1875-1905),* Madrid, CSIC.
VAN HORN MELTON, James (1994), «Introduction: Continuities in German Historical Scholarship, 1933-1960», en Hartmut Lehmann y James Van Horn Melton (eds.), *Paths Of Continuity. Central European Historiography from the 1930s to the 1950s,* Washington D. C., German Historical Institute, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 1-18.

VARELA, Javier (1988), «La muerte del héroe», *Historia Social* 1 (primavera-verano), pp. 19-28.
— (1999), *La novela de España. Los intelectuales y el problema español,* Madrid, Taurus.
— (2015), *El último conquistador: Blasco Ibáñez (1867-1928),* Madrid, Tecnos.
VARELA SUANCES-CARPEGNA, Joaquín (2007), *Política y Constitución en España (1808-1978),* Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
VÁZQUEZ ASTORGA, Mónica (2011), «En busca de una arquitectura de identidad nacional: Teodoro de Anasagasti y Algán», en María Pilar Biel Ibáñez y Ascensión Hernández Martínez (coords.), *Lecciones de los maestros. Aproximación histórico-crítica a los grandes historiadores de la arquitectura española,* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», pp. 169-184.
— (2015), *Cafés de Zaragoza. Su biografía, 1797-1939,* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».
VÁZQUEZ DE PARGA, Ana (ed.) (2001), *Rumbos de la Escultura Española en el siglo XX. Fundación Santander Central Hispano, Madrid, 2 octubre-18 noviembre 2001 – Centro Atlántico de Arte Moderno, Las Palmas de Gran Canaria, 13 diciembre 2001-10 febrero 2002,* Las Palmas-Madrid, CAAM. Centro Atlántico de Arte Moderno/Fundación Santander Central Hispano.
VÁZQUEZ DE PRADA, Valentín (2009), «Pierre Chaunu. In memoriam», *Memoria y Civilización* 12, pp. 7-9.
VÁZQUEZ OCAÑA, Fernando (2007), *Pasión y muerte de la Segunda República española,* Madrid, Fondo de Cultura Económica.
VÁZQUEZ SÁNCHEZ, Elena (1998), *Un historiador del derecho, Pedro José Pidal,* Madrid, Universidad Pontificia de Comillas.
VEGA, Jesusa (2016), *Pasado y tradición: La construcción visual del imaginario español en el siglo XIX,* Madrid, Ediciones Polifemo.
VELASQUEZ, Roxana (2014), «Sorolla y el hispanismo de California», en Blanca Pons-Sorolla y Mark A. Roglan, *Sorolla y Estados Unidos. 26 de septiembre de 2014-11 enero 2015,* Madrid, Fundación Mapfre, pp. 123-137.
VENTRONE, Angelo (2009), «El enemigo interior. Perspectivas historiográficas y metodológicas», en Jordi Canal y Javier Moreno Luzón (eds.) (2009), *Historia cultural de la política contemporánea,* Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, pp. 243-267.
VERGA, Marcello (2006), «Patriottismo istituzionale e memoria collettiva negli Satati di antico», en Irene Cotta y Rosalia Manno Tolu (eds.), *Archivi e storia nell'Europa del XIX secolo. Alle radici dell'identita culturale europea. Atti del convegno internazionale di studi nei 150 anni dall'istituzione dell'Archivio Centrale, poi Archivio di Stato, di Firenze. Firenze, 4-7 dicembre 2002,* Roma, Ministerio per i beni e le attivitá culturali, Direzione generale per gli archivi, pp. 29-35.
VERHAEREN, Emile y REGOYOS, Darío de (2012), *España Negra,* Palma de Mallorca, José J. de Olañeta, Editor.

VERSTEEG, Margot (2000), *De Fusiladores y Morcilleros. El discurso cómico del género chico (1870-1910),* Ámsterdam, Editions Rodopi.
— (2011), *Jornaleros de la pluma: La (re)definición del papel del escritor-periodista en la revista Madrid Cómico,* Madrid, Iberoamericana-Vervuert.
VICENTE Y GUERRERO, Guillermo (2012), *Historia versus razón: del orgulloso forismo al foralismo tolerado, la reacción de la historiografía jurídica aragonesa,* tesis doctoral, dirigida por el doctor Ignacio Peiró Martín, Departamento de Historia Moderna y Contemporánea, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Zaragoza, 2 vols.
VICENS VIVES, Jaime (1949), «La Generación del 48», *Destino* 641 (19 de noviembre), p. 14.
— (2010), *Aproximación a la Historia de España, Obra escogida,* Barcelona, Ediciones Vicens Vives ([1]1952).
VICENS VIVES, Jaime; REGLÁ, Juan y NADAL, Jorge (1958), «L'Espagne aux XVIe et XVIIe siècles. L'Époque des souverains autrichiens. Tendances, problemes et perspectives de travail de la recherche historique en Espagne», *Revue Historique,* CCXX, 447 (julio-septiembre), pp. 1-42.
VICIANO, Pau (2005), *El regne perdut. Quatre historiadors a la recerca de la identitat valenciana,* Catarroja, Editorial Afers.
— (2016), «Manuel Danvila (1830-1906), un historiador académico entre la crítica erudita y la política conservadora», estudio preliminar a Manuel Danvila y Collado, *Las Germanías de Valencia,* Pamplona, Urgoiti Editores, pp. vii-lxxi.
VIDAL OLIVERAS, Jaume (2014), «"Une très belle affaire". La Exposición de Arte Francés de Barcelona de 1917», en Félix Fanés y Joan M. Minguet (eds.), *Barcelona zona neutral 1914-1918,* Barcelona, Fundación Joan Miró, pp. 155-161.
VILANOVA Y PIERA, Juan (1889), «Historia de nuestro planeta: Protohistoria», *Discursos leídos en la RAH en la recepción pública del Dr. D. —, el día 29 de junio de 1889,* Madrid, Imp. de A. Pérez Dubrull.
VILAR, Pierre (2004), *«Pensar históricamente», Memoria, historia e historiadores,* Granada, Universidad de Granada, Universitat de València.
VILCHES GARCÍA, Jorge (2001), *Emilio Castelar. La Patria y la República,* Madrid, Biblioteca Nueva.
— (2012), «Miguel Morayta. Vida política e historiografía republicana», en Miguel Morayta, *Las constituyentes de la República española,* Pamplona, Urgoiti Editores, pp. vii-cliv.
— (2015), «Contra la utopía. El origen del republicanismo conservador en España (1870-1880)», *Historia Contemporánea* 51, pp. 577-607.
VILLACAÑAS, José Luis (2008), *¿Qué imperio? Un ensayo polémico sobre Carlos V y la España imperial,* Córdoba, Almuzara.
VILLACORTA BAÑOS, Francisco (1985), *El Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid (1885-1912),* Madrid, CSIC.
— (2008), «Emilio Castelar, su vida, su política, sus obras», en Emilio Castelar, *Historia de la revolución francesa. Un prólogo a Thiers,* Pamplona, Urgoiti Editores, pp. vii-cxxviii.

VILLANUEVA, Carlos (2009), «Adolfo Salazar y la crítica musical: las otras orillas», en María Nagore, Leticia Sánchez de Andrés y Elena Torres (eds.), *Música y cultura en la Edad de Plata, 1915-1939,* Madrid, Ediciones del ICCMU, pp. 221-264.

VILLAR PEÑA, Paco (2013), *Barcelona, ciudad de cafés,* Barcelona, Ediciones Invisibles-Ajuntament de Barcelona.

VILLARES PAZ, Ramón (1997), *Figuras da Nación,* Vigo, Edicións Xerais de Galicia.

— (2013), «José Luis Romero y el exilio republicano en la Argentina», en José Emilio Burucúa, Fernando Devoto y Adrián Gorelik (eds.), *José Luis Romero. Vida histórica, ciudad y cultura,* San Martín, Universidad Nacional de Gral. San Martín (Unsam), pp. 293-330.

VILLEGAS, Jean-Claude (2009), «Entre la verdad y la fábula», en Ricardo García Cárcel y Eliseo Serrano Martín (eds.), *Exilio, memoria personal y memoria histórica. El hispanismo francés de raíz española en el siglo XX,* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», pp. 309-318.

VIÑES MILLET, Cristina (2000), «Melchor Fernández Almagro y la cultura de su época (esbozo biográfico)», en Rafael Sánchez Mantero, Alberto Ramos Santana *et al., Homenaje a D. José Luis Comellas,* Sevilla, Universidad de Sevilla, 2000, pp. 237-255.

— (2007), «Melchor Fernández Almagro. Aproximación a su vida y su obra», prólogo a la reedición de Melchor Fernández Almagro, *Vida y literatura de Valle-Inclán,* Pamplona, Urgoiti Editores, pp. vii-lxx.

VOLTAIRE (2013), *El siglo de Luis XIV,* México, Fondo de Cultura Económica ([1]1752).

WEBER, Wolfgang (1987), *Biographisches Lexikon zur Geschichtswissenschaft in Deutschland, Österreich und der Schweiz. Die Lehrstuhlinhaber für Geschichte von den Anfängen des Faches bis 1970. 2., Auflage,* Fráncfort del Meno, Peter Lang Verlarg.

WECHSLER, Diana B. (2005), «Bajo el signo del exilio», en Yayo Aznar y Diana B. Wechsler (comps.), *La memoria compartida. España y la Argentina en la construcción de un imaginario cultural (1898-1950),* Buenos Aires, Paidós, pp. 271-298.

WINOCK, Michel (2004), *Las voces de la libertad. Intelectuales y compromiso en la Francia del siglo XIX,* Barcelona, Edhasa.

WINTER, Jay (1995), *Sites of Memory, Sites of Mourning. The Great War in European Cultural History,* Nueva York, Cambridge University Press.

WOLIN, Richard (2013), «The Decline of the German Mandarins», *Modern Intellectual History* 10, 1 (abril), pp. 245-257.

WOOLF, Daniel R. (ed.), *A Global Encyclopedia of Historical Writing,* Nueva York-Londres, Garland Publishing, Inc., 1998, 2 vols.

XIRAU, Joaquin (1998), *Obras completas. I. Escritos fundamentales,* edición de Ramón Xirau, Barcelona-Madrid, Anthropos-Fundación Caja Madrid.

YEVES ANDRÉS, Juan Antonio; MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, Fernando J. y TOSTÓN OLALLA, Mercedes (2002), *La España Moderna. Catálogo de la editorial. Índice de las revistas,* Madrid, Libris (Asociación de Libreros de Viejo).

YLLÁN CALDERÓN, Esperanza (1985), *Cánovas del Castillo: entre la historia y la política,* Madrid, Centro de Estudios Constitucionales.
YNDURÁIN, Francisco (1953a), «Resentimiento español. Arturo Barea», *Arbor* 85 (enero), pp. 73-79.
— (1953b), «Tres novelistas y un renegado», *Doncel* (febrero), pp. 19-22.
YÑIGUEZ OVANDO, Rocío (2002), *Ramón Carande: un siglo de vida,* Madrid, Fundación Universitaria Española.
ZABALA, Alejandro (2004-2005), «La producción liederística de Felip Pedrell», *Recerca Musicològica* XIV-XV, pp. 325-334.
ZAMBRANA MORAL, Patricia y MARTÍNEZ BARRIOS, Elena (2001), *Depuración política universitaria en el primer franquismo: algunos catedráticos de Derecho,* Barcelona-Zaragoza, Cátedra de Historia del Derecho y de las Instituciones (Facultad de Derecho, Universidad de Málaga).
ZAMBRANO, María (1937), *Los intelectuales en el drama de España,* Santiago de Chile, Panorama.
— (1998), *Los intelectuales en el drama de España y escritos de la Guerra Civil,* Madrid, Trotta.
— (2014), *Obras completas VI. Parte I. Escritos autobiográficos. Delirio. Poemas (1928-1990). Parte II. Delirio y destino (1952),* Barcelona, Galaxia Gutenberg.
ZAPATERO, Virgilio (2007), «La sincronización de España con Europa», en Miguel Ángel Puig-Samper (ed.), *Tiempos de investigación. JAE-CSIC, cien años de ciencia en España,* Madrid, CSIC, pp. 23-27.
ZARAGOZA (1863), *Descripción de las calles, plazas, plazuelas, puertas y paseos de la ciudad de Zaragoza, con expresión de sus actuales límites y de sus denominaciones antigua y moderna,* Zaragoza.

ÍNDICE GENERAL

Introducción. Celebrar la nación/pensar con la historia 5

I. En los altares de la inteligencia. Panorama académico de las letras, de las bellas artes y de las ciencias de España 17

En «presencia de otro siglo de oro»: académicos, escritores y *cafetistas,* 19 – Archiveros en la Academia: la revisión canovista del pasado nacional, 29 – En el Ateneo: la «docta casa» liberal, 35 – Los saberes morales y políticos del liberalismo, 39 – El *Ruedo Ibérico:* cultura popular burguesa y populismo nacional, 41 – Arte nacional, pintura de historia y *Alma española,* 51 – *Jardines Clásicos de España:* los paisajes soñados de la nación, 60 – Decorar la nación: ornato público y sociedad conmemorativa, 68 – Renacimientos: el voluntarismo cultural de las regiones, 77 – Los tónicos de la voluntad: la resurrección de España por la ciencia, 97 – El hundimiento de la nación liberal: los reformadores de España, 107

II. En los altares de la historia. La figura ausente del emperador 111

Patriotas y soñadores, literatos y artistas, 112 – «El hombre más grande de su siglo»: la disputa histórica por la Casa de Austria, 121 – El «grande Emperador y Rey de España»: la historia de los Austrias al servicio de los Borbones, 130 – Triángulos interculturales: la recepción española de la historiografía europea sobre el emperador, 143 – Imágenes del siglo XX: ecos de la moderni-

dad europea, 159 – En los altares del nuevo Estado y la cultura de la España nacional: *Atlante patético, César visionario* y *hombre para Europa,* 167 – Coda: conmemoraciones carolinas/promociones monárquicas, 186

III. En los altares de piedra. Las figuras de la nación 189

El tiempo de las esculturas: el paisaje artístico de la Restauración, 191 – Las cadenas de la memoria: entre el «arte» cautivador y el público cautivo, 195 – La sombra de un sueño: Madrid, «capital digna de la Nación, digna de España», 201 – El paisaje de las regiones: arte nacional, personajes y políticas del pasado local, 207 – Escenarios cambiantes/representaciones selectivas, 220

IV. Derrumbamiento y anulación. Memoria e historia de la *cultura nacional española* 223

Españoles fuera de España: experiencias, sentimientos y memoria de la patria, 224 – Guerra de ideas en España: *cultura nacional española* frente a *cultura de la España nacional,* 230 – Las Españas del destierro: enigmas, secretos y realidad histórica de la cultura nacional española, 243 – Continuidades: historias de los exilios y de la cultura liberal, 254

Bibliografía 261

El presente libro aborda la *cultura nacional española* que se fue construyendo, a lo largo de siglo y medio, en un espacio de expectativas regido por la búsqueda de una configuración unificada de la patria. En el marco del nuevo orden liberal, lo hizo proyectándose, a la vez, como un concepto-matriz cuyo proceso de categorización se fundió en el crisol del pluralismo de creencias nacionales y la interrelación de las diversas culturas políticas, en las convenciones simbólicas y la ilusión integradora de la cultura española (con sus escuelas literarias, artísticas o musicales). Pero, también, mediante la decantación de los materiales vertidos en el recipiente de los conflictos permanentes provocados por el antagonismo de las ideas, las disensiones internas acerca del presente y futuro de la comunidad nacional, las sinrazones de la alteridad y las imágenes parciales, el doctrinarismo sectario y el enfrentamiento secular entre las dos Españas.
Todo ello saltó por los aires entre 1936 y 1939. En el interior, la dictadura franquista impuso la definición unívoca de una *cultura de la España nacional,* contra una cultura nacional española que perviviría, dispersa, en el territorio infinito del exilio y en la pluralidad de experiencias del antifranquismo.

Ignacio Peiró Martín es profesor de Historia Contemporánea de la Universidad de Zaragoza y *professeur* invitado en Paris 8 Vincennes-Saint Denis. Investiga principalmente sobre historia de la historiografía, las políticas del pasado y la historia cultural española. Editor y director de varias colecciones de obras clásicas y biografías de historiadores –es coautor del *Diccionario Akal de historiadores españoles contemporáneos (1840-1980)* (2002)–, entre sus publicaciones recientes destacan *La Guerra de la Independencia y sus conmemoraciones* (2008), *Historiadores en España. Historia de la historia y memoria de la profesión* (2013) y *Luces de la Historia. Estudios de historiografía aragonesa* (2014).

creative commons

ISBN 978-84-460-4463-5
9 788446 044635
www.akal.com

akal
HISTORIA CONTEMPORÁNEA

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.